

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XI

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1955

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XI

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA
(Discursos Académicos)
TOMO XI

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1955

*Derechos asegurados conforme
a la Ley.*

INDICE GENERAL

NOTA PRELIMINAR	7
<i>Algunos aspectos de la lírica mexicana</i> , por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	9
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por FEDERICO GAMBOA	28
<i>Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra</i> , por ARTEMIO DE VALLE ARIZPE	33
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por ALEJANDRO QUIJANO	119
<i>Orígenes del humanismo en México</i> , por MARIANO CUEVAS, S. J.	129
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por EZEQUIEL A. CHÁVEZ	156
<i>Cervantes y el Quijote en la Academia</i> , por ALEJANDRO QUIJANO	170
<i>Lope ecuménico</i> , por ALFONSO JUNCO	186
<i>De Manuel Gutiérrez Nájera a Luis G. Urbina</i> , por CARLOS DÍAZ DUFOO	203
<i>Viaje del Parnaso. Contestación al anterior discurso</i> , por FEDERICO GAMBOA	215
<i>Lope de Vega. Ensayo de interpretación</i> , por JULIO JIMÉNEZ RUEDA ...	220
<i>Genaro Estrada</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MAC GRÉGOR	228
<i>Elogio de Gamboa</i> , por ALBERTO MA. CARREÑO	252
<i>Las bodas de oro de un novelista</i> , por CARLOS GONZÁLEZ PEÑA	268
<i>Don Federico y la Academia</i> , por ALFONSO JUNCO	278
<i>Palabras de DON FEDERICO GAMBOA</i>	281
<i>Un gran señor de la existencia</i> , por NEMESIO GARCÍA NARANJO	284
<i>Al margen de un jubileo</i> , por FRANCISCO MONTERDE	289
<i>Oración fúnebre</i> por ALEJANDRO QUIJANO	291
<i>Palabras ante el féretro de Don Federico Gamboa</i> , por ALFONSO JUNCO	294
<i>Don Federico Gamboa y el don de gentes</i> , por CARLOS GONZÁLEZ PEÑA	296
<i>Don Federico Gamboa como diplomático</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MAC GRÉGOR	300
<i>D. Juan Ruiz de Alarcón</i> , por ALBERTO MA. CARREÑO	320
<i>Don Juan Ruiz de Alarcón</i> , por FRANCISCO MONTERDE	338
INDICE ALFABÉTICO	343

EN este volumen, como en los dos anteriores, faltan discursos que no han sido encontrados.

La Academia publicó un folleto que contiene diversos discursos y artículos periodísticos en homenaje a don Federico Gamboa; se reproducen aquí solamente los discursos directamente dichos en la Academia.

Debe aclararse que el orden cronológico que se ha seguido no se refiere a la fecha en que los oradores fueron nombrados Académicos; sino a la fecha en que los discursos fueron pronunciados. Nótese que algunos de los autores se excusan por haber dejado transcurrir mucho tiempo antes de cumplir con el precepto estatutario.

A. M. C.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LIRICA MEXICANA *

Por don ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

BUSCO forma apropiada de corresponder a vuestra larga y generosa paciencia, que aguardó veinte años para que yo cumpliera no sólo con una obligación reglamentaria, sino con el más elemental deber de cortesía. Y el único medio de que el contraste sea menor entre la benevolencia de que habéis usado conmigo y mi poca diligencia en dar los pasos encaminados a merecerla, será renunciar al tiempo, anularlo, e invitaros humildemente a que me acompañéis de bracero a dar un breve paseo lírico, bajo frondas que eran frescas y magníficas allá cuando me llamasteis a compartir con vosotros el pan y la sal de vuestra mansión acogedora.

Si por la noble puerta de la poesía quisisteis que yo entrara en este ilustre recinto, justo es que sean los poetas a quienes vaya mi homenaje. Pero no antes de evocar la figura del varón ejemplar a cuya muerte quedó vacío el sillón que me honro en ocupar con tan escasos merecimientos. Varón ejemplar he dicho, polígrafo en quien el talento y la cultura anduvieron siempre de la mano, periodista incansable, asiduo y modesto trabajador que no dudó en posponer la propia creación a la obra patriótica de rendir culto a aquellos autores nacionales dignos de remembranza, cuya labor habría quedado sumida en olvido injusto si la mano de Don Victoriano Agüeros no la hubiera puesto al alcance de todo el mundo en su sencilla *Biblioteca de Autores Mexicanos*. No hay en la colección propósito alguno de ofrecer joyas bibliográficas en ediciones suntuosas, antes bien su presentación es humilde y —ésta sí es una desdicha— no siempre la corrección la acompaña. Pero nadie pondrá en tela de juicio que por ella son accesibles libros que antes andaban en ediciones raras y costosas, ni que constituye un monumento precioso a la divulgación de nuestra cultura.

Al respeto que la obra de Agüeros me inspira, se une el afecto que

* Discurso pronunciado el 20 de enero de 1932.

le debo por motivos de índole personal. Fue en su diario *El Tiempo*, donde por vez primera apareció un largo artículo, firmado por un crítico de fuste, Don Manuel G. Revilla, quien también se sentó entre los miembros de esta casa, en que con interés y entusiasmo que me llegaron al corazón, se hablaba de mi primer libro *Preludios*. Era el año de 1903, y ya supondréis lo que aquella consagración metropolitana significó para el escritor de provincia que comenzaba a internarse en las sendas de la poesía. Años más tarde Agüeros y Revilla me honraron con su amistad y me deleitaron con su trato. Para ambos va la ofrenda de mi gratitud en este breve preámbulo.

Hace medio siglo que se inició en la poesía lírica mexicana una corriente de renovación. La seriedad de aquel movimiento es algo indiscutible, por cuanto no se limitó a reaccionar contra lo tradicional y dogmático, sino que dejó de golpe la puerta franca a la evolución lírica, marcó orientaciones no sospechadas y fundó lo que aún dura en el sentido de un concepto artístico actual, más cercano que nunca a las inquietudes y sollicitaciones del momento.

Hay motivos para preguntar si teníamos antes una lírica en México. Nos ufanábamos, sí, de nuestro claro abolengo literario; habíamos dado al teatro español de los siglos de oro un representante ilustre, Don Juan Ruiz de Alarcón, digno de codearse con Lope, con Tirso, con cualquiera de los más grandes prestigios de la escena española; nuestra Universidad tenía un glorioso pasado de sabios profesores, de teólogos y humanistas; poseíamos una tradición de cultura que se mantenía a flote en el mar tempestuoso de los sacudimientos políticos; pero nuestra poesía lírica, con ser abundante por el número de sus cultivadores era mezquina por la calidad y por el aliento.

En el último tercio del siglo XVII pudimos apuntar un alto nombre, el de Sor Juana Inés de la Cruz, la insigne monja que pareció recoger el postrer soplo de los siglos de oro, y que fue acaso, en lengua castellana, el mejor poeta de su tiempo. Sabia y culta, apasionada y mística, conceptista a veces, reflejando en ocasiones la sutileza verbal y el arte complicado y sonoro de Don Luis de Góngora, rebuscada y retórica por momentos, recargada aquí y allá con cierta erudición inoportuna, no tuvo en México antecesores de su alcurnia ni dejó sucesores, ni conoció émulos; y es ya lugar común asegurar que desde ella hasta Manuel Gutiérrez Nájera, México no puede enorgullecerse con el nombre de un gran poeta.

Menguado en sus cualidades y abultado en sus defectos, el siglo XVIII español se refleja en nuestra poesía con todas sus características de arte en decadencia. Los poetas mexicanos, atiborrados de humanismo falso, sabios

de latín y de lecturas clásicas, pero incomprensivos del espíritu de las propias lecturas, no atinan en sus poemas con una estrofa honda ni con un grito humano. Todo en ellos es reminiscencia y ajuste servil a los modelos consagrados y a las normas de la técnica al uso, y ni en Abad, ni en Alegre, ni en otros versificadores en lengua de Horacio, existe una contribución seria a la poesía de su tiempo. Dejando aparte nombres discutibles aun para aquellos años, nada queda de la ingenuidad incolora de Navarrete, poeta de tercer orden, Meléndez empequeñecido —¡oh paradoja!— falto de nervio, en quien el amor y la tristeza están a flor de piel, que se pierde en prolijas descripciones sin vida y juega a lo pastoril con el cordero de Anarda. Se ha insinuado que aquel hombre, que parece no haberse asomado al mundo sino por la estrecha ventana de su celda, y que nunca volvió sus ojos a las profundidades de su reino interior, supo algo y aun algo del amor humano. Lo ignoro; mas no lo delatan sus juguetes amorosos, anémicos, ayunos de pasión, y cuya lectura es hoy apenas soportable. ¡Qué contraste con las estrofas de Sor Juana, quemantes de fiebre, apenas dominada por su estado monjil y por su pureza nativa, mal disimulada por su retórica y por su conceptismo, y que llevó una vida santa y noble, pero no ignorante de las crisis morales y los desasosiegos del mundo!

En el siglo XIX se inicia una leve reacción favorable. Pero los llamados salmistas, como Pesado y Carpio, no lograron otra cosecha que transcripciones bíblicas más o menos bien versificadas. Nuestros románticos, Calderón, Rodríguez Galván, mejor dotados sin duda, se gastan, bajo la influencia tardía del romanticismo español (que había de culminar en Espronceda, el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Zorrilla) en orientaciones falsas, en temas exóticos mal digeridos, y afean su obra con incorrecciones tan visibles, que es difícil separar de sus poemas lo que en justicia pertenece al arte, y dar de lado a lo que no fue sino derroche lamentable de naturales aptitudes.

Los hombres de la Reforma, Prieto, Ramírez, Altamirano, se prodigan en todos los campos, y en todos dejan huella de su ingenio de poetas y de su fuerza de hombres de acción; pero Ramírez, que guardando las distancias, se parecía a Voltaire (aun en su tendencia demoleadora que encubría un espíritu tradicional y clásico en materia de arte), deja unos cuantos poemas de forma elegante, severos y conceptuosos, escépticos y fríos, y sólo de tarde en tarde, como en el soneto *Al amor*, deja asomar su alma conurbada por una pasión senil, velada todavía con la alegoría mitológica. A Prieto, alma del pueblo, folklorista sin saberlo, romancero fácil y abundoso, le falta el gusto y carece de la proporción y armonía del verdadero artista. Altamirano, el más poeta de los tres, atina con paisajes cálidamente sentidos, tiene toques de pasión criolla y deja algunos versos de belleza innegable;

pero no llega a excelsitudes líricas, y se contenta con ser un estimulador de espíritu, un despertador de cultura, un abanderado de la juventud, que acata su magisterio seducida por la magia de aquel indio agitador de almas, a la vez político, periodista, bardo y tribuno.

Nuestro segundo romanticismo, que pareció por un instante la aurora de un renacimiento poético, no dio tampoco frutos sazonados. Antonio Plaza vocifera contra la sociedad y seduce a la bohemia inconforme y a la mediocridad de los fracasados en todos los órdenes de la vida; mas nunca escribe un solo verso noble. Vomita su mentirosa rebeldía de incomprendido en forma canallesca y en sonora vulgaridad. Nada vive de él, casi ni su nombre. Acuña, más culto, mucho más inteligente y hasta más artista, sin serlo en grado heroico, poeta de natural vocación, no pudo sobreponerse a su medio ni a su época. Filósofo en poemas impregnados de un pesimismo amargo y de un materialismo un poco ingenuo y selló su mal de Werther, que tomaba a las veces el aspecto de una postura literaria, con la sinceridad de un suicidio que aumentó su reputación. Sus veinticuatro años no le dieron tiempo a crear lo que había derecho a esperar de su numen en la madurez de la vida. Flores, apasionado y erótico, se mantiene invariablemente en una actitud que a la larga es fatigosa. Aquel grito sexual, aquel beso eterno que vibra y que estalla en una prosodia balbuciente y en un léxico pobre, son de fuego; pero se parecen demasiado al gemido de la bestia en celo, sin que los ennoblezca la forma ni la novedad los consagre. Tiene bellos poemas henchidos de pasión; pero es difícil leerlos de seguida sin pedir a gritos un poco de espiritualidad.

Con los segundos románticos apareció un artista como manifestación rara y esporádica de un gusto irreprochable y una desusada pureza. Se llamaba Agustín F. Cuenca. Faltóle algo para llegar a las excelsitudes de la lírica: sus alas no eran lo bastante vigorosas para alcanzar cimas de vértigo; pero su arte era de buena ley, y esto lo distingue, con marca inconfundible, de todos los que hacían de la fecundidad desbordada y de la improvisación sin freno el objeto de su culto. Familiarizado con los primeros románticos franceses, admirador de Musset, a quien tradujo con encantadora discreción, espíritu fino y aristocrático, dueño de un verso puro y de una estrofa trabajada y limpia, Cuenca realizó una obra que parece de hoy por la elegancia y la distinción naturales y por la emoción contenida y sobria. Le faltó vigor, ya lo dije, y no ejerció influencia; y si no hay fundamento para suponer que hayan sonado sus estrofas en el alma de algunos poetas que habían de ser más tarde orgullo de la lírica mexicana, sí lo hay para creer que su obra breve quedará como muestra de pudor artístico y como ejemplo de aislamiento fecundo.

Cuando se acallaban las voces de los últimos románticos, cuando Justo

Sierra, el maestro inolvidable de tres generaciones, poeta él mismo cuyo caudal de inspiración no pudo encerrar nunca en forma definitiva, poeta en su vida y en su prosa, que es una de las más viriles, nobles y estimulantes de la literatura de México y seguramente la que lleva dentro más fe en el porvenir y más aguda visión de nuestro pasado, apareció el grupo excepcional formado por Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón y Manuel Gutiérrez Nájera. Los tres han muerto; Díaz Mirón el último, ya anciano y sumido en un silencio orgulloso, agobiado por los años y por los infortunios de una vida rebotante de leyendas, y cultivando, a hurto de la popularidad bullanguera, un verde laurel póstumo.

Difícilmente pueden hallarse tres poetas coetáneos con tendencias más disímiles. Othón venía del clasicismo, sin inquietudes por las formas nuevas, sin demasiadas complicaciones espirituales, sin refinamientos morbosos. Buscaba la perfección; pero dentro de lo tradicional y consagrado. Le bastaban el soneto puro y ajustado a las reglas, el terceto dantesco, la silva itálica que habían cultivado sus maestros en España; y sus audacias consistieron en el empleo de algunos metros gallardos, sin ofensa de su lengua, que guardaba muy celoso, sin contravenir leyes del ritmo o de la rima, que consideraba inviolables. En su comprensión del paisaje, que abandona en él las características de la anotación detallista y de la exactitud fotográfica, entraban como primordiales elementos la interpretación subjetiva y el elemento emocional. El alma del poeta estaba presente en aquella poesía rústica, poesía bucólica de verdad, no la falsa y artificiosa de sus predecesores; y el alma del poeta era noble y majestuosa, impregnada de una religiosidad trémula, grave y solemne, sin oratoria, pura y limpia sin frialdad, armoniosa sin amaneramientos, refrenada, pero con el grito humano pronto a estallar desde el primer instante. En realidad, él encarnaba la tradición clásica de los humanistas que le habían precedido; pero aportaba, como elementos nuevos y constantes, la dignidad y la emoción, y un sentido del campo, del campo contemplado en las horas de la meditación profunda, del campo de verdad, de la selva familiar, de las montañas nativas que cantó en el *Himno de los Bosques* y en el *Salmo del Fuego*. Tal vez de los poetas que he mencionado, es Othón el que menos sorprenda y menos sacude, pero es también el que mejor se mantiene en alto sin descender en caídas lamentables. Su influencia, por más que alguien sospeche reminiscencias suyas en Pagaza y Montes de Oca (no son otra cosa en el fondo que similitudes de espíritu clásico), no fue muy visible. Sus pocos imitadores quedaron a gran distancia del modelo. El arte de Othón no es innovador, y sólo parece haber recogido las excelencias que sus predecesores acumularon fragmentariamente y escondieron en el acervo de sus imperfecciones. Arte fue el suyo de sinceridad perfecta, aristocracia nativa y constante depuración. En aquel

tiempo de lirismo autobiográfico hasta el impudor, mala herencia de nuestro romanticismo, allá cuando Peza cantaba sus tragedias de hogar y sus intimidades domésticas en versos de sonoridad pegajosa que por muchos años fueron la representación única de la lírica mexicana al través de América y de España, el arte de Othón, reflejo de su alma levantada y solemne, esconde su vida en sus estrofas. Sólo por excepción, en su idilio salvaje *En el desierto*, el poema seguramente de mayor intensidad pasional que haya producido la poesía mexicana, rompe su hermetismo subjetivo y se desborda en gritos de amor, de dolor y de angustia desesperada; pero aun en aquel formidable desahogo que rompe el dique de toda medida, usa Othón del artificio literario de achacar a un amigo el drama pasional por él vivido intensa y dolorosamente.

Díaz Mirón surgió con la actitud pomposa y grandilocuente que repudió después y no siempre con justificados motivos. Tenía la voz magnífica, el ademán orgulloso, el verso metálico, la metáfora presta y la estrofa átrevida y gallarda. Venía de Hugo y venía de Byron; pero con su estruendo americano, en pugna con el tono matizado y timbre crepuscular que parece advertirse en la poesía de México. Con su *Canto a Byron*, con su *Oda a Victor Hugo* y sus cuartetos *A Gloria*, conquistó una popularidad que traspasó los límites de su patria. Algo de su pompa verbal, mucho de su altisonancia épica sonaron y suenan todavía en poetas mayores del Continente. Un día, se arranca con brusquedad el penacho, acalla el tono de la epopeya y la elocuencia civil para crear un arte nuevo en él cercano al parnasianismo por su ansia de perfección, pero muy lejos de su frialdad sistemática y muy diverso en cuanto a procedimientos expresivos. Es el tiempo de *Lascas*. Ninguna renovación más formidable y completa en la obra de un escritor. Los que sentían estereotipada la imagen del Díaz Mirón primitivo se vieron desconcertados. El libro era inaccesible al vulgo y no se imponía fácilmente a los que, sin ser vulgo, no estaban muy seguros en la apreciación de las normas de un arte excepcional y aristocrático. El verso era de una perfección rara; el odio al lugar común y a la palabrería insubstantial, adolecía de concentraciones oscuras; la innovación métrica, sin trasponer los linderos clásicos, se caracterizaba por una variedad sapiente en que parecían desempolvarse ritmos abandonados que una mano diestra se encargaba de ennoblecere y dignificar. Un léxico opulentísimo, una connotación precisa de los vocablos, un arte maravilloso para la acuñación de la estrofa, un acierto para las fórmulas de expresión que se antojaba hallazgo milagroso, una hábil construcción de orfice que conoce los secretos y las fórmulas; esto había en la obra de Díaz Mirón. En el fondo, retórica; pero retórica suprema, y al servicio de una poesía altísima a ratos, honda, y con frecuencia definitiva. Tal arte personal e inaccesible a los imitadores —éstos llegaron apenas

a las primeras nociones del procedimiento y nada alcanzaron de la herencia espiritual— mantuvo en cierto modo aislada la figura del poeta, y así se explica que Díaz Mirón, más grande en *Lascas* que en sus primeros poemas, haya ganado en valor artístico y haya perdido en influencia. Del *Canto a Byron*, de las estrofas *A Gloria*, hubo y hay resonancias en la poesía americana; al poeta de *Lascas* se acerca la admiración de los escogidos. Se ha dicho que la arquitectura de la obra mironiana es fragmentaria, que a fuerza de pulimento en el detalle se advierten demasiado las junturas y se pierden la silueta y las proporciones de lo monumental. Se ha murmurado de la endeblez y poca variedad de su ideología poética; pero ante la perfección marmórea de semejante lírica ¿no se siente incontrovertible la verdad de que la poesía no se forja con ideas, sino con palabras? Además, sería injusto no reconocer que aquella forma impecable se adapta a todas las emociones del poeta, lo mismo a las maravillosas descripciones del *Idilio*, cálida transcripción del paisaje costeño, sin precedente en nuestra literatura y henchido de anotaciones directas, que a la intimidad visionaria de *El Fantasma*, donde la pureza infinita de la emoción se interpreta con palabras que parecen hechas de un aire musical y transparente y en que la evocación tiene contornos extrahumanos.

Cuando apareció el volumen de *Lascas*, ya Gutiérrez Nájera había muerto. Con haber sido mucha su fama en los últimos años de su vida, su reputación póstuma fue mayor. Mientras los diarios y las revistas de México se disputaban sus poemas y sus prosas, el poeta oyó, entre los aplausos, las voces de protesta de los que nada conciben como legítimo fuera de lo añejo y tradicional. Se le tachaba de afrancesado, y como su espíritu era blando en extremo para recibir la impresión de las últimas lecturas, se le llamaba imitador sin originalidad; y como rompía los moldes de la métrica al uso, sin extravagancia, pero con firmeza consciente y sistemática, se le trataba de peligroso innovador. En verdad, su arte delataba influencias francesas, y al través de Hugo, Vigny, Lamartine y Musset, recordaba a Banville, Gautier y Baudelaire. No llegó a Verlaine porque en aquel entonces el poeta de *Sagesse* no privaba aún entre los lectores americanos; pero no sé qué había de Verlaine en aquellos tintes melancólicos y en aquella poesía íntima de nuestro poeta, sin la angustia carnal desenfadada y sin el ansia del dolor contrito, sin aquella fusión de sátiro y creyente que peca y ora, pero con el mismo sentido profundo de la vida y la misma sinceridad de la emoción.

Dicho queda que a la muerte de Gutiérrez Nájera las alabanzas fueron unánimes, la consagración de su poesía completa y la renovación de las tendencias líricas indiscutible. Solamente Darío, más tarde, cuando ya los espíritus se hallaban dispuestos al abandono del cliché inexpressivo, ejerció una

influencia más amplia y profunda. Pero dentro del grupo precursor de lo que había de llamarse *modernismo*, formado por Martí y Julián del Casal en Cuba, por Silva en Colombia y por el *Duque Job* en México, no hay duda de que este último hizo sentir con más hondura y mayor perseverancia el sopló alentador de la poesía nueva.

Cabe ahora preguntar qué trajo a la poesía americana el alma exquisita de Gutiérrez Nájera, ¿cuál fue el ímpetu desconocido que él despertó, qué melodías no escuchadas vibraron en sus versos, qué secreto de emoción descubrió, qué regiones ignoradas recorrió en sus viajes espirituales, y por qué lo llamaron maestro los que contaban después de él?

En la poesía subjetiva, ya cultivada de preferencia por nuestros románticos, Gutiérrez Nájera introdujo el elemento prócer de la distinción. Lo que en sus predecesores fue desnudez autobiográfica y confesión impudente, en él fue confidencia velada y sugerencia íntima, por primera vez sonaba a nuestro el ajeno dolor; por vez primera se desvanecían las líneas concretas del suceso anecdótico para temblar con la angustia universal y humana; por primera vez se establecía entre el lector y el poeta esa colaboración que no logra sino la poesía digna de tal nombre. La estridencia del viejo lloro romántico cedía el paso a la queja en sordina, al sollozo refrenado, al suspiro recóndito que apenas se oye en el sagrado recinto del silencio.

Aquella poesía trajo también el verso suave, de ondulaciones sabias, sin la almidonada tiesura de un clasicismo apócrifo; trajo la palabra melodiosa, hábilmente armonizada no siempre castiza, pero siempre oportuna y rebosante de gallardía; trajo el matiz, y lo introdujo donde sólo había colores primarios, difumó el contorno donde solamente había líneas precisas. Dio redondez a la estrofa rectilínea y angulosa, y proveyó de resonancia parabólica al poema. Acabó con el énfasis e inauguró el reinado de la sencillez que encubre la gestación del procedimiento, y disimuló la elegancia rebuscada con la discreción y con la fineza. Hoy que, después de Darío, y al través de la audacia de los nuevos, el versilibrismo es una conquista y la expresión se liberta de trabas y limitaciones vetustas, las estrofas de Gutiérrez Nájera, con sonar bellamente en los oídos, ni nos sorprenden ni nos desconciertan; pero pensemos en lo que había antes que él, en el gran crimen que se cometía al romper con los moldes estrechos de la intransigencia retórica, y convengamos en que aquel reformador sin saberlo, aquel revolucionario que nunca adoptó actitudes de apóstol ni legislador, ha de haber provocado más de una inquietud entre los poetas de su tiempo.

Además, Gutiérrez Nájera poseía el don supremo de la gracia. Gracia un poco a lo Banville, forjada con destreza suma y con pericia sorprendente, a veces frívola, trascendental en ocasiones, siempre alada y misteriosa, siempre dominadora y fascinante. Aun en los poemas de mayor hondura, aun

en los versos más dolorosos, este don de la gracia aparece como distinción personal en la riqueza sobria del conjunto. En ella está igualmente el secreto de su prosa, hecha al parecer con desenfado, sin petulancias, sin miedo a neologismos, sin temores de pasar por afrancesada. Inauguró entre nosotros el género amable en que Gómez Carrillo fue rey, en que sobresale Ventura García Calderón, en que dejó su huella inconfundible el poeta de *Cantos de Vida y Esperanza*. Todavía se siente la influencia de este elegante *croniqueur* de facilidad maravillosa en la prensa mexicana. Tal vez la marca fue demasiado honda y acaso la ligera facilidad del maestro se traduce en frivolidad efímera; pero él inició en México la palabra colorida y dio realce al suceso cotidiano con el arte insigne de un estilo sin antecedentes.

Pocos temperamentos literarios tan definidos como el suyo; pocas consagraciones tan generosas y desinteresadas como la del Duque Job a esa labor de todos los días, que nunca revistió en él ropajes de tedio ni desfallecimientos de oficio. Se concibe el peligro de una labor así, apresurada y copiosa, exigida por las necesidades del momento, apremiada por la vulgaridad intransigente de editores sin meollo y por la avidez insaciable del público devorador de folletines. Sólo un espíritu excepcional pudo esquivar la mediocridad y salvar la obra del fracaso; y es curioso y revelador que aquellas páginas escritas al correr de la pluma, entre charlas de redacción o sobre las mesas del café bohemio, vivan aún y se lean con deleite cuando se ha perdido hasta el recuerdo de los hombres y de las cosas que las motivaron.

Al margen de aquel trabajo fatigante, su poesía iba cobrando tonos de perfección. La gracia ligera fue trocándose en gravedad profunda, el preciosismo y la virtuosidad cedían el paso a la expresión pura, y un día, Gutiérrez Nájera, como Chenier, nos dio poemas de un clasicismo límpido y humano, vasos del más fino cristal henchidos del más precioso aroma. Las *Odas Breves* son la muestra de todo lo que pudo haber realizado aquella vida si no se hubiera truncado a los treinta y seis años.

Soy de los que piensan que la influencia de los grandes escritores sólo es nociva para los infecundos. Posiblemente induce a la imitación en las almas juveniles; pero el espíritu que lleva dentro de sí un ansia creadora, salta de la posición marginal y desprende de las ajenas inquietudes su propio ideal y su propio temblor. Distingamos. Hay dos clases de influencia: la verbal, que es el procedimiento literario, y la espiritual, que es la orientación estética, a la vez vaga, confortadora y estimulante. De Darío, el poeta más influente en los últimos años de las letras españolas, parten visiblemente las dos direcciones. La primera produjo el grupo de los modernistas a la moda de un instante, de los rubendarianos simiescos, de los "snobs" portadores de un léxico flamante que pronto se trocaba en galimatías, de los preciosistas incapaces de comprender el mensaje de que era portador el poeta de *Prosas*

Profanas, de los que fatigaron a sus lectores con el ave de Leda, sin darse cuenta de que el maestro era el solo digno de apacentar vuelos de cisnes. La segunda fue la que despertó el gusto por la palabra virgen, el culto a la metáfora rica, el epíteto inesperado y sugerente, el amor por los ritmos nuevos o rejuvenecidos, por el verso decorativo y suntuoso, por el fonetismo sensual, por la melodía sabia y por el metro inusitado; la que repudió el sonsonete martilleante fuera del cual la vieja retórica no hallaba salvación; la que libertó la forma y preparó el camino a todas las audacias legítimas; la que introdujo la aristocracia donde sólo reinaba el lugar común; la que se prolongó como un eco que venía a la par de la música maravillosa de *Prosas Profanas* y de la sabiduría llena de sentido recóndito de *Cantos de Vida y Esperanza*. Los primeros, los secuaces verbalistas, han muerto para bien de la poesía contemporánea, porque no entendieron el espíritu reformador, porque dieron motivo para escarnecer una revolución salvadora que iba por primera vez de América hacia España y que dura todavía aun en aquellos que parecen combatirla. Los segundos viven sobre el terreno conquistado, y se mueven gloriosamente dentro de la adquisición más durable e íntegra desde los tiempos de Boscán y después de la de Góngora, y que acertó a arrancar el arte de manos de la torpeza incipiente para colocarlo en las de la comprensión creadora y predestinada.

La influencia de Gutiérrez Nájera fue de esta última clase; por ello no dejó imitadores serviles ni copistas caricaturescos. Si hubo reminiscencias suyas en la prosa de nuestros cronistas, ningún poeta mexicano lo siguió de modo perceptible. Pero en cada personalidad de nuestra lírica moderna alienta el soplo del precursor; mejor dicho, no se concibe obra escrita después de la suya, sin tomar en cuenta aquella noble liberación. La pompa oratoria, tan amada de nuestros poetas civiles, murió por él; por él cayó en desuso la retórica hueca; por él se inyectó en la savia potente de la lírica de España el matiz delicado de la poesía francesa. No formó escuela; si la hubiera formado, habría sido menos grande. Dejó, sin proponérselo, líneas de orientación general, rumbos imprecisos, motivos vagos; y enseñó distinción y nobleza a los que tenían hambre y sed de ambas cosas.

Se le tachaba de afrancesado. Verdad que amó a Francia como la amó Darío, con el ansia humana que rechaza el regionalismo estrecho, cada vez más inexplicable dentro del cosmopolitismo actual que hace imposible el antiguo aislamiento de las culturas; pero no pensó ni sintió en francés. Conservó su estirpe española y su alma americana, sin perder nada de su personalidad inconfundible. El mismo lo decía: paseaba con sus amados poetas de Lutecia y se embriagaba con vino francés; pero cuidaba de confesarse al día siguiente con el maestro Fray Luis de León.

Cuando el *modernismo*, en su acepción más digna, apareció en las le-

tras de América, la poesía mexicana estaba ya dispuesta al sacudimiento. Sin la *Revista Azul*, donde Gutiérrez Nájera y su grupo volcaron sus tesoros y desde donde se asomaron sin miedo a otros mundos de creación estética, no se concibe la aparición de aquella otra revista que mantuvo por muchos años en México y en América el estandarte de las nuevas ideas. Me refiero a la *Revista Moderna* mantenida por el alma fervorosa de Jesús E. Valenzuela, que puso su oro y su ingenio al servicio de una buena causa, y que, sin ser poeta de primer orden, hizo más por el arte mexicano que muchos autores de mayor fuste. En aquel cenáculo comenzó Tablada a destacar su personalidad multiforme de poeta y de artista, siempre captador del último grito, siempre contagiado del más reciente calosfrío, siempre nuevo y siempre alerta; allí veló Nervo sus armas y tuvo sus iniciaciones reveladoras; allí Urbina y Othón dieron gran parte de su obra. Porque las prevenciones pasionales de aquel grupo reformador cedieron siempre ante el mérito, sin distinción de escuelas ni procedimientos. La acción de prédica coherente y de entusiástica propaganda ejercida por la *Revista Moderna*, no se limitó a México. España e Hispanoamérica la saludaron fraternalmente, y el acercamiento intelectual y artístico que provocó entre los países de habla española fue el mayor de su tiempo. Poetas y prosistas, hoy consagrados, colaboraron en sus páginas. Valle Inclán y los Machados, Marquina y Juan Ramón Jiménez enviaron desde España sus primicias; y los poetas de Sudamérica, Chocano y Valencia, Lugones y Jaimes Freyre, fueron comensales ilustres de aquel banquete que presidía el espíritu aristocrático del poeta de *Almas y Cármenes*.

Todo lo que entonces significaba un ímpetu de perfección renovadora, fue acogido generosamente por la revista. La obra de Darío no tuvo en América heraldo más animoso, y los *nuevos* de España y de nuestro Continente se sintieron unidos en un evangelio común. De todo aquello ha muerto lo que debía morir: las iracundias de los sectarios, explicables como arma contra la incomprensión de la hora; el procedimiento colectivo, que amenazaba con hacerse escuela y que por el momento cumplía con su misión de fuerza predicadora; la estrechez, el sistema, la intransigencia retórica, más exclusiva y fanática que la que pretendía derribar; los chismes de la camarilla; las pasiones del partidarismo. . . Pero aún dura lo que había de durar: la corriente impetuosa que alguna vez parece revolverse contra lo mismo que la desencadenó, y sin la cual los más atrevidos intentos no habrían pasado de sueños irrealizables.

La mejor prueba de que el influjo de Gutiérrez Nájera fué benéfico, está en la variedad de direcciones adoptada por la poesía mexicana en su desarrollo ulterior. Los poetas continuaron con su propia visión, sin renunciar a su personalidad, sin el afán gregario de un rumbo sólo y de una senda común. La influencia del Duque Job no mató ningún carácter, no apagó ningún hálito, no torció

ninguna tendencia. Dentro de las solicitaciones vernáculas y bajo la acción bienhechora de una posición espiritual más en consonancia con el arte y con la vida, los poetas siguieron cantando su propia canción. Contemporáneos de la mejor obra de Gutiérrez Nájera, fueron el autor de *Lascas*, el de *Poemas Rústicos* y el del *Florilegio*. Todavía duraba el eco de las *Odas Breves* y ya comenzaba a esculpir Rafael López el friso ilustre de su verso lapidario; ya Argüelles Bringas tendía la mano a la estrella mironiana, mano púgil que la muerte había de paralizar antes de tiempo; ya Manuel de la Parra musitaba su *poema suave* hecho de lloro silencioso y de íntimo dolor; ya Rebolledo gemía con un erotismo sin rival en nuestro parnaso y acuñaba sus *medallas prohibidas*; ya Núñez y Domínguez dignificaba en un tono neorromántico y musical, rincones humildes y almas populares... El grupo de ayer, dentro del cual se destaca de modo inconfundible la gran figura de López Velarde, una de las mayores pérdidas de la poesía nacional, el que supo elevar la visión provinciana y luego la *patria suave* "a la altura del arte" e hirió de muerte con su palabra idónea a la expresión vetusta y a la imagen estereotipada y oliente a ranciedad, conservaba en su poesía un leve perfume de la poesía del autor de *Pax Animae*, pero sin huellas verbales, sin rasgos visibles y sin la más leve sombra de imitación. Nada hay de común en todos ellos, salvo las grandes líneas de un arte sincero, de un sentido humano, de una emoción que perdura a través de la variedad infinita de los temperamentos.

Por esto pudo persistir en nuestra poesía renovada el soplo romántico. Luis Urbina es un ejemplo de cómo puede cantar el romanticismo sin perder su abolengo en el arte contemporáneo. Urbina es entre los poetas mexicanos el que menos ha cambiado con respecto a su tono inicial. Nació y comenzó a cantar tal como es; sin tanteos ni vacilaciones nos dijo su verso musical, su canción doliente. Se situó en el terreno de un sentimentalismo franco, en un recinto de tristeza resignada, sin más tema lírico que su melancolía bañada en lágrimas.

El espíritu de Urbina ha podido acometer, burla burlando y con cierto *dilettantismo* aristocrático, una labor que por su calidad es más valiosa que la de muchos que, pensando hacer obra de mayor enjundia, no saben o no pueden disimular el esfuerzo de su producción literaria. Porque este poeta que no ha dejado de cantar bellas canciones desde su adolescencia, hilvana sin cesar crónicas aladas, impresiones teatrales, artículos de fino humorismo que amortiguaron en el público lector de la prensa diaria el dolor producido por la pérdida del Duque Job. Ha consagrado serios trabajos al periodismo político y ha escrito en horas de meditación y severo estudio, aquella notable introducción a nuestra *Antología del Centenario*, que ha merecido el aplauso de la crítica extranjera. Por todas estas fases de su talento, Urbina ha merecido bien de nuestra literatura nacional. Ha sido un precoz, y si esto no

envuelve para él alabanza ni censura, ya que junto a inteligencias superiores demostradas temprano hay innumerables que se han quedado en los comienzos y junto a cerebros tardíos cuya labor va marcada con signos de senectud, no escasean los retardados de genio, esta precocidad de Urbina da realce a una cualidad suya que no puede pasar inadvertida al hablar del hombre y de la obra. Me refiero a su unidad espiritual, sin ejemplo casi en la poesía mexicana.

El libro en que Urbina recogió sus canciones de adolescencia y de juventud, nos presenta, en toda su integridad el alma del poeta. Halló su rumbo desde el primer intento, y sus ojos de predestinado abarcaron, desde sus comienzos, el campo de su emotividad de artista, lo cual produjo el resultado de limitar su esfuerzo posterior a intensificar su sensibilidad poética y a depurar su forma. He aquí por qué, sin ansia de novedad, sin esoterismos recónditos, sin utilizaciones alambicadas, y con la sola, vieja y fecunda tradición emocional del amor, del dolor, de la vida y de la muerte, construye este poeta una obra que puede servir de edificación y ser presentada como ejemplo. El poeta de *Ingenuas* es el mismo de *Puestas de Sol*, aunque éste es más pulido y más hondo; y es el mismo de *Lámparas en Agonía*, sólo que éste es más otoñal y más sabio, ya que ha logrado departir con la vida de esas cosas que no se comprenden sino después de los cuarenta años. Habrá que llamarlo poeta romántico, ya que es preciso obedecer a un prurito de clasificación incontenible; pero quédele el orgullo de saber que nada hay de común entre su poesía y la de los que en la primera mitad del siglo pasado dejaron como herencia literaria un arte informe, que sólo por instantes nos convence y que da por lo común la impresión de lo malogrado.

Poeta nostálgico y armonioso ha llamado algún crítico a Urbina, y es verdad que en sus versos flota siempre, sobre el encanto del ritmo, sobre la musicalidad delicada y sobre la suavidad sonora, un soplo de tristeza. ¿Nostalgia de qué? De lo imposible y de lo irreparable; sólo que esta tristeza de Urbina no se manifiesta en explosiones ruidosas, ni en gritos desgarradores, ni en pesimismo desesperantes, sino que sabe recibir de su alma noble, pudorosa y aristocrática, un toque de serenidad y un tinte de resignación que la transforma en melancolía. El campo del recuerdo triste y del anhelo imposible lo recorre Urbina como un viajero sabio para quien son familiares los más ocultos senderos. Rara vez lleva sus pasos fuera de ese campo que es tan suyo; pero qué bien lo conoce, cómo nos trae de su maravilloso viaje tesoros de intimidad emocionante, y cómo nos obliga, cogidos por la magia de su palabra, a recorrer en nuestra propia vida las mismas rutas y a contemplar los mismos paisajes. Si ese horizonte de la ilusión ya ida, del amor ya muerto y del anhelo inasequible parece estrecho a quienes gustan de que el poeta se espacie en todos los aspectos de la vida, nadie negará, en cambio,

que Urbina conoce profundamente los misterios de la emoción que es suya, y que retorna de su propio corazón cargado de nuevas sensaciones y de nuevas sabidurías.

Nacido a la vida del arte con una de aquellas facilidades que valen por una larga preparación, corrió por ello el grave riesgo de la insipidez literaria. Su buen gusto le libró de caer en semejante abismo, y si es verdad que ni en su primera obra carece de acicalamiento y donosura, su alto espíritu de artista buscó sin cesar formas de perfección, y sus versos fueron cada día urnas mejor cinceladas donde pudo guardar el rico perfume de antaño para delectación de los exquisitos. La facilidad del poeta, que en nada afea el conjunto de su producción, es causa, sin embargo, de dos reparos que en su obra pueden ponerse. Y aquí los expreso sin escrúpulos, porque el autor de una obra consagrada tiene derecho a la verdad. El primer reparo es que el poeta diluye a veces su emoción en largas tiradas líricas, y esta abundancia, esta riqueza y esta prodigalidad roban valor a la idea poética e intensidad a la expresión. El segundo reparo, obra de la misma facilidad, se refiere a la afición de Urbina a cultivar géneros que no son los suyos, y en los que acierta sólo a fuerza de dominar la técnica y de poseer la pericia de maestro. Pero dejando a un lado estos reproches minúsculos, ¿quién puede negar a Luis G. Urbina el alto sitio que le corresponde entre los poetas mexicanos?

Nervo es otro aspecto de nuestra lírica. Al decir sobre él unas palabras, tendré que repetir conceptos expresados ya y comentarios míos respecto de su obra hechos con varios motivos y en ocasiones diversas.

Bien sabéis que en pleno triunfo, antes de que “el tiempo aleve hubiera marchitado la gentil corona”, Nervo, que llenó con su nombre la patria, que forjó por casi tres lustros en tierra española el ritmo de su verso melodioso, y que marchó, por último, a modular su canto a tierras sudamericanas, dejó este valle de tránsito para entrar en el silencio perdurable y en la paz eterna. Destino prócer, porque nos dijo sin reticencias su evangelio de arte y de amor. No dejó la obra trunca de las precocidades malogradas, ni paseó por la existencia la ruina espiritual de una vejez ilustre. Tenía algo que decirnos, y expresó todo su mensaje y sólo su mensaje. Fue su terrenal jornada una lección de vida íntegra en ideal consorcio de pureza y de plenitud.

Genio musical y melifluo que todo lo resuelve en melodías, arpa de cristal y de oro cuyas cuerdas impalpables se estremecen al soplo de la brisa más leve, la peregrinación de Nervo por la vida fue un prodigioso cántico. Sin vacilaciones ni impacencias balbuceó los primeros versos de su poema inmortal, y la voz adolescente fue cobrando timbres no escuchados, y los temas fueron adquiriendo cada día más hondura y cada vez mayor gravedad. Cuando el motivo inicial iba a agotarse en un desarrollo alucinante y sabio,

calló la voz y la música se prolongó en las almas de los que oían, como una fuga extraña que parece sonar aún de los reinos de la muerte.

Vio siempre el mundo con los mismos ojos contemplativos; y al través del reflejo inevitable de las cosas que pasan, de los terrenales afectos, de las sensaciones efímeras, su mirada seguía el hilo conductor de su visión espiritual, hilo que, como el de Ariadna, supo guiarlo entre las inquietudes y las sombras.

Espíritu selecto, fino hasta lo inverosímil, delicado hasta lo enfermizo, rico de matices como un crepúsculo del valle paterno, despierto y pronto a la emoción más fugitiva, no quiso ser un poeta de excepción. Su exquisitez hablaba, insinuaba o sugería al oído de los hombres el misterio que, con ser él solo en escucharlo, adquiriría virtud propia al transmitirse a cada alma nueva. Por su arte insigne, por su misteriosa alucinación, por su fuerza introspectiva, llegó al hondo recinto de los herméticos. Por sus tintes de sentimentalismo aristocrático, por su don musical, por su verso en voz baja, por su aguda percepción de las cosas pequeñas de la intimidad amorosa, llegó al corazón de las mujeres. Por su palabra trascendental, por su sinceridad humana, por su doctrina fervorosa y por su unción de iluminado, se hizo amar de todos los hombres.

En su obra hay un ejemplo de purificación. No entenderán esto los que se mueven dentro del artificio eterno de los verbales logogrifos y de las vacuidades sonoras; nada podrán saber de estas cosas los que desconocen el saludable ejercicio de auscultar las palpitations de la vida; ignorarán esta actitud solemne los que huyen del símbolo, que es de hoy porque es inmortal, para caer en el amaneramiento de un preciosismo muerto hace años por fortuna para el arte. Nervo limpió su pensamiento y lo hizo diáfano; lustró su emoción y la hizo trémula; purificó su verbo y le dio alas. Hubo en todo esto una sinceridad rara, un concepto profundo de la vida y de la belleza, un heroísmo fundamental. No es fácil renunciar a los triunfos de la embriaguez verbalista, elevar la vida a la altura del sueño, apagar las voces demasiado precisas de la música externa y cultivar, ya para siempre, la voz élica de una polifonía interior.

Pienso que dentro de una connotación amplia y un poco acomodaticia de la palabra misticismo, Nervo puede llamarse un místico. Si alguna actitud hay sincera y precisa dentro de la vaguedad ondulante de sus poemas, es esto que en un tiempo fue lugar común y que hoy parece negarse en la forma definitiva de una rectificación categórica. Si sus primeras interrogaciones frente al misterio, que se esquivaba a nuestras almas, se tildaron de sistemático artificio, fue porque la expresión no había cristalizado aún, ni el espíritu, aferrado a la ortodoxia concreta, había logrado desvanecer las líneas demasiado fuertes de un prematuro ascetismo que no pasaba de la

letra, que no tenía la necesaria raigambre del impulso interior. La doctrina y el vuelo no corrían parejas en su viaje por el firmamento de la belleza, y en cada ímpetu de las alas, la cuerda resistente del dogma tiraba inexorablemente hasta causar descensos suaves y caídas lamentables. Entre el ascetismo de aquellos años juveniles y el hedonismo visual —la seducción optimista de la vida—, el poeta mantenía una antinomia absurda.

Rotos los lazos de una férrea disciplina, lograda la fusión de la vida sugerente con el ansia insomne, fusión que prepararon los años rectificadores y consejeros, la poesía de Nervo creció a un tiempo mismo en vaguedad y en perfección, y sin abandonar la tierra de amor, de dolor y de lágrimas, paseó las pupilas por el callado cielo de la noche. Son los tiempos de *Serenidad*.

Más tarde, a fuerza de querer penetrar en el misterio de las cosas, al cabo de tanto soñar y de tanto mirarse el alma, vino el afán de edificar una doctrina poética —absurda contradicción— de lanzar al mundo versos con credo propio impregnados de un dogmatismo respetable en sí, pero condenable como actitud estética. El espíritu de Nervo iba volando como sedienta golondrina, de la cruz al nirvana, de la renunciación absoluta al amor activo. Un día de tantos, creyó poder afirmar, y afirmó. *Elevación* comenzó el ciclo que había de cerrar la muerte con *El Estanque de los Lotos*. Yo saludé la aparición del primero de estos libros con palabras que hoy repito, ya que la postrer actitud del poeta ha sido la más discutida:

“No sería Nervo alma selecta y alto espíritu si no experimentara en sus años de madurez esa codicia de limpidez espiritual, de serenidad prudente, de quietud noble y reposada. El que ha recorrido las sendas de la vida y del arte en pos de lo humano, que suele ser pecaminoso, es difícil que no sienta a su tiempo un ímpetu fecundo de purificación, un ansia de fundir y resolver, en una sola actitud decisiva, su ideal estético y su problema moral. Limpiar el espíritu y limpiar la palabra. Romper con el ritmo que a nada conduce; destronar la rima que nada enseña; abominar de la retórica que es engaño, y de la técnica que es vanidad. Dar a quien tiene sed de ideal, no el licor ponzoñoso elaborado en la alquimia del pecado, sino el agua que satisfaga de una vez y para siempre. Hacer de la poesía no deleite, sino enseñanza; no devaneo frívolo, sino contemplación provechosa”.

“Como iniciación de disciplina espiritual, no encuentro objeción justificada contra ese movimiento del alma; pero como realización estética, se corre, con seguirlo, un grave riesgo: el afán de pulimento, que quita asperezas, que borra manchas y elimina imperfecciones, suele dejar la obra limpia de todo, hasta de poesía. Dicha labor de saneamiento, como sucede con ciertos desinfectantes poderosos, mata los gérmenes dañinos, y, a veces, también al enfermo”.

“A mí no me ha desconcertado, como a muchos, el último libro de Ner-

vo. Libros anteriores prepararon este volumen, cuyos orígenes se encuentran en varios poemas de *Serenidad*. Tal vez en *Místicas* estén las fuentes lejanas; sólo que en este libro juvenil la realización se halla ausente y todo se resuelve en un artificio que encanta, pero no convence. Estas filosofías categóricamente afirmativas, son, por regla general, muy poco poéticas. Nuestra intuición nos da con frecuencia formas concretas; pero el arte exige, para hacerlas materia poetizable, que se vistan con el ropaje vaporoso de una imprecisión infinita”.

“Murieron los *quién sabe*,
callaron los *quizá*

dice el poeta de *Elevación*, y eso equivale a decretar la muerte del misterio. Ahora bien, la esfinge sin enigma es un monstruo absurdo”.

“Las páginas de *Elevación* están impregnadas de un deísmo preciso, cristiano, católico más bien. Quizá; la ortodoxia tenga reparos que poner, y es difícil que un escrupuloso del dogma pueda suscribir algunas estrofas; pero haciendo esto a un lado, queda la dificultad insuperable de realizar belleza con elementos de fe, esperanza y caridad en forma de insinuación amable, de amonestación piadosa, de cariñosa doctrina. Son flamas de amor vivo y no consejos las estrofas de San Juan de la Cruz; son lágrimas de sangre y no preceptos las contriciones de Verlaine”.

“Y he aquí que salvando escollos, esquivando riesgos y apartando obstáculos, Nervo nos da, en *Elevación*, un libro bello. Y es que el poeta de verdad tiene un talismán para todo. Este gran conocedor del *métier* quiere echarlo a un rincón, cual trasto viejo; este poseedor de un gran sentido musical quiere forjar teorías balbucientes; este adorador del ritmo sutil y milagroso intenta perder el compás y olvidarse del tiempo. . . Pero es natural que ni el *métier* desaparezca, ni el verso vacile, ni la melodía calle, ni desfalezca el ritmo. Un alto sentido estético se da maña para simplificar y sintetizar, y de los cuadros sin contorno de Carrière o de los bocetos de Rodin, surge triunfadora la belleza”.

“No comparemos este libro de Nervo con ninguno de los otros suyos. La personalidad es la misma, pero el instante es diverso. Es imposible repetir estados emocionales. A menos que la vida se mantenga en una postura eterna, la obra surge de la hora que pasa. Por esto nada es definitivo. Por esto no podemos decir con el poeta:

Murieron los *quién sabe*,
callaron los *quizá*.

Nuestra certidumbre no acaba, ni es bien que acabe nunca”.

“En un remanso de la existencia, el poeta de *El Exodo y las Flores del Camino* ha experimentado una calma que juzga duradera y que nos brinda en poemas de fe, de amor y de esperanza. La felicidad es contagiosa, y nos la comunica. He aquí las frases que terminan el volumen: ‘Lector: este libro sin procedimientos, sin técnica y sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. Dichoso yo si lo he conseguido’”.

“Y nosotros, cogidos un instante por la magia del artista, volvemos, al cerrar el libro, a nuestras viejas inquietudes”.

La delicada sensibilidad de mi amigo adivinó un reproche en mi homenaje, y entonces comenzó una labor epistolar de autodefensa en el dulce tono insinuante y persuasivo que él empleaba en sus relaciones íntimas. “Mi Libro —me decía en una de sus cartas— no tiene otra misión que consolar. Sé de muchas almas que han recobrado paz con su lectura. . .”

Más tarde, en su última visita a nuestro país, durante alguno de aquellos agasajos que se le prodigaron, recordó el incidente, y vuelto a mí, en voz confidencial, me murmuró al oído: “¿No es verdad que la vida es una serie de afirmaciones, más bien dicho, una afirmación suprema?”.

No sé. Lo sabrá él si como Rafael Núñez en el hondo poema de Darío,

*halló al pie de la Sacra Vencedora
el helado cadáver de la Esfinge.*

Habréis observado que a principios de este siglo la poesía mexicana era ya rica en matices. Junto a la gracia moderna y elegante de Gutiérrez Nájera, se alzaba la perfección marmórea de Díaz Mirón, y la clásica nobleza del autor de *Poemas Rústicos* coincidía con la nota sentimental y la canción romántica de Urbina, al mismo tiempo que con la inquietud ondulante y la confidencia en voz baja de Amado Nervo. Más tarde, soplaron todavía vientos de renovación. *El Modernismo* instaló su tablado retórico lleno de opulencias verbales y de suntuosidades decorativas, su interminable desfile de alegorías mitológicas y su complicada musicalidad polifónica. Todos los países de habla castellana —y México no podía ser una excepción— oficiaron según el nuevo rito. Un día, fatigados ojos y oídos de tanta pompa exterior, de tanta prodigalidad sonora, se vuelven ansiosos a la vida honda, a la meditación y al silencio, a los temas eternos y trascendentales, a la contemplación fecunda, a la sabiduría del otoño. Mas la rebeldía no cesa. Hay quien exige mayor dinamismo, quien pretende eliminar temas gastados y sustituirlos por motivos de rigurosa actualidad del momento. Van otros en busca de lo vernáculo y luchan por dignificar con léxico oportuno lo que parece excluido de la poesía tradicional y por las llamadas leyes del buen gusto. De otro lado, los partidarios de la *poesía pura* declaran la guerra a lo anecdótico y se dedican a lim-

piar el verso no sólo de los elementos prosaicos, sino de todo aquello que por ser color y melodía y plástica, rompe sus naturales barreras, invade el campo lírico y mancha la blancura del poema. En todo esto hay rebelión, espontánea en parte, en parte reflejo de orientaciones forasteras; rebeldía iconoclastica de toda juventud que se cansa de llamar a la vida con el mismo nombre, y que se yergue duramente agresiva, sobre todo contra sus antecesores inmediatos. Como en todo movimiento destructor, no se sabe a punto fijo lo que se quiere. Surgen complicaciones o se simplifican hasta lo inverosímil. Hay aportación de inusitados elementos y supresión de recursos anticuados. Se odia la rima y se da muerte al ritmo, y la música externa se transforma en música interior. ¿Quién sabe qué es lo que ha de quedar de todo ello en un futuro próximo o lejano? . . .

El ideal de Goethe de ascender como la estrella, lentamente y sin apresurarse, es ideal de madurez. La juventud, bien lo sabemos, porque muchos, aunque no todos, hemos sido jóvenes, carece de medida y procede a saltos.

No hay motivo de alarma. En la selva lírica han caído muchas hojas, se han desgajado muchas ramas y más de un tronco milenario ha venido a tierra, acaso porque no era digno de mantenerse en pie. Cuando el aire se serene, habrá brotes nuevos que reemplazarán la hojarasca fugitiva. Ningún árbol frondoso, hospedador de pájaros y apoyo de hiedras, ha de ser víctima de huracanes. Estas insurrecciones de los años mozos son purificadoras y ayudan a discernir en lo que guardamos como tesoro de arte, lo que es de buena ley. La juventud, ya lo dijo el poeta, siempre tiene razón.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por el director don FEDERICO GAMBOA.

Acabáis de escuchar, señoras y señores, señores académicos, la evocación de algunos de los poetas más representativos en el Parnaso mexicano contemporáneo, con que nos ha regalado los oídos y el espíritu este otro egregio poeta recién vuelto del destierro dorado de la Diplomacia, única culpable de que tanto se retardara su recepción solemne como individuo de número de esta Casa, a la que pertenece desde hace cinco lustros, y aun desde antes, si ha de atenderse a sus indiscutibles merecimientos.

Y que su evocación es acertada, justiciera y bella, lo han proclamado los cálidos aplausos con que la recompensasteis generosamente; aplausos al amparo de cuyo eco, que vibra todavía, mis palabras se estimulan y, dentro de su brevedad ritual, encarecidamente os piden que también las escuchéis, no sin perdonarles el pobre metal con que resultaron acuñadas.

Esos aplausos, que no son solamente el premio otorgado a quien con tanta maestría maneja la prosa castellana, avara por rica y esquiva por linajuda, gran dama que castiga airadamente a los muchos que por ignorancia y sin trazas de malicia la maltratamos muy a pesar nuestro, dicen, además, que un poeta de la talla de Enrique González Martínez no ha menester de que nadie, ni por fórmula, lo presente y recomiende, pues de larga data se le conoce; circunstancias que en el caso valen tanto como admiración hacia su obra copiosa y agradecimiento hacia su verso sin pecado.

El lírico paseo a que de la mano nos llevara por entre las alamedas de nuestra poesía de ayer y de hoy, las unas ya marchitas y alfombradas de hojas secas, en flor las otras, y las que apenas si nos señaló al soslayo, prometedoras de que, a su vez, forzosamente florecerán mañana, siempre que sepan resistir los hielos letales de las modas extravagantes y la pedrisca que la crítica y el buen gusto enderezan contra sus "pinos nuevos"; ese lírico paseo, repito, no obstante las virtudes predominantes en nuestro exquisito guía: noble.

za y modestia, en mi humilde modo de ver adolece de involuntarias pretericiones y de severidad extrema en varios de sus juicios.

Verbigracia: ¿Por qué no mencionó a Francisco M. de Olaguíbel y Francisco A. de Icaza, que fueron coetáneos suyos, y de los que merecidamente elogia, y, por añadidura, colaboradores asiduos y distinguidos de la *Revista Azul* y de la *Revista Moderna*?... ¿Por qué se muestra tan severo para con los poetas de la Colonia, y muy particularmente para con Fr. Manuel de Navarrete, de quien un autorizado crítico moderno opina que en sus *Anacreónticas*, sobre todo —las de Navarrete—, “había tal gracia y elegancia, que el poeta estaba muy por encima y muy aparte de los de su siglo: era como milagrosa flor en un erial”?... ¿Por qué trata con tan escasa estima a Guillermo Prieto, que para perdurar en el recuerdo de México tiene de sobra con haber escrito el *Romanceo de la Independencia* y su intencionada y deliciosa *Musa Callejera*? ¿Por qué le enrostra a Juan de Dios Peza, cuyos *Cantos del Hogar* corren traducidos en quién sabe cuántos idiomas, y cuya composición *En mi barrio* es una filigrana, que cantara su tragedia doméstica “en versos de sonoridad pegajosa”, si a poco reconoce, cual no podía menos, que tales versos “fueron por muchos años la representación única de la lírica mexicana, al través de México y España. . .”?

Puedo asegurar, porque de años atrás me ufano con la amistad que me dispensa González Martínez, que ni sus severidades ni sus pretericiones las dictaron pasiones bajas o torcidos sentimientos, tan comunes en “la piel irritable de los vates”, pues nunca transpusieron ellos los umbrales del limpio corazón de este hombre ni los del poderoso cerebro de este artista. Hemos de atribuir las pretericiones a que, cuando salimos de viaje o de paseo, siempre nos ocurre que algo se nos quede olvidado en casa o en “los tenebrosos rincones del cerebro”, que dijera Bécquer; y las severidades, a que debe tenerse en cuenta que las normas poéticas caras a González Martínez son muy otras de las que privaban cuando los censurados tañeron sus liras. ¿Acaso por tiquis miquis de técnica no Leconte de Lisle regateaba el don de la poesía a Béranger, a Barbier y al mismísimo Lamartine?... No hay que darle vueltas; querámoslo o no, todos somos hijos de nuestra época y ésta nos imprime, por despótica manera, su sello peculiar y distinto del que gastaron sus predecesoras.

Salvo estas minucias que, en rigor, no van a ninguna parte ya que sólo probarían que nos hallamos ante un fenómeno meramente subjetivo, el de que cada cual nutra y sostenga sus propias predilecciones y esquiveces, pláceme declarar sin reservas que yo comulgo con los juicios que él nos ha puntualizado tan lindamente.

Imposible analizar su obra, los libros que la informan son muchos, y muy pocos mis alcances en esa y otras disciplinas intelectuales. Si mi memoria no

me traiciona, lleva publicados, hasta hoy: *Preludios*, en Mazatlán, el 1903; *Lirismos*, *Silenter* y *Los senderos ocultos*, en Mocorito, 1907, 1909 y 1911; en la ciudad de México, el 1915, *La muerte del cisne* y *Jardines de Francia*, conjuntos estos últimos de comprensivas y fieles traducciones de unos dieciocho poetas de fama que todos ellos deben a la lengua francesa en que escribieron, por más que no todos fueran franceses: junto a Verlaine, Baudelaire, la condesa de Noailles, figuran tres belgas, Verhaeren, Maeterlinck, Rodenbach; un griego, Moreas, y un cubano, José María de Heredia. En 1917-18-21, en la ciudad de México siempre, *El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño*, *Parábolas y otros poemas*, *La palabra del viento*. En Buenos Aires, 1922, *El romero alucinado*, y en Madrid, 1924, *Las señales furtivas*. Por último, ¡ojalá que no sea de veras por último!, la casa madrileña de Espasa-Calpe, a punto que González Martínez se apercebía a partirse de España, le editó, y muy lujosamente por cierto, un grueso volumen de casi 300 páginas, con el sobrio título de: *Poesía - 1909. 1929*. Un relicario en que el poeta quiso reunir, como en una auto-antología, cuanto, conforme a sus preferencias, es lo mejor de su producción durante esos veinte años. ¡Y vaya si anduvo atinado!

Los que anheláis elevar vuestro corazón y vuestro pensamiento, id y leed despacio esas hojas, que yo os aseguro no sabréis con cuál quedaros, tal dominio de la técnica y tanta belleza rezuman todas ellas. Sin advertirlo, a pesar del ático escepticismo que aquí y allí nos pone en los labios de acíbar, vuestras penas íntimas irán suavizándose y suavizándose hasta no convertirse en mansa resignación frente a las espinas con que es fuerza que se coronen nuestras pobres vidas de enfermos y desventurados sin remedio. En compensación, otros muchos de esos mismos versos os harán abrir de par en par las ventanas de la esperanza, que a todos nos alienta, y echar a vuelo las campanas de la alegría interior, que todos poseemos; milagro que nada más los grandes poetas aciertan a consumir de tarde; en tarde, porque nada más ellos suelen adivinarnos y aun aliviarnos, siquiera sea momentáneamente, de los desencantos y melancolías que a modo de neblina espesa y terca nos ensombrecen el alma.

Ese dominio de la técnica, a las veces rayano en perfección, que caracteriza a González Martínez, haciendo que “su lírica —al decir de un crítico—, se mueva progresivamente en un sentido cada vez más profundo, con una visión más clara”, salta a la vista y se descubre sin esfuerzo. De ahí que se le perdonen las gotas de pesimismo y amargura que destilan varias de sus composiciones, quizá las más inspiradas. De pronto, acongojados, cerramos el libro, porque nuestros viejos dolores vuelven a dolernos; pero a poco, sin embargo, seguimos lectura adentro, subyugados por la pureza de la dicción y el hechizo de la forma. Tan bellamente lo expresa todo, que nos alzamos

de hombros ante el súbito despertar de nuestros dolores, nuestras ansias, nuestras incertidumbres. Presas de un sortilegio, ya no nos angustia que en la *Parábola de la vuelta al redil*, el poeta nos diga que: “Los cándidos ensueños, en su rural premura, /sembraron en el soto sus blancos vellocinos, /bebieron en la charca, bajaron a la hondura, /triscaron en la vega, cruzaron los caminos. /Mas como ya cayeron las sombras del ocaso, /como en la torre antigua ya resonó la hora, /a mi redil del alma se vuelven paso a paso /con la esperanza inútil de una imposible aurora. . .”, ni que en *El retorno imposible* nos asegure que vuelve atrás los ojos, “y sin saber por qué, /entre lo que recuerdo y entre lo que adivino, /bajo el alucinado misterio vespertino /sueño con ese viaje que nunca emprenderé. . .” Y así en el volumen íntegro.

Mucho se ha escrito, dentro y fuera de casa, en encomio de González Martínez y su obra. Luis G. Urbina y Enrique Díez-Canedo, jueces irrecusables en estos achaques, aunque ni el uno ni el otro ahondaron lo que hubiésemos apetecido que ahondaran en sus sendos juicios críticos, ambos nos dan una idea de conjunto bastante aceptable acerca de este “romero alucinado”, descendiente en línea recta de aquel grupo de “Parnasianos” que tanto bien han hecho a la literatura de su país, y, por ende, a todas las demás literaturas, a las de nuestra América muy especialmente, que de tiempo inmemorial se miran en ese espejo maravilloso. Un “Parnasio” ilustrísimo, por mucho que naciera en la trastienda de una librería del Pasaje Choiseul, la de Lemerre, que tuvo por abuelo a Théophile Gautier, immaculado orfebre del verso, por jefe a Leconte de Lisle, y por abanderados a Catulle Mendés, Sully Prudhomme, Heredia, Banville, Baudelaire, Verlaine, Coppée, etc.

Al igual que ellos en Francia, González Martínez, parnasiano sui géneris porque el trópico le dio lo que a los otros les falta, la emoción —pongo aparte a Baudelaire, y a Verlaine más que a Baudelaire— ; una emoción comunicativa y honda que se mete dentro del lector, y lo suspende y lo sacude, para dicha de nuestras Letras, escribe en español! ; y qué español! y no solamente representa un tipo admirable del pensamiento humano, sino que se expresa en forma extraordinariamente pura que se singulariza por su propiedad y precisión. A la letra cumple, y es éste el mayor elogio que puede hacerse a González Martínez, el mandamiento inatacable de Leconte de Lisle: “El poeta, el creador de ideas, de formas visibles o invisibles, de imágenes vivientes o imaginativas, ha de realizar lo bello en la medida de sus fuerzas y de su visión interna, mediante la combinación compleja, sabia y armónica de los sonidos, los colores y la línea, no menos que mediante el empleo de todos los recursos de la pasión, la reflexión, la ciencia y la fantasía; que toda obra del espíritu, si no llena estas condiciones necesarias de belleza sensible, no puede ser obra de arte. Será, a lo sumo, una mala acción!”.

¡Lástima que en sus versos musicales y cautivantes, aquellos en que Gon-

zález Martínez se asoma a los arcanos eternos o interroga osadamente a las mudas esfinges que bordean nuestras vidas de barro, no llegue a darnos la clave de los enigmas trascendentales! . . . Válgale la disculpa de que la escalofriante explicación de esos misterios nadie en el mundo ha de dárnosla nunca, ¡ni los grandes poetas aunque sean los grandes videntes! Ellos, y nosotros los que hablamos en prosa, que somos los más, hemos de averiguarlo infaliblemente algún día cuando para siempre nos encontremos “del otro lado del sepulcro”.

¡Lástima, igualmente, que en sus versos de amor se nos escape de entre los dedos, en el preciso instante que suponíamos, arregostados por la valentía de los comienzos, de los medios y hasta de los finales, véase *La centauresa*, que iba a franquearse con nosotros y a enterarnos de sus reconditeces pasionales! . . . Respetemos su reserva y su pudor, raro en un poeta. Sin duda, González Martínez, en lo íntimo un irreprochable hombre de hogar —en el suyo sólo arden las antorchas de los amores puros: el que profesa a su esposa, el que profesa a sus hijos—, repugnó el que éstos se impusieran de lo que le haya ocurrido en su existencia sentimental, si es que le ocurrió algo, cosa que yo ignoro y que no revelaría aquí aun cuando hubiese sido el confidente o el testigo.

Poeta de nuestras predilecciones: en nombre de esta Casa, desde su fundación ilustre, que procura no saber de intrigas, envidias ni malas voluntades, os doy públicamente la más cordial bienvenida; y en nombre de todos y cada uno de nuestros colegas, formulo un voto:

—¡Que ni la Diplomacia, tentadora sirena, vuelva a privarnos, en lo futuro, de vuestra prestigiosa y amable compañía!

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER NORIEGA Y GUERRA *

Por don ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE.

¿QUÉ es lo primero que tengo que decir al principiar este discurso? Lo primero que he de expresar aquí es mi gratitud, porque, con más benevolencia que justicia, me habéis otorgado unánimes sufragios para que viniese a tomar asiento entre vosotros, mis queridos, mis admirados amigos. En agosto de 1924 fuisteis muy servidos de abrirme la puerta de esta hidalga casa, en calidad de vuestro individuo correspondiente, sin tener en cuenta mi mocedad; desde esa fecha, período ya cercano al que Tácito llamaba *Magnum aevi humani spatium*, comparto con amor vuestros trabajos y vuestras alegrías, y también las penas vuestras; que el contento y descontento comen a la misma mesa. La muerte, señora que a todos nos avasalla, ha metido, muy a menudo, su mano larga y fría en nuestra asamblea, y ha apagado el fulgor de muchas vidas que le daban lustre y esplendor. En un corto, en un breve tiempo, fue atajando los pasos de gran número de nuestros conmlilitones. Hablábamos con ellos con cordialidad, con vivo afecto —cosas estas tradicionales en este docto instituto—, dejaban tranquilos, sonrientes, afables, sus sillones, y ya no volvíamos a verlos; salían a puerto de claridad, pasaban a las moradas eternas del Cielo. Somos los hombres sombra de sombras. Surgimos un instante y nos desvanecemos como leves vilanos que deshace el viento.

Uno de los buenos, de los excelentes y amados amigos a quienes la muerte desató y libró de esta mortalidad, llevándolo a mejor siglo, a la región de la tranquila paz, fue el docto licenciado don Victoriano Salado Alvarez. A él vengo ahora a suceder, no a substituir. Ameno escritor fue este ilustre hombre de México, ataviado de virtudes. Moralmente, era recto como una columna griega; urbano y comedido, no tuvo tacha de tornadizo, ni roedor de villanía en su conciencia. Fue de una gran limpieza y gran claridad, en los tiempos en que estuvo a honesta distancia de los negros fregados de la política.

* Discurso de recepción leído sólo en parte en la Academia Mexicana correspondiente de la Española, el 5 de abril de 1933.

Su ocupación, lejos ya de los puestos oficiales, fue la de escribir, y era cosa admirable verlo casi siempre con el lápiz en la mano, todo dedicado a ese noble ejercicio. Para él nunca hubo fáciles descansos; no pasó la vida en regalo. Sonábanle las altas horas de la noche, teniendo atareado el entendimiento sobre sus papeles, sobre sus libros, en los que averiguaba verdades y resolvía cuestiones. El desvelo hizo a torno sus cláusulas, de tono amplio, de elegante trazo. Sólo interrumpe su labor para morir. Compuso, fértil en inventiva, novelas históricas muy celebradas, que gozaron del buen favor del público, pues que agotó copiosa edición. *De Santa Anna a la Reforma* y *La Intervención y el Imperio*, son las novelas con las que tendió la vista por los tiempos pasados. Están construídas en una prosa sólida, fina, clara. Las sacó de estampa en el lapso de 1902 a 1906. Cuatro años de ardua tarea.

Trabajó con afán, con ardor, en bibliotecas, en ratonados archivos, oyendo pláticas a gente que, o bien vivió en esas épocas, o sabía, por sus mayores, de los acontecimientos y alborotadas trifulcas por las que pasó México antes de lograr la paz. Hacía tesoro de ello en la memoria para luego retratar con la pluma tales hechos, el fiero encono de los opuestos bandos en las revoluciones insensatas y sanguinarias, pues, por feliz acaso, se juntaron condiciones de novelista y de gran historiador en una misma persona. Hay en esos tomos capítulos escritos con fiel verdad, que no son sino historias noveladas, como llamó Menéndez y Pelayo a algunos libros de Pérez Galdós, por ser muy exigua la parte de ficción que en ellos interviene. Esas dos novelas de Salado Alvarez, proceden directamente del autor de los *Episodios Nacionales* que se educó bajo la influencia anatómica y fisiológica de Balzac; también don Benito trae su origen de Dickens, de quien tiene la mezcla de lo plástico y lo ensoñado.

Antes, en 1901, publicó su encantador libro *De autos*, cuentos y sucedidos, llenos de exquisitas bellezas, por las que pasa una sutil ironía que nos hace sonreír continuamente; cosa ésa más difícil aún que sacar la risa del cuerpo. Salado Alvarez fue siempre diestro y primoroso en el cuento. Los componía casi a un volteo de pluma, con gracia feliz; poníales deliciosos espolvoreos de sal y pimienta muy donoso, su puntita de ajo y hasta ramo de olor para hacerlos más gustosos, con fina travesura, con repentes sacudidos, pues tuvo un gracejo indisputable. Conocía bien, ¡y con qué maestría!, el sentido de la prosa narrativa de cosas ficticias. Disponía con arte y aliñaba con hermosura los pensamientos; supo hacer con la destreza de las palabras que viviera y bullese la figura vista, y con ingeniosa psicología o como quiera llamarse ese entrar y salir por los ostugos y reconditeces del alma.

En 1899 dio a luz su primer libro, se rotula: *De mi cosecha*, y está formado con estudios exactos y originales de crítica literaria, entre los que so-

bresalen aquellos que dedicó a lo que llamóse en poesía modernismo. Son ensayos magníficos, llenos de agudas consideraciones, recios, vigorosos, sostenidos por selecta erudición. Leyendo ese libro se oye clara la voz del autor, lenta, tropezona, que se iba a menudo alegre entre los retozos de la risa. Se le tuvo en ese volumen por crítico intransigente, encarnizado y de muy mal humor, a causa de los sonoros zurriagazos que repartiera muy bien repartidos, porque no usó sutilezas que pican, sino verdades que clavan. En esas páginas dejó impresa su sabiduría.

Tras el seudónimo de *Un aprendiz de retratista*, sacó de molde un importante folleto que se titula *José Ives Limantour*, en el cual, a pretexto de exponer la labor de este hábil hacendista, hace con galanura la historia de la Hacienda Pública. Parece mentira que penetre la gracia donde se alinean espesas filas de números que la detienen con su sequedad y exactitud, y, sin embargo, Salado Alvarez mete entre ellos su irónica finura, las delicias de sus burlas, pues, repito, siempre tuvo jugo y gracia en el decir. Sazona con donaires sabrosos los desatinos de muchos señores ministros de Hacienda del anárquico tiempo posterior a la Independencia, lleno de humo de pólvora, de gritos y de proclamas, en los cuales la ignorancia no era siempre independiente de la picardía: desde el famoso don Mariano Michelena que según don Lorenzo de Zavala, fue el primer concusionario mexicano, hasta don Francisco de P. César, el inclito arreglador del negocio Jecker, verdadera y colosal estafa, que en dinero y especias consiguió sacar del ministerio un medio millón de duros mal contados, pero muy suculentos.

Exquisita habilidad ladrona. Su natural fue siempre de quebrantar el séptimo. Dejó impreso Salado otro importante fascículo, y éste sobre *La Inmoralidad en la Literatura*, firmado por don *Querubín de la Ronda*, fecha 1909; lo escribió tratando de hacer justicia a la escuela naturalista a propósito de la pérfida crítica de un exaltado sacerdote catalán, don Nicolás Serra y Causa, que, “fingiéndose que lo devoraba un inmenso celo por la causa de Dios... encontró como las mismas rosas la oportunidad que se le presentaba de acusar de herejía al señor Agüeros, poniendo de paso como hoja de perejil al señor don Federico Gamboa, autor de la linda novela *Reconquista*, y al señor López Portillo y Rojas, que, considerándose tan dueño de su parecer como el rey de sus alcabalas, tuvo la audacia de juzgar la novela sin pedir de antemano la venia del crítico saturnino que a su guisa expide patentes de moral y religión”.

Después, ya no estuvo Salado Alvarez de acuerdo con los brutales, ruines y bajunos procedimientos seguidos por la escuela naturalista, que se metió triunfante por todas partes, a banderas desplegadas y a tambor batiente, “para pintar los apetitos de la llamada *bestia humana*; escuela esa que en algunos puntos era una simple degeneración del romanticismo, y en otros un roman-

ticismo vuelto de revés, con cualidades individuales muy poderosas, aunque por lo general mal regidas; fue una protesta, en cierto modo necesaria, contra las quimeras del idealismo y una reintegración de algunos elementos de la realidad, muy dignos de entrar en la literatura, cuando no pretenden ser exclusivos”.

El último libro que dio al público, el año de 1924, fue su *México peregrino*, mexicanismos supervivientes en el inglés de Norteamérica. En él están patentes sus vastos conocimientos filológicos, a más de otras muchas disciplinas. Mi pluma sólo se ha cortado en esta ocasión para dar una concisa y breve noticia de lo que publicó en libro don Victoriano Salado Alvarez, escritor gallardo y soberano del que bien puede ufanarse mucho nuestra tierra.

Todo lo que escribía este preclaro varón, de laboriosidad igual y constante, estaba lleno de movible elegancia, de ágil sutilidad, en frase limpia y pensamiento claro. En sus páginas no se ve desmaña, ni desaliño, ni se encuentra nada alambicado, ni tampoco incomprensible. Escribía con pocas palabras que dicen muchas cosas, como escribía Mme. de Sevigné, y, sobre todo, escribía para hacerse entender, sin fastuosidad en los vocablos, sin giros peregrinos, ni grande elocuencia en los períodos, con tal precisión, con tal flexibilidad, que sus escritos nos hacen pensar en la fórmula de Nietzsche: “Con los menores recursos de estilo, la mayor suma de efectos”. Escribía con tersura, con claridad, como mandaba el Rey Sabio que se hablara, “ en palabras llanas e paladinas” para que de ellas no brote “razón tortizera”. Con esas palabras comunes formó un estilo nada común, que era tan gallardo y bizarro como llano y corriente. Siempre con señorío de palabras, levanté la mente del lector. Sabía que ellas son llaves con que se abren y explican nuestros conceptos; y, como los tenía claros, como pensaba bien, daba clara noticia de las cosas.

Desde muy mozo comenzó a desplegar las velas y descubrir los tesoros de su ingenio y, al fin, llegó a ser “hombre de todas horas”, de esos a quienes tanto celebra y alaba Gracián, porque no ignoran “que no se estorban unas a otras las noticias, ni se contradicen los gustos; que todo cabe en su centro, y que para todo hay razón”, y tampoco fue nunca de los que denomina “Sísifos de la conversación”, porque apedrean con un tema. Ya he dicho otra vez que don Victoriano era un admirable conversador, que lo que contaba adquiría vigor, frescura, interés, una alada agilidad. Sus charlas tenían humor satírico y travieso; y, como sabía jugar lindamente del vocablo, le torcía el sentido y lo violentaba con equívocos, todo lo cual entretenía con deleite. No era tampoco de esos que dice el incisivo jesuíta aragonés “que desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto, porque en unos puntos discurren que vuela, y en otros ni perciben ni se mueven”. Don Victoriano to-

do lo sabía bien; como que era un polígrafo ejemplar acudió con la pluma a multitud de cosas que eran gustadas con efectiva fruición.

Se cuenta en libros veraces que don Alonso de Coca, capellán que fue de la princesa Isabel de Castilla, a quien la historia da el apodo honroso de la Católica, haciéndole relación confidencial de los señores que pretendían que les diese su mano de esposa, al hablarle de don Fernando de Aragón le dijo que era "hombre muy dispuesto para hacer todo aquello que hacer quisiese". Eso mismo se puede afirmar de don Victoriano Salado Alvarez. En la novela, en el cuento, en el estudio histórico y en el filológico, en el ensayo de la filosofía, en sus especulaciones doctrinales, alcanzó suma perfección, la perfección que le es dable lograr a los humanos. Todo aquello a que se aplicó lo hizo con primor y talento, superándose siempre, "como la estrella, lentamente y sin apresurarse, pero siempre en continua ascensión". Subió Salado Alvarez a la eminencia de una autoridad.

Descansó en el Señor el 13 de octubre de 1931; y, en virtud de los preceptos que rigen y ordenan este Instituto, pasé a ocupar el sillón que dejó vacante; y, según esa misma regla de estatutos, hace tiempo que yo debería haber presentado este discurso de ingreso, pero la vida, tan varia y ondulante, ha ido interponiendo obstáculos a lo largo de estos años, y me retiraba la pluma para ponerla en otras dependencias precisas, a las que tenía que acudir; aunque bien sabía yo, y lo diré en frase de Cervantes para decirlo mejor, "que las obligaciones que crean los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear el ánimo libre". Pero vuestra gentil amabilidad para traerme a vuestro seno, a esta casa honesta y limpia, en que se cultivan y florecen tantos buenos estudios, fue ya incentivo y despertador de mi voluntad, por lo que empleo ahora la lengua y la pluma en hacimiento de gracias por la merced que me habéis otorgado, pues, os aseguro en Dios y en mi conciencia, que reconozco y amo los favores.

Pero ¿de qué es de lo que ha de hablaros este mínimo escritor? El ilustre don Benito Pérez Galdós, a cuyo lado pasé la lenta delicia de muchas tardes del suave otoño madrileño, oyendo el cordial encanto de su palabra de patriarca, cuando se encontró en el caso difícil en que yo me encuentro ahora ante vosotros, dijo, palabras de más o palabras de menos, que la cortesía y la costumbre ordenan que al ingresar en esta Academia se hagan pruebas de aptitudes críticas y de sólidos conocimientos en las varias materias del arte que cultiváis con tanta gloria. Pero, que como él había consagrado su vida entera a cultivar lo anecdótico y narrativo y por efecto de las deformaciones que produce en nuestro ser, el uso exclusivo de una facultad, y porque su forzado desarrollo es a expensas de otras, se hallaba privado casi en lo absoluto de aptitudes críticas, y que no le obedecían las ideas ni las palabras cuando trataba de aplicarlas al arduo examen de los peregrinos in-

genios que ilustraron en España o en tierras extrañas, la poesía, el drama y la novela.

Así es que hago muy más las palabras del insigne y admirado maestro; pues, como eso de la crítica está alejado de mis estudios habituales, os traigo la vida desorbitada y pintoresca de Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, quien, sin acometer jamás con cobardía la fortuna, trasegó mares, rodeó tierras y anduvo peregrinando por naciones extranjeras, que es, lo que se decía, practicar el mundo.

UNA TERTULIA

Un coche de los de Palacio caminaba lento, a la tranquila andadura de los caballos. En ese coche iba un clérigo enjuto, apergaminado. Sus manos secas, sarmentosas, sobre el negro limpio de la sotana, temblaban un poco. Unos ojos negros, encendidos por la fiebre, iluminaban aquella cara macilenta; de la boca descolorida le salía un fatigoso acecido. Daba idea este clérigo de algo leve y quebradizo. Toda la gente, con profundo respeto, lo miraba pasar y destocábase los sombreros, pero él a nadie veía; sus miradas andaban lejos, en un distante más allá, fuera casi del mundo, entre una bruma inmóvil, y cuando bajaban a la tierra y reconocían a alguien, le manaba una sonrisa mansa, tenue, y, como colorario de ella, se le enternecían sus ojos menudos, antaño vivaces.

Al pasar por enfrente de la tercerna de la Profesa, los constantes tertulios que estaban allí en sus pláticas sosegadas, llenas de silencios, largos silencios de lenta elaboración mental o de cauteloso meditar, al verlo en aquel tardo coche de Palacio, animaron su conversación:

—¡Pero, señores, si es Fray Servando! ¡Mírenlo!

—Sí, es Fray Servando Teresa de Mier.

—Noriega y Guerra, señor.

—Yo sabía que estaba enfermo, muy enfermo, y que su fin se esperaba pronto. Ya es grave caso de Santos Oleos.

—Sí, anoche en Palacio me dijo García de Loayza, el procurador, que los médicos que lo asisten declararon que ya no aliviaría, ¡Dios lo lleve a Gloria!

—La que merece por los grandes y constantes trabajos que ha padecido.

—Es ya un bienaventurado. Porque nadie como él ha sufrido tantas persecuciones por la justicia.

—¡Y cómo vive en Palacio Fray Servando! ¡Válganos Dios, cómo vive! Todos están allí bajo su disposición. Lo sirven y regalan como a un rey antiguo. Come de lo bueno y aun de lo maravilloso. Cámara bien al-

hajada es la suya, criados atentos a sus deseos, mesa realenga, y libros, muchos libros, su gran amor, en estantes, en bufetes; los hay hasta derramados, yo los he visto, por los sillones, y en rimeros en el suelo. Todo está en su aposento con mucho atuendo, digno de su principal alcurnia.

—Don Guadalupe Victoria, que está pendiente a todas horas y puntos de sus labios, y ocupa en su servicio toda el alma, se pasa con él los grandes ratos en charla continua. Hablan de las cosas de sus vidas, desdichas, venturas, y se reconfortan recordando, pues recordar es volver a vivir. Todo pasa y queda el recuerdo. Hacen deliciosos proyectos para el bien de México. ¡Grandes almas las dos!

—El Padre Mier está urdiendo constantemente revesadas extravagancias teológicas, ya sin ningún don Ignacio Borunda que se las aconseje. El se sobra y se basta para tejer esos inextricables embrollos. Se divierte el Presidente con esas pintorescas rarezas, con sus teorías disparatadas, con las que da en grandes desatinos y locuras.

—¿Ha leído usted, don Tadeo, la *Clave General de Jeroglíficos americanos* en que el licenciado Borunda alambica sutilezas, abstracciones, formalidades, trascendencias y entes de razón? Ha echado Borunda gazafatones en lengua peregrina.

—Calle usted, hombre de Dios, ese libro mazorril es un récipe eficaz para volverse uno loco, loco de remate. Borunda, ya con el juicio desquiciado, dio en la flor de escribir, pero muy revesada y nebulosamente, según se ve en esa extravagante y confusa maraña, horrible hija, como abortiva, que echó fuera de su alterado cerebro en un mal alumbrado parto. Está la tal *Clave* escrita como en algarabía.

—Pero, señores, ¿a dónde irá Fray Servando en ese lamentable estado en que se halla? ¿Dejó la cama de Palacio para buscar, acaso, un retirado y apacible albergue entre los de su antigua Orden? ¿Para morir con Dios entre los dominicanos?

—No, a Santo Domingo no va; Santo Domingo queda a la otra mano.

—Miren, miren, salgan a la acera, pero salgan pronto, señores míos, ya se detuvo el coche en San Francisco.

—Sí, allí está; vean con qué dificultad baja ahora el Padre Mier, el sota le ayuda, y aún así, apoyándose en su brazo, tiembla todo y apenas puede caminar, pasito a paso, muy lentamente.

—¡Carambá! Pero qué buena vista tiene usted, don Macario, para distinguir tanto detalle exacto; yo apenas, y ayudados mis ojos con los espejuelos, veo que el pobre va andando dificultosamente.

—Tan alto como es y con esa sotana larga que trae, parece ciprés que camina.

—Su indomable, su férrea voluntad, es la que lo hace moverse; su gran

alma. Recuerdo ahora, que en el *Compendio de la doctrina espiritual* que compuso Fray Luis de Granada, se pone en el Capítulo V, que es la *Meditación de la Muerte*, después de mover al lector a que medite con la lástima del tránsito y de la soledad en que ha de verse su espíritu desposeído ya de la córpora; después de eso, digo, describe, si mi memoria no me es infiel, que creo que no lo es, porque siempre leo y releo ese libro singular “los postreros accidentes de la enfermedad que son como mensajeros de la muerte”: “Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos y párase el rostro difunto, y la lengua no acierta ya a hacer su oficio, y finalmente con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtudes. Mas sobre todo el ánima es la que allí padece mayores trabajos, la cual está entonces batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta; porque ella, naturalmente, rehusa la salida y ama la estada y teme la cuenta”. ¡Rehusa la salida y ama la estada! Palabras profundas y humanas. Así, amigos míos, este Fray Servando, ya tiene, ¡qué lástima!, todo el cuerpo muerto y sólo el ánima es la que está viva, la que se resiste y no lo deja caer, porque ama la estada. La estada, el mundo en que vivió con dichas o con penas, sus libros, sus papeles, sus amigos y enemigos, sus ensueños, sus horas de calma y sus horas de meditación y soledad apacible.

—Señores, pero qué trascendental está desde hace algunos días nuestro don Pedro Antonio, habrán notado. Causa es, según creo, la amistad con Ramos Arizpe.

—Don Miguel Ramos Arizpe es hombre de pelo en pecho. Como político es formidable; como sacerdote es punto menos que de misa y olla, que dicen en España. Creo que a libro abierto no traduce una epístola de Cicerón, ni la tan sabida fábula *Lupus et agnus* de Fedro. El latín de su breviario, y basta. ¿Para qué más?

—Usted, amigo mío, estará lleno de *Selectos Sagrados* y se sabrá bien, de cuerito a cuerito, el *Arte Poética* y de *Bello Gallico* y hasta poseerá un más exquisito latín que el que parló el fecundo Horacio y Ovidio el lacrimoso, pero el *Comanche* lo conoce, lo sabe, eso me consta; no será un Lucrecio, no será un Juvenal, pero no ignora nada de lo que no hay que ignorar.

—Sí, señor, dice usted bien; él, como Fray Servando, no tuvo calma sosegada para sentarse a pensar; no pudo jamás salir de su zona de inquietud. Sus *Memorias*, su *Historia*, sus *Cartas*, todo lo que escribió, lo hizo a las volandas, tal y como iba su vida, un tanto cuanto alocada. Sus discursos saltan como saeta en el fervor de la política; llevaba fuego esa saeta e incendiaba. Pero no tenía calma, nunca la tuvo, para ordenar sus ideas e acicalarlas con palabras adecuadas y con el debido esmero. Todo ello le

salía con naturalidad, sin esfuerzo evidente. Se le fue el tiempo en preparar sus fugas admirables, en realizarlas con toda perfección, en defenderse y atacar briosamente o en tender con todo cuidado las redes sutiles de sus intrigas políticas. Fray Servando no era un pensador sedentario, sino un hombre trashumante que tampoco tenía el placer de las emocionadas contemplaciones.

Y esos tertuliantes picotereros, junto con otros que llegaron después a la tercena de la Profesa a comprar su rapé, flor de La Habana, o sus cigarrillos o su picadura o sus pajuelas de azufre, o que allí iban tan sólo a entretener las horas platicando, se pusieron a comentar largamente la vida de Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Vida activa, apasionante, infatigable vida la suya, llena de sensibilidad, de vivacidad excesiva. Jamás se apaciguó esa vida, vibradora y nerviosa, como aguja de brújula que no se fija en un rumbo.

Los días no vaciaron su monótono reposo en una existencia de sosiego acompasado, sino que le pusieron luchas, desgracias, dolores sin fin; pero él lo iba salvando todo, casi con alegría de místico; parece como que se deleitaba en tener un obstáculo, sólo por sentir agrado de vencerlo. Padeció eslabonadas persecuciones en todas partes. Un genio malo lo seguía implacable y lo llevaba a duras cárceles; pero otro genio bueno lo sacaba de ellas, para volver a caer en nuevas prisiones y tornar a salir ágil y gozoso, rozando el peligro. Más de sesenta años tenía Fray Servando Teresa, y la mayor parte de su edad se la pasó hostilizado, perseguido entre infortunios grandes, inacabables, pero con recta aspiración de llama.

De unos labios a otros labios iba saltando ligera, vivaz, la relación de los hechos que todos conocían; en el sosiego apacible de sus tertulias familiares se habían dicho muchas veces las romancescas andanzas del fraile batallador. Y las vidas quietas de esos varones prudentes, mesurados, sentían un vago anhelo, un asombro les aleteaba en el alma al considerar las cosas de Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Creían que era un ser de conseja, con avatares y resurrecciones, cuyo cuerpo tomaba la vaporosa inconsistencia de los fantasmas para realizar sus pasmosas fugas. No usó la forma anticuada, rancia, de acogotar a los carceleros o darles muerte alevosa para evadirse; ni efusión de sangre, ni aparatos de terror, ni siquiera violencia, ¿para qué? Nada de eso era menester teniendo ingenio y decisión. El poseía su método, su sistema especial, incomparable, obra de verdadero artista, y lo practicaba con fantasía y destreza. En aquellos tiempos era el primer talento, el único talento en España en este difícil particular. ¿Quién hizo tantas, tan extraordinarias y selectas escapatorias como Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra? Fue perito en la materia, un artista de las fugas.

Lástima grande que no dejase escritos en un Tratado sus eficaces procedimientos que no tenían igual en limpieza, en perfección técnica. De cuánta utilidad no sería ese libro para los presos que no poseen ahora ni un triste adarme de imaginación, y que todo lo quieren resolver a fuerza de puñaladas truculentas o de tiros, cosas de indudable mal gusto, aunque se empleen para realizar un insignificante asesinato.

Si existiese ese texto, habría sido un aliciente, un estímulo, para los pobres seres que se dedican a la ardua y perseguida carrera del crimen; pues, a la vez que se enseñaran a leer en él, aprenderían lo que les importa saber para salirse de las cárceles en que los encierran a cumplir una condena por sus gentiles fechorías. Además, habría contribuido a la prosperidad nacional, pues que ese libro, útil y buscadísimo, enriquecería a muchos señores editores.

LA ESCUELA Y EL CAMINO

Y estos caballeros de la tertulia de la tercena de la Profesa, sedentarios y tranquilos, tan reglados, tan uniformes, tan pacatos, se estremecían, se acongojaban sólo de pensar que tuviesen por fuerza que hacer una de las cosas inauditas que realizó ese fraile andariego, cruzamares y trotatierras, ser impetuoso, con desbordada plenitud de vida. Y como conocían todas sus aventuras en fuerza de repetirlas y de escucharlas, fueron soltando más capítulos de esa existencia singular, como de fábula. Y así de este modo, iba su plática aquella mañana clara de noviembre.

Nació Fray Servando en Monterrey, la capital del nuevo Reino de León, el año de gracia de 1763, el 18 de octubre.

Don Joaquín Mier y Noriega y doña Antonia Guerra formaban un matrimonio feliz con la dicha que puede haber en este bajo mundo en donde en cualquier ventura se agazapan penas. Sus alegrías eran discretas y callados los dolores. Matrimonio cristiano con la fe simple y fuerte. Don Joaquín, hombre recio de cuerpo, grave de actitud, sin mucha risa en la boca, estaba lleno de cordura y sensatez; qué fina y llana su discreción, qué agudeza práctica en el juicio. Sobrio, austero, de cortas palabras, pero afable. No se salía nunca don Joaquín de su habitual medida con expresiones descompasadas; no entraba jamás en cóleras. Serenidad y paz había en su vida que se iba deslizándose serenamente hacia la muerte, ancho mar en el que paran todos los ríos, que es el vivir.

Doña Antonia también era callada, de gustos sencillos. No salía jamás de su casa doña Antonia. Ahí encontraba útil y agradable entretenimiento; en todo andaba, vigilantes sus ojos grandes de mirar tranquilo. No ha-

bía rincón en el que no se posaran para ver si se encontraba polvo, pelusa o telaraña. Todo tenía que estar en su punto y bruñido por la limpieza. Sus manos hacendosas y diligentes no tenían sosiego en todo el día, entraban en los armarios de la ropa blanca que trasciende de limpia, como iban a la cocina a hacer guisados, a amasar, fama tenían sus molletes de leche y sus hojaldres. Iba porción de veces desde la sala y las alcobas hasta los tinelos de la servidumbre y los desacomodados zaquizamies en los que guardaban la triste inutilidad de mil cosas vencidas, inservibles por viejas. Doña Antonia regía la casa con pulso, con sabiduría, con un dulce mandar. Con gusto se acataban sus órdenes que solamente salían entre blandas sonrisas. Jamás sonó un regaño en sus labios. Desechaba la vana prodigalidad en los gastos; era guardosa y ahorrativa. Iba a misa, siempre a las primeras de la mañana, al rosario, a las novenas, a los trisagios, jamás a los saraos, pocas veces a paseos. Vida recatada, silenciosa, en dulce resignación.

En este matrimonio feliz de cristianos viejos, hubo muchos hijos, descendencia larga, pero la muerte entró por sus puertas y se llevó a algunos ya adultos, a otros apenas salidos de las mantillas. Este dolor, grande y único, les atravesó a los padres todo el corazón y les trajo tristeza para toda la vida. Les quedaron Josefa, Adriana, Servando, Vicente, Froylán, Joaquín, Antonio y otra Josefa. Andando el tiempo estos muchachos formaron familias que continuaron las graves tradiciones de los padres, honradez, trabajo, austeridad, segura confianza en Dios. Servando entró fraile; Vicente tomó en sus hombros la alta dignidad del sacerdocio.

Tenían ascendencia noble por la línea de su padre, los encumbrados duques de Granada y los no menos de Altamira, con cuyas casas estaba enlazada la preclara de Mioño, de limpia estirpe y abundancia venturosa; y por el lado materno fueron sus pasados de los primeros pobladores de su provincia neoleonese, gente valerosa y de holgada hacienda. Su madre vivía aún en julio de 1817. Tenía Fray Servando infatuada presunción de nobleza, pero aunque ufanábase mucho de su encumbrada prosapia, de ser "caballero hijodalgo de casa y solar conocido, con todos los privilegios y fueros anexos a este título, en los reinos anexos en los reinos de España", escribió largo queriendo demostrar a por b, para hacer plena evidencia, que el origen de su familia arrancaba del gran emperador Moctezuma, cuya nobleza había heredado con la sangre. Siempre fue de rápida inventiva Fray Servando. Su genio vivo, nervioso, le tenía desde niño abierto el espíritu y levantó el vuelo de su fantasía. Supo fabricar quimeras. En sus eternos devaneos subía por la escala de cien felicidades, como se forjaba fantasmas y visiones malas.

Don Joaquín y doña Antonia eran muy de la amistad de don Salvador Lozano, quien iba a diario a tertuliar con ellos. Era acaudalado comercian-

te este señor don Salvador, que vivía entretenido en sus negocios y tráfgos. Gran habilidad la suya para doblar y trasdoblar la ganancia y aun para convertir en utilidad y provecho lo vil. Por todo esto, pues tenía mucho pesquis para sus tratos y contratos, allegó grandes riquezas. Era risueño don Salvador, cordial y comedido; sabía decir bien las cosas; sí era un poquito socarrón. Cuando Servando entró en esta vida —día 18 de octubre y año de 1763—, ofrecióse a ser padrino y sacar de pila al niño. Don Joaquín y doña Antonia tuvieron gran gusto, se sintieron complacidos del buen ofrecimiento del adinerado y afable caballero.

Una tarde don Salvador y don Joaquín fueron al templo de San Francisco; una criada vieja llevaba al infante recién nacido, muy envuelto y fajado, con los pañales bordados, cubriéndolo con su rebozo nuevo. Iba la sirvienta muy satisfecha con su humilde traje de indiana, amplias faldas almidonadas de los disantos con encajes y cintillas.

Era la fámula de esas pobres mujeres, sosegadas, limpias y candorosas, fieles y sumisas, seres abnegados y humildes que no piden nada, pero en cambio dan toda la ternura de su pecho. Van pasando como nanas de unos a otros hijos y meten hondas raíces de amor en la familia. Forman parte de ella, con ella se identifican, son de su sangre y de su conciencia. Se alegran con los gozos de los amos y en sus penas lloran afligidas, con dolorida compasión. Les adivinan sus deseos con sólo verles la mirada. A sus hijos los cuidan con ternura cuando su niñez y como abuelas los consienten, disculpan y miman cuando son grandes; a veces, si la falta es grave, los reprenden con leves palabras de fingido enojo. Los van viendo nacer con satisfacción gozosa y lloran con desconsolada amargura cuando se los lleva la muerte. ¡Qué angustia si se enferman, qué gozo cuando salen a la salud! Al fin ellas se curvan dulces y cansadas, son unas viejecitas frágiles vestidas de negro, y se van del mundo como vivieron en él: en silencio, quietecitas y tímidas, para que no se turbe la paz de sus señores amos.

El bachiller don Juan Bautista Báez Treviño con amplia sonrisa de bondad recibió a sus feligreses y tras de cambiarse con ellos afectuosos saludos, hablar brevemente del temporal de días atrás venido del cordonazo de su santo patrono, y del frío que llegó muy recio apenas pasada la lumbr de los calores calcinantes, entraron en el pobre bautisterio. En el centro de la estancia, sobre una menguada columnilla, la fuente de piedra con las aguas lustrales, y en lo alto del muro encalado un crucifijo lleno de sangre veía con la suave ternura de sus ojos.

El niño después de desparramar por todas partes la inocencia de sus miradas, se quedó contemplando la llama, fina y vibrátil, de una vela; luego rompió a llorar. Nació a Cristo por medio del agua del bautismo. De allí entraron en la sacristía embalsamada toda ella de incienso, de rosas, de cera,

de las delicadas fragancias que efluían de las cómodas, de la gran mesa de tallas simplísimas, de los sillones de cedro. Don Joaquín y don Salvador estaban contentos; la criada mostraba su cara impasible de india; sus ojos bovinos andaban vagando por los grandes cuadros entre marcos dorados que decoraban las paredes tendidas de cal. El bachiller Juan Báez de Treviño escribió por mandato del cura en un resobado libro de muchos folios, la siguiente partida tras de poner en el margen a modo de apostilla “José Servando de Santa Teresa, Español”. El Bachiller manejaba la pluma de ganso con lentitud, lo que no impedía que las letras que trazaba no fuesen muy claras, todo lo que se hubiese deseado para no dificultar la lectura:

“En 26 de Octubre de setecientos sesenta y tres años en esta Parroquia de Monterrey bautizó de licencia Parroquial el Presbítero D. Juan Bautista Báez Treviño y puso los santos óleos y crisma a José Servando de Santa Teresa de nueve días de nacido, Español, hijo legítimo de D. Joaquín Mier y Noriega y de Da. Antonia Guerra, Españoles y vecinos de esta ciudad, fue su padrino D. Salvador Lozano, vecino de esta dicha ciudad, a quien advertí su obligación y parentesco, y para que conste lo firmamos.—Br. Bartolomé Molano. Br. Juan Báez Treviño”.

Este bachiller leyó la partida con voz muy entonada, lenta y grave, todos la escucharon atentos. El padrino repartió los bolos de rigor. Buenas monedas de plata para los clérigos, alguna de menor valor la dio al marrullero sacristán de ojos pícaros y barba intonsa, y de cobre fueron para los inquietos monaguillos y los muchachos del barrio que acudieron al templo con gozosa alharaca, pues tenían excelente olfato para oler a las mil maravillas cuando había bautizo y el padrino era rumboso y de posibles, con gusto de quedar bien.

Como la muchachería bulliciosa y pedigüeña estorbaba el paso de los señores con su inacabable “¡Bolo, padrino!” “¡Bolo, padrino!”, don Salvador echó por el aire, con hábil estrategia, un gran puñado de calderilla que rebotó sonoramente en el empedrado de la calle y tras de la que corrió rápida la bullanguera turbamulta. A pesar de esto algunos chiquillos siguieron insaciables al padrino, pero con unas cuartillas los alejó satisfechos y hasta le hicieron el regalo de un ¡viva!, a todo grito.

Llegaron a la casa los dos caballeros. Don Salvador dio las albricias a doña Antonia, quien veía sonriendo con una honda mirada cristalina al hijo que había recibido el agua del bautismo, que al tocarle la cabeza le limpió el alma del pecado original. “Que tenga buena mano, compadre”, le dijo a don Salvador, sonriendo con fina delicadeza. La estancia estaba, según uso, sahumada de alhucema de suave olor. Dio don Salvador el bolo a los niños, quienes con viva alegría lo recibieron; también los criados tuvieron el suyo.

Fueron los señores al comedor a gozar de una frugal merienda de cho-

colate y semitas, de las chorreadas con piloncillo, y mientras que despaciosamente la iban saboreando hablaban del apaleo de los nogales y del gran rendimiento que se tuvo de nueces para el aromático relleno de los agüelos, para hacer las palanquetas y la singular nogada; de que ya estaba muy crecida la caña por haber tenido en mayo abundante riego y que, por lo mismo, iba a ser copiosa la molienda, de la cual sacaría don Salvador cosa de sesenta cargas de piloncillo espejeado; que había terribles noticias de que por el rumbo de Huajuco se volvía a aparecer en las claras noches de luna el temido Caballo Blanco y que del susto que había dado a unos descuidados carreteros a dos de ellos se les heló el alma y salieron de la vida; y de que por el puerto de Matamoros acababa de recibir "gran cargamento" de preciosas telas de ultramar, chales y tápalos de seda negra y largos flecos, y también abundante remesa de vinos franceses con los que habría para muchos regocijos, con todo ello se iba a tener grandes provechos.

Se despidieron con amabilidad cordial los dos buenos amigos. Don Joaquín y doña Antonia se pusieron a rezar con cuidado el rosario familiar; los criados en el quicio de la puerta y con actitud humilde sin quitar la dulce ternura de sus ojos del rostro con lágrimas de una Dolorosa, respondían contritos a los padrenuestros y a las avemarías con voz que sonaba con un dejo de antigua tristeza y que no era sino la ancestral y persistente congoja de la raza vencida. Al concluir el rezo besaron con mucho respeto la mano de sus señores amos y les dijeron que pasaran buena noche; éstos también con palabra afectuosa les decían que se la deseaban buena y que tuviesen descanso. Se fueron a dormir en paz en sus limpios camastros con el sosiego profundo y el fácil descuido de los de limpia conciencia.

Servando fue creciendo sano. Corrían los años y tomaba carnes y fuerzas el muchachuelo. Llegó a ser un rapaz con fuerte salud y simpatía; llenaba la casa con el continuo cascabeleo de sus risas. Tenía el genio vivaz y alegre; era un chiquillo decidor. Se acercaba con plenitud de vida a la edad juvenil. Alborotaba con sus juegos de canicas, de trompo, de balero en los que siempre era hábil ganador, con los de San Miguel y el diablo, el de las cuatro esquinas, el de Doña Blanca, el de la alocada víbora y con la rueda del lobo. Trepaba ágil a la cumbre del cerro del Obispado a empinar papalotes y alborozábase viéndolos en el aire altos y galanos, ondeando gallardamente y hasta ellos subían presurosas las voces de su entusiasmo.

La apacible doña Antonia enseñó a rezar como a todos sus hijos al bullicioso Servando; lo puso en aprendizaje lírico de lo más urgente del catecismo; también lo enseñó a conocer y a formar los primeros elementos del abecé; luego a leer en libros manuscritos y de estampa, y todo esto con paciencia cariñosa, con amor, con halagos, con gracias, pues es dulce y sabrosa maestría la que enseña con el donaire.

Lo adiestró igualmente la madre en escribir. Primero forcejeaba el rapaz con la pluma, poniendo en actividad los músculos de los ojos y de la boca, y le salían toscos y sinuosos palotes, tras de embijarse tinta hasta en el mismo pescuezo; en seguida, raspeando, escribió palabras más o menos torcidas, y al fin, trastornándose en las letras y haciendo diversas marañas, aprendió a escribir bien y hasta le ponía a vocales y consonantes, en guisa de adornos, muy prolijos rasgueos, que no parecía sino que estaban las letras echando frondosas guías como las yedras.

Después aprendió mucho más con un don Francisco de Cuevas, quien en el año de 1767 pasó a Monterrey desde México, de donde era oriundo, a establecer escuela al estilo de las abiertas en la capital del virreinato, en las que tanto aprovechaban los alumnos, hasta los más camuesos, por los infalibles métodos de enseñanza que se empleaban con sonoros azotes y bofetadas en combinaciones maravillosas. Pronto y bien lo supo todo el listo mancebillo. Ponía sumo cuidado y aplicación con deseos de aprender, no como muchacho travieso, sino como mozo de edad asentada. Vistióse la flor de su niñez con frutos maduros. De un día supo hacer un año. Su ingenio, desde niño, estuvo lleno de largas promesas.

*Olmo que en jóvenes hojas
disimula años adultos,*

que dice Góngora.

Se enseñaba en esas escuelas a contar, lo que comprendía las cuatro reglas; a escribir, empezando por los torpes palotes hasta llegar a la limpia redondilla; se enseñaba a leer; primero a deletrear, después a decorar o silabear, luego se decían los renglones de corrido; se enseñaba a rezar, cosa esta principalísima, según lo escrito en el viejo e insustituible Ripalda. Se lo hacían aprender a los muchachos de cuerito a cuerito, esto es, desde el *Todo fiel* hasta el índice. Se profesaba en tales establecimientos esa persuasiva pedagogía traumática que tenía como base esencial el apotegma de que “la letra con sangre entra”. Con este principio irremplazable y fundamental demostraban todos los maestros de la Nueva España ser los más competentes del mundo entero. Además tenían fincados sus enérgicos procedimientos en el antiguo adagio: “Al zote, lo hace listo el azote”. Así muy a conciencia, se enseñaba a leer y a escribir, poniendo en juego correas, varejones, palmetas que tenían cinco agujeros en memoria de las cinco llagas del Señor, y hasta se utilizaban para tan nobles fines singulares cachetizas, muy sonoras, pellizcos bien retorcidos y buenas trompadas, cayeran donde cayesen, que eso no importaba gran cosa para la eficacia singular del método.

Con bárbaras golpizas, cultivaban el talento y aplicación de los mucha-

chos aquellos dómines sanguinarios. Les daban con *delectatio morbosa* tremebundas azotainas a puró calzón quitado, sin reparar en edad y condición, lo mismo era el chico que el grande, el hijo de pobre como el de adinerado caballero. Estas grandes zurras con las que se entusiasmaban los excelentes educadores, las prodigaban sin ton ni son no sólo por lo que hacían los azorados escolares sino también por lo que no hacían los infelices. Con ellas ponían a prueba la eficaz resistencia de sus disciplinas, de sus pulidas palmetas y de los manojos de varas de membrillo, aunque muchas veces quedaba incompleta tan preciosa colección. Los rapaces a la hora movida y estruendosa de la tunda, prorrumpían en espantosos alaridos de dolor y hasta miraban porción de luces en el aire, formas inciertas que oscilaban lentamente. Pero los pródidos maestros seguían impertérritos su sistema incomparable con esas golpizas despampanantes con las que hasta balaba el Cordero Pascual y que hacía suponer que en aquellos hombres no había ningún humano sentimiento. En el alma de los desventurados alumnos estaba derramado perpetuamente un sagrado horror y espanto.

Al niño Servando le tocarían, de seguro, no hay que dudarlo, algunas de estas fenomenales aporreadas, pues nadie escapaba de tan terrible carnicería; por lo que debe de haber conocido muy bien el espantoso rigor de la palmeta, el ímpetu de las disciplinas de muchos ramales, y el de las flexibles varas de membrillo. Castigos menores, baladíes, eran la cómica tiesura de las orejas de burro, pasar horas y más horas hincado de rodillas, muchas veces con las manos debajo de ellas, o con los brazos en cruz, o de pie en un rincón con la cara vuelta hacia la pared. Esto era divertido, pues que se entretenía el castigado en ver la curiosa labor de las arañas, o su extática quietud, o cómo atrapaban moscas y las iban envolviendo en sus finos hilos hasta inmovilizarlas para darse un banquete. Estas penas no venían jamás solas, eran complemento directo de los hórridos palmatazos que hasta levantaban humo de las manos, de los disciplinazos, de los grandes moquetes casi mortales de necesidad, de los coscorriones que abollaban los cráneos, prodigado todo ello con santa furia, pues en los carteles que estaban colgados de los muros se ponía con grandes letras negras estos sabios apotegmas:

El rigor es el manjar con el que se debe alimentar a la juventud.

La sabiduría no se adquiere sino a fuerza de castigos.

El niño que desobedece a su maestro se hace digno de las penas del infierno.

Los azotes, aunque lastiman un poco el cuerpo, dan salud al alma.

Y por este estilo había otras sentencias así de tiernas y consoladoras.

Doña Leonor Gómez de Castro era una señora de vida austera, llena de recogimiento y piedad. Era rica, dueña de abundantes posesiones, muchas casas, extensas tierras de labor, que tenía no como suyas propias, sino de los pobres. Era pródiga esta buena señora en hacer el bien. Había un horado en su mano para todo lo que fuese caridad. Sabía acudir ampliamente con el remedio puesto en esa mano, blanca y leve, y no en la lengua. También sabía aconsejar con experiencia y sabiduría al desvalido o necesitado que eso le demandara. Muchos huérfanos se hallaban bajo su generoso amparo; a gran número de pobres dábales el sustento diario que pedía su necesidad; enviaba suntuosas y regaladas comidas a los hospitales; daba amplios dotes a doncellas menesterosas, ya para que profesaran en conventos que escogieran, o bien para celebrar sus bodas, y levantaba a gentes honradas que habían venido a miseria. Cualquier apuro tenía a la limosnera doña Leonor Gómez de Castro muy a su favor en todos tiempos.

Dejó ordenado en su testamento, entre mandas pías, buenos dineros para que se estableciera en Monterrey una escuela en la que se enseñara latinidad. Este instituto se fundó el año de 1768 y vino a quedar bajo el cuidado y dirección del doctor don Antonio Martínez, cuyo pecho estaba adornado de doctrina; el Bachiller don José Paulino Fernández de Rumayor tuvo a su cargo el magisterio, según era reconocida su competencia en la lengua latina y en otras varias disciplinas. Servando pasó a este colegio con los conocimientos que entre indudables tundas, le había transmitido el rígido pedagogo de Cuevas. Fernández de Rumayor, más humano, puso mayor luz y claridad en el entendimiento del mancebo, quien se aplicaba a diario al trabajo del estudio con gusto y sin esfuerzo. No luchó con el *Nebrija*, pues era mozo entendido y fuerte de cerebro, no como otros que se agarraban con él a brazo partido y no lo vencían nunca por más largos desvelos que se impusieran. Servando pudo con él y hasta hubiese domado a los *Doctrinales*, y a los *Pedros Elías* y a otros aún más duros como los *Galteros*, los *Ebrardos* y *Pastranas*.

Se desenvolvió de la lengua latina y pasó a otras ciencias; por lo que se veían —ya se ha dicho—, en la flor de tan tiernos años, colmados frutos. Se ejercitó mucho tiempo con la retórica. Tuvo a Plinio por familiar. El corazón lo impelía con vivos deseos al estudio, y consagróse al cultivo de su talento; desde mozuelo leyó cuanto libro iba a dar a sus manos, y masticaba el sentido como el manjar en la boca. Papel con letras que encontrase tirado, lo alzaba del suelo y guardábalo con el cariño que otros chicos de su edad lo hacían con las canicas, con el trompo y con la pelota. Su codicia de las letras era grande. Daba y tomaba con los libros como abeja en panal. Aplicó a los estudios toda su solicitud. A lo largo de su

vida se tendería ya una suave angustia por no lograr los conocimientos que anhelaba tener.

Vino a México con deseos de cultivar y perfeccionar el entendimiento. Largo, penoso viaje el de Monterrey hasta la capital del virreinato, con peligros y molestias constantes. Extensas y desoladas estepas ardidas de sol y abruptos senderos de montaña; los paradores destartalados entre la calma luciente del día; los mesones con sus vastas cocinas llenas de humo de leña, con ristras de ajos, largos sartales de chiles secos y el bullicio ruidoso de los arrieros que por las noches se refocilan con las zafias mozas de servir, animados de grosera bestialidad; las canciones del camino, pícaras unas, alegres o llorosas otras, con cadencias largas como el sendero que se recorrería; el encanto de los cuentos para entretener las lentas jornadas, cuentos de ladrones, cuentos de espantos, de milagrerías, de brujas y duendes y de tesoros ocultos; las cruces que indican el sitio en que habían matado a alguien y que ruegan un padrenuestro o una avemaría por el alma del sacrificado, y luego, la historia de aquel rojo asesinato; las preguntas que hacían los viandantes; el sonar persistente de la campana de la *atajadora*, són soñoliento, son gozoso, con un eco prendido a la distancia y que iba subiendo, fino y trémulo, por la escala del paisaje.

El levantarse al amanecer, estremecidos de frío, con el cielo aún lleno de estrellas y el campo de rumores; en todas las bocas la queja del *Alabado* que desenvuelve lentamente su sencilla dulzura, su triste imploración, entre las vagas luces del día; el desayuno con pinole, apenas desleído en agua, y tiasas panochas de trigo recalentadas; si no se llegaba a venta, a rancho, hacienda, presidio o misión, las fogatas alegres a orilla de la carretera, para aderezar la comida frugal: cecina o tasajo asado a las brasas, al buen uso fronterizo, y alguna fritanga, sabrosa sólo por el cansancio, pues "a buena hambre no hay pan duro ni falta salsa a ninguno", y luego otra vez a andar y a andar al paso tardo de la mula, hasta que no oscurecía la tarde; y por la noche, qué ganas de un buen pollo asado en el horno, con su aderecillo con sazón de especias y pan blanco de suavidad extrema y grato aroma, o siquiera unos chicharrones sin exprimir, menudo con chile bravo, o pozole con oreja, o cabeza de chivo en barbacoa, o pedazo de carne jugosa, nada más de vuelta y vuelta en las brasas, pero, en vez de estos ensoñados primores, una cena parva, hecha sobre llamadas de verdasca, y condimentada con la estupenda salsa del hambre tras haber traído jornada larga.

Después, dormir sobre poyos de piedra o bien en el duro suelo, al aire libre, entre los tercios de las cargas y envuelto en un sarape, por cabecera la montura; o ya, como exquisita cosa, tendido en la fementida cama del mesón, tablas sobre bancos en las que estaba el colchón escuálido, enchin-

chado y pulgoso; pero ya en un lugar, ya en otro lugar, era un sueño de sabrosa delicia, de esos que se dice que se cae como piedra en pozo. “Bien haya quien inventó el sueño —se lee en el Quijote—, capa que cubre todos los humanos sentimientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto”.

Si encontraban huevos, cordero lechal, nata, queso o requesón, ya era tanto banquete junto al diario malpasar, y aumentaría la delicia de éste si hallaban frutas, aunque estuviesen pasadas o podridillas, o un jarrillo con cabida de un buen porqué de vino, “el despegador del paladar”. Con ese vino, agrillo, fresco, era más fácil la caminata del día; salían las canciones más alegres, los cuentos sacaban un picor más agradable y había gran bullicio de risas que no paraba, a las que les iba haciendo el contrapunto el claro tintinear de las espuelas.

Nuevo era para los ojos de Servando todo lo que encontraba mientras hacía su vía; largas conductas, trenes y trenes de carros, hatos de mulas cargueras, entre una espesa y cegadora nube de polvo, ya con mercaderías o con las platas de alguna mina, escoltadas éstas por soldados con uniformes de cuero bordado y sombreros de anchas alas; indios pacíficos, en sus burros andadores, o caminando a pie, de vuelta a sus lugares, mostrando por sus ojos apacibles su alma primitiva y gentil; el sonoro tropel de la Acordada que iba persiguiendo a algún malhechor; el ahorcado que ésta dejaba a su paso, para evitar trabajos a la grave señora Justicia, en empapelarlos. “La horca —dijo Cervantes— es el finibusterre de la galopesca”. Mujeres vestidas de luto, agobiadas bajo el peso quemante del sol, que iban a un lejano santuario, o tornaban de él, a cumplir una manda a un Cristo o a una Virgen milagrosa.

Sin duda le tocaría al joven Servando algún asalto de bandidos, algún otro de broncos comanches, entre balazos, gritos, maldiciones, alaridos ululantes y silbar de flechas; vería con espanto a los heridos y muertos que se llevaban los salvajes para escarpelarles las cabelleras, y luego usarlas como trofeos ilustres, en señal de blasón y valentía. Le llamarían la atención todas aquellas palabras de arriería: gruperas, tapojos, aparejos, cinchas, caronas, sudaderos, jalmas, sobrenejalmas, bozales, tientos, cantinas, vaquerillos, látigos y contralátigos, almartigones, pretales, cabeza de silla, yegua mulera. . .

Al fin, una tarde, entre los oros del crepúsculo, apareció México como visión de encanto. Llena de torres se divisaba. ¿Era fantasmagoría o era realidad? Cantaban el *Angelus* todas las campanas de la ciudad, la hacían metálica y vibrante, subiéndola hasta el cielo. Este sonido dulce, suave, persistió

puro en el recuerdo de Fray Servando, le refrescó dolores, le apaciguó penas. Desde muy niño, supo Fray Servando de camino, supo de andar y ver.

EL SERMÓN DE LAS DESDICHAS

Siendo muy criatura Servando entró en el Real Monasterio de Santo Domingo en México, en el que tomó el hábito blanco de novicio. No entró allí por espíritu religioso, no. ¿Cómo había de haber decidida vocación al claustro en un mancebo de escasos quince años, aunque tuviese la inteligencia muy despierta? Fue a él por obediencia a su padre, el señor don Joaquín, quien lo mandó a ese lugar, recomendándolo al Superior, no por propia deliberación, que a esa edad no podía tenerla. Se quedó en el monasterio a estudiar, sin ánimo de poner su vida en clausura. Su espíritu soñador e idealista, fue lastre que lo retuvo, aunque chocaba con la regla de ese instituto. El padre maestro León, le hizo suave fuerza para que se quedara, le prometió que se iban a hacer ciertas reformas fundamentales en las constituciones de la Orden, con las cuales ya se encontraría bien hallado en esa santa casa dominicana.

Con esta oferta formal su alma ensoñadora cayó en la vida monástica sin tener idea exacta de lo que iba a hacer. Contaba dieciséis años de su edad. Lamentábase después, de haber profesado; pues decía que en Santo Domingo “los votos son impracticables, las tentaciones muchas, y el mal ejemplo acaba por arrastrar al mejor”. A él no lo arrastró, fue incorruptible; en ninguna otra cosa, fuera del estudio, puso la mira de sus deseos; sólo cuidó de sus aumentos con particular aplicación; puro permaneció toda su vida. No fue dado a la tuna y al pispoleo; y jamás se revolvió en la liga de un vicio. La luz camina impasible por lugares inmundos, sin contaminarse.

Estaba su conciencia picada de escrúpulos, éstos lo decidían a no profesar y a poco persuadía a sí mismo de que debía hacerlo y pronto. Combatieron su corazón contrarios pensamientos. Veía claro que lo que lo detenía eran fútiles nonadas, pero después tropezaba en un cabello y sus intenciones no pasaban adelante. Así, por tener el alma inquieta y alborotada fue retardando el día de su profesión. Todo era para él temores y sobresaltos, congojas y apretamientos de corazón.

Trataba su negocio con largos pensamientos, pero como no encontraba solución satisfactoria, se acercó a un padre grave para pedirle pronta solución a sus dudas. Este fraile tenía madurez y ponderación en sus consejos, porque los años largos son maestros de la vida. No apresuró la premiosa consulta, la puso en su debido punto con la meditación. Dio luz a los inconvenientes del atormentado novicio, le desató las dudas que lo retenían y maci-

zamente lo asentó en esta resolución: que debía de profesar. Servando aceptó el consejo y resolución e hizo rostro a la fortuna. Tomó el hábito, con lo que ya gozó de sosiego y quedóse en absoluta paz, con dulce agrado, en la ancha morada dominicana, pues siempre fue de esos hombres que a todo prenden, a todo se hacen y con todo salen.

Ya ordenado no se echó a dormir, sino que dedicóse a cultivar y perfeccionar el entendimiento. Con notable provecho continuó su carrera eclesiástica en el Colegio de Porta Coeli. Estudió filosofía y teología, la “reina de las ciencias”, como se llamaba y justipreciaba, “según las tres veredas”: Santo Tomás, Escoto y la Nominal. El estudio era constante, mucha la aplicación. Con singular lucimiento sostuvo cinco actos públicos de esas arduas materias en las que se fatigan, sin alcanzarlas, los ingenios más lince. Recibió órdenes menores, fue regente de estudios, y a los veintisiete años en los plenos abriles de su edad, fraile profeso; luego, por sus grandes y escogidas letras, se le hizo Lector de Filosofía y poco después Doctor en Teología. Penetró lo que otros en mucho tiempo no alcanzan. Se le descubrieron buenas, excelentes dotes de predicador. Hablaba con despejo y elegancia, reprendiendo pecados o dando avisos de salvación. Tenía a todo el mundo suspenso con su palabra flúida, a veces llena de doctrina y a veces ofendía con ella al vicio y a los viciosos. Levantaba el ánimo y encendía los espíritus.

Tan buena y grande fama tuvo de orador, que el Ayuntamiento metropolitano lo comisionó con voto unánime para que dijese el 8 de noviembre de 1794, un sermón panegírico en las suntuosas honras fúnebres dedicadas a Hernán Cortés, con motivo de la translación de sus restos de la iglesia de San Francisco a la de Jesús Nazareno y fue muy celebrado lo que en esa ocasión dijo en el púlpito: “predicó de manera que llevaba el mundo tras sí”, y hasta el virrey Revillagigedo le dio buenas galas, pues Fray Servando había cogido ya el estilo de hablar elegante, tenía en México los sermones de más opinión y autoridad; y, sin embargo de haber subido en esa ocasión memorable a Hernán Cortés con grandes loores sobre las nubes hasta los cielos, en el Congreso Constituyente de 23 manifestó, lleno de exaltada furia, que ojalá cayese un rayo sobre los restos del maldito Conquistador; lo que determinó que don Lucas Alamán los ocultara, temiendo una agresión popular.

Fue señalado Fray Servando para predicar en la Colegiata un sermón sobre la Virgen de Guadalupe, el 12 de diciembre del año de 1794; pero como anhelaba decir cosas nuevas, porque se apartaba con horror de los caminos trillados de la vulgaridad; y, además, como quería atraer hacia sí la atención y el encomio de todo el mundo al desplegar en el religioso senado las velas de su profunda sabiduría, se dio con todo empeño a revolver libros, abundan-

tes folletos y papeles viejos, y por ningún lado encontraba las particulares novedades que ansiaba hallar para no decir las cosas incoloras, bien sabidas de todos, que, año tras año, se predicaban en el púlpito de la Colegiata, ante adormilados oyentes.

Ya perdía la paciencia en esta larga, constante y laboriosa rebusca de cosas originales para elaborar su sermón, y sentía grandes agobios en su espíritu por no dar con ellas, cuando un padre dominicano, Mateos de apellido, a quien, en mala hora, fue a confiar sus largas cuitas y congojas, le trajo a mano el remedio acertado al aconsejarle que viera al licenciado don Ignacio Borunda, que era un nahuatlato muy sapiente, lleno de maciza erudición, que atesoraba escogidos conocimientos sobre cualquier materia del saber humano, pues estaba adornado de muy grande sabiduría, que tenía no presa con leves alfileres, sino incorporada a su ser.

Este formidable don Ignacio Borunda era un viejo chiflado, salido enteramente de quicio, que graduaba su locura de docta y su ignorancia de sabiduría. Se expresaba únicamente con ampulosos adefesios, pues traía siempre el juicio vuelto del revés. Era muy gordo este estrafalario Borunda; por todas partes le colgaba floja y flácida la carne, en un derrame incontenido. Hablaba bajando la voz a un bisbiseo de confesión, y luego, progresivamente, la iba subiendo, subiendo, engrosándola cada vez más y más, hasta aparearla al hueco fragor de un cañonazo. Entonces, parece que hasta se desprendían pedazos de enjarre de las paredes, que se bamboleaban los cuadros, y crujió de modo alarmante el envigado.

Cuando iba su voz por ese estrepitoso ascenso cromático, le temblaba la copiosa papada de tres caídas y el vientre no le sosegaba en un agitado y constante subir y bajar. Al llegar su voz a la alta tesitura del trueno, acompañada del acelerado plegamiento y desplegado muscular, la empezaba a descender con lentitud, hasta reducirla de nuevo a un tierno y confidencial susurro, para echarla, inmediatamente, hacia arriba con gran ímpetu, haciéndola tronar hasta ensordecer a sus sufridos oyentes, pero, en el acto, principiaba a bajarla con un flauteado punteo, así como a saltitos, para irla a apagar, desfallecida, flébil, y en seguida la volvía a levantar hasta no darle un tempestuoso desarrollo.

Conforme iba Borunda subiendo la ronca prepotencia de la voz, le iba aumentando también el oscilante zangoloteo de sus carnes, y cuando la mantenía en tensión, todo su cuerpo era un insosegable rebullicio. Parecía el hombre una movediza gelatina en la mano de un atacado de mal de sanvito. Pero al ir bajando el tono se le iba apaciguando, poco a poco, el meneo de su fluctuante adiposidad, y se le aquietaba por completo mientras que permanecía la voz en apacible musiteo para luego volver a su agitado oleaje cuando, a toda prisa, tornaba a lanzarla por la escala ascendente, engrosándola cada

vez más y más para llegar, por fin, al estampido, y entonces el cuerpo de Borunda, estaba en un alboroto inenarrable.

El loquesco licenciado Borunda escribió —Dios nos libre, Amén—, un robusto y copioso tomo, enmarañado y logográfico. *Clave General de Jeroglíficos Americanos* se titula esa tremenda cosa que perpetró, y que es un endemoniado cafarnaum. Ese engendro trata, nada menos, de la manera enrevesadísima que descubrió no sólo para descifrar, sino aun para interpretar todos los jeroglíficos de los indios.

Con este hombre, soflamero y en pleno goce de la locura, fue a dar, en inquisición de noticias, el Padre Mier. Algún diablo tramoyista y urdemales le condujo a esa casa y lo embobó para que diese crédito a sombras y pasara después la pena negra, tal como la pasó. No bien oyó Borunda lo que quería Fray Servando, cuando ya andaba dando brincos de un lado para otro, acarreándole con incansable actividad infinidad de libros, grandes, pequeños, gruesos, latinos, aljamiados, rúnicos, góticos, franceses, italianos, libros de todas clases y en todas las lenguas vivas, muertas y agonizantes. Derramó ante el admirado Fray Servando nutridos cartapacios de amarillos y arratonados manuscritos; le desenvolvió telas y más telas llenas de policromos jeroglíficos; le mostró códices raros, mapas desteñidos, pinturas descascarilladas unas, ennegrecidas otras, pero todas horribles, y ante ese cúmulo de cosas extrañas disertó muy por extenso, con aquella voz de desapacible sube y baja, adunada al zangoloteo de sus carnes fofas, y expuso innumerables datos y razones, según él, incontrovertibles argumentos irrefutables también según su parecer, para demostrar que la Virgen de Guadalupe no se había aparecido, ¡quíá!, en la tosca tilma de Juan Diego, sino en la fina capa de Quetzalcoatl, quien no era otro sino el apóstol Santo Tomás, que vino a estas américas regiones a predicar el evangelio de Cristo mucho antes de que llegaran a estas playas los españoles conquistadores y de que Colón sacara del mar océano el Nuevo Mundo.

Fray Servando quedó turulado, como no era para menos; se le fue el seso de puro contento al escuchar aquellas cosas peregrinas, estupendas, magníficas. Se frotaba las manos con alegría oyendo al tontiloco licenciado Borunda, y dábase a sí mismo los más entusiastas parabienes por haber tenido la buena fortuna de hallar aquel portento de hombre cuyos labios eran un copioso archivo de ciencia, pues, con ayuda de él, había dado alcance a un misterio tan alto. *Peritis in arte credendum est*, se dijo a sí mismo y sonrió con incomparable delicia. Estaba satisfecho.

Desde ese preciso momento, fue el licenciado don Ignacio Borunda el amigo inseparable de Fray Servando, que lo tenía como enhechizado y fuera de sí. Era ese loquinario su consejero áulico, su guía, el guión de su alma. Cada vez le mostraba más y más documentos y le exponía sus doc-

trinas con mayores y más sólidas razones, para demostrarle que eran muy ciertas y muy verdaderas las desquiciadas cosas que tenía metidas entre el alboroto de los cascos. Levantaba a diario, ante los atónitos ojos de Fray Servando, unas quimeras formidables con base de ensueño, llenas de filigranas. No se le equiparaban en imaginación, Tomás Moro con su maravillosa isla de Utopía y el visionario y ardiente Campanella con su Ciudad del Sol, y aún los habría dejado muy atrás con sus estupendas fantasmagorías de visionario.

Con todas esas cosas truculentas compuso Fray Servando muy contento un largo sermón muy entramado de latines. Llegó el día 12 de diciembre, y muy orondo y feliz lo predicó en la Colegiata y no sólo no asustaron a nadie sus osadas, más bien sus estrafalarias proposiciones, sino que hasta tuvo galas y los parabienes del virrey Revilla Gigedo, de su corte y de los señores canónigos que le pidieron el discurso para sacarlo pronto de molde en una edición copiosa, por lo muy complacidos que quedaron. Le dijeron que era una "pieza erudita que hacía honor a la América". Tuvo muy lisonjeada la vanidad. Fue después Fray Servando a varias casas principales y de clérigos amigos para seguir recibiendo boatos y plácemes, y en todas ellas lo agasajaban con chocolate, con dulces y refrescos, y nadie tenía en el ánimo la menor alarma porque hubiese rompido la piadosa tradición de Juan Diego. El escándalo vino después, enorme, furibundo.

Grande y vocinglera fue la indignación que se levantó cuando el arzobispo, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, ordenó que el domingo infraoctava se predicara en todos los púlpitos de la ciudad en contra del padre Mier por haber alterado el dulce milagro Guadalupano, pero más bien fue contra Fray Servando Teresa porque era un criollo que se distinguía mucho, y él odiaba cordialmente a todos los de esta tierra. Logró con su omnipotencia los excesos de su deseo.

Ya desde ese día no se habló en la pacífica ciudad de México más que de ese sermón que se calificaba de herético aun por los mismos que lo habían engrandecido con alabanzas. Todos lo comentaban apasionadísimo, con la mayor rabia del mundo, en estrados, en locutorios, en sacristías, en reboticas, en las tertulias del Parián y en las de los portales de Mercaderes y Agustinos. Damas y caballeros se encendían de indignación; estaban hechos de hiel contra el pobre Fray Servando. Con desentono en la voz lo mencionaban. Tan estrechos venían a su rabia los corazones, que se les despedazaban por salir. Esos señores sorbían con furia su rapé, para demostrar así el enorme disgusto que tenían entre el cuerpo; las señoras aumentaban el acelerado movimiento de sus abanicos que entrechocaban rápidos sobre los ágramanes del pecho, sobre los abalorios, o sobre los pinjantes o las cadenas con que se adornaban.

Fray Servando comenzó a saborear los acres desdenes de mucha gente tornadiza.

Borunda con la razón más desencajada, buscaba con ansioso afán a su amigo Fray Servando para mostrarle la irrefragable evidencia de nuevos argumentos con los que se podía defender fácilmente, sacados uno a uno de la pictografía de un vetusto códice zapoteca y de otro michoacano también de muchos años, pero los frailes no dejaban a Fray Servando que viera a este maldito loco, causa primaria de ese fenomenal alboroto.

El presuntuoso predicador amante de raras novedades, permaneció oculto en su convento para que la gente no evidenciara en él su furor, atizado hábilmente por el Arzobispo. Para no perecer a manos del pueblo, a quien embravecía un gran coraje, con mucha cordura se quedó encerrado sin dar paso en la calle, en su casa dominica, tan sahumada de dulce paz.

“Si no perecí víctima de la indignación popular —escribe— quizá lo debí a la prudencia de mantenerme recluso en mi convento. Mi comunidad, se creyó expuesta, y el provincial le previno, cuando iba en aquellos días a la procesión de la Imagen de los Remedios, marchase con un recogimiento extraordinario, para evitar los insultos del populacho”. Hasta los frailes, sus hermanos de hábito, se apartaban de su lado, le huían, con temor, para no malquistarse con el Superior y el Provincial, que también estaban declarados en contra del fogoso fraile neoleonés.

Ese maldecido sermón fue causa directa de la larga serie de penalidades, de amargas desdichas, por las que pasó la vida de Fray Servando, de sus largas y enconadas persecuciones, de sus numerosos encarcelamientos, y dio lugar a su existencia agitada y romancesca, llena de angustias, de lances, de adversidades. ¡Mal haya, amén, el tal licenciado don Ignacio de Borunda!

Cuando tras largos años de triste destierro pudo, al fin, volver a México, que siempre añoró con ternura memoriosa, recordaba, con suave melancolía, todas sus desventuras y el espantoso enredo en que lo metió aquel desencuadernado Borunda, de “sesos averiados” y, por lo mismo, loco *a nativitate*, y que él, no conociendo que carecía de juicio por tener perdido el entendimiento tuvo el candor de creer, sólo por ansia desmedida de notoriedad y de fama. Despuntó de agudo y se perdió. En su pensar continuo y sabio, estas íntimas amarguras le pusieron un escepticismo dulce, y decía que era un desilusionado de los etimologistas y de los arqueólogos, pues todos ellos “comienzan por adivinanzas, siguen por visiones y concluyen por delirios”. Lo que es verdad y todos lo sabemos. Ensueños con base de ensueños.

PRISIÓN Y FUGA

Se le encarceló estrechamente, pero la prisión no enfrenó la libertad de su lengua; valiéndose de mil medios ingeniosos, mandaba escritos, largos y razonados, a sus superiores, al arzobispo Haro y Peralta, a infinidad de gente que creía era muy de su amistad. Al fin, como pasaba días detestables, se tuvo que retractar, "por no sufrir más la prisión", y además, Núñez de Haro, a quien la ira desquició de su propia clemencia, publicó un edicto en contra del padre Mier, y, a pesar de ser fraile, lo condenó, fundándose en disposiciones mal traídas al caso del Concilio de Trento, a diez años de destierro en España, atándolo así a la imposibilidad de volver a México.

Esto fue injusto, fuera de toda razón, pues por privilegios pontificios que constan en bulas, ni aun por delitos cometidos fuera del claustro estaban los dominicanos sujetos a la jurisdicción del Ordinario; "privilegios a que, según los cánones, no pueden renunciar ni los generales de las órdenes enteras, sin la expresa licencia de la Santa Sede Apostólica, que los ha concedido porque media su interés". Aparte de esto, por las constituciones de Santo Domingo de "*forma judicii*", a ningún religioso se puede arrestar sin previo proceso de la Orden, del que haya resultado plena o semiplena probanza; no obstante, salió con su intención el Arzobispo, de procesar a Fray Servando, con la complacencia del provincial, el padre Domingo de Gandarrias, enemigo como Su Ilustrísima, de los criollos, a los que aborrecía con detestación; elogiarle alguno era provocarle vómito.

Bajo partida de registro se le mandó recluso al convento de las Caldas, orilla del Mosaya, cerca de Santander, la bella ciudad marítima. También, sin ningún derecho para hacerlo, lo declaró el arzobispo Haro y Peralta inhábil perpetuamente para toda enseñanza pública, así como para confesar y predicar, y no paró aquí el celo de su indignación, pues lo despojó del grado de Doctor que le fue otorgado por autoridad pontificia y regia. Todo esto le hizo sangre en el alma al pobre fraile perseguido. Pidió como señalada merced a "Su Excelencia Ilustrísima se sirva mandar que, cuando se le saque de este convento a cumplir su destino, sea de noche". Se convino en que saliera, bien custodiado a las cuatro de la mañana del 27 de marzo. Partió de la ciudad lleno de silencio y de melancolía, en un bamboleante y pesado forlón. Cuando el camino trepaba, al esclarecer de la luz, por los altos de Tlalpan, quiso ver la ciudad de que salía, y con mano trémula alzó una cortinilla del carruaje pero no vio nada y no supo si fue por la bruma que se había asentado en el Valle, arrebujándolo, o por el polvo que se alzaba espeso, o porque la congoja que le apretaba el corazón le subió a los ojos un vapor de lágrimas que le esfumaron todo el paisaje, azul y plata, de transparencia y desvanecimiento. Sólo vio

un ciprés que cabeceaba hierático, lentamente, parecía como si le dijera adiós. En su cima movediza, un pájaro cantaba.

Dos meses largos lo encerraron en la negra estrechura de una helada bartolina de San Juan de Ulúa de cuyo techo en bóveda goteaba agua continua. A pesar de estar sujeto a enfermedad, no se le tuvo ninguna clemencia, parece que se gozaban con sus sufrimientos. Entre más fueran, mayor sería el gusto de sus contrarios. Armó de paciencia el corazón. Afuera, el mar, con su monólogo eterno, le daba una constante lección de libertad. ¡El mar! ¿Cómo sería el vasto mar azul? Su fiebre dialogaba con el sonoro ir y venir de las olas.

Lo embarcaron en la fragata *La Nueva Empresa* que fue muy combatida de olas y cercada de tempestades. Después corrió con viento próspero y en la primavera de 1795 desembarcó en Cádiz, la blanca. En el *Libro de la Oración y la Meditación*, escribe Fray Luis de Granada: “Piensa que no eres más que una cañavera que se muda a todos los vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad, y sin ninguna manera de ser”. Cualquiera cosa echa por otros senderos nuestras vidas, frágiles, inciertas; lo más insignificante en apariencia las puede torcer, llevar por otros rumbos, sacándolas del manso cauce en que se deslizaban. ¿Qué habría sido de Fray Servando Teresa de Mier si no pone esas desquiciadas novedades en su sermón guadalupano? Sus días se habrían quedado, tal vez, en la encantada paz de su convento dominico, entre sus libros y papeles, entre sus elegantes predicaciones, pero ese sermón trajo el viento que sopló furioso en la cañavera de su existencia, y toda la agitó, sin darle sosiego ni descanso.

Francisco Antonio León era un covachuelista truchimán del negociado de Indias, hombre astuto, perverso, venal, ataviado con fraudes y engaños, que gozaba de una suculenta paga, no sé por qué razón, del enjundioso arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro y Peralta; y, para justificar ese sueldo, persiguió con encono, de mil modos malos, a Fray Servando. Ordenaba en su contra marañas y trapazas. Siempre tenía sutiles ardidés para perderlo, armado, despiadadamente, de la ley de la trampa. Tuvo por el Padre Mier entrañable aborrecimiento, no lo nombraba sin vituperio. Ni aun pintado ni escrito su nombre en una pared lo quería ver. Le cantaba el salmo de la maldición. Echó sobre el desventurado fraile neoleonés todo lo que tenía de mal en su alma. Andaba siempre Antonio León infernándole la vida, con el nombre de Dios en la boca y con un alacrán ponzoñoso en el corazón. Mandó el terrible covachuelo que, cuanto antes, se llevase a Fray Servando a las Caldas. Allí se ejecutó en él toda la severidad.

Lo metieron en un calabozo sombrío y húmedo, en el que había tantas ratas famélicas que le comieron el sombrero y acechaban constantemente con la feroz inmovilidad de sus negros ojos cualquier somera distracción para echársele encima en manadas hambrientas. Tenía que estar armado de

un palo, espantándolas sin cesar para que no se juntaran y se hartasen de sus carnes y así, con la amenaza continua de estos animales, escribía cartas y más cartas que enviaba a Madrid una y otra vez; muchas veces las mandó el pobre fraile mexicano, denunciando lacrimosamente el atentado de que era víctima.

Las cartas esas no llegaban a su destino jamás. Quiso ir a donde él mandaba sus misivas llenas de justas quejas, y, con ese buen pensamiento, con una lima, un martillo, un escoplo y una cuerda, su decisión y un ligero descuido de sus carceleros, bien aprovechado, se fugó el muy hombre y se valió de sus pies huyendo con más ágil perfección que un ciervo perseguido. Puso en un papel unas chistosas décimas, en las que daba la razón de su escapatoria y que encendieron de rabioso furor a sus guardianes.

Perdió, caminando, la verdadera senda y anduvo por montes y despo- blados, y el mismo mozo a quien dio dos duros, su único viático, porque lo sacase de aquellas malezas, ya traía urdida la maldad y lo denuncia; es reaprehendido y vuelve a ese monasterio lóbrego, entre los “caldeos de las Caldas” a quienes llama idiotas y mulas de atar. Lo encerraron solo como a fiera peligrosa en un aposento pequeño, sin comercio humano, que era lo que más le desabría y exasperaba, por su natural sociable, comunicativo. Por orden real —léase de León, conjurado en su daño, a quien le dice con lindos epítetos “hombre ignorante, tropellón, corrompido y venal”—, se le recluye en el convento de San Pablo de Burgos, a donde llega con crecida fama de facineroso temible, él tan exquisito, él tan cortés, incapaz de dañar a nadie.

Está en ese monasterio casi hasta acabar el año de 1796. Le encanta la tierra burgalesa de paisaje desnudo, pardo, de prolongadas extensiones labrantías, sin accidente que rompa la horizontalidad oceánica del suelo; con sus terrazgos secos que retienen el tempero en los días de sequedad. Le mara- villa, claro que sí, el habla de oro de las bocas populares y humildes. Lo vi- sitan comendadores de Santiago; distinguido y prócer señorío burgalés; lo reciben en el monasterio de Las Huelgas, que en su origen fue sitio de recreo y descanso de los reyes de Castilla y después Alfonso VIII lo transformó en convento de monjas nobles cistercienses; lo regala la abadesa, que tiene tra- tamiento de Ilustrísima, usa báculo y pastoral como señor obispo. Da esa señora letras dimisorias para ordenaciones, licencias para predicar y confe- sar, dispensas para matrimonios, establece ayunos y días festivos, pues tiene cuasi autoridad episcopal. Además, son confiadas a sus flacas manos feme- niles las riendas de sus anchos señoríos como si fuesen las de esforzado va- rón. Goza de muchas preeminencias en lo temporal cual antiguo señor de horca y çuchillo. Las monjas nobles de este reclusorio agasajaban largamente a Fray Servando. Estaba éste en un ambiente de distinción, de finura, de

cordialidad; pero el clima lo daña, le traspasa la carne aquel viento cargado de agujas de hielo.

El alma se le limpia de tristezas, se le ensancha; se la abre de par en par una gran alegría al saber que el Cosmógrafo Mayor de Indias y Cronista Real, don Juan Bautista Muñoz, había enviado a la Real Academia de la Historia unas extensas *Memorias sobre las apariciones y el culto de Nuestra Señora de Guadalupe de México* en las que, apoyado en fieles documentos, que encontró en viejos archivos, impugnaba la tradición piadosa. Para estar seguro de ese escrito antiaparicionista —que escrito en 1794 no se imprimió hasta el año de 1817—; le mandó Fray Servando una larga carta llena de fervor a aquel hombre ilustre, filósofo, matemático, teólogo, gran humanista.

Apenas le respondió Muñoz con una epístola muy breve, diciéndole que sí, que había compuesto esa disertación, cuando el Padre Mier, lleno de alborozo, le escribió apresuradamente —junio de 1797— pidiéndole que fuese servido de enviarle pronto una copia de esas *Memorias* que anhelaba conocer cuanto antes, y, además, le hacía relación muy detallada de su sermón y de las grandes vicisitudes por las que estaba pasando por haberlo predicado. Recibió ya soberano contento que parece que le arrancaba el corazón de su lugar, porque con aquel sabio valenciano él estaba acorde en el punto visible del ataque, y le anunció que le iba a mandar otras cartas en las que le expondría las justas razones en que se fundaba para no creer en la aparición o que, al menos, le diría en ellas “lo que ha descubierto después que la persecución lo ha hecho meditar y estudiar el asunto de la cuestión: *Vexatio dat intellectum*”.

Al leerse en México las *Memorias* del señor cronista Real, fueron bien impugnadas por excelentes escritores, pero la refutación que más sobresalió fue la del doctor en Teología don Miguel Guridi y Alcocer, con elegante estilo y bien fundamentada en la lógica. Publicó su disertación junto con la del prestigiado don Juan Bautista Muñoz para que “el lector vea si es más fuerte la objeción o la respuesta”.

Efectivamente, Fray Servando le escribió a don Juan Bautista, ¡válganos Dios!, cinco mortales cartas, copiosas, imponentes. En todas ellas alambicó el juicio hasta lo indecible. En todas ellas también, se asomó a grandes profundidades teológicas, guiándose por su aprensión y fantasía. Ya no necesitó de maestro que lo enseñara a tejer sueños y delirios; más delgado no se podía hilar ese estambre. Dio en ciegos y disparatados pareceres, pues lo de la Virgen de Guadalupe era su constante obsesión y al hablar de Ella no decía sino desaciertos, grandes desvaríos, por lo tanto no llevaba ni pies ni cabeza lo que escribió a don Juan Bautista Muñoz. Una locura la fundaba con una quimera.

Esas cinco epístolas son un inextricable laberinto, majestuoso y regocijado a la par, por tantas y tan extrañas invenciones en que para descubrirlas empleó todo su ingenio. Y con la graciosa concordancia de historias, de alegorías, y tradiciones, descifra y explica ampliamente todo lo que él quiere. Para levantar una ilusión más sutil y más llena de aéreas filigranas, no había otro como el Padre Mier. ¿Y quién también como él para ponerle a esa ilusión un delicado fundamento de ficciones?

¿CÁRCEL DE AMOR?

Solicitó Fray Servando del ministro don Melchor Gaspar de Jovellanos, pasar a Madrid para que se le revise su causa. Va a la Villa y Corte de Madrid. Ya está en esa ciudad alegre el candoroso fraile dominico. Habla con Jovellanos, víctima de Godoy y de Carlos IV. Don Melchor Gaspar representa la bondad, la inteligencia, la lealtad, frente a la estulticia, la perfidia y la crueldad reinantes.

Al Consejo de Indias pide justicia Fray Servando. Pasaron los voluminosos expedientes del proceso a ese alto Tribunal, pero ya sin el terrible edicto del arzobispo, don Alfonso Núñez de Haro y Peralta, que se había enviado al convento de las Caldas, y también fue sin las *Memorias* de don Juan Bautista Muñoz, que el Secretario de Gracia y Justicia agregó, piadosamente, a los autos, movido de simpatía y lástima por el pobre Padre Mier, para que le aprovecharan en algo; pero el infame León quitó todos esos papeles con el indigno fin de que no beneficiaran en nada al pobre procesado, su constante víctima.

Refiere don Servando, a este propósito, que los agentes del Arzobispo de México le ganaron las tres llaves del Consejo: Gobernador, Fiscal y Secretario, y que el asunto quedó en las salas de gobierno, donde se podía declinar, “dando un corte gubernativo, como se hizo”, por obra del secretario don Francisco Cerda, “hombre venalísimo públicamente y sin pudor, y muy corrompido”. Al fin se le entregaron los autos para que hiciera su defensa. ¡Y cómo la hizo! ¡Caramba! Sacó todos los filos y agudezas de su ingenio. Se defendió con brío dialéctico; refutó cargos; desbarató muy bien grandes argumentos, tejidos en su contra, con lo que hizo evidente demostración de su inocencia, y despedazó las argucias leguleyas del insolente covachuelo León, su enemigo tremendo, implacable y constante, que no le repartió sino dones funestos. Vivo le come, le persigue y asa.

Fray Servando pidió —casi nada—, que pasara su causa a teólogos competentes que uniesen el buen conocimiento de la historia, para que dictaminaran; que se recogiese el *Edicto*; que se declarase nulo todo lo actuado; que

se le restituyese a México; que se le devolvieran los honores de que lo habían despojado, que también se le entregara su biblioteca y se le indemnizara de todos los grandes perjuicios y padecimientos que se le ocasionaron tan inicuaente.

El tremendo Fiscal pidió que pasara el negocio a don Juan Bautista Muñoz, gran teólogo y canonista para que rindiese dictamen. Con esta determinación Fray Servando excluyó miedos y, desembarazándose de temores, rescató de agonía el corazón y lo bañó en puro gozo, pues ya se miraba libre de persecuciones; pero el malvado y embrollón don Francisco Cerda retuvo los expedientes hasta que murió el ilustre cronista de Indias, varón prudente de honradas canas, amigo de Mier, de quien no sólo conocía y le aprobó, entre alabanzas, la defensa, sino que también pensaba como él en tocante a la aparición guadalupana. Tuvieron que volver los autos —pavoroso montón de resmas de papel sellado—, al mismo Fiscal, quien, pasado tiempo, pidió que se remitiesen para su censura a la Real Academia de la Historia, pero antes de hacerlo substrajo la defensa el ladino secretario Cerna porque con ella quedaría, sin duda, triunfante el acusado, libre de cargos, y también quitó mañosamente la nueva copia que se había agregado del *Edicto* episcopal de Haro y Peralta, “porque era demasiado disparatado, fanático y brutal, para que no chocase a la Academia”, comuesto sólo de gente docta.

Entretanto, estaba Fray Servando preso en el convento de la Pasión, en el cual se hospedaba a los dominicos forasteros. Lo tuvieron recluido en una celdilla mísera, en donde lo abrasaba el calor, se lo comían a picadas miles de chinches voraces, y no lo dejaban estudiar las gallinas que andaban en perpetuo devaneo con los gallos. Sale de esa casa —zahurda le llama—, con licencia del prior, pues no valía la pena fugarse. Va a vivir con un padre americano, bendito varón. ¡Dios lo haya perdonado! Este buen páter tenía dares y tomares con señoras —desde luego, muy santos dares y tomares— que concurrían sólo de noche a su habitación, claro está que a nada malo, ni a feo, cosa imposible, ¿quién creería eso? Iban, es evidentísimo, en las horas nocturnas, que, especialmente, elegían para sus visitas, por lo sosegadas y quietas que son, ya sin el horrible bullicio del día, con el cual no se puede reconcentrar el pensamiento. Esas damas, como es natural, iban únicamente a extasiarse oyendo al fraile que les predicaba, de modo precioso, sobre los inefables goces de la vida eterna, los medios eficaces para evitar las sucias tentaciones de la carne, y lo muy provechosas que son unas cuantas tandas de disciplinazos para castigar las rebeldías del cuerpo; “el hermano asno”; y les sermoneaba, con linda palabra, otras cosas así de útiles e interesantes. Aquello era edificante.

León, que “conformaba el nombre con el fecho” y que tenía muy abier-

tos sobre Mier los ojos de muchos espías, quiso achacarle esas sabrosas visitas, pero, lleno de despecho, se convenció de que el de los alegres retozos, ¡perdón!, digo, que el de las unciosas y dulces pláticas, era el otro padre, que, por otra parte, no tenía maldita la culpa de nada, pues su tierra tropical le puso desde su nacimiento la sangre en tumultuoso hervor, y ni la tonsura podía apaciguar al pobrecito señor las tórridas urgencias de su naturaleza exuberante y lozana.

Siete meses largos, mortales, se pasaron los graves ocho académicos de la historia, estudiando y discutiendo pachorrudamente ese asunto intrincado. Se nombraron al fin, tres teólogos para dictaminar en él: el padre maestro agustiniano Risco, Cronista Real, que en este puesto substituyó a don Juan Bautista Muñoz; el padre maestro Sáenz, beneditino, autor de varias obras sabias y el ex escolapio, doctor Traggia, ilustre cronista eclesiástico del Reino de Aragón. Estos tres sutilísimos teólogos, con gran fama de escriturarios, revén su causa, estudian el famoso sermón guadalupano y el violento *Edicto* de Haro y Peralta; dictan sentencia en favor de Fray Servando: hablan en ella por su justicia y satisfacen los cargos que le habían hecho; lo dan por inculpado y declaran nulo todo lo que sin razón llevó a cabo Su Ilustrísima.

Pero, se dijo con inquina, —el tal Antonio León lo sopló— que Fray Servando tenía peligrosas ideas para la independenciam de América, feliz bajo el suave dominio del amado rey español. El Consejo de Indias lo había absuelto, dando razón de su justicia, en vista del dictamen de la Academia de la Historia; y, a pesar de eso, se dispuso que no debería de pasar a México, y se le destinó por instigaciones del nefando e inexorable León, que lo atenaceaba con dientes de perro, a un convento de Salamanca, en “donde brillará mejor su saber”. Cuando lo conducían a ese encierro se desvía raudo del camino señalado, que eso no fue sino un jueguecillo baladí, una gentil travesura a que lo empujó su naturaleza fugitiva; pero, preso nuevamente, lo cual fue una lástima, se le encierra en el convento franciscano de Burgos; otra vez entre aquel aire cuajado de nieve impalpable, clima rudo, agrio.

A la Academia de la Historia pide un informe el Consejo; éste es favorable, con lo que Mier cree quedar libre, ir en paz; pero hasta la desesperante quietud de su celda llega la funesta nueva de que el ya tan citado covachuelo matritense, ha ordenado que se le mande, ¡horror! por cuatro años a las Caldas, que era el tiempo que le faltaba para cumplir su condena. Ir a ese lugar era como sentenciarlo a pena de muerte. Le da un soponcio que le dura tres horas mortales al enterarse de esta terrible noticia; creyó que le habían echado encima la catedral con todo y su cabildo de orondos canónigos. Casi sin volver en sí, aún tambaleándose, hace a buena hora la escapada, de modo novelesco; lo que le da más mérito a esta acción, por no tener todas sus facultades completas.

Un fraile compadecido y tonto le ofreció restaurarle la libertad, sacándolo de aquel cautiverio ignominioso con sólo poner Fray Servando su voluntad. Pero el Fray Servando se horrorizó a pesar de sus ansias de evadirse, pues esta cosa sencilla, sin ningún trabajo ni complicación con la que iba a quedar a salvo, consistía nada menos que en tirarlo por la elevada ventana de la celda en que estaba prisionero hasta un corredor de la planta baja en donde al llegar a él, era indudable que se haría tortilla debido al descomunal porrazo que daría desde aquella altura enorme desde la cual lo quería arrojar aquel fraile pazguato de buena alma.

A pesar de su candidez de la que siempre se lamenta, no aceptó estrellarse, ya que a eso y no a otra cosa equivalía el estupendo descenso. Entonces por su cuenta discurrió llegar al suelo valiéndose de un paraguas abierto con el que iba a bajar con toda suavidad por el aire; pero luego pensó cuerdamente que, tal vez, ese vuelo arriesgado bien podría tener el mismo éxito que tuvo el que realizó Simón el Mago, quien se descrismó al caer de la máquina de su propia invención para surcar el espacio. Entonces, sin mucho esfuerzo imaginativo, discurrió para escaparse utilizar el largo cordel que formaba su cama, entrelazándose de uno a otro larguero. Y así lo hizo a las mil maravillas.

Al filo de la media noche en que el fraile que lo custodiaba con ojos lince, se fue a cantar maitines, Fray Servando ató bien de la ventana su resistente cuerda y bajó por ella con muy limpia habilidad de acróbata, hasta no ir a dar a otra ventana del siguiente piso y como no sé con qué curiosa artimaña ató la tal cuerda, que al sacudirla de cierta manera y azotarla después contra el muro, se deshacía al momento el fuerte nudo, la trajo a donde él estaba y de allí, con el mismo artificio, la desamarró cuando estuvo en otra ventana y en seguida en otra y luego en otra usó de la misma maña, pero como ya no había más claros en que estribar se deslizó rápidamente por aquel grueso cordel cuya aspereza le abrió hondo la carne de entrambas manos, dejándolo así teñido de su sangre.

Ya en el patio, todo bajo sombras espesas de noche, dio con una puerta cerrada, pero que tenía un hueco por faltarle un pedazo de tabla, y para él esa estrecha abertura era como si estuviesen las hojas abiertas de par en par y por ella se coló haciéndose chiquito, no sin dejar largos pedazos de su hábito y, lo que era peor, y más lamentable, pedazos de su carne y túrdigas de pellejo, con lo que quedó bañado cruentamente en su sangre. Fue a dar a un corral, saltó prontamente sus tapias y puso pies tan en polvorosa que parecía correo de las quince. Sin detenerse ni un instante corrió más de un cuarto de legua hasta no parar todo sofoquinado, con acecido de fuelle, en el Hospital de los Comendadores del Rey, que está sito muy en las afueras de Burgos.

Ya sin hábito religioso tomó camino hacia Madrid, vestido con un vie-

jísimo y deshecho traje de cazador, casi con más agujeros que un panal. En la bolsa, que llevaba a la bandolera, puso ocho duros como único viático. Caminaba las leguas que Dios quería. Iba lleno de temores y sobresaltos. A cada instante se llenaba de sustos y echábase fuera del camino, entre matojos y matorrales se tendía en un quieto mimetismo. Andaba perdido acá y allá. Sólo de noche caminaba y con zozobras. De día hacía noche para el descanso. Temeroso siempre desviábase de los pueblos, no paraba en ninguno, torcía el camino y pasaba de largo. Escondíase en alguna quebrada o aspereza del terreno, o entre yerbas crecidas, pero no dormía nunca a buen reposo, a sueño suelto, sino que éste, como se dice, apenas lo descabezaba por el desasosiego que tenía y sus cuidados. Dormía Fray Servando un sueño velador.

Si era temeroso y cobarde ante el gran número de perros que constantemente le salían al paso de las aldeas, ladrándole con furia o gruñendo con los hocicos arrufados, y contra los que se debatía para que no fuesen a mermarle a bocados sus carnes escuálidas, andaba con más cobardía, mucho más, todo cargado de miedos, por el continuo temor de que lo asaltaran los feroces ladrones que capitaneaba el desaforado bandolero Chafaldín, que hacía sus continuas cruentas fechorías en la seca desolación de ambas Castillas.

Era Fray Servando de velocísima andadura, en un solo paso alcanzaba más tierra que otros en tres o cuatro trancos. Pero con aquellas largas jornadas en combinación con aquellas largas hambres, le ganó el cansancio y hacía lo desmayar. Iba como si fuese sobre espinas. Un día entero tardaba en recorrer una legua, cuando antes bonitamente la echaba en un instante, y al fin se dejó caer flojo y cansado sin vigor alguno. El hambre terca, la sed, el sol que lo quemaba como brasa inextinguible y lo hacía sudar arroyos de agua. Ya no pudo más llevar esa fatiga que lo tenía bien apretado y a la sombra escasa de un arbolillo se puso a llorar. Así estuvo por un gran rato, que todo se deshacía en lágrimas. Se le desquilmó el ánimo, a él que no era hombre de alma menuda, estrecha y apocada, pero aquella vez se le cayó sin fuerzas el corazón.

De este modo lastimoso lo encontró un aldeano, Juan de buena alma, en su mansueto borrico lo puso a horcajadas, y a la lenta andadura de la bestia, lo llevó todo marchito, flojo y descaecido, a Torquemada, pueblo pardo, quieto y terroso y lo alojó en la casa de un su amigo, hombre muy cabal, donde ya Fray Servando cobróse de la fatiga y el cansancio. Gozó al fin de reposo y quietud. Disfrutaba con placidez en aquel silencio los descansos deseados. Dormía honda y tranquilamente. A los pocos días de este reposo regalado que lo dejó aliviadísimo del cuerpo, se pone de nuevo en camino hacia Madrid y ya iba a la hila, sin recelos de enemigos. Llega a Madrid y a poco sale de la Villa y Corte con un disfraz chistoso. Tras mil peripecias, tras mil penas y largas fatigas, ayudado por un arriero y por un clérigo contrabandista, de mu-

cho arremango el santo varón, y de esos de “mi olla, mi misa, y mi doña Luisa”, en los que halló favor y acogida segura, y, sobre todo, con papeles falsos, entró en Bayona a los comienzos de 1801, y respiró ya satisfecho, aires de libertad. Se halló al fin bien lejos del “tumulto y tristes devaneos de la Corte engañosa”; en frase ondulante del ínclito don José Cadalso, a quien Dios perdone. Creía Fray Servando haber salido de trabajos. Estuvo desacertado, no dio en la verdad; ignoraba, el infeliz, que su sino era padecer sin linaje de alivio, pasar desventuras días y noches.

Llega a una sinagoga; era la pascua de los ázimos y el cordero, y oye predicar a un rabino descolorido y seco, de caudalosa barba blanca, con un almaizal dorado sobre la cabeza descalvada, y, pareciéndole muy fuera de razón lo que decía, solicita discutir públicamente su tesis. El rabino accede y Fray Servando le desbarata, le deshace, ágilmente, su doctrina con el peso de sus razones, con lo que quedó el campo por la gracia.

Con los judíos siguió a diario moviendo cuestiones de lo que se ofrecía. La verdad, examinada y discutida, sale mejor a luz. Los israelitas se pasan de su saber y de cómo, adelgazando asuntos teológicos con una sutilidad indecible, llegaba adonde ellos no podían llegar. Subía con agilidad por la escalera de una sorites a demostraciones perfectas. Cada vez se iba acreditando más con nuevas victorias dialécticas, y lo tuvieron por lo florido de todas las esencias. Su perfección no tenía límites. *Jajá* le llamaban, que en su lengua quiere decir “el sabio”.

Le compran ropa nueva, con la que quedó ya grandioso nuestro hombre, y muy empavesado y hasta le ofrecieron en matrimonio a una buena moza, rica ella, movediza y pomposa, *decora forma*, en frase latina del maestro Juan Luis Viyes; puesta en sus *Diálogos*; se llamaba Raquel, *Fineta*, en francés. Le dijeron muy melosós, hechos en terrón de azúcar, que si no quería entrar con ella en el matrimonio en Francia, que entonces se haría el desposorio en Holanda cuyo viaje le costearían ampliamente. Pero Fray Servando, naturalmente, rehusó el viajecito ése y no aceptó tampoco a esa hermosa y succulenta mujer de pecho duro y ojos negros llenos de curiosidad y pasión; hizo la repulsa con tranquilidad, sin escandalizarse, sin aspavientos pacatos.

¡Pobre Fray Servando! ¡Por cuántos trances como este no tuvo que pasar! El mismo lo cuenta con sencillo candor: “Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaban pretendientes entre las jóvenes cristianas, que no tienen dificultad en explicarse; y cuando yo les respondía que era sacerdote, me decían que eso no obstaba si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que por el terror de la revolución, que los obligaba a casarse, contrajeron matrimonio, les había quitado el escrúpulo. En Bayona y en todo el Departamento de los Bajos Pirineos, hasta Dax las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las vascas”. Tal vez, indignado en el fondo

por estas constantes solicitudes matrimoniales dice que, “en general, las francesas son feas y están formadas sobre el tipo de las ranas, malhechas, çhatas, boconas, con los ojos rasgados”.

Vagueaba muy contento por toda la ciudad, iba por aquí y por allí, por unas calles y por otras, recorría las plazas y hasta rodeaba sus campos, con la seguridad que le ponía la confianza de ser no digo aprehendido, pero siquiera molestado en lo mínimo. Aquella luminosa claridad del cielo, la pulcra limpieza de sus rúas y de sus gentes, las mismas fachadas de las casas que se le antojaban tenían semblante bondadoso y apacible que, de seguro, les transmitían sus moradores, todo eso le infundía firme serenidad a su espíritu y le daba paz.

Todas las caras le parecían de amigos buenos que estaban dispuestos a servirle, no causarle desazones o perjuicios, sin pensar el iluso neoleonés que si les pidiera algo, poquita cosa, no hallaría sino corazones duros, secos, inmisericordes, los mayores egoístas del mundo, capaces de no dar, como se dice, agua al gallo de la Pasión. Así lo comprobó bien el candoroso fraile. Se le vinieron abajo y de golpe aquellas optimistas ilusiones. Esta decepción, derrota a su ingenuidad, lo empujó a dejar Bayona y seguir camino adelante, hasta Burdeos, la de los buenos vinos que perfuman hasta el alma.

EL DIABLO MUNDO

Encontrándose en Bayona conoció a don Simón Rodríguez, ondulante maestro del libertador Bolívar, que ponía su nombre tras el seudónimo de Samuel Robinsón. Desde luego trabaron estrecha amistad porque muy en consonancia estaban sus caracteres. Congeniaron bien y siempre estuvieron en armonía, aunque don Simón era un poquitín ventajoso, pues explotó la exaltación y el saber del fraile mexicano que se le entregó todo entero, con lealtad y sin cortapisas.

Por entonces un rico perulero, don José Sarea, conde de Gijón, lo lleva a París como su intérprete, pues Fray Servando sabe explicarse con elegante soltura en la lengua francesa, la cortaba tan bien como si fuese castellana. Pero pronto dejó el oficio de interpretar los deseos del adinerado peruviano y llevarlo de aquí para allá a fin de darle placer y contento, ponerlo ante cosas que lo admiraran, o, cuando menos, le hicieran deleite a los ojos. No le acomodaban al fraile estas idas y venidas, ni mucho menos hablar por boca de otro. No quiso agradecerle más el ánimo al buen conde de Gijón a pesar de andar manirroto y liberal, sin poner raya en el gasto. Estaba el neoleonés muy hecho a la pobreza y a las incomodidades y fuera de éstas como que se sentía descontento, desplazado de su sitio natural.

En la gran ciudad y ya libre del que paseaba, encontró de nuevo a su amigo don Simón Rodríguez y de plática en plática decidieron abrir una escuela para enseñar el español y a fin de que lo señalaran como buen conocedor del francés literario tradujo la *Atala* del aparatoso Chateaubriand y a poco la dio a la estampa, llena de buenas notas explicativas. La puso luego a la venta en la misma casa en la que tenía abierto su establecimiento, calle de Saint Honoré, cerca de la de Poulies, número 165, según se indica en el mismo libro que ya es muy difícil de encontrar en estos tiempos, y el librero anticuario que lo llega a tener lo vende en sumas fabulosas.

Dice Fray Servando: "Por lo que toca a la escuela de lengua española que Robinsón y yo determinamos poner en París, me trajo él a que tradujese, para acreditar nuestra aptitud, el romancito o poema de la americana *Atala*, de M. de Chateaubriand, que está muy en celebridad, la cual haría él imprimir mediante las recomendaciones que traía. Yo lo traduje, aunque casi literalmente, para que pudiese servir de texto a nuestros discípulos, y no con poco trabajo por no haber en español un diccionario botánico, y estar lleno el poema de los nombres propios de muchas plantas exóticas del Canadá, etc., que era necesario castellanizar. Se imprimió con el nombre de Robinsón, porque este es un sacrificio que exigen a los autores pobres los que costean la impresión de sus obras. . . Ródenas, en Venecia, hizo apuesta de traducir la *Atala* al castellano en tres días, y no hizo más que reimprimir mi traducción, suprimiendo el prólogo en que Chateaubriand daba razón de dónde tomó los personajes de la escena, pero reimprimiendo hasta las notas que yo añadí. Y donde no puse nota, él puso un desatino, queriendo corregirme. Por ejemplo, nada anoté sobre la palabra "sabanas", porque en toda la América Septentrional está adoptada esta palabra indiana para significar un prado. El, que no lo sabía, quiso enmendarme la plana, y puso "sábanas". Tuvo, empero, la prudencia de no poner en la fachada sino las iniciales de su nombre, por si se descubría el robo. Esto es de uso muy común en Europa. El inglés Walton me robó la *Historia de la Revolución de Méjico* en sus *Dissentions of Spanish America*. . . En cuanto a la *Atala*, el primero que vino a comprársela fue su mismo autor, y tuvimos muchos discípulos dentro y fuera de casa".

Con este precioso libro enseñaba el castellano con mucho agrado, con él iba adiestrando a sus alumnos en todas las dificultades del idioma, y no sé si causaría algunos estragos su lectura, ya que la protagonista era "una mujer apasionada, violenta y fanática, Velleda o *Atala*, obra de arte supremo que recuerda a Dido y a Ariadna, y que por su misma belleza contribuyó a formar numerosa descendencia literaria. Todas esas figuras de mujeres resueltas a seguir al amante si las llama, y a morir por él si las abandona, proceden de las selvas de Luisiana y de los pinares de la antigua Galia".

"Chateaubriand dio forma por primera vez a esa famosa tristeza moder-

na que también se llamó *mal de René*. ¡Cuántos suicidios, cuántos amores incestuosos promovidos por ese libro, retrato fiel de aquella alma de vendeano impetuoso que necesitaba la inmensidad de los desiertos de América para apacentar sus aspiraciones y sus recuerdos”. En su tiempo causó casi tanto mal como el Werther que provocó una verdadera epidemia de suicidios. Infinidad de desgraciados, presas del *mal del siglo*, e influidos por la creación de Goethe, se mataron para dar fin a su triste vida, y esa enfermedad, manía, o lo que fuere, se llamó *wertherismo* o el *goethismo patológico*.

Como por entonces nuestro fraile andariego tenía desocupada la imaginación de sus terribles y constantes ideas y las clases que daba no le llevaban mayor tiempo, se aplicó a componer una larga disertación teológica y dogmática muy intrincada, sobre la existencia de Dios con el noble fin de impugnar al impío Volney. Esto le atrajo la simpatía y el favor del Gran Vicario, quien lo tomó debajo de su sombra y protección y encomienda a la parroquia de Santo Tomás, anexa al convento de las madres dominicas.

Pero como esa iglesia no tenía rentas vinculadas, sino sólo las reducidas limosnas de los fieles, tuvo mil apuros el neoleonés para pagar a cuatro clérigos, al suizo de gran forniture y alabarda, a dos cantores de capa pluvial y a un músico que, con un bajo en forma de retorcido serpentón, les daba los tonos. “Así es —dice— que nada le sobraba, y que el oficio por todas partes le ceñía, porque en Francia era un escándalo ver a un clérigo en un teatro, en el paseo público y aun en el café”. A pesar de lo cual, supo bien, muy bien, de todo esto, y de otras cosillas más, pues nunca pesó escrúpulos en balanzas de platero. El *Palais Royal* le fue familiar; anduvo en bailes, y da noticia exacta de la moda de la época, sobre todo, de la de las mujeres que no era ninguna, que cada quien se ponía el traje y los adornos que más cuadraban con su tipo.

Hizo excelente amistad con el joven Lucas Alamán apenas arribó éste a París. Andaba Alamán por Europa en largo viaje de estudio y contaba por aquel entonces veintidós años de su edad. Era elegante, de apuesta gallardía, de fácil minerva y florida, lleno de finura, de cordialidad y atrayente simpatía, con el espíritu abierto a todas las curiosidades de la vida. Se aplicaba a los estudios con insaciable codicia, pues quería darle alcance a la ciencia. Llegó el mancebo a Francia cuando otra vez estaban reinando en ella los Borbones, la “familia indiscutible”, según Benjamín Constant.

Al principio estos dos grandes mexicanos se vieron con un poquitín de antipatía, con algo de despego, una misteriosa repulsión los separó de momento. Contrastaba la gravedad y ponderación del mozo, ya desde entonces todo equilibrio y ponderación, que más tarde había de escribir *sine ira et studio*, su *Historia de México*, con la brillante exaltación del regiomontano fogoso, en cuya palabra estaba siempre como la presencia del sol quemante

de su Nuevo León nativo. Eran polos contrarios estos dos hombres. Mostraban notable diferencia y condiciones opuestas. Pero el generoso Alamán buscó de nuevo al fraile por la simpatía que de pronto le despertó su saber e ingenio abundante.

Se trabó entre ellos cordial amistad, la que mantuvieron muy buena a lo largo de sus vidas, aunque ya viejos la maldecida política los separó y cada cual se fue por su parte. Don Lucas en su *Historia* habla del Padre Mier con elogio, siempre lo trata con deferente consideración. En muchas de sus páginas hace justicia al fraile trashumante, sensible y contradictorio. El joven Alamán con aquel afán que tenía de cultivar los años de su juventud, se acercó muy solícito a Fray Servando, pues vio que era "rico en conocimientos y erudición... muy agradable en su estilo y lleno de fuego y ardimiento y abundaba en chistes oportunos".

Una de las tantas veces que se vieron, Mier condujo a su gentil y mesurado amigo, a la casa del ya pacífico abate Henry B. Grégoire quien tenía gusto en su compañía y era amicísimo de celebrar sus cosas. También Alamán entró muy de improviso en la gracia del Abate. Le hizo honroso tratamiento. En esa casa el despierto mozo guanajuatense conoció a las pocas personas célebres que aún quedaban del tiempo de la Revolución. Este buen Abate vivía en sosiego, con los deseos calmados, retirado, desde el 18 Brumario, del torbellino de la política. Fue un exaltado jansenista e hizo sonar su voz en la terrible Convención en defensa del rey Luis XVI, oponiéndose con valentía magnífica a que se le condenara a muerte. No sólo los hombres supervivientes de la gran Revolución concurrían a la casa del abate Grégoire, sino que también acudían a ella a formar animadas tertulias, los principales personajes de Francia, los más encumbrados y vanagloriosos, junto con señoras de muchísimo lustre y empinadísimo copete. De todo esto habla el Abate en sus *Mémoires*, (París, 1837), que lejos del turbión de las pasiones, redactó serenamente en las horas apacibles de la paz doméstica, y en las que puso lo pasado con claridad presente.

El joven Alamán de natural sociable, buscó y la encontró muy cordial, la amistad del barón Alejandro de Humboldt, muy humano y conversable, quien lo llevó más tarde al aparatoso palacio del duque de Montmorency, alhajado con rumbosa ostentación de adinerado magnate. Era el Duque par de Francia, después ocuparía el Ministerio de Relaciones Exteriores y sería en 1821 Presidente del Consejo. Con este magnífico señor estaba el mancebo en buena opinión y crédito. A él se aficionó el Duque por su fina distinción, por lo urbano, atento y de buen modo que era, por la brillantez de su talento y por resplandecer además con otros dones y gracias. Más de una vez lo llevó consigo ese suntuoso prócer a visitar a Benjamín Constant, después al vizconde de Chateaubriand, que tenía el mundo lleno de su fama.

En seguida lo introdujo muy complacido en los lucidos salones de Madame Recamier y a los no menos famosos de Madame de Staël, de tan trémula sensibilidad, quien a más de una inmensa fortuna, ofrecía el prestigio de un talento singularmente poderoso. Siendo Mlle. Necker se casó muy enamorada con el joven Staël de Holstein.

Más tarde Mier y Alamán, fueron juntos a esos espléndidos salones. En aquel ambiente refinado en el que había entre la delicada vaguedad de los perfumes, continuos frufúes de sedas, muelles aleteos de abanicos, relumbres de joyas, vaporosos encajes, en consonancia todo ello con ademanes mesurados y garbosos, nobles actitudes, rendidas caravanas de corte, en este ambiente de clarísima elegancia y de talento, en el que iban y venían frases repulidas y exquisitas y volaban con noble gracia mil galanterías llenas de donosuras y por dondequiera chispeaba vivamente el ingenio, no se sentiría nada cohibido el fraile imaginativo e ímpetuoso, pues siempre dio muestras de desparpajo en el que estaba su ruda franqueza norteña.

Sin amilanarse ante nada ni nadie, diría ahí Fray Servando lo que pensaba y esto muy a la pata la llana, sin pulidas finuras retóricas, ni cortesanas, porque era atrozmente sincero en la emisión de sus opiniones, desconsiderado, a veces groserote. Accionaba mucho al hablar; con los brazos representaba lo que con la boca decía. Quedaríanse, de seguro, admirados los elegantes y refinados tertulios de ambas señoras, escuchando sus pláticas desenfadadas, fértiles y coloridas, porque era hombre de imaginación pronta, de fluente palabra, de salidas ágiles y oportunas. Era un conversador magnético que atraía la atención de todos. Diría esas cosas enormes que a veces causaban grandes e irrestañables risas, de esas que se dicen homéricas, y en otras ocasiones admiración por su talento tan vivaz, por su deformadora imaginación.

Tanto la Recamier como la Staël lo recibieron siempre con agrado ceremonioso y todos los esclarecidos concurrentes a esos salones admiraron su verba iluminada con claras luces de inteligencia. Hablaba el fraile mexicano con erudición, suma facilidad y desembarazo, pues no era hombre de estrecha lengua. Todo lo que decía ennoblecía con su saber y elocuencia maravillosa. Concebía bien y se explicaba con acierto. En pocas palabras juntaba muchedumbre de sentencias y argumentos. No se cohibía ni en lo mínimo ante aquella concurrencia lujosa y sapiente, antes bien, le servía de estímulo y emulación para decir mejor las cosas y razonarlas con mayor propiedad y cultura. Todos vieron las veces que asistió a esas singulares tertulias, que con su ingenio salía de lo ordinario. Se le escuchaba en un gran silencio, y damas y caballeros con los ojos daban se-

ñas en testimonio de lo que les placía lo que estaban oyendo con tantísima atención. Alamán desde entonces más lo quiso y admiró.

También éste lo llevó a que conociera y tratara a Benjamín Constant. Un gozo íntimo y bullicioso le retozaría en el corazón a Fray Servando porque se iba a relacionar, su gran deseo, con el célebre filósofo cuyas obras conocía y le embelesaban, pero encontró al autor del *Adolfo* acerbo y displicente, con acedia o sequedad de espíritu. Quedó decepcionado Fray Servando porque le salió en vacío y burlada su esperanza. No halló al escritor genial, sino al hombre lleno de miserias. Los libros inducen a error, hay que cotejarlos con quien los compuso.

También fue con su perspicaz amigo guanajuatense a visitar en repetidas ocasiones, al relumbrante vizconde de Chateaubriand, quien fascinaba con su parola ampulosa que parecía dar reflejos cegadores que llenaban la sugestiva pompa de sus párrafos. Tenía el Vizconde un habla suntuosa, sobrecargada, se antojaba que iba desplegando vívidos tapices orientales. La polifónica música de sus cláusulas embargaba la razón; se recogían en ellas las palabras más armoniosas del lenguaje humano en una prodigiosa sinfonía de matices y sentimientos. Embargados los dos mexicanos de religioso respeto, lo oyeron decir cierta vez: “Je reste pour enterrer mon siècle”. Les pareció un profeta lleno de luz. Fray Servando salió encandilado de la casa del vizconde Chateaubriand y ya en la populosa calle parisina, llena de tráfago y vocerío, seguía viendo en el aire un estallar continuo de luces de colores.

Cuando el juvenil Alamán lo condujo a la casa del Encantador —como los contemporáneos llamaban a Chateaubriand—, ya lo conocía bien Fray Servando, pues cuando tradujo su *Atala* el primero en adquirirla fue el mismo Vizconde, con quien, de fijo, se puso a hablar. ¡Cómo iba Fray Servando a desperdiciar ocasión tan favorable de charlar con el más grande escritor de Francia que era loado de sus obras por todo el mundo! Luego reparó en el énfasis del gesto, en la petulancia del ademán, en la hinchazón de la palabra, pero a pesar de esto, quedaba maravillado oyéndolo decir. Le explicaría cómo llevó a cabo su agradable trabajo de traducción, las dificultades en que tropezó, el gusto indecible con que la puso en el idioma castellano; le alabaría la *Atala* con himnos y loores y se la engrandecería por sus perfecciones. También Chateaubriand es seguro que le diría cosas agradables para corresponder a sus galanterías y demostrar su agradecimiento, pues el Vizconde aprovechaba bien cualquier circunstancia para sacar sus magnificencias verbales.

Ya el padre Mier se había hecho de la amistad del sabio prusiano Federico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, y varias veces fue a visitarlo en la buena compañía de Alamán, el mozalbete avisado y gallar-

do, con quien el dicho duque de Montmorency, su amable valedor, lo había introducido antes. Fray Servando se expresaba con profusión; Alamán, con sobriedad constante.

Como avalancha arrolladora, llena de gran estruendo, llegó a París el ambicioso ladrón de pueblos, Napoleón Bonaparte, escapado de su prisión marina de la isla de Elba. El 13 de abril de ese mismo año de 1815 salieron a escape Mier y Alamán de la ciudad "fatigada", "que ya no era capaz de entregarse a risueños transportes", y se fueron hacia Londres. El rico mancebo, movido a compasión, invitó al arrancado fraile a que lo acompañara, "para no dejarlo perecer en París en donde no tenía recursos ningunos". Embarcaron los dos amigos en Dieppe, el 25 de ese mes, pero antes se fueron deteniendo en Rouen y "demás ciudades del tránsito" que solicitaban su inteligente curiosidad. Con lo que Fray Servando Teresa se hallaba en sus puras glorias, pues el andar tierras era su gozo, su dicha.

Nada de esto que tan puntualmente asienta don Lucas lo cuenta Fray Servando en sus *Memorias*; da a entender que no emprendió viaje ninguno, y que, al contrario, se quedó muy campante en París y no así como así, sino que tomó sitio eminente en el Instituto Nacional y luego muy importante y principalísimo en el Gran Concilio Nacional convocado por Napoleón al restablecer el culto católico. ¿Se iría a Londres como lo refiere con tantos pormenores el puntual don Lucas? ¿Se quedaría en París en donde tuvo esas tan señaladas distinciones que cuenta en sus *Memorias*? ¡Ay, Fray Servando Teresa, cómo ostentas tu imaginativa en fabular copiosamente! ¡Cuántas imaginaciones sacas de tu cabeza cuyos sesos siempre andaban en ebullición! Lo supuesto lo tenías por verdad.

Trata Fray Servando Teresa a Humboldt, se hace más de su amistad. Ufánase en hablar con él de su distante y bella tierra mexicana; lo deslumbraba, acaso, con lo que le narra, con las fastuosidades de verdura de los paisajes americanos que le iría pintando con palabra fácil. También le hablaría de estas tierras de altura, de arisca esterilidad, que ennoblece una vegetación rígida, heráldica: la biznaga, la simétrica tiesura de los órganos, el maguey, el nopal con su conjugación de pencas de jade, y envuelto todo ello en una atmósfera clara, transparente, con diáfanas lejanías de cristal, que exaltan más el azul de los cielos y la blancura de los nevados volcanes. Fray Servando le hacía estampa de todo y Humboldt escuchaba con deslumbrada atención aquellas verdades que casi tenían valor de sueño. Las constantes y repetidas descripciones de Mier sobre México entre cuyos hilos tramaba entretenidas fábulas y chistes gustosos, y las muy reposadas y exactas del ponderado mancebo de Guanajuato, plenas de juiciosas observaciones que oía el Barón con indecible interés, le prenderían, ¿por qué no?, nostalgias de Méxi-

co, el deseo de tornar a esta tierra mexicana tan variada, tan diversa y heterogénea. Tanto la viveza y ardiente imaginación de Fray Servando, como la sosegada exactitud del circunspecto Alamán, fueron grandes y apetecidos regalos para el espíritu de Humboldt, ansioso de lejanías.

Las páginas que escribió el padre Mier sobre París, son deliciosas; llenas están de agudas, de finas observaciones. ¿Únicamente éstas de París? No sólo las páginas sobre esa ciudad magnífica están plenas de gracia y de finura expresivas, sino que la tienen todas aquellas en que cuenta lo que vio y le aconteció en Italia, en España, en Portugal, en los Estados Unidos, en La Habana, todo ello escrito con agilidad, con desenfado.

Fray Servando rodó por infinitas tierras y peregrinó por naciones extranjeras. Las numerosas ciudades por las que anduvo, no le deslumbraron ni mucho ni poco como les sucedía a casi todos los viajeros alucinados de América que recorrían Europa en la época en que él iba y venía por aquellos países en sus inacabables y desgraciadas andanzas. Todo era admirativo y único para los americanos; cuanto miraban por sólo ser de ultramar les suspendía y sobrepujaba el entendimiento. Quedábanse atónitos y se espantaban. Todo allí les era grandioso y admirable. Fray Servando fue un gran desengañado de esos países. Creía, como todos, encontrar aéreas filigranas, preciosidades inacabables, y se topó con cosas bastas y feas.

“Del plano de las ciudades nada hay en Europa que se pueda comparar a las ciudades de nuestra América ni de los Estados Unidos. Todas aquéllas parece que fueron fundadas por un pueblo enemigo de las líneas rectas. Todas son calles y callejuelas tuertas, enredijos sin orden y sin apariencia”. A poco de llegar a París fue firmada la paz de Amiens y Napoleón Bonaparte nombrado cónsul por diez años, hace que se le designe cónsul vitalicio. A Fray Servando le tocó presenciar el manejo ilícito para escalar ese puesto. “Entonces ví que todo es fraude en el mundo político” y exclama en seguida: “¡Pobre pueblo! Y ciertamente nunca ví uno más ligero, mudable y fútil que el de Francia. Basta para arrastrarlo hablarle poéticamente y mezclar por una parte algunas agudezas que son su ídolo, y contra la contraria el ridículo, que es lo que más temen. Allá los hombres son como mujeres, y las mujeres como niños”.

Ya se dijo antes la impresión de fealdad que le causaron las francesas, de las que todos dicen que son las más hermosas de la creación, elegantes y refinadas beldades. Y así y todo, fue Francia el país que más le agradó. Lindizas les dedica a España y a Italia y hasta el idioma italiano tan lleno de expresiva musicalidad, lo menosprecia dizque por feo y lo satiriza por dulzón. Esa lengua “es la más a propósito para mentir porque toda es cortesía y exageraciones. Italia es la patria de los tratamientos y de los superlativos; todos son ilustrísimos y excelencias, y se los dan a uno con sólo estar un poco

decente". "Si uno manda hacer un par de zapatos, por ejemplo, se los llevan juntamente con el recibo de la paga; y es necesario tomarlo, porque si no, aunque la reciban, vuelven otro día a cobrarla con desvergüenza, y lo obligan a pagar de nuevo ante la justicia, sin detenerse en perjuicios".

Sin embargo, en Italia se extasia embelesado ante sus numerosas obras de arte y ante muchos de sus monumentos famosos. Escribe de la Toscana: "que es amable y culta"; que Siena "pasa por el lugar de gente más sociable y que habla el italiano más puro"; Florencia "es grande y bonita", sus edificios son "bastante iguales y parecidos a la arquitectura sencilla de México, que es verdaderamente italiana". En Florencia se conmueve el pobre desterrado al contemplar en su Jardín Botánico un maguey mexicano y lee y relee con emoción el breve letrero que tiene para identificarlo: *Agave mexicano*. Se le despertaron ante esa planta rígida memoriosas nostalgias de su tierra, distante de su cuerpo, cercana a su corazón.

Quiere tornar a México y "como no había otro remedio para procurar mi regreso a la patria" no tiene más salida de Italia que por Liorna y Génova para entrar en Barcelona y al pisar tierra de España, la de sus mayores, exclama desconsolado: "Héteme aquí otra vez en el país del despotismo, a meterme yo mismo entre las garras del león, para que devore su presa". Y prosigue sus inacabables andanzas, con pobreza siempre, y, por lo tanto, seguido de gran suma de trabajos. Estos no se le apartaron en ninguna parte, los tuvo siempre. "No se puede decir la verdad de España sin ofender a los españoles. Como ellos no viajan para poder hacer comparación, y los que vienen para América vienen de niños, sin haber visto su patria con ojos racionales, España es lo mejor del mundo, el jardín de las Hespérides, aunque la mayor parte está sin cultivo, y las tres partes del terreno son infecundas".

¿Qué lugar por los que pasó quedóse limpio de su crítica? La gente de España le parece horrible. Siempre la comparación desventajosa con ciudades de México y los Estados Unidos. No tienen proporción ni orden unas poblaciones con otras. Las de España de Carlos IV, atraso, suciedad, abandono; las de América, adelanto constante, clara limpieza. No ve con malquerencia esas viejas ciudades españolas, sino con la frialdad severa de un espíritu crítico. También, cierto, hay amargura en sus páginas, el amargo dolor del exilio con pobreza que no lo deja, el mal trato constante de la fortuna, siempre adversa y contraria, acarreándole desdichas. Lo que cuenta que vio y oyó en España, se halla colmado de visibles exageraciones, de cosas increíbles por lo absurdas, que dejan a uno estupefacto, aunque está dicho con gracia, sazonado con buenos donaires.

De todas las provincias por las que anduvo refiere de la indumentaria y de las costumbres, cosas ridículas y vanas; pero, sobre todo, recarga los co-

lores sombríos en lo que dizque contempló muy admirado, en Madrid. “Hablando de lo que es la villa de Madrid, ya se supone el desorden, angostura, enredijo y tortuosidad de las calles, sin acera ninguna, ni las hay en parte alguna de España, sino en la calle Ancha, de Cádiz. El pavimento es de pedernal, piedrecitas azules, puntiagudas y paradas que estropean los pies. Las casas, de palo y piedras, sin igualdad ni correspondencia, todas feas y en aspecto de ruinas por las tejas y las guardillas”.

Y sigue amontonando invectivas. Casi todos los años falta el pan, “aunque la mayor parte de España se mantiene de maíz y de pan de centeno y de mijo, duro siempre y, por lo mismo, incomible. El clima de España es el peor del mundo, en unos lugares es el frío intolerable, igual al de las desamparadas regiones hiperbóreas; en otros, el calor es formidable, es una hornaza el aire”. “Las estaciones se distinguen perfectamente con muertes repentinas”. “No hay librerías” y tampoco “fábricas ni industrias. . . ni brazos para ellas”. “Casi toda la gente, hombres y mujeres, se visten de paños burdos y jerguetones; los zapatos de cáñamo, y las camisas de lo mismo”.

Madrid es lugar lleno de licencia y soltura brutal, según se desprende de su dicho. Creía, tal vez, encontrar en la Corte de las Españas las costumbres recoletas y pacíficas del sosegado Monterrey en que vivió. Ese ir y venir de obscenas mozas del partido, y lo que hacían en zaguanes y escaleras; esos numerosos “diptongos”, como llama con chistoso eufemismo a las amorosas parejas que ocupaban toda la suya, al grado de no poder salir porque no había ni en donde poner el pie; esos frailes alegres en el teatro, y esos otros sacerdotes inhonestos y anticánónicos; esas tradiciones piadosas, respetables, de imágenes muy veneradas, de las que se burla con escarnio; ese modo de vestir de las mujeres, o, más bien, de lo contrario, y, sobre todo, le llaman la atención esas imposibles sortijas que se ponían en determinadas partes. No, querido Fray Servando, ni en lo más salvaje de África se estila la indecencia de semejante atavío.

Esas enormidades que narra de los Grandes de España y, principalmente, de la Corte, de la que afirma que no era sino un lupanar; esas cacerías del rey y la vida libertina y brutal de este señor, parece todo ello la recopilación en libro de algunos pliegos de cordel o de las desvergonzadas y sabrosas coplas del Provincial, o páginas del *Corvacho* o bien, de la más cruda picaresca. Hizo mal Fray Servando en poner esos bestiales absurdos. Su odio a los españoles de México fue, indudablemente, el que movió su pluma para ridiculizarles, con furiosa saña, su tierra, para vengarse de ellos por los muchos daños que le hicieron. Se burla hasta de los edificios más celebrados y los desdeña; así, por ejemplo, dice del Escorial que le “pareció sólo un montón de piedras”, todo por desahogarse, por tomar desquite.

No olvida los beneficios y alaba con tiernas, con emocionadas palabras,

a las buenas personas que se los hicieron, y carbones encendidos echa, con furia, a los que le labraron mal, que no fueron pocos. A veces se va de rienda tras el grato saborcillo de la murmuración. Y hablando de él mismo, quiere hacernos creer que está lleno de ingenuidad, de nítida sencillez, que no ha perdido, en suma, la sal del bautismo. Así, por ejemplo, cuando en una de sus cárceles ve que una reja tenía los barrotes delgados y abiertos, exclama: “¿Por qué no me salí? Yo mismo estoy admirado y no sé qué responder, sino que soy el mayor bendito del mundo”. En otro lugar de sus *Memorias* afirma “que abusaban de su candor natural” y allí mismo pone, el muy socarrón, que hubiese escondido ciertos papeles que le importaba salvar “si hubiera tenido más malicia”. Y vuelve a insistir en varias ocasiones en que no tenía su alma la más ligera doblez, que era simple y lisa.

—“Soy también sencillo, me ha cabido esta pensión de los grandes ingenios, aunque yo no lo tenga”.

—“Lo que tengo, a pesar de mi viveza aparente, es un candor inmenso, fuente de las desgracias de mi vida”.

—“Mi candor excluye todo fraude”.

—“En vano mis amigos me han exhortado siempre a tener una poca de picardía cristiana. . . No está en mi mano tener malicia”.

En 1802 va a Roma. Mucho tuvo que hacer Fray Servando en la gran batalla de la ciudad. Sus desventuras exceden al pincel del pensamiento. Y tras un año de tremenda, de áspera miseria, logra su gran anhelo, secularizarse, 6 de julio de 1803. Los hábitos le estorbaban. Le estorbaron siempre. Su Santidad Pío VII le otorga merecidos dones: lo nombra Teólogo del Concilio de Trento e Inquisidor Universal y Protonotario Apostólico. Con todos estos envidiables honores vuelve a España el extraordinario doctor mexicano.

En el buque en que viaja hay un motín teñido de sangre, que logra apaciguar con sólo su palabra llena de suavidad, pues tenía nervio para persuadir y disuadir. Con ella quitó las armas de las manos e hizo paces entre los enemistados. Baja en Barcelona; va a Madrid; se encierra en su posada para escribir un sátira en defensa de México, que, desde hacía tiempo, le andaba bullendo en el cerebro con ansia de salir. Una sensación de placidez corrió por sus nervios después de haberse descargado el espíritu de ese peso. Da a la imprenta su sátira graciosa.

Lo reaprehenden en el acto. ¡León, otra vez el protervo, el miserable León, que empleó toda la luz del entendimiento en perseguirlo! El infame covachuelo había subido por la fácil escala de la adulación, a Oficial Mayor de un ministro que lo consentía porque con él era bajo y servil, y logró que le diese una real orden que despachó en volandas al alcalde de Corte y Corregidor de Madrid, diabólico sujeto de apellido Marquina. Ya el obispo Haro,

tenaz perseguidor de Mier, hacía años que se pudría bajo tierra, pero el protervo Francisco Antonio León ordenó la aprehensión porque “interesaba a la vida y tranquilidad de Sus Majestades”, y comenta: “Los españoles tenaces por su naturaleza, no varían de odio una vez que lo conciben, ni concluyen la persecución de uno, aun cuando ya lo hayan echado en el sepulcro”. Dan con su persona, orlada de las gracias pontificias, en una mazmorra donde no vio ya sol ni luna. “Pocas veces —se lee en el *Quijote* capítulo XLI de la I parte— viene el bien puro y sencillo sin ser acompañado o seguido de algún mal que le turbe o sobresalte”. Sufre largas hambres, frío, enfermedad, “en un calabozo tan angosto, que sentado tocaba las paredes con ambas manos” y, aunque parezca imposible, lo trasladan a uno más estrecho todavía y atestado de chinches. Legiones había en cada agujero y los agujeros eran innumerables. Cuando se hizo de noche y quedóse a obscuras “tropezando en las paredes, comencé a reventarlas con las manos”. Añade: “Yo me tiraba en medio del calabozo para huir de las chinches; pero ellas bajaban al olor del cuerpo, y me acometían por todas partes. El alcaide en la visita de media noche solía con los pies matar la procesión que hacían en hileras para venir sobre mí”.

En 1804 se le transporta a los negros Toribios de Sevilla, quemado de ardentísima fiebre con la que creían se le iba la vida. Sana en ese reclusorio y compone treinta y seis décimas chistosas contra los Toribios. Estos versos le acarrearán dificultades y castigos. Lo recluyen en una alta torre. Enseguida lo encierran en otra mazmorra, con ventanillo abierto hacia el norte por donde se colaba todo el frío del invierno. Le cerraron las puertas por donde le pudiera entrar un rayo de alivio. Allí el maharón de Fray Servando añadió penas a penas; recibió escarnio y afrenta. Tuvo hasta estrechos guadañones y que arrastrar pesados grillos y le cuelgan un grueso barrote que le quita todo movimiento. Quemábase de calor, parece que se hallaba sobre tizones vivos. Además las movibles miríadas de chinches y pulgas. Hubo necesidad de mucha paciencia y sufrimiento para poder llevar tan duros encuentros con la adversidad. Con miles de trabajos desprende la reja y sin muchas consideraciones se escapa donosamente y arrancó a correr con tanta ligereza que nunca disparada saeta fue por el aire más ligera. Poco está en Sevilla, la metrópoli de la vida fácil y del gozar continuo. Unas buenas gentes lo ayudan, se declaran en su favor y en un barquichuelo lo empacan. Surca el turbio Guadalquivir; va a dar a Cádiz, pero la fortuna se le muestra enemiga y contraria; denuncia su presencia un alevoso fraile dominico; se le encarcela y se le envía otra vez a la dantesca casa de los Toribios.

Es un riguroso invierno. Terrorífica era esa cárcel: Ponía hielo en el alma de los jaques más bien templados. Donde estaba el triste don Servando era

lugar de espantoso horror. En un memorial que escribió en Cádiz dice cómo era aquello: “Considérese un oscuro pasadizo o callejón de cuarenta y ocho pasos de largo y ocho de ancho, con cuatro ventanillas de a tercia junto a las vigas, y allí unas secretas pestilentísimas, y tres calabozos pequeños donde se acumulan cuantos van a ser devorados de un pulguero inextinguible, sin que jamás haya otro recreo, alivio ni ventilación, sino grillos y cadenas. La comida son cuatro onzas de carne por cabeza, que quitados los huesos resta una hambre mortal. ¿Qué debería sentir el declarante que no tenía aún el consuelo de hablar con los otros presos, ni podía pasear el estrecho y triste callejón, sino en un angosto calabozo, sin libros ni otro alivio yacía encerrado bajo la custodia de un loco, con un par de grillos y sobre ellos una barra de hierro de cuatro a seis arrobas, con unos grilletes tan estrechos que luego le hincharon las piernas, y sin poder tener otro movimiento que estar tirado boca arriba?”

Padece frío, padece enfermedades. Esa celda de tan helada, es un ventisquero; el sol jamás ha entrado en ella a poner un somero calor; por las rendijas de la recia puerta, en las que se asoma tímida una leve claridad, penetran helados soplos que se le clavan como lanzas en las carnes. Se le postra la salud al buen Fray Servando. No digo fuego, pero ni siquiera una mala manta, ni una mala capa con qué repararse del frío. No posee el infeliz hombre más abrigo que un pañuelo que se pone en la cabeza y se ata por debajo de la barba. En el inmundo lecho carcelario está todo el día; no tiene más que una carlanga tan sutil como una discusión escolástica, a la que dan el nombre de frazada como le pudieran llamar manto o linda dalmática; se le podrían contar los hilos de la trama; y esa era su única defensa, eso era su único consuelo en aquel ambiente frígido, de hielo puro. A esa manta delgadísima, con más agujeros que los ojos de Argos, lo que le faltaba de trama, se substituía con piojos insaciables. “Pedí —refiere— un cajete con agua; echaba allí a puñados los piojos de los que me cogía por el pecho, el cuello y la cara”. Creyó que se “resolvía todo en piojos de alguna enfermedad como otros de gusanos”. Además, recorrían su cuerpo, constantemente, de arriba abajo y de abajo arriba, terribles ejércitos de pulgas, armadas de rejonas, empeñadas en un maratón inextinguible. La ropa se le pudrió en el cuerpo, y encontrábase hecho un segundo Adán, solamente andrajos le tapaban una mínima parte de sus carnes ateridas; el vello le cubría la otra parte. Iban a la enfermería, por cualquier somero acceso de catarro o jaqueca, los facinerosos, los ladrones, los reos condenados a la horca, y los azotados públicos; y él llegaba a las orillas de la muerte, sin una cucharada de nada, ni una píldora ni un unguento, y todavía así, le regalaban con castigos copiosos. Tormentos le añadían a tormentos.

FUGA MÁS FUGA

Se encendió fuego de vida en su corazón y tornó a evadirse magníficamente de esa cárcel espantosa. Arranca el pestillo de la puerta de su calabozo y con ese hierro puntiagudo, ayudado de otros dos sujetos, abren un agujero competente en un muro de las hediondas secretas y se escapa poniendo en juego sus extrañas aptitudes. Trece largos meses fueron los que pasó en esa prisión, aunque corrido algún tiempo tuvo un género de carcelería algo libre. Con las tinieblas se encubrió a sus perseguidores. Va otra vez a Cádiz; se oculta largo tiempo sin osar salir a la luz, en la casa de uno de La Habana, que le fue refugio, lugar de segura paz y de buen acogimiento. Ese hombre generoso, ganado por su simpatía y penalidades, le da recursos suficientes y hasta le facilita asiento en un barco para ir a Ayamonte. "Se entregó al mar en inconstante leño". Asiste, casi, Fray Servando a la batalla de Trafalgar que tan desastrosa fue. Casi a su vista combatieron las naves de España y de Francia contra la magnífica escuadra inglesa, dirigida por Nelson, quien en ese combate dejó la vida.

Llega Fray Servando al lugar de su destino. Sale de Andalucía, "la bien pareciente", como la llama el cordobés Juan de Mena. Pasa a Portugal. Vive en tierra lusitana tres años acosado de muchos trabajos, pero en ese país, dice, "la libertad más preciosa que el oro, los hace más tolerables". Esos trabajos y fatigas los tuvo sin descanso ni tregua. Cuán pocos ratos vivió sin cruz este pobre hombre, pero no perdió los estribos de la paciencia. El cónsul español acudió, generoso, a su miseria y lo nombra su secretario. Agradecido por este bien le escribe un librito muy práctico en el que están los reglamentos de los consulados. Pío VII le concede la señalada merced de designarlo prelado doméstico —el nombramiento se lo entrega en Lisboa el Nuncio Apostólico— porque a dos rabinos, junto con sus familias, los hizo entrar en el camino de Cristo y los puso bajo el dulce yugo de la fe.

Estalla la guerra entre Francia y España en mayo de 1808. Las escasas tropas españolas, de pie en Portugal, son reducidas a prisión por orden de Junot que, con sus fuerzas, ocupaba esa región, siguiendo al plan napoleónico. De lo hondo del espíritu le aflora a Fray Servando una gran piedad por esos desventurados presos, pues bien sabía él de los amargos sinsabores de la cárcel. Con mucho amor los ayudaba a conllevar sus penas. Su palabra les ensanchaba el apretamiento del alma. A toda hora fue para ellos dulzura que les edulcoraba lo agrio del padecer.

El que, el tiempo andando, sería después duque de Wellington, desbarató e hizo huir al gran general francés. Llega a Portugal el general don Gregorio Laguna, a recoger a los prisioneros y, al conocer el buen comportamiento de Mier, le ofrece un puesto en el ejército español. Pasó el gran regiomon-

tano a España, en donde se le nombra cura castrense y capellán del regimiento de voluntarios de Valencia. En lo más recio de los combates, se le veía siempre socorriendo a heridos, auxiliando moribundos, tranquilo, sereno, como si estuviera con ellos en el apacible sosiego de una blanca sala de hospital.

En la revuelta dispersión de Belchite cae prisionero de franceses que lo llevan a Zaragoza, y, como cosa inevitable, se les fuga. Se valió de una estratagema, ingeniosa como suya, para rezagarse un poco de los vigilantes custodios que conducían a los presos; no se explica cómo no comprendieron que aquello no era sino una manifiesta engañifa, así es que cuando acordaron se les había ido en un soplo de las manos. Hasta entonces los cándidos custodios vieron clara la treta. Voló más que el ave ligero. Como era muy suelto para el salto en tres o cuatro que dio, con algunos más, estuvo a la puerta de un colmado pajar y se metió rápido entre el gran montón dorado y ni quien lo encontrara después, era como la aguja que se dice que no se halla. Pero a poco salió muy gallardo, muy mano en cadera, y cuando menos lo pensó fue capturado por andar presumiendo. Esto no le importaba un comino porque sabía que iba a escabullirse de aquella casa apenas entró en ella. Echó sus trazas, le resultaron bien porque hizo pronto una airosa salida, sin que se le pusiera delante ningún obstáculo. *Las lió* como dicen los vulgares. Las tinieblas lo escaparon para que no lo vieran. Se puso en cobro gracias a sus desenvueltos pies, que dejaban de correr y volaban.

Se fue chito chitón a la callada, sin osar parecer a donde fuese visto, y se une al general Blake, quien deseando premiarle los excelentes servicios que prestó, lleno de amor, al ejército español en días de desdicha, pidió para él una pensión anual de tres mil pesos sobre la mitra de México. Las Cortes habían suprimido las pensiones; y, para recompensarlo mejor, se le propuso como canónigo de la Metropolitana de México; pero, por entonces, no vacaba más que el puesto de Medio Racionero, con el que no podía presidir el coro, pues tenía derecho y obligación de hacerlo como prelado doméstico que era de Su Santidad. Por esa incompatibilidad invencible, no aceptó, no podía aceptar: era en mengua de su categoría eclesiástica. Tenía que esperar que quedase libre otra plaza mejor. La mala suerte le atajó ese bien.

Sabe, con gozo, que el cura don Miguel Hidalgo y Costilla, ha proclamado la independencia de la Nueva España. En su alma salta una incontenible alegría que se le desborda por todo su ser. Marcha a Inglaterra, en donde hace fecunda propaganda de la libertad mexicana, y no sólo logró multiplicar adeptos, sino también consiguió doblarlos.

Se sosegó un poco su vida tumultuosa y agitada. Nunca terminaba su ir y venir. Tenía como ciertas aves la ansiedad del *nissus* migratorio. Podía el pobre haber dicho como el gallardo Arcipreste de Hita: “non fallé pozo dulce, ni fuente perennal”, pues que nunca encontró, a lo largo de sus días, repo-

so ni un cariño fiel. En Londres consiguió paz, recogimiento íntimo, silencio, y escribió sin paremios, al azar de las horas sosegadas, sus dos vehementes *Cartas de un americano al español* sobre asuntos americanos. Su *Historia de la Revolución de Nueva España* que publica dando por autor a *José Guerra*, nombre con que encubre el suyo propio.

Esta obra tuvo por primer objeto la defensa del virrey don José de Iturrigaray, quien sostuvo a Mier en Londres con buenas mesadas por la cuenta que le tenía, y aun costeó la impresión del libro, pero al ver que iba declinando demasiado en apología de la independencia, lo que no entraba en sus miras de político, le retiró los auxilios y lo dejó, como suele decirse, a dos velas, y como continuó el neoleonés escribiendo y dando a la imprenta cuadernillos y más cuadernillos se encontró sin medios de pagar al tipógrafo, quien no sólo embargó los ejemplares, sino que hizo poner al desdichado autor en la cárcel de los deudores, en la que permaneció mucho tiempo renegando, dándose constantemente a todos los diablos, porque no encontraba manera de fugarse por más que ocupaba los pensamientos en buscar los medios de salir de aquella fornida prisión. Se le frustraba todo aquello que discurría, así fuese lo más sutil e ingenioso. No le valían ningunas tretas, ni engaños, ni podía embaucar a nadie. Se llenó de tristeza porque se creía un pobre fracasado en el hermoso arte de las fugas que con tanto éxito había cultivado.

Salió de la prisión hasta que llegaron a Londres los primeros enviados del gobierno de Buenos Aires a hacer activa propaganda de la independencia de toda América y, a la vez, proteger a los americanos emigrados por persecuciones políticas, por haber propagado ideas de libertad. Llevaban mucho dinero para cumplir bien su misión y como se enteraron de lo que le acontecía a Fray Servando, a quien le seguía los pasos la desventura como una sombra fiel, tomaron a su cargo las cuentas del preso. Pagaron largamente lo que adeudaba al indignadísimo impresor britano y rescataron los ejemplares de la obra. Fray Servando, para satisfacer el beneficio recibido, dedicó su *Historia de las Revoluciones de México* al invicto pueblo argentino en su Asamblea Soberana de Buenos Aires.

Los generosos comisionados le pagaron muy bien pagada la copiosa edición por lo que no le cabía el gusto en el cuerpo al pobre fraile que tan pocos contentos había tenido en sus días, y la remitieron toda bien empaquetada a su país, pero por desgracia naufragó el buque en que la embarcaron. Se lo sorbieron las olas y nunca más apareció, con lo cual se perdieron casi todos los libros, excepto los contadísimos que andaban ya repartidos en diversas manos o que quedaron en poder del autor.

Se asegura que Fernando VII, el rey felón, al leer esta obra anónima, determinó relevar del mando al virrey Venegas, y dar el gobierno al sanguinario don Félix María Calleja del Rey, hombre abominable. También Iturbide, con

la lectura de ese libro, se convirtió de realista en independiente; esto lo dice don Carlos María de Bustamante. El Instituto de Francia, al conocer la *Historia de las Revoluciones de Nueva España*, tuvo voto favorable por unanimidad de juicio, para que el autor entrara como miembro suyo. Esto lo dice Fray Servando.

Don Lucas Alamán, tan sereno y exacto para juzgar sin cólera ni complacencia, dice que este libro de don Servando “está escrito con elegancia, y dispuesto con mucho artificio, será siempre apreciable por la multitud de noticias que contiene y por el talento con que el autor trata las materias de que se ocupa, dejando aparte todo lo que es hijo de las circunstancias y obra del espíritu de partido que reinaba en el momento”.

Llegó al fin de su condena por acreedor insoluto. Estaba Londres, la ciudad, fuera de la húmeda frialdad de sus nieblas constantes, después de un invierno largo de muchas nieves. Se sentía un calor tónico que traspasaba deliciosamente las carnes que ensanchaban al par del alma, tal parecía como con nueva vida. Esta dulce tibieza del ambiente poco o nada importaba a Fray Servando. Lo mismo le era andar bajo recias soláneras que entre los rigores de la helada. Si lo punzaba el frío envolvíase en su manteo, delgado y raído, o bien se lo echaba airosamente en el hombro, o se lo ponía en el brazo cuando lo agobiaba el calor, si no era que lo había dejado en su posada, siempre misera, menos cuando anduvo con aquel fastuoso conde del Perú. Pero con frío o con bochorno, andaba azacaneando con suelta ligereza por calles y plazas sin dejar las hablas que traía consigo mismo: siempre disparatadas teologías. Miraba sin ver, sin atención exterior, porque todo él estaba hacia dentro, introvertido como la arquitectura de los orientales. Así se iba ganando hartos empellones, exentos de cortesías.

En un museo, frente a cuadro o estatua, o un objeto arqueológico, lo mismo que en un edificio histórico, o bien ante la perspectiva de una calle consagrada por un hecho famoso, no dejaba de hilar sus pensamientos sobre sus temas constantes de antiaparicionismo y sus otras ideas descabelladas que no había de soltar nunca a lo largo de su agitada vida. También imaginaba fugas extraordinarias, llenas de arriesgadas peripecias, en las que se fabricaba a su gusto salidas muy airosas. “Si estuviese yo, se decía a sí mismo, en esta habitación me escurriría por aquel pasillo; me iría deslizando con toda lentitud por esta columna; escalaría, cosa fácil para mí, aquel muro alto y denegrido; me escabulliría muy en silencio y ladronamente por ese tejado; me enhebraría después, pasito a paso, por aquella calleja; este recodo en sombras —parece que todavía con las de la noche anterior—, me cobijaría oportunamente; sin riesgo de ser visto me iba a agazapar después bajo los arcos de aquella airosa puente”. ¡El imaginar inacabable de este ser estrambótico!

Ya sabía bien Fray Servando que estaba en Londres don José María Blan-

co, y tampoco ignoraba la presencia en otras partes de Inglaterra y Francia, de varios desafectos al vil Fernando VII. Se hallaba al tanto de todas las actividades de estos heroicos disidentes. Don José María Blanco era un impetuoso sevillano “de grande instrucción, de fácil y elocuente estilo”, según el dicho de Alamán. Publicaba un periódico, *El Español*, en el que con sostenido ímpetu defendía la justa independencia de las colonias americanas. Odio sañudo le profesaba al absolutismo y era partidario, admirador muy entusiasta, del sistema de gobierno puesto en marcha por Inglaterra. Había renunciado no sólo a su nacionalidad española que le asqueaba porque no podía aguantar y sufrir a su patria tal y como era en ese momento histórico en que vivía, sino que aun repudió su religión y su mismo nombre de pila; se hizo súbdito inglés y hasta protestante como cuadraba a un britano y llegó a ser ministro de la confesión que abrazó, tradujo al inglés su apellido castellano y fue ya el padre White.

Se ajustaban perfectamente los caracteres de este aguerrido señor y el de Fray Servando; eran los dos muy extremados en sus antipatías, muy emparejadas andaban sus opiniones políticas y ambos encontrábanse encendidos por el fuego de la misma idea. Se entendían a las mil maravillas, sin una sola discrepancia, por lo que el mexicano colaboró activamente en el periódico del renegado apostólico, con la briosa acometividad que le era peculiar. Sus artículos eran como grandes haces de leña que avivaban las llamas de *El Español* que corrían por toda la península ibérica despertando entusiasmos y levantando fervores contra el repugnante absolutismo fernandino y a favor de la emancipación de los países americanos sujetos a la Corona.

Fray Servando se comunica con Blanco White. También conoce al brioso don Francisco Javier Mina y a otros refugiados de España, llenos de lamentables penurias y de amor por la libertad. Estaba Fray Servando “destituido de todo género de recursos, vivía a expensas de la liberalidad de algunos mexicanos que lo socorrían”; convence a don Francisco Javier de que debe de venir a México a luchar por la noble causa de la independencia, ya ahogada en sangre por el poder realista. Le puso gran ánimo para esa alta empresa. Convencido ya el entendimiento de Mina, entró a ganarle la voluntad. Tiró grandemente con las cuerdas de las razones. El inflamable guerrillero se persuadió con facilidad, hicieron presa en su pecho las palabras del extraordinario dominico que sabía apretar con sus argumentos. Se embarcan los dos: llegan a los Estados Unidos; logra Fray Servando un préstamo personal de ciento veinte mil pesos con un rico llamado Daniel Smith, y esto lo consiguió gracias a su buena labia con la que a hombres duros ablandaba como una cera.

Con ese dinero organiza activamente, junto con el incansable Mina, la expedición armada, con la que vienen a la costa mexicana. Traen mucha gente, oficiales que habían militado en los ejércitos franceses e ingleses, y algunos de

las tropas de los Estados Unidos y aventureros de toda broza y laya. De modo prominente figuraban en esa expedición el conde Runth, coronel alemán, el coronel Montilla, colombiano, que había servido a las órdenes del libertador Bolívar, el habanero doctor Infante, quien venía en calidad de literato y periodista, el coronel Young "norteamericano de mucho valor". Gran tren de artillería, armas, pólvora, parque, monturas, uniformes para vestir a los voluntarios que se presentasen. Antes de tocar tierra de Nueva España tuvieron mil peligrosas peripecias los expedicionarios. Pasaron grandes peligros en el mar. Se alborotaron los vientos, el océano descubrió su centro y levantaba sus olas hasta las estrellas. Venían sobre ellos montes y breñas de agua, con lo que vieron muy de cerca la guadaña de la amarilla muerte. Hubo, por fin, un naufragio; por inevitable se tenía ese desastre; por poco quedan todos para manjar de peces; desertaron muchos aventureros ya con las soldadas bien pagadas; los que se salvaron en aquel maltratado barco, sufrieron la peste, los rigores del hambre y de la sed; se alargó la navegación por muchos senos y tocaron en diferentes tierras.

El padre Mier vuelve a Nueva Orleans; tras otra porción de vicisitudes, Mina va a Galveston; allí va a unírsele don Servando, que era por entonces, ese vendaval de entusiasmo a que alude Ovidio. Don Francisco Javier Mina publica un largo manifiesto en el que expresa las razones que lo obligaron a tomar las armas en contra del gobierno español, y trata de sincerarse de la tacha de traidor que le pudieran atribuir para mancharlo, y quiere convencer de que estaba la independencia de América en los intereses de España, y que todos los españoles ilustrados la deseaban. La mano de Mier anduvo en ese escrito, atildando conceptos y reforzando razones.

Se enderezaron sus navegaciones a México. Huyeron vientos contrarios, la travesía de las aguas, el perder árbol y velas, el ir a la ventura, el dar en escollos, cosas así. El 15 de abril de 1817 desembarcan en la barra del río Santander, y se dirigen a Soto la Marina, puerto de mar azul, de costa brava, calles polvorosas, casucas bajas, amarillas de sol, iglesia tosca cuya torre resalta limpia en el cielo, cocoteros y palmeras cuyos abanicos abría un viento tónico, alharaquientas bandadas de loros intercaladas con lentos vuelos de zopilotes. Un pueblo dormido al son marino del agua, envuelto en una atmósfera adormecedora y palúdica.

En Soto la Marina construyeron un defendido fuerte en el que depositaron sus abundantes municiones de boca y de guerra. Mina se ausenta; se interna en San Luis Potosí. Sus tropas van muy animosas; el padre Mier les levantó los pensamientos a querer conquistar todo el reino. Entretanto, en una imprenta que traía, la primera que hubo en aquellas regiones fronterizas, pues la que llevó Arredondo a Monterrey en 1813 "era tan pequeña que apenas se podían imprimir en ella cuarterones de papel", en esa prensa es-

tampa con sus mismas manos, folletos, proclamas ardorosas. Sacó de molde un curioso papel en el que probaba, entre abundantes latines y citas teológicas muy complicadas, que la independencia en nada se oponía a la religión católica e iba dirigido a su numerosa parentela de Guerras, Garzas y Treviños.

También desde ese lugar, apenas tuvo un instante de sosiego, escribió con muy asentada cordura una carta que se halla en su proceso, y en la que no se encuentra ninguna de las esponjadas fantasías en las que era tan perseverante este hombre locuaz, de actividad incansable. Esa misiva la envió a Fray Pascual de Santa María, y dice así:

“Yo acepté este partido (el de la independencia), porque así más presto acabará la efusión de sangre que por México y por toda América se derrama a torrentes inútilmente; porque la emancipación ya no tiene remedio. A más de que la Europa la protege, veinte millones de hombres que quieren ser libres lo serán a pesar del mundo entero.

“Obstinarse en contra de la emancipación es querer forzar a la naturaleza. El orden natural de las cosas es que toda colonia se emancipe en llegando a bastarse a sí misma. Así ha sucedido a todas las colonias del mundo, y aun los hijos, llegando a su virilidad, quedan emancipados de la sagrada dependencia de sus padres naturales. Demasiado tiempo ha estado la América en las fajas de una tutela opresora que monopoliza su comercio, y no le permite fábricas, ni viñas, ni olivares. . .

“Hasta ahora no ha faltado a la insurrección sino jefes, oficiales y armas. Todo lo tenemos en abundancia y excelente.

“Ha faltado también conducta, porque la canalla se ha puesto a la cabeza embriagada de pasiones viles y matando europeos sólo por serlo. Acá traemos ideas más nobles; nuestra conducta no puede mejorarse, y no haremos sino defendernos de quien quiera destruirnos. Convidamos a la libertad civil, justa y razonable; a nadie forzamos a tomar las armas; el que nos haga guerra nos hallará, sea criollo o gachupín; el que se esté quieto no será incomodado para nada”.

No cesaba Fray Servando de animar a la tropa; con su palabra vivaz y convincente, iba levantando a los dudosos, animando más a los esforzados. Como una flecha lanzaba entre las huestes su exaltación, dándoles bríos y alientos, con sus arengas les quitaba la cobardía, ponía las ganas, condiciones y cualidades de espíritu para entrar en combate; hasta repartió, pródigo, concesiones de indulgencias preciosas. Con ropas de obispo pasaba entre los soldados como llama violenta que comunicaba al aire su reflejo.

Partieron, tras algunas dilaciones, tropas de Monterrey y en el camino se les unieron otras fuerzas, con lo cual se formó un auxilio sobradísimo de gente. Se libró una batalla, y Mier salió con entusiasmo al encuentro del enemigo; se enfrentó con él, disparando su fusil a pecho descubierto, con lo

que probó, valerosamente, que tan bien manejaba las armas como la pluma. Con ambas cosas hacía destrozos. “Esperaba con buen esfuerzo los peligros e acometía las fazañas con grande osadía”, en frase de Hernando del Pulgar en sus *Claros Varones*, muy aplicable al caso. No cesaba de decir a la tropa en arrebatados discursos que despidiesen el temor; que tenían que ganar el triunfo.

EN DURA CÁRCEL, PRISIÓN SUAVE.

Se pone sitio al fuerte. Lo batieron con gran furia, aunque ensangrentábase a cada paso el tesón de los sitiadores; al fin lo tomaron por fuerza y por hambre. Capitan llenos de coraje, los que lo defienden. Con la victoria salen los realistas; el campo queda suyo. Cae prisionero el malafortunado padre Mier. No podía ser de otra manera. Al saberse esto en Monterrey, ordenó el gobernador de la Mitra de Linares, doctor don José León Lobo, como vicario capitular de la regia sede vacante, que se levantara una información sumaria acerca de la conducta del cautivo. La hizo el cura de Cruillas, el bachiller don Joaquín Guzmán, quien, de su mano, asentó las declaraciones que le rindieron testigos que creyó competentes. Se le acusaba a Fray Servando de que, a pesar de estar inhabilitado y sin licencias, no sólo decía misa, sino que intercalaba en ella palabras extrañas al ritual, y aun le añadía complicadas ceremonias de la iglesia griega; que confesó a uno que iban a fusilar, que dijo un sermón asegurando que los señores reyes no eran hechura de Dios, sino de los hombres; que afirmaba ser familiar de Su Santidad el Papa; que pretendió que un cura que no celebraba por carecer de vino adecuado, usara, para el santo sacrificio, aguardiente fuerte de Castilla; se le acusaba del indebido reparto de indulgencias, de andar vestido de morado como un obispo, y de alabar la independencia de México, y, sobre todo, lo incriminaban del terrible, del espantoso delito, de asegurar que Fernando VII era un tirano, cuando no lo era el muy bellaco.

Fray Servando se decía obispo de Baltimore; tal vez se le presentó para ese cargo, pero no fue preconizado en Roma, y sólo vino a quedar con el título de electo, aunque en Galveston lo trataban de obispo, y le hacían todos los altos honores anejos a ese cargo. El tratamiento de Ilustrísimo Señor también se lo daba el Ayuntamiento de Monterrey, y él, cuando escribía a la diputación provincial de Nuevo León, firmaba sus cartas: “*Servando, Obispo de Baltimore*”.

Pero se afirma en el proceso que le abrió la Inquisición que “no ha hecho constar debidamente la facultad de vestirse de morado” y Domingo Andreis, italiano, que lo acompañaba en la expedición de Mina, dijo en una de

sus declaraciones que él conocía al Sumo Pontífice y a su Secretario de Estado el Cardenal Pacca y que cuando “le movía muchas veces conversación de estos conocimientos de Roma al dicho padre Mier, éste se excusaba de entrar en tal conversación, abochornándose, pareciéndole al que declara, por esto y porque no oyó decir en Roma su nombre alguna vez, que no sea cierto el título de prelado de Su Santidad”.

Se ordena que lo trasladen a México para juzgarlo y le cuelgan pesados grillos en los pies; las manos, argolladas y presas, se las ponen por la espalda, y, montado en un macho pardo, boquisangriento y trotón, lo envían a la capital con fuerte escolta, acompañado de los otros prisioneros, que con la furia flameante del sol y el hambre, más furiosa aún, deliraban pidiendo a gritos la muerte. Sus clamores estremecían los ámbitos. Era menester amarrarlos en las monturas para que no cayeran; muchos se desmayaban constantemente, agonizaban bastantes, todos estaban con suma debilidad. Largas horas de angustia pasaban en la plaza de cada lugar expuestos a la vergüenza pública. Los realistas les decían en su cara denuestos rabiosos.

“Fueron llevados todos los presos a Veracruz por el largo rodeo de Pachuca, a veinticinco leguas de la ciudad de México. Aunque iban a caballo, el peso de los hierros, lo largo de las jornadas, la falta de alimentos sanos y el calor bochornoso, les produjeron enfermedades y una extraordinaria debilidad. Algunos se desmayaban en el camino, y era preciso atarlos con cuerdas al caballo; otros deliraban y pedían la muerte a gritos; los restantes eran conducidos como un rebaño, y, al fin de la jornada, alojados en sitios estrechos y llenos de inmundicia. No se les daba sino una escasa ración de malísimo alimento, que apenas podía sostener la vida. Siguióse a esto una debilidad mortal, y como no les era posible tener descanso, ya no les era dable soportar el peso de las cadenas. Pocos hubieran sobrevivido, si no hubiera sido por la humanidad de los habitantes”.

En una de aquellas largas y duras jornadas, que no eran sino un *viacrucis*, habló con el nervioso don Servando Fray Iñigo de San José, que fue un buena alma, declaró en la causa, que “el expresado doctor, con un semblante gracioso, voz sonora y una afluencia y facundia rápida como un torrente, capaz de engañar al que no esté bien afianzado e instruido. . . ponderaba con una exageración indecible y pintaba como si estuvieran, los inmensos tesoros que gozarían en estas tierras, con la independencia, los habitantes de ellas”.

El mulo de mala andadura en que iba Fray Servando agarraba muy a menudo un trotillo algo picadillo con el que le revolvió las entrañas; pero una mañana tuvo la bestia el gentil antojo de echar un respingo y el cuitado padre vino al suelo y dio un gran porrazo entre piedras con lo que se rompió un brazo, que también se le desenganchó de la articulación, y con todo eso no hubo siquiera un ¡ay! ni dijo palabra que mostrara flaqueza. El pasaba

por la pena que viniera. En ese estado desastroso se le seguía exponiendo como a un criminal en la plaza principal de los pueblos por los que pasaban, ante el boquiabierto azoro de las gentes y continuaba teniendo sobre sí execraciones y maldiciones muy terribles de los encoraginados realistas.

Así iba padeciendo terribles ignominias de afrentas hasta que llegó a México.

Dirigió desde Atotonilco el Grande una larga representación al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, en la que mañosamente se hace aparecer libre de culpa y pena, pues afirma que don Francisco Javier Mina lo convidó amablemente para hacer el viaje a México a bordo de su navío y que él accedió movido sólo por el deseo de salir cuanto antes de Londres en donde estaba pobre y abandonado de todos y volver a la patria que tanto echaba de menos con tenaces nostalgias. Que en Nueva Orleans, como en Texas y Soto la Marina, no tenía sino la tenaz preocupación de comunicarse con sus gentes y su casa. Esto era decir contra la verdad. Componía estas mentiras y engaños deseoso de salvar la vida, ya que estaba en poder de enemigos terribles que querían acabar con él. Valido de esos mañosos artificios “quería reclamar en su favor la gracia del indulto y negar o disculparse de lo que hubiera podido perjudicarle”. En el exaltado discurso autobiográfico que dijo en el Congreso en julio de 1822, manifestó claramente: “De Londres venimos el general Mina y yo sobre tratado hecho con los comisionados del gobierno de los Estados Unidos que había resuelto declarar la guerra a España en favor de la independencia de México. Pero el gobierno nos recomendó al comercio de Baltimore y estábamos levantando una expedición brillante que desde entonces hubiera dado libertad a la patria...” “Solamente pude conseguir de mi amigo Mister Daniel Smith el préstamo de ciento veinte mil pesos, y con esto trajimos la pequeña expedición con que Mina y yo desembarcamos en Soto la Marina”.

Batallando con los males del cuerpo, encendido de calentura y con el inabarcable dolor de su brazo roto, continuaba su camino cabalgando en la incomodidad de su macho trotón. En Pachuca —26 de julio de 1817— escribió esta carta a su entrañable amigo don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, con el que siempre lo unió la más perfectísima amistad. En ella se ve que no las tenía todas en sí; que andaba cargado de mil miedos y temores: “Mi caro y dulce amigo: Usted es todo mi consuelo y mi esperanza: desde Huejutla en la Huasteca, le escribí a usted con mil ansias y riesgos porque el capitán Cevallos que me conducía era un hombre inexorable. En Atotonilco llegó de México a conducirme otro capitán que es más caritativo, y éste me ha traído hasta aquí, pero rompido el brazo derecho, por lo que no puedo escribir; y para enviar una representación al señor Virrey he tenido que valerme de un amigo por estar incomunicado. El memorial o re-

presentación está lleno de borrones. A bien que va a manos de Ud. que lo compondrá, lo rectificará, y por correo o mano propia, lo entregará a S. E. lo más pronto posible. Mire Ud. que en ese memorial está toda mi esperanza contra la tempestad que espero por instantes. Hace ocho días que el capitán Cevallos partió para México cargado de papeles y acriminaciones contra mí. Temo alguna explosión antes de continuar el camino y que pues me detienen aquí, temo me lleven a morir a un calabozo a San Juan de Ulúa como a los padres Subastegui y Talamantes. Dios me libre caiga en esas garras: ya el comandante de aquí ha mandado me tengan bien encerrado como lo estoy, y sólo el qué dirán del pueblo los contiene. Saque Ud. muchas copias de mi memorial y divúlguelas para que se contengan en darme un *Pax Christi*. Déle Ud. copias a mi primo D. Alejandro Treviño, a los Regidores de la ciudad, principalmente, a Rivero y Azcárate, al padre Pichardo, al doctor Alcocer, al Magistral de Guadalupe, Cisneros, a la Marquesa de Aguayo y a madre; hagan diligencias activas y *metan mucho ruido*; en Ud. confío como mi más caro y fiel amigo. Yo lo soy suyo y lo seré siempre, memorias a madrecita y niños. Aunque no puedo firmar ya sabe Ud. que le escribe.—Servando Teresa de Mier”.

Su fiel don Agustín Pomposo se movió diligente en su socorro y movió también a otras personas eminentes para que le dieran ayuda y favor; pero a pesar de tan buenos oficios y de que prominentes señores le hicieron promesas formales y hasta le empeñaron su palabra, a pesar de los pesares, fue a dar el desventurado Fray Servando a la Santa Inquisición.

Los calabozos del Santo Oficio lo esperaban. Fue el primero y el único dominico que entró preso en esos tenebrosos lugares. Los de esa benemérita Orden instituyeron el Santo Tribunal para encarcelar en él a sus prójimos, no para meterse a sí mismos.

Con muchos misterios se le llevó a esa sombría casa, a la que se le decía por antonomasia “la de la esquina chata”; nadie en la ciudad supo su llegada. Por el acta, muy minuciosa, que se levantó, sabemos cómo era su exterior por aquel entonces: “su estatura, dos varas escasas, su color blanco rubio, sus ojos pardos, pelo rubio, barba y cejas un poco negras, con el brazo derecho quebrado; y trae en su cuerpo camisa de crea azul listada, pantalón de coleta, levita negra con vueltas moradas, chaleco negro de lana, zapatos sin medias; y sin insignia ninguna de cristiano. . .” Tenía cincuenta y tres años.

Ya en ese tiempo habían decaído los terribles rigores del Santo Tribunal de la Fe, de la Señora de la Vela Verde, como se la llamaba en burlas, que más se ocupaba de política que de religión y, por lo tanto, los tres años que duró allí preso fue suave su cautiverio; se le tenía consecuente benignidad; veíasele con tan singular consideración, que ni siquiera se le ocurrió emprender la fuga; de haber pensado en ella, se habría salido de la “casa de la es-

quina chata”, con la limpia destreza que nunca le faltó. Tuvo abundantes libros que leer, con ellos se comunicaba mucho y agradablemente y sobre todo tuvo papel en qué escribir. Sus escritos no pasaron por ninguna censura estrecha para ver si no contenían nada contrario a los dogmas de la Santa Iglesia Romana, a las regalías de Su Majestad y a su sabia política, a las buenas costumbres, o trataba de historia de América, materia muy prohibida por las leyes españolas. Allí compuso las célebres *Memorias* de su vida o *Apología*, como también se llama a la muy divertida y superabundante narración de sus andanzas, llena de desparpajo y gracia; reprodujo la correspondencia que tuvo con don Juan Bautista Muñoz, y escribió otros opúsculos curiosos, como lo era todo lo que salía de su pluma, tan fácil y tan suelta.

Sólo de una cosa se lamentaba con dolor: que no le diesen sino una única y delgadísima vela para alumbrarse, que en un dos por tres se consumía, y como su sueño duraba solamente unas cuantas horas, cuatro o cinco, se pasaba el resto de la noche desesperado entre lóbregas tinieblas, esperando, lleno de ansiedad angustiosa, a que rompiera el día para que saliese al mundo el alba y volver así al consuelo de sus papeles y sus libros. “¿A qué viene, señor, —escribe en su alegato— escasear tanto la luz que siempre hace compañía a un infeliz? ¿No hace Dios, como dice el Evangelio, salir igualmente su luz sobre los buenos y los malos? A los viejos ya parece que se nos apaga el sol. ¿Por qué aumentar la tristeza de mi corazón?” Y adelantándose, el pobre, a que le digan que no se puede transgredir el estatuto para darle contento, concluye: “Luego salen con la costumbre. Pero la costumbre sin razón, dice San Cipriano, no es más que un desatino viejo”. “¿Por qué no quema todavía el Tribunal los hombres vivos en un brasero? ¿No da tormentos?.. Costumbres eran de siglos: la razón los abolió”.

En una de las audiencias a las que se le llevó a declarar, le preguntó uno de los inquisidores, un tal doctor Tirado, si sabía la doctrina y le ordenó que recitara el padrenuestro. “Eso, contestó con altivez, se le pregunta a los muchachos, no a mí, que soy Doctor en Teología”. También se refiere que cuando por primera vez pidió papel para escribir, le llevó el carcelero sólo un medio plieguecillo y un pedazo de lápiz, eso sí, muy bien tajado, para que no pidiese cuchillo con que sacarle punta, por temor de que utilizara esa arma para una terrible fechoría en su persona o en la de sus guardianes. No estaba tan desesperado para matarse con sus propias manos, ni se le maltrataba para tomar sangriento desquite. Al entregarle el lapicillo y el papel, le dijo su carcelero que los señores del Santo Tribunal le daban una licencia muy especial para escribir en esa cuartilla, a condición de que sería después revisado lo que pusiera en ella; y, si según juicio de sus señorías era conveniente, se le devolvería, o, de lo contrario, quedaríanse con ella. Tomó

Fray Servando el papel, y en un dos por tres, a un volteo del lápiz, escribió estos versos:

*¿Qué cosa es Inquisición?
Un Cristo, dos candeleros,
y tres grandes majaderos.
Esta es su definición.*

A menudo pensaba viendo aquellas cuatro paredes desnudas entre las que se hallaba encerrado, y que estaban como embebidas de dolor. ¿Cuántos presos pasarían en esta estrecha celda en la que él habitaba? ¿Serían hechiceros, serían judaizantes? ¿Apóstatas, acaso? ¿Qué graves delitos cometerían contra la fe? ¿Qué ojos anhelantes se asomarían por el ventanillo enrejado, para ver el retal de cielo azul que él entonces miraba, y como que dábales consuelo, y como que les infundía esperanza contemplarlo? ¿Salieron muchos de los custodiados en esta mazmorra oscura y fría, para las santas hogueras encendidas frente a San Diego? ¿O, después del auto de fe, vestidos con su coraza puntiaguda y con su espantable sambenito pintarrajeado con llamas, diablos y culebras, volvieron a cumplir su sentencia de prisión perpetua, para ir acercándose a la muerte, la suprema redentora, la única que los libraba de esta estrecha carcelería? ¿Cuántas vidas, ¡pobres vidas!, se apagaron en este triste lugar?

Las cuatro paredes de este calabozo estaban cargadas con un gran sentido, y lo movían a considerar los largos padecimientos por los que tuvieron que pasar otros pobres seres que yacieron allí muy olvidados del mundo; el temor en la sombría sala de audiencia con los inquisidores vestidos de negro, interrogándolos, acusándolos; el terror en la cámara de tormentos; el potro que los descoyuntaba, el agua que, jarrillo a jarrillo, les llenaba el vientre hasta dejarlo tenso como parche de tambor, ya próximo a estallar, y con el dolor más grande aún que esos dolores corporales, el de estar separado de los de su familia, de la madre, o de la esposa, o de los hermanos, o de los hijos; tal vez, hasta muchos de sus deudos estaban en otros sucuchos penando, y ellos no lo sabían. ¿Qué eran esos dolores, como estar solo, privado como él estaba, de libertad, pues blando era su encierro en esa casa tan temida?

Se confortaba viendo aquellas cuatro paredes que le daban una clara lección de paciencia, de resignación, de humilde conformidad con el destino inexorable. Aquel silencio en el que trabajaba muy a gusto, ya no era el hosco silencio de otros días, que atravesaban gritos llenos de desesperación, quejidos cargados de lágrimas; ahora sólo lo cruzaban voces amables para él y la perenne y suave quejumbre de la fuente. Graves advertencias tenían

esos cuatro muros desconchados, para sosegarle el espíritu y levantárselo hacia Dios en hacimiento de gracias.

Pensó, sin duda, alguna vez en Fray Luis:

*¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión
volar al cielo?*

En virtud de la Constitución liberal del año 12 que se había vuelto a poner en vigor en España y, por lo tanto, en todas sus colonias, se acabó con el inútil Santo Oficio y aquí se disolvió sin esperar el aviso de la Metrópolis. Cada uno de aquellos graves inquisidores tomó el portante y se fue a su casa a echar de menos, entre nostálgicos suspiros, el pasado esplendor y poderío de ese tan temido Tribunal, pero antes pasaron los presos a la Cárcel de Corte y se envió su copioso archivo al Palacio Episcopal. Con esto quedó fuera de la Inquisición Fray Servando; libre momentáneamente, tenía que ser así, escrito estaba y así sucedió, porque como no se concluía aún su interminable proceso, se le mandó a España, para que viera, satisfecho, con qué sesuda sentencia iba a tener remate aquel terrífico montón de papeles escritos en su contra. Y cuando viera ese dichoso fin, si es que le alcanzaba la vida para verlo, contemplaría la nueva causa que se le iba a abrir, porque lo acusaron los inquisidores de “que su fuerte y pasión dominante era la independencia revolucionaria que, desgraciadamente, ha inspirado y fomentado en ambas Américas por medio de sus escritos, llenos de ponzoñas y venenos”. Lo tenían los realistas por hombre más peligroso que el “primer cabecilla Hidalgo”. Iba a salir de las brasas para caer en el fuego. El 18 de julio de 1820 salió preso para Veracruz.

SOBRE UNA QUIMERA UNA TORRE DE VIENTO

De Veracruz partió en un barco de alto porte, con rumbo a Cádiz, pero en La Habana se le echa en la cárcel con prisiones muy estrechas, y, a pesar de ellas, pronto halló salida al defendido recinto y se escapa, como lo tenía por buena costumbre, de ese vigilado encierro, pues sus fugas no le ponían mucho ejercicio en la imaginación, y sin la menor curiosidad de saber lo que al fin y al cabo iban a pesar sus culpas en la desnivelada balanza de Temis, va a parar otra vez a los Estados Unidos en donde permanece hasta 1822, haciendo cosas inauditas para procurarse el diario comistrajo, la sosa, la insípida pitanza del yanqui pobre; Fray Servando en peores faenas se había visto y siempre salió airoso y triunfante. Perseveró más firme que una roca.

*Si fractus illabatur orbis
Impavidum ferient ruinae.*

Publicó una *Memoria político-instructiva*, enviada desde *Filadelfia* en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles *Nueva España*, que en esa ciudad imprimió en la oficina de Juan F. Hurtel. En el "Apéndice" puso, entre otras cosas, el "Plan" llamado de *Iguala* o *Yndicaciones para el gobierno que debe instalarse provisionalmente con el objeto de asegurar nuestra sagrada religión, y establecer la independencia del Imperio Mexicano: y tendrá el título de Junta Governativa de la América Septentrional, propuesto por el señor Coronel don Agustín de Iturbide, al Exmo. señor Virrey de Nueva España, conde del Venadito*. De esa *Memoria* de título tan abundante, se mandaron gran cantidad de ejemplares a México y la compuso don Servando Teresa para demostrar que se había logrado la emancipación de España, pero no la independencia absoluta, pues "que se confería el trono a Fernando VII como Emperador, en virtud de juramento de fidelidad que le tiene prestado la Nación", y si este falaz Borbón "no se dignaba venir a México", ocuparía entonces el solio algún otro miembro degenerado de la familia real, "el Serenísimo señor Infante don Carlos, el señor don Francisco de Paula, el Archiduque Carlos u otro individuo de casa reinante que estime por conveniente el Congreso". Vino a quedar roto el eslabón que unía al país con la Metrópolis, por Pío Marcha, que por cierto era coahuilense, de Monclova, al proclamar a don Agustín de Iturbide Emperador en el enardecido tumulto que este ambicioso le mandó le arreglara, con lo que quedó así México desligado de España. Iturbide, bajo todos conceptos, realizó con mañosa habilidad la independencia.

Fray Servando estudiaba en los Estados Unidos, con tenaz curiosidad, el sistema republicano puesto en práctica en esa nación, lo analizó hasta en sus detalles más pequeños para ver las ventajas y desventajas de tal sistema de gobierno. Entregado a estas fructuosas tareas supo nuestro trotamundos que se había hecho la independencia de México, lo que le enriqueció el alma de alegría, y supo también la entrada del Ejército Trigarante, 27 de septiembre de 1821. Se deshacía de gozo y de júbilo. Llegó a sus manos una copia del Acta de Independencia; con enorme contento leyó ese ponderado documento, de noble entonación patriótica, aunque recargado de elogios para Iturbide. Hubo fiesta en su corazón.

Vuelve confiado, a la patria, a ocupar su asiento en el Congreso Constituyente, como diputado electo por su cálida tierra neoleonesa. A fuerza de vivir y de bregar había logrado ya mucha plata para sus sienes. Al pasar por San Juan de Ulúa lo reduce a prisión el comandante don José Dávila, porque aún estaba esta isla por Fernando VII, el abominable bellaco. Ese era

su sino. Se le entregó al carcelero para que lo tuviera a buena guarda medido en una de las mazmorras del castillo, la más pavorosa. Era un reducido aposento subterráneo, las paredes desconchadas trasminaban agua constante; no había más luz que la mísera que daba una vela de sebo. Afuera, la dorada claridad del sol, el alegre bullicio de la ciudad, los gritos del puerto, lleno de vislumbres, que se injertaban en el rodar constante de las olas; y dentro, el frío, intenso, pesado como losa de piedra mármol; el débil fulgor tembloroso de la vela; de tiempo en tiempo su chisporroteo y ese leve ruidillo sonaba distinto en el profundo silencio de la estancia. Lentas, lentísimas, pasan las horas en esa cárcel; siempre llena de la voz profunda del mar, trayéndole recuerdos al prisionero; todas las horas eran iguales, uniformes.

Fray Servando no se quejaba, no rompía en interjecciones y denuestos; tranquilo aceptaba la adversidad con su noble y elevado ejemplo de estoicismo. Estaba hecho una inimitable columna de paciencia. ¿Para qué quejarse? La fatalidad no se apiada de nadie. Sus pensamientos fluían en la monotonía de esa paz aciaga, con serenidad, sin rencores, preparando sus defensas, preparando sus fugas.

En la triste monotonía de ese calabozo, el padre Mier escribe, escribe con afán, ya sosegando los deseos de escapar. ¿Era todavía la mañana, o es la tarde? Puede ser el comienzo del día, acaso la mañana se encuentre ya en plenitud, o, tal vez, vaya obscurando la tarde. Ni siquiera por la entrada del carcelero con las comidas se puede calcular el tiempo; una sola es la refacción que le llevan, por cierto bien exigua, y no va siempre a la misma hora. En ese calabozo todo es paz y sosiego. La luz de la vela apenas mueve la obscuridad, y su chisporroteo que estalla de vez en cuando, rompe el silencio, aquel profundo silencio. También en este silencio inalterable se alza el leve ruidillo de la pluma al pasar por el papel. Llena cuartillas y más cuartillas el pobre padre, reducido a prisión. Apenas si medita un momento cuando la pluma vuelve ligera, ágil, a correr por el papel empujada por sus ideas que todas, a la vez, atropellándose, quieren salir.

Entonces el padre Mier olvida todo, luchas, afanes; para él no existe la cárcel en estos momentos de trabajo, de creación. El ruidito de la pluma, raspeando en el papel, se junta al chisporrotear de la triste vela de sebo. Es feliz el padre Mier. Nadie va a interrumpirlo; nada turba, tampoco, la fácil ilación de sus pensamientos. Es grata la tarea; le trae dulces olvidos en la honda paz de la prisión subterránea, en la que no se sabe

*cuando es de día
y cuando las noches son.*

Antes de caer en el horror de esta nueva cárcel, tuvo conocimiento de

las reformas ortográficas ordenadas por la Real Academia Española, entre las que se contaba la supresión de la “*equis*” de muchas palabras que hasta entonces la llevaban, y, por lo tanto, se creyó con fundamento, que la de *México* debería reemplazarse por *jota*. Con este motivo se puso a escribir páginas y páginas con las que formó un folleto terrible que hace dormir de pie a un insomne perenne.

No se le habían salido de la cabeza las opiniones vanas que le metió el cebolludo Borunda, quien no tenía el juicio completo, sino desflecado. Desde luego da el doctor Mier por un hecho claro e incontrovertible que el apóstol Santo Tomás estuvo en México, y que la venerada imagen de la Virgen de Guadalupe, fue ya célebre y adorada por los indios, muy antiguamente cristianos, en la cima plana de la sierra de Tenanyuca, en donde se le erigió templo precioso en el cual la colocó el mismísimo Santo Tomás; pero como los aborígenes en esas remotas edades se apartaron de nuestra santa religión católica, derribaron ese santuario y se pusieron a maltratar a la imagen, ya que no pudieron destruirla, ni siquiera borrarla por más luchas que hicieron. Entonces, Santo Tomás la escondió, muy bien escondida, hasta que después de la conquista se apareció muy refulgente a Juan Diego pidiéndole templo, y se le entregó para que, juntamente con las flores milagrosas, la llevara a presencia del batallador obispo don Fray Juan de Zumárraga; afirma que esa sagrada imagen era pintura de los primeros años del primer siglo de la iglesia, y superior a toda humana industria, que fue hecha por los ángeles, o más bien por Santo Tomás, o, todavía mejor aún, por la mismísima Virgen María, Nuestra Señora, quien se estampó naturalmente en el lienzo, viviendo aún en cuerpo mortal. Para demostrar estas bravas y fabulosas proposiciones hace grandes razonamientos, de una consideración sobresaliente; cita autores rarísimos; alza, en fin, un formidable aparato de erudición que asusta y sobrecoge al ánimo más bien templado.

Pero se puso a inventar otras cosas estupendas. Fabricaba con el pensamiento su gusto. Levantó mil fantasías y torres de viento: que la palabra *México* tiene dos letras hebreas a las que él da sus nombres respectivos, y que, por eso, se pronuncia con sonido de *jota* y no de *equis* como suena en labios italianos, franceses, ingleses y alemanes; que el nombre de nuestra patria, entero y verdadero, se encuentra escrito, en el verso II, del salmo también II, hebreo, dicho con la melodiosa pronunciación del indio; que México, con la *equis* suave, tal y como ellos la dicen, significa “donde está o donde es adorado Cristo”, y que *mexicanos* equivale a tanto como decir *cristianos*. Claro es que para probar todo esto, y otras invenciones nunca oídas que sacó de su cabeza, vuelve a exponer una complicada máquina de argumentos portentosos; teje con ellos un inextricable laberinto en el que es impo-

sible penetrar. Pone los pies en grandes discursos para transitar aquel océano impertransible.

Nada de extraño tienen estas maravillas del alucinado padre Mier, si ya había leído antes, con toda claridad, en el recién descubierto Calendario Azteca o Piedra del Sol, que estaba al pie de la torre de la Catedral, la del lado Poniente, porción de cosas geniales que son para abrirle los ojos de estupefacción al más inabecedario y saturnino: que en ese peñasco labrado estaba escrito, tal y como aconteció puntualmente, el advenimiento de Santo Tomás Apóstol a estas regiones de Anáhuac, cinco años después de la muerte de Cristo, Nuestro Bien; que se encuentra allí patente la profecía de la llegada de los españoles; la prueba clarísima de la religión católica, que solamente no la ve quien no quiere, pues está escrita allí con claridad palmaria, lo mismo que un testimonio irrechazable de las Sagradas Escrituras, además de muchos hechos de la Historia Universal.

Quien descifró en esa piedra, con toda claridad, todo esto, y otras cosas más despampanantes, bien pudo componer la revesada *Carta de despedida a los mexicanos escrita desde el Castillo de San Juan de Ulúa*. Dos ediciones se hicieron de esta desquiciada maravilla de la jota y de la equis de México, que parecía salir de la loca borrachez de hombre tomado de vino.

LA LIBERTAD, SANCHO.

El Congreso Constituyente —instalado el 24 de febrero de 1822— reclamó al fraile preso, lo exigió con energía, pues era diputado electo por la provincia del Nuevo Reyno de León. Lo entregó el comandante don José Dávila, sin oponer ningún obstáculo; parece que hasta lo soltó con gusto, pues se dijo que si lo puso libre fue porque había visto en Mier un poderoso enemigo de Iturbide. No se equivocó, así fue. Si no le hubiese dado libertad, el inquieto exclaustro habría sabido evadirse con la exquisita gracia y maestría con que solía hacerlo; aunque, claro está, lo habrían vuelto a aprehender para que se volviera a escapar en seguida con su escurridiza agilidad.

Casi flúido se tornaba para hacer sus escapatorias. Era el artífice de la evasión. Tenía genio fugitivo Fray Servando. Sin tardanza se ingeniaba para escabullirse; volvía de papel los más fuertes muros, y como de débil estaño los gruesos barrotes de hierro vizcaíno, pues sabía que la libertad, junto con la salud, es bien sin par. “La libertad, Sancho —dice don Quijote—, es uno de los más preciosos dones que a los hombrs dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”. Por eso Fray Servando la perseguía con infatigable tesón.

Cuando llegó a la capital, ya Iturbide, desde el domingo 21 de junio, era Emperador, proclamado por la gracia del violento motín que con la plebe le fabricó, por su mandato, el sargento Pío Marcha en la noche del 18 de mayo de ese año de 22. Amante don Agustín de las vistosas decoraciones teatrales, se había consagrado y coronado en una fastuosa ceremonia en la Catedral —que se engalanó con deslumbrante esplendidez, con sus mejores joyas y telas—, basada en el Ritual Romano, cuyo arreglo fue hecho por el dominico Fray Luis Carrasco y Enciso.

Anduvo la nueva por toda la ciudad de que el 15 de julio iba Fray Servando a tomar posesión de su curul, tal vez a hablar, pues todo el mundo sabía que no era hombre de estrechada lengua y que con ella y el corazón iba a decir de lo que amaba o aborrecía. Las galerías las llenó una multitud ansiosa de saber cómo era aquel célebre fraile cuyos hechos eran conocidísimos de todos; bien se sabían sus agrias persecuciones, que partieron del sermón guadalupano; sus escritos nadie los ignoraba, ni menos aún sus largas andanzas: rodeó tierras, trasegó mares y peregrinó por naciones extranjeras, que era lo que se decía “practicar el mundo”, y en ninguna parte encontró jamás la hierba de la buena fortuna.

No quedó un lugar desocupado en el amplio recinto del Congreso; en donde podía estar un hombre en pie, dos a lo sumo, se amontonaban hasta seis o más; en el pórtico se aglomeraba una gran muchedumbre ansiosa de oír siquiera algo, de ver, cuando menos, una mano de aquel fraile admirable y desdichado.

Prestó Fray Servando el juramento de ley. A él se enfocaron todas las miradas. El gentío estaba como atenazado por un asombro quieto. Y empezó a decir su apasionante discurso autobiográfico, que fue tejiendo con relevantes adornos; soltó aquella su natural vehemencia y tuvo a todo el mundo suspenso, colgado de sus labios; levantó el ánimo y encendió los espíritus. Se le escuchaba con grandísima atención. Nadie osaba moverse, casi ni respirar. Los numerosísimos circunstantes eran todo orejas. El Padre Mier hablaba entre un vasto silencio: se oía en él hasta el leve volitar de una mosca.

Toda su vida entera la puso de manifiesto. Muy a lo largo hizo menudo relato de su historia. Refirió lo que le había acontecido desde el malhadado sermón guadalupano hasta que llegó a México a ocupar la tribuna en que estaba hablando. Todo lo metió en cuenta. Cada vez su palabra era más exaltada, más vibrante. Con cadenas de oro tenía firmemente sujeta la atención de los oyentes. Toda la asamblea estaba suspensa. Cuando terminó su discurso magnífico, el recinto se llenó con el largo trueno de los aplausos. Mucho rato sonaron las aclamaciones, que amplificaban los ecos. Agobiaron al Padre Mier los abrazos y enhorabuenas. Subió a grande cumbre de dicha.

En la ciudad entera andaba en boca de todos su renombre y no se ha-

blaba más que de ese discurso famoso; no salía de ninguna de las conversaciones de ricos o de pobres, que lo comentaban de mil modos, encontrándole diferentes explicaciones y sentidos.

Censuró después, acremente, la conducta de Iturbide, el *Varón de Dios*, como decía el anagrama latino *Tu vir Dei*, que le hizo uno de sus asiduos aduladores. Con muchos *peros* lo puso todo de lodo, y no en panfletos anónimos, no con símbolos oscuros que sólo él conociera para quedar a salvo, fáciles de interpretar después de otra manera, y eso aun con cautela y misterio; sino que lo censuró cara a cara, con valentía; bien claro y bien alto soltó esos grandes reproches, haciendo también gala de su credo republicano. El no tiraba nunca detrás de la trinchera, como otros suelen disparar sus encoñados tiros, simulando valor, pero estando a salvo.

El Congreso reconoció que en su seno radicaba la soberanía del país, y estableció la división de Poderes; en la Regencia delegó el Ejecutivo, cosa que ya tenía don Agustín, y él se arrogó el Legislativo. Asimismo se dio el pomposo título colectivo de Majestad, y se apartó del todo de sus funciones constituyentes para convertirse en un congreso ordinario, saliéndose así de los términos de la convocatoria que lo había reunido. Nadie debería tener mayor mando que aquella asamblea todopoderosa y toda agitación. Pero, agraviado por la insolente presión de las galerías y, más que todo, lleno de rabia contra Iturbide, el cual quería, a todo trance, despojarlo del indebido mando que asumió, se puso a iniciar una política en extremo contraria a la de Su Majestad Imperial, quien, justamente indignado, dispuso que se aprehendiese a Mier y a otros revoltosos diputados, por sospechas de conspiración, no muy desacertadas, por cierto, pues sí que conspiraban, y con todo empeño porque don Servando jamás fue partidario de que se estableciese un imperio en México, sino que anhelaba que la nación fuese libre y republicana.

El fue quien extendió más las ideas para implantar la República, tornándose en acérrimo e irreconciliable contrario de Iturbide, al que ni siquiera de modo casual dábale el tratamiento de Majestad, porque creía que con ese título se denigraba a sí mismo; sólo le decía “señor” o “don Agustín”, o “señor Agustín” con recalco irónico. Se declaró su enemigo a banderas desplegadas. Asimismo era enemigo implacable de su gobierno.

Reprobaba, con duros conceptos que hacían sangre, sus actos de despotismo, sus irrefrenables tendencias al poder absoluto. Traía, además, por ejemplo de risa y escarnio en todas sus pláticas, la consagración y aparatosa coronación de don Agustín I; y en su boca era befa y ludibrio la Orden de Guadalupe, de cuyos caballeros se mofaba con mucho chiste y los tenía por tontos y mentecatos. Por su indumentaria los comparaba a los *huehuenches* que los indios acostumbran sacar en sus fiestas para darles realce. Durante mucho

tiempo les quedó a los caballeros de Guadalupe el burlesco mote de *huehuenches*.

También hacía mofa de los trajes de los dignatarios palaciegos y de los de la corte, así como de las ceremonias recargadas de redundante etiqueta. De todo esto decía cordobesías y mil oprobios satíricos que soltaban las risas. Tenía buenos dichos, sales temibles, muy irónicas, para aquel aparato imponente, ostentoso y ridículo, armado sólo para embobar a los simples con sus galones, sus entorchados, sus manojos de plumas de colores, sus veneras, sus cruces, sus sedas, sus terciopelos, sus amplios mantos de armiño moteados de negro.

Los nobles y los ricos mequetrefes que andaban en la grotesca faramalla del Imperio, aborrecían grandemente a Fray Servando. Este pagábales bien con detestación cordial. Les compensaba odio por odio. Hallábase enconado con aquella gente altanera y vana. Porque tales mentecatos tenían dinero o un título, ya, por sólo eso, se creían soberbiamente superiores a todos, sentíanse encima del mundo, montados en los cuernos de la luna o en la esfera del sol. ¡Pobres seres! Los títulos de la nobleza mexicana procedían solamente de las minas o del pulque. ¿O de qué otra parte salieron? Por eso, en alguno o algunos cuarteles de sus respectivos escudos, deberían figurar, en campo blanco o de plata que simbolizara el color del "mal comprendido licor", un maguey o un acocote o un tinacal, el tlachiquero que extraía el aguamiel, o el cochambroso pellejo en que lo transportaba para convertirlo en la bebida que embrutece al pueblo. Y el blasón de los mineros debería lucir como piezas insignes un zapapico o una barreta con los que se arrancaba el mineral, o un malacate con el que era elevado fuera de la mina, o bien un pedrusco, *gallo* o petanque de lo que fuese, ya de oro, ya de plata, pues de esto procedía el tal título que les otorgó Su Majestad Católica.

Ya se sabía que según fuese el monto de las cantidades que se enviasen a España, se despachaba el título de conde, marqués o duque. Tanto vale la manteca, tanto los chiles, tanto la ristra de ajos, tanto la vara de manta y la vaqueta, y los tomates, pues que cada uno de estos productos nunca han tenido el mismo precio. Así eran los títulos. No costaba lo mismo tener la dignidad nobiliaria de conde, que la de marqués. Su coste era distinto. Y los fatuos zarramplines que los compraban, creían después hacer creer que su procedencia venía por línea directa del triunvirato romano, o de los doce pares de Francia, o de los reyes godos, de Carlo Magno o del Cid Campeador, de un bajá de siete colas, o del Preste Juan de las Indias. Y también estaban muy convencidos de que al adquirir ese pergamino —nada barato—, en el momento se les transformaba la sangre por arte de birlibirloque, de roja, en azul.

De ahí el presuntuoso orgullo y el desvanecimiento, la insufrible jactancia de tales motolitos. ¿Y los hijos de éstos? Unos pobrecitos gagnápiros, in-

doctos, presumidos, faltos de entendimiento, que se dedicaban con toda asiduidad a cultivar la haraganía. ¡Holgazanes perpetuos! Gastaban con empeño lo que les dejaron sus padres. ¿Pero, ellos, trabajar? ¡Ah, no! ¡Eso no! ¡Imposible! El trabajo los envilecía, les deshonraba la suavidad de sus manos ociosas. Esos inútiles e insuflados zascandiles eran más vagos que un recuerdo de la niñez.

Y aun era peor la fatuidad de los pobres pelagatos que casaban con mujeres de título minero o pulquero, pues les crecía más arrogante la soberbia y su vanagloria no tenía límites. Presumían mucho de sí mismos y con su finchada fatuidad de bambarrias apenas si cabían en toda la calle. Hasta en su ropa blanca, en las pretinas de sus prendas más íntimas, se mandaban bordar en colores el escudo de su mujer y ya, los pobres diablos, veían con altanero desdén a todo quisque.

Y si a uno de estos quídam, farsantesco y papanatas, le daban su nombre propio, con el que lo bautizaron, y el mondo y lirondo apellido de sus padres, se sentía ofendido el muy menguado, arrebatadísimo de enojo, como si lo cubrieran con graves insultos, pues era para ese vano papahuevos, que creía que el mundo era suyo, una terrible ofensa si no lo llamaban marqués, duque o conde, el título que compró su suegro.

Sin embargo —pensaba Fray Servando—, a estos seres les debemos inmensa gratitud por el constante espectáculo que nos dan con sus chistosas actitudes de petulante majestad; con su profunda convicción de que son nobles de lo más empingorotado; con el soflamero entono de lo que dicen y de lo que hablan de sí propios; porque imaginan que el mundo todo está humillado ante su grandeza y que son intocables y se les debe reverenciar como cosa santa, pues se creen la cuarta Persona de la Santísima Trinidad. Por eso se sulfuraban hasta el paroxismo si alguien les dice que su título no apesta a ranciedad.

Debemos, además, gratitud a esos badulaques por el gran regocijo que nos proporcionan cuando tienen una pena o simple contrariedad —las que a nadie le faltan—, pues entonces ven ansiosos los papeles dizque nobiliarios de su querida cónyuge y, únicamente con dirigir miradas tiernas a las escrituras, les basta y les sobra para que les entre en el cuerpo un gran bienestar; y con sólo leer medio folio de esos papelorios se sienten confortados, llenos de consuelo en su cuita, como si hubiesen leído páginas del Kempis o del *Libro de las Tribulaciones*, del Padre don Pedro de Rivadeneira.

Mientras más se piensa en estos superfirolíticos señores —seguía diciéndose Fray Servando—, más se cree firmemente que se les ha de dar un poco de ironía y de piedad. Esta nos manda tenerles compasión misericordiosa por su mentecatez; la otra, nos enseña a burlarnos mansamente de esos babiecas y nos impide caer en la debilidad de odiarlos. ¡Que sigan, en buena hora,

con sus vanas y ridículas pretensiones; con sus ruidosos pujos de nobleza; con su petulancia de necios; con su creencia de que se les debe rendir homenaje a toda hora e ilimitada admiración!

Si Fray Servando abominaba así de esta grotesca ralea de figurones que en México se decían nobles, y no los nombraba sin vituperio, con don Agustín de Iturbide tuvo odio entrañable; con él traía guerra perdurable. Le echaba sobre sí maldiciones y execraciones muy tremendas. Por supuesto, que don Agustín correspondió siempre al doctor Mier con igual fe la inquina que le profesaba, tanto a su persona como a su flamante régimen imperial, pues él no era hombre que “toleraba que se le contradijese, y tenía por enemigo a quien le opusiera con resolución y dignidad observaciones debidas muchas veces a la prudencia y a la buena fe”; y si no podía soportar esto el Héroe de las Tres Garantías, menos toleraba los constantes y furibundos ataques llenos de veneno que le enderezaba Mier; así es que, al tener casi la certeza de que andaba metido en una conspiración republicana, ordenó que lo capturasen junto con sus compañeros, y lo mandó echar con todos ellos en lóbregas pocilgas, en el Convento de Santo Domingo, cuyo provincial era muy de su amistad y confianza.

Pero no cerró allí la boca el Padre Mier. ¡Mero era él para permanecer callado, para declararse vencido! De mil modos hábiles hacía salir de la cárcel sus tan temidas ideas liberales que ponía en infinidad de papeles, los cuales iban pronto adonde quería que fuesen a parar y allí daban el fruto apetecido. Lanzaba la flecha e iba derechamente a clavarse en el blanco en el que deseaba que cayese. Se hallaban en constante acecho los frailes dominicanos para detener el paso de esas hojillas, pero no lo consiguieron jamás sus paternidades; su ingenio estaba contra la fina astucia del sagaz recluso que los hacía escurrirse lindamente por entre la vigilancia más estrecha.

Mayor fue ya este cuidado al estallar en Veracruz la revolución que encabezaba el desvergonzado brigadier don Antonio López de Santa-Anna, proclamando el federalismo, que, según confesión propia, no sabía el buen señor lo que era eso, pero, sin conocerlo, lo defendía con ardor, fidelidad y entusiasmo, cometiendo mil horribles tropelías. Ese plan de Veracruz fue elaborado por don Miguel Santa María, “uno de los primeros escritores y hombres públicos del país”, que traía deslumbrados, y con motivo, tanto al revoltoso Santa-Anna como a don Guadalupe Victoria, y, por lo mismo, les administraba los cerebros a su entero gusto.

Santa-Anna se declaró enemigo mortal de Su Majestad, el señor don Agustín I, porque éste se opuso con muy buen sentido a que el apuesto brigadier, que contaba apenas treinta años, se casara con la llamada princesa doña María Nicolasa, que tenía encima nada más que la friolera de sesenta años bien corridos de talle, y además era fea como de encargo, y cuya respe-

table ancianidad había traspasado de un amor furioso, desconsiderada e interesadamente. Por ese desaire del Emperador, y por la cruel burla con que le negó mitigara a su hermana los ardores de su blando corazón, le juró don Antonio López de Santa-Anna enemiga irreconciliable y se la cumplió a su debido tiempo.

Al poner el presidente del Congreso a Iturbide la corona imperial, se le fue de lado, hacia una oreja, este artefacto emblemático de la realeza; y el diputado don Rafael Mangino le dijo, previsor y con cierta ironía:

—¡Cuidado, no se le vaya a caer a Vuestra Majestad!

A lo que don Agustín contestó:

—Yo haré que no se me caiga.

Pero no lo hizo, no pudo hacerlo, don Agustín I. Ninguna corona se ciñe lo suficiente para no caerse. La exclamación del diputado fue voz de augur, pues esa corona a poco se le empezó a bambolear al flamante emperador por las furiosas arremetidas que le daban los liberales; con estos irrespetuosos empellones la tenía en equilibrio inestable. Al fin se le cayó definitivamente al “del camino fuerte”, que esto, en áspero vascuence, significa el nombre Iturbide o Itúrbide.

Otra profecía que se realizó: Don Agustín le repetía con insistente ahinco a don Miguel Bataller, español de nación y oidor durante el virreinato, que continuase como regente de la Audiencia, después del Tratado de Córdoba, y Bataller le contestaba con mil razones que no y que no, pues no veía ninguna seguridad en el gobierno que se iba a establecer. Entonces le replicó Iturbide, para convencerlo de que debería seguir en ese puesto, que le respondía con su cabza de la estabilidad del régimen que se iba a establecer.

—¿La cabeza de usted? —respondió Bataller— ¡Triste seguridad! Es la primera que tiene que caer en este país.

La terrible predicción se realizó sin mucha tardanza.

Esa dicha corona, que fue cincelada con curioso primor por el platero Alejandro Cañas, cuenta un autor que, junto con el cetro y demás insignias imperiales, tuvo el elevado coste de algo así como diecisiete mil pesos y que todos esos atributos fueron adornados con sólo las piedras preciosas que se pidieron prestadas entre las familias ricas y que, pasada la ceremonia, se devolvieron a sus respectivos dueños. A este propósito comenta el mismo agudo escritor: “las coronas se desbarataron antes que el Imperio”. También refiere que se mandaron pedir al Monte de Piedad las alhajas allí empeñadas y las que sólo estaban en depósito, pero don Bernardo Couto, su director por aquel entonces, se negó terminantemente a que se sacaran tales joyas del establecimiento y debido a esta rotunda negativa padeció persecuciones y otras molestias.

Las corrientes de pompa y esplendor que bañaban las orillas del mundo

de don Agustín de Iturbide, pronto se secaron. Abdicó el 19 de marzo de 1823, y a don Servando se le encendió el fuego en el corazón y, lleno de arrebatada vehemencia, fue a pedir en el Congreso, por el odio mortal que le profesaba con toda cordialidad, que no se le desterrase del país, que ese era un blando castigo que se pretendía imponerle, y que al fin se le impuso, sino que se le condenara a muerte, "para con esa vida cortar el mal de raíz, asegurar la paz y quitar a cualquier ambicioso la esperanza de realizar sus intentos".

Y vino después esta ambición, colmada diz que de acendrado patriotismo, y halló la cruenta realidad del cadalso de Padilla para que sirviera de claro ejemplo en lo futuro, por si se llegaba a levantar otra igual, con simulada capa de amor acendrado a México, la abatieran las inexorables balas republicanas.

LA VOZ DE PLATA

Fray Servando pensó fugarse de Santo Domingo, y ni para qué decirlo: se escapó; tampoco hay que decir aquí que no le podía faltar entonces su hado funesto, pues dio la vuelta más de prisa que se fue, y se le puso a la sombra en la cárcel de la Corte. Unas apacibles beatas, muy suaves, muy melindrosas, muy seráficas, en cuya casa se refugió, lo denunciaron santamente, acaso con el dulce propósito de que fuese un bienaventurado por sufrir persecuciones de la justicia. Nunca faltan buenas almas y excelentes intenciones. Dios les haya pagado a esas señoras el bien que le quisieron hacer. ¡Beatillas locas!

Doce magníficos granaderos, de vistoso uniforme, lo llevaron derecho a la dicha cárcel de Corte sin el menor tropiezo, en donde lo pusieron, interpretando bien en ruines palabras, el sulfurado enojo de su amo, en un calabozo especial llamado "del olvido", cuyo nombre denota perfectamente las esperanzas que tenían de salir de semejante trena, los desventurados que entraban a disfrutar de su humedad y de su hedionda tiniebla. De ese lugar se iba sin muchas detenciones, al descanso eterno.

A Fray Servando, por fortuna, no lo hizo suyo la muerte en esa ocasión, porque, usando de extraña misericordia, lo sacaron para llevarlo a la extinta cárcel de la Inquisición, y fue a dar a uno de los sucuchos del umbroso patio de los naranjos. Poco estuvo allí, porque el 11 de febrero de 1823 lo sacó libre la arrolladora revolución republicana. Se había pronunciado un cuerpo de tropas de la guarnición de la ciudad de México, adhiriéndose al Plan de Santa Anna. De seguro ya estaba en buena disposición de escapar, de salir de esa aborrecida casa más veloz que un rayo, pues fugarse era su constante, su

única idea; en ese pensamiento andaba embebido, con él se acostaba y con él se levantaba, y aun con eso soñaba durmiendo.

Salió de México para evitarse otros desagradables tropiezos, y se unió, muy gozoso, a una de las partidas de las que peleaban contra Iturbide. Tuvo este señor el mal acuerdo, de reunir de nuevo al Soberano Congreso Constituyente que hacía poco tiempo había disuelto por serle tan hostil y contrario. Con esto ya regresó Mier frenético a ocupar su curul de diputado por su provincia de Nuevo León. Esa Asamblea tachó, inmediatamente, de ilegales todos los actos del Imperio, y declaró insubsistentes los Tratados de Córdoba y el Plan de Iguala y hasta cambió la forma de gobierno de monárquica que era, en republicana, y entró en lucha abierta con todas las provincias queriéndole arrebatar su soberanía. "Esa asamblea de hombres inteligentes e inexpertos había hecho y deshecho su propia obra: creó el Imperio y lo derrocó; fuerte para destruir, fue impotente para crear".

Mucho hizo el Padre Mier por conseguir que se estableciera en México el sistema republicano. No codiciaba nada fuera de esto. Trabajó con singular ardor en un proyecto de bases constitutivas; en su casa reunía a muchos de sus amigos, que eran de las mismas ideas suyas, con idénticos principios y propósitos. Estudiaban, discutían, redactaban mil proyectos, se esclarecían sus dudas. Tenían muy atareado el entendimiento en ese empeño, y la codicia de sacar adelante sus nobles ideales les hacía gustosas las fatigas.

En Filadelfia había publicado su *Memoria Política Instructiva* que desde allá mandó a todos los políticos independientes de México para que esparcieran la idea de la república que confundían las gentes con la herejía y la impiedad.

No era el fraile neoleonés un político de miras estrechas, de horizontes limitados, tenía a ese respecto, amplia cultura europea. Como esas eran sus inclinaciones, atisbó, curioso, en las monarquías y en la república norteamericana, para conocer sus ventajas y sus desventajas. La comisión que redactó el "Plan" constitutivo de 23 tomó directamente su inspiración de Rousseau y de Montesquieu. La influencia del ginebrino fue decisiva; penetra toda la obra, la cala, la llena. El concepto individualista y numérico del *Contrato Social* aparece por todos lados dando la teoría del derecho colectivo, y no aceptando el Senado al modo del americano. "La institución del Senado como Cámara Legislativa, violaría el pacto social", se dice en la *Exposición de Motivos*. De Montesquieu está allí la teoría de la división de poderes, aunque en lineamientos generales. "Debe haber, se expresa en la citada *Exposición de Motivos*, un cuerpo que quiera, otro que obre y otro que conserve". Aunque, en rigor, de verdad, no proviene la clásica división de poderes del elegante filósofo del siglo XVIII; antes que en *El Espíritu de las Leyes*, se halla en Aristóteles, padre de todo conocimiento. Se lee en su *Política* que

“en todo Estado existen, necesariamente, tres Poderes... el deliberante, el ejecutivo considerado en las atribuciones y en la elección de los magistrados; y el judicial”. Entiéndese que para el Estagirita “magistrado es el funcionario público investido del derecho de mandar”.

Se produjo un cisma en el seno de la Comisión: cinco de sus miembros no aceptaron las ideas del filósofo ginebrino, y propusieron un Senado que estuviese de acuerdo con la teoría inglesa y americana; y los restantes, seis señores alucinados, quedaron fieles al filósofo enaltecido por la revolución francesa, a cuyo furor tanto contribuyó; fijaron un Senado “conservador” que resultaba ser, a la vez, “poder ordenativo” y representativo de la federación, sin tener facultades legislativas. ¡Grave error cometieron!

Las ideas de Juan Jacobo Rousseau las aceptaba el doctor Mier sólo con “beneficio de inventario”, y llamó con valiente desenfado a la “voluntad numérica de los pueblos” y “al estado natural de la Nación”, “zarandajas de los pobres políticos de provincia”; cosa que pasmó a todos, pues se tenía al genial suizo Rousseau, por infalible, y por irrechazable como si fuese un innegable dogma de fe, todo aquello que salió de su pluma cortante.

Mier encabezó con ardor la minoría y dio un voto particular en favor del senado legislativo, sobre esta base: “en estas materias mientras menos invención, más seguridad”. En su propuesta, que sin hipérbole se puede calificar de extraordinaria, cita al Espíritu Santo para dar el epíteto de *turba* a los diputados que forman mayorías irreflexivas, pues que la fuerza no está en la cantidad, sino en la calidad; y escribe este claro aforismo: “No es un inconveniente que el voto de pocos hombres sesudos prevalezca al de la multitud”.

El Plan Constitutivo de 1823 no se halla alejado de la realidad; lleno está de prudentes disposiciones dictadas por legisladores con los pies en la tierra, no por una ilusa academia enciclopedista que andaba entre nubes de ensueños. El mismo Mier aseguraba, a pesar de haberle sido hostil a sus opiniones, que “había en ese proyecto mucha sabiduría y sensatez”, y que si no aceptaban lo que él proponía, “no era porque desconocieran las excelencias de ese régimen, sino porque lo creyeron imposible para la naciente república, y en interés mismo de los pueblos” quisieron moderarlo, reconociendo que en “una Nación donde más de la mitad de su población se compone de indios estúpidos e ignorantes”, no puede haber libertad de sufragio.

Se convocó a un nuevo Congreso y el Padre Mier fue reelecto por Nuevo León; en él luchó otra vez con el ardoroso empeño que acostumbraba; mayor ahinco no se había visto; la asamblea se dividió en dos partidos, ambos republicanos. Un bando, el capitaneado por Mier, anhelaba una federación centralizada, en la que el gobierno general tuviera mayor poder que el de las provincias, para no ir con paso brusco del régimen absoluto al repu-

blicano más amplio y liberal. Los contrarios a estos principios tenían por jefe al llameante Deán don Miguel Ramos Arizpe, y querían estados soberanos e independientes; propendían al sistema norteamericano.

El Deán de la catedral angelopolitana, doctor don Miguel Ramos Arizpe, inteligente, inquieto, de audaces decisiones, fue el alma de ese Congreso Constituyente de 23. Dice don Carlos María de Bustamante: “No es sufrible el orgullo del P. Ramos Arizpe, todo lo replica y en todo habla al congreso como si fuese un arráez a sus galeotes”. Lo que indicaba don Miguel se hacía al punto. Sólo en unos cuantos días elaboró a la perfección el proyecto del Acta Constitutiva y se juró el 1o. de febrero de 1824 y cinco días más tarde, la Constitución. También en esa misma fecha fue nombrado “el padre de la federación” presidente del Congreso. En estos tiempos ha dicho don Emilio Rabasa, eminente constitucionalista, que “Ramos Arizpe es el generador de la Constitución de 1824. Yo diría, siguiendo la clasificación de Nietzsche, que fue un espíritu masculino de los que lanzan la idea creadora... En la obra entera se reconoce su propia obra, de tal suerte que si hubiera de reducirse el mérito a operaciones numéricas, habría de dar más de la mitad a Ramos Arizpe y dejar el resto para todos los demás constituyentes”.

El 13 de diciembre de 1823, cuando la formidable discusión del artículo 5o. de la famosa *Acta Constitutiva*, que decía: “La Nación mexicana adopta para su gobierno la forma de República representativa, popular, federal”, dijo el doctor Mier su célebre discurso que se llamó “de las profecías”, porque lo publicó con el título de *Profecía del Doctor Mier sobre la Federación Mexicana*.

En ese discurso impugna el sistema federativo absoluto y pronostica que su implantación traería la guerra y el desmembramiento del territorio patrio, y sostiene la necesidad de un gobierno republicano central o, al menos, federalista templado. “Yo siempre he estado por la federación, —estas fueron sus palabras—, pero una federación razonable y moderada, una federación conveniente a nuestra poca ilustración y a las circunstancias de una guerra inminente que debe hallarnos muy unidos. Yo siempre he opinado por un medio entre la federación laxa de los Estados Unidos, cuyos defectos han patentizado muchos escritores, y que allá mismo tiene muchos antagonistas, pues el pueblo está dividido entre federalistas y demócratas; un medio, digo, entre la federación laxa de los Estados Unidos y la concentración peligrosa de Colombia y del Perú: un medio en que, dejando a las provincias las facultades muy precisas para proveer a las necesidades de su interior y promover su prosperidad, no se destruya la unidad, ahora más que nunca indispensable para hacernos respetables y temibles a la Santa Alianza, ni se enerve la acción del gobierno, que ahora más que nunca debe ser enérgica para hacer

obrar simultánea y prontamente todas las fuerzas y recursos de la nación. *Medio tutissimus ibis*. Este es mi voto y mi testamento político”.

Y todo su largo discurso fue dicho con una verba ardiente, que ganaba los corazones; iba accionando no sólo con las manos y los brazos; su persona entera vibraba; tenía prendidos a todos con el fuego de sus miradas. Era para los oídos un delicioso agasajo escuchar su incomparable y fina voz, “voz encantadora y que sonaba como la plata”, que a veces se melificaba o ensanchábase ampliamente, tronaba caudalosa en otras ocasiones, y se hacía luego blanda, suave, en tono apacible de querella; susurraba apenas. Su palabra estaba llena de matices leves y aterciopelados; parecía que interpretaba pautas musicales; tenía temblores deliciosos, bajo las bóvedas de San Pedro y San Pablo, asiento del bullicioso Congreso.

En México se reprodujo, en 1825, una Encíclica del Papa León XII, dada en Roma de San Pedro el 24 de septiembre del año anterior, en la que Su Santidad encomienda a los arzobispos y obispos de toda la América el vivísimo cuidado de que se consagraran con empeño a “esclarecer ante su grey las augustas y distinguidas cualidades que caracterizan a nuestro muy amado hijo Fernando, Rey católico de las Españas, cuya sublime y sólida virtud le hace anteponer al esplendor de su grandeza el lustre de la religión y la felicidad de sus súbditos; y así, con aquel celo que es debido, expondréis a la consideración de todos, los ilustres e inaccesibles méritos de aquellos españoles residentes en Europa, que han acreditado su lealtad, siempre constante, con el sacrificio de sus intereses y de sus vidas en obsequio y defensa de la religión y de la potestad legítima”.

El gobierno pensó, y con sobrada razón, que esta Encíclica era grande espuela para incitar el ánimo de los prelados a que “sostuvieran en su vasto continente la dominación del Rey de España”, y ordenó que se publicara en el periódico oficial, para que la conociese todo el mundo, y, además, la envió al Consejo de Gobierno, y a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas; después al hábil doctor don Francisco Pablo Vázquez, dignidad Maestrescuela de la catedral de Puebla de los Angeles y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede, para que ante ella hiciera la respectiva representación.

Enorme fue el alboroto que levantó en todo México este asunto inoportuno. Acarreó grandes contentos. El Ministro Ramos Arizpe, celebró, lleno de gozo, que se hubiera expedido, pues así dio lugar a que se manifestara, claro y patente, el sentimiento del pueblo mexicano por su amor y apego a la independencia nacional y su odio al falaz Fernando VII.

No sólo las clases civiles sintieron el alma movida en grande indignación, sino hasta el mismo clero, que acaso no mirara la Encíclica de mala gana, habló de ella con mucho desagrado y alzó su protesta contra las exhortaciones del Papa. Tal vez lo hizo así porque, “aunque simpatizando con el abso-

lutismo restablecido en España, habría sacrificado, de buena gana, la independencia, comprendió, seguramente, que era mucho más ventajoso para él la situación en que había quedado a consecuencia de la suspensión del patronato". Ya sea por esta causa, o bien empujado por un sincero patriotismo, el caso fue que obispos, cabildos eclesiásticos y comunidades religiosas, defendieron a México con ardor, poniendo, desde luego, en duda la autenticidad del documento dizque pontificio.

Se han dado muchas y buenas razones para sostener que son apócrifas esas letras papales, y sólo obra falaz de Fernando VII, tan aborrecido y pérfido. En cambio, otros autores han afirmado con pruebas, que son auténticas, salidas del Vaticano y selladas con el sello del Pescador. Ya fuera esto o lo otro, dio motivo a que insignes hombres de México publicaran defensas importantes, en las que señalaron, enérgicamente, su manera de pensar en asuntos civiles y eclesiásticos. Lo que a este propósito escribió don Miguel Ramos Arizpe es digno de alta estimación, por lo preciso, por lo lógico.

Claro está que Fray Servando no podría quedarse en silencio, ¡qué capaz que se mantuviera callado en esta buena ocasión que se le presentaba para sobresalir y atraer hacia sí las miradas! Y aunque creía firmemente que la dicha Encíclica no era auténtica, y que no bajó de la Cátedra del Espíritu Santo, pues con ojo sagaz y certero, con buena puntería crítica, descubrió su falsedad, publicó un largo *Discurso* sobre la tan mentada Encíclica, en el que anda indignado y mal tentado contra el Padre Santo León XII. Con vigor ataca y niega el poder temporal de los papas; el origen divino de los reyes; defiende con brío la separación de la Iglesia del Estado; proclama la soberanía del pueblo y preconiza la libertad de pensamiento. Gustó tanto este fascículo, que en breve tiempo alcanzó cinco ediciones copiosas.

El Presidente de la República, general Félix Fernández, o sea don Guadalupe Victoria, como él se hizo llamar, o lo llamaron, le dio un tranquilo albergue en el Palacio Nacional, viéndolo en la edad de viejo, fatigado de tanta lucha constante como hubo en sus días y que lo hicieron cano, con sus años y enfermedades que le pedían ya que muriera. Allí sus días conocieron ya la apacible delicia del sosiego. Recordar en paz es dulce cosa. Vivió sitiado por persecuciones desde sus principios, tuvo siempre horizontes carcelarios, pero ya nadie lo perseguía. El Congreso, le votó una pensión suficiente que se le pagaba con toda puntualidad. Todas las vidas tienen sus sorbos agradables; hasta las más humildes. Por fin, esa quietud, esa tranquilidad mansa que nunca conoció el agitado Padre Mier, se asentó plácida en sus días, serenándolo; pero esto cuando ya la muerte lo acechaba y le iba cortando los pasos con un padecimiento largo, doloroso. Todas las mañanas, sin faltar una sola, bajaba el Presidente, con afabilidad constante, a las habitaciones del fraile enfermo, y con palabra blanda de cariño le decía:

—¿Cómo van esos males, señor don Servando?

—¿Cómo quiere usted que vayan? —respondía—. Como los de la República, de mal en peor.

VUELVEN LOS TERTULIANOS

Esta extensa plática rememorando las turbulentas cosas de la vida del inquieto Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, sostenían los tertuliantes parlanchines de la tercena, de tabacos de la Profesa, cuando vieron pasar aquel coche de Palacio, en el que iba escuálido, débil, el famoso Doctor Mier. En esto llegó a la tercena otro señor; estaba radiante, porque poseía una buena noticia, con la que creía impresionar, más bien, deslumbrar, a los que con él, sosegadamente, tertuliaban en aquella tienda, limpia y olorosa.

—Sabén, dijo, que Fray Servando sintió que se acercaba su fin, que su mal era de la muerte, y ordenó a su criado que lo vistiera con sus mejores ropas; se afeitó, se repulió más que cuando su cantamisa, y mandó que le pusieran un carruaje, porque tenía, ¡miren qué cosa!, el extraño y singular capricho de ir en persona a convidar a todos sus amigos para que presenciaran la extremaunción que le van a poner mañana por la mañana, si es que no muere antes en el coche en el que anda haciendo el convite. Fue a casa; subió con grandes penalidades la escalera; estuvo en el estrado con mi mujer y con las lenguaraces Bejaranos, que se hallaban de visita. Yo me solazaba leyendo *El Contrato Social*; lo estaba saboreando una vez más con deleite, pues es un mundo, un mundo nuevo el que se me descubre siempre en cada página, con esas ideas de igualdad, de libertad. ¡Qué gran hombre Juan Jacabo Rousseau! Aunque casi no entiendo lo que escribió, por más cuidado que pongo en la lectura. Y también de ese libro mío me deleita mucho el suave olor de canela que tiene en todas sus hojas, pues el ejemplar vino, hace tiempo, de contrabando, metido en una churla.

—Si no entiende usted don Melesio, lo de Rousseau y sólo lo lee por saborear el olor de canela de su libro, le hará más provecho, sin duda, comer una buena raja de la de Ceylán, y no indigestarse con esa lectura pesada, pues luego nosotros somos los pobrecillos que padecemos por las terribles teorías todas trastocadas que nos trae aquí, y que son para desconcertarle a uno la razón y poner entre el cerebro la locura.

—Sí, señor don Melesio; tiene razón que le rebosa el señor Rodríguez Morquecho. ¿Por qué no lee mejor el *Emilio* o *La Nueva Eloísa*, si es que tanto le agrada Rousseau? Tal vez a esos libros les saque usted más utilidad, aparte de las lágrimas que derrame.

—Oígame usted, don Sabás amigo, no oculto, pues no hay para qué, que yo haya llorado con *Julia o la nueva Eloísa*, como han llorado y seguirán llorando mientras haya sentimientos finos por el mundo, todos los que lean ese libro, que enajena. En cuanto a comer canela de Ceylán, que tan misericordiosamente me aconseja usted, don Ambrosio, que coma, en vez de leer *El Contrato Social*, al darme ese remedio lo habrá usted aprovechado antes muy eficazmente, porque nos ha dicho aquí, y nos lo ha vuelto a decir; que su *Diccionario Filosófico*, que fue del licenciado Verdad, y que huele aún a tabaco, le vino a don Francisco Primo oculto en una caja de picadura de La Habana; así es que en vez de leerlo, no más se dedicará usted con toda su alma a olerlo a diario, a cada momento, página por página, para no gastar más en cigarrillos, ni en rapé, cosa que le resultará más económica y placentera.

—Mire usted, don Melesio, sepa. . .

—Pero don Ambrosio, cálmese usted, hombre de Dios, y usted también don Melesio, lo mismo que usted señor Rodríguez Morquecho. Déjense ya de cuestiones, las eternas cuestiones: que si Diderot, que si Voltaire, que si el vagabundo ginebrino d'Alambert, que si Montesquieu y sus *Cartas Persas* y su *Espíritu de las Leyes*; y siga usted contando, don Melesio, lo que nos decía de Fray Servando Teresa, que es lo que por ahora nos importa a todos. Conque decía usted que. . .

—Pues decía, señores, que estaba con mi fragante *Contrato Social* de-lei-tán-do-me, señor Rodríguez Morquecho; sí, de-lei-tán-do-me, señor don Ambrosio, cuando supe que había llegado a casa el Padre Mier; fui a la sala y lo encontré pálido, ojeroso, temblando, con gran debilidad en la voz; respiraba como un perseguido. Me hizo especial invitación para asistir a sus sacramentos. Ya había ido, contó, a convidar a los preladados de las religiones; estuvo en San Francisco, estuvo en San Agustín, en Santo Domingo, en San Diego, en San Fernando; iba a la Merced; luego al Carmen. Fue a casa de usted, don Pedro Antonio; a la de usted, don Manuelito; a la suya, señor Rodríguez Morquecho; y a la tuya, querido Carlos; y me dijo que iría a la de usted, señor don Ambrosio, y que esta tarde, a la del Pujante, a convidarlo a usted, mi don Andresito. Anda de casa en casa, extenuado, casi entregando el ánima. Jimena, mi mujer, le sacó una copilla de jerez añejo, ya de un dorado profundo, para que se reconfortara un poco; pero su gran energía lo sostiene y lo alimenta. Allá a Palacio iremos todos, allí nos veremos, según creo. Yo me marcho ahora mismo, porque quiero comer temprano. Oigan ya, ¡válgame Dios!, la campana de la Catedral que está sonando las doce.

—¿Comer, señor don Melesio? Usted no piensa sino en comer, parece que le hizo la boca un fraile; no hace más que regalarse el gusto y rendir

culto a la Diosa Tragonía pues usted siempre tiene mesa abadenga de limpios manteles, y, de fijo, ha de exclamar, muy acongojado como aquel que decía: “¡Tribulación, hermanos: entre dos, sólo tres pollos!”

—¡Ay! no; no tanto, amigo, no tanto; el lema de mi casa es: lo comido y lo rezado, es lo aprovechado. Por eso mismo procuro darle placer a mi pobre cuerpo perecedero. Voy a comer, ¡ay!, una sopa de tapioca, caldosita, dorada de azafrán, para abrigarme el estómago; luego, unas perdices estofadas, tres o cuatro tan sólo, pues ya más sería gula, y eso, yo no; puesta cada una de ellas en una ancha rebanada de pan tostado y frito en mantequilla sobre el que estarán escurriendo su gordura, y bien rodeadas de chícharos también en mantequilla, y de rodajas de zanahoria y de orondas patatas; después, me despacharé unas lonchas de carne de puerco en adobo, con su mojo de ajo y orégano; espárragos amargueros con jamón, que es un bocado muy gustoso, y, en seguida, frijoles refritos de cuatro cazuelas, ¡ay, qué frijoles, para desmorcarse!, chinitos de manteca, compuestos con sus cogollos de lechuga, sus rabanitos abiertos, su chorizo, su queso espolvoreado, sus chilitos en vinagre, y con sus indispensables totopos, ¡ay! también voy a comer, ¡válgame Dios!, se me olvidaba, ¡miren ustedes qué memoria la mía!, chiles en nogada, rebozados en huevo, con sus respectivos granos de granada. ¡Qué primor! Y vean, nada más de pensar en ellos ya tengo la boca hecha un manantial; y, como remate, algunos regalillos de fruta: melones helados que pesan de tanto azúcar, manzanas agridulces y peras de esas grandotas del convento del Carmen de San Angel, que al clavarles los dientes crujen, truenan, y le salpican a uno de fina miel toda la cara; y dulces, ¡bueno!, escotafies, pelotas de fraile, una gloriosa cafiroleta, y unos plátanos rellenos de coco y almendra, nadando en almíbar. Cosa de portento, amigos míos, son estos plátanos confitados, son el mero altar de los Reyes de la culinaria, dejan a cualquiera esbabayao, como dicen los astures. Pero, ¡oh dolor!, voy a perder, eso sí, mi sabrosa, mi reconfortante siesta, con la falta grande que me va a hacer, por los ocho o diez vasos de vino blanco y aun de lo tinto, que el tiempo ha enriquecido de sabor y de aromas, que me voy a echar concienzudamente al cuerpo. Clásicos mostos de Alicante, iguales a los que siempre trajo Carlos V en sus andanzas, según se lee en historias. Dice San Francisco de Sales que lo que entra por la boca, no daña el alma. ¡Qué desgracia no dormir mi siesta, Señor!

—Sí, ¡qué enorme desgracia la suya, señor don Melesio!

—Ay, sí, muy grande, pero tengo que ir, qué remedio, a San Agustín de las Cuevas a darle los días a mi compadre Eugenio Sánchez Añorbe, que no está muy católico; otra vez tiene el maldito achaque del hígado, y los flatos que no lo dejan vivir.

—Claro, quien mucho come, mucho bebe; y *quien mucho bebe, mucho*

duerme, poco lee, poco sabe, y poco vale; esto no lo digo yo, mi señor don Melesio, sino que lo dice un dicho decidero en la Puebla de los Angeles, que es mi tierra.

—Sí, eso dice, lo sé bien, señor Rodríguez Morquecho, porque a usted ¡cómo se le iba a ocurrir semejante cosa! ¡Cómo! Pero, *lenguas y campanas, las poblanas, y perro, perico y poblano, no los toques con la mano*, dicen otros dichos decideros en mi tierra michoacana, que tampoco se me hubieran ocurrido a mí: la experiencia de muchos años, es la que ha sacado a plaza esos proloquios.

—Pero, ¡vamos!, señores, basta, basta ya. ¿De nuevo vuelven ustedes a las andadas? Sosieguen ya esas bocas terribles.

—Oh, déjelos que digan, don Andresito; yo ya me voy, como dije antes, a comer temprano; vine solamente a llenar mi tabaquera. ¿Ya recibió, mi señor don Juan Francisco, el rapé habanero que me dijo? ¿Que no, me dice? Adiós, adiós a todos.

Salió este bueno lambistón y guloso señor don Melesio Azcárate de la tercerna de la Profesa, sorbiendo sus polvos olorosos, y se marchó rápido, con andar menudito, no a ponerse a su mesa ante la apetitosa fragancia de los guisados que acababa de mentar, relamiéndose de gusto, sino que se fue a las alacenas del Portal de Mercaderes, el ágora de los habladores de México, después a las del de Agustinos, y de éstas a los estancos, a las reboticas, a llevar a los que allí, con toda comodidad y regalo se reunían a dentellar a sus semejantes en plácido chismorreó, la noticia de que don Fray Servando Teresa de Mier, ya sintiéndose en las últimas de su vida, tuvo la extraña, la original idea de salir por la ciudad a convidar a todos sus amigos y a las comunidades, colegios y cofradías, para que presenciaran su extremaunción.

LA ÚLTIMA FUGA

La mañana estaba diáfana y azul, limpia como un diamante, y traspasada de sol. Era el día 16 de noviembre de 1827; se hallaba el Palacio lleno de gente muy acicalada, muy prendida, con sus mejores ropas; parecía que iba a celebrarse, una gran fiesta, con lujoso fausto, como en tiempos de los virreyes. En todos los corredores y salones había mucho bullicio de señores, todos cuchicheaban, narrándose, mutuamente, sucedidos anecdóticos de Fray Servando. Un rumor incesante llenaba los aposentos. Iban y venían gentes; entraban y salían gentes silenciosas en la alcoba del enfermo. Se oyó, de pronto, el vibrar largo y agudo de un clarín; sonaron acompasados redobles de tambores, subiendo por el aire azul de la mañana. Un gran sosiego se tendió en el acto por todas las estancias; el silencio se puso en todos los

labios. Entró el Señor en Palacio entre honores militares; lo acompañaban mucha clerecía canora de latines, los colegios, las comunidades religiosas, numerosas cofradías con sus insignias y con sus estandartes, una compañía de infantería y una música militar que sonaba la alegre fanfarria de una marcha guerrera que llenaba la Plaza Mayor. Gran cantidad de pueblo iba también.

Conducía al Divinísimo el Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, el gran coahuilense don Miguel Ramos Arizpe; otro espíritu inquieto, audaz, revolvedor, que tenía el envenenado remoquete de *El Comanche*. Envolvía delicadamente al Señor en el blanco humeral de tisú áureo y recamado, a través de él sentía en sus espaldas la bondadosa templanza del sol. Todos lo miraban. Llevaba a Dios; una larga oración movía la boca del Deán; iba con el rostro inclinado y grave, de tiempo en tiempo alzaba la cabeza y se le veían tintes rosados de salud; sus ojillos saltaban inquietos, centelleaban de inteligencia tras los cristales de sus anteojos que se llenaban de la luz de la mañana tan diáfana, tan clara y tan azul, como vestida de un aire recién nacido.

El Presidente de la República, don Guadalupe Victoria, y todos sus ministros, junto con el Vicepresidente, general don Nicolás Bravo, estaban en la puerta de honor esperando a Nuestro Amo. Hincados de rodillas lo vieron pasar a lo largo del vasto y resonante zaguán, y luego se fueron tras él aumentando el selecto cortejo que lo acompañaba. La escalera estaba toda entapizada; tapizado también el largo corredor por donde iba Nostramo cubierto con el refulgente almaizar del ministro de Justicia. Entre larga fila de velas encendidas llegó el Señor al aposento de Fray Servando.

El gran regiomontano estaba tendido en su lecho, cubierto con una colcha de damasco verde; su cabellera copiosa y ondeante derramábase por la almohada. Revestido con su alba almidonada, llena de relindos, entredoses y muchos encajes, con el cingulo ceñido a la cintura y la estola cruzada sobre el pecho, parecía con su cabal inmovilidad un rígido santo de talla que hubiesen dejado ahí con descuidado olvido. Esperaba quietamente a Dios que iba a ser servido de bajar a su pecho.

Entró en la estancia gran cantidad de caballeros. Comunidades y cofradías quedaron en el corredor, rezando con largo murmullo. Una Virgen de amplia túnica azul sonreía plácida, en el altarcito pulcro y blanco que se alzó para poner el Viático. Hizo el padre Mier un discurso elegante y copioso; en defensa de su vida, larga de años y trabajos. Había temblores de emoción en su palabra lenta, fatigada, pero aún tenía ímpetus para animarla con fuego de juventud; con asombro lo oían todos los circunstantes. Después hizo, muy conmovido, su profesión de fe. Ramos Arizpe le aplicó el Santo Oleo a su compañero de luchas. Le dio después la comunión "que sirve de

alivio al que ha de morir y de mejoría al que ha de sanar". Recibió a Dios en el pecho con entrañables afectos. Hilos lentos de lágrimas resbalaban por las mejillas de Fray Servando, y sobre ellos rebrillaban otros tenues hilillos de luz. Lágrimas había también en los ojos vivaces de don Miguel Ramos Arizpe, que relucían con dolor expresivo. Tomó convulso su sagrada carga y salió del aposento; después de él se fue marchando, poco a poco, aquel gentío innumerable; muchos señores se acercaban al lecho del enfermo, quien tenía para ellos el regalo de una palabra suave y cordial; les daba la mano; algunos se la besaban. Cambió unas frases afectuosas con don Guadalupe Victoria; otras, sonriendo, con don Nicolás Bravo. Quedó al fin, solo, en gran silencio, meditando. Se levantó su alma en alto con su Señor, y ella le alzó los sentidos y afectos del corazón. Apretaba un crucifijo de plata entre sus dedos largos, trémulos.

El único de sus amigos que no asistió a sus sacramentos, fue el doctor en leyes, don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, hombre menudito, encanijado y ardido de pasión. Cuando Fray Servando le fue a hacer el convite, lo encontró en cama, ya al filo de la agonía. Eran grandes, buenos amigos; casi no se separaban nunca, a pesar de ser muy contrarios en política; Fray Servando, ferviente partidario de la Independencia; realista furibundo don Agustín Pomposo, quien publicó contra el cura Hidalgo y otros insurgentes, opúsculos tremendos. Se dijeron en silencio adiós los dos amigos, imponiéndose a la mortal congoja. Se miraron con ojos fijos, brillantes de lágrimas, y luego se dieron el último abrazo, llenos de ternura, y cada uno tomó su derrota, que fue como arrancárseles el alma y partírseles el corazón.

Desfallecido salió Fray Servando de la estancia, con pasos que procuraba afirmar, dejando a su amigo casi en la muerte. Todavía en la puerta, se volvieron a hablar con los ojos. Don Agustín Pomposo, imitándolo pidió papel y pluma, y con débil pulso escribió su propia esquila de defunción, en la que convidaba para el entierro de sus despojos. Escribió el mes y el año; sólo dejó en blanco el día, para que al fallecer, lo pusieran sus deudos, y tranquilamente la mandó a la imprenta, encargando que pronto le enviasen pruebas para corregirlas, y luego se quedó tranquilo, sosegado, y empezó a rezar por el bien de su alma. Lo llenó una gran serenidad. Todo lo había dejado ya en manos divinas.

Fray Servando Teresa siguió luchando bravamente con la enfermedad, pero su espíritu estaba jovial y claro. Recibía muchos visitantes y con cada uno de los que iban a verlo tenía un momento de apacible plática en la que iban frases ingeniosas. No dejaba de hablar y negábase a tomar medicinas. Más pronto me iré con ellas, decía. El 3 de diciembre, al atardecer, cuando ya se borraban las luces del día, se fue quedando silencioso; entre-

cerró blandamente los ojos, e hizo su última fuga: se fue de la vida apaciblemente. La muerte lo desposeyó del alma.

El entierro fue solemne. Se honró con fúnebre pompa su cuerpo. Las campanas de todas las iglesias llenaron la ciudad con sus dobles largos, lentos, claros. Tañían con honda y gemebunda tristeza; lloraban con el dolor de Job. Presidió el duelo el general don Nicolás Bravo, vicepresidente de la República. Todo México acudió en masa. Una apiñada multitud henchía la Plaza Mayor y las calles de Santo Domingo; se arracimaba la gente en balcones y ventanas; las azoteas estaban pletóricas de curiosos. Imponentes fueron los funerales en el vasto templo dominicano; una muchedumbre tenaz lo llenó curiosa y respetuosa para presenciar las ceremonias de *corpore insepulto*, oír las preces y los cantos con lágrimas de los graves salmos penitenciales que, guiados por el órgano, parece que anuncian terrores sin fin. Se dio sepultura a su cadáver en la Capilla de los Sepulcros de Santo Domingo, que quedaba detrás del alto y grueso muro del altar mayor. Allí iba a gozar de los descansos deseados. Ya nadie le rompería el reposo. Paz, dulce paz. La paz que no tuvo nunca.

Pero ni en la tumba tampoco encontró quietud el cuerpo de este hombre andariego y desventurado, artista de las fugas. No acabaron allí las jornadas de su peregrinación. Cuando el bronco partido liberal, tras las luchas de la Reforma, exclaustró a los frailes y se apoderó de iglesias y conventos, para saciar convenientemente sus ideales y apaciguar los ímpetus bélicos del revoltoso clero, muchos celosos patriotas cargaron con toda la plata de Santo Domingo, y otros, también con actividad bien aprovechada, se llevaron las innumerables joyas de la Virgen del Rosario. Esto únicamente por punto de honor cívico, no por otra cosa. Y los que ya no encontraron en qué demostrar los elevados propósitos que los animaban, abrieron, poseídos de muy justa indignación, las tumbas de los dominicos, por no haber tenido los religiosos la precaución de haber puesto a otra o a otras imágenes, alhajas suficientes para que ellos, por puro patriotismo, se las hubiesen quitado, y para que no implicara quebranto a su dignidad. Así es que, como merecido castigo, por no prever que irían allí a exaltar sus nobles aspiraciones, profanaron largamente las tumbas para buscar el tesoro que tenían los padres obligación precisa de haber dejado oculto en esos lugares.

Un tal Antonio Carreón, rabioso por no encontrar nada de lo que pensó que debía hallar, ayudado por otros de su misma calaña, sacó de la capilla de los sepulcros trece cuerpos momificados, entre los que iba el de Fray Servando. Los fueron a formar a lo largo del portal de la Diputación, y ante ellos el tal Carreón empezó a echar con gritos de fiera, manojos de palabras ásperas, insultantes, brutalmente agresivas; y, despulmonándose ese cavernícola, formaba con ellas discursos de energúmeno, inflamados de aguar-

diente. Aseguraba el muy canalla que aquellos cuérpos eran de hombres sacrificados, unos por la nefanda Inquisición, otros, víctimas inocentes de la venganza de los padres dominicanos, quienes los habían emparedado vivos.

Nadie creía, claro está, la burda patraña de aquel bronco jacobino indomesticable, pues ninguno ignoraba cuándo y de qué murieron aquellos santos varones; y, además, bien se supo que, con el noble fin de buscar alhajas y dinero, se les sacó de la paz de sus sepulcros; y, todavía, a la mayor parte, se les miraban pedazos de sus hábitos monásticos. A Carreón, por este y otros hechos prestigiosos, significativos de su liberalismo de entonces, se le hizo Coronel, así, de golpe y porrazo. ¡Con algo, aunque fuera poca cosa, se le había de premiar la firme pureza de sus ideales!

Muchos días permanecieron en formación macabra las momias de los frailes dominicos, hasta que un italiano, alunado él, compró varios de esos amarillos y resecos despojos, y se los llevó a la Argentina. Volvió a cruzar el mar Fray Servando Teresa de Mier, y sólo Dios sabe en dónde estará ahora; en qué vitrina de museo aguardará la resurrección de la carne.

Señores académicos, señoras y señores: He terminado mi relato de longitudes fatigosas. Sólo me resta decir, con la letrilla de Quevedo:

*Yo he hecho lo que he podido;
Fortuna lo que ha querido.*

Bien merece este hombre la plena y fervorosa admiración de las gentes, por eso he querido ocuparme en los hechos de su existencia varia y pintoresca. Sólo os diré aquí de mi trabajo, como se decía al final de las comedias antiguas: Ilustre senado, perdonad sus muchas faltas.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALEJANDRO QUIJANO.

HE aquí, señoras y señores, vivo, de carne y hueso, a don Artemio de Valle-Arizpe, personalidad a quien muchos diputaron de fantástica, fruto de imaginación más que ser yente y viniente sobre la costra de nuestra tierra. Y le atribuían este carácter irreal, desasido de corporeidad, alcanzando los más crédulos a imaginar que se tratara de un ingenio de los siglos XVI o XVII, a causa de sus obras, de las cuales se entendía que, gracias a la fortuna de alguno que las hubiese hallado en los anaqueles de un antiguo convento, o en los libros de viejos cabildos, podían lucir al sol de este siglo —atormentado e incrédulo más que el propio dieciocheno—, su nitidez prosaica, su entrometido interés por mil cosas de curiosidad y preciosismo, su belleza, en fin, que juzgaban digna de los claros varones que ilustraron las letras españolas en aquellos tiempos transidos, y para siempre jamás.

Y no, señores circunstantes. Este que veis, de cuerpo más alto que bajo, macilento de carnes —que antes fueron nutridas—, de ojillos vivaces, lucientes al través del diáfano cristal de sus anteojos orlados de obscurecido carey, de bigote regular —que antes llevó gallardamente aderezado a la borgoñona, es decir, en formidables puntas que casi acariciaban los ojos—; este medido caballero, enfundado en la ceremoniosa indumentaria que los reglamentos de nuestra corporación —tradicionalista y conservadora al fin—, hacen obligatoria, salvos los hombres de Iglesia y los de armas, para estas sesiones, y no bajo sedaña ropilla, que encubriese ceñido jubón, envuelto el cuello en alechugada gorguera y las delgadas piernas en restiradas calzas; este señor, en fin, a quien hoy recibimos y cuya oración de ingreso hemos oído suspensos ya por su prestancia íntima, ya por su gracia embaidora, es el señor licenciado don Artemio de Valle-Arizpe, natural de la noble ciudad del Saltillo, fundada, como Villa de Santiago, del Saltillo, al mediar el siglo décimosexto, y la cual, enclavada en tierra de la provincia colonial de la Nueva Extrema-

dura, es hoy capital del Estado de Coahuila, que de tantos sucedidos proceros y de tantos erguidos hombres puede gloriarse.

En esta insigne comarca, cuyo nombre, Coahuila, al decir de algunos, era ya significativa, en las alas de los pobladores aborígenes, de “tierra hermosa y feliz”, nació nuestro don Artemio, por allá bien andados los ochentas. ¿Precisión en la fecha? No me la pidáis. Cualquiera que os señalase sería anterior a la que él aceptara; y aquí estamos para gratularlo y complacerlo, y no para depararle contrariedades y molestias. Su gracioso, inofensivo descaro al respecto hace que —lo habéis oído—, se estime él aún, o casi, en años de mocedad. Acaba, en efecto, de decirnos, aludiendo a su entrada en nuestro instituto, para, como cumplido caballero, agradecerlo al comenzar su oración —por mucho que no favores, sino méritos, y de crecidos quilates, le hayan traído aquí—, que el invitarlo a ingresar en esta casa, hace obra de relativamente pocos años, fue bondad, que aumentaba en precio al considerarse la edad moza en que tal convite se le hacía. . . En fin, don Carlos González Peña, nuestro caro colega, en su *Historia de la Literatura Mexicana* asigna para fecha de nacimiento de nuestro entrante, el día 25 de enero de 1888.

De familia de timbres claros, por lo Valle y por lo Arizpe, pasó nuestro hidalgo sus tiempos de infancia y juventud en el calor del hogar, desfallecido pronto por el tránsito de aquella noble y bellísima señora que le diera vida. El padre, hombre de curia, acrisolado en virtudes, seguía, y sigue, para dicha de nuestro amigo y contento de quienes lo somos suyos, ejemplarizándolo.

En las escuelas primarias de su ciudad; luego en el Colegio de San Juan, de los jesuitas, en donde cursó latines, y más tarde, siempre en Saltillo, en el Ateneo Fuentes, al redor del cual quienes por él han pasado calientan fama que por lo vasta parece quizás excesiva, y al lado de distinguidos maestros, el jovenzuelo Valle-Arizpe —que así soldados los nombres paterno y materno vinieron a constituir eufónico apellido—, hizo estudios, e hízolos buenamente, es decir, con dedicación y provecho, gustando desde pequeño las cosas de letras, y en especial las de cuento y milagrería.

Concluidos los preparatorios, y después de un viaje a los Estados Unidos, uno de esos viajes a que nuestros norteños acomodados mandaban y mandan a sus hijos para que “aprendan el inglés”, Artemio de Valle-Arizpe vino a México —¡oh, señuelo de las metrópolis!— a cursar Leyes; también cimbel éste de las Leyes para los muchachos de provincia. Llegó a la capital en 1903, con un grupo de jóvenes inteligentes, e ingresó en nuestra Escuela de Derecho. Estuvo allí dos años. Motivos de salud, descaecida entonces, lo llevaron, en busca de un clima más temperado y benéfico, a San Luis Potosí. En la capital potosina vivió, estudiando, tres años, al concluir los cuales

volvió a su terruño para recibir allí, en el Saltillo natal, el título de abogado; abogado, es decir, licenciado, según con curiosa modestia se llama en México a los abogados, “quitando hierro”, como diría un andaluz castizo; contrastando esto de llamar sólo licenciados a los abogados titulares, con los que en otros países de nuestra misma sangre se hace, que es el decir doctores, un grado preeminente, a todos los profesionales, así sean los modestos confeccionadores de récipes o los cuidadores de la salud de equinos y bovinos.

Licenciado, pues, ya, don Artemio de Valle-Arizpe regresó a México; y no así, como quiera: vino para entrar diputado en la última Cámara del general don Porfirio Díaz. E ingresó como representante ¿por dónde creeréis? ¿Por Saltillo, por Parras, por Monclova? No, señores. Por Chiapas, por la más austral de las entidades nuestras, casi podría decirse la antípoda de la del joven padre conscripto, la cual, por cierto, no había sido hollada jamás por los pies de su representante. Hay, sin embargo, que suponer que éste conocería en detalle las necesidades, y alentaría íntimamente las aspiraciones de aquel bello terruño, también ennoblecido por figuras de alto nombre, como la de nuestro ilustre colega, hace pocos años fallecido, don Emilio Rabasa.

La dicha dura poco. Y el diputado por Comitán de las Flores dejó de serlo. Pasaron luego varios años entre Saltillo y esta capital, ocupados en trabajos literarios, en “moderado” ejercicio profesional, en otros menesteres, ayudado todo, en sus provechos, con los de sus rentas familiares; hasta que, en el año 1919, bajo la administración del señor Venustiano Carranza, fue entrado en el servicio diplomático del país y marchó a España como segundo secretario de nuestra legación; y luego en Bélgica, y en Holanda con el mismo encargo; más tarde, de vuelta en la España matriz, como agregado a la Comisión de Estudios Históricos que presidía nuestro también colega ilustre don Francisco de Icaza y luego nuevamente en nuestra legación en Madrid; en Europa, en fin, vivió Valle-Arizpe por varios años. Y estos años, aprovechados en viajes numerosos, dieron a nuestro don Artemio el conocimiento pleno de España, de Bélgica, de Francia, de Italia, de Inglaterra, de otros países. Su curiosidad, ya enfocada desde antes hacia la cuestión de letras, se enderezó entonces a todo cuanto fuese arte. Y los museos con sus pinturas y sus estatuas, las bellas ciudades, los suntuosos edificios solicitaron su atención y su tiempo. ¿Habéis oído hablar a Valle-Arizpe de sus viajes? Maravilloso. Su amenidad nativa se suma al recuerdo detallado, perfecto de cuanto vio. Es un narrador magnífico de todo lo magnífico europeo. Sabe, hasta lo nimio, todo cuanto con las bellas artes se relaciona. Os dice, con precisión única, cómo son, de qué dimensiones las telas, de qué estilo sus marcos, en qué exactos sitios están colocados, qué luz tienen sesga de una ventana o caída de una montera, tales cuadros de Botticelli o de Franz Hals que se conservan en la National Gallery, de Londres, o tales otros, de Velázquez, o del

Greco, que se guardan en El Prado, de Madrid; o en qué pequeña plaza de Venecia, sobre qué pedestal, rodeada de qué edificios, viendo hacia dónde se halla la estatua ecuestre de Bartolomeo Coleone, el tremendo "condottiero" italiano a quien Verrochio inmortalizó más que lo hicieron sus ventureras hazañas.

Viajador infatigable, lo mismo en avión, que en tren, que en automóvil, quizás hasta en humildes cuartagos, en donde fuese necesario, lo vio todo; y os habla igual de las empedradas callejas pinas de Toledo que de las polorientas de Yuste o de Trujillo, en la Extremadura de España; lo mismo de los encantos de Amberes que de los de Brujas, en Bélgica; con igual devoción y con igual conocimiento del París romántico que de la Roma cesárea.

Es ésta, la facilidad descriptiva, uno de los atributos más exclusivos de Valle. Como que une a su facundia nativa y a su gracia ingénita, su aludido interés por las artes, adquirido primero en sus estudios, confirmado luego ante la visión de las obras, y todo adobado con una memoria de maravilla. El adjetivo "memorioso", que él aplica con fruición, como lo habéis oído esta noche misma, le viene de perlas. El sí que es "home memoroso"; y luego, ya lo sabéis también, cuando la memoria, cosa rara dada su constante fidelidad para con él, le falte un momento, para algún detalle, no habrá óbice para que el relato continúe tan fácil, tan fluido y detallado como si se tratara de una expresión fotográfica. La imaginación, la inventiva, la gracia mentirosa del hombre suple, y aun en instantes supera, a la huyente "Mnéme".

Concluido, porque todo concluye, aquel período de viajes, respecto al cual Valle-Arizpe nos debe un libro, o varios libros de recuerdos, que no sé por qué no ha escrito, cuando tan bellamente ha narrado y narra en su graciosa conversa, volvió a México. Y ya definitivamente asentado en nuestra ciudad, ha venido desde entonces laborando en puestos de afinidades educativas, o de publicidad, en que es gran sabedor.

Artemio de Valle-Arizpe vive solo, en medio de un museo que su curiosidad y su gusto han venido formando poco a poco. ¿Lo conocéis? Si no lo conocéis, pedid tarjeta para visitarlo. Hallaréis en él telas, muebles, hierros, encajes, abanicos, sortijas; ¡ah! y supremas encuadernaciones. Entre estas cosas vive, solitario, nuestro hombre. Soltero, solterón ya casi, no ha querido uncirse a la coyunda a que los más nos sujetamos gustosos. ¿Misógino? ¿Egoísta? ¿Consciente, quizás, más que nosotros, de la tremenda responsabilidad que es el crear un hogar y traer hijos a la vida para que vayan a la muerte ineluctable, al través más de angustias que de contentos? El hecho es que nuestro colega no disfruta de compañía de mujer.

Mas no se crea que don Artemio sea un misántropo, ni huraño siquiera. Gusta de andar con sus amigos y habla con ellos longamente. Como que es un dilatado y muy grato conversador. Atractivas sus pláticas por lo que en

ellas dice, ora de sus viajes, ora de sitios y anécdotas llenos de curiosidad —porque es un gran observador—, ora de libros viejos y de libros nuevos, la verdad es que su charla crece en interés por la gracia con que la anima, por el picantito de malicia que la infunde, y sobre todo, por una fraseología especial, como de constante sorprendido, a veces escandalizado, que envuelve en un tono, un poquitín hueco. ¡Válgame Dios! ¡Pero qué me dice usted! ¡Ay, Dios y cómo se puso el hombre!

Conversador amenisimo, sólo por modestia no se incluyó en la lista de los grandes conversadores mexicanos de que habló, en esta misma corporación, al elogiar, poco después de su muerte, a nuestro ilustre socio don Victoriano Salado Alvarez, que de Dios goce.

Si para los hombres es galana su conversación, sobre motivos, he dicho antes, de libros, de museos, de viajes, salpimentado todo con la pungente anécdota oportuna, para las señoras es asimismo deleitosa su charla, porque para ellas tiene siempre —a más, por supuesto, de estos mismos motivos que trata con los caballeros, cuando topa con señoras de lustre intelectual— insospechada sabiduría sobre cosas de aparente orden menor. Y les habla, así, de coquinaria, con mayor cultura que cualquier maestro en adobos, en estofados, en pasteles, en dulces sobre todo. Se dice por allí que algunas pobres monjitas, de las pocas que nuestro malhadado ánimo jacobino deja apenas vivir, y ello a solapo, consultan con él cómo salen mejores las yemas mejidas, qué melindres o cuáles puches serán más buenos para obsequiar a su Ilustrísima en sus días. Y como de estas cosas de guisados y pasteles, habla, con las aludidas señoras sus amigas, que las tiene muchas y que le son muy aficionadas por la curiosidad y galanía de su parla, de cuántos hilos tienen los encajes de Brujas, de más o de menos que los de Malinas, o los de Bruselas, o los de Venecia; de qué abanico llevaba doña María Huar-te de Iturbide el día de su coronación; de qué brocado era el vestido que lucía doña Dolores Tosta de Santa Anna la noche en que se inauguró, en la antigua calle de Vergara, el gran teatro que llevó primero el nombre de su señor marido, y después hasta que la piqueta hubo de echarlo prematuramente abajo, el de Nacional. Este donaire para conversar, con halago para los que le oyen, por la variedad de sus asuntos, desde los hondos y trascendentales hasta los menores y simples, es cualidad singular de nuestro don Artemio.

Hasta aquí el hombre. Digamos ahora algo sobre su obra.

Desde pequeño tuvo, lo he apuntado líneas arriba, afición a las letras. “Muy mozo hice versos, escribí cuentos, y hasta ¡perdón, Dios mío! perpetré una novela que se titulaba *Entre el Oro de la Parva* dice él en gentil carta autobiográfica que desde España escribió a su muy admirado y querido amigo, como lo es de todos nosotros, don Luis González Obregón. Y, en

efecto, él me ha confesado, pero con súplica de que no lo cuente aquí —lo cual, ya veis, cumplo debidamente— esto de sus versos moceriles, casi de infancia. “Escribí, me ha dicho, versos muy a lo don Manuel Joseph Quintana, pidiendo a gritos la lira, clamando al sol y a las estrellas”. Pero esto pasó pronto, sin habernos dejado gustar nunca su obra poética; y es lástima, porque sería interesante cosa ver tal manifestación altisonante, cuasi épica, según parece, de este escritor de tonos medios, muy distantes de aquellos gritos “quintanescos”...

Desde la escuela, pues, escribió el señor Valle-Arizpe, ya en verso, ya en prosa. Y aun se me cuenta —guardándose en ello, por supuesto, lo cual no afrentará, sino antes satisfará a nuestro recibido, las proporciones debidas— que, como don Miguel Cervantes, quien, según se recuerda, lució por vez primera sus dotes en el estudio del maestro don Juan López de Hoyos, al ganar el concurso abierto entre sus alumnos para hacer la nenia de la reina difunta doña Isabel de Valois, Valle-Arizpe, en el estudio del maestro García de Letona, diputado por sus alumnos como figura de orden primerísimo, quizás con leve exceso, lució por primera vez obteniendo el galardón en un concurso abierto para escribir alguna cosa de ésas, quizás el elogio de un profesor difunto, tal vez la loa correspondiente a una celebración patria.

Ya en años corridos, sus prosas, desde entonces al estilo clásico, castigadas, un tantito artificiosas, vinieron a México y aun alcanzaron a verse en las páginas honoradoras de *Revista Moderna*, y en las de otras publicaciones prestigiosas, firmadas algunas con el seudónimo, que habla un poco de estiramiento y rumbo, de *Astolfo de Nerval*.

No aparece, sin embargo, libro alguno suyo sino hasta que, a los treinta años de su vida, más o menos, publicó, en 1918, una crónica, género éste de su preferencia: *La gran ciudad de México Tenustitlán, Perla de la Nueva España*; libro que en 1924, y en ocasión del Centenario de nuestra primera Constitución republicana, dio base a “La muy Noble y Leal Ciudad de México, según relatos de antaño y de hogaño”, centón de crónicas o de trozos de crónicas de varios autores, precedidos de sendas semblanzas salidas de la pluma de nuestro colega, todas justas en el halago y algunas admirables de soltura, de frescura, hasta de burlona, no ofensiva chanza. Porque esto de la no maligna, pero sí maliciosilla zumba, es inseparable atributo de nuestro autor, que se sirve de la ironía juguetona, fina, picante hasta donde no escuece, como de uno de sus instrumentos espirituales. Irónicas son, en efecto, sus novelas; irónicos sus cuentos, sus narraciones históricas. Todo lo suyo está penetrado de esta agradable especia, con la cual, en todos los tiempos, grandes ingenios han sazonado su producción.

En 1919, aparece en cuidada edición matritense, *Ejemplo*, su primera novela. Su protagonista, el demoníaco don Rodrigo de Aguirre cruza el mun-

do bajo procelas terríficas, por los zurdos senderos del mal, hasta que, para edificación y ejemplo —el “ejemplo” titular— vuelve a la fe y se entra en el convento conducido blandamente por la mano Divina. Todo esto narrado en un bello castellano, arcaico como la vida que discurre por las páginas del libro, como los hombres que atraviesan por ellas. . . Yo recuerdo con complacencia una tarde, en el bufete en que un caro colega, en esta corporación y en el gremio de los abogados, y yo, luchamos a diario; una tarde, repito, en que finadas las labores profesionales, ante un nutrido grupo de amigos, Artemio de Valle-Arizpe nos leía las primicias de este *Ejemplo*, y recibía parabienes de todos, que descubríamos en él al novelista colonial, al “creador de nuestra novela artística de ambiente colonial”, dice González Peña.

Y, en efecto, quizás ni don Ricardo Palma en el Perú, ni don Luis González Obregón en México, han sido, con ser las egregias figuras que han sido —nuestro don Luis por ventura, lo es, y así lo sea por luengos años— verdaderos novelistas. Escritores, narradores supremos de la vida y de la tradición coloniales, que han plasmado en deleitosos relatos, hasta en cuentos sutiles, no han llegado propiamente a la novela, que Valle-Arizpe, con imaginativa y gusto y trabazón mental especiales, aborda airosamente.

Porque novela, y alta novela es, también, *Doña Leonor de Cáceres y Acevedo*, publicada en 1922, en Madrid, en un volumen que incluye, además, el diálogo novelesco *Cosas tenedes*. . . Es *Doña Leonor de Cáceres y Acevedo* un nuevo *Ejemplo*, invertido, ya que aquí el protagonista es la señora que da nombre a la producción, mujer a quien su vida holgona e impura lleva, al cabo de un episodio macabro como algunos que pinta en sus novelas sin época el gran don Ramón del Valle Inclán, ya que no al convento, a la locura. Aquí la pluma de Valle-Arizpe discurre, acabo de apuntarlo, en ciertos instantes por campos de maldición, de trasgos y de almas en pena, de endemoniados y de brujas.

El diálogo novelesco que he mencionado, *Cosas tenedes*. . ., da muestra, al través de un centenar y pico de páginas, de la cultura de nuestro consocio sobre mil cosas coloniales. Es eje de la obra nuestra gran monja Sor Juana Inés de la Cruz, de quien se cuentan los quilates y triunfos que en el mundo y en el claustro supo conquistar, glosando su vida al través de sus versos, de modo fantástico, pero erudito. A la vera de Sor Juana se hallan otras figuras de interés positivo en la Colonia; y don Carlos de Sigüenza y Góngora ocupa el lugar de prestigio a que tiene derecho. La importancia de estos temas citados no obsta para que, a fin de hacer más sabrosa la trama, se muestre también en esta obra vivo saber en otras cosas, tales las del naípe, y hasta las de cocina y tragonía.

Cuentos, entretejidos de tradición y de leyenda, todo siempre aderezado en su español a la antigua y siempre dentro de su época colonial favorita:

vestidos sus héroes según las modas de esos tiempos idos, sus *Vidas Milagrosas*, aparecidas en 1921, son motivos de edificación y paradigma, a manera de las suaves y purísimas de la *Leyenda Dorada*.

Durante algunos años los tórculos no se ocuparon en la producción de Valle-Arizpe, en libros; aunque durante todo ese tiempo, con constancia singular, nuestro hombre vino publicando, y publica, para disfrute de copia grande de lectores, que los buscan como a refinado manjar, artículos y narraciones de la colonia sobre mil temas, históricos unos, legendarios otros, de mera invención algunos. Es en este renglón de su actividad en donde Valle-Arizpe ha conquistado nombre mejor; llegando a ser, cosa que parece increíble dada la limitación de su obra en cuanto al estilo de purismo y alambicamiento en que está informada, en cuanto a la época a que la circunscribe, en cuanto a las figuras que por ella discurren, verdaderamente gustado, casi popular.

En recientes años, y coleccionando una parte de estas narraciones ya publicadas y otras inéditas, principió a traernos, siempre de España, bellos volúmenes con tales narraciones y cuentos. *Amores y Picardías* y *Del Tiempo Pasado*, los dos llegaron en el año último; y está ya en prensa el tercero, *Virreyes y Virreinas de la Nueva España*. Estos libros, acabo de decir, han confirmado para su autor la conquista del beneplácito general, gustando a cuantos los han llevado ante sus ojos. Y es que algunos de esos cuentos, sucedidos o tradiciones, trascritos del modo siempre sávido con que el autor sabe hacerlo, son verdaderas páginas de antología. Cada cual a su modo, lo son: *Un conquistador*, en que se nos da una nota noble y pura de Bernal Díaz del Castillo, el buen escribidor de la más vera historia de la Conquista y del establecimiento de los españoles en México, y *El alacrán de Fray Anselmo*, y *El Encargo de su Ilustrísima*, y *Ojos herido me habéis*; como lo es, para no mentar más *El Mole*, fantasía que Valle-Arizpe borda sobre la inspiración monjil que produjo el rico plato casi titular de la Puebla de los Angeles.

Lo citado, con más el elegante folleto en que publicó, con el nombre de *La Conversación en México*, el discurso a que dio lectura en la sesión solemne dedicada por nuestra Academia a la memoria de su Secretario Perpetuo, el excelente literato, esclarecido historiador y magnífico caballero don Victoriano Salado Alvarez, es lo que el recipiendario de esta noche ha dado a libros; ello amén, lo he dicho ya, de cientos, quizás de miles de otras cosas que la prensa, las revistas, han recogido.

A más del ya anunciado tercer volumen de tradiciones, de narraciones, que llegará en breve a nuestra ciudad, tiene también en prensa un libro, que de seguro interesará grandemente: *El Palacio Nacional*, monografía histórica y anecdótica de la vieja gran casa edificada sobre la que albergó a los últi-

mos emperadores aztecas, en donde posaron todos los señores virreyes de Nueva España, y donde han residido, hasta hoy, todos los gobiernos del México Independiente, igual los republicanos que los fugaces imperiales de Iturbide y Maximiliano. ¿Os imagináis cuántas cosas donosas nos dirá Valle-Arizpe, historiógrafo y tradicionista y hasta imaginante superior?

Prepara también *Libro de Estampas, Hernán Cortés y Otros Excesos* —lo que, bien leído el título, significará, digo yo, que se trata de Hernán Cortés; y de otros excesos, de otras cosas de Valle-Arizpe y no del Conquistador— y, finalmente, *El Canillitas*. Respecto a esta última obra puedo decir, y algunos de vosotros lo sabréis ya, que no es cosa que sólo se prepare. Se trata de una novela hecha, concluida casi, que gustará como jugosísima muestra de la picaresca mexicana. Los manes bribiáticos, de los moderados jóvenes Rincón y Cortado; la memoria de los héroes de Hurtado de Mendoza, de Alemán, de López de Ubeda, de todos los autores del género picaresco español, quedarán complacidos con esta vida de un mexicano; lo que dará oportunidad, por otra parte, a que por vez primera veamos salir a nuestro autor de aquellos tiempos en que su gusto ha querido meterlo, para andar por nuestras calles de hoy, que no son ya las de los Plateros, y los Meleros, y los Cedaceros de antaño, y vestidos sus héroes no con ropilla o miriñaque, sino con las sedas o los harapos —puesto que el señor Canillitas, protagonista de la novela, es un mero lépero de nuestros barrios— que hoy se llevan y lucen.

Estos son, señoras y señores míos, los datos que sobre la obra —dichos antes los relativos a la vida— de don Artemio de Valle-Arizpe, nuevo socio de número de esta casa, sucursal, o correspondiente si queréis mejor, de aquella que en Madrid “limpia, fija y da esplendor” a la lengua española, puedo daros.

De su discurso de esta noche nada tengo que decir, como no sea que se trata de una nueva y gallarda prueba de *La Conversación en México*. Todo en efecto, y aparte, es claro, del noble elogio que hace de su antecesor en la silla número 10 que viene a ocupar, y la cual antes honró don José María Roa Bárcena, sale de la animada tertulia que en una tercena de la Profesa sostiene un grupo de habituales de la vendeduría de tabacos y otras cosas de estanco. Por lo demás, en la oración se hace la loa de una interesantísima vida mexicana, la del regiomontano ilustre Fray Servando Teresa; vida agitada que se desenrolla en México, y en España, y en Francia, alcanzando fama grande por su talento, por su sabiduría, hasta por su inquietud y otras cosas.

Yo os confieso, en prenda de honradez, que tal vida, tan bien pintada por Valle-Arizpe, no es de mi predilección. No sé por qué; no podría de seguro decir por qué; pero no me simpatiza, por más que de veras admire su

talento, aquel fraile un tanto relajado y relapso, a quien el mismo don Artemio nos hace ver como amigo de intrigas, y sobre todo, como pagado de ciertas cosas terrenas, buscando muy ahincadamente ruido en redor suyo, hasta en los momentos finales de su vida, momentos con los que nuestro colega abre, y luego fina, su discurso, o sean los relativos a su extremaunción, a la que él mismo invitó personalmente a todo el mundo, como si se tratase de una ceremonia pública.

No he de negar, por supuesto, los grandes méritos patrióticos del biografiado, de los que dio muestra hasta incorporándose en la lucha de independencia con la heroica expedición de Mina, la inteligencia que a chorros le sale en toda ocasión, el contentamiento que debe darnos el aprecio en que se le tuvo en Europa, a grado tal que conquistó honores magníficos. Sin embargo, y sin que esto signifique ni en lo mínimo censura, sino, a lo más, extrañamiento íntimo y cordial, he de decir que hubiese yo preferido que don Artemio de Valle-Arizpe, que tiene alas y fuerza muy bastantes para ello, hubiera acometido para esta ocasión la obra que primeramente se propuso, y era la de hablarnos sobre el Quijote en México, desde la llegada del primer ejemplar de aquel libro sin desperdicios, a nuestras tierras, hasta hoy, tratando de las ediciones hechas en nuestro país, y de todo lo demás atañadero.

Conformémonos, y no sólo conformémonos —porque esto que he dicho no es reparo, ni leve, insisto; apenas dolencia íntima— sino complazcámonos, desde lo más adentro, del magnífico trabajo que Valle-Arizpe nos ha leído, el cual lo confirma en sus títulos de excelente y muy ameno escritor de etopeyas, que sabe rodear luego de sus ambientes propios, su época, sus costumbres, su medio de vida. Felicitémoslo, así, con ánimo afectuosa y sincera; y hagamos votos por que siga por este abierto camino que viene siguiendo en las letras mexicanas, para su honra y también para honra y provecho de nuestro país, que lo cuenta, y más aún habrá de contarle, como a uno de los ingenios de este tiempo.

Y felicítese esta Academia Mexicana que hoy lo recibe, de que un nuevo, tan airoso y distinguido elemento como el señor don Artemio de Valle-Arizpe entre en su seno como individuo de número, y se asiente en su silla.

Yo, que no sólo por bondadoso encargo de nuestro ilustre señor Director, sino por convicción de que interpreto el sentir de todos los que formamos la Corporación, recibo con ancha cordialidad, con espíritu afectuoso y amigo a nuestro nuevo colega de número, he de concluir esta oración diciéndole, con el corazón en la mano: Pase usted, mi querido don Artemio, pase usted, y sea muy bienvenido.

ORIGENES DEL HUMANISMO EN MEXICO *

Por don MARIANO CUEVAS, S. J.

CON sincera alegría, con íntima gratitud acudo a esta solemne sesión en la que se me constituye Socio de Número de la benemérita Academia Correspondiente de la Española, la misma que, atendiendo a su noble y secular origen solíamos llamar la "Real Academia Española", la que *limpia, fija y da esplendor* a nuestro idioma nacional, la señorial, armoniosa lengua castellana, en buena hora heredada desde los tiempos de don Fernando y doña Isabel.

A mucha honra, señores académicos, y notad que en este mi caso, vuestra benevolencia lleva un sello de particular hidalguía: sabéis que admitís entre vosotros a un hombre sin poderes ni valimientos humanos, a un historiador sin más trabas ni respetos que los de la verdad y que, por lo tanto, tiene que tener muchos enemigos: recibís a un escritor que con cada libro o artículo levanta en torno suyo una tormenta, más o menos despreciable, pero al fin tormenta. Por todo esto yo tengo que agradecer doblemente el honor que ahora me dispensáis.

Me responderéis que la Academia atiende tan sólo al mérito literario. Para mí que me conozco, esta no es respuesta satisfactoria. ¿Cuáles son mis méritos literarios? Bien es verdad que allá en mis ya remotas juventudes me dediqué a perpetrar versos y más versos, confieso así mismo que soy reo de ciertas piezas líricas y dramáticas, que enseñé algo de bellas letras en mi amable Saltillo y mi bendecida Angelópolis; pero es muy difícil que de todas esas insignificancias se haya tenido noticia y más aún, que de ellas hubierais hecho caudal para llamarme a la Real Academia.

Algo semejante respondía hace diez años, cuando en comisión por parte vuestra fueron a invitarme mis dos buenos y nunca bien llorados amigos don Victoriano Salado Alvarez y don Manuel Puga y Acal. Ellos entonces me

* Discurso de recepción pronunciado por su autor la noche del 21 de junio de 1933.

atajaron, diciendo que la Academia lo que esta vez quería era un historiador. Si es así, ese juicio de la Academia sostenido hasta el presente momento, es un premio a la veracidad y al trabajo más que a mi humilde persona. En tal hipótesis, acepté gustoso, gustoso me vi entre vosotros en las múltiples sesiones a que he acudido, gustoso pensaba yo allá en mis destierros y soledades en vuestras labores, en las luces que me dabais, en el amigable intercambio de nuestras ideas para provecho de la Academia y de la sociedad, y si de nuevo los azares de la vida vuelven a arrancarme de mi Patria, esta Academia y su distinguido personal seguirán siempre siendo para mí, y ahora más que antes, el recuerdo más característico de mi Patria, y el consuelo y el apoyo que significan los amigos fieles y sinceros.

La silla que voy a ocupar es la que tan dignamente ocupara mi inmediato antecesor en ella el académico don Antonio de la Peña y Reyes. Menciono su nombre con todo honor y respeto, no tan sólo porque así lo requiere con gran acierto nuestro reglamento, sino porque así me lo pide el corazón.

Peña y Reyes, "Peñita" como cariñosamente le llamaba todo el mundo intelectual de México, era mi amigo desde nuestras juventudes, procedía de familia distinguida y apreciadísima en nuestra capital, era hijo de don Rafael Angel de la Peña, Socio Fundador y Secretario por largos años de esta Academia, honra de ella, honra de nuestra Patria y podemos decir también honra de la América Latina y de la misma lengua de Castilla. Ponderar aquí los méritos de don Rafael Angel de la Peña, sería ocioso ante vosotros los académicos y el ilustrado público que me escucha. Recuérdolos para que irradian sobre la memoria de su hijo y por otra parte, porque es menester que dejemos bien asentado que los méritos del padre no fueron la causa para la admisión en la Academia, de Antonio de la Peña. Las sillas en esta Academia no se reciben por dinastías ni padrinzos sino por los propios y comprobados méritos literarios. Los de Antonio de la Peña fueron indiscutibles: era un hablista de exquisita cultura. Con orientaciones de perfecta corrección gramatical recibidas, esas sí, por herencia y cultivo especial desde su infancia. Peña en todos sus escritos es un purista a natura. No he dado en ninguna de sus páginas con vocablo impropio ni mal aplicado, ni con neologismos vedados, ni con la manía de lo arcaico, moderno recurso de los renegados de Castilla, nuestra patria literaria. Si de sus vocablos pasamos a sus frases, éstas son llenas, bien redondeadas, tersas, sin los pedregosos incisivos que él esquiva y suple diestramente con adjetivos ricos y verbos intensificados.

Obras de mi predecesor fueron las siguientes: *Algunos Poetas*. Ensayos de Crítica. México, 1889, *Muertos y Vivos*. Lista de artículos sobre personajes de renombre. México, 1896. *Artículos y Discursos*. Con Prólogo de don Victoriano Salado Alvarez. México, 1903. *Antología Moral*. México, 1912.

Sus ensayos de Crítica que giran en torno de las obras de Roa Bárcena, Pagaza, Gutiérrez Nájera y varios poetas juveniles, acertada y nueva, es además galana y lleva la fragancia de la mocedad.

Más extensión se desearía sobre algunos de sus poetas juveniles, verbigracia del entonces (como ahora) juvenil don Ezequiel A. Chávez. De él nos dice: "Epico en el género en que ensaya este vate sus facultades poéticas. Fecundo por demás, Chávez ha consagrado patrióticos e innumerables cantos a los grandes Caudillos de la Patria".

En Muertos y Vivos, su estilo se va robusteciendo y virilizando. No pinta caracteres, los esculpe según su criterio. Parecen sus páginas como dictadas al cincelador de las estatuas de sus biografiados.

El tomito de sus *Artículos y Discursos*, es una paleta con muchos colores, oscuros unos, más claros otros, pero siempre obras perfectas tocante a su estilo y lenguaje. Los que ostenta en este volumen fueran, a falta de otros, méritos suficientes para un distinguido puesto en la Academia.

Otro tanto pudiéramos decir de su *Antología Moral*, obra de divulgación, en buena parte precioso material para historia anecdótica de nuestro país.

Durante su destierro, Peña comenzó un Diccionario Biográfico Mexicano, obra a nuestro juicio, de mucho más trabajo que las anteriormente recordadas. Ahí hay mucha lectura concentrada y no pocos datos nuevos en el campo de la historia. Pensaba llegar alfabéticamente desde la A hasta la misma Z, pero la muerte le sorprendió en mitad de su camino.

Son también de Peña ocho prólogos a las publicaciones documentales de la Secretaría de Relaciones. En estilo ya maduro aunque no cansado, grave como es de esperarse del historiógrafo; expresa su criterio respecto a los temas sobre que versan los documentos publicados.

Celebro tener que ceñirme al estilo y no al criterio histórico. Tocante a la supuesta bula de León XII yo lo critiqué y atacué. Peña cayó como cayeron los más, en el error de tener por auténtica dicha bula; sólo Fray Servando Mier en aquel entonces (1825) dijo en una de sus intuiciones o *chispazos* geniales: "esa bula es apócrifa". Cien años más tarde yo pude comprobarlo hasta la evidencia, como consta en mi malventurado quinto tomo de la *Historia de la Iglesia en México*.

Peña murió comparativamente joven. Era de figura apacible, de modales finísimos, cariñoso, benévolo. Ocupar su sillón de académico es para mí una verdadera satisfacción.

Entro ya de lleno en mi tema: *Orígenes del Humanismo en México*.

Difícil sobremanera era la situación moral de la Nueva España en 1550. Habíase ya explorado y traído de paz con más de cien epopeyas, la mayor

y mejor parte de nuestra Patria. Tremolaba el pendón de Castilla sobre siete reinos indígenas; los poderes políticos y civiles estaban, por lo menos legalmente, instalados; cruzaban la tierra por montes y ríos misioneros con almas de apóstoles y con todo el recio temple físico de los conquistadores, aunque con miras más puras y más altas; presidían sus sedes los cinco primitivos obispos; habíase proclamado para todas las Indias Occidentales un rey y una ley, las vetustas Siete Partidas del buen Rey Alfonso el Sabio; iban y venían de la Real Corona, a dos mil leguas de mar, cédulas regias y contracédulas, unas de “ruego y encargo”, otras de “requiero y mando”; “so pena de ser habido por extraño de los nuestros reinos y señoríos”, oficiales reales de todas categorías desembarcaban en la Villa Rica de la Vera-Cruz. Las dos Audiencias, los cabildos así eclesiásticos como seculares, el, aún embrionario, tribunal del Santo Oficio, tenían ya una red amplia y activa de alguaciles y corchetes, mas todo este conjunto, resultaba meras formalidades y todos estos esfuerzos parecían infantiles, en proporción a la gran obra de civilizar y llevar a términos la paz consolidada, el progreso y felicidad de tantas naciones indígenas, de lenguas, historia y tendencias diferentes, razas en su mayor parte desconocidas y abrumadoras por el número de habitantes; tanto que los primeros oidores, interrogados por Carlos V respondieron (*para precisar*) que eran muy muchos “ansí como las arenas del mar u las estrellas del firmamento”.

Y no era ciertamente el múltiple problema indígena en sí mismo, la mayor dificultad, no eran tampoco los conquistadores que propiamente tal nombre merecieron, sencillos labradores extremeños o marinos vascongados que llegaron a la postre a establecerse honrada y patriarcalmente con su numerosa familia criolla, con cariño a los indios conquistados y con facilidad para entenderse con ellos; no: la principal dificultad venía de las emigraciones subsiguientes a las de los conquistadores; una abigarrada muchedumbre de la hez de España que por razón de sus costumbres todo podían llamarse menos civilizadores. Entre ellos y la raza indígena hallábanse el conquistador antiguo, el criollo primitivo, analfabeto y bravío; el mestizo y diversas razas de negros africanos enhoramala traídos ya a nuestro suelo, y todos con pretensiones y tradiciones diversas, y a veces tan encontradas, que con razón eran llamados en conjunto por el buen don Fray Juan de Zumárraga “La Babilonia de esta tierra”.

Era entonces Sevilla, el emporio y corazón de España, ciudad populósísima, que llegó a pasar del millón, donde al lado de lo más noble y linajudo del reino, pululaba la turbamulta cosmopolita de comerciantes y aventureros, de judaizantes y mudéjares, y una infinidad de Rinconetes y Cortadillos, Monipódios, Tenorios y Gilblases, haraganes de profesión y granujas incorregibles.

· Cuando a orillas del viejo Betis se tuvo noticia de la inmensa riqueza de

la Nueva España, ni los oficiales reales, ni toda la real papelería de cédulas que decían restringir la emigración, bastaron a contener el aluvión humano que, por las buenas o por las malas, empezó desde entonces a desbordarse sobre nuestras playas para descanso, sin duda, de la vieja España; pero para más complicar la civilización de la Nueva.

“Es notorio, decía Hernán Cortés, que la más cantidad de la gente española que acá pasa, son de baja manera y suerte, viciosa de diversos vicios y pecados, que si a estos tales se les diese libre licencia de andar por los pueblos de indios, antes por nuestros pecados, se convertirían los indios a sus vicios que los atraerían los españoles a la virtud”.

El sesudo oficial real, Rodrigo de Albornoz, escribía a Carlos V, “como estas tierras están tan lejos de V. M. y muy tardos los remedios que en ellas se hacen, crían muchos malos servidores, y todos ensanchamos la conciencia y algunos nunca piensan que V. M. se acordará de mandar el castigo y van a la desvergonzada contra su servicio”.

“Hay gran cantidad de españoles, escribía don Luis de Velasco, que no quiere servir ni trabajar, andan de ordinario a noche y mesón sin tener casa ni hacienda, ni más de lo que consigo traen, y de estos, los más son gente baja que han venido de España por no pechar ni servir y acá no quieren trabajar, ni tomar arado ni azada en mano por ningún precio ni pena, ni aderezar un caballo porque se les dé”.

El enérgico Fray Miguel Navarro escribía ya bien entrado el siglo: “Fuera de unos poquitos, todo el resto de este nuevo mundo agora sean mercaderes, agora sean pobladores, agora vagabundos que hay hartos, agora conquistadores, corregidores y otras justicias, todos van a banderas desplegadas tras el más haber y el más adquirir y todos van encadenados como arcaduces de ruedas de noria y son semejantes a ellos, porque no pocos, después que se ven llenos se hallan vacíos. Y los corregidores y otros que menean la masa cuelgan de los oídos y de las cabezas que acá gobiernan, como los alanos de las orejas del toro y son hechura de los que están en la fuente y desde España gobiernan estas tierras”.

Gran parte de estos males deben, en efecto, atribuirse a lo mal regentada que estuvo en lo político la tierra conquistada por Cortés. En vez de dársele a este hombre talentoso y enérgico el gobierno de la tierra; en pos de Visitadores viejos o enfermos, vino la primera Audiencia. Murieron los dos tolerables Oidores y quedaron con el sanguinario e indeseable Nuño de Guzmán, Matienzo y Delgadillo quienes, “viendo la grandeza y grosedad de la tierra y el recibimiento tan suntuoso que se les hizo, vieron en ello gran aparejo para salir de miserias. Comenzó Gonzalo de Salazar a darles avisos diabólicos cómo habían de robar la tierra e hinchar las bolsas. Ayudábales un Lerma, pastelero y confitero y un Antón, borceguinero que había ya sido

azotado por la Inquisición y el famoso nahuatlato García del Pilar que de verdad certifico a V. M. que, al parecer de los que desean el servicio de Dios y vuestro, que aquella lengua debía de ser cortada y quemada porque no hablase más con ella las grandes maldades que habla y los robos que cada día inventa”.

“Vuestra Majestad, continúa Zumárraga, envió Presidentes y Oidores, y ahora hay estos y además presidentas y oidoras, que estas se han asentado en los estrados reales estando ellos presentes; propiamente ellas tienen el cargo de justicia y los que bien han de negociar, a ellas ocurren primero porque no se les niegue cosa”.

Fray Juan de Zumárraga murió con las lágrimas en los ojos, suspirando por que su Babilonia se trocase en Jerusalén.

La parte de evangelización sí caminaba a pasos agigantados, convertíanse las regiones indígenas casi en masa, doctrinábanse detenidamente e instruíanse en la única forma en que entonces pudiera hacerse, mediante la representación de “autos” que se tenían en los atrios de los conventos, mezcla de composición dramática, loa romanzada, procesión, bailes y hasta un poco de lo que llamaríamos comedia de magia o circo. Son piezas literarias interesantísimas y fueron en su tiempo un rudimento aparatoso y grandioso de instrucción pública, no tan sólo en la sustancia, que eran los dogmas religiosos, sino por sus accidentes de historia, geografía, indumentaria y riqueza del lenguaje de que se hacía derroche por los autores y gran caudal por los mozuelos que conservaban en la memoria mucho de lo que habían aprendido en aquellas representaciones.

Respecto a los españoles y a sus hijos la labor era muy reducida y la materia mal preparada para recibir corrección y nuevos senderos de progreso y de civismo. A ese tenor, como era natural, iban creciendo los hijos de españoles y criollos.

Este período histórico que bien puede llamarse el de auto-conquista española de México, este período, caótico en general para la civilización y para los estudios, no debe descartarse ni desconectarse de nuestra literatura y letras humanas, porque entonces, más que nunca, el castellano, libre ya de sus cadenas y de su lastre latino, limpio todavía de tanto neologismo y barbarismo como en la actualidad la invade, saltaba a la arena del mundo civilizado en su sana, juvenil y noble entereza, rico de vocablos propiamente suyos, grave y vigoroso, respirando frescura y sinceridad; el castellano del siglo XVI está hecho como para decir la verdad. ¿Quién nos diera volver a esa correspondencia tan sabrosa como la que se gastaban por ejemplo don Alfonso de Zorita, Jerónimo López o Fray Miguel Navarro?, todos en general, porque el buen castellano era del pueblo todo, a diferencia de lo que hoy sucede, que se refina sólo entre pocos de la clase artificialmente culti-

vada, mientras que deplorablemente languidece y muere en nuestras masas populares. Con la opresión, la amargura y el hambre las masas se nos tornan silenciosas y embrutecidas.

En nuestro período ese regio lenguaje existía porque su raíz estaba viva y esa raíz era el espíritu caballeresco, el de las nobles y limpias ambiciones, el de las almas recias, el de las palabras de honor que en efecto de honor eran, el de las empresas fuertes que se comenzaban, se continuaban y también se terminaban; existieron, cierto, bajas pasiones y bellaquerías, mas todo ello era juzgado como convenía, tenido en su categoría de malo, de evitable y siempre, aun a las conciencias de los mismos facinerosos, llegaba el ideal de lo bueno y de lo noble, sin tratar de legitimar lo que era espurio y mal nacido.

En este período caótico, otrosí, era cuando en nuestra Patria no se cantaba, pero sí se hacían empresas heroicas, materia de poesía épica más que homérica, por cuanto las hazañas cantadas por ese imaginario poeta de los helenos eran ficticias y las nuestras eran inmensas realidades, la mayor parte de las cuales esperan aún la docta y bien cortada pluma de los académicos inspirados, para que sin salirse un punto de la verdad histórica, las den a conocer, antes que acaben de arrebatarnos la primacía, jovenzuelos de las universidades ultrabravinas, que a bandadas vienen con muy intencionados salarios, a empadronarse hasta de nuestro criterio histórico.

Mas no obstante materia prima tan rica y ese castellano tan puro, no podríamos decir que había en la Nueva España ni hombres literatos ni mucho menos humanistas; en este período caótico que se extiende hasta 1552, una sola excepción encontramos y es, la del primer Obispo de Tlaxcala Fray Julián Garcés, al que pronto volveremos.

Tiempo es ya de que definamos lo que es un *Humanista*: es un hombre dedicado a las letras humanas. Este adjetivo restringe y define, contrapone letras humanas a las letras divinas o sea a los estudios de la Sagrada Teología y Hermenéutica que se fundan principalísimamente en la palabra de Dios o letras divinas; esto fue así entendido desde el origen del humanismo.

Por ser el objeto de las Humanidades las letras y no las ciencias, se excluyeron las ciencias naturales, las ciencias exactas, las jurídicas del campo específico de los humanistas; todo esto no quiere decir que teólogos, juristas, científicos si eran hombres prácticos y querían hacer algo en el mundo, no fuesen humanistas; pero abstractamente hablando y muchas veces en concreto, sí que hubo hombres de mucha ciencia y teología, jurisconsultos y hasta historiógrafos y psicólogos que por no ser humanistas no sabían presentar su mercancía; pozos de ciencia, pero pozos tan hondos, tan hondos que nunca se llegaba a sacar agua de ellos para provecho de la humanidad.

El humanista es el hombre que de una manera disciplinada (no por

brotos primarios) cultiva las letras e ilustración humana. Como empero las galas del bien decir suponen materia sobre la cual ha de versar lo estudiado o ilustrado, el humanista aplica sus letras, su buen gusto, su "chispa" ya a la crítica, ya a ciencias exactas, ya a las que podemos llamar más propias de él, que son la historia, la filología y la psicología. El humanista es versado en los hechos humanos, en la narración de ellos coordinada en el tiempo y en el espacio o sea en la historia, la cual historia de por sí lleva a la psicología humana: al análisis de nuestros apetitos y pasiones.

Este cultivo reflejo de las letras e ilustración humana fue el que tuvieron muchos hombres sabidores, del Renacimiento. En su florescencia ya desde el siglo XIV, fueron por primera vez llamados humanistas.

El Renacimiento tendía en su parte noble y grandiosa y además específica, a hacer revivir para todo el mundo las letras clásicas, reclusas durante la Edad Media en los monasterios. Envolvió por algún tiempo en el primer tercio del siglo XVI también otra idea, la de cierta rebelión y en algunos casos de menosprecio a las cosas y ciencias cristianas; muchos humanistas se trocaron en paganos y dieron con sus huesos en el protestantismo. Esta última parte, la rebelión, por lo menos en la práctica, no formó un sector integral del humanista. No sólo, sino que la Iglesia fue la que desde entonces vino produciendo metódicamente humanistas, formando a la juventud en letras humanas y hasta perpetuando, casi con exclusividad, el nombre de humanistas entre los estudiantes jóvenes que se dedicaban al cultivo reflejo de las letras e ilustraciones humanas. Suele decirse que la Iglesia bautizó a Aristóteles, queriéndose significar que se sirvió de la filosofía peripatética como de un peldaño y auxiliar para las ciencias sagradas. De manera análoga pudiéramos decir que la Iglesia bautizó a Cicerón, a Demóstenes, a Homero, a Horacio, a Virgilio y que seguirá bautizando a todo lo decente de este mundo.

Fray Julián Garcés, ya lo hemos dicho, fue quien rompió la marcha de los humanistas que aisladamente fueron llegando a nuestra Patria o produciéndose en ella.

De sangre hidalga y en el corazón del noble reino de Aragón nació Julián Garcés, el año de 1447. Muy joven aún se puso a estudiar bajo la dirección del célebre humanista D. Antonio de Nebrija de quien salió tan aventajado discípulo como puede comprobarse por la galanura y brillante latinidad de su famosa humanitaria carta a Paulo III en favor de los indios; dicese que el mismo nebrisense solía decir que necesitaba estudiar para poder igualar a su discípulo Garcés. Terminó sus estudios, profundos y eruditísimos, en la Universidad de la Sorbona en París de Francia; vuelto a España tomó el hábito dominicano en Calatayud llegando pronto a ser por su fácil

palabra y su conocimiento de las letras sagradas, eminente predicador, y como tal le llamó a su Corte, Toledo, el Emperador Carlos V.

Cuando se tuvo noticia de la tierra descubierta por Fernández de Córdoba dos años antes de empezar las hazañas de Hernán Cortés (1517), Fray Julián fue presentado por el Emperador como Obispo "Carolense y de Santa María de los Remedios" sin que nadie supiese a punto fijo lo que todo eso significaba. Poco más tarde, aprovechándose el César de la facultad de marcar límites a las Diócesis de sus dominios quiso concretar un poco más y soltó este imperial rompecabezas: que le daba a Garcés "la Provincia de Tlaxcala y San Juan de Ulúa que confina con aguas vertientes hasta llegar a Maltrata y la Villa Rica de la Vera-cruz y la Villa de Medellín con todo lo de Tabasco y de-ende el Río de Grijalva hasta llegar a Chiapas".

Garcés debió llegar a Tenoxtitlán-México a principios de 1528 y desde entonces le vemos tomar parte en todo lo principal que hubo en esta ciudad hasta fines de 1531, cuando se le ordenó ir a su Provincia eclesiástica de Tlaxcala. He aquí un caso de virtud heroica cual fue el de recluirse entre aquellos indígenas que apenas si comprendían los rudimentos de la lengua castellana, teniendo así el Pastor que sacrificar entre los ministerios de su cargo todo este tesoro de erudición adquirido en lo más culto de Europa; vemos, sin embargo, a Garcés predicar, no tan sólo en su Diócesis continuamente sino de vez en cuando en la ciudad de México. Por cierto que una vez (debió ser por el año de 1533, y por consiguiente hace cuatro siglos) estando predicando en la Catedral de la gran Tenoxtitlán, en lo más arrebatado de un período oratorio se le escaparon los dientes que, pasmémonos, eran postizos; atrapólos en el aire, por fortuna, y aquel hombre de gracejo natural y de oportunidades, con la dentadura en la mano, lejos de intimidarse, volvióse al público y dijo: "De otros predicadores habréis oído decir que con el fervor de la elocuencia arrojan sangre, pero de nadie, que haya echado hasta los dientes". Granjeóse una vez más la benevolencia del auditorio y prosiguió su elocuente sermón. No quedan muchas cartas de él; pero en las que tenemos, sobre todo en la que escribió junto con Fray Juan de Zumárraga, campea no sólo la natural soltura y riqueza de su lenguaje, sino ese cultivo en las letras latinas clásicas de que a cada paso va ayudándose, ya sea largando un medio dístico, ya refiriéndose a Marco Tulio o ya también parafraseando o romanzando, como entonces se decía, alguna frase del texto bíblico.

Aun cuando Garcés era humanista, su influencia como tal en la Nueva España o en aquel rincón de la Nueva España, no fue ni pudo ser mucha, pegado a su ministerio apostólico primero en Tlaxcala y luego en Puebla donde murió. Tenía entonces 95 años de edad. Mereció de su Capítulo

estas tres significativas palabras para epitafio: SAPIENS. INTEGER. EMERITUS.

En el año de 1536 el puerto y Villa Rica de la Vera-cruz eran teatro de una singular escena; acababa de llegar el Galeón de San Lucas de Barrameda. Tan luego como hubo desembarcado el pasaje oficial, héchose la requisitoria y las pesquisas del caso, saltó a tierra la turbamulta de colonos a las Indias Occidentales de S. M. Católica. Entre ellos venía un grupo numeroso de devotos frailes agustinos presididos por aquel insigne hombre a quien tanto debe la independencia y el ser mismo de la Nueva España, Fray Francisco de la Cruz; junto con aquellos frailes venía también y alternando con ellos, un elegante y joven clérigo toledano, tenía entonces treinta o treinta y un años de edad, era alto, delgado, de nariz aguileña y de ojos muy grandes y muy vivos, llamábase Alonso Gutiérrez. Llamóse entonces, por última vez, Alonso Gutiérrez. Fue el caso que tan luego como hubieron llegado, aquel joven clérigo postrado a los pies del Provincial Agustiniiano le pidió el hábito de su Orden que le fue dado allí mismo en la Vera-cruz y por cariño al país donde tan señalada merced y beneficio recibía trocó el apellido del mundo por este nuevo y devoto de Fray Alonso de la Vera-cruz; en su propia mente sonaba así: Fray Alonso entregado a la verdadera Cruz de Jesucristo.

Habíanle traído los agustinos de esta Nueva España conociendo su saber y sus letras para que enseñase Artes y Teología a los frailes jóvenes de la referida Orden; dejó para ello, puestos honoríficos en Alcalá de Henares, donde había cursado con notorio aprovechamiento, dejó sus esperanzas de Salamanca, legendaria metrópoli de los altos estudios en tierras castellanas, dejó el pingüe beneficio y los honores que esperaba de los poderosos Duques del Infantado quienes le habían entregado la educación y dirección de sus hijos: pero Alonso era hombre de grandes empresas, incapaz de reducirse a rincones ni pequeñeces, era el tipo del "alma castellana, alma volandera, siempre enamorada de una gran quimera".

Como era realmente hombre superior, reconocido como tal no sólo aquende sino allende los mares, la carrera del P. Alonso Vera-cruz en la Nueva España se sostuvo siempre en las líneas del alto gobierno de su Orden, de los grandes puestos científicos y literarios, de las máximas actividades en la construcción de obras primarias intelectuales y materiales de nuestro país.

Creo que sin exageración puede llamarse a Fray Alonso Vera-cruz la piedra fundamental de la Universidad de México: no fue el primero que pensó en ella. El primer pensamiento de universidad que no paró en pensamiento sino en una petición oficial, razonada y fructífera fue de D. Fray Juan de Zumárraga. Es infundada la protesta del prologuista a la reimpre-

sión moderna de la Crónica de Plaza, porque “invariablemente se asocia el nombre de Zumárraga con el del Virrey Mendoza en lo que toca a la fundación de la Universidad”, quedan en pie, descubiertas por mí en Sevilla y publicadas dos veces por mí, una en los documentos del siglo XVI y otra en el Primer Tomo de mi *Historia de la Iglesia en México*, las cláusulas de una carta o instrucción de Fray Juan de Zumárraga a Carlos V para que se fundase Universidad a donde se lean todas las facultades, ciencias y Sacra Teología, “porque si S. M. (decía), habiendo en España tantas universidades y tantos letrados ha proveído a Granada de Universidad por razón de los nuevos convertidos de los moros, cuanto más se debe proveer, por semejante manera, a esta tierra a donde hay tantos nuevamente convertidos de gentiles, que en su comparación el reino de Granada es meaja en capilla de fraire y no tiene como he dicho universidad ni doctrina, por tanto suplica a S. M. el Obispo mande en todo caso establecer y fundar en esta gran ciudad de México una Universidad en la que lean todas las facultades que se suelen leer en las otras universidades”.

Es ingratitud el haber desconocido en ese prólogo al verdadero fundador, al que expuso los motivos por los cuales se dio la Cédula que D. Antonio de Mendoza no hizo más que recibir mucho después del año de 1537, en que Zumárraga había mandado ese memorial razonado a la majestad del César Carlos V. Para eliminar a Zumárraga de entre los fundadores morales de la Universidad se reprodujo mal la Cédula Imperial de Fundación. Dice el texto de ésta que “a petición de los Prelados Y Ordenes religiosas”, etc., se fundaba. El prologuista “olvidadizo” lee y estampa “los Prelados DE Ordenes religiosas”. Con el cual juego de manos deja fuera a Zumárraga y a todo el Episcopado.

La Cédula Real de Fundación llegó solamente el año 52, mas esa misma habría quedado sin ejecución de no haber tenido los gobernantes y prelados deseos de establecer una Universidad a alguien que fuese el alma de esta institución, y no le tuvieron sino cuando Alonso de la Veracruz, libre ya de sus cargos de Lector y Provincial de los Conventos de Michoacán, pudo ser utilizado por los Superiores para que con su ciencia y con el peso de su doctrina moviese este gran edificio intelectual de la ciudad de México. Por eso, aun cuando no tuvo el título oficial de Rector primero, sí fue el primer Doctor “por donde en junta tenida en las casas de la Audiencia de la Ciudad de México a los 21 días del mes de Junio de 1533, con el Excmo. Sr. D. Luis de Velasco, Virrey de esta Nueva España, los muy magníficos señores Lic. D. Antonio Rodríguez de Quesada, Lic. Francisco Herrera, Lic. Antonio Mexia, Oidores de la Audiencia de esta Nueva España para fundación de la Universidad que S. M. mandó fundar en la ciudad de México, ordenaron, lo primero: que hubieron por incorporado de maestro en Sagrada Teología

al M. R. P. Fray Alonso de la Vera-cruz atento a que mostró ser maestro en dicha facultad por tres capítulos generales, de lo cual mostró fe y ejecutoria en forma y se declaró ser el más antiguo en dicha facultad”.

Tomó desde luego las clases más serias y de más estudio cuales fueron la de prima de Teología y la de Exégesis y Hermenéutica.

Con todos estos méritos no podríamos, sin embargo, poner a Fray Alonso de la Vera-cruz como uno de los fundadores del humanismo en México, mas considerando estos mismos cargos, no escuetamente sino como él los llevó a cabo, veremos que sí hay razón para tan honrosa afirmativa.

La clase de Hermenéutica en aquellos tiempos y más después de haber ya hablado Erasmo, Lutero, Dasa, Ecolampadio, humanistas más o menos protestantes, no podía sostenerse sin un gran conocimiento de las objeciones por parte de ellos y de las consiguientes respuestas basadas en largos y variados estudios de letras humanas, latinas, griegas, hebreas y aramaicas. Tipo de estos estudios humanistas, fue la biblia poliglota del Cardenal Cisneros, uno de cuyos ejemplares trajo Fray Alonso Vera-cruz y legó al Convento de Charo, de donde fue “nacionalizado” para el Colegio del Estado de Puebla.

Era Fray Alonso compañero y amigo de ese otro gran humanista Fray Luis de León, gloria y prez de las letras castellanas. El humanismo de Fray Luis de León podría llamarse humanismo con alas, lo eleva ciertamente a muy grande altura y refleja en todo el bien decir y en todo el estilo del ilustre maestro salmantino la lumbrera clara de nuestra fe y un espíritu gigantesco de cristianismo y de dulzura. ¿Cómo podría no ser humanista un amigo íntimo de Fray Luis de León y que conocía, glosaba y comentaba sus obras con fruición?

Cuando Fray Alonso de la Vera-cruz fundó y regentó el Colegio de San Pablo, uno de los más antiguos monumentos que nos quedan, uno de los pocos del siglo XVI en esta Capital; aparte de dar sus lecciones de Artes, Teología y Hermenéutica, no creía haber dispuesto a sus jóvenes para el combate práctico de la vida, si no les tenía al tanto de la literatura corriente de sus tiempos. Sabía perfectamente el P. Fray Alonso de la Vera-cruz que una buena biblioteca, era no sólo el ornamento sino como el dínamo intelectual de las comunidades. La corrupción y las dificultades de carácter rijo tuvieron lugar en las comunidades en donde no había una buena biblioteca, o donde la buena biblioteca no era asimilada.

Empapado en estos principios Alonso, al regresar de España hacia 1560, tuvo la idea de proveer de una buena y gran biblioteca a su Convento y Colegio de San Pablo en México. Cuando, pues, regresó con el cargo, por cuarta vez, de Provincial de la Nueva España y Visitador, trajo consigo nada menos que sesenta cajones de libros, núcleo principal de la gran biblioteca agustiniana en la ciudad de México.

El buen humanista es bibliófilo, no se contenta con haber fundado un núcleo, va adquiriendo, y así lo hizo Vera-cruz, las obras todas de importancia que en las diversas disciplinas del saber humano se iban publicando en toda Europa. Tan pronto como llegaban hacíaslas poner el famoso fierro con que quedaban marcados los libros, designándolos como propiedad del Convento, hierro de doble efecto: quemó entonces los cantos de los libros y tres siglos después también dejó herradas a fuego las frentes de los que malamente las adquirieron.

Marcados o herrados los libros, Vera-cruz no se los leía, se los devoraba, los anotaba rápidamente, cual puede verse en muchos que pasaron por sus manos. Acto continuo, a veces el mismo día, en su buen romance toledano que no en latín como se hacía en las cátedras, daba cuenta a sus estudiantes del libro recién venido de Europa, examinábalo, daba sus luces y opiniones sobre él y probablemente lo entregaría a aquel o aquellos de sus discípulos que supiesen aprovecharse mejor para que, terminada su lectura, lo colocasen en su correspondiente anaquel y perpetuasen los conocimientos. Esto es tener el carácter, el temple de humanista; sabía que una biblioteca tiene que estar bien presentada, de ahí que no sólo le destinase un amplio salón, sino que la decorase, como consta por un biógrafo suyo, Grijalva, con mapas, esferas, cuadros que ennobleciesen y formasen el ambiente de lectura y de recogimiento que viene a redondear la perfección de una buena biblioteca y aumenta las facilidades y hasta la inspiración del que en ella lee.

El P. Vera-cruz merece bien de las letras no sólo en la ciudad de México sino en toda la Nueva España por cuanto, como bien se dice de él, era el oráculo de todos estos reinos; y por "estos reinos" hase de entender la actual República y todo lo que entonces era Nueva España; desde Oregon hasta Panamá y desde las Islas de Barlovento hasta las Islas Filipinas. En Manila conservaban hasta hace pocos años una carta, Plan de Estudios y Directorio Espiritual que a las Provincias Agustonianas de Filipinas dirigía desde México el sabio cuya biografía vamos resumiendo.

A él se debe también la fundación y primera traza y estilo de esos conventos agustinos de Michoacán que aún hoy, en calidad de ruinas, son de los primeros monumentos del país. Ahí está en su península de un verde virginal, sobre el lago de Cuitzeo aquel glorioso Convento del siglo de oro, la mejor y más artística mansión eclesiástica que en México conocemos, aunque no tan grande como el ya citado Convento de Yuririapúndaro.

Era Vera-cruz muy gran repúblico, como entonces se decía. Entendía de edificar con solidez, con amplitud y con arte, entendía de arcaduces para llevar agua desde remotas fuentes a las poblaciones donde estaban sus Conventos, entendía de pertrechar éstos cuando el caso llegare para la defensa

natural del pueblo todo, entendía de huertas y de regadíos y de plantar grandes árboles como los que aún vemos en el fragmento de huerta de San Agustín de Morelia y en los históricos cedros de Yuriria que hasta hoy viven vinculados con la leyenda. Se llama el uno "Don Juan Trombón" y el otro "María Patueca".

Es lástima que por su grande prudencia y conocimiento de las leyes buena parte de los talentos del P. Vera-cruz hayan sido empleados para dirimir los innumerables litigios que ocurrieron en su tiempo. Estos litigios, por la amargura que dejan en el carácter, por la aridez de su estilo, por las responsabilidades que acarrear, matan otros sentimientos más a propósito para cultivar la belleza y las ideas elevadas y fecundas.

Varias veces estuvo a punto la Nueva España de verse privada de hombre tan grande, por las mitras que le ofreció y muchas veces, la Corona, para otras partes de la América, mas él con entendimiento superior y con un gran sentido práctico renunció a todas estas mitras. Debía tener bien meditado que el destino del hombre no depende precisamente de la altura jerárquica que ocupa sino de llenar su misión, cualquiera que sea, y más cuando esta misión es insuplible: él probablemente sin decirlo a nadie, comprendió que era más fácil encontrar obispos que regenteasen esas Diócesis de León de Nicaragua o de Camagüey que no un Doctor de conocimientos tan profundos y extensos, como eran los que él había acumulado.

El P. Vera-cruz grave y sencillo sin desaliño, humildísimo sin bajeza, noble y generoso, grave y cortés, con la mira siempre puesta en lo que siempre sin interrupción ni mudanza ha de durar vivió en la Nueva España largos 50 años falleciendo después, a los 80 de una vida increíblemente laboriosa.

Como a fundador de la Universidad, con todas sus cátedras de ciencia y de letras, como a gran bibliófilo (amador de libros) difundidor de doctrinas, el humanismo en México debe contarle entre sus primeros fundadores.

Escribió nueve eruditos y voluminosos libros que fueron reimpresos, en su mayor parte, en Europa.

Pocos meses antes de fundarse la Universidad de México en 1551 el P. Vera-cruz sostenía, muy verosímelmente, este diálogo, en su celda de San Pablo: —“¿Y de dónde sois, amigo D. Francisco?— Soy como vos, padre maestro, de Toledo, de la imperial ciudad. Allí también me crié hasta que hube de ir a Flandes sirviendo al Rey (que Dios guarde). —¿Sois pues de mucha aventura y de muchas aventuras? —Llevo visto mucho de bien y de mal en este mundo. —¿Y qué os trae aquí ahora, y por dónde os vino el deseo de pasar a Indias? —Ya de largo viene, maestro Alonso, que siendo mochacho aún, en Toledo, vide llegar ahí al santo y primer Obispo Fray Juan de Zumárraga. El año de 1533, hubo largas pláticas

en el Alcázar con el Emperador nuestro señor, y luego así en la Corte como en Sevilla hube yo largas pláticas con el Sr. Marqués D. Hernando y pasé luengos ratos con él a la sazón que él miraba por la fábrica de su palacio que es en el barrio de San Lorenzo de Sevilla, e ahí, mientras dirigia a los alarifes, hizome grandes pláticas e de como se hubo en la conquista de estas tierras, e del Montezuma e de otras cosas notables, que yo pienso de poner por escrito y en orden de crónica según y como D. Hernando me lo dijo: y como yo soy inquieto y aventurero como decís, parecióme mi rincón de España y aún toda ella, chicos para me contener e di en venir a esta tierra con cartas que os traigo de vuestros discípulos los Señores Duques del Infantado”.

Era quien así hablaba el gran cronista, el egregio humanista D. Francisco Cervantes de Salazar; hombre algo inquieto en buen sentido, de grandes talentos naturales y de un profundo conocimiento de la lengua de Lacio que ejercitó en la Península como Secretario Latino del Cardenal D. Fray García de Loaza. Ya para cuando vino a la Nueva España tenía escritas e impresas en un tomo, estampado en casa de Juan Brocar en 1546, varias obras de importancia literaria, un diálogo de la dignidad del hombre donde se trata de las grandezas y maravillas que hay en el hombre y por el contrario de sus trabajos y miserias. La segunda es el *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*. La tercera la *Introducción al camino para la sabiduría*. Aparte de estas obras mencionadas por nuestros bibliófilos, el actual bibliotecario Provincial de Toledo, me dio noticia de una obra dedicada a la Concepción de la Virgen María que dedicó Cervantes a la Marquesa del Valle, mujer (viuda ya cuando se escribió) de Hernán Cortés.

Vio el P. Vera-cruz en Cervantes de Salazar y lo mismo hizo ver al Rector y Claustro futuro de la Universidad, que este letrado toledano era el hombre providencial para regentar las clases de Retórica y presidir la parte literaria y galana en los actos públicos de la Universidad.

Y así, al inaugurarse los Estudios el 30 de Junio de 1553, nuestro Cervantes abrió la sesión con egregios cuádrimembres ciceronianos.

Francisco Cervantes de Salazar era hombre ciertamente de ingenio extraordinario, de muy vasta y variada lectura, conocedor de muchos tópicos dignos de los humanistas y deseoso de aprovecharlos en bien de la juventud que estaba a su cargo. Una de las obras más conocidas en el terreno literario son sus Diálogos; publicó primeramente los diálogos de Luis Vives, comentados por Cervantes con gran acierto y con muy exquisita latinidad. La ciceroniana y castiza no creemos que haya sido muy general entonces ni en la misma España. A continuación de los Diálogos así glosados cuyo autor es Luis Vives, Cervantes de Salazar imprimió otros tres de que es propiamente autor, muy importantes para la historia de México,

el uno describiendo la Universidad, el otro describiendo la parte interior de la ciudad de México *Mexicus Interior* y el tercero *Mexicus Exterior* pintando las afueras de la ciudad con noticias también de remotas provincias y regiones.

Si Cervantes de Salazar hubiese ya estado en posición amplia y desahogada, subvencionado además por el Rey y mejor todavía para estar más libre, hubiese contado con recursos personales, él era el llamado a levantar y organizar la cátedra y por medio de estos discípulos también orientar la literatura en la Nueva España. Mas no era esto así: tenía el buen literato que luchar por la vida. Creyó además que estaba llamado a la vida sacerdotal, hacía pues estudios para ordenarse, al mismo tiempo que enseñaba y luchaba por la existencia como aquellos pobres catedráticos de la Universidad cuyos sueldos eran irrisorios. Al profesor de Retórica en los tiempos de nuestro Cervantes tocábanle solamente 165 pesos de tipuzque, 3 tomines, 4 granos al año. Ahora vamos a ver, aunque el paréntesis sea proporcionalmente largo, cuáles eran los gastos de un hombre de su talla y de su posición.

Nos informa el ingenio Sancho Sánchez de Muñon en documento que descubrí en los Archivos de Sevilla: “Suplico a V. merced, decía al Virrey, se sirva de poner ejemplo en un racionero que es un medio entre las personas de la Iglesia, costarle el alquiler de una casa razonable de las pequeñas, a lo menos en México, ciento y veinte pesos de Minas al año, poco mas o menos, que ese es el común valor de las casas medianas en aquellas partes, de las muy comunes. Para se vestir ha menester cada año dos pares de vestidos; pero póngole uno, no más, que con calzado y hechura, que en Indias no es lo que menos cuesta, atento a que la bara de paño vale a once y doce pesos de tipuzque lo muy común y cualquiera otra ropa para jubones y otras partes del vestido es muy costoso, le echo cada año doscientos pesos de tipuzque que vueltos en pesos de Minas son ciento y veinte y es muy poco; para el servicio de cosas de lencería, de camisas, sábanas y cosas de la mesa y otros negocios ajenos a éstos, sobrepellices, etc., le echo un año con otro sesenta pesos de Minas; para vestir sus criados y comprar alguna vez un esclavo que le sirva le echo un año con otro ciento de Minas, también ha menester comprar una mula y sustentarla y aderezarla de paño que esto cuesta mucho porque el paño es muy caro y el maíz cuesta cada fanega 8 reales, échole unos años con otros mas de 80 de Minas, pues para comer y sustentarse a sí y a sus criados y casa cada año, bien ha menester \$ 300.00 de Minas, de manera que será menester limitarse mucho en el gasto para no excederlos (¡\$300.00, mantenimientos anuales de un beneficiado y su servidumbre!). Pues para cosas extraordinarias que se suelen gastar cada día, como si estuviera enfermo, si se le muere un esclavo,

si tuviese un huésped, si diere una limosna, razón es que tenga cada año \$ 160.00, todo monta limitadamente ocho cientos y ochenta pesos, al fin novecientos pesos de Minas cada año”.

Echando cuenta de lo que le daban a Cervantes Salazar en pesos de tipuzque que valían solamente 60 centavos, nos resulta que en conjunto le daban \$ 99.00 al año, siendo los que necesitaban novecientos poco más o menos.

Repito aquí la misma observación que hice en el Tomo II de mi *Historia* al tratar de la parte económica de la Universidad de México: “Cómo exigírseles nada ni estimular para nada a esos catedráticos. El que no contaba con la mesa puesta en su convento (y éste era el caso de Salazar) tenía que buscarse y dar su mejor tiempo a otra ocupación más productiva que su cátedra, tenía que estar esperando los donativos de grados y propinas y demás gajes que de suyo tienden contra la dignidad y libertad de las cátedras”. Además, Cervantes Salazar no podía esperar ni estos gajes, puesto que no había grados en letras.

Aún sacó tiempo nuestro Cervantes para escribir su preciosa *Crónica de la Nueva España*, obra que por largos trescientos cincuenta años quedó inédita y manuscrita, que descubrió primeramente para sí mismo y encubrió para todo el público D. Francisco del Paso y Troncoso. El mismo documento que descubrió con todas las glorias de una verdadera descubridora y con la idea que pronto realizó, de entregarlo a la luz pública, la recientemente fallecida señora Dña. Celia Nuttall, benemérita de la arqueología e historia en México.

Once años, o sea hasta 1564 estuvo nuestro Cervantes al frente de la cátedra de Retórica y de todo lo literario que hubiese en la Universidad, a él tocaría el corregir los poemas que se presentaban en diversos certámenes, a él criticar en el mejor sentido de la palabra a los literatos de su tiempo, a él el dar a los Prelados su juicio sobre las cualidades y facultades que para predicar, doctrinar o regentear cátedras tenían los discípulos ya que el solo saber nada aprovecha si no se tiene manera de presentarlo.

Cervantes Salazar tuvo como sucesor en la Cátedra a un bachiller Frías, quien la tuvo otros once años. Renunció Frías porque le pareció poco el sueldo y porque ya se había hablado de fundar cátedra de Medicina en vez de la de Retórica. Aparte de esta razón que era buena, tuvo la de haber ya llegado a la Nueva España tres años antes los PP. Jesuítas a los que se les fue de una manera instintiva toda la juventud. Algún celillo originado por los innegables triunfos de la referida Orden arrancó de Felipe II una Real Cédula sobre que en el Colegio de la Compañía de México no se dicesen grados ningunos, y otra más dura para que a

ninguno de los que estudiasen en dichos colegios se les admitan sus cursos. La Real Audiencia representó a la Corona los inconvenientes que se seguían: “Como de los estudios de la Compañía, decían los Oidores, se ha visto resultar mucho fruto porque hay muchos colegiales que hacen demostración de buenas cualidades, y si estos tales tuviesen de acudir a la Universidad, de más de que sería sin efecto, por la falta que hay de las dichas cátedras, sería causa de cortarles el buen principio que tienen”. Bueno estaba Felipe II para que una Audiencia de “las nuestras Indias” le diese lecciones. Al margen de la petición escribió: “Sin embargo de lo que dice, se cumpla lo que por Cédula está proveído”. “En cuanto a lo de gramática oírla ha donde cada uno quisiere”. Después esta misma Cédula se revocó para que se “retrujiesen” los estudiantes de gramática en la Universidad. Aquí tenéis un ejemplo de monopolio de la enseñanza.

Los jesuítas habían llegado a México en 1572, “Al México invíe Padres haciendo que sean pedidos o sin serlos”, fueron las palabras del mismo Loyola el 12 de Enero de 1549.

Habíanlos pedido D. Vasco de Quiroga así como Fray Agustín de la Coruña que había conocido a Ignacio de Loyola en sus mocedades allá en Salamanca. También había procurado que viniesen jesuítas D. Martín Cortés Marqués del Valle, hijo legítimo de Hernán Cortés que fue novicio de la Compañía de Jesús. Obstruía la salida de España una Real Cédula que como muralla se interponía entre ellos y la América. Vencida que fue esta dificultad por el Santo Duque de Gandía, enviados por él llegaron a México quince sacerdotes al mando del P. Dr. Pedro Sánchez. Entre ellos se contaba el primer profesor de *Humanidades*, cátedra ya así intitulada, que fue el P. Juan Sánchez Vaquero, otra insigne columna del naciente humanismo en Nueva España.

Era también toledano, qué casualidad, como lo habían sido Vera-cruz y Cervantes Salazar; llegó a México sin ordenarse aún de sacerdote; mas pronto recibió las sagradas órdenes del segundo Obispo de Michoacán. Sánchez Vaquero fue el primero que, en forma, tuvo la clase de letras en el Colegio de San Pedro y San Pablo y a su buena manera de enseñar, puede verosímelmente atribuirse esa desbandada que hubo de la Universidad, a que ya nos hemos referido.

De su puño y letra tengo su Crónica Inédita de la Nueva Compañía de Jesús en la Nueva España y que estoy a punto de editar. Un parrafito de esa Crónica que intitula Sánchez Vaquero “Aprovechamiento de nuestros estudiantes en la latinidad”, dice: “llegados a México los PP. lo primero que se forzó con su venida fueron los estudios del Colegio de México como cosa en que todos tenían puestos los ojos y empresa que Dios tenía deputada a la Compañía. Habían ya algunos de nuestros estudiantes acabado su novi-

ciado y reformándose en la lengua latina aventajadamente con otros muchos estudiantes de fuera, así de los Seminarios, como de sus casas, que, con sus ordinarios ejercicios literarios, así en prosa como en todo género de versos latino y castellano, habían admirado en la ciudad como caso tan nuevo en esta tierra. En especial las fiestas de Nuestra Señora se celebraban en nuestra Iglesia con todo aparato y con composiciones que servían de adorno de las paredes y daban entretenimiento a los lectores. Se hacía una oración latina en razón de la festividad que se celebraba y un panegírico latino y entretregido algo de romance para el auditorio que pocos había entonces latinos; acudía a ese ejercicio gran número de pueblo, parte por la mucha devoción que todo el tiene a la Imagen de Ntra. Señora y parte por oír gorgear a sus hijos, y a esta fiesta nunca faltaba el Sr. Virrey que no cabe de gozo por ver esta juventud tan bien ocupada y medrada como cosa que tanto había deseado y procurado, y por largos que fueran estos ejercicios ni enfadaban ni cansaban”.

Hasta entonces el humanismo había estado o en personas particulares o en grupos pequeños a la sombra de la Universidad, grupos que resultaron casi estériles en el terreno de la literatura.

Juan Sánchez Vaquero, con una actividad sorprendente, logró ampliar en la ciudad de México sus conocimientos y extenderlos por toda la Nueva España; su campo principal fue Pátzcuaro primero y luego Valladolid, regiones a las que amó y de las que nos deja preciosas descripciones que tengo también inéditas en mi poder.

Gran parte debió caber a Sánchez Vaquero o a sus discípulos y de todas maneras a sus compañeros, en ese alarde, mejor dicho derroche de humanismo poético, clásico, pictórico, plástico, musical que tuvo lugar en México cuando llegaron de Roma las preciosas reliquias que trajo el Procurador de México ante Roma, el P. Pedro Díaz. No se trataba ya entonces de fiestas como los Autos Sacramentales de los franciscanos (entre indios y con adornos de flores y tules, *teponaxiles* y chirimías), tratábase de reproducir en la capital de la Nueva España lo mismo que se veía en las Cortes de Valladolid, Toledo o Sevilla. Mucho se ha comentado aquella fiesta, mejor dicho, días enteros de fiestas. Nosotros tenemos la descripción original de testigo de vista por donde venimos en conocimiento de lo adelantadas que estaban ya en el México de 1580 las artes y del impulso especial que en aquella ocasión recibieron con tan plausible motivo. Arcos triunfales en diversos estilos, copiados de los mejores de Roma, damascos, terciopelos, y rasos, estatuas e inscripciones en todas las lenguas, músicas acordadas con acompañamientos de sacabuches y dulzainas y pífanos y atambores, declamación de composiciones en prosa y verso de muchos y variados metros, en griego y en latín, en inglés, francés y castellano. Nos ponían ya aquellos humanistas

en contacto con el mundo actual, era ya un desprenderse de los clásicos, era elevarse sobre ellos, contra lo que se ha dicho sobre "moldes tiránicos", era también dar alas a la mocedad para que en su lengua vernácula con arrestos juveniles pudiesen dar a conocer sus ingenios y la carrera de letras a la que Dios les llamaba.

Hubo con esa ocasión dos dramas en toda regla, uno intitulado *La persecución de Diocleciano* y otro *La restauración de la Iglesia hecha por Constantino*, todo con sus trajes más o menos apropiados, y subrayo el menos porque en este punto de indumentaria sí anduvieron los artistas del siglo XVI bastante anacrónicos. Todo ello era con gran fondo de moral, decencia, prestancia y señorío. ¿Quiénes fueron los autores de esos dramas? ¿Habíanse ya compuesto en España y traído aquí? ¿Fue tal vez el mismo Sánchez Vaquero o el P. Pedro de Morales que para el efecto los compusieron? He aquí un enigma que afortunadamente está en buenas manos, en las de un investigador joven que dará con ese y con otros muchos datos de nuestra historia literaria.

"Nació Juan Sánchez Vaquero en Puerto Llano, Diócesis de Toledo, de buenos padres, dice un biógrafo contemporáneo y lo crearon muy bien y en su juventud le enviaron a Alcalá siendo de diez y siete años; allí estudió las artes y en ellas mostró grande habilidad y agudo ingenio, graduóse y entró en la Compañía, aprovechóse en el Noviciado y en el Seminario de donde salió buen retórico humanista, (así le llamaban en su tiempo, *Humanista*). Fue el primero que dio en México, la clase segunda o de menores, leyó a los propios estudiantes jesuítas, acabado de ordenar fue con el fervoroso P. Juan Suárez de la Concha en misiones a Guadalajara y Zacatecas y acreditaron tanto los ministerios de la Compañía que no les dejaban salir sino que fundasen ahí, como lo consiguieron después. Dejando su actividad y elocuencia era gran filósofo, teólogo y gran moralista. Había resumido dos veces el Derecho Canónico y Civil y trataba de ambos derechos como si fuese esta su profesión y como si hubiera ejercido la abogacía toda su vida y ganado su caudal en abogar. En cosas de medicina trataba como si fuese un Hipócrates o Galeno y aunque en estas ciencias fue aventajado hizo más en las matemáticas y su parecer era estimado en primer lugar de los señores Virreyes y Oidores en obras públicas del Reino, como se vio en la obra maqui-nosa del Desagüe de México en que hizo mucho caso de su parecer el Marqués de Salinas que entonces era Virrey y después fue Presidente de Indias. Y en este punto no dejaré de decir brevemente lo que pasó con Enrique Martínez, Ingeniero Mayor del Reino, gran cosmógrafo y matemático como se lo oí al P. Juan de Burgos que en Compañía del P. Juan Sánchez asistió en ésta obra. Controvirtióse si la zanja o acueducto por donde se había de divertir el río de Cuatitlán y extraviarlo al río de Tula para que no

podiese entrar en la laguna de Zumpango que se derrama en las otras lagunas inferiores; sería bien hacerlo por socavón y taladro del cerro de Huehuetoca (como era de parecer dicho Enrique Martínez y a que el dicho Virrey se inclinaba por la brevedad) o bien por el tajo abierto como se va hoy haciendo. Dijo su sentir el P. Juan Sánchez y aunque confesó que lo que decía Enrique Martínez, para la brevedad era lo mejor, para la duración y seguridad tenía sus inconvenientes que en obra tan costosa se debían prevenir: Uno era que, en el corazón de aquel cerro había tierra floja y muelle o piedra dura; si lo primero, se verían obligados a afianzarla con cal y canto a mucha costa, porque el agua no asolvase el socabón o hacer a tajo abierto todo el acueducto con doblado y más que doblado costo. Si hallaban piedra dura, podía ser tan dura o tan grande que no se pudiese vencer a pico ni a barreta y se hubiese de dar guiñada, en que se podrían experimentar los mismos inconvenientes; que todos estos inconvenientes se excusaban con hacerlo desde luego a tajo abierto, que era su resolución. Siguiose el parecer del Ingeniero Mayor; mas andando el tiempo pareció que el P. Juan Sánchez, como si fuera zahorí o buzo de la tierra, vio lo que había en las entrañas de aquel cerro, porque al principio tocaron con tierra tan mueble que se vieron precisados a hacer bóvedas de *tezontli* por donde pasase el agua que al fin les robó la tierra en que se cimentaba y por debajo de ellas se fue el agua con mal logro de infinita costa que habían tenido. Cerca del fin se halló un peñasco tan grande y tan duro que hubieron que dar una guiñada muy grande para llevar el acueducto a la boca de San Gregorio por donde entra en el río de Tula. Lo que más me ponderó el dicho P. Juan de Burgos fue que, cumplidos los años que el P. Juan Sánchez por cuenta matemática dijo duraría el hacer dicho tajo abierto, se anegó México y se asoló el desagüe sin poderse remediar la inundación en seis años que duró el trabajo. Hubiéronse (sic) desde entonces de hacer el tajo abierto que se va haciendo a tanta costa de dinero y vidas como se sabe, y todo se remediaba con la providencia del P. Juan Sánchez". Hasta aquí el biógrafo.

El P. Ortigosa a quien toda la Provincia reconocía por universal maestro dijo en quiete pública que lo que más se admiraba en el P. Juan Sánchez era las muchas buenas letras que en él había, disimuladas con tanta humildad. Murió en el Colegio de Oaxaca el año de 1629 siendo de 72 años de edad y después de 42 años de trabajo en esta Nueva España.

Juan Sánchez Vaquero en la historia de nuestra literatura es no sólo una gran persona sino también una insigne personificación, la de la Orden que representaba; moría Sánchez Vaquero, pero sabía, como sabe todo jesuíta, que luego al punto tiene quien le reemplace en la brecha, sabe que su obra, su método, sus libros, su biblioteca pasarán a manos amigas que les

darán vida por luengas centurias. Hay una personalidad moral que se encarga de recoger, perpetuar y muchas veces de mejorar lo heredado.

Más que ninguna otra Orden Religiosa, la de Ignacio de Loyola fue la que recogió y cristianizó desde Roma misma las letras humanas. Por lo que hace a nuestra Patria, en tantos cuantos colegios fundó, juntamente con los estudios de gramática, tenía también los de letras humanas y Retórica Preceptiva. Muy poco después de establecida la Orden en México fundó los Colegios de México y Puebla. A la mitad del siglo XVIII ya tenía en magníficos edificios treinta y cuatro colegios, aparte de la Casa profesa Mexicana que era el centro de su gobierno y puede también considerarse en cierta manera como otro instituto educativo.

Abrió este nuevo ciclo de nuestra cultura el Colegio de San Pedro y San Pablo, tal vez el más antiguo edificio que hoy existe en la ciudad de México; siguieron el Colegio-Seminario de San Ildefonso reedificado tal como ahora está por el insigne michoacano P. Escobar y Llamas; el Colegio de San Andrés donde está instalado el Senado de nuestra República; el de San Gregorio para indios y, en las afueras de México, el imperial Colegio de Tepetzotlán.

En Puebla existía el Colegio del Espíritu Santo cuya fachada se ha encargado de blanquear el Estado de Puebla para usar todo el resto del edificio, lo mismo pasa con el Colegio de San Ildefonso hoy Hospicio, con el de San Francisco Javier, Cuartel; el Colegio del Estado de Querétaro fue el que hizo la Compañía de Jesús en aquella noble ciudad; había también colegio en San Luis de la Paz y otro en San Luis Potosí hoy Colegio del Estado; Colegio del Estado es en Zacatecas el que fue Colegio de los Jesuitas y lo mismo se diga del de Guadalajara; teníamos también Colegio en Guatemala y en La Habana; en Valladolid aún queda en pie, usado para escuelas del Gobierno, el macizo Colegio que empezó a edificarse desde fines del siglo XVI; otros había en Veracruz, en Mérida, Antequera o Oaxaca, Chiapas, Durango, Guanajuato, León, Parras y Chihuahua. En total 34 colegios, los únicos que con la Universidad existieron para las clases blancas en el país.

Las letras humanas a que solamente vamos a ceñirnos, dejando a un lado lo que entonces se llamaba curso de Artes, tuvieron como base firme el estudio de los clásicos latinos, griegos y castellanos. El método de estudio como que estaba bien pensado desde el principio, bien puede decirse que es el mismo que, a través de cuatro siglos, viene aceptándose dondequiera que la Compañía de Jesús se hace responsable de la juventud, y el gobierno no coarta la libertad de enseñanza.

Y es de advertirse que este mismo método es el que a través de tantas evoluciones siguen conservando para formar a su juventud todas las nacio-

nes que podíamos llamar prácticas y vividoras, yendo a la cabeza de ellas Inglaterra, Alemania, Bélgica y los Estados Unidos del Norte.

Como este método es el mismo que se siguió en mi propia educación literaria y el que yo seguí, ya como profesor de letras humanas y retórica, puedo hablar de él con alguna claridad. En la historia nueva os voy a dar historia vieja.

Presupuesta la mera inteligencia del autor que se tiene entre manos, digamos verbigracia Cicerón, Horacio, Demóstenes, Homero, Fray Luis de Granada, Jorge Manrique (inteligencia que toca el gramático en sus años preparatorios), supuesto el análisis gramatical que corresponde a los mismos estudios iniciales; toca al humanista hacer el análisis superior, análisis oratorio o poético según el caso. ¿Qué fuerza probativa tiene esta frásese? ¿Cómo se pone en buena luz el objeto que tiene que probarse? ¿Cuál es su correspondiente prueba? Esto para cada párrafo oratorio. La gran fuerza de los latinos, oradores y políticos estaba en la lógica. Apreciarse, ver la concatenación de las frases entre sí, la disposición que se les daba, las galas del bien decir con que se las ataviaba y luego reflexionar y hacer sentir la prestancia y la grandiosidad de la lengua, vienen a constituir un punto muy importante en este análisis superior. Repasada cada pieza clásica se la contempla, se la medita despacio y como saboreándola, para dejar que nos forme el gusto y vaya adaptando las mentalidades juveniles al modelo. Mas no cumple con la metodología seguida por los humanistas quien después de este análisis no hace una síntesis ni mira el conjunto de la pieza en sus grandes líneas, a distancia, para admirar la belleza de la estructura en general que es lo que corresponde a la parte más alta del entendimiento y el fruto de los verdaderos genios; Virgilio, por ejemplo, no es tan apropiado para desmenuzarse, lo que en él admira y lo que de él nos forma es lo equilibrado y proporcionado de los múltiples y variados lances de una obra tan grande, de una epopeya tan noble como su *Eneida*.

Mal se entendería el método humanista seguido en los colegios de la Compañía de Jesús si creyésemos que se ligaba incondicional y únicamente a los autores clásicos. No, éstos son tan sólo como un punto de partida. Para los entendimientos menos elevados o también para aquellos a quienes Dios llama a pesar de su buen talento, a la vida práctica y literaria y que podíamos llamar del orden común, esos clásicos le habrán encarrilado y le permitirán leer, sin dejarse arrastrar malamente por los autores modernos de prosa y verso, artes e historia que le vayan saliendo al encuentro en su vida. Un hombre así formado os hará una relación sesuda, clara, bien equilibrada, luminosa sin pretensiones, y elegante de una manera natural, y esto no tan sólo cuando se pone a escribir, sino que su literatura informará todos sus escritos de cualquier naturaleza que sean. Entre los abogados,

comerciantes, periodistas que han hecho alguna vez los estudios clásicos y que son humanistas de veras y los que nunca han hecho tales estudios, media todo un abismo de diferencia.

Aparte de estos ingenios ordinarios, hay genios, almas a quienes Dios ha dotado de dones extraordinarios. Pues bien, con la meditación y conocimiento que de ellos puede tener un maestro paternal, estos genios extraordinarios comprenderán que para ellos los Clásicos son tan sólo un principio: que después habrán de remontarse en alas de su inspiración a regiones extraordinarias, algunas veces mucho más elevadas y luminosas que las de los mismos Clásicos; y no será buen humanista ni aun humanitario el profesor que quiera ceñir a un molde al que ha nacido para ser un genio y para volar por sus propias alas y por sus propios derroteros. Tal pasó verbigracia, acercándonos ya más a nuestros días, con el poeta Zorrilla a quien sus propios profesores jesuitas, hechos ya por aquél los primeros estudios, le hicieron ver que sus caminos eran extraordinarios y que, aunque le servirían y le equilibrarían los estudios clásicos, él estaba llamado a dar al mundo nuevas luces las que ciertamente cabían dentro del humanismo modernizado, porque el humanismo, atendiendo a sus esencias, debe ser flexible y adaptable.

Parte de este método humanístico y vigente en México por dos siglos completos y vigente a medias después de suprimida la Compañía de Jesús otros ochenta años; parte de este método, repito, es el ejercitar moderada y científicamente la memoria. Las dos memorias, la memoria de los sentidos que recuerda las palabras por sus sonidos y la memoria del entendimiento, la facultad que recuerda de una manera intelectual más que las palabras mismas, los conceptos.

El entendimiento queda ejercitado no solamente por la transfusión lenta de ese sentido lógico, no solamente por el trabajo de síntesis y análisis, verdadera gimnasia del entendimiento, sino también y sobre todo, porque la imaginación, por un lado se ensancha y enriquece y por otro lado se encárnila debidamente.

La riqueza de la fantasía es de imponderable valor; muchos psicólogos ya convienen en que los entendimientos en todos los hombres son iguales, lo que hace que difieran los talentos es la imaginación. Es la imaginación con respecto al entendimiento lo que la paleta con respecto al pintor: el que cuenta con muy pocos colores no puede pintar grandes y variados cuadros, el que la tiene rica (en igualdad de circunstancias) será el que presente mejores producciones. Las naciones progresivas, si bien observamos el carácter de sus habitantes, lo son porque éstos tienen en último resultado más imaginación, más fantasmas con qué formar las especies impresas y por lo tanto más facilidad para encontrar *los términos medios* que son el gran puen-

te de oro del raciocinio humano. Mas, también, una imaginación desbocada llena de fantasmas fáciles y sensuales es, por otro lado, bien dañosa al mismo entendimiento y más dañosa aún a la constancia y fuerza de voluntad.

La presentación al público de los diversos trabajos es parte muy integrante del método humanístico tal como se proponía en los colegios jesuítas desde los áureos lustros de Sánchez Vaquero.

Todo hombre práctico con carrera o sin ella, debe salir de los estudios de humanidades apto para conseguirse lo que lícitamente quiere, mediante la palabra, apto para presentar sus pensamientos, si ha de ser algo en el mundo.

Cuidase, pues, en estos estudios de la lectura, la lectura ordinaria y la lectura académica o artística y se parte desde el elemento primario de la lectura o de la declamación, que es la voz humana. ¡Oh y cómo se ha perdido en nuestro México el arte y aun la preceptiva del bien leer! ¿Cuándo en nuestro México se educa lo fundamental de la voz que es la emisión del sonido? Los que nacemos en ciudades, los que pasamos nuestra niñez en lo que se llama vida de recámara, es muy difícil que saquemos ese torrente de voz que con tanta facilidad desarrollan los campesinos, y más aún los marineros o que viven en playas marítimas; gritar, gritar muy alto, gritar en diversos tonos, en diversos timbres es un ejercicio rudimentario que si no se hace a tiempo nunca jamás se suple. ¡Qué pena da a veces en nuestros círculos literarios y científicos el ver que piezas muy bien escritas, derroches de talento y de erudición son pronunciadas con voces casi ininteligibles o empañadas o faltas de esa prestancia con la flexibilidad y varonil dulzura que debiera acompañarla! Hay algo en este mundo que se llama vocalización y articulación que por desgracia se ha reservado únicamente para nuestros conservatorios de Música; hay también el arte de hablar, hay sus “mañas” que bien dispuestas son otras tantas reglas del arte de bien vocalizar y articular.

Cuánto debemos a mi profesor de Retórica que allá en las provincias vascongadas nos hacía subir las montañas del “Itzarraiz” cantando a grito herido para que nuestros jóvenes pulmones se ensancharan y luego, cuando llegábamos al rompe-olas frente al mar Cantábrico, nos hacía declamar diferentes trozos de buenos autores desafiando los múltiples ruidos del oleaje hasta que llegásemos a ser escuchados perfectamente de nuestros compañeros.

Ni basta haber escrito con elegancia y pronunciar articuladamente una oración, aparte de esto, y sobre todo ello debe acompañar al orador el dominio de su público, debe varonilmente sobreponerse a todos los respetos humanos e inútiles timideces, pésimos compañeros de quien va a enseñar

la verdad, a exponer la belleza y hacerla sentir. De ahí la declamación, cuándo es menester y cuánto es menester, de ahí los recursos oratorios, de ahí también esos atrevidos exabruptos de gran efecto que no caen fuera del sentido literario ni del verdadero método humanístico.

¿Cuáles fueron los frutos prácticos de esta educación en la Nueva España? Preguntádselo mejor a la antigua Universidad de México; centro respetable y solemne que proveyó a nuestra tierra y a muchas de Centro América y de Filipinas de abogados y jueces, y médicos y notarios y oficiales reales y de alcaldes mayores, a toda esta vida oficial y literaria de la Nueva España y de las hoy Repúblicas de Centro América más las Islas del Golfo y de las Filipinas; preguntádselo a tanta familia, donde en vez de los desórdenes importados por literaturas extranjeras e insana Filosofía, tenían en el jefe de cada una de ellas un hombre sobrio, morigerado, reposado y de criterio sano; preguntádselo a toda la Nueva España, entonces más que nunca, nuestra y entonces más que nunca, mexicana.

Preguntádselo también a nuestras bibliografías; aun descartando de ellas como debe hacerse honradamente, un montón de hojarasca que no son libros en ningún sentido de la palabra, ni sus autores pretendieron tanto; quedan siempre en favor nuestro, unos ochenta escritores de fuste, de verdaderos libros que en la época colonial tuvieron a México, no digamos pretensiosamente, al nivel de España, pero sí en su conjunto, muy por encima de toda la literatura producida por las naciones jóvenes de este Continente. Nuestras letras humanas florecieron en un Bartolomé de Ledesma, elegante teólogo, honra de los dominicanos, florecieron en más de cincuenta cronistas serios cuyas obras son hoy tan apreciadas hasta pecuniariamente entre los bibliófilos e interesados en nuestros orígenes y primera civilización.

Humanista fue Dávila Padilla, humanista de mucho peso y gran criterio, Remesal y Durán.

Acosta y Torquemada son humanistas de buena cepa, no son ya los sencillos narradores del siglo de oro y a veces aun participaron de los efectos del decadentismo, del churrigueresco literario, fruto no de los estudios clásicos ni del humanismo, tal como lo hemos descrito, sino precisamente, fruto de la desorientación que sufrían los que de este bien trazado y áureo carril se separaban; los verdaderos talentos no incurrieron en él, lo que es tanto más de alabarse cuanto que en ese siglo XVIII eran raros los que no naufragaban en ese maremágnum de literatura errática, antinatural y viciadísima.

Como lumbrera del siglo XVIII para todos los estudios, pero en particular para la historia, que como hemos visto es hija favorita del humanismo, floreció nuestro Clavijero, polígrafo y poliglota e investigador, quien supo informar los productos de su pluma con un estilo castizo, ordenado, luminoso y perfectamente racional. Sus trabajos como arqueólogo no son ahora de

nuestro resorte, adolecían de lo que adolecen los trabajos de muchos de ellos hasta nuestros días, de "delirium sapiens", pero bien escritos sí estaban. Clavijero murió escribiendo en bien cortados endecasílabos una preciosa versión del Kempis que yo recogí en el Archigimnasio de Bolonia.

Más literato, más historiador, más elegante y más teólogo fue el P. Francisco Javier Alegre, tipo del humanista de la Compañía de Jesús en su tiempo, hombre de archivo, de mucha lectura, de carrera perfectamente hecha, habiendo descollado en la Sagrada Teología de la que nos dejó siete preciosos volúmenes. No era poeta, él lo conoció; pero también conoció su poder de versificación en exámetros latinos y se creyó en el deber de legarnos esa magnífica traducción de corte virgiliano que hizo de la *Iliada* de Homero, la mejor que existe según el criterio del eminente polígrafo Menéndez y Pelayo.

Manero, el Cornelio Nepote veracruzano, Landívar genial y pintoresco poeta, gloria de Guatemala cuya región caía entonces dentro de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús. Iturriaga, el profundo teólogo consultado por Clemente XIV. Parreño el bibliófilo, verdadero autor y dueño de los primeros poderosos esfuerzos de la bibliografía nuestra, de quien se aprovecharon Eguiara, Beristáin y a fortiori los subsiguientes. Mas ¿cuándo acabaría yo esta enumeración que por otra parte es ya tan conocida de mis consocios y fácilmente podréis ver en los manuales de literatura? Pero digo mal, mucho inédito queda en Bolonia, Florencia y Roma, procedente de los jesuítas expulsados. Para mí, que conozco estos escritos que no son aún del dominio público, son otros tantos testimonios del provecho entonces conseguido. Pero más que las que vemos en personajes particulares, las ventajas de aquel humanismo sano, al que subseguía una filosofía aristotélica, serena y clara, fueron la gran parte que tuvieron en formar y sostener por dos largos siglos una sociedad quieta y tranquila, digna y rica en gran manera, artística y alegre.

Había entonces, gracia en parte al humanismo, paz, había progreso como para aquella época, notable y sólido. Había familias que eran familias y había conciencias y amor en todas partes; había, en otros términos, civilización que significa felicidad y dignidad en esta vida como camino que son de la felicidad que sin intermisión ni mudanza ha de durar.

Señores Académicos, señores, sobre *los orígenes del humanismo en México*, he dicho.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don EZEQUIEL A. CHÁVEZ.

LA luminosa evocación que acaba de ser hecha ante nosotros, Señor Director, Señoras y Señores, Señores académicos, de algunos de los más conspicuos humanistas de la Nueva España, por este otro humanista insigne cuyos méritos tengo hoy el encargo de enaltecer, ha formado en torno nuestro un ambiente de historia, propicio para seguir discurriendo acerca de varios de los humanistas eminentes que de nuestra Academia han sido individuos y que de cualquier modo tienen relación con aquél a quien cordialmente acabamos de aplaudir; propicio asimismo para mencionar a algunos de los humanistas también que, antepasados del que hace breves momentos nos ha deleitado con su discurso, explican los caracteres que en nuestro colega son relevantes, y, por su semejanza mental y moral, perpetuada al través de siglos y corroborada en el nuestro, justificarán, así lo espero, las reflexiones relativas a los mexicanos todos y a México con las que me propongo dar término a mi cometido, si cuento, como no dudo, con vuestra siempre generosa atención.

Vuélvense, en efecto, visibles varias de las líneas orientadoras de la vida espiritual de México, de las que tan a menudo se pierde la noción, si se recuerdan hechos y personajes tales como algunos de los que nos acaba de hacer presentes el académico Cuevas y se les relaciona con los que en seguida mencionaré.

Hablábanos él, del grande Obispo de Tlaxcala, D. Fray Julián Garcés, que “rompió la marcha de los humanistas” al través de nuestra historia, y a quien debemos aquella carta magnífica dirigida al Pontífice Paulo III, en la que, con admirable elocuencia, le habló de los talentos de los indios y de la urgente necesidad social, religiosa y moral de que públicamente se declarase el imprescindible deber en que todo el mundo se encuentra, de respetar de modo pleno e íntegro su libertad. ¿Con qué asunto mejor que con el de la Carta de Fray Julián Garcés puede país ninguno enorgullecerse de

dar comienzo a la historia de su *humanismo*, y de cuál obra literaria puede decirse que tenga mayor trascendencia social que la que tuvo la carta misma, con cuyos capitales conceptos concuerda la bula del 2 de junio de 1537, en la que el Pontífice que la expidió proclamó la libertad de todas las razas y de todos los hombres? Razón ha tenido D. Mariano Cuevas para levantar hoy nuestro pensamiento hasta el benemérito Obispo de Tlaxcala, como la tuvo en 1914 para incluir en su Colección de Documentos del Siglo XVI para la Historia de México, la bula que bien merece llamarse *de la libertad*; que es una columna miliar en la historia del progreso.

En la categoría de individuo correspondiente de nuestra Academia, honróse ésta en elegir a don Mariano Cuevas, más de ocho años ha, para que ocupara el lugar que hasta entonces era el de nuestro actual Secretario; y hoy viene a tomar posesión del puesto de Académico de Número, que hace 57 años largos, cuando fue fundada nuestra Corporación, se señaló, como humanista también, a D. Sebastián Lerdo de Tejada, de quien dijo otro de los nuestros, D. Justo Sierra, que era “el tipo del orador nuevo”, cuyos discursos “frecuentemente enfáticos, eran bajorrelieves de bronce”.

Fue invitado, tres años después de la muerte de este último, para venir a ocupar su sitial, el antiguo y meritísimo profesor de literatura de la Escuela Nacional Preparatoria, D. José María Marroqui, aquel hombre bueno que recorrió a diestra y siniestra, abajo y arriba, años y años, esta ciudad en que vivimos, de cuya alameda contaba los árboles, y a cuyas piedras y a cuyas casas preguntaba su historia, paseándose con las sombras de sus viejos moradores, los del siglo XVI, los del XVII, los del XVIII, los del XIX, y resucitándolos —al evocar el fantasma de la ciudad desaparecida—, en los tres gruesos tomos que legó al Ayuntamiento de ella esperando que los publicara, y a los pobres, entre quienes encargó se repartieran los productos de la venta de los ejemplares que, impresa su obra, pudiesen tocarle.

Ni nuestro colega González Obregón ni yo —que los dos fuimos discípulos del Dr. Marroqui— acertamos a averiguar nunca por qué nuestro maestro no se resolvió jamás a ocupar la silla vacía. ¿Timidez? ¿Modestia? Mejor, quizá, que su corazón estaba en otra parte; con su hija, con sus pobres, con su ciudad, que para él se dilataba hasta los confines de la República y de la Nueva España, y hasta los indecisos, del tiempo, allá en sus oscuros comienzos en los que aún no los alumbraba la historia.

Por más de quince años fue sucesor de Marroqui en la Academia el insigne gramático, Canónigo don Francisco de P. Labastida; en ella discurrió eruditamente sobre la disciplina que con profundo saber profesaba en la Escuela N. Preparatoria, en la época en que era Director de ella el Doctor Flores y Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes uno de mis más

grandes y queridos amigos, D. Justo Sierra, que también lo fue de vosotros, mis ilustres colegas, y de cuanto ciencia, arte, bondad y patria significa.

A suceder a Labastida vino D. Francisco Pascual García, que en el elogio que la Academia le encomendó hiciera de su eximio individuo D. Rafael Angel de la Peña, dijo, con razón, que nuestra compañía “no pregunta a sus candidatos, ni por su partido político, ni por su credo filosófico, ni por su fe religiosa”. Antes bien, en efecto, como lo sabemos todos, se complace en llamarlos, si méritos tienen para ello, de todos los sectores del horizonte literario, pensando en que, con venir cada uno de rumbo diferente, y con hablar de diverso modo, concurre para formar el círculo máximo de la lengua, que de otra suerte quedaría incompleto. Esta liberal manera de entenderse a sí propia que, desde que fue fundada, tiene nuestra Academia, de la que a la par fueron individuos un Presidente Lerdo de Tejada y un Obispo Ormaechea, un Licenciado D. Francisco Pascual García y un Dr. D. Porfirio Parra, patentiza que en ella ha seguido perdurablemente viviendo el liberal espíritu de aquel primer humanista de la Nueva España a quien hoy rindió parias el Académico Cuevas.

ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES en seguida. Séame permitido a mí, apenas unos meses mayor que él, y que con él, con Angel de Campo, con Luis González Obregón, José María Bustillos, José P. Rivera, Rafael y Francisco de Alba, Toribio Esquivel Obregón, Amado Nervo y Balbino Dávalos, compartí ilusiones y ensueños en el Liceo Mexicano, convertido luego en el Liceo Altamirano, dirigirle a él y a ellos, una mirada que llegue hasta aquellos tiempos mozos, en los que a todos nos alumbraba el sol de la mañana.

Como el Dr. Marroquí, nuestro compañero Erasmo Castellanos Quinto, —a quien esperó durante años el sitio vacío de Antonio de la Peña y Reyes—, atento, mejor que nada, a sus numerosos y fieles discípulos, a las obras de literatura general y de gramática castellana que viene escribiendo, a los poemas de hondo y musical sentido que ha publicado ya, no ha confirmado su carácter de individuo de número de nuestra Academia, prefiriendo que lo consideremos otra vez en el de correspondiente. En él o en cualquiera otro, honrado me sentiré siempre con ser su amigo, y con tener por él estimación cordial, como cuantos conocen sus méritos.

Vuestro turno ha llegado en seguida, infatigable descubridor de lo pasado. En vos, remontando el curso de los tiempos, miro, al través de doce generaciones, a aquel caballero, *D. Juan de Cuevas*, que con su joven esposa Dña. Ana de Téllez Girón, hace cuatrocientos once años salió de España, de la vieja y señorial provincia de Burgos —la de la magnífica catedral gótica que dice a todos elocuentes palabras de lealtad y de fe—, y vino, bajo el esplendor de los volcanes mexicanos, al pueblo indio de Coyoacán, en calidad de Secretario del Contador Real Rodrigo de Albornoz,

para intervenir en los negocios públicos del hombre que acababa de apoderarse de los humeantes escombros de la antigua ciudad de México, y estaba zanjando ya los cimientos de la fundación de la Nueva España.

—“No soy, con noble orgullo me habéis dicho, descendiente de conquistadores”. Pudierais decir que lo sois de fundadores. Otra en parte, sin duda fue, de aquel D. Juan de quien estoy haciendo memoria, la carta que Albornoz dirigió a Carlos V el 15 de diciembre de 1525, en la que tan tremenda pintura hizo de la espantosa facilidad con que, antes de ese tiempo y entonces, caían los indios en la dura condición de esclavos de otros indios, y venían luego a serlo de españoles, y en la que, con ansia tan atropellada, —que por eso no fue de cabal acierto—, señaló medios, a su juicio, atinados, para poner freno a la callosa cobardía de los caciques, y a la voracidad inhumana de quienes del mísero estado de los indios abusaban.

Mejor delineado miro en vos, a vuestro tío allende los siglos, D. ALONSO DE CUEVAS Y DÁVALOS, el ejemplar Obispo de Oaxaca y Arzobispo de México, que hace 270 años eternizó su memoria con la carta que escribió al Regente de la Corona del Hechizado, en defensa de las poblaciones desventuradas de la Nueva España que perecían víctimas de la codicia de sus Corregidores y Alcaldes Mayores; “ciento cincuenta tiranuelos”, —habéis escrito vos mismo—, que D. Alonso pedía al Regente fueran reducidos a ser alcaldes ordinarios, para que no los impusieran el favor ni la intriga, sino que los eligieran sus convecinos, “atentas”, decía él, “las mejores calidades, suficiencia e integridad”; popular y democráticamente, para que miraran, —él también lo decía—, “por los indios, con todo cuidado”, y lo tuviera “grande, en su enseñanza y buenas costumbres”. Y no puedo menos de pensar que el espíritu mismo, amante de la libertad que en los albores de nuestra vida colonial, animaba a Garcés, alentaba también en vuestros lejanos progenitores.

En vos miro, más cerca de nosotros, ochenta y cinco años ha, a vuestro abuelo D. JOSÉ MARÍA CUEVAS, que en Querétaro, en la sesión memorable en que el Congreso Mexicano debatió a solas con su conciencia, si aprobaría los tratados de paz con los Estados Unidos —que nos fueron impuestos por su poder y por nuestro infortunio—, enfermo y en cama su cuerpo, sano y entero, viril y fuerte su espíritu, fue llevado a la sala en que diputados y senadores discutían, e irguiéndose de su lecho, en medio de ellos, a todos levantó el alma con la elocuencia de su voz y el ardor de su patriotismo, cuando clamó por que no se aprobaran los tratados, y los rechazó con su voto, para caer de nuevo, rendido, y ser llevado a su casa rodeado por la nocturna y asombrada procesión de cirios y de antorchas que aquella noche hubo de seguirlo.

En vos, más cerca aún, paréceme igualmente mirar a vuestro tío abuelo,

tres veces ministro, a D. LUIS GONZAGA CUEVAS, el autor de aquel libro, *El Porvenir de México*, en cuyos tres tomos, llenos de fe en Dios y de amor a la patria, se ensalza a la Iglesia Mexicana, y en vos, en fin, a aquel a quien llamáis vuestro segundo padre, a vuestro tío D. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS, al recto y firme ciudadano que, recorrida ya la primera gran jornada de vida, encontró, en la figura ideal de Sor Juana Inés de la Cruz, amante también de la libertad y de la justicia, una celeste visión de ternura y de fe, que le inspiró una de sus obras literarias mejores.

Prestigiosa prosapia la vuestra, que, por más de cuatro siglos enraizada en esta ciudad, en el corazón mismo de la patria, ha venido dando al país togados, prelados, hombres de letras, artistas; todos patriotas, todos creyentes. . . El descendiente de ella que hoy ha disertado ante nosotros, reviviendo la memoria de varios de los primeros humanistas que han sido honor de México —y entre ellos de aquel admirable Fray Alonso de la Vera-Cruz a quien México debe sus primeras bibliotecas, y la Universidad de México su primera orientación, prestigiosa, atinada y segura—, humanista él mismo, y amante también, como sus antecesores todos, de los libros, nació el 18 de febrero de 1879, en la solariega casa número 7 de la vieja calle de Vergara.

Trajo sin duda al venir al mundo la ardiente voluntad que en los siglos pretéritos caracterizó a sus abuelos y que su vida dirige. Firme el pie, seguros el ademán y la mirada, entró en la Compañía de Jesús, al cumplir los quince años. En su alma cantaban entonces los versos como han seguido cantando aún: yo sé de unos, con raros consonantes aztecas, en recuerdo a su infancia. Austero, no consiente, sino rara vez, en que los oigan más que unos pocos de sus amigos.

A las recias tierras españolas, de pan nutridor y de ensueño, fue a hacer estudios: letras humanas, en Loyola; retórica y filosofía, en Burgos, a la sombra de la Catedral cuyas afiladas y fuertes torres, que espigas de místico trigo diríase que fueran, parecen, a la atónita vista de quienes las miran, crecer y crecer siempre en perpetua germinación, levantando al Cielo los fecundos granos de sus oraciones innúmeras. Sobre la nave robusta, sobre el crucero, sobre el riquísimo coro del siglo XIII, vuelan las torres y las flechas de la fachada y los cimborrios colosales de los siglos XIV, XV y XVI coronados por sus agudas flechas. Sin duda el pensamiento del que era entonces allá, joven estudiante mexicano, y que es hoy nuestro socio de número, subió con ellas al cielo, cuando a ellas levantaba los ojos. Sin duda por los altos ventanales se le escaparía el alma, cuando, prosternado ante sus altares, oraba. Desde allá, en espíritu, vendría a su tierra, a México, como antes, cuando con su profesor de retórica, en las al par floridas y ásperas provincias vascongadas —hoy nos lo ha con-

tado—, subía las montañas del Itzarraiz, cantando a grito herido para que sus jóvenes pulmones se ensancharan; como antes también, llegaba al rompelas, frente al armonioso estruendo del mar Cantábrico, en donde no sólo desafiaría los múltiples ruidos del oleaje, hasta que llegara a ser escuchado por sus compañeros, sino que, en su juvenil ambición, mientras en el rostro y la boca, sentiría el golpe tonificante del viento ozonizado, salado y marino, volaría su alma, por encima del mar abierto y azul, al Oeste, al Suroeste, para tornar a nuestro mar cerrado y azul, al de México.

Veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis años tenía cuando vino a ser profesor de historia general y de México, y de literatura, en Saltillo, en Puebla; que ya sus maestros, casi infalibles y sagaces observadores, habían descubierto en él su pasión por la historia, y su amor a México, y éste y aquélla celosamente cultivaban, en su cerrado huerto.

El joven a quien hoy, convertido en hombre, nos honramos en contar entre nosotros, fue después, hasta la entraña misma de las interminables llanuras por las que, gigantesco y providente, baja el Mississippi, y en la Universidad de San Luis Missouri que en sus aguas turbias se mira, estudió Teología y Derecho Canónico, hasta que, llegado a la edad viril, a los treinta años, se ordenó allá, sacerdote. Un año más, en la misma Universidad siguió entregado al perfeccionamiento de sus graves estudios. Ya sabía bien, que la vida es una preparación perenne y una constante rectificación.

En el año siguiente, el del primer centenario de la proclamación de la independencia política de México, regresó a México; pero no bien habían enmudecido las jubilosas dianas de nuestro mes de septiembre, cuando de aquí partió otra vez, para ir a Roma, a la ciudad que se ha llamado eterna, en la que ciertamente, más que en otra ninguna, saben a eternidad la luz y el aire. Lo atraía su portentosa historia, que pudiera pensarse que suda en las piedras de sus monumentales edificios, hechos de recuerdos y de gloria, y que se estremece en los árboles de sus augustos jardines, y palpita, con sibilina dulzura, en el musical rumor de sus fuentes, e irradia en el temblor del aire y en la radiación de la luz, y allá la estudió en el Vaticano, bajo la tutelar mirada del Cardenal Erlhe, que asomado al clarividente balcón de sus noventa años, dulcemente lo guiaba.

Trasmontando las nieves eternas de los Alpes, a otro santuario del saber dirigió después sus pasos: a la ciudad de recogimiento y de estudio cortada por el río Dila, y ennoblecida por la gloriosa Universidad cuyas puertas abrió desde Roma, en 1425 el Papa Martín V, la de Lovaina, en la que estudió metodología de su misma ciencia predilecta, con el profesor famoso, Alfredo Cauchic, y ganó el grado de Doctor en ciencias históricas cuando apenas contaba 32 años.

Con esta fuerte preparación es como estudió luego la organización,

los métodos de trabajo, los sistemas de investigación de los grandes archivos de Londres, de Sevilla, de Cataluña, y se entregó, de 1913 a 1914, al estudio sistemático de los tesoros que en Puebla custodia la Biblioteca Lafragua. Dueño así de un saber cada día más seguro y más completo, en las mejores fuentes bebido, lo acrecentó, de 1914 a 1917, en Salamanca y en el Archivo General de Indias, en Sevilla, la meca de los historiadores de la América. Familiarizado ya con los secretos de aquellos palacios de Aladino de los buenos investigadores, en donde descubrió joyas que habían escapado al atento examen de sus predecesores y de muchos de sus contemporáneos, y en donde millares y millares esperan al investigador sagaz que descubra las que iluminarán de súbito un rincón tenebroso de la historia, y permitirán deshacer una mentira o un error; restituir honra y buen nombre injustamente perdidos; relacionar sucesos que hayan parecido del todo inconexos; evocar, en su verdad compleja y en su jugosa vida, los tiempos extintos, y en algún modo resucitar a los muertos. Estudió, entre los años de 1923 y 1929 las grandes bibliotecas americanas: la del Estado de Nueva York y la de la Sociedad Histórica de Pensilvania, la de la Universidad de Tulane en Nueva Orleans, que a su protector Pablo Tulane debe parte grande de los fondos con que cuenta; la magnífica de Bancroft, tan rica en documentos y en libros que a la historia de México importan, alojada hoy en uno de los palacios de granito de la Universidad de California: la de Austin, en Tejas, en donde se custodian los tesoros que acopló el vigilante cuidado de Genaro García; la monumental, en fin de John Carter Brown, que con el ánimo de que acogiese cuanto la vida y la historia del continente representara se erigió en la serenidad soñadora de la ciudad de Providence, en el Estado de Rhode Island, frente al Atlántico. Fruto de las pacientes y concienzudas investigaciones que así realizó, en los centros de estudio y de saber de los dos mundos, son ciento ochenta tomos de fotocopias de documentos de raro valor, sin que esto haya sido óbice para que cumpliera también con los deberes de su ministerio sacerdotal, en Toledo, de 1917 a 1920; en nuestro Estado de Michoacán, en un año de misiones sistemáticamente llevadas a cabo; en los demás lugares en donde ha estado.

Cuando se observa, siquiera por breves momentos, la apariencia externa de nuestro consocio, y se advierten su aire siempre juvenil y alerta, y su ágil y vehemente palabra, que parece a veces ir a estallar de súbito en sus labios; y, al través de sus espejuelos, la lumbre rápida de sus ojos brillantes, de aguda mirada, y su ademán enérgico, su paso seguro y decidido, hecho a caminar de uno en otro mundo, contenido, sin embargo, todo él con frecuencia, por un retenimiento ceremonioso y cortés, explícase uno su facilidad para el trabajo; y se entiende su serena confianza, cuando apunta en sus labios una sonrisa distante —un sí es o no es enig-

mático— que contraría y suspende su expresivo gesto, bruscamente nervioso, y rehace la compostura de su porte y de su rostro; con todo lo cual se comprende por qué no desmaya nunca, aunque más de una vez haya visto su paso detenido en los zarzales del sendero, y por qué ha podido hacer ya la gran labor que ha hecho, y decirse, a sí mismo, que no ha hecho nada.

Patentizada en su interpretación del Códice de Sevilla y en sus artículos de arqueología romana, su perspicaz percepción de lo pasado; vuelto ostensible, en su publicación de las Cartas de Hernán Cortés, en 1915, en Sevilla, su generoso deseo de contribuir para que vengan a estar al alcance de todos, los documentos fundamentales que han de permitir al cabo que cada cual rehaga por sí propio su conocimiento de los hechos y de los hombres que en la historia culmina, su arduo trabajo de leer y revisar documentos escritos con letras que para el profano parecen indescifrables; de descartar los que ya estén publicados o sean de poco momento; de seleccionar los que de veras valen; de ordenarlos, clasificarlos, catalogarlos y anotarlos, dándoles todo su valor y nada más que su valor, le ha permitido no sólo entender las peculiaridades de los métodos, hábitos y formas de trabajo de los centros de estudios que ha recorrido, sino lograr que desde 1913, anotados por él, le publicara nuestro Museo Nacional los bien seleccionados y valiosos documentos del siglo XVI para la Historia de México, que forman el grueso tomo del que acaba de hacer un nuevo y cumplido elogio el Dr. Roberto Ricard en su importante obra sobre *La Conquista Espiritual de México*, dada a las prensas por el Instituto de Etnología de París.

Un momento ha habido en que se puso a prueba su acuciosidad y tino como fiel editor e intérprete de documentos históricos. Sabido como era en todo el mundo, en el año de 1925, que el original del testamento de Hernán Cortés parecía hallarse irremediablemente perdido, y no existiendo más que copias de ese documento, tan significativo para hacerse cargo exacto de la fisonomía moral del famoso extremeño, y confirmar o rectificar los juicios que a su respecto se han formado, no sólo como conquistador, sino como iniciador de la organización social y política de la Nueva España, claro es que todas las desconocidas que pudiera esperarse que arrojaran alguna nueva luz, tenían que despertar el interés de todo el mundo, como ocurrió en ese mismo año, cuando una, del siglo XVIII, vino a parar a poder de nuestro consocio, que trató de ponerla desde luego a disposición de cuantos quisieran estudiarla, a cuyo efecto la entregó a un copista para que fuera multiplicada por el ciclostiló.

En la imposibilidad, en que vino luego a encontrarse, para vigilar los últimos pormenores de su cotejo e impresión, porque en esos días mismos falleció uno de sus hermanos, deslizáronse en ella erratas que, recogidas y

señaladas en el acto por la crítica, naturalmente ansiosa de exactitud y rectificaciones, dieron margen para que ésta no se limitase a denunciarlas, sino que llegara a imaginar que pudieran haberse hecho mutilaciones en el documento que acababa de traerse a luz.

Empeñóse entonces nuestro diligente compañero en descubrir a todo trance, no ya otra copia más, por valiosa y recomendable que fuera, sino el original mismo; y sin ahorrar fatiga ni molestia, partióse aún a España, en donde, después de ardentísima búsqueda, practicada en el año de 1926 y en los comienzos del 27, tuvo la fortuna de descubrir el 13 de enero, en Sevilla, en el Archivo del Protocolo, el autógrafo que tan ansiosamente ha sido perseguido durante luengos años por los investigadores, y cuya reproducción facsimilar, en 100 ejemplares únicos, no nada más es una contribución excelente para que los historiadores psicólogos puedan ensayar definir, con mayor exactitud que antes, la psicología del hombre por cuya sagacidad política, y por cuya audacia la civilización del Viejo Mundo se abrió las puertas para entrar en México, sino que pone de manifiesto que no tienen significación las erratas del copista del documento que al ciclostilo fue entregado en 1925, y que la copia publicada en aquel año, coincide en todo lo esencial con el autógrafo.

Las cuatro bien conocidas labores que al historiador incumben: la de *descubrir* los ignorados vestigios de los sucesos pasados; la de *estimar* el valor y la significación de esos vestigios, e inferir de ellos los acontecimientos que revelen; la de *organizar* lo que de lo pasado se sepa, y colmar, por el razonamiento, los huecos que en la agrupación de los hechos persistan, sin dar, empero, a este trabajo mayor importancia que la que en rigor debe atribuírsele; y la de *exponer* cada una de estas arduas operaciones, así como los lógicos resultados a los que las mismas conducen, rara vez se realizan por un hombre solo. Su complejidad y su dificultad hacen, en efecto, que, por lo común, vengan de hecho a distribuirse entre gran número de trabajadores.

Nuestro consocio, que, con indudable acierto y en grande escala, ha realizado la primera de ellas, la del descubrimiento de numerosos documentos importantes para la historia de México, se ha ocupado asimismo en las otras tres, como lo ponen de manifiesto las 2,520 páginas de su *Historia de la Iglesia en México*.

Evidente como es que no puede tocarme en esta noche, y que a nuestra Academia no incumbe hacer desde el punto de vista histórico, el estudio crítico de esa obra, es para mí indudable que además de su valor propio, tiene toda ella el carácter de un complejo e interesantísimo documento, que habrá de permitir a quienes, con serena atención lo estudien, no sólo contar con elementos nuevos para entender mejor la historia de México —aun en el

supuesto de que no crean rigurosamente justificado todo el contenido de la obra misma—, que a ella le tocará defenderse, sino también hacerse cargo más completo de la interesante psicología de su autor, y del servicio extraordinario que con sus estudios hace a la ciencia, sin que para ello sea óbice que parte de su trabajo, como, por lo demás, acontece con el de todos los historiadores y con el de todos los hombres de ciencia, pueda llegar a ser, en vista de nuevas investigaciones, rectificado.

La psicología característica de nuestro compañero, que se diría hecha de vivo deseo de ser útil y de fogoso ardimiento, así como de pasión por lo que conceptúa que es la verdad, y por darla a conocer, tal como él tiene la certeza de que es, explica que, sin gastar miramientos con nadie, porque ante ella no puede haber componendas, la diga como la siente, lo cual lo ha llevado más de una vez a encontrarse en situaciones difíciles, y ha hecho que con violencia se le juzgue por quienes, con otros puntos de vista, no gustan de que, sin ambages ni rodeos, se contradigan sus opiniones, por quien suele tener, en su vigorosa dialéctica y en su alta verba, esa forma de aparente arrogancia de pensamiento y de palabra, que resulta de la certidumbre de que se está en lo justo y de que se puede probarlo.

De la independencia de criterio de nuestro consocio puede hacerse un cargo, con darse cuenta de que en su *Historia de la Iglesia en México* él, individuo de la Compañía de Jesús, ha dado, contra el común sentir de los jesuitas, la razón al Obispo Palafox, en la histórica contienda que pronto va a hacer tres siglos sostuvo aquel famoso batallador; y la firmeza y tenacidad de sus convicciones han quedado bien probadas, porque, opuesta que le fue por dos veces la censura de los Superiores de su Compañía, en Roma, a causa de sus opiniones a este respecto, las defendió con tanta energía y argumentos tan convincentes, que consiguió le fuera levantada.

Con la impávida intrepidez que da la conciencia de haber estudiado a fondo y de creer que se tiene razón, no ha vacilado en ponerse de parte de Hidalgo y de Morelos, contra la seudo inquisición que, extinguida la verdadera, les instruyó proceso; y justificada por superiores consideraciones de moral, su lucha por la independencia de México, el amor y el entusiasmo que por ellos siente, militan, con vehemente entereza, del lado mismo en que se encuentran los más fervientes admiradores de aquellos dos grandes próceres. Con decisión igual y con igual vehemencia, está, todo entero, de parte de los defensores de México, en la guerra de mediados del siglo XIX contra los Estados Unidos.

Queriendo entender mejor sus puntos de vista fundamentales en cuanto a México y su historia, y ver más claro en mis propios conceptos, le he preguntado qué piensa que sea, esencialmente, lo que al través de múltiples y

contradictorios aspectos superficiales que a veces nos impiden verlo, caracterice a México y a los mexicanos.

—“Lo primero” —me ha contestado sin vacilación, haciéndome visible así cuánto le interesaba mi pregunta, y cuánto había pensado de antemano en el asunto—, “juntamente su catolicismo y su patriotismo. A ningún mexicano concibo”, agregó, “que ya que no sea cristiano, no tenga a lo menos simpatía natural —casi instintiva pudiera llamarse—, por el cristianismo; que en el *mexicano* está ligado íntimamente al patriotismo”.

—“¿Y no hay alguna otra cualidad distintiva también de los mexicanos?” —insistí en mi respetuosa interrogación.

Sin titubear también, como quien de ello tiene antigua y firme convicción: —“México, repuso, está caracterizado asimismo, por la orgánica constitución de sus hogares, y por la ternura familiar que en ellos reina”.

Oyéndolo hablar así, viniéronme a la memoria las observaciones que Andrés Siegfried, ese francés ilustre que tan clara visión tiene de los ingleses, de los americanos del Norte y de los franceses mismos, ha hecho últimamente de los sudamericanos, acerca de quienes acaba de escribir: “La lengua española, la influencia católica y, sobre todo, la tradición de la familia de la península ibérica, son murallas que la invasión de los Estados Unidos no puede escalar”.

El extraordinario interés que para mí tuvo este diálogo, por los gravísimos puntos que abarca, y porque llega al fondo de problemas que a todo mexicano importan, me lleva, Señor Director, Señoras y Señores, a continuar haciéndolo aquí, público.

He preguntado a mi interlocutor, si su fe en la supervivencia de México, a pesar de todas las tempestades políticas y de todas las luchas civiles que México ha sobrellevado, y que él ha estudiado con profunda atención, no ha vacilado jamás.

—“Nunca”, prorrumpió. “Los mexicanos no sólo se distinguen por la esencial religiosidad de su alma, por su patriotismo, y por la ternura familiar de sus hogares”; distingúense también, y aquí se sirvió de dos pintorescos y enérgicos mexicanismos, “porque tienen mucha *correa*, mucho *guayule*”, expresivos vocablos que traducen bien lo esencial de aquella virtud que un profundo pensador alemán, Federico Paulsen, llama la resistencia elástica del alma.

La pregunta que le hice en seguida —hija de mi inquietud, y de un recuerdo de una observación de Pedro Henríquez Ureña—, si no ha advertido que caracteriza también a los mexicanos una melancolía sorda, que en el fondo de ellos pone un dejo de desaliento, lo llevó a reflexionar un instante, y a decirme luego, con un velo casi imperceptible de tristeza en la voz, y co-

mo si a sí propio se hablara: —“Son dos razas cansadas por el peso de su lastre histórico”. . .

Si, a pesar de esto, tiene la fe que México le inspira, claro es que para él —y no hay duda de que la razón lo asiste—, fuerza ninguna es más potente para conservar a un pueblo, que el tipo de hogar cuya familia toda *esté*, como él lo dice, unida por vínculos de ternura familiar —la cual entraña reciprocidad de estimación y de afecto, leal y franca, por la que, sin hoscas reservas, todos los individuos que el hogar componen están en relación espiritual unos con otros—, ni fuerza hay tan poderosa para hacer que superviva, como la voluntad de todos, de que superviva, superior a sus divisiones intestinas y a sus antagónicas voluntades; ni existe energía capaz de llevarlo en triunfo a lo futuro, si no hay en él un pensamiento indestructible, que lo levante por encima de sus intereses materiales, y por sobre él mismo, y que lo haga sentirse cumplidor de un destino vinculado de alguna manera con Aquel de quien todo procede y a quien todo va, como se sentían nuestros abuelos, cuando, en su preámbulo de la Constitución del 57, escribían: “En el nombre de Dios, y con la autoridad del pueblo mexicano, los representantes de los ‘Estados, del Distrito y Territorio que componen la República de México. . . cumplen con su alto encargo, decretando’ su ‘constitución política’, ‘sobre la indestructible base de su legítima independencia proclamada el 16 de septiembre de 1810, y consumada el 27 de septiembre de 1821’ ”.

—¿Querría decirme mi culto y querido amigo, si piensa que tenga él alguna especial labor que hacer en la tierra, la cual explicaría que en México sea donde haya venido al mundo, y que a él haya venido en esta hora de la vida del mundo? . .

Complaciente y cortés: —“En México y en el mundo”, me dijo, “considero que es mi deber procurar descubrir siempre mayor número de luces nuevas, sacadas de la historia, e intentar con ellas, llevar la verdad —como un faro—, como guía a las conciencias”. . .

—¿No creéis, mi querido director, señores académicos, señoras y señores, que mientras más pasa el tiempo mejor venimos dándonos cuenta gran número de mexicanos de que, si lo que más nos ha dividido son las interpretaciones implacablemente antagónicas de nuestra historia, es tiempo ya de que a la misma historia nuestra, que, a pesar de todo, es una, le pidamos que nos unifique? Necesítase, por supuesto, para ello, no imaginar que sólo en un partido y en un grupo de mexicanos radican la virtud y el patriotismo, y que todos los demás, y especialmente los que tienen el credo y el ministerio de nuestro colega, carecen de él, sino reconociendo que los mexicanos todos, —como él, con toda firmeza, lo cree y lo afirma—, si son, de veras, mexicanos, son patriotas, y sean cuales fueren sus diferencias de criterio, tienen las virtudes fundamentales: la de saber fundar hogares indestructibles, en los

que soberanamente reine la recíproca ternura familiar, y en donde, por más que la tristeza y la melancolía asomen, se superen el cansancio y el desaliento, porque en todos los individuos que esos hogares formen, triunfe la resistencia elástica del alma, que hace erguirse más, a cada uno, después de cada instante de abatimiento, puestos arriba los ojos, en una luz tan alta y tan pura, que no haya miedo de que pueda apagarse nunca; no en *una luz*, —que así no la concibe el verdadero creyente—, sino en *la luz*, en Ella en la Suprema Luz.

Con tales conceptos como éstos, con certidumbres como éstas, que al fin lleguen a ser, *por todos*, compartidas, ¿cómo no habremos de realizar al cabo, con el auxilio de nuestra historia, íntegramente considerada y entendida, el gran concepto que Augusto Comte repetía: “Entenderlo todo, para perdonarlo todo”?

¿No es un hecho que en ella, en la patria, desde su primer humanista y desde los curas admirables que acaudillaron el movimiento de nuestra independencia, hasta este humanista que hoy honramos, hay, en los mexicanos todos que de veras, en cuerpo y alma, lo son, un sincero anhelo de reconocer que todos tienen igual derecho a exponer con libertad sus pensamientos, y a promover el bien y el progreso de todos? Y si un estudio imparcial y completo de nuestra historia acaba por convencernos de que en todos nosotros ha habido y hay virtudes, y yerros en todos, ¿por qué no hemos de arrancar un día de nuestro corazón las plantas malditas del desprecio y del odio? Saldando así para siempre nuestras cuentas con lo pasado, iremos al fin juntos de cara al porvenir.

Verdad es que además de los signos característicos del mexicano verdadero que nuestro ilustre consocio señala, hay otro, quizás, el de la súbita e ingobernable *exageración de nuestros sentimientos*, que hace que a cada momento cada uno de nosotros se lance a algún extremo desde el que suele serle difícil y a las veces imposible, concertarse con nadie; pero, si es verdad, como lo ha observado Cartón de Wiart, que “el tiempo modifica el carácter de los pueblos, como cambia el rostro de los hombres” ¿por qué no hemos de poder modificar un tanto esta cualidad nuestra —que al fin y al cabo es una cualidad—, por tal modo que a ella agreguemos, para compensarla y orientarla, la *consideración recíproca*, de todos para todos? ¿No es el mismo insigne estadista belga, a quien acabo de nombrar, quien ha dicho que “aprender a conocer es aprender a mejorarse”?

Termino ya: para cumplir, señor Director, con el mandamiento de nuestros estatutos, en esta noche en la que tan sugerentes páginas hemos oído de quien enriquecerá más y más nuestra Academia, con sus estudios y sus luces, nada he creído que fuera mejor que hablaros de él, tal como lo entiendo, vinculado a México y sirviendo a México, aunque tal o cual parte de su obra pueda ser discutida y acaso por él mismo, alguna vez modificada. Sir-

viendo a México, y sirviendo también a nuestra lengua, que nace de nuestra historia, como al borde de los ríos, los árboles, que sobre ellos yerguen la pompa de sus ramas, en las que se posan los pájaros que saludan al alba.

¡Bien venido, os digo nuevamente, insigne colega; en nombre de todos nuestros compañeros! Vuestra es, por vuestros merecimientos, la casa nuestra, la de la Academia. Bien venido para ocupar la silla que han honrado antes quienes están presentes en nuestro recuerdo, como presentes están cuantos con nosotros y con nuestros predecesores han compartido, en el banquete espiritual de las almas, el pan y la sal del pensamiento.

CERVANTES Y EL QUIJOTE EN LA ACADEMIA *

Por don ALEJANDRO QUIJANO.

HAY algo, en relación con las voces cervantinas al través de los diccionarios académicos, que creo interesante, y en cierto modo original. Ello me servirá de tema para este leve estudio. Se trata de ver cuál ha sido el desarrollo del concepto en que se ha tenido a Cervantes, y a su obra capital, en el decurso de los tiempos, al través de los diccionarios académicos, es decir, manifestado, en sus variaciones hasta nuestros días, en los artículos relativos del léxico español.

He de comenzar por decir que a las palabras *cervantino*, *cervantista*, *cervántico*, *cervantesco*, *cervantismo* y demás ya sancionadas en léxicos anteriores se suma, en la edición de 1925, el adjetivo *cervantófilo*, para señalar a los devotos del gran manco o a los aficionados a coleccionar ediciones de sus obras. Anótese también la llegada, en el nuevo Diccionario, de otra voz, *quijotesca*, adverbio que denota lo que se hace “con qui jotismo”, es decir, con “exageración en los sentimientos caballerescos” o con “engreimiento, orgullo”; siendo, por cierto, cosa curiosa que en el *Diccionario Manual 1927* venga esta nueva voz con corchete, como si en tal vocabulario apareciese por primera vez, y ello a prueba. Se trata, es obvio, de un error tipográfico, que ha de subsanarse por la Academia.

Y, apuntado lo anterior, entremos en mi asunto. A pesar de la boga que la obra inmortal tuvo en vida de su autor, ya que, como se sabe, aun antes de salir al público, se hablaba de ella como de cosa magnífica, la aureola de gloria alrededor de Cervantes y del Quijote, se borró un tanto durante los siglos de decadencia de las letras españolas, de afrancesamiento y chabacanería. Y es natural; en aquellos tiempos en que los Luzanes se alzaban con el cetro artístico, la obra del complutense no podía ser tan admirada y respetada como lo fue al principio, y lo es hoy, y creo que lo será para siempre.

* Conferencia sustentada en diciembre de 1935.

En efecto, de las palabras a que aludí poco antes, las que giran alrededor del Quijote, aunque aparecieron con los primeros léxicos oficiales, denotaban a las claras el no muy alto valimiento que a sus significados se atribuía. Y fue necesario el transcurso de largos años para que, operándose en ella transformaciones diversas, fuesen acusando el prestigio que, también paulatinamente, vino cobrando la obra maravillosa. Con tal medro en la estimación para la obra acrece, igualmente, el aprecio para el autor, y, así, van también haciéndose campo en los diccionarios académicos las voces que giran en redor de Cervantes.

Aparecen primeramente, he apuntado, las voces que se relacionan con la obra. En la edición primera del glosario, el *Diccionario de Autoridades*, vienen ya las palabras *quixotada*, *quixote*, *quixotería*. No era, sin embargo, en aquella época el espíritu de idealidad, de alta justicia, de infinito desinterés lo que se reconocía como característica en el caballero de la Triste Figura. En efecto, *Quixotada* venía definida así: “La acción ridículamente seria, o el empeño fuera de propósito. Tomóse de las acciones de Don Quixote”; *Quixote* se llamaba al “hombre ridículamente serio, o empeñado en lo que no le toca”; *Quixotería* era “el modo o porte ridículo de proceder o empeñarse alguien”. Se ve, digo, que sólo la parte ridícula, si es que alguna tenía el gran loco, es la que se tomaba en cuenta en aquella época.

Y así fue por siglo y medio casi, pues aunque en la quinta edición, de 1817, aparece la voz *quijotesco* —por cierto que desde tal edición, *quijotesco* y las demás palabras afines vienen con jota y ya no con la *equis* primitiva—, su definición: “Lo que se ejecuta con quijotería”, nada mejora el asunto, ya que *quijotería* sigue ostentando aquella atribución de ridiculez antes aludida. Paulatinamente, sin embargo, la crítica ponderada, depuradora, viene haciéndose campo; y en la undécima edición, de 1869, se agrega a la voz *quijote* lo siguiente: “Nimiamente puntilloso”, y “el que a todo trance quiere ser juez o defensor de cosas que no le atañen”. Y todavía, en esa misma edición de 69, aparece una nueva voz, *quijotismo*, significante de “exageración en los sentimientos caballerescos”, y de “engreimiento, orgullo”. Véase aquí que ya no era Don Alonso Quijano el sujeto ridículo nada más, sino, aparte de “puntilloso” —ser lo cual no es, precisamente, un defecto—, el imbuído, hasta la exageración en los sentimientos caballerescos; lo que es ya cosa respetable y seria. Se advierte así cómo iba entendiéndose más cada vez el carácter delicado, justiciero, caballeroso, en fin, del manchego.

La décimasegunda edición, de 1884, reproduce sólo los artículos que en la anterior aparecían. Pero la décimatercera, publicada en 1899, marca un nuevo jalón en este camino de reconocimiento a la valía moral del héroe. En efecto, a la misma palabra *quijote*, que es la voz eje en el caso, y que había sufrido ya en 1869 las modificaciones enaltecedoras a que acabo de

referirme, se agrega esta nueva acepción: "Hombre que pugna con las opiniones y los usos corrientes, por excesivo amor a lo ideal". Ved cómo ya expresamente se preconiza lo ideal como norma.

Y para llegar, en esta vía de estimación de la obra singular hasta la cúpula, plasmado tal aprecio en las brevísimas palabras que tiene que comprender la definición en un artículo de diccionario, notad cómo, en la edición en que estoy principalmente ocupándome, de 1925, y en el propio artículo *quijote*, se opera todavía una modificación, por supresión; supresión de una sola palabra, pero significando con ello algo trascendental. Desaparece, en efecto, el adverbio *ridículamente*, que aún venía, en cierto modo, abajando la nobilísima actitud de Don Quijote.

¿No acusa esta narración, tan simplemente hecha, un impulso justiciero, una serie de pasos firmes en el ánimo de la Academia, de los académicos, hacia el aludido reconocimiento de la pureza, de la respetabilidad del héroe?

Respecto a las voces ya meras cervantinas, es decir, las relacionadas con el autor, con nuestro señor Don Miguel, como le llama Unamuno, anotemos que ellas no aparecieron sino hasta el siglo precedente. El diccionario de 1884 trae *cervantesco*, *cervántico* y *cervantista*. En 1914 vienen *cervantino* y *cervantismo*. El ingreso, en la última edición, de una nueva voz de éstas relacionadas con el autor —la arriba citada *cervantófilo*— es, como lo he indicado respecto a las voces referentes al libro, nuevo signo de la estima cada día mayor que la obra y su autor han venido cobrando. La orientación que la crítica, española y mundial, ha venido tomando, poco a poco, respecto a Cervantes y a su producción capital, en el sentido de más cada día avalorar el genio de aquél y la humana y artística importancia de éste, tenía que plasmar en el léxico general español, que la Academia va depurando y sancionando, y hacerse palabras, palabras que llevan en sí tal aquilatamiento cada vez más fino, la comprensión cada vez más íntima del hombre cuerdo, que vivió en locura, y de su héroe, loco, del que los cuerdos, cada vez más, toman lición y ejemplo para vivir.

Pero no sólo el autor y el héroe han merecido que se les abra campo en los léxicos españoles. Otras figuras del gran libro andan en el vocabulario de España. Y para principiar con ellas, os diré que a más del *Sancho* que formaba ya, desde hace siglos, en las listas de voces correctas, en relación capitalmente con proverbios, provenientes algunos de épocas anteriores al Sancho del Quijote —véase Covarrubias—, y vinientes otros del donoso vocabulario de nuestro escudero, el Diccionario de 1925 nos trae, como nuevo, el adjetivo *sanchopancesco*, *sanchopancesca*, para significar lo "propio de Sancho Panza", el aludido carnudo escudero del espiritado caballero, en una

primera acepción, y en una segunda, para denotar lo “falto de idealidad, como éste (Sancho Panza) personaje del Quijote”.

La falta de idealidad a que antes se alude, no es, por cierto, cosa con la que se esté ya conforme del todo. Si es verdad que el ánimo terreno era atributo del criado inmortal, también lo es, y la crítica moderna va abriéndose paso al respecto, que este positivismo, que tal afición a lo meramente material, fue desapareciendo poco a poco, y que, si no del todo, llegó, cuando menos, a entrar en el alma de Sancho una buena dosis de idealidad. El contagio, sugieren críticos como Salvador de Madariaga, se produjo en ambos sentidos: Sancho, en ciertos momentos, en determinadas situaciones, se idealizó; Don Quijote en algunos instantes vio las cosas con un espíritu terreno. En su magnífico libro *Guía del lector del Quijote*, que con los de Unamuno, de Azorín, de Américo Castro, de Rodríguez Marín, de Ortega y Gasset, de Amezúa, de los grandes cervantistas del día, constituye una espléndida ayuda para la interpretación y la comprensión plenas de la obra, algún capítulo se dedica especialmente al estudio de este fenómeno de ósmosis psicológica, diré, que iba produciéndose, mutuamente, entre los ánimos disímiles del caballero y del criado. Y se llega ya a tanto en este camino, que el citado don Miguel de Unamuno diputa al buen Sancho como un idealista, como un gran desinteresado.

Aunque no hay que aceptar esta teoría como absoluta, lo cierto es que, según lo apunta Madariaga, la dosis de fantasía, que en la primera parte del Quijote redundaba, excedía, *se demasiaba* —diré, para emplear este nuevo verbo reflexivo, *demasiarse*, que el Diccionario de 1925 introduce, y que quiere decir, precisamente, “excederse, desmandarse”—, merma tal vez un poco en la parte segunda de la obra. Ello obedece, quizás, como lo anota el autor que cito, al acuciamiento con que, festinado por la aparición del Quijote, del supositicio Avellaneda, concluyó Cervantes esta parte segunda. No todos, sin embargo, aceptan esta idea de decaimiento de la fantasía, y menos del valer de la obra, en la segunda parte respecto a la primera. Y aun hay quienes la juzguen superior, por más honda, por más humana y conmovedora.

De cualquier modo, la segunda acepción de esta nueva voz, *sanchopancesca*, significa el espíritu poco idealizado, esto es, la terrenidad, el sentido materialista y práctico.

En correspondencia a las dos figuras masculinas polares de la obra —Don Quijote y Sancho—, nos encontramos en el Diccionario con los nombres, ya por antonomasia entendidos, de las figuras de mujer correspondientes a tales de varonía, dentro de la novela: *Dulcinea* y *Maritornes*. *Dulcinea*, la labradora idealizada hasta hacer de ella el más puro de los ensueños de Don Quijote, tiene, desde el Diccionario de 1869, cabida en el glosario oficial. En tal vocabulario se decía: “*Dulcinea*. La dama ideal de Don Quijote. Hoy —se

agregaba— en estilo familiar se dice aludiendo a la mujer querida”. En 1884, e igualmente en 1899 y en 1914, la definición, mudada apenas, era: “*Dulcinea*. (Por alusión a la dama ideal de Don Quijote) mujer querida”. En 1925 la cosa varía, ampliándose, y aun mudando en el fondo. En efecto, se dice: “*Dulcinea*. (Por alusión a la dama ideal de Don Quijote). Mujer querida. 2. Aspiración ideal de uno, fantástica comúnmente”. No es, pues, ya sólo la mujer querida la que es *Dulcinea*. *Dulcinea* puede y debe ser algo más. En *Dulcinea* se dramatiza el ideal más entrañable del hombre, su aspiración más desinteresada. La *Dulcinea* es, como lo fue para el manchego, la mujer a quien revistió con su fantasía, la concepción amorosa más noble y más viva, así sea sólo imaginada, del hombre.

Maritornes aparece en la duodécima edición, la de 1884. En el artículo correspondiente se dice: “*Maritornes*. (Por alusión a la criada de una venta, que con este nombre fantaseó Cervantes en el Don Quijote). Mujer ordinaria, fea y hombruna”. En la edición siguiente, la de 1899, la forma definidora varía un tanto, en la anotación de procedencia, acusando esto, también, sin duda, la seguridad de un mejor conocimiento, la conciencia ya firme de lo que antonomásticamente ha ganado el libro ante el espíritu universal. Se dice entonces, en efecto: “*Maritornes*. (Por alusión a la moza de venta del Quijote). Moza ordinaria, fea y hombruna”. No es lo mismo, dentro de mi tesis, el decir: “Por alusión a la criada de una venta, que con este nombre fantaseó Cervantes en el Don Quijote”, que anotar sólo, como en consabido, “Por alusión a la moza de venta del Quijote”. Del mismo modo que en 1889, aparece el vocablo en 1914. Ahora, o sea en 1925, nos llega un cambio, aparentemente leve, en la mera definición, y el cual responde, sin embargo, a la verdad de los hechos. Ya hemos visto cómo en las ediciones precedentes se significaba a la *maritornes* como a “la moza ordinaria, fea y hombruna”. Hoy se la señala como “moza de *servicio*, ordinaria, fea y hombruna”. Lo cual parece bien. No todas las mozas ordinarias, feas y hombrunas, son *Maritornes*. Lo son las que, siendo ordinarias, hombrunas y feas, son, además, mozas de servicio, domésticas.

Veamos, todavía, si el Diccionario castellano trae algo a lo que podamos asignar nota de especialidad en estos asuntos cervantinos. A primera vista podría creerse que *Monipodio* era voz aceptada por los diccionarios españoles como aludiendo especialmente al señor Monipodio, el recio varón dueño de la honesta casa a donde fueron a parar los jóvenes Rincón y Cortado, conocidos, por mal nombre, como Rinconete y Cortadillo. No es así. *Monipodio* viene en el *Diccionario de Autoridades*, Cuarto Tomo, trayendo, aparte de otras varias que no viene al caso anotar aquí, la siguiente acepción que, con levísimas variantes ha llegado hasta nuestros días en los lexicones académicos: “Convenio u contrato de algunas personas que unidas tratan algún fin

malo. Es corrupción de monopolio". Hasta aquí nada hay que justifique lo arriba dicho; pero en seguida viene lo que nos indica que la palabra no procede de Cervantes, sino de época anterior. Y es que *Autoridades* cita la Recopilación, y luego la Crónica del Rey don Juan Segundo, como textos en donde se usó tal sustantivo con significado análogo al que en tal diccionario se aceptaba. Y cabe aún recordar que el Padre Mariana la usó también en su Historia, antes que don Miguel Cervantes publicara su novela; lo cual no empece para que casi siempre que empleemos la palabra en cuestión, recordemos, más que la rufianesca acepción que el léxico nos señala, al propio señor de la briba que la encabeza, usando, así, por antonomasia el nombre del amo de la benemérita cofradía. Quizás este denodado caballero adoptó precisamente el curioso nombre de *Monipodio*, por aquello del *monopolio* de que se dice que proviene, dada la circunstancia de que, en efecto, según nos lo hace saber Cervantes, el caballero ejercía el monopolio sobre todas estas cuestiones de bellaquería y fullería.

A semejanza de lo que ocurre con *monipodio*, podría creerse que *cortadillo* —palabra que viene también desde los primeros léxicos castellanos, como voz de germanía entre otras cosas, para significar, en este sentido hampesco—, “cierta flor o trampa de que usan en el juego de naipes los fulleros”; —podría creerse, insisto, que *cortadillo* provendría del antes citado galopín, que con su colega es protagonista de la admirable novela ejemplar *Rincónete y Cortadillo*. Recuérdese, en efecto, que uno de los mozalbetes que se hallaron acaso “un día de los calurosos del verano, en la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcuía, como vamos de Castilla a Andalucía”, al presentarse mutuamente, y mostrándose sus armas para la lucha por la vida, lució ante el otro un mugriento y astroso juego de naipes, el cual tenía la maravillosa virtud, para quien los entendiera, de toparse a las primeras con un magnífico as. “No alzaré —decía, en efecto, el bellaquito—, no alzaré que no quede un as debajo, y si vuestra merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta”. Sin embargo, no parece ser así. En efecto, no era el joven señor Cortado, sino el mozo señor Rincón el que llevaba, envueltas y guardadas, dentro de aquel cuello “de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshulado de roto que todo parecía hilachas”, las cartas de tan noble virtud. No he hallado, en las buscas que he podido hacer, datos precisos para aclarar el punto, que es casi un puntillo. Quizás el *Cortadillo* de Germania Académica a que me contraigo venga, en efecto, de don Miguel Cervantes. Quizás no venga.

Otro héroe de Cervantes, que nombra otra Novela Ejemplar, una de las más interesantes, una de las más delicadas e ingeniosas, la cual ha merecido glosa y libro especial de espíritu tan refinado como el de *Azorín*, ha conquis-

tado también el derecho a que se le incluya, en significado antonomástico, en el catálogo de palabras españolas, desde hace siglos. El primer diccionario académico dice ya, efectivamente, que *Licenciado Vidriera* es “apodo con que se moteja a la persona nimiamente delicada”.

Tal definición ha venido reproducida al través de los quince diccionarios editados por la Academia Española en dos siglos, pues apenas si desde la quinta edición, 1817, se agregó al atributo “nimiamente delicada”, de la persona, el de “tímida”. La persona “nimiamente delicada y tímida” es, así, como aquel erudito Vidriera, que era algo más, en cuestiones de erudición, que el cura del Quijote “hombre docto graduado en Sigüenza”, puesto que había hecho sus estudios en la Universidad salmantina, famosa entre las famosas; la persona “nimiamente delicada y tímida”, como el loco cervantino, es, insisto, un licenciado Vidriera.

He aquí una nueva nota que me parece también, quizás con demasiado buen deseo de ver confirmada mi tesis, significar el auge, el prestigio cervantista cada día mayor. El último diccionario trae, entre las voces nuevas, las tres siguientes: *toboseño*, *tobosesco*, *tobosino*; la primera para señalar a los naturales del Toboso —patria de doña Dulcinea—, y las dos últimas sólo como sinónimas de la anterior, aunque diputándolas de “desusadas”. La inclusión, repito, de estos adjetivos gentilicios, destinados a nombrar a los naturales del muy leve poblado manchego, ¿no será, como digo, otra demostración de la tesis que, puede decirse, informa este leve estudio? ¿Porque el Toboso es tan pequeño, tan minúsculo en relación con otros poblados españoles que no gozan el privilegio de que sus naturales ostenten un gentilicio académico!

Hay más. El diccionario en que capitalmente me ocupo, el de 1925, incluye ya, como acepción de la palabra *ínsula* —de antaño, es claro, acogida en el vocabulario castellano—, lo siguiente, relacionado con nuestro asunto: “2. fig. Cualquier lugar pequeño o gobierno de poca entidad. Dícese a semejanza de la que fingió Cervantes en su Don Quijote haber sido dada a Sancho Panza, escudero de éste”. Este parrafillo final paréceme, por cierto, un tanto alambicado y retorcido.

Agréguese a lo anterior que en la palabra *Molino*, como acepción nueva, y después, por supuesto, del párrafo especial que explica lo que es el molino de viento, la locución especial “*molinos de viento*”, se define, con el carácter de voz figurada, como “enemigos fantásticos o imaginarios”. Aunque, como se ve, no se apunta la procedencia, es notorio que esta locución se ha tomado de la tan famosa aventura del Hidalgo.

El propio último vocabulario trae, en el artículo *podenco*, como nueva también, la frase exclamativa ¡*Guarda, que es podenco!*, significándola como equivalente a la de tiempo atrás sancionada. ¡*Guarda, Pablo!*, para advertir

peligro o contingencia. Es inconcuso que la locución *¡Guarda, que es podenco!*, aceptada, en efecto, para el fin señalado por la Academia, viene de, o, mejor dicho, reproduce la cautelosa, precavida frase del loco cervantino que, escamado con los varapalos que el dueño de un perro por él tundido le asestara, veía en todos los pobreuelos canes un peligroso podenco.

¿Recordáis el graciosísimo cuento que en el Prólogo de la Segunda Parte de su Quijote nos narra nuestro autor? Por cierto que Sbarbi nos transcribe este propio cuentecillo, tomándolo de la comedia *No hay contra un padre razón*, de don Francisco de Leiba, del siguiente modo:

*En Sevilla un loco había
de tema tan desigual,
que una piedra de un quintal
al hombro siempre traía,
y al perro de cualquier casta
que dormido podía ver,
dejábasela caer,
con que quedaba hecho plasta.*

*Con un podenco afamado
de un sombrerero encontró;
a cuestras la ley le echó,
y dejólo ajusticiado.*

*Indignado el sombrerero,
con un garrote salió,
y dos mil palos le dio,
y tras cada golpe fiero,
muchas veces repetía:*

*—¿Que era podenco no viste,
loco infame?— Fuese él triste;
y luego, aunque un gozque vía,
mastín, o perro mostrenco,
al irle la piedra a echar,
volviéndola a retirar,
decía: ¡Guarda, es podenco!*

Lo dicho me confirma en la verdad de mi observación respecto a que el Diccionario Académico nos da la clave, la interpretación precisa para conocer a su través el aprecio en que el alcalaíno y su Hidalgo han venido sien-

do tenidos al través de los tiempos. Es claro que algo más ha de andarse en esta vía, porque falta aún el ingreso de ciertas notas cervantinas o, mejor dicho, quijotescas. Dígalo, si no, la ausencia de la locución usadísima, "*bodas de Camacho*", para señalar esas fiestas en las que desmedidamente se bebe y se come. Su inclusión en el diccionario de la Academia no habrá, sin duda, de tardar mucho. Léxicos castellanos de orden menor la han ya prohijado, *El Pequeño Larousse* —autor don Miguel de Toro y Gisbert—, de varias ediciones atrás, nos dice: "Bodas de Camacho. Uno de los más lindos episodios del Quijote, cuyo nombre se ha hecho proverbial para significar cualquier fiesta en que se come y bebe con exceso". En el *Alemany* se anota, a este respecto: "*Bodas de Camacho*. Episodio del Quijote en que el ingenioso hidalgo, acompañado de Sancho, asiste a la comida de bodas de un rico labrador llamado Camacho; comida tan abundante que ha llegado a hacerse proverbial para significar cualquier festín opíparo y fastuoso".

Pero no sólo los hombres de Cervantes, sino aun sus animales, cuando menos su más noble animal, han merecido la sanción académica.

Efectivamente, si aquellos ilustres perros, Cipión y Berganza, cuyo coloquio —en la novela ejemplar que, según su especial, muy inteligente comentarista Amezáa, y según también el dicho de cervantista tan ilustre como don Francisco Rodríguez Marín, es la mejor de tales excelentes novelas— muestra un donaire único, no andan en el léxico oficial, ni anda tampoco el buen rucio de Sancho, el que, en verdad, no podría andar, dada su *anonimia*, permíteme el empleo de esta voz no ungida aún; pero que para alcanzar el honor de serlo podría invocar el precedente de la *homonimia*, de la *sinonimia*, de la *paronimia*, y quizás de otros términos de análoga conformación, ya aceptos, sí anda, y aun trota a ratos, cuando el molimiento que le causan ciertas aventurillas de su señor no es de mayor cuantía, el noble *Rocinante*. *Rocinante* viene, como su amo, desde el *Diccionario de Autoridades*, en el que se nos dice que es, *rocinante*, lo mismo que *rocín*; agregándose que se llama así frecuentemente al que está muy flaco, e ilustrando lo asentado con una cita del propio gran libro. La definición, como otras, varía bien poco de entonces acá, ya que hoy se nos dice que *rocinante*, "por alusión al caballo de Don Quijote", es "*rocín matalón*", o sea caballejo de mala traza, flaco, de poca alzada, endeble, como lo era la caballería sobre la cual don Alonso el Bueno acometía molinos. El solípedo de Don Quijote, por el hecho de haber servido a tal dueño, vive en el olimpo caballar, en donde están otros animales célebres: Babiaca, Bucéfalo, y tiene, como se ve, su nombre inscrito en las honradoras columnas del diccionario. Sólo que, volviendo a la definición concreta, ¿no creéis que significar al *rocinante* como un mero equivalente de *rocín*, y no sólo, sino con el más aún deprimente agregado de "matalón", ello después de dársele, según, por supuesto, le corresponde, co-

mo origen o procedencia el buen animal de Don Quijote, es asestar al propio Alonso Quijano un rudo golpe, trayéndolo brutalmente a la realidad? Porque, recordémoslo, para bautizar a su cabalgadura, el caballero quiso acomodarle un nombre de manera “que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces”, y así, al fin, “le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo”.

El diccionario, siguiendo en ello el uso de las gentes materialistas y pegadas a la tierra, anota solamente el significado que corresponde al primer ser del famoso animal, es decir, el de cuando era oscuro y sufrido habitante de la menguada caballeriza del hidalgo, olvidando que el sacramento de la caballería había imbuído en ambos, amo y cuadrúpedo, una esencia alta y noble de defensores del bien y de la justicia; transformación en la que estriba una gran parte de la filosofía del inmortal libro. Pero absolvamos al uso, y al diccionario que lo consigna, observando la punta de ironía que el propio glorioso manco pone en su creación del nombre del caballo, puesto que él mismo dice que el bautismo lo metamorfoseó en el primero de los rocines del mundo. Primero, es verdad; pero sin salirse de la miserable clase de los jacos, que son como la orden tercera franciscana —perdón— de las caballerías.

Recuérdese también que en el soneto que consigna el famoso diálogo entre Babieca y nuestro Rocinante, vuélvese a disputar a éste como rocín a pesar de todo, y hasta juntamente con su amo y el famoso escudero.

Rocín, caballo flaco, sufrido y matalón, quede nuestro Rocinante, aunque en él se vislumbren, por inspiración de su dueño, impulsos que, guardándose distancias, podrían calificarse hasta de caballerescos y filantrópicos.

Por lo que toca a la paremiología en relación con los héroes de Cervantes, es natural que Sancho, refranista impenitente, sea el que tenga más contacto con los diccionarios. No obstante, tal relación no es tan nutrida como pudiera creerse, ni sanchopancesca todá. “Allá va Sancho con su rocín”; “con lo que Sancho sana, Domingo adolece”; “encontrar, o topar, Sancho con su rocín”; “al buen callar llaman Sancho”; son los refranes que he anotado, en el vocabulario académico, relacionados con Sancho. Pero veamos si este Sancho es, o no, el nuestro.

El anotado primeramente, “allá va Sancho con su rocín”, viene desde Covarrubias (censura, 1610) empleándose la forma *rocino* en vez de *rocín*, con la siguiente explicación: “Dizen que éste (Sancho) era un hombre gracioso que tenía una aca (jaca), y donde quiera que entraba la metía consigo. Usamos deste proverbio quando dos amigos andan siempre juntos”. Aunque esto nos haría suponer desde luego que se trata de Panza y de su rucio —por más que rucio no sea *rocino*, ni *jaca*—, y nos lo confirmaría

Sbarbi, en su magnífico diccionario de refranes, que anota, tras la transcripción del proverbio, lo siguiente: “Implicítamente usa este refrán Cervantes en los capítulos XXXIV y LV de la Segunda Parte de su Quijote, o mejor dicho, el pasaje: “dice Cide Hamete que pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre ellos dos se guardaban”; y aquel otro: “Nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza”, se puede asegurar que han dado pie para la creación de semejante refrán; la verdad es que la época en que Cervantes escribió su Segunda Parte y la en que se formó el diccionario de Covarrubias hacen crear dudas al respecto. Por lo demás, este refrán viene en los léxicos de la Academia, desde *Autoridades*.

“Con lo que Sancho sana, Domingo adolece”, refrán que la Academia incluye desde su cuarta edición, 1803, diciéndonos que nos enseña que no todas las cosas se pueden aplicar, o convienen a todos “*non omnibus omnia prosunt*”, equipáralo don José M. Sbarbi, en su copioso Diccionario de Refranes, con el proverbio “lo que es bueno para el hígado, es malo para el bazo”, que es bien claro, y que, en efecto puede equipararse al antes citado. El maestro Gonzalo de Correas, el docto humanista, en su famosísimo *Diccionario de Refranes* —escrito al finar de su vida y del cual dice don Miguel Mir, en el prólogo a la edición que de tal vocabulario hizo la Academia en 1924, que es “la obra más rica, más abundante y de mayor valor que nos dejó la ciencia filológica del siglo de oro de la literatura castellana”—, trae este mismo refrán en formas diversas: “Con lo que Pedro adolesce, Sancho, o Domingo, convalesce”; “Con lo que Sancho sana, Marta cae mala”; pero sin darnos, como no nos la da Sbarbi, noticia de procedencia.

Tenemos desde luego que desechar la idea de que este adagio provenga de nuestro Panza, puesto que en forma igual, salvo el punto ortográfico de *adolesce*, en vez del *adolece* de la Academia, viene entre los que el Marqués de Santillana inscribe en su famosa lista, encabezada: “Iñigo López de Mendoza, a ruego del Rey don Johán, ordenó estos refranes que dizen las viejas tras el fuego, é van ordenados por la orden del A. B. C.”. Así, habiendo muerto Santillana cien años antes de que naciera Cervantes, es claro que ni de lejos puede atribuirse origen cervantino a este proverbio.

Anótese que el viejo Correas, ocupándose en el refrán transcrito antes: “*lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo*”, lo señala, y bien, en equivalencia aún con otro muy viejo dicho: “*lo que es bueno para el diente, no lo es para el vientre*”...

Por lo que se refiere al “*encontrar, o topar, Sancho con su rocín*”, Sbarbi lo trae en la forma “*Topó Sancho con su rocín*”, sin anotar la fuente. Correas lo incluye en la forma: “*Encontrado ha Sancho con su rocín*”, y antes, Santillana: “*Fallado ha Sancho el su rocín*”. El propio Correas incluye tam-

bién el "*Topado ha Sancho con su asno*", diciendo, como la Academia que lo trae en la primera de las formas citadas: "Con que se denota que uno halla otro semejante a él, o de su genio". Otros refraneros lo indican como sinónimo del "*hallarse con la horma de su zapato*". . . Por todo ello se verá que este refrán no es, en su inicio al menos, cervantino. . . Pero, es claro, su supervivencia se explica al amparo de la gran obra. Por lo demás, permitidme anotar cierta extrañeza al encontrarnos con tanto proverbio pre-cervantino en el que aparezcan un Sancho y un rucio. . .

Veamos ahora el 'conocidísimo "*al buen callar llaman Sancho*", o, como en otra forma se usa, "*Al buen callar llaman Santo*". Aparece en el Diccionario Académico, en el artículo *callar*, en la forma que sigue: "*Al buen callar llaman Sancho, o Santo*, ref. que recomienda la prudente moderación en el hablar". Cervantes lo emplea en el Cap. XLIII, Segunda Parte, cuando don Alonso da a su criado singulares, magníficos consejos, de esos que Américo Castro encuentra emparentados con las moralidades de Isócrates, en su "*Parénesis o exhortación a la virtud*", en el párrafo: "A qué diablos —dice Sancho— se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes, y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados, o como peras en tabaque; pero no los diré, porque *al buen callar llaman Sancho*. Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar". . .

Sin embargo, el refrán es anterior también a Cervantes. Como que viene en Santillana; y ello es razón irrefutable; pero, para mayor claridad, Sbarbi nos dice, comentándolo: "Un célebre rey de Castilla, que al dividir el reino entre sus hijos reservaba en herencia la ciudad de Zamora a su hija doña Urraca, decía:

*Al que te quite a Zamora
la mi maldición le caiga;
todos dijeron amén,
menos D. Sancho, que calla.*

Silencio fue éste que, convertido en regla de prudencia, o de maldad, ha dado origen a la locución que sirve de epígrafe a estos renglones".

Por su parte, Correas se ocupa en este mismo adagio del modo siguiente, que transcribo para explicación del por qué en la Academia aparece, según la copia inserta, *Sancho o Santo*, es decir, ambos dictados como sinónimos: *Al buen callar, llaman Sancho; al bueno, bueno, Sancho Martínez*. Es de advertir que algunos nombres los tiene recibidos y calificados el vulgo en buena o mala parte y significación, por alguna semejanza que

tienen con otros por los cuales se toman. Sancho, por santo, sano y bueno; Martín, por firme y entero; Beatriz, por buena y hermosa; Pedro, por taimado, bellaco y matrero; Juan, por bonazo, bobo y descuidado; Marina, por malaña y ruin; Rodrigo, por el que es porfiado y duro, negando; decláralo el refrán: “Pera que dice un Rodrigo, no vale un higo”, y con tales calidades andan en los refranes. De manera que Sancho se toma aquí por sabio, sagaz, cauto y prudente, y aun por santo, sano y modesto.

Quedemos, pues, en que este Sancho santo proverbial, no es tampoco nuestro Sancho el de los proverbios.

El tan citado Sbarbi nos trae todavía dos o tres refranes en que anda Sancho; y entre ellos algunos son, sin duda, de Sancho Panza. Ejemplo: “*Cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, Señora*”. Aunque el Presbítero Sbarbi no nos da la fuente precisa de este adagio, y sólo nos lo relaciona con el “*Vístete como te llamas, o llámate como te vistes*”, revisando el Quijote os encontraréis —en el Capítulo L de la Parte Segunda, en que se habla del suceso que tuvo el paje que llevó a la señora Teresa Panza la carta de su marido el gobernador— con las razones de Sanchica, la hija, para confirmar sus deseos de ser llevada a la ínsula de su padre por el propio paje-embajador. Cuando la mozuela, en efecto, se allanaba a ir sobre una pollina tan bien como en las carrozas o literas, con gran número de sirvientes, que el seudo embajador preconizara, la madre, más sobre sí, exprésale: “*Calla, mochacha, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora; y no sé si digo algo*”. Con lo que la aldeana se mostraba digna, por prudente, de acompañar a su marido en la gobernación, ya que aparecía pulida y desbastada de su natural rudeza como la quería Don Quijote, que en los consejos que da a Sancho antes de que fuese a gobernar, Capítulo XVII, dice: “*Si trujeras a tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta*”. Todo ello, como lo anoté antes, nos dice que esta magnífica frase, hecha proverbio, es perfectamente cervantina. ¿Por qué no se halla en la Academia?

“*Más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno*”, contéstale el ladino a su buen amo, en el Capítulo XLIII, que contiene los consejos de Don Quijote a Sancho. Amoscado Sancho con las dificultades del gobierno, y oyendo las mil razones de su señor, decíale: “. . . si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con

perdices y capones... y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, *más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno*"; sesuda reflexión que Don Quijote, raramente por cierto, le alaba.

Sbarbi trae, sin citar la fuente, este mismo proverbio, glosando: "Más vale contentarse con una medianía, siendo feliz, que verse en alto puesto rodeado de enemigos".

Es claro, por supuesto, que el Diccionario de la Academia traerá, como ejemplos de la sabiduría popular que son los proverbios, en mil artículos distintos, muchos de los que Sancho usaba a porrillo; pero sería cuestión de buscas muy largas, y en muchos casos inútiles, el pretender averiguar si tales sentencias vienen, originalmente, del Quijote, como de seguro acaece con algunas, o, como sin duda sucede con las más, eran ya en tiempo de Cervantes frases vulgares, que corrían en la boca de todos, y que aparecen en la de Sancho, según él mismo lo afirma en muchas ocasiones, sólo en muestra de su taimado saber, y no precisamente como pequeñas filosofías propias. Estas páginas apenas pueden, así, ocuparse en revisar, y tan a medias como queda hecho, lo que nominando a Sancho o a otros héroes del Quijote, se halla en los diccionarios académicos, ejemplificado en proverbios o frases proverbiales; pero no pueden ir en busca de otros adagios que corran en el vocabulario oficial, aun viniendo de Cervantes primitivamente. Sería, ésta, labor de enorme envergadura, propia para cervantistas de fuste, e inquiridores, además, de reconocida ejecutoria, tales como don Francisco Rodríguez Marín, espejo de pesquisidores incansables, al par que cervantófilo y cervantista ilustre...

"*Aparecer, o ser, una maritornes*", lo trae Sbarbi en su colección, explicando: "El tipo de la moza venteril, creado por Cervantes, ha dado origen a esta comparación, para expresar con él, el de toda moza fea, zafia y desaseada"; como trae la frase "*ser un Quijote*", y "*Ser otro Don Quijote*", con explicaciones que coinciden casi a la letra con las que se encuentran en la definición académica de la voz *Quijote*: lo que asimismo sucede con la frase "*Ser el Licenciado Vidriera*", que incluye el mismo autor, en su propio diccionario, comentándola: "Aplicase a aquella persona pusilánime, asustadiza y a quien todo ofende o molesta, con referencia a aquel famoso Tomás Rodaja que inmortalizó Cervantes en una de sus mejores novelas ejemplares".

A las palabras que en el Capítulo XXV de la Parte Segunda, en la graciosísima escena del mono adivinador, cuando pasmado ante el atino de las respuestas de Maese Pedro a sus preguntas sobre lo que en tal momento estaría haciendo su mujer, dice Sancho: "... es ella una bienaventurada; y a no ser celosa no la trocara yo por la gigante Andandona, que según mi señor fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos"; les atribi-

buye también Sbarbi fuerza proverbial; y no sin razón, pues, como los adagios, acusan una verdad vestida graciosamente.

“*El pan comido, y la compañía deshecha*”. Desde la primera edición académica viene este proverbio, que, con tal autoridad de autoridades, podemos aceptar como originariamente cervantino. En efecto, en aquel glosario estupendo se dice: “Ref. que se dice por los ingratos, que después de haber recibido el beneficio, se olvidan dél, y no hacen caso, y se apartan de aquel de quien lo recibieron”, anotándose luego, como fuente precisa: “Cerv. Quix. tom 2, cap. 7. no se dirá por mí, Señor mío, el pan comido, y la compañía deshecha”.

Creo que para las condiciones de este leve tratado, por lo que toca a refranes, basta ya. Todo lo que abunda, empalaga; y lo que a refranes atañe, si es adunia, ha de empalagar en exceso. Ya decía Don Quijote a Sancho: “no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche y moche, hace la plática desmayada y floja”. Dejemos, pues, aquí la cosa; sólo que para cerrarla, y para finar con ello, de una buena vez, este leve estudio cervántico, acudamos a la propia obra inmarcesible, precisamente aprovechando una frase proverbial que sanciona la Academia en su Diccionario, y que, además, viene como de perilla para este remate, pues que su uso en el Quijote, confirma la verdad, fácil por cierto, que acabo de sentar al referirme a lo enfadoso del proverbio usado a todas horas, como el buen Sancho lo empleaba, y sienta, por contra que vale más hablar sin redundancias ni intrincamientos.

La frase, mera cervantina, es la de “*Valerle a uno un pan por ciento*”, que, diputada de figurada y familiar, dice la Academia —por cierto como novedad en la última edición, lo que, lo advertiré de pasada, confirma mi tesis de que a medida que el cervantismo va cobrando prestancia mayor, ésta se traduce fielmente en el Diccionario, como trasunto que debe ser, y es, de la realidad e interpretación de la vida en su momento— que es “obtener, moral y materialmente, considerable ventaja de hacer alguna cosa”. Esta frase, que aprovecho, digo, para cerrar mi trabajo, viene en la Parte Segunda, Capítulo LXXI, uno de los últimos de la novela, cuando ya el flaco señor y su gordo criado, de regreso, melancólicos un tanto, van rumbo a su aldea. Iba Sancho, es claro, con su retahíla de refranes. Decía “que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio a sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando”. Y le contestaba su Señor: “No más refranes, Sancho, por un solo Dios que parece que te vuelves al *sicut erat*. Habla a lo llano, a lo liso, a lo no intrincado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento”.

No os valdrá, mis lectores, *un pan por ciento*, ni mucho menos siquiera, el haber hecho la lectura de estas páginas. Pero el autor os la agradece, y os desea, en correspondencia a vuestra probada amistad, cabal ventura.

LOPE ECUMENICO *

Por don ALFONSO JUNCO.

“Y vuelve de su vejez...”

ERUDITO y andariego, libresco y mundano, ardido en amores bravos y febriles, como *cuartanas de león*, enredado en procesos y destierros, soldado en la Invencible Armada, agente en deplorables tercerías, casado y viudo dos veces, padre de blandísima ternura, sacerdote en los veinte años postreros de sus setenta y tres, Lope de Vega todo lo supo y todo lo vivió.

Torrencial, tornadizo, impresionable, despilfarrado, niño eterno, siempre culpado y siempre arrepentido, sincerísimo en medio de las más crudas incongruencias, perpetuo enamorado a lo divino o a lo humano, su nombre es torbellino.

La vida y la obra corren en vehemente paralelismo. Ecuménico como hombre y como artista, Lope no es individuo, es muchedumbre; no es un autor, es una literatura.

*Y vuelve de su vejez
a salir mozo otra vez.*

Lo que él dijo del ave fénix, hay que decir del Fénix de ingenios. Tres siglos nos separan de su tránsito (27 de agosto de 1635), y al ir de nuevo a Lope le encontramos en plena lozanía.

Nos internamos por el tumulto de su selva exorbitante, y excediendo con creces la hojarasca y la maleza, he aquí la encina joven, la flor recién nacida, el césped tierno, el rocío de hoy.

Este giro mental parece nuestro, hay matices actuales en esta voz; este acento emotivo nos traspasa; este verso diríase de ahora; este fuerte sentido social tiene clamores contemporáneos...

* Discurso pronunciado el 27 de agosto de 1935.

*Y vuelve de su vejez
a salir mozo otra vez.*

Modernidad que es, en suma, perennidad. Lo eterno humano y lo eterno artístico.

Vayan, a breves saltos, algunos de nuestros personales atisbos e impresiones al entrar en la selva de Lope.

Lo oscuro y lo claro.

Más natural que la naturaleza, vierte en su poesía Lope de Vega el chorro entero y borbollante de la vida: allá va todo, lo turbio y lo diáfano, lo trivial y lo egregio.

¿Cómo, si no, podría echar este diluvio fabuloso de versos y comedias? ¿Qué espacio tendría para madurar, seleccionar, bruñir, si apenas parece que bastara el tiempo todo que vivió para la tarea material de escribir febrilmente?

Algo hay en ello de verdad, y esa es quizá la clave de que Lope no ofrezca obra que, solitaria y de por sí, constituya valor universal, redondo y sumo.

Pero no exageremos. El arte es, por esencia, elección y depuración; el arte, aun para el inspirado, es ruda brega. El primer verso nos lo dan los dioses; los demás hay que hacerlos, declara hoy Paul Valéry. Y ayer Lope de Vega, el precipitado y diluvial, el que en horas veinticuatro traslada comedias de las musas al teatro, es precisamente quien nos habla de su propio afanar y sudar

*por que dejen la pluma y el castigo,
oscuro el borrador y el verso claro.*

Y ensombrecidos de tachaduras vemos los borradores que de él nos quedan. ¿Facilidad? Muy bien: difícil facilidad. Hay que dejar "oscuro el borrador" para alcanzar la claridad perenne.

El humorista.

¿Se ha estudiado bastante el humorismo de Lope?

Salta y retoza a cada coyuntura en su teatro, se explaya a su sabor en *La Gotamaquia*, hormiguea en mil recodos de sus rimas. Tiene un aire de salud, de frescura y de libertad que ensancha y orea el ánimo. Cabría hacer sobre él una encantadora monografía.

He aquí sacado al azar entre lo menos frecuentado, un soneto en que nos cuenta cómo "desea afratelarse y no le admiten":

*Muérome por llamar Juanilla a Juana,
que son de tierno amor afectos vivos;
y la cruel, con ojos fugitivos,
hace papel de yegua galiciana.*

*Pues, Juana: agora que eres flor temprana
admite los requiebros primitivos,
porque no vienen bien diminutivos
después que una persona se avellana.*

*Para advertir tu condición extraña,
más de alguna Juanaza de la villa
del engaño en que estás te desengaña.*

*Créeme, Juana, y llámate Juanilla:
mira que la mejor parte de España,
pudiendo Casta, se llamó Castilla.*

A mí me parece delicioso de finura, de lozanía y de intención. No hay la sal gruesa, no hay el chiste recargado y *explicado*, tan frecuentes en Quevedo, los novelistas picarescos y otros satíricos de entonces. Sin que ande exento de reparos semejantes, el humorismo de Lope suele ser de sutil calidad, y constituye acaso una de sus venas más salubres y ricas.

Democracia y aristocracia.

Lope es el pueblo. Convive con él, lo ama, lo siente, lo copia y vuelca en arte.

Sus doctas disciplinas —y es muy alto y muy católico ejemplo—, no estorban, sino aguijan y fecundan, esta fusión.

Lo humilde y tradicional, lo arraigado en la entraña de la gleba, lo pegado a la vida cotidiana y bullente, lo que suena en el río de los romances viejos y vuela en las alas de los cantos populares, vibra en Lope de Vega con poderosa plenitud.

*¿El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto?*

¡No! Lope, tímido o complaciente, o acaso socarrón ante la crítica solemne y el magisterio ancestral, demerita lo genuinamente suyo. . . , pero sigue creándolo. Y esto que, con olvido de las clásicas normas, le brinca del alma;

esto que, con escándalo de “las tres unidades” dramáticas, lleva el soplo directo de la vida, es lo supremo en él. Cuando se acuerda de “los modelos” y escribe poemones como *La hermosura de Angélica*, imitando al Ariosto, o *La Jerusalén conquistada*, emulando al Tasso, será tibio y mediocre. Cuando escucha el grito original de su genio, será incendiario y creador. ¡La historia de siempre!

Mas esta fuerza popular y democrática no matará la aristocracia del arte. Con recíproco exceso controversial, Lope de Vega agobiará de zumbas y donaires los encrespamientos culteranos y las tinieblas gongorinas; Góngora se erguirá despectivo contra esta Vega, “con razón vega, por lo siempre llana”. Pero... también la guerra es contacto. También la guerra engendra afinidades e influjos. (¿No acá, entre nosotros, se casa Bazaine con mejicana? ¿No se satura de aire francés la época señoreada por D. Porfirio, el excombatiente de los franceses?) Lope absorberá lo que anda en la atmósfera del combate, y nos dará refinamientos cultistas, joyeles y preseas de vislumbre gongórica. Todo sumado a su propio saber y a su innata pasión por el *concepto*.

Nervio popular y nimbo culto. Democracia y aristocracia en hermandad estética. Lope, ecuménico.

La dulzura de Lope.

Tengo —dice el Fénix en la dedicatoria de *El verdadero amante*—, “pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan conceptos”.

¡Qué delicadamente sugeridor este decir: “un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan conceptos!” ¡Cómo nos abre todo un mundo interior del hombre y del poeta! ¡Cómo nos habla de la suave misión sosegadora e inspiradora que en él cumplieron las flores! ¡Cómo nos introduce en la dulzura de Lope!

La dulzura de Lope es todo un orbe. Y nos despierta el empolvado recuerdo de aquellos otros sabios de sus días, “felices entre sus libros y sus flores”, como los halla y los evoca el hispanista Bell.

Suele verse de hierro a la España del Siglo de Oro. Hierro de espadas y armaduras, de conquistas y guerras, de austeridades y rigores, de asperezas y bravuras. Verdad es. Pero verdad exagerada hasta el error, insuflada y aislada hasta la caricatura. ¿Cómo olvidar, frente al enjuto y espectral asctismo del Greco, la luminosidad serenísima de Murillo? ¿Cómo no percibir, junto a la risa abrupta y semimacabra de Quevedo, la sonrisa humanísima y generosa de Cervantes?

No es simple, sino compleja, aquella España; no unilateral, sino total. Los extremos se tocan, y es guerrero el blandísimo Garcilaso: ¡gran símbolo!

Hay que hacer —y sería gozo de todos y sorpresa de muchos— una suave y gustosa antología de la dulzura española. Flores, aves, niños, juegos, cosas ledas y cándidas, delicadezas de la intimidad, sonrisas de la naturaleza y del vivir discurrirían en torneo apacible. Una frase, una referencia, un ejemplo, espigados en Juan de Avila, en Alonso de Cabrera, en Antonio de Guevara, en José de Sigüenza, en tantos y tantos célebres o ignorados escritores —o célebres e ignorados a la vez—, nos asomaría al escondido remanso. Y no sería fácil que en otros climas se hallase superación a la encendida y entrañable ternura de Fray Luis de Granada. Ni a la euritmia sideral del maestro León. Ni a la llana y sabrosa jovialidad de Teresa. Ni a la finura inexpressable de San Juan de la Cruz.

Con Lope quedémonos ahora.

Y oigámosle en *Los pastores de Belén* —Arcadia a lo divino— derretirse en requiebros y mimos y ternuras para el Recién Nacido:

*No lloréis, mis ojos,
Niño Dios, callad,
que si llora el Cielo,
¿quién podrá cantar?*

Lope, niño eterno, juega y llora y se hechiza con el eterno Niño. Siente y vive el poeta, con espontaneidad madrugadora, la infancia espiritual que en nuestros días trae fragancias del cielo en las rosas de Teresita de Lisieux.

*Zagalejo de perlas,
Hijo del Alba:
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?*

*Como sois lucero
del alma mía,
a traer el día
nacéis primero.
¡Pastor y cordero
sin choza y lana!
¿Dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?*

*...Que tenéis que hacer,
Pastorcico santo,*

*madrugando tanto,
lo dais a entender;
aunque vais a ver,
disfrazado, el alma,
¿dónde vais, que hace frío,
tan de mañana?*

¡Dulzura que trasciende toda palabra! ¡Hondura con engaño de levedad!

Salta y retoza el infantil poeta, y el alma le repica de alborozo, y pide a las campanitas de Belén que toquen al Alba que es María, de donde nace el Sol, que es Cristo:

*Campanitas de Belén,
tocad al Alba, que sale
vertiendo divino aljófara
sobre el Sol que della nace;
que los ángeles tocan,
tocan y tañen...*

*...En Belén tocan al Alba
casi al primer arrebol,
porque della sale el Sol
que de la noche nos salva
Si las aves hacen salva
al alba del sol que ven,
¡campanitas de Belén,
tocad al Alba!*

*...Este Sol se hiela y arde
de amor y frío en su oriente,
para que la humana gente
al cielo sereno aguarde;
y aunque dicen que una tarde
se pondrá en Jerusalén,
¡campanitas de Belén,
tocad al Alba!...*

¡Cómo nos arrebatara el luminoso vuelco de esta música mañanera, y qué indecible toque de melancolía fugitiva entre la gloria de las campanas que saludan al Sol... "aunque dicen que una tarde se pondrá en Jerusalén!"

Pero la sombra pasa apenas y huye ante el triunfo matinal: “¡Campanitas de Belén, tocad al Alba!”

Y con María, la celeste Zagala, tiene Lope divinos discreteos:

*¿Dónde vais, Zagala,
sola en el monte?
Mas quien lleva el Sol,
no teme la noche...*

*...¿Qué haréis si el día
se va al ocaso,
y en el monte acaso
la noche os coge?
Mas quien lleva el Sol
no teme la noche.*

Pero en Lope la dulzura no sólo es canto. Es vida.

Penetremos de puntillas en su morada. Se ha casado el poeta, en segundas nupcias, con doña Juana de Guardo; tiene de ella un hijito, Carlos Félix, que es su embeleso. Se recoge al hogar; deja fuera las tempestades del mal amor; en casa estudia, escribe, se empapa en la efusión de la paz. He aquí el delicioso cuadro intimista:

*Y en efecto pasaron las fortunas
de tanto mar de amor, y vi mi estado
tan libre de sus iras importunas,*

*cuando amorosa amaneció a mi lado
la honesta cara de mi dulce esposa,
sin tener de la puerta algún cuidado.*

*Cuando Carlitos, de azucena y rosa
vestido el rostro, el alma me trata,
contando por donaire alguna cosa.*

*Con este sol y aurora me vestía:
retozaba el muchacho como en prado
cordero tierno al prólogo del día.*

*Cualquiera desatino mal formado
de aquella media lengua era sentencia,
y el niño a besos de los dos traslado...*

*...Y contento de ver tales mañanas
después de tantas noches tan oscuras,
lloré tal vez mis esperanzas vanas,*

*...Ibame desde allí con el cuidado
de alguna línea más, donde escribía,
después de haber dos libros consultado.*

*Llamábanme a comer; tal vez decía
que me dejasen, con algún despecho:
así el estudio vence, así porfía.*

*Pero de flores y de perlas hecho
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho.*

*Tal vez que de la mano me llevaba,
me tiraba del alma, y a la mesa
al lado de su madre me sentaba.*

Trivial, humilde, cotidiana dulzura. ¿Habrà que traer a ponderación la verdad de esta poesía y la poesía de esta verdad? ¿Habrà que destacar versos tan lindos como aquellos del matinal retozo del chiquilló "como en prado cordero tierno al prólogo del día?"

¿Y habrá que encarecer la desolación del padre cuando su corderillo muere a los siete años, y la autenticidad del grito cristiano de Lope cuando inmola en las aras de Dios su corazón, que era Carlos?

*Este de mis entrañas dulce fruto,
con vuestra bendición ¡oh Rey eterno!
ofrezco humildemente a vuestras aras...*

*...Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
ninguna cosa os doy, y que querría
hacer virtud necesidad tan fuerte;
y que no es lo que siento lo que muestro,
pues anima su cuerpo el alma mía,
y se divide entre los dos la muerte.*

Con la muerte en el alma, y hablando con el hijo que se fue, nos desvela el poeta intimidades exquísitas:

*Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el canto y las colores,
encerraba, gozoso de alegraros;
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes; yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros...*

¡Poesía y verdad! No sólo fue cosa cantada: cosa vivida fue la dulzura de Lope.

El mal amor.

Hombre de amor fue Lope: de buen amor y de mal amor.

Sus descarríos sembraban estrepitoso rumor de escándalo: “Ya estos delitos míos —dice al Duque de Sessa— corren con mi nombre; gracias a mi fortuna, que no me han hallado otra pasión viciosa fuera del natural amor, en que yo, como los ruseñores, tengo más voz que carne”.

He aquí a Lope en autorretrato magistral: carne y voz; pero, como los ruseñores, “más voz que carne”; más espiritualidad que sensualidad; más efusión poética que materia prosaica; más publicidad lírica que realidad tangible.

En ello insiste al desahogarse epistolarmente con la peruana poetisa *Amarilis*, y al paso da un rasguño a los poetas caliginosos e insondables con quienes siempre pleiteó:

*Quien piensa que yo amé cuanto miraba,
vanamente juzgó por el oído:
engaño que aun apenas hoy se acaba.*

*Los dulces versos tiernamente han sido
piadosa culpa en los primeros años.
¡Ay, si los viera yo cubrir de olvido!*

*Bien hayan los poetas que en extraños
círculos enigmáticos escriben,
pues por ocultos no padecen daños.*

Total: más el ruido que las nueces. Hubo, incuestionablemente, nueces; pero, incuestionablemente, produjeron desmesurado ruido. ¿Por qué? Por la exorbitante popularidad de Lope; porque España entera lo conocía y sabía sus más leves movimientos; porque, quisíéralo o no, vivía en casa

de cristal. Y porque él, atolondrado y difusivo, echaba al aire en cantos sus amores, como un ruiseñor irresponsable. Y así, lo que en la mayoría de las gentes es privada flaqueza conocida de pocos, en él era público espectáculo, comidilla universal, pasto a la sátira de sus émulos.

Yerran toda la psicología de Lope quienes le gradúan de Don Juan: no tiene de él ni la fría petulancia conquistadora, ni el frívolo mariposeo *profesional*. Lope es todo pasión auténtica en sus amores.

Hombre de extraordinaria simpatía e irradiación, temperamento sensitivo y volcánico hasta la hiperestesia, es, ante el dulce sexo *opuesto*, a la vez atraído y atrayente, avasallado y avasallador. Y al acometerle sus calenturas, son simultánea exaltación de la fantasía y de los sentidos, fiebre de todas sus potencias altas y bajas, fieras *cuartanas de león*, como él las nombra, que le sojuzgan toda el alma y todo el cuerpo.

Juguete de su triste fragilidad, resulta sincerísimo en cada instante, aunque el instante de hoy contradiga el de ayer. Pero puntualicemos: la volubilidad no es tan aguda como acaso se piense. Aparte de sus dos legítimas esposas, y a lo largo de un vehementísimo vivir de setenta y tres años, sólo se le conoce —y se le conoce todo— media docena de nombres de mujer. Siete vástagos tiene en Micaela de Luján. Con Marta de Nevarres persiste, dolorosamente, más de tres lustros. No hay bajuno donjuanismo.

Y esto no entraña disculpa de lo indisculpable, sino propósito de entendimiento, de exactitud y de penetración psicológica.

Muerto su hijito Carlos Félix y a poco la madre, deshecho el hogar en que Lope gustó la miel de la paz y del casto amor, traspuesto el medio siglo de su edad, creyó nuestro poeta llegada la hora de la serenidad purificante. Y en 1614 —paso sincero, pero paso en falso— se hizo sacerdote.

*El ánimo dispuse al sacerdocio,
porque este asilo me defienda y guarde...*

*Dejé las galas que seglar vestía.
Ordenéme, Amarilis: que importaba
el ordenarme, a la desorden mía.*

Le ordenó el Obispo de Troya, “y sería de ver —comenta Lope, sonriente— cuán a propósito ha sido el título, pues sólo por Troya podía ordenarse hombre de tantos incendios”.

El confesor de Lope niégale la absolución si persiste en la tarea de secretario y corrector de estilo de las cartas galantes del Duque de Sessa: “Suplico a Vuestra Excelencia —le escribe entonces el penitente— tome este trabajo por cuenta suya, para que yo no llegue al altar con este es-

crúpulo, ni tenga cada día que pleitear con los censores de mis culpas". El tarabana del Duque no quiere prescindir. Impertinente, insiste y apremia. Y Lope, a pesar de sus viejos vínculos y de su gran amor y obligación al de Sessa, se mantiene firme: "Estos no son escrúpulos, sino pecados para no hallar la gracia de Dios, que es lo que ya agora más deseo".

Con qué limpia lealtad abrazó el sacerdocio, con qué buen ánimo de enmienda y superación, nos lo dice más fuertemente aún esta confidencia que hace al Duque, en 1615: "Plegue a Dios, señor, que si después de mi hábito he conocido mujer deshonestamente, que el mismo que tomo en mis indignas manos me quite la vida sin confesión antes que ésta llegue a manos de Vuestra Excelencia". Un año llevaba entonces, y otro más perseveró todavía en el camino recto. Dos años. Y para Lope, para aquel Lope que en un día disparaba una comedia y en una hora vivía una vida, dos años son dos siglos. Hay que medirlos y pesarlos bien, para ponerlos, justiciaramente, al haber de su cuenta pecadora.

Por 1616 sobreviene la caída: llámase Marta de Nevares Santoyo. Pero Lope no se entrega sin lucha, no embota su conciencia, no se echa a dormir en la iniquidad. Trágicamente lo sacude el horror de su crimen y la miseria de su voluntad. "He estado con tantas desesperaciones, que le he pedido a Dios me quitase la vida... Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer... Esta noche no he dormido, aunque me he confesado. ¡Mal haya amor que se quiere oponer al cielo!"

¡Gritos punzadores de un hombre bueno que, a su despecho, arrastrado y con la voluntad hecha jirones, obra el mal que no quiere!

La tragedia persigue esta unión sacrílega, de la que nace Antonia Clara en 1617. No tiene Lope hora de paz. Marta queda ciega por 1623, y ya para 1628, ha naufragado su razón, entre alternados acometimientos de furor y de idiotéz. Muere, al fin, en 1632. Con ternura la atiende Lope hasta lo último, sin desampararla en tan dilatada desventura, donde no quedan alicientes para inferiores complacencias.

*Aquella que gallarda se prendía
y de tan ricas galas se preciaba,
que a la aurora de espejo le servía
y en la luz de sus ojos se tocaba,
furiosa los vestidos deshacía,
y otras veces estúpida imitaba
—el cuerpo en hielo, en éxtasis la mente—
un bello mármol de escultor valiente...*

*.. Sólo la escucho yo, sólo la adoro,
y de lo que padece me enamoro.*

“De lo que padece me enamoro”. He aquí el metal de su afecto. ¿Hasta dónde fue limpio en esos años amargos? De entonación platónica parecen los versos en que lo canta Lope:

*Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor de la cadena,
para cantar me sirve de instrumento.*

*No al fuego humano, al celestial atento
en alabanza de Amarilis suena...*

Pero, de todas suertes, abominable era la culpa inicial, afrentoso el largo escándalo. Y, para cerrar el ciclo macabro de este episodio, la hija Antonia Clara, seducida se fuga en 1634. ¡Con qué igual y qué cara moneda paga el mísero viejo, ya al filo de la tumba, sus hazañas! ¡Cómo aquí se objetiva, con áspera verdad, aquel proloquio anunciador de que en el pecado va la penitencia!

El buen amor.

Pero quien tanto y tan dislocadamente amó a lo humano, supo también amar, con ardorosa veracidad, a lo divino. Como otro pobre hombre lacerado y otro inmenso poeta, Paul Verlaine —con quien, remoto en tantas cosas, presenta insólito paralelismo, que en otra ocasión explayaremos—, de su miseria levantábase a Dios y hablábale con voces desgarradas e inmortales.

*¡Vida de toda mi vida!
¡No de toda, que fue loca:
pero vida de esta poca
a vos, tan tarde, ofrecida!*

Voluntad hecha trizas, pero anhelo hecho llamas, el pobre Lope, como el *Pauvre Lelian*, encárase con Dios y le interroga y lo apostrofa en enamorada exaltación, con un grito directo y desnudo, que nada sabe ni quiere saber de literaturas:

*Bendigo vuestra piedad,
pues me llamáis a que os quiera*

*como si de mí tuviera
vuestro amor necesidad...*

*... ¿Para qué puedo importaros
si soy lo que Vos sabéis?
¿Qué necesidad tenéis?
¿Qué cielo tengo que daros?*

*¿Qué gloria buscáis aquí?
Que sin vos, mi bien eterno,
todo parezco un infierno:
¡mirad cómo entráis en mí!*

*Pero, ¿quién puede igualar
a vuestro divino amor?
Como vos amáis, Señor,
¿qué serafín puede amar?*

*¡Yo os amo, Dios soberano,
no como vos merecéis,
pero cuanto vos sabéis
que cabe en sentido humano!...*

*... Toda el alma, de vos llena,
me saca de mí, Señor.
Dejadme llorar de amor,
como otras veces de pena.*

En otros momentos, el arte y el concepto suavizan y decoran y enfloracen, sin robarle frescura, la efusión:

*Hoy, para rondar la puerta
de vuestro santo costado,
Señor, un alma ha llegado,
de amores de un Muerto muerta.*

*Asomad el corazón,
Cristo, a esa dulce ventana:
oiréis de mi voz humana
una divina canción...*

*... Muerto estáis: por eso os pido
el corazón descubierto,
para perdonar despierto,
para castigar dormido.*

*Si decís que está velando
cuando vos estáis durmiendo,
¿quién duda que estáis oyendo
a quien os canta llorando?*

*Y aunque él se duerma, Señor,
el amor vive despierto:
que no es el amor el muerto,
¡vos sois el Muerto de amor!*

Y cuando el sacerdote Lope de Vega, arrepentido y purificado, allégase al altar y toma a Dios en sus manos para ofrecer el sacrificio augusto, prorrumpe en el gemido más dulce y desgarrante que haya podido salir de humano corazón:

*Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro
y la cándida Víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto
y la piedad de vuestro pecho admiro.*

*Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto:
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con amor suspiro.*

*Volved los ojos a mirarme humanos,
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.*

*¡No sean tantas las miserias nuestras,
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras!*

Yo no tengo palabra para decir cómo el final terceto me transporta en un vuelo melódico a no sé qué región, luminosa de lágrimas, donde el cielo y la tierra se funden y se besan.

Lope de Vega, alma de niño, siéntese sin derecho a la alegre e infantil devoción cuando el remordimiento de sus culpas le ensombrece y viriliza:

*Cuando niño, os contemplaba
Niño en brazos de María,
y en su divina alegría
tiernamente me alegraba.*

*Mas hombre, y hombre tan malo
que no hacéis ley que no quiebre,
ya no os busco en el pesebre,
sino clavado en un palo.*

Todo amor en Lope: idílico amor por el Dios Niño que gorjea en la cuna; trágico amor por el Dios Hombre que se despedaza en la cruz.

¿Temor? Poco actúa en aquella alma, tan española y tan de entonces. Nada de negra religión por terror. Hay, más bien, un exceso y abuso de confianza en la misericordia divina para la humana flaqueza: sábese Lope tan frágil, pruébase tan mísero a despecho de los buenos propósitos, que fia en que Dios le tendrá compasión. Y en sus tempestades de arrepentimiento —que saben del cilicio y de la sangre— no es el temor al castigo lo que le enloquece: es el desgarramiento de haber ultrajado a quien tanto le ama.

¡Católico, y español, y de su siglo por los cuatro costados!

¿Fe diamantina y laxo vivir? Apresurémonos a precisar que, aparte la apuntada flaqueza, Lope era hombre sin vicio alguno, y de índole saludable y generosa. Además, erraríamos si sacásemos generalizaciones apresuradas. Lope, tan representativo, es a la vez individualidad personalísima. Y al lado suyo y de su enfermiza fragilidad, florecen innúmeros varones de robusta virtud, que saben, en armonía poderosa y espléndida, concordar la doctrina y la vida. Y hay una firme salud moral en infinitos hogares, y en el tono de las costumbres y maneras, una auténtica dignidad, que perciben y apuntan los extranjeros como característica de aquella España.

Por lo demás, reflexionemos cómo la integridad de los principios, a despecho de las flaquezas de la voluntad, constituye un bien máximo. Siempre ha habido, y hubo entonces, y habrá hasta el fin, lacras y porquerías en el mundo. Pero Lope y las gentes de su hora sabían, cuando pecaban, que estaban pecando, y se sentían fuera de la ley. No justificaban su yerro, no lo temolaban como ideal. Ruina y vergüenza de los tiempos modernos es el conato de llamar bien al mal y mal al bien: que así la inteligencia se subvierte, y se estrañan las normas esenciales, y se tapia el camino de la redención.

Lope y España.

Pero si el hombre Lope de Vega no es toda España, el creador Lope de Vega sí. En el océano hervoroso de su teatro, suben y bajan, juegan y azotan, rezan y rugen, lloran y cantan todas las olas del sentir y del ser español.

Y esas olas vitales nos gritan con voces no extingüibles la recia libertad de pensamiento y censura, el ímpetu de justicia social, el sentido rotundo de personal dignidad, la fuerza igualitaria y gloriosamente democrática que bullía en aquel siglo.

Allí *La vengadora de las mujeres*, que, intrépida, refuta cuantos prejuicios han existido contra ellas y vindica su capacidad intelectual y su activa ingerencia en las realidades sociales. Allí *El villano en su rincón*, que en su honrado bienestar se siente más rey que el monarca, y no se digna asomarse a verlo cuando éste acierta a pasar por su villa. Allí el pobre aldeano *Peribáñez*, que, en defensa de su honor de marido sólo en intención ultrajado, da muerte al poderoso comendador de Ocaña, y obtiene no ya perdón, sino favor y loa de labios del rey. Allí el pueblo de *Fuenteovejuna*, que, exasperado por las tropelías del déspota que lo rige, y agotados los recursos pacíficos, se amotina y mata al tirano y pasea su cabeza en la punta de una lanza, teniendo luego la justicia real que doblegarse ante la solidaridad heroicamente unánime de los ciudadanos de Fuenteovejuna, y eximirlos de castigo, y con admiración reconocer el desesperado espíritu de justicia que los movió.

Don José María Vigil —prohombre del liberalismo mejicano— se asombra en su *Lope de Vega* (1904), de que se dejasen llegar al pueblo y servirle de cátedra palpitante y abierta aquellas “producciones que podrían ser calificadas de revolucionarias”. Y, ante la evidencia de los hechos, confiesa honradamente que “la verdad es que, en medio del rigorismo dogmático. . ., quedaba una brecha bastante amplia para que la razón pudiera hacerse escuchar”, y asienta esta apreciación excepcionalmente significativa por venir de quien viene: “Ni Molière, ni Beaumarchais, ni Víctor Hugo habrían encontrado en España las dificultades con que tuvieron que luchar en su carrera dramática”.

Es decir, que en la España inquisitorial y monárquica de la centuria décimoséptima, encuéntrase incomparablemente más libertad para el dramaturgo que en la Francia de los siglos XVII, y XVIII, ¡y XIX!

¿Qué hay, entonces, de la famosa opresión? Sencillamente, que necesitamos sacudir rutinas, estudiar con ojos diáfanos, acercarnos a aquella etapa diferentísima de la nuestra y esforzarnos por comprenderla. Y saber que el Santo Oficio, del que Lope de Vega tenía a gala ser y titularse “familiar”, no oprimía, sino encarnaba el espontáneo sentir ortodoxo de los españoles

todos —para quienes éste era un punto de honor, de lealtad y de defensa patria—, y que ni en lo más tenue les vedaba la libérrima actividad pensadora, reformadora y crítica, con tanto brío y tanto resplandor ejercida por los escritores de aquella edad que mereció llamarse de oro.

“*Es de Lope*”.

Aquí, una vez más, Lope de Vega se identifica con su pueblo. Y es gloria de su pueblo el haberlo glorificado en vida. Por donde va le siguen ojos y exclamaciones. Admiración y simpatía le envuelven en una atmósfera cálida. Sube a categoría de mito popular. Llega a inventarse y difundirse un credo revelador: “Creo en Lope todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra”.

Y se hace proverbio el llamar *de Lope* a lo excelente. Quevedo lo consigna en la aprobación de las *Rimas humanas y divinas* (1634), y así, en sus *Anales de Madrid*, lo cuenta sabrosamente León Pinelo:

“Dieron en Madrid, más de veinte años antes que muriese, en decir por adagio a todo lo que querían celebrar o alabar por bueno, que era *de Lope*; los plateros, los pintores, los mercaderes, hasta las vendedoras de la plaza, por grande encarecimiento, pregonaban fruta *de Lope*, y un autor grave, que escribió la historia del señor don Juan de Austria, para levantar de punto la alabanza, dijo de uno que era capitán *de Lope*, y una mujer, viendo pasar su entierro, que fue grande, sin saber cuyo era, dijo que aquel era entierro *de Lope*, en que acertó dos veces”.

De Lope fue su poesía; *de Lope*, su teatro; *de Lope*, su gloria; *de Lope*, su entierro.

Sea también *de Lope* su tercer centenario.

DE MANUEL GUTIERREZ NAJERA A LUIS G. URBINA *

Por don CARLOS DÍAZ DUFOO.

HUBIERA yo deseado que el elogio de mi antecesor en este sillón lo subscribiera persona de mayores merecimientos que la que tiene el honor de dirigiros la palabra. El doctor Francisco C. Canale era digno de que una voz más autorizada que la mía realizara una obra a la que él limitó injustificadamente su recorrido. Porque, en realidad, pocos de quienes conocieron al distinguido facultativo se dieron cuenta de que detrás de la mentalidad disciplinada del hombre de ciencia se ocultaba el alma libre del artista. El doctor conservaba cuidadosamente su secreto; no quería que se transluciese su cultura, que guardaba con el mismo sigilo que un avaro su tesoro. Y así, conservando esta actitud enigmática, Canale realizaba sus pacientes estudios filológicos, sus sabios trabajos humanistas, que mantuvo reservados para exclusivo regocijo de su espíritu, semejante a una flor misteriosa que, para evitar que se evapore su perfume, cierra automáticamente sus pétalos al contacto de las cosas exteriores.

¡Precauciones inútiles! Aunque reducido, un cierto número de elegidos logró penetrar en el asilo que habitaban las ideas de aquel trabajador ignorado. Ahí trazó Canale, páginas de erudición insuperada; ahí estaban los oasis en que aquel sereno varón buscaba el descanso de sus amargos afanes profesionales en la consoladora contemplación de su vida interior. Y de tal suerte estaba ligada esa vida con su paso por la tierra, que cuando se sintió tocado por la muerte, el doctor ordenó que trasladaran a su biblioteca el lecho en que se extinguía, deseoso de verse rodeado, en sus últimos momentos, de sus fieles amigos, de sus maestros insignes, de todos los que le guiaron en las rutas de la Emoción y del Pensamiento.

Esa labor no estaba, sin embargo, destinada a agotarse en el invernadero de su espíritu; buenos y cariñosos conocedores de la obra de Canale se han

* Discurso pronunciado el 15 de mayo de 1935.

encargado de esparcirla. De esta suerte, a la noticia de su desaparición, un compañero nuestro, Alejandro Quijano, habló de ella con una elocuencia y un acierto que no me sería dado igualar. El nombre del señor doctor D. Francisco C. Canale se ha salvado así justamente del olvido.

Rendido este homenaje, entro en la materia sobre la cual pretendo atraer vuestra atención cortos instantes.

El día 3 de febrero de 1895 moría en la ciudad de México, en madura juventud y floración plena, un gran poeta; el 18 de noviembre de 1934 exhalaba en Madrid el postrer aliento otro poeta victorioso, ya en los lindes de la ancianidad, recluso de tiempo atrás en un voluntario silencio. En el curso de esos ocho lustros, Manuel Gutiérrez Nájera fue el primero que partió y Luis G. Urbina uno de los últimos supervivientes de un núcleo de hombres que dio el tono a las letras patrias en las postrimerías de la XIX y los comienzos de la vigésima centuria. Lo que esos hombres representan en la vida literaria mexicana durante tal período es tanto más digno de considerarse cuanto que, frente a las manifestaciones de arte actuales, su obra puede darse por terminada. La cadena que une a unas generaciones con otras se ha roto; la de los escritores y poetas que desarrolló sus anillos de 1880 a 1910 no tiene continuadores. Sus huellas parece que están destinadas a perderse, barridas por el paso de los que llegan.

Al inaugurarse los años ochenta se hacía sentir en México, un inmenso vacío en todas las ramas literarias, particularmente en la poesía. El puesto que abandonó Manuel Acuña no había logrado llenarlo ninguno de sus imitadores, a quienes faltaba la fuerza y la audacia del cantor de Rosario. El romanticismo estaba, en apariencia, moribundo, sin que pudiera decirse si la causa vinculaba en el cansancio del público hacia lo artificioso de una escuela que había extremado sus fórmulas, o a la carencia de originalidad y vigor de los que se antojaba que preparaban su entierro. Al margen de un compacto grupo de rimadores, Guillermo Prieto continuaba trenzando canciones al dictado de las voces populares y Juan de Dios Peza se prodigaba en un reguero de cantos del hogar, de mérito desigual, a virtud de la celeridad con que eran escritos. En tanto, el más jugoso de nuestros poetas, el de percepciones más amplias —he nombrado a Justo Sierra— había enmudecido, entregado a la magna tarea de hermanar la Fe y la Razón, el Sentimiento y la Ciencia, a la sombra de ese santo laico que se llama Francisco Renán.

Había invadido aquel crepúsculo todas las formas literarias, como ya he dicho, de suerte que si en la poesía Acuña no tuvo quien lo continuara, no lo tuvieron tampoco en la novela Manuel Payno, Luis Inclán y Riva Palacio, ni en el teatro Peón Contreras y Alfredo Chavero. La prosa en el libro y el periódico había degenerado en trivial e inexpressiva y habíase agotado áquel raudal sonoro en el que sobrenadaban, de trecho en trecho, al-

gunas ideas-fuerza, forjadas al calor de la pasión y el entusiasmo. Las contiendas políticas, que hicieron nacer a polemistas irónicos y vehementes, a improvisadores brillantes, a oradores proféticos —el Nigromante y Altamirano en las filas del jacobinismo; Aguilar y Marocho en las de los conservadores— habían terminado. La paz reinaba en la República —expresión geográfica— pero en la de las Letras, la paz iba pareciéndose más y más a la de Varsovia.

De aquella decadencia únicamente podía salvarnos una renovación, que, haciendo a un lado los moldes gastados y dando piadosa sepultura a las ficciones que nos asediaban, iniciase una evolución creadora. Tan cierto es que cuando las corrientes de agua pura que mantienen vivo el arte de un pueblo se estancan, el arte de ese pueblo acaba por convertirse en una charca. ¿Pero en dónde estaba la senda del renacimiento; en dónde el Precursor que mostrara la Tierra Prometida? En aquel momento surge un poeta joven, a quien estaba destinada esa misión, Gutiérrez Nájera.

Aquí tenemos a un espíritu tímido y orgulloso al mismo tiempo, que se forma en la soledad; en ella aprende a bucear dentro de sí mismo, trayendo los tesoros que guarda en su seno un mar surcado por barcas de distintos países. El poeta gusta —lo dijo una noche en una reunión de íntimos— navegar en ese océano, del que trae en sus pupilas verdes los reflejos de esmeralda. Los diez primeros años de su formación literaria —como anota uno de sus biógrafos— emprende un viaje inquieto, sin punto de reposo, en torno de todos los autores, antiguos y modernos, españoles y franceses, clásicos y románticos, a merced de todas las influencias, que, gota a gota, llenan la finísima copa de cristal que besan sus labios. Su temperamento, de una emotividad refinada y sutil, pero nunca malsana ni enfermiza, le permite absorber todas las manifestaciones de la Belleza, por diversas que sean: las que depuradas y quintaesenciadas en el laboratorio de su intelecto, hacen de él un prosista multicolor y rítmico y un poeta de añoranzas y fragilidades exquisitas.

Este proceso espiritual lo facultó antes que a ninguno otro, antes que al mismo Rubén Darío, según lo consigna Francisco García Calderón, el discreto escritor peruano, para entrar de lleno en la acción renovadora de la poesía en los países de habla española del Continente Americano.

Pensaba el ilustre prologuista del *Duque Job* que, a través de sus múltiples metamorfosis, Gutiérrez Nájera seguía siendo fiel a su primera amada, la musa romántica. En su sentir, el romanticismo de Manuel procedía de la extrema sensibilidad del poeta, que ponía una nota de ternura en sus rimas musicales y elegantes. Pero no era menos verdad que este maravilloso artista tenía a su servicio una flexibilidad de expresión que le permitía abordar todos los tonos y con singular acierto pasar de un género a otro sin el menor esfuerzo. De este modo, el romántico, de hondas raíces religiosas, sabía tallar

versos paganos y el modernista inclinarse hacia el parnasianismo, que fue en los tiempos últimos su tendencia constante. Y entonces trazaba sus *Odas breves*, que podía tomar como de su huerto el más fervoroso helenista.

El precursor había emprendido la marcha; en pos de él iban sus compañeros y discípulos.

El que había andado más camino era seguramente Luis G. Urbina. Los dos se lanzaron a la aventura literaria casi a la misma edad; pero cuando Urbina escribió sus primeros versos, el *Duque Job* había ganado sus primeros galones. Había además entre ambos otra diferencia: Manuel Gutiérrez Nájera era hijo de una familia de la clase media acomodada y Luis G. Urbina venía de un hogar humilde. Murió la madre siendo él muy niño, y niño huyó de la casa, en la que se encontraba huérfano y solo. Los años fueron crueles; la miseria lo azotó sin compasión, mas en medio de la lucha subió una noche por una escala invisible a contemplar las estrellas. Cuando bajó, era ya un poeta.

Tuvo Urbina un introductor egregio: Justo Sierra, maestro y camarada de la juventud de aquellos tiempos y del que no se supo qué valía más, si su corazón o su cerebro, quien hizo el elogio del nuevo ingenio, colocándolo desde luego en el lugar a que tenía derecho. El primer volumen de versos de Urbina —si volumen puede llamarse a un puñado de páginas impresas— fue publicado en 1890. Son unas veintitantas composiciones de pronunciado sabor romántico, en las que aparece claramente la influencia de Juan de Dios Peza. Muy pronto Urbina abandonó esos senderos, que por muy recorridos han de haber acabado por desinteresarlo, y sus pasos se enderezaron a otros campos en los que éste, que tiene todas las trazas de un colegial travieso, había de encontrar mayor espacio para que su fantasía corriese libremente. Su personalidad se define, su estilo se depura; acaba por arrojar como lastre inútil ciertos efectismos vulgares que afean sus primeros versos, para bordar los definitivos en un tejido de sensualismo que tiene, en el fondo, tenues matices melancólicos.

A poco da a la estampa dos ensayos de otro género: los *Poemas crueles*, intentos de análisis psicológico, que desconciertan al público. Fecha memorable en la evolución monetaria de la obra de arte en la república: el editor del diario en que se insertó el primero de esos dos poemas pagó a Urbina cien pesos. ¡Jamás la gloria se había cotizado en México a tan alto precio! Más tarde, Justo Sierra es nombrado Ministro de Instrucción Pública y se lleva a Urbina a las labores de la secretaría. El yugo burocrático lo esclaviza: las comunicaciones, los “oficios”, los expedientes, el papeleo oficinesco hacen huir a la Musa, y si por acaso alguna vez pretende ver a su galán, un ujier le cierra el paso: “El señor Urbina está muy ocupado”.

De pronto el hundimiento del régimen, la pérdida del empleo, la ani-

madversión de los vencedores, los años de destierro. . . El poeta recorre países, países. . . Cuba, España, Francia, Italia, Sudamérica, hasta que la Musa y él acaban por encontrarse. Y entonces son tomos de poesías, de prosas, flexibles y musicales más perfectos, más expresivos que nunca, que culminaron en un libro sublime de resignación, de serenidad, de adiós a la vida: *Lámparas en agonía*. Después el silencio, el desprendimiento suave de su espíritu, el ansia de olvido y de paz, y al final, las estrofas últimas, en las que esculpe con su cincel maravilloso el epitafio de la piedra que ha de guardar por siempre sus sueños.

En el año de 1894 llegó a la capital de la república un joven provinciano de poco más de veinte años, alto, désgarbado, rostro enjuto y pálido con tintes terrosos, ojos de mirada lejana y naciente barba nazarena. El mozo acudía asiduamente a las redacciones de los diarios, departía con las personalidades literarias, frecuentaba reuniones sociales y asistía a los teatros. ¿Quién era aquel mozalbete que parecía, más que un ser viviente, un retrato? Se dijo su nombre: Amado Nervo.

—¿Cómo dice usted?

—Amado Nervo.

—¿No es un pseudónimo?

A lo menos, lo parecía. Agregaré que había nacido en Tepic, se había educado en un seminario y estaba a punto de ordenarse cuando se desordenó en dirección de la poesía; que había hecho sus primeras armas en un periódico de Mazatlán, que venía a México en condiciones de extrema pobreza, con una familia de madre y hermanos a quienes mantener y que pensaba “abrirse paso”, según la frase ritual, en el camino de las letras. Pero sin antecedentes del chico, no sabíamos si el recién llegado tenía disposiciones para salir bien de la brega o se trataba de uno de tantos mixtificadores que pretenden entrar en el palacio del arte sin la llave de oro que abre sus puertas.

Fue muy ruda la lucha del joven provinciano en esta ciudad alegremente inhospitalaria. Era inútil que llevara sus originales a periódicos en que la producción literaria se pagaba mal o no se pagaba entonces. . . como ahora, porque los cien pesos del “poema cruel” son una golondrina en un implacable cielo invernal. Y, sin embargo, en la casa la familia reclamaba el pan cotidiano; Nervo trabajó, sin importarle el género ni las ocasiones de trabajo, estableció una tienda de abarrotes, tuvo un “puesto” de carne en el rastro —rigurosamente histórico—; se afianzó como a una tabla a todos los oficios honestos, aceptó todos los aprovechamientos lícitos, y cuando pudo volar un poco más alto se avino a escribir crónicas de modas y *pies* de grabados para un semanario, en el que, a hurtadillas, deslizaba composiciones suyas, que no leía nadie. Un día la fortuna se cansó de volverle las espaldas: era el primer aniversario de la muerte de Gutiérrez Nájera y Nervo leyó unos versos en

memoria del que ¡ironía de la vida! nunca creyó en él. La sombra del poeta muerto tomó en sus brazos al poeta que nacía.

La aparición de dos diminutos tomos de versos *Místicas y Perlas negras*, hizo que por fin se fijara en él la atención del público; pero lo que consolidó definitivamente su reputación fue una pequeña novela, *El Bachiller*, de pensamiento audaz, que no sólo se leyó sino que mereció los honores de la crítica, sin que en ella faltaran Aristarcos que le clavaran sus colmillos. ¿Lo mordían? Pues Nervo triunfaba. Vino luego su viaje a Europa, que amplió su mentalidad, dándole ocasión no ya de contemplar otros espectáculos e interpretar otros aspectos de la naturaleza y las sociedades, sino de enfocar otras ideas y ahondar otros problemas. Y tras su peregrinación de bohemio, en días de desamparo y hambre, los poemas *La hermana Agua* y *El prisma roto* lo llevaron a primera fila.

No entra en mi propósito, en esta revisión de valores literarios de la generación a que pertenezco, hacer un juicio crítico de cada uno de los poetas que aquí aparecen; primero, porque confieso mi incompetencia para llevar a cabo tal tarea, y después porque mi discurso amenazaría acabar con la indulgencia de mi auditorio. Tratándose de Nervo, llegaría además demasiado tarde, pues el comentario de su obra ha sido hecho por altas personalidades nacionales y extranjeras cuyos nombres ha recogido Genaro Estrada en la nota bibliográfica que acompaña a la cuidadosa selección de composiciones del poeta. Sí quiero subrayar la trayectoria de su espíritu, en un proceso de superación continua de este caminante infatigable, que lo lleva en sus últimas obras a esa cúspide serena de la montaña, en la que todas las inquietudes se vuelven luz y el alma no desea nada porque nada espera. Allá arriba están el Misterio y el Arte, que explican la vida.

Al lado de Manuel Gutiérrez Nájera, Luis Urbina y Amado Nervo, se alzan otros tres grandes poetas —Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón y Enrique González Martínez— que con los primeros forman el grupo que llama Francisco A. de Icaza los “dioses mayores”. Cada uno de ellos tiene su personalidad y su característica.

Salvador Díaz Mirón nació en el Puerto de Veracruz, mal ambiente para escritores y poetas, esa ciudad entregada en cuerpo y alma a la faena comercial. Gente de escritorio, intelectos dúctiles y despiertos, pero aprisionados hasta la fatiga en las arideces de la contabilidad, la “hoja de aduana”, la correspondencia, los veracruzanos de mi época y supongo que los de ahora no tenían oportunidades de cultivar sus espíritus. Y Salvador, apartado y sin eco, no mezclaba su existencia con la de los demás, lo que determinó en él una hosquedad taciturna.

Buscando analogías de hombres y tiempos, se ha dicho, y estoy de acuerdo, que la vida de Díaz Mirón tuvo un sorprendente parecido con aquellos

artistas de la Italia atormentada y tumultuosa que por modo tan admirable pintó Guicciardini. Díaz Mirón habría vivido sus días en esas revueltas repúblicas, sacudidas por las luchas de Capuletos y Montescos. Su fanatismo de prosélito habría hallado en aquellos encuentros y en aquellos "cuerpo a cuerpo" el ideal perseguido. ¡Y cuántas veces, en sus callejeos nocturnos por Veracruz, empapado de versos y con ansias de choques y combates, no ha de haber vislumbrado en el fondo de una sombra el brillo azuloso de una espada! De este modo animó, en más de una ocasión trágicamente, su concepción quimérica, de la que nunca pudo la realidad arrancarlo.

La obra de Díaz Mirón tiene dos etapas: la primera de gran relieve, romántica, vigorosa y arrogante, en la que el poeta sigue las huellas imborrables de Víctor Hugo, al igual que Rubén Darío en sus comienzos; la segunda de presentación más bruñida, más concisa, más definitiva, con lo que su poesía perdió su primitiva fiereza espontánea. El público gusta más de ésta, que fue la que le dio una reputación, a la que no agregó un grano de arena la segunda. Todavía, en tardes últimas, al pasar por una avenida de la ciudad oí a un estudiante recitar *Gloria* a un compañero. En esas estrofas sigue ardiendo el alma exaltada del poeta.

Estamos ante otro solitario: Manuel José Othón. Pero este solitario no se ha encerrado, como Díaz Mirón, en un aislamiento agresivo; Othón vive en una estática contemplación de la naturaleza, en una serena lejanía de luchas y de pasiones, en una quietud campestre y apacible, casi podría decirse jubilosa. Díaz Mirón tuvo enfrente al mar; Othón, a la montaña. Y el medio modela sus espíritus. Díaz Mirón es la ola que se estrella contra el peñasco, escupiendo al cielo la cólera de sus espumas. Othón, el arroyo que corre mansamente, recogiendo en su espejo los contornos fugitivos de aves y flores.

Reflejo de su espíritu es su vida. Durante la mayor parte de ella permaneció en ciudades de provincia y en pocas ocasiones vino a la capital de la República, en donde contaba con amigos y admiradores. Desempeñó funciones de juez de paz en pequeños poblados, pasando largas temporadas en "haciendas" y ranchos del Norte del país. Y ahí sintió y escribió sus admirables poemas, inspirados en la ingenua paz de las llanuras y en la solemne grandiosidad de los bosques. Poeta bucólico, se ha dicho; sí, de una emotiva poesía bucólica armoniosa, en que se confunden la Creación y el Creador.

Murió calladamente, como había vivido, y con él perdió la Patria el primer poeta en su género.

Enrique González Martínez es asimismo otro provinciano; asimismo, aunque unido espiritualmente con el grupo que en la capital hizo la renovación de nuestra poesía, sobresalió a distancia de ese grupo. Enrique vino al mundo

en Guadalajara; en esa ciudad hizo sus primeros estudios y en ella obtuvo el título de doctor en medicina, no llegando a establecerse en México sino hasta 1911. Dio su primer tomo de versos, *Preludios*, en 1903 cuando ya los poetas que antes he citado habían triunfado en toda la línea. El libro se leyó con gran deleite, conviniendo los que lo leyeron en que era indudable que ahí existía la simiente de un poeta. ¿Llegaría un tiempo en que estallara en brotes y aromas? No hubo que esperar mucho: en 1907 aparece otro volumen, *Lirismos*, y en 1909 *Silenter*. La esperanza se había realizado con creces y al llegar González Martínez a esta ciudad, trayendo debajo del brazo un cuarto libro, *Los senderos ocultos*, toda la intelectualidad citadina saludó su llegada como el advenimiento de uno de los capitanes del gran ejército en marcha.

Se dice de él que entre los representantes del modernismo mexicano es el preferido de la juventud que lee y escribe actualmente, y ello se explica porque González Martínez dispone, a veces en grado supremo, de los dones con que contaron sus antecesores. Su técnica no cede a la de Urbina y tiene, a semejanza de Gutiérrez Nájera, un poder de asimilación y una fuerza retentiva, que asesoradas por un buen gusto y una suma elegancia, también a lo *Duque Job*, le permiten pintar con una gran variedad de matices cuadros del mundo exterior y hondos estados de alma. El día en que González Martínez consagre definitivamente sus excepcionales facultades a interpretar el ambiente y el momento que vive, llenará plenamente su misión de gran poeta nacional. Gutiérrez Nájera es el precursor, González Martínez el Sembrador, que, como el del célebre cuadro de Millet, arroja al surco la semilla, en un amplio ademán de su mano generosa. Nosotros, los de mi tiempo, acompañamos a esa juventud que lo sigue —seguirle es ascender— porque como ella pensamos que González Martínez ha llegado a la cúspide de la lírica mexicana:

Tu duca, tu signore e tu maestro.

Codeándose con los “dioses mayores” vienen los que ocupan otros planos, pero que no por eso han dejado de contribuir menos al florecimiento de las letras patrias, pues así como en las noches claras la luz del cielo no se forma únicamente con el fuego de los grandes soles sino también con la cintilación de todas las estrellas que vibran en el firmamento, así el resplandor literario de una época no proviene sólo de los astros de primera magnitud sino igualmente de todos los que proyectan los destellos que irradian de sus espíritus. Cinco nombres, desde luego, acuden a mi pluma: Francisco A. de Icaza, Manuel Puga y Acal, Balbino Dávalos, Joaquín Arcadio Pagaza y José Juan Tablada.

Se ha discutido mucho a Francisco A. de Icaza. Un crítico pregunta: ¿Es realmente un poeta Icaza o es un hombre que conoce la arquitectura de la poesía, a la que lleva los sólidos materiales de su indiscutible talento? Y otro crítico interroga: pero aun siendo un poeta ¿puede tenersele como un poeta mexicano? A Icaza le quitaban el sueño los críticos, y eso que él también lo era, de una erudición y una agudeza que no admitían réplica. Acaso por haber desempeñado esta función con desenvoltura, se estima que el crítico ha dejado poco espacio al poeta. Es un error. Icaza tiene la primera cualidad de un poeta: la intuición. Y guiado por ella desenvuelve lienzos luminosos, en los que flota el alma del paisaje, o recoge en versos impecables los ecos de un dolor angustiado y lacerante.

En Manuel Puga y Acal se reproducen las mismas circunstancias. Como Icaza, vivió Puga y Acal buenos años de su primera juventud en país extranjero, y al igual que Icaza compartió su actividad entre la Crítica y la Poesía. Puga y Acal estudió en París con el propósito de obtener un título profesional y de París regresó trayendo, en efecto, un haz de versos, algunos de los cuales se publicaron primero en Guadalajara, en donde naciera, y que es un almacigo de escritores de valía. Vino luego a la capital y formó parte de la pléyade de “plumíferos” de aquellos días. Sus composiciones más celebradas, *Otelo ante Dios* y la *Balada de la Muerte* en las que se observa una clara influencia de Musset, le abrieron francamente paso.

Es curioso el “caso” Balbino Dávalos. Allá por el año de los tres ochos entraba cronométricamente cada veinticuatro horas en la redacción de un diario nuevo, que se alzaba sobre las ruinas de las viejas hojas impresas, un muchacho de estructura angulosa y pupilas miopes, que parecía completamente extraño a todo lo que le rodeaba. No tomaba parte en las charlas de los redactores, no saludaba a ninguno, no le interesaba, por lo visto, el mundo en que vivía. Tenía, por lo demás, el aspecto del personaje de un cuento de Hoffman. Era el traductor del periódico. Y como simple traductor lo tuvimos por una larga temporada. Apuesto que no fue más para Ramón del Valle Inclán, quien por aquel entonces fue compañero nuestro en ese diario. Después averiguamos que el traductor conocía a los poetas clásicos de la antigüedad, que frecuentaba a Ovidio y leía a Homero en los idiomas en que escribieron ambos y que, para remate, hacía versos, que no tenía aparentemente mayor interés en publicar. Sus interpretaciones y rapsodias acusaban una mano firme. La versión en prosa rítmica de *Monna Vana* de Maeterlinck es sencillamente admirable. Y llegó el triunfo definitivo, a despecho de su dejadez tropical: su libro *Las ofrendas* que dio ocasión a Rubén Darío para formular en pocas líneas un juicio somero y expresivo acerca de Dávalos: “Posee —decía el gran nicaragüense— un vocabulario rico y una airosa elegancia de composición; es múltiple y sin embargo, per-

sonal. Es claro, es romántico, es parnasiano, es simbolista en veces. Ha tenido el don de comprenderlo todo y de verter su alma según la iniciación del instante”.

No me explico por qué en la *Antología* de Genaro Estrada y en la que se formó en 1920 por la casa editorial *Cultura*, se ha excluido el nombre de Joaquín Arcadio Pagaza. Ciertamente, el Obispo de Veracruz nació para la literatura nacional antes que en ella se iniciaran los poetas que he mencionado; pero su obra, la mayor parte cuando menos, pertenece a la época en que éstos realizaran la suya. La poesía de Pagaza, aunque buscaba su inspiración, como es natural, en la fe religiosa, se desvió con frecuencia hacia el espectáculo de la naturaleza, que glosaba al modo virgiliano. Fue, en efecto, un latinista notable y sus traducciones de Horacio, de corte irremprochablemente clásico, son de seguro de las mejor logradas que hayan aparecido en la lengua castellana.

¡Qué inesperada y reveladora la aparición de este José Juan Tablada, que ha tenido el privilegio de renovar los aplausos con una obra cambiante y variada de cuarenta años cumplidos! Una mañana de 1890 ó 1891 se publicó en un diario un artículo de prosa fuerte e incisiva y a poco una poesía —*Onix*— que anunciaron su aparición. Urbina dio el espaldarazo al nuevo caballero de la Santa Poesía en un juicio crítico, que reiteró más tarde el autor de *Vieja Lágrima*. “Después de Rubén y de Manuel; Gutiérrez Nájera —escribió Urbina— ha sido José Juan Tablada el propagandista más avanzado de la actual francesa. . . . Verdad es que en la poesía de Tablada se siente la caricia de Baudelaire, se oye la voz unciosa de Verlaine; se ven pasar las sombras de *Los Poetas Malditos*, pero el cantor del *Florilegio* hace creaciones de sus reminiscencias y en todas partes halla su sinceridad y su estilo”.

De buena gana hablaría largamente de todos los que tenían ya personalidad literaria a la muerte de Gutiérrez Nájera: de Enrique Fernández Granados, que fue Secretario de esta Academia, atildado compositor de cantos anacreónticos y traductor fidelísimo de poetas italianos; de Francisco Olaguibel, autor de versos musicales y luminosos que flameaban como una bandera desplegada al aire; de José Peón del Valle, romántico trovador, de apostura byroniana; de Juan B. Delgado, atento observador de la incógnita campestre, que trasladaba en renglones limpios y puros; de Adalberto A. Esteva, cultivador de un erotismo conceptuoso y aristocrático; de José María Bustillos, del que uno de sus iniciadores y maestros dijo: “Sus estrofas, como su existencia, son infinitamente tiernas, sencillas y sinceras”; de Ignacio M. Luchichí, un veracruzano de inspiración siempre brillante; de Manuel Larrañaga, versificador de rimas flúidas y fáciles. . . Y citaría a María Enríqueta Camarillo, cuyo nombre figuró más de una vez en las páginas de

la *Revista Azul*; a Antonio Zaragoza, a Carlos López, a Alberto Ituarte y a otros más que se escapan por los huecos que los años han abierto en mi memoria.

Por otra parte, si tratara de evidenciar la influencia de los poetas de mi generación sobre los que vinieron detrás, agregaría a los ya mencionados los nombres de los que apenas se habían dado a conocer cuando murió el *Duque Job* y de los que surgieron después, discípulos unos y sugeridos otros por alguno de los “dioses mayores”; pero mi propósito es de menor aliento, porque, como os manifesté al principio, sólo pretendo pasar revista a las primeras unidades que caracterizaron a una época literaria, y así mi revisión acaba cuando se extingue la generación de que he formado parte. Han transcurrido cuarenta años de la muerte de Gutiérrez Nájera y de sus contemporáneos no queda sino una exigua minoría de edad avanzada. Nuestro compañero Carlos González Peña ha dicho que el año de 1910 “marca la conclusión de un ciclo —acaso el más armonioso y brillante, agrega— de la historia de las letras mexicanas”. Y Genaro Estrada en el prólogo de su *Antología*, descubre tres grupos formados entre 1893 y 1910: el de la *Revista Azul* (1893-1896), el de la *Revista Moderna* (1898-1911) y el del *Ateneo de la Juventud* (1910).

De acuerdo con esta indicación debería tomar en cuenta aún a los poetas que figuraron en la *Revista Moderna* y que han obtenido la predilección del público. Yo quisiera hablarlos de todos ellos, pero temo que por mucho que abreviara mi relato —lo que sería injusto por haber en ese grupo personalidades de indiscutible mérito— acabaría por agotar vuestra indulgencia. Como quisiera también hablarlos de los Mecenas. Fueron dos: Jesús E. Valenzuela y Joaquín D. Casasús.

Era Valenzuela un hombre de ingenio, expansivo y dadivoso, dueño de una gran fortuna que se apresuró a gastar gallardamente; fue amigo de escritores y artistas, a los que, si se presentaba la ocasión, atendía y alojaba como un Príncipe del Renacimiento. Casasús, abogado y economista, gran señor, culto y pródigo, mostró su predilección por gente de pluma. Valenzuela empleó sus últimas monedas en la fundación y sostenimiento de la *Revista Moderna*. Casasús consagró una buena parte de sus ganancias profesionales en pensiones y subsidios en favor de artistas y escritores. Y como los dos eran poetas, no debe atribuirse su actitud a un sentimiento vanidoso sino a un acto de compañerismo en ayuda de los suyos. Casasús legó, entre sus más preciadas páginas, una serie de bellos volúmenes que contienen traducciones de las *Odas* de Horacio, las *Bucólicas* de Virgilio y las *Elegías* de Tibulo. Valenzuela llevó a la poesía su ductilidad mental. Espíritu curioso y aventurero, dejó ir su fantasía en versos cálidos y efusivos.

La caravana ha pasado y sus estandartes se pierden en las vaguedades

del horizonte. Pero esperad, que en el lado opuesto descubro a un cuerpo de viajeros, que, por ser la vida tan breve, no ha podido incorporarse a los que desaparecieron. ¡Alto, amigos míos! El reloj ha sonado: son las doce de la noche del 31 de diciembre de 1910; mi generación ha muerto y la *Revista Moderna* ha entrado en agonía. Vosotros pertenecéis a una época de transición, comprendida entre aquélla y la actual, de la que estáis tan lejos acaso como nosotros.

Un día, empero, sentiréis, como nosotros, el deseo de presentar vuestra obra a los que os suceden. Decid a éstos, entonces, que conocisteis a los postreros supervivientes de una estirpe de poetas y escritores que hizo de su amor al arte un sentimiento religioso. En nombre de ellos, y honrándolos debidamente, he querido consagrarles el acto más solemne de mi vida: el discurso que me concede el derecho inmerecido de ocupar un asiento en la Academia Mexicana correspondiente de la ilustre Española.

VIAJE DEL PARNASO *
CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don FEDERICO GAMBOA.

AMPARADO con la sombra magna de Miguel de Cervantes Saavedra, gloria la más pura de las gloriosas Letras Españolas, de las que por juro de heredad proceden las nuestras, tenemos aquí, Señoras y Señores, a un escritor mexicano que en su vida no supo otra cosa sino escribir, pero tan primorosamente desde los comienzos, que por eso hoy esta Casa, guardiana y defensora de las Letras nuestras, mucho que se felicita de contarle desde esta noche entre sus demás individuos numerarios.

Inspirado don Carlos Díaz Dufoo en las sabias lecciones del mutilado de Lepanto, la “más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros”, siguió su ejemplo, y sólo mudándole el título nos presenta, a guisa de cordial saludo, otro *Viaje del Parnaso*; que *Viaje del Parnaso Mexicano durante 40 años*, es el vibrante discurso con que acaba de regalarnos y que vosotros habéis premiado, generosamente, con la dádiva siempre codiciada y grata de vuestro aplauso.

Y, pues, me cupo en suerte, antes a virtud de mi cargo académico que a propio merecimiento, la honra de darle nuestra bienvenida e instalarlo en el sitio que por tantos títulos tenía ganando, aquí debiera yo repetirle lo que el mensajero de los pies alados dijera a Cervantes, cuando éste desembarcó en playas de la Montaña Sagrada:

*Pasa, raro inventor, pasa adelante
con tu sutil disinio, y presta ayuda
a Apolo, que la tuya es importante,
antes que el escuadrón vulgar acuda
de más de veinte mil sietemesinos
poetas que, de serlo, están en duda.*

* Discurso pronunciado el día 15 de mayo de 1935.

Mas no lo repetiré, en ahorro de las suspicacias que pudiera provocar la malévolata intención que se encierra en los dos últimos versos de esa cita.

Guiados por la ciencia y experiencia del señor Díaz Dufoo nos hemos asomado a la vida y a la labor de los poetas por él evocados, a quienes juzga con singular acierto desde un doble punto de vista: como crítico de todos y como amigo de algunos. Huelga, por consiguiente, machacar sobre ese juicio de residencia ecuánime y penetrante, del que muertos y vivos salen libres de culpa y pena, merced a que por obra y gracia de sus muy suyas virtudes y excelencias, ha tiempo que saborearon, junto con los acíbares que en todas partes trae aparejados este oficio literario, el dulce deajo de los aplausos y los lauros.

En cambio no huelga que al igual del evocador, con sobra de razón nos ufanemos nosotros de que en tan breve lapso México haya podido lucir un núcleo de escritores, no absolutamente perfectos —¡errar es propio del hombre, y la absoluta perfección literaria no se halla ni en los astros de primera magnitud que componen la pléyade inmortal del Siglo de Oro!— pero sí bastantes a cohonestar nuestra ufanía y a dejar perdurable constancia de que no exclusivamente sabemos matarnos los unos a los otros, según malas y buenas lenguas opinan por ahí, sino también que hemos tenido y, Dios mediante, continuaremos teniéndolos, literatos y artistas que pueden hombrarse con los de su profesión y de su estirpe lo mismo en España que en esta América nuestra, la tierra que pudo ser, a no estorbarlo la endémica rebedía de sus hijos, un fiel trasunto del Paraíso perdido.

Ahí está para no desmentirme, la talentosa falange que al conjuro de Díaz Dufoo acaba de desfilar ante nuestra añoranza. ¡Toda una época!

Ni es fácil que la rediviva pintura en mucho tiempo se borre de nuestro recuerdo; sobre que su pintor, además de ser testigo mayor de toda excepción, fue miembro prominente del grupo. Y ya que es de regla que en actos como el de esta noche sea de buen tono el no mencionarse uno a sí mismo, permítaseme que para no pecar contra la justicia, en este punto y hora rememore lo que el nuevo académico numerario significa en la historia de la asendereada cultura mexicana.

Nacido, como *Fígaro* (con el que presenta más de un punto de contacto), de galeno peninsular, en Veracruz la heroica, igual que *Fígaro*, Carlos Díaz Dufoo cuando niño hubo de seguir a su padre que partió, no a Francia en calidad de médico militar de las huestes de José Bonaparte, sino a España, como un particular que se rehusa a morir sin haber vuelto a respirar los aires patrios. En España permaneció nuestro don Carlos a quien mencionaré en adelante sin tratamientos ni veneras para que no se lastime la vieja amistad que nos liga desde hace medio siglo, hasta no alcanzar los primeros albores de su juventud. Lo que lleva a suponer que tan larga per-

manencia harto influiría en sus tempranas aficiones literarias despertadas allá, en los Madriles, campo propicio para que a peninsulares y americanos se les meta hasta los huesos esta vocación “de derramar negro sobre blanco”, que es, de suyo, ejercicio traicionero y azaroso.

Allá, su espíritu de criollo batallador y avisado, por poco no se lo modelan a la española, lo que leía en libros y periódicos, lo que oía en hospederías, tertulias y calles, lo que contemplaba en templos, monumentos, pinacotecas y paseos: frecuentó teatros, hasta en sus camerinos y bastidores, en memoria de Lope; conoció, menos de cerca que de lejos, a los primates literarios de aquel entonces; atisbó las reuniones vocingleras de los cafés y, probablemente, se enteró de cómo en tales “peñas” se dilucidan y resuelven todos los conflictos del universo-mundo, de cómo se enardecen los españoles castizos con la política más que con nada, y a renglón seguido, con la literatura y el teatro; seguramente, se dejó influir por opiniones y doctrinas que en ese su período de iniciación, de perlas pareceríanle. En una palabra, vivió principalmente a la madrileña, aunque visitara el hogar paterno, hincado en el riñón de Andalucía, y recorriese diversas ciudades y provincias.

Un buen día, sin embargo, este irresistible imán con que nuestra tierra tira a sus criaturas y a cuantos extraños que por algún tiempo la habitaron, mordió las carnes del padre peninsular y el hijo jarocho, que renunciaron a las delicias de esa Capua maternal y acogedora, y emprendieron alegres como unas pascuas, la travesía del regreso al puerto en que D. Hernando dio de través a sus naves, para que no fuese a quedar trunca la pasmosa hazaña de la Conquista. La vuelta a Veracruz impidió que Carlos Díaz Dufoo, no obstante que se proclama descendiente de mozárabes en línea recta, se nos españolizara de los pies a la cabeza.

Volvió a sus lares con una triple aureola: la de la ausencia, que tanto prestigio ejerce en los que tornan a vernos; la de su plena juventud, y la de su talento, en ultramar alquitarado. Algo más hondo traía dentro de las selladas alforjas de su voluntad y de su pensamiento: una decisión inquebrantable de abrazarse a las Letras y, a ellas abrazado, correr la suerte que éstas se sirvieran depararle. Y así, comenzó a escribir.

Eran los tiempos en que Veracruz, ígneo y volcánico de suyo, cobijaba bajo su cielo tropicalmente estrellado a un volcán humano y genial en erupción constante: Salvador Díaz Mirón, ya en el ápice de su bien ganado renombre, cuando conforme el mismo Carlos acaba de expresarlo, era “la ola que se estrella contra el peñasco y escupe al cielo la cólera de sus espumas”. Aunque hurraño por temperamento, la pesadumbre de su fama que ya había transpuesto nuestras fronteras después de haberse ganado la admiración y el aplauso de la República entera, le valió que sus conterráneos, los literatos muy particularmente, lo rodearan y le rindieran pleito homenaje; imposible

habría sido que el recién llegado a medio pequeño y provinciano, no buscase su arrimo y su consejo. Simpatizaron de veras y una amistad cordial, hasta donde Díaz Mirón podía gobernar su corazón, los ató a entrambos.

¡Cuántas congojas no acarreó a Carlos su intimidad con el poeta vidrioso y combativo que, por doquiera iba, había de haber borrascas, y estocadas y arcabuzazos! . . . Para romper la hechicería que en más de una vez lo empujara a situaciones y vorágines del todo ajenas a su idiosincrasia, Díaz Dufóo lió sus bártulos a la chita callando y se nos vino a México, donde al fin sentó sus reales, donde procreó una familia y donde su reputación habría de acrecentarse y afirmarse a fuerza de artículos, libros y comedias.

Pronto encontró acomodo en diario acreditado; pronto lo acogieron en prestigioso cenáculo, más teórico que efectivo; y como el mozo era vivaz y de sangre ligera, de réplica pronta y de zumbar de abeja, entendido en rasgueos de péñola y con el magín decorosamente amueblado de lecturas antiguas y modernas, abrióse paso, y al amparo de un Pancho Bulnes, un Manuel Flores, un Manuel Gutiérrez Nájera y otros que tal, cuando volvió la cara se halló en los bolsillos su cédula de vecindad refrendada por muy autorizadas plumas: cédula que le permitió instalarse a sus anchas y cuajar al lado de los buenos, como habilísimo periodista, para comenzar.

De entonces acá, su obra vasta y segura, bien escrita y mejor pensada, creció a ojos vistas; por varios senderos se ha aventurado, y, que yo sepa, en ninguno se extravió, ni hubo necesidad nunca de ir en su auxilio para mostrarle el camino o sacarlo de un mal paso. Ha espigado en distintas mieses, la Estadística, la Económica muy particularmente, en que hay que reconocerle autoridad especializada y manifiesta. Díganlo si no, su estudio estadístico que se llama *México*, y va del año 1872 al 1892; *México y su Evolución Industrial*, el *Robinson Mexicano* (lecturas sobre Economía Política), *Una Victoria Financiera*, *La Cuestión del Petróleo*, *Les Finances du Mexique* y *La Vida Económica* recientemente publicada. La Biografía le debe el estudio y comentario de la ardua labor de Limantour, el extraordinario hacendista que acertó a reanimar y sanear nuestro antes claudicante crédito nacional.

Esa teoría de imponentes volúmenes, que los expertos de dentro y fuera de casa le encomian en todos los tonos, no pudo apagar los fuegos del literato de pura sangre que lleva dentro de sí. Hojéense sus *Cuentos Nerviosos*, tomo que se agotó a poco de andar por esas calles de Dios, la *Revista Azul* que había de fundar en unión de Gutiérrez Nájera, y con la que ambos clavaron jalón importantísimo en el progreso de nuestro periodismo de arte; sus colaboraciones sostenidas en nuestros primeros cotidianos, en cuyas columnas vuelca las chispas inagotables de su ingenio, que siempre provoca escozores y hasta enconoso resulta a las vegadas, porque Carlos es un pa-

riente lejano de los Swift, los Sterne y los Heine, y muy próximo deudo de Mariano José de Larra; es fundamentalmente un humorista, no tan despiadado como los irlandeses y el teutón, pero sí tan intencionado y sarcástico como el malogrado español.

Ya en el ocaso, descubrió entre las reservas del caudal mental que ha derrochado a la largo del camino, ahorros suficientes para todavía darnos grata sorpresa: estimulado por Pirandello, púsose a hilar una serie de comedias y muy del gusto del público y que no lucen arrugas ni acusan cansancio, sobre todo un cierto *Padre mercader* que, a juzgar por las muchas representaciones que cuenta, ¡ahora que nuestro pobre teatro anda en las agonías!, está a punto de afianzar el “abuelazgo”.

¿Por qué entonces, amigo mío, dejaste caer a los finales de tu galano discurso, unas cuantas gotas de amargura que a él y a nosotros tus oyentes nos han ensombrecido por un momento? ¿Crees realmente que tu generación, que es la mía, de veras ha muerto? . . .No, no puedes creerlo, ya que de memoria sabes que no mueren del todo las generaciones que testaron obra escrita, y por escrita más resistente y perdurable que el bronce y que la piedra. Recuerda el: *ceci tuera cela*, de Víctor Hugo, piensa en el *non omnis moriar*, de Horacio, que nuestro amado *Duque* cantó en versos de certidumbre y de consuelo.

Los estandartes del grupo ido, no se perderán tampoco. Podrá el embate de los vientos, el de la envidia más que otro ninguno, estropear sus orlas y sus flecos; pero lo que haya de belleza en los oros de sus emblemas, aunque éstos aparezcan enmohecidos e incompletos, resistirá la inatajable y lenta destrucción de los soles y las lluvias, y las posteridades, con muy rendido acato, deletrearán los rotos emblemas y las leyendas mutiladas.

Pues es ley fatal, señoras y señores, que me hicisteis la merced de vuestra benevolencia al escucharme, que el Hoy sea hijo del Ayer y padre del Mañana.

LOPE DE VEGA
ENSAYO DE INTERPRETACION *

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

LA Academia Mexicana Correspondiente de la Española me ha honrado con su representación para decir unas palabras en esta velada, trescientos años después de la muerte del gran poeta dramático de España, Lope Félix de Vega y Carpio, el Fénix de los Ingenios, el Monstruo de la Naturaleza, como le llamaron en su tiempo, una de las figuras más seductoras de la literatura Universal. Difícil es la tarea de recorrer su vida y comentar su obra ya que, de la primera, no quedan rincones que no hayan sido debidamente investigados y de la segunda sobran los estudios documentadísimos que han salido de plumas preclaras, como las de Menéndez Pelayo y nuestro José María Vigil hace años y la de Vossler, el profundo hispanista alemán, ahora, pasando por la de Icaza, acucioso investigador de “los amores y los odios” del gran poeta hispano y la de Astrana Marín que ha hecho, con las propias palabras de Lope, su mejor biografía, o la de Azorín que, en breves páginas, ha penetrado en el sentido profundo de la obra ‘lopesca:

Ante tales y tan egregias plumas la mía se siente, de antemano, cohibida. ¿Qué se puede decir después de leer todo lo que ya se ha dicho sobre el autor de *Fuente Ovejuna*? Pocos autores han dejado mayor caudal de noticias que Lope, pocas obras han sido mejor comentadas que las de este autor. Queda, pues, tan sólo intentar una nueva interpretación de aspectos determinados de su vida y de los matices que todo el inmenso caudal de su obra lírica o dramática ofrece al curioso amante de esta vida extraordinaria.

Hay tres puntos que despiertan el interés de todo explorador de almas, y la del gran madrileño es terreno que convida al descubrimiento: la vida

* Discurso pronunciado en junio de 1936.

pasional de Lope, las relaciones de su obra con el espíritu del pueblo español del siglo XVII y su profunda resonancia popular.

I

Los biógrafos del comediógrafo se detienen con delectación, a veces morbosa, enumerando los nombres de las mujeres que intervinieron en su vida, desde la incógnita Marfisa y la Elena Osorio, “famosa por el talle, el brío, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos”, que se cruzan en su vida de mozo, hasta la Marta de Nevares Santoyo, dama de ojos verdes (dos nuevas esmeraldas), cejas y pestañas negras y cantidad de cabellos rizos y copiosos, boca que pone cuidado en los que la miran cuando ríe, manos blancas, gentileza de cuerpo que ilumina, con fulgores de tragedia, los últimos años del gran poeta, pasando por todas las aventuras que dan carácter sin igual a su vida, la Antonia Trillo, protagonista de novela picaresca de tahures, espadachines y truhanes; la Micaela Luján, bella comediente de ojos azules, que llenó uno de los capítulos más intensos de la vida del poeta y la Jerónima Burgos intérprete sin par de las damas en las comedias de Lope “la fresca amiga del buen nombre” y la Loca, Lucía de Salcedo, capítulo, también, de picaresca, sin olvidar a las mujeres legítimas, la Isabel de Urbina y Alderete, sufrida, resignada, un poco mártir en la cohorte femenina que danzó en torno al poeta, danza semejante a la gallarda que encendía los ojos del mosquete en los corrales, y la rica, fea y abnegada, también, Antonia de Guardo, que dio a Lope una hija honrada, discreta, práctica como su abuelo el comerciante en tocino, y pie a Góngora para el disparo de jaras envenenadas y nada a Lope de su hacienda.

Y unos se escandalizan y otros sonríen y, los más, envidian la vida de este hombre que tuvo tal suerte con las mujeres, y se miró en ojos azules, y verdes, y negros, y pasó su mano temblorosa por cabellos endrinos, y por guedejas rubias y gozó íntegramente de la vida en labios rojos y fue carne y espíritu, porque espíritu ponía, a diferencia de don Juan, en todos los momentos de deleite. Pero nadie, que sepamos, ha profundizado en este ir y venir de mujeres, en esta carrera loca, que obedece a un íntimo concepto que del amor tenía el poeta: “Para huír de una mujer no hay tal consejo como tomar la posta en otra y trote o no trote huir hasta que diga la voluntad que ha llegado donde quiere y quiere lo que quería”. ¿Fue toda sinceridad en estos amores? ¿Se entregó totalmente a ellos? Indudablemente que sí. Las “emes” de la inicial de Micaela Luján abundan en todos los documentos que suscribe Lope en el momento álgido de la pasión por Ca-

mila Lucinda. El Amor de Marta de Nevarés adquiere proporciones de locura. Vivía, pues, sus amores, y se interesaba por los de los amigos y los sentía también, y por los de sus personajes. Quien habla como hablan determinados galanes de las obras de Lope, indudablemente vivió la afanosa existencia de ellos en el teatro y supo, medularmente, de sus conflictos, sufriendo y gozando, odiando y amando también.

Pensemos que Lope pasó la mitad de su vida en el teatro, que acompañaba a la farándula de Madrid a Toledo, de Toledo a Sevilla, de Sevilla a Valencia, que todas sus amantes fueron cómicas, que muchas de ellas no eran libres, que el triángulo clásico de toda comedia de amor lo encerró dentro de sus líneas, que él fue el vértice más importante de esta figura geométrica, que por ese solo hecho, los conflictos que en el teatro planteaba tenían plena realidad para él, en la vida, que sus amores no fueron nunca apacibles y tranquilos, sino inquietos y tormentosos, que se gozaba asimismo en complicarlos aún más, dándolos a conocer al mundo, obligando a los maridos a la sumisión y la huída, que era, además, sacerdote, máxima complicación en un espíritu esencialmente, sinceramente, religioso, casi místico y habremos de establecer una relación inmediata entre el Lope que escribía y el Lope que amaba, y el teatro que fue su ambiente nos dará quizás, la clave de su vida.

Ninguna profesión como la de actor o escritor dramático deja más hondas huellas en la vida de un hombre. El actor, en fuerza de representar, acaba por ser un actor en su vida. Todo lo mide con la vara que da la medida en la embocadura del escenario, todo lo entiende en función de las bambalinas y de los telones. Se forma en él una segunda naturaleza que ahoga a la primera. La voz, el ademán, el pensamiento responden a un ritmo distinto del de los demás mortales. Luchan dentro del actor todos los personajes que han sido encarnados por él y él mismo acaba por ser uno de tantos personajes en el *Gran teatro del Mundo* como lo concibiera otro excelso dramaturgo del teatro español, D. Pedro Calderón de la Barca.

De buen grado Lope hubiera sido actor, tenía para ello condiciones excelentes: figura, ademán, desplante. El escenario lo llamaba. En ninguna parte sentíase más a sus anchas que departiendo con los cómicos en el Corral de la Pacheca. Su casa era una prolongación del tablado: no la frecuentaban hombres de iglesia, ni catedráticos de la Universidad, ni abogados como la de Alarcón, sino comediantes y gente ociosa que en torno al teatro vivía. ¿No fue esto la causa de la tragedia que acibaró los últimos años del vivir de Lope con la fuga de Antonia Clara, la hija amada del poeta? Sólo faltó al gran escritor ser como sus ilustres colegas Sófocles, Shakespeare o Molière, y representar sus propias obras, y lo habría hecho a no mediar condiciones especiales que hacían que la profesión del actor no fuera muy bien

vista ni por la Iglesia, ni por la alta burguesía, ni por la nobleza de España, ni bien remunerada tampoco. Fervientes son los anatemas que caen sobre los que tienen que ver con la carátula. A los juglares, remendadores, facedores de los zaharrones “que públicamente andan por el pueblo o cantan o hacen juegos por precio” los consideran viles las Leyes de Partida. La nobleza convivía, ciertamente, con los actores, algún rey no tuvo empacho en relacionarse, íntimamente, con una bella cómica de la época; pero cuidaba siempre de establecer fronteras entre las actividades del actor y las del noble que hasta él se abajaba. Lope, que pretendió alguna vez descender del único héroe de la épica castellana que no existió: Bernardo del Carpio; que hizo pintar un escudo con diecinueve torres,

*(Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diecinueve torres de tu escudo;
pues aunque tiene mucho viento, dudo,
que tengas viento para tantas torres...)*

que ambicionaba llegar a ser algo en la Corte, no podía, en manera alguna, ser un comediante. Como en todos los jóvenes de su tiempo alentaban en Lope los grandes destinos de España. La aventura abría ante él inmensas posibilidades de engrandecimiento. El teatro, por otra parte, le llamaba con reclamos que él no pudo eludir, dividió su vida como todos los prohombres de su tiempo, entre lo grande y lo mezquino: fue soldado y sacerdote; pero, también, pícaro y comediante. Su vida es sainete y comedia de enredo y, a la postre, tragedia. En ella fue un excelente actor, plantado en el centro del escenario dijo siempre su papel con brío, hermosa voz de barítono y ademán copiado, un poco, al de los galanes que declamaban en el Corral de la Pacheca.

II

Y así como fue en el amor Lope, absorbente, arrollador, lo fue en todo. Se asomó a la historia de España y tomando de aquí y de allá fugaces destellos de un pasado que fue, construyó toda una obra dramática en la que palpita, como en carne viva, el pretérito de su raza; se lanzaba por caminos y pueblos y llevaba a la escena sus evocaciones con una gracia y una veracidad inigualables. No había rincón del alma popular en el presente y en el pasado que él no escudriñase, ni dolor ni alegría de su pueblo que él no sintiese adentrarse en su carne y removerle las fibras más hondas de su corazón. Si San Isidro no hubiese existido en el calendario, Lope lo habría creado pa-

ra hacer de él un santo madrileño, y que la Villa y Corte que tanto amaba, tuviera pretexto para hacer un día brillantes verbenas al santo del pueblo que tenía en Lope al más brillante y pecador de sus hijos.

Lope de Vega no es universal, dice la crítica. Sus obras no se comentan en el mundo y casi no se entienden fuera de España. Es verdad, Lope es, ante todo, español, después, madrileño. Encarna como nadie el espíritu de su pueblo en los promedios del siglo XVII. Es arrebatado, excesivo, profundamente lírico, ama el movimiento, el adorno, lo externo. Sus cualidades y sus defectos son los de la España barroca que vivieron los grandes artistas de las letras, de la pintura, de la escena. No es la España heroica del siglo XVI, que engendra conquistadores, misioneros y santos. El "héroe", producto fundamental del Renacimiento Español, cede su puesto al "discreto", hermanados un poco más tarde en sabroso libro de Gracián. Se ha descubierto un mundo, se ha emprendido la obra de expansión de toda una cultura. Las huellas del capitán o del misionero quedan estampadas en los caminos polvosos, en la roca dura y áspera, en el vial pedregoso, en la entraña de la mina, en el riñón de la selva. No queda ya nada por explorar en la geografía de dos mundos: Italia y Flandes, Alemania y Portugal, el Perú y México han hecho posible el florecimiento del héroe como Italia engendró a Miguel Angel y Holanda a Erasmo.

El siglo XVI produce el genio, el siglo XVII el ingenio. De Cervantes a Lope hay la diferencia esencial de lo sustantivo a lo adjetivo, de lo fundamental a lo circunstancial, de lo interno y profundo a lo externo y decorativo. Las nociones varían profundamente, de una época a otra. Hay un desplazamiento en todas las cosas de dentro para afuera. El honor se convierte en honra. ¿Diferencia? El honor es propio en el hombre, vive en él, es inseparable, lo motivan sus propias acciones. La honra, en cambio, la dan los demás, depende de la pública opinión. He aquí sus propios versos:

*Honra es aquello que consiste en otro,
Ningún hombre es honrado por sí mismo
que de otro recibe la honra un hombre.*

El honor se ha asomado a la superficie, se ha convertido en máscara, como la religión se convierte en rito, un rito fastuoso y solemne de procesiones y de misas, como el talento aflora, para diluirse en chistes, para formar frases complicadas, para crear metáforas insólitas. La gravedad del traje que usaron los súbditos de Felipe II se adorna de encajes, bordados, galones, cintas, joyeles y plumas. La severa arquitectura del Escorial estalla en el barroco que es, también, exterioridad, adorno, fantasía, ingenio.

Y nadie como el gran dramaturgo madrileño para representar esta épo-

ca de ingenio, de discreción, de exuberancia barroca. Tenía para ello a su servicio lo necesario: una imaginación febril, una vitalidad única, una verbosidad sin límites, lirismo de caudal inagotable. Su relación directa con la entraña del pueblo le impidió, tal vez a su pesar, el naufragio en los mares encrespados de un gongorismo sin medida.

Celebremos en Lope, pues, el representativo de una época brillante del ingenio humano. “Al heroísmo de la acción se va substituyendo el de la fantasía, de las canciones y palabras” dice Vossler en su *Introducción a la Literatura Española de los Siglos de Oro*, y es verdad. En este sentido Lope de Vega sí es un héroe un poco diferente del que soñó Gracián, atento a “violentar sus pasiones, cuando menos a solaparlas con tal destreza que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad”.

III

Consecuencia de la identificación absoluta entre el alma de Lope y el espíritu que animaba a España en el siglo XVII es la enorme popularidad que el poeta hubo en su tiempo. De vivo le seguían las muchedumbres en la calle, lo aplaudían en el teatro, su efigie adornaba el estrado del rico y la alcoba del pobre. “Es bueno, como de Lope”, era frase corriente, en su tiempo se le tenía por niño mimado, “proverbio de todo lo bueno, prerrogativa que no ha concedido la fama a otro hombre”, dice Quevedo. Sus exequias fueron fastuosas, Madrid entero concurrió al entierro, las lágrimas de los pobres se confundían con las de Sor Marcela que, desde una celosía del convento de las Trinitarias, veía pasar el cortejo que acompañaba el cuerpo de su padre, poeta como ella. Lope pagó siempre esta efusión popular con las mejores frases de su ingenio. Aunque se sintiera noble, fue el poeta un hijo del pueblo, nació en el corazón de Madrid, su padre era artesano, su juventud la pasó entre gente humilde y más tarde, cuando fue secretario de nobles, siguió siendo el amigo de los humildes, el defensor de los pobres. *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, *El mejor alcalde, el Rey*, *Fuente Ovejuna*, representan muy interesantes aspectos de esta absoluta devoción del poeta por los labradores, la gente humilde y más castigada de su tiempo. He aquí cómo describe Fray Benito de la Peñalosa y Mondragón la miseria del campesino al comenzar el reinado de Felipe IV. “El estado de los labradores de España en estos tiempos está el más pobre y acabado, miserable y abatido de todos los demás estados, que parece que todos ellos juntos se han armado y conjurado a destruirle y aniquilarle y a tanto ha llegado, que suena tan mal el nombre de labrador que es lo mismo que pechero, villano, grosero, malicioso y de ahí abajo a quien sólo adjudican las comidas gro-

seras, los ajos y las cebollas, las migas y cecinas duras, la carne mortecina, el pan de cebada y centeno, las abarcas, los sayos gironados y caperuzas de bobo, los bastos cuellos y camisas de estopa, los zurrones y los pellicos y zamarras adobados con miera, las chozas y cabañas y algunas mal aderezadas tierras y algunos ganados flacos y siempre hambrientos por carecer de pastos comunes, afecto y cargado todo de tributos, hipotecas, pechas, censos, y muchas imposiciones. . . Pero ya cuando un labrador viene a la ciudad y más cuando viene a algún pleito ¿quién podrá ponderar las desventuras que padece, y los engaños que todos le hacen, burlando su vestido y lenguaje: y quién podrá decir lo que son mártires cuando van jueces y soldados a su tierra y pobres aldeas?". Y el mismo Lope:

*¿Por dónde queréis que entre
un labrador tan grosero?
¿Qué corredor de palacio
osará mi atrevimiento
pasar? ¿Qué portero, Nuño,
permitirá que entre dentro?*

Pero no fue el campesino en la Edad Media tan mísero como nos lo pinta el benedictino. Cultivó el trigo, la avena, tuvo sus ganados, pisó mosto en los lagares. Fue independiente y ayudó a la República. De su seno reclutaban los infanzones las lanzas que habían de combatir al moro o tomar parte en las continuas parcialidades que se suscitaban entre señores fronterizos. Así arrancó el ciudadano los privilegios que dieron vida a los municipios, en ellos eligió su propia autoridad y arrancó a los reyes parte del imperio que tenían como justicias. Campearon las libertades públicas, viviendo en armonía el cristiano, el morisco y el judío. Hízose posible el florecimiento de esa cultura mozárabe o mudéjar tan original de España. El alcalde de un pueblo no cedía su autoridad sino al Rey, y como el Rey estaba lejos, los fallos de los alcaldes y corregidores casi no tenían apelación.

Pero pronto la nobleza fue creciendo en ambición y en riqueza. El Rey de Castilla, a medida que afirmaba su poder chocaba contra el de los infanzones. Los desmanes de los comendadores irritaban a los campesinos. El Rey hubo entonces de fortalecer, aún más, el poder municipal, aumentando y reafirmando los fueros y privilegios de que ya gozaban las comunidades. Es la edad de oro del Municipio español. Se establece una alianza entre el rey y el vasallo, contra el señor que se rebela contra el primero y veja al segundo. El campesino se subleva, mata al tirano, el Rey da la razón al labrador. ¡Instantes decisivos de *Fuente Ovejuna* y *del Comendador de Ocaña* en la historia de Castilla! Lope los vive como ningún otro autor de su tiempo,

ni el mismo Calderón que da actualidad al conflicto entre el fuero de los municipios y el de la milicia personificados en el recio Pedro Crespo y el no menos gallardo capitán de los Tercios don Lope de Figueroa, ni en Rojas y Zorrilla que en el García del Castañar pone en labios de *El labrador más honrado* versos que difícilmente tienen par en otra literatura. Y eso que no tenía ya razón de ser, porque la autoridad real se había afirmado en forma decisiva. No había señores que se enfrentaran como don Tello, infanzón de Galicia, a la autoridad de su Rey; Felipe II había centralizado el poder en manos huesosas, de personaje del Greco. Las comunidades habían muerto en Villalar. En la cabeza de don Juan de Lanuza se habían decapitado los fueros municipales. El Rey no compartía el poder con nadie, ni con señores ni con alcaldes. Más tarde, por desgracia, lo cedió a los favoritos. El labrador había venido a menos hasta caer en el estado de abatimiento en que se encuentra bajo los Austrias.

Lope de Vega sabe, sin embargo, más que sabe siente, que el campesino ha sido el alma de España y la ha engrandecido, que de los humildes han salido los combatientes contra los moros, los pobladores de un mundo, los soldados de Flandes y de Italia, que el conflicto con la nobleza ha sido un conflicto nacional, con raigambre profunda en la historia de España y convierte en contemporáneos hechos pretéritos, exaltando al pueblo en una época de absolutismo real, y hace vivir a su auditorio en los heroicos tiempos en que los campesinos juraban obediencia a su señor en estos términos: “Nos, que cada uno valemos tanto como vos y que juntos podemos más que vos, os ofrecemos obediencia, si mantenéis nuestros fueros y libertades y si non, non”.

Es tan variada la obra de Lope, tan rica en sugerencias, tan dotada de matices sorprendentes, tan nutrida de savia popular, que sería menester páginas y más páginas para sacar de ella todo el jugo que, a pesar de comentarios, exégesis y escolios, conserva todavía.

En la imposibilidad de intentarlo ahora, quedan estos breves apuntes, escritos al correr de la pluma con intención de acertar, interpretando, los tres temas que más han cautivado la atención de los que se han acercado, no con caudal de erudición, sino con simpatía humana al que fue precisamente y, ante todo, hombre, en su grandeza y en su pequeñez, en su elevación y en su caída, en sus amores y en sus odios, queda digo, como contribución de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española que ha hablado inmerecidamente por mi boca en esta fiesta que, si conmemora una muerte, es en cambio pretexto para hablar de la vida a veces trágica, a veces gloriosa, a veces, también, mísera de nuestra Raza.

GENARO ESTRADA *

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR.

NACIÓ hace cincuenta años, frente al Pacífico: allí pasó los primeros cuatro lustros de su vida, estudió y fue formándosele afición por las letras, aunque no siguió una profesión de las llamadas liberales. Supo desde niño de los libros y vio cómo se forman materialmente, pues estuvo empleado en un taller litográfico. Ya en esta Ciudad de los Palacios se ligó inmediatamente con amantes de los papeles, como el Lic. don Genaro García, gran conocedor de archivos, y gran coleccionador de documentos. Con él aprendió a manejar las fuentes de la historia mexicana, a formarse un criterio positivo, que sabía ver los hechos, dejando a un lado las teorías y las pretensiones de los herodotos partidaristas.

Entró también en contacto con los literatos metropolitanos, a quienes él buscaba con ahinco —aunque diga en su *Genio y Figura de Picasso* que los hombres célebres sólo le gustan a distancia—, puesto que una de sus características fue la sociabilidad. Tuvo relación, así, no sólo con los representativos de las letras mexicanas, sino con todos los de las extranjeras que pasaron por nuestro país.

Para estas relaciones le ayudaban su carácter risueño y festivo; su físico mismo que rebosaba la satisfacción y la “bonhomie”. Era entonces rotundo, de lucios, mundos y regordetes carrillos, entre los que se escondía la boca sensual, fruncida un tanto como para emitir un soplo. Los redondos y gruesos cristales enarillados de sus lentes hacían pequeños sus ojos miopes de color castaño, como su pelo, que era asaz malo. El corte de su cara era un poco ovino, con la frente amplia y huyente, desde los pronunciados arcos supraciliares; la nariz era corva y de móviles aletas; el mentoncillo enterrado entre mofletes y papada.

* Ensayo leído en la sesión del día 4 de enero de 1938, dedicada a su memoria por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Academia Mexicana de la Lengua y la Academia Mexicana de la Historia.

Su cuerpo, de mediana estatura, era obeso. Pero aquella figura esférica se movía, a pesar de todo, rápidamente, y su andar, a pequeños pasos, parecía un desliz, acompasado por algún tema musical tarareado en sordina.

Este físico espeso pudiera haberlo asimilado con el buen Sancho Panza, tipo de producto de la tierra, materialista y toasco. Pero no, era más bien un tipo de cardenal romano del quinientos; un orondo prelado de los que sabían exprimir de la vida los más exquisitos jugos; un amante de la cultura en todas sus manifestaciones.

Bibliófilo impenitente, gozaba lo indecible satisfaciendo su tendencia, pues los poseídos por la pasión de los libros tienen en ella cuádruple incentivo: buscar el libro ambicionado, asirlo, leerlo y después guardarlo. No cabe aquí detallar los servicios que prestó a la bibliografía mexicana, pero allí están los treinta y un tomos de la colección que él fundó y dirigió, con el nombre de *Monografías Bibliográficas Mexicanas*. A ellos se añaden los tantos más que forman la colección de documentos denominada *Archivo Histórico Diplomático*, en la que a él se debe la iniciativa, la dirección, y colaboración muy distinguida. Su conocimiento de nuestra historia le hacía palpar sus deficiencias, y la principal, la carencia de documentos, por destrucción algunas veces, y las más por mala organización de nuestros archivos.

Tenía gran afición a la literatura universal, y era conocedor de sus obras maestras. Cuando estuvo al frente de la Cancillería, le llegaban a diario las primicias del ingenio de todos los países, enviadas por los cónsules, en obediencia a orden suya. A diario, también, adquiría piezas de coleccionista, pues lo era con la misma pasión que bibliógrafo: adoraba las porcelanas chinas, los marfiles góticos, los jades, las telas de los siglos XV y XVI, las piezas de plata, últimamente, las pinturas, y hasta las esferas de cristal que sirven para adivinar el porvenir, semejantes a la que ostenta en su retrato *Pero Galín*.

Aficiones tales no le abonaban, sin duda, para bienquistarse con el medio político. Sin embargo, ellas le sirvieron mucho, como se verá.

Su punto de contacto con tal medio, fue su habilidad técnica. Sabía hacer cosas; tenía el don de organizar; era laboriosísimo, sobre todo, probo, y por añadidura poseía valor civil. El maderismo le dio puestos en la educación pública; el carrancismo lo llevó a la Secretaría de Industria, primero en su Departamento de Publicaciones y luego en el Administrativo. Allí lo sorprendió la Revolución de Agua Prieta, y él esperó tranquilamente a los triunfadores para entregarles lo que estaba a su cuidado. Ese gesto le conquistó la estimación de los nuevos políticos que siguieron empleando sus servicios, convencidos de que ellos eran positivos. En 1921 se le nombró

para el puesto de Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones, y allí, poco a poco, se elevó hasta ser cabeza de ella.

Es necesario hacer una síntesis con todos estos datos para explicar la obra literaria de Estrada. Y como en el espíritu cada faceta existe en función de las demás, se procurará hallar la más saliente para obtener deductivamente las otras.

Un hilo existe que puede conducir a buen fin, aun cuando parezca derivar de otra de sus actividades; es el que proporciona la pregunta siguiente. ¿Cómo veían todos a Genaro Estrada en sus últimos días? ¿Qué significaba para la mayoría de las gentes?

No cabe vacilación sobre la respuesta. Genaro Estrada era un ex funcionario; un hombre público en retiro. Y de este dato surge, desde luego, otra pregunta: ¿No es notable que Genaro Estrada haya podido escalar los puestos elevados que ocupó?

Sí lo es, y mucho. Basta considerar la condición del medio político mexicano, agitado, cruel, lleno de pasiones furentes, para tener por suceso insólito, casi milagroso, el encumbramiento de quien nunca fue político, de un mero civil, de un hombre cuya actividad más cara fue la de las letras.

Hay que atisbar lo que es la política, no ciertamente para enjuiciar especialmente a la nuestra, sino para recordar los caracteres que la marcan en todas partes. Así resaltará más la rareza de un letrado dentro de ella.

El filósofo Keyserling, en sus *Meditaciones Sudamericanas*, trata esa materia en el capítulo titulado Destino. Su visita a la América del Sur le reveló lo que significa esta palabra. En el continente del tercer día de la creación —aquel en que se separaron lo árido y lo líquido y comenzó la vida orgánica sobre la haz del mundo—, reinan supremas las fuerzas telúricas: la Tierra y la Sangre. Tales determinantes no son, tal vez, otra cosa que aquellas tres que Taine definía como la raza, el medio y el momento histórico. Mas mientras que para el pensador francés estas tres causales producían total y fatalmente todo el devenir de una raza o de un individuo, para el filósofo ruso existe una forma de modificarlas que es el Espíritu.

La Tierra y la Sangre, son, pues, los elementos estáticos del Destino y los dinámicos son la estrategia y la política. Ambas artes derivan de los ciegos instintos originales, del Miedo y del Hambre, que son los que imperan en la noche pululante de seres de sangre fría del tercer día de la creación. La política tiene por fin manejar los elementos del destino histórico de un pueblo; se ocupa únicamente de relaciones de espacio, de tiempo y de peso y “no conoce ni puede conocer como últimas instancias, calidades o valores”. Así, nada de espiritual tiene. Los pueblos más primitivos saben ya cómo conducirse.

El hombre que mejor maneja los elementos del Destino, es el que más

cerca está del estadio inferior de la vida, es decir, aquel en quien obra todavía el instinto como director. Esto se verifica en el político. El sabe percibir con agudeza la realidad inmediata; "su modalidad de espíritu es la que se acerca más a la manera en que el cuerpo se conserva dentro de los cambios de las influencias exteriores. De donde se sigue la imposibilidad absoluta de intelectualizar la política, que debe tener en cuenta precisamente los elementos irracionales de la vida. De esto a su vez se sigue la imposibilidad absoluta de moralizar la política".

No difieren de estas pesimistas conclusiones otros escritores. El atildado académico francés Valéry, contribuye al asunto con su irónica definición: "La política fue al principio el arte de impedir a las gentes inmiscuirse en aquello que les importa; después abarcó también el arte de obligar a las gentes a decidir sobre lo que no entienden".

Bolívar dejó este juicio en calidad de testamento. "No hay fe en América, ni en los hombres, ni en las naciones. Sus tratados son papeles; sus constituciones, libros; sus elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida, un tormento".

Podrían citarse mil opiniones como las anteriores; basten, por lo tanto, las dos que van arriba, y añádase que Keyserling juzga esencial en la política la mala fe, porque es por naturaleza, seducción, exacción, explotación, dolo y, en el mejor de los casos, afirmación y defensa fríamente egoísta de los intereses personales. No le extraña, por tanto, que haya habido criminales que han sido grandes hombres de estado.

Este análisis profundo es aplicable a la política dondequiera que se manifiesta. ¿Qué será en México en donde hace años llamean las pasiones con el mismo fuego que hace retremblar las entrañas de nuestras primordiales cordilleras? ¿Aquí en donde se ha preconizado como vigente "in eternum" la Revolución?

Sin embargo, el Destino puede vencerse; no existe en el plano superior del Espíritu, que mora en lo íntimo de contados hombres, y cunde poco a poco entre los demás.

Estrada era uno de esos hombres; su espiritualidad fue su paladión en el medio político al que pudo tornarse inocuo. No le fue menester para ello militar en ninguna de nuestras revoluciones, ni afiliarse a los partidos en pugna, ni siquiera pronunciar discursos en pro de algún candidato. Ciertamente que en su tierra nativa fue, muy joven, concejal puramente honorífico, y llegado a esta capital por los fines del régimen porfiriano, escribió unos cuantos artículos en un periódico político, actividad que le dejó perpetuo amargor en la boca; pero una golondrina no hace verano, como dice el refrán.

Estrada se insertó en el medio político sin amoldarse a él, sino imponiéndole las directrices del plano superior en que él estaba, el del Espíritu,

en el cual se vio siempre a sí mismo, asignándose un papel que debía ser desempeñado allí, y sólo allí.

Keyserling establece que "si para el hombre lo que importa más es el *sentido* de la vida, no confundible con su vida misma, ello quiere decir que su *papel* es a sus ojos su realidad más real".

Veamos qué se entiende por *papel*. Ya antes se ha definido el Destino como la absoluta sumisión del hombre a las condiciones materiales del medio físico que habita. Para escapar a esa fatalidad es necesario que apunte otra fuerza, de calidad distinta de la materia, que se llama Espíritu, y que obra de una manera incipiente desde las primeras etapas de la vida organizada. El animal inferior se defiende del medio por el mimetismo, facultad de aparecer otra cosa de lo que es en realidad: el sapo se disfraza de lodo, el pez de arena, la larva de vegetal. Lo cual demuestra que "ab initio" nació la comedia.

El hombre está sujeto a la misma ley. Pero ha recorrido una distancia enorme desde que destelló en él la Voluntad, hasta la plena conciencia que le permite autodeterminarse, según el concepto que se forma de sí mismo. Nietzsche predicaba el superhombre, que había de nacer del hombre viejo. Las religiones indostánicas predicaban: "trata de ser el que eres", es decir, saca de ti mismo esa personalidad mejor que concibes, con la facultad "bovática" de imaginarte otra cosa de lo que eres en la realidad. Esa es la ley de progreso espiritual y de superación del Destino.

Estrada se vio siempre a sí mismo en intelectual, en letrado, en admirador de la belleza, en mecenas. Sacudió, representando este papel, las cargas de la realidad, y supo evadirse de su medio. Plantó entre él y la política esta realidad. Y como quien desea ser superior debe establecer entre sí y los demás una distancia, lo logró por diversos medios.

Su saber fue la primera barrera. En un lugar en donde la improvisación es la regla, la larga y paciente preparación tiene que ser un prestigio; en donde se fantasea historia y futuro, debe imponerse el conocimiento exacto de los hombres y de los hechos.

Esta actitud de Estrada de estar siempre al tanto, ponía en guardia hasta a sus amigos. A veces extremaba la actitud refiriéndose a datos recónditos, que sólo un especialista podía saber; preguntando a quemarropa fechas y acontecimientos precisos. Cuando no obraba así tomaba un aire de sobrentendido que llenaba de inquietud a su interlocutor. Hay que creer que algunas veces esa actitud velaba una esfinge sin secreto, pues irónicamente prestaba a lo trivial un carácter esotérico que sólo penetraba un grupo de escogidos.

Otra de sus maneras de establecer distancia era el empleo del chiste. Ya Freud ha dicho su origen psicológico: el placer que procura una liberación,

siquiera sea momentánea, de las coerciones, de las cohibiciones que imponen la lógica, la vida material o la social. Ahora bien, no puede imaginarse mayor comprensión que la que deriva del medio político, en el que, ya lo vimos, imperan los caracteres primordiales. El amante de la cultura, tiene que sentirse en él como aplastado; por eso necesita la reacción del chiste, que le procura alivio, y que provocando en la seriedad de los políticos la risa, es decir, el consentimiento de que las cosas pueden ser distintas de como las ven sus instintos, determina para el chistoso una superioridad.

En este aspecto Estrada era muy, mexicano, pues nuestro pueblo secularmente oprimido, sólo se sacude el sentimiento de la tiranía por medio del chiste.

Usaba también Estrada lo cómico, que está más arriba del chiste en el orden estético. También esa forma de espíritu procura a quien la maneja una aura aisladora semejante a la atmósfera que envuelve a la tierra y le evita choques en el espacio. El placer que provoca, ahorrando gasto de representación, hace en el medio en que se produce el efecto purificador del ozono en el aire. Concita el agradecimiento del que recibe la comunicación de lo cómico al que la hace.

Todavía superior es el "humour", "medio de conseguir placer a pesar de los afectos dolorosos que a ello se oponen y que aparece en sustitución de los mismos. Nace cuando se constituye una situación en la que nos hallamos dispuestos a sufrir, y actúan simultáneamente sobre nosotros motivos que nos impulsan a cohibir el sufrimiento "in statu nascenti".

Su técnica es la de subir una cosa o un concepto a un plano que los "irrealiza". Lo que vale decir que es un estado de espíritu que no toma en serio las realidades más apremiantes. Quien, como Estrada, emplea el "humour" puede decir lo que los otros no se atreven, y eso crea superioridad.

Lo mismo logra la cortesía. La observancia de un ritual, hace desaparecer las fricciones inevitables en el trato humano. El dar importancia a determinadas reglas, independientemente del contenido del asunto a que se apliquen, resta realidad a éste, es también evasión, juego. Estrada practicaba la urbanidad a maravilla, como un mandarín chino de la dinastía de Ming, por eso fue hábil diplomático.

En resumen, su tendencia original era el verbo todo como juego.

Henos aquí en posesión del rasgo saliente de su personalidad.

Pero para elevarse por medio del imponderable malabarismo espiritual sobre la materialidad de la existencia, es necesario estar sólidamente plantado con los pies en la tierra. Hay que tener una clara visión de las cosas como son, para que sólo el acto de la voluntad las transforme en lo que quisiéramos que fuesen.

Los dos caracteres se acusan en la obra literaria de Estrada. No fue ésta

abundante ni de gran envergadura. Conserva el carácter de escarceo, de ingravidez de todo lo suyo. Pertenece a los géneros de la crítica y de la poesía. Su primer libro fue el titulado *Poetas nuevos de México*; una antología formada con criterio moderno, amplio y exquisito a la vez. Como en él no aparece la pluma de Estrada, fuera de en el prólogo, para dar a conocer los lineamientos que siguió para hacer el libro, no hay sino marcar la seguridad con que valora a nuestros poetas, y lo atinado de la selección de los juicios ajenos emitidos sobre ellos, así como la bibliografía que se da respecto a cada uno.

El año de 1921 marca la fecha de su aparición como creador, al lanzar el *Visionario de la Nueva España*. Está inspirado en el amor que él, forastero, tuvo por la Metrópoli llena de los vestigios de la época colonial. Explota todos los temas que la imaginación reconstructiva ofrece: las mansiones palaciegas, sus moradores y moblaje; los funcionarios y cortesanos, el virrey, el oidor, el fraile, el inquisidor, el verdugo; las iglesias y conventos, sus altares, ornamentos, santos y tesoros; las costumbres populares, la quema, el pregón, las plazas, la llegada de las naos; los tipos populares, el espadero, el sabio, el paje, el erudito, el barbero, el mendigo, el insurgente, el corsario, y mil otros temas, que miniados cariñosamente forman cuadritos de género, como los de los pintores flamencos. A veces presenta una estampa para establecer un símbolo; ora simplemente para dar pábulo a la ironía; ya para esbozar en breves líneas todo un drama.

Por sobre todo ese material pasa su mano levemente, acariciándolo, haciéndolo resurgir del pasado, poniéndole el marco cincelado de su comentario. Se ve que ese mundo muerto ha enamorado su corazón, como él lo confiesa en el capítulo inicial del libro. Relata allí cómo se reunía con varios amigos de sensibilidad vibrante como la suya, para hablar de arte y salir luego a la ciudad nocturna, cuyos más apartados recovecos conocían y gustaban. “En suma —dice—, captamos una nueva pasión, aprendimos a amar esta vieja ciudad de México, y penetradas ya las mentes y el corazón de sus virtudes maravillosas, leíamos de corrido en cada rincón, en cada muro. . .”

Pero este amor no podía aquilatarse sino contrastándolo con el embelesamiento maniático de otros por las mismas cosas, y así, ya desde el fin del libro, lo zahiere y hace votos por que se arrumbe. El Autor, personaje del *Diálogo Churrigueresco*, concluye: “Tú, Visionario, anda con Dios y quede aquí el epitafio de tres siglos de literatura retrospectiva. De los tratados de Córdoba para atrás, sean éstas tus últimas palabras. Buenas noches, mis viejos fantasmas: ya canta la alondra”.

Cantaba, sí, pero el autor no dominaba su emoción, y tenía aún un nudo en la garganta.

Su *Pero Galín* que apareció en 1926, es la ejecución del deseo que ex-

presara en el *Visionario*. Procede en ese libro a la descripción, al enjuiciamiento y a la condena del colonialismo en la persona del buen caballero Pedro Galindo, provinciano desvanecido por lo arcaico español, y que a ejemplo de aquel insigne caballero de la Mancha, se muda el nombre para que esté más en consonancia con su manía.

No es la obra una novela dentro de la estricta significación que tiene este género. Se compone de varios ensayos humorísticos sobre temas del coloniaje, unidos por la presentación de un tipo de colonialista que había olvidado vivir el presente por añorar el pasado, y que se cura de su anacronismo, muy fácilmente en verdad, por la irrupción de la vida real en su vida facticia: entrado ya en años se casa con una joven ultramoderna; hace su viaje de bodas a la Meca del cine, y vuelve transformado en hombre activo que se dedica a la agricultura.

No es aventurado ver en Galín un trasunto de Estrada por sus aficiones de coleccionista y de bibliógrafo; por sus frecuentaciones y por su carácter; hasta por su entrada tardía a la vida de matrimonio. Parece que Estrada procuró la catarsis de su propia inclinación, aplicándose la autocrítica. Esto también significa Espíritu, juego, liberación por la voluntad de un encadenamiento que venía sufriendo el alma. Pudo, así, seguir dando pábulo a sus tendencias, pero ya no fue el esclavo de ellas. Porque Estrada-Galín fue, hasta exhalar su último aliento, colonialista, bibliógrafo, chacharero, coleccionista.

En los ensayos muy agudos y llenos de "humour" que engarza en su libro, da pruebas de una sólida crítica. Son justas y originales sus observaciones sobre las literaturas americanas: "la hora de Ometecuhtli" y "la hora de habedes", la infatuación por lo indio y por lo colonial. Respecto a este género sus burlas son constantes y sutiles. Da la receta, para hacer novelas sobre la época de la dominación española. Escribe: "La fabla es la médula del colonialismo aplicado a las letras. La receta es fácil; se coge un asunto del Siglo XVI, del Siglo XVII ó del Siglo XVIII y se les escribe en lengua vulgar. Después se le van cambiando las frases, enrevesándolas, aplicándoles trasposiciones y por último, viene la alteración de las palabras. Hay ciertas palabras que no suenan a colonial. Para hacerlas sonar se les sustituye con un arcaísmo, real o inventado, y he aquí la fabla consumada".

En cuanto al medio en que se verificaba la acción, observa que basta trasponer los sentimientos, indumentos y artes suntuarias españolas de entonces a estos países conquistados. Estrada descubre que todo esto es superchería las más de las veces. Así, nos pasea por los bazares de antigüedades donde no todas lo son; nos hace ir al Volador, habitado por comerciantes mañosos; nos presenta al chacharero y al experto que ponen en circulación los tesoros de aquellos siglos y dictaminan sobre su autenticidad. En suma, pone a descubierto todos los trucos de este género cuyos despojos quisiera ver en

la pira de los tributos para que la espiral de humo que se eleve de ella, sea el homenaje que saluda a la nueva aurora.

Quien esto escribe ha dicho ya en otra ocasión que la novela colonial no puede morir, sencillamente porque aún no ha nacido. En efecto, hasta ahora se ha elaborado un coloniaje ficticio, hilvanado con personas, cosas y costumbres españolas trasladadas a la Nueva España, sin ninguna transformación. Pero nadie ha dicho nada de la verdadera colonia, que no estaba sólo formada por el elemento hispánico, sino, muy principalmente, por el indígena que ya había florecido, pese a algunos, en civilizaciones notables. ¿Quién ha pintado la vida y la psicología del indio después de la Conquista; sus rebeldías y sus temores ante el dominador blanco; sus reacciones ante la evangelización y la conversión; la pugna anímica, en fin, entre las dos razas, hecho tremendo y magno que llenó los tres siglos de la dominación y del cual estamos aún sufriendo las consecuencias? Mientras no se hayan estudiado, sentido y expresado las transformaciones experimentadas por las dos razas en su mutuo contacto de todos los días, y el resultado de su fusión, no puede decirse que existe en la literatura americana la novela colonial.

Estrada lo reconoce implícitamente al ironizar sobre el género, y al reconocer que la obra de arte indiana es más difícil. Como que se requiere una inteligencia máxima para reproducir la psicología de la raza de bronce.

Al enfocar estos temas, Estrada soslaya otros conexos, como el de la existencia de un arte nacional, contra la cual idea se declara. Sospecha de las escuelas, de los modos y de las modas. ¿Qué le parecería esa oleada de arte inferior en que estamos sumergidos, caracterizado por la canción ranchera, y que podría denominarse "charrismo"?

El libro examinado toca otros temas; el provinciano, que destilara López Velarde en su poesía; el de la vida agitada de los Estados Unidos, que le parece una lección de energía, pero en la cual ve los peligros de una cultura puramente utilitaria. Termina con el despertar de Pero Galín a la vida real, reasumiendo su nombre, como el inmortal manchego dejó de ser Quijote, en su lecho de muerte, para ser Quijano.

Otra obra en prosa de Estrada puede colocarse entre las literarias: *Genio y Figura de Picasso*. Esta no sigue cronológicamente a Pero Galín; pero conviene examinarla ahora, para coronar esta hojeada con el estudio de su obra poética.

Genio y Figura de Picasso, es un estudio crítico sobre el pintor español padre del cubismo y de otros modos de pintar ultramodernos. Estrada pone a su estudio un prólogo que es un modelo de comicidad: casualmente, encuentra al famoso artista en una casa parisiense de exposición de cuadros, y como no esperaba verlo allí, procede con él como con un quidam, azorándose de la coincidencia de su estado civil con el del cubista insigne. El procedi-

miento que sigue para obtener su efecto cómico es el de equívoco seguido de reconocimiento.

Entra luego al estudio de la obra pictórica y lo hace con tan leves matices de pensamiento, con tantos presupuestos y reservas mentales, con expresión tan conceptuosa, que podría creerse que todo es humorismo puro: una parodia de la manera de escribir de un Cocteau. Pero no; después de leído todo el artículo, puramente impresionista, como su autor lo dice sin ambages, se cae en la cuenta de que es en serio.

Estrada conocía toda la obra de Picasso, o su mayor parte, y procura decir cuál es su característica. Lo es la invención descompuesta en dos tiempos: exploración y descubrimiento. La dialéctica es uno de sus aspectos más atractivos. Notables son su constante variar de la expresión y su economía estética.

Como se ve, no es muy clara esta crítica. Todas estas clasificaciones pueden tener diversos connotados, y los que Estrada les da son a veces muy particulares. Por ejemplo, dice que la economía estética "no es otra cosa que un orden definitivamente sustantivo que, sin reconocer límites, no se sale de su propia raya".

En suma, el arte *picassista* "consiste en la elusión de los extremos para situarse entre la verdad y la pintura".

De todas estas lucubraciones parece resultar en limpio que lo notable en Picasso es la inquietud y los continuos ensayos de técnica. Estrada lo llama por ello genio fáustico, lo cual podría objetarse. En arte no vale reconocer intenciones ni experimentos; es forzoso aquilatar realizaciones.

La obra poética de Estrada es parva y discreta: cuatro libros con setenta y ocho poemas cortos, en total, publicados entre 1928 y 1934, fechas que implican que tenía más de cuarenta años cuando se dio a conocer como poeta. No quiere esto decir que en su juventud no haya hecho versos; seguramente que no se libró del sarampión de las líneas cortas, pero su acendrado criterio le hizo correr un velo sobre aquella época. Estarán ausentes, pues, de su obra, los usuales romanticismos de la adolescencia, amores imposibles y tristezas, que sólo son verdadera obra de arte cuando son cantadas con el genio de Lamartine o de Byron.

Es *Crucero*, el primogénito de su estro, el instante psicológico en que convergen dos vías: la de la sensibilidad clásica y la de la moderna. Oscila el poeta entre las dos estéticas y en el poema inicial *Sendero*, debate el asunto. De buena gana iría por el camino trillado; pero el peligro lo incita al combate,

*porque rumbo oficial y conocido
sólo es procurador del deleitoso
y mórbido poema entumecido...*

Sin embargo, en esta conceptuosa y a veces oscura composición, en la que hay trasposiciones y elipsis aprendidas en Góngora, a quien sigue muy a menudo, usa el clásico terceto. La cuarteta final es muestra de la limpidez y plasticidad que pudiera alcanzar, a haberlo querido:

*Desertor de gastadas emociones
voy, cazador de insospechadas presas,
a quitar la capucha a mis halcones
escépticos de todas las sorpresas.*

En los demás poemas, en general, sigue la forma clásica para expresar anhelos vagos y de misterio. En *Conocimiento* da una nota de este estado de ánimo:

¡Siempre la misma sombra, siempre!

Pero no es la de su cuerpo, ni alguna otra de las catalogadas en la filosofía o en la literatura; sino el misterio sin solución.

Crucero y *Ansia* repiten la misma interrogación. Este hombre irónico, que rezumaba optimismo, que sabía y enseñaba a reír, llevaba también sus ojos a sus interiores moradas y las escrutaba ardientemente. Como la mayoría de las almas la suya es toda duda; no sabe lo que quiere.

*la intimida la puerta por abierta
y salta, por vedada, la barrera
....
¡Ay, estéril urdir del pensamiento
anuncio de esperanza sin fortuna,
fugacidad untada de la luna
que el cielo prende y arrebata el viento!*

En medio de estas indecisiones, a veces, fulge el amor, los amores, más bien dicho; pero como puede sentirlos un corazón ya desengañado, que no pide a esa pasión eternidad, sino momentos de distensión y de nirvana. *De Prisa*, nota la fugacidad del tiempo ante el amor. *Esperanza* evoca a la amada al contemplar las propias manos mofletudas que la acariciaron; entraña un sentimiento de lo inacabado. ¿Sería la filosofía del poeta la de un ascético, de un renunciador por desencanto anticipado: quedarse en el dintel siempre. . ?

Eróticos también son *Velada*, *Viaje*, *Desolación*, *Acecho*, *Queja del perdido amor*, *Volver* y *Andante*, en los que alquitara emociones tenues, per-

sonalísimas, dando gran importancia al detalle nimio, que a veces es lo único asible en la vagarosidad del poema.

En otras composiciones de esta colección se propone solamente, retratar paisajes exteriores referidos a los anímicos, como en *Tarde, Paseo, Vigilia*. Con estética "proustiana", intenta rememorar todos los detalles de un instante determinado, para fijarlo. Sus imágenes son completamente modernas, a la manera de Jules Renard, autor traducido por él para *Cultura*.

En la sordina de las poesías de *Crucero*, sólo hay un canto de enjundia y de optimismo, *Retorno al Mar*, dejo de su infancia ribereña, que hoy, muerto Estrada, causa una tristeza indecible.

*Al agua verde he de volver un día
ungido en el ritual de los ciclones...*

¡El poeta no volvió a ver su Pacífico!

En *Escalera*, su segunda recopilación de versos, la atonía anímica se hace más marcada, más profundo el misterio y la ansiedad en que se debate, más vagas sus aspiraciones. Desea evadirse de esos estados, mas no halla cómo; apenas si la poesía le da un ligero lenitivo. Como si practicara la doctrina yogui, a veces consigue el éxtasis; un éxtasis sin Dios y sin filosofía:

*Paréntesis de nada. Descanso.
En declive el aceite del momento
me ofrece, liso, su contacto errante,
pureza sin dolor, placer sin goce.*

*Todos libre albedrío los sentidos,
abandono absoluto, sin trascendencia
apurán, laxos, el correr del tiempo...
Lejos la sangre del vivir, quimera
para mover el paso hacia el sepulcro,
la atolondrada discusión de normas,
palabras sin por qué para ir pasando
por el tedioso teatro, donde todos
sueltan en vano su papel errante.*

Budha tuvo esas renunciaciones en el parque Uruvela, después de hallar la Rueda de la Doctrina y de convencerse de que la raíz del Dolor es el Deseo.

En esta etapa de su espíritu se acerca más y más al arte ultramodernista. Ora imita el romance de García Lorca y sus imágenes frescas o fantas-

males; ora emplea el verso libre y apenas musical, y la voluntaria obscuridad de un "dadaísta".

Mas ya en *Paso a Nivel*, aparecido en España en 1933, adopta completamente esta moda. Comienza por suprimir la puntuación, y continúa desarticulando la sintaxis, buscando las asociaciones de ideas más incongruentes, y las imágenes menos poéticas, todo con el fin de azorar, como un saltimbanqui asombra e inquieta ejecutando el "grand ecart". Parece renegar de toda la tradición poética, pues uno de sus poemas, en el que dice todo lo que podría hacer, declara:

*Ah, pero lo que no podría es repetir ese papel de héroe
dialéctico doloroso biográfico regular y monótono
encerrarme otra vez en ese balcón para enmarcar una historia
mientras que las buenas gentes de la calle gesticulan
y entre aspavientos y aprendidos dejos de literatura
nos arrojan al paso el aplauso la rabia la miseria y los laureles.*

Parece que la liberación que buscaba de los estados de angustia mostrados en sus primeros libros, la encuentra en la negación de todo prejuicio o de toda regla, receta de los artistas de postguerra para curar los traumas psíquicos que en la lucha adquirieron.

Muy legítimo el tratamiento, mas no se debe abusar de él. ¿Y por qué no?, se dirá. Si es admisible tratar como intrascendentes las cuestiones más serias del alma, como lo hacen la ironía y el "humour", más aceptable debe ser tratar con ligereza las leyes de la lógica, de la retórica y de la gramática. La respuesta es que ello es permitido hasta cierto grado; pero si un hombre atormentado por la razón, trata a ésta como cosa fútil y estorbosa y prescinde de ella, se habrá curado de sus males, sólo para caer en los de su negación, que es la locura. Así, también, quien se siente aherrojado por la gramática, y la arroja por encima del tejado, podrá ensartar palabras y palabras, pero sin resultado, pues el fin del lenguaje es darse a comprender y el que falte totalmente a sus reglas no lo hará. La operación del Espíritu sobre ciertas cosas de la vida, mudándolas de plano, no es factible con las que son fundamentales, las cuales se siguen verificando imperturbablemente como el destino lo quiere.

Estrada, dotado de cordura y de buen gusto había de surgir de esa etapa purificado. Fue aquel momento de imaginación desbocada, su "hora de dadá" para hablar en su lenguaje; mas comprendió que la "boutade" no es un estado de espíritu duradero y al fin hizo suya esta afirmación de Paul Valéry: "Me parece que el espíritu humano está hecho de tal manera que no puede ser incoherente de por sí".

Surto a la luz, en 1934 da *Senderillos a Ras*, manojos de visiones de España, expresadas en la forma en que lo hacía García Lorca, el enorme poeta sacrificado en la guerra española, o Alberti, en su época anticomunista. Hay alegría, hay sangre, hay sol en el pequeño libro que sólo tiene catorce poemas. Es el tributo de una sensibilidad refinada a los eternos temas de grandeza, de hidalguía, de pasión que rezuma la tierra que lanzó las carabelas que vinieron a fecundarnos.

*Camino de Andalucía,
el de los viejos olivos
a los lados de la vía.*



*Contigo, río, por Toledo,
contigo, por l'ancha vega
entre la tierra y el cielo...*



*Tengo un recuerdo de Cuenca:
los largos chopos, tan altos
en las riberas del Huécar...*



*Amigos, murió la luna,
id a contarlo a Granada;
que le caven una fosa
en un jardín de la Alhambra...*



*Camino de Rentería
van tres mozas vascongadas...*



*San Sebastián florece
rosas de sangre y flechas...*



*En Aranjuez dan las doce
ángeles con banderolas...*

●
*Por caminos de Zamora
un amor se me ha perdido...*

●
*Se puede beber el cielo
por Jerez de la Frontera...*

●
*Castilla, tierra de la dura bondad,
seca y erguida como tus castillos...*

¡Qué recios y vivaces los temas de esta sinfonía ibérica! Vibran con reminiscencias de sangre, de cielo azul y de plena mar. Estaban acurrucadas en el alma de este mexicano, descendiente de conquistadores, como los rumores marinos se aprietan en la espiral de un caracol, y, al contacto de las bellezas de la madre patria, las lanzó en un gran grito, libre de afectaciones y de escuelas.

Intencionalmente se ha dejado, para el final, un aspecto de la poesía de Estrada que puede considerarse símbolo de su íntima personalidad. Como las imágenes que flotan en los sueños, sirven al psicoanalista para desentrañar las hondas preocupaciones de su paciente, así también la imaginación peculiar de cada artista que despierto sueña, sirve al crítico para asir cálidas y vivientes sus aspiraciones íntimas.

Llama la atención desde los primeros versos de Estrada que una de sus imágenes preferidas, que como un "leit-motiv" recurre en su música, sea la que proporciona la comparación de la vida, de los estados de alma, del devenir, con el aire. Vale la pena espigar toda la obra para captar los diversos matices de esta tendencia.

Crucero tiene más alusiones al aire, que los poemas que cuenta:

*A distintos caminos el crucero
por decidir el rumbo de los vientos
ofrece doce en la estación de enero...*

.....

*A tal empeño decidir me queda
la ofrecida elección, que he decidido,
de seguir de los aires en la rueda.*

.....

*Entregado del viento en el gozoso
maquinar de imprevistas estaciones...*

Preludio

*Temblaba en el aire la luna
con su traje de plata fría...*

Nocturno

*Puestos sobre la mesa
me invitan, como mapa antiguo,
a leer en sus mofletes
los vientos de tus suspiros...*

Esperanza

*De pronto desaparecieron los sentidos
que eran copos de invisible algodón
entre el aire negro del cuarto...*

*....
El viento hace silbar los alambres
se agitaron las aves en el gallinero...*

Vigilia

*Pasó sobre mi cabeza
como el roce del ala del viento...*

Eco

*Ay, estéril urdir del pensamiento,
anuncio de esperanza sin fortuna,
fugacidad untada de la luna
que el cielo prende y arrebató el viento...*

Crucero

*El aire frío y negro me suspende
en el ala delgada del viento...*

Ansia

*El viento iza sus banderas
rípidas entre los alambres...*

Mañana Doméstica

*El viento de la tarde
se encuentra en los frascos del silencio...*

....

*El céfiro se ha puesto en su organillo
a tocar su frescura de sandía...*

Tarde

*Un viento de calma rugaba las aguas del mar,
el aire, los montes, las aguas, en tonos violetas
le daban al mundo su música de gravedad...*

....

Y en el aire negro mi alma se lanzó a volar...

Vuelo

*Apenas en el aire se dilata
la brisa de una oculta madre selva...*

Paseo

*Al agua verde he de volver un día
ungido en el ritual de los ciclones*

....

*llegaré al litoral de los adioses
con el viento decorado de manos que saludan*

....

necesito la brisa de las palmas

....

*marinero, dame tu blanca vela
para combar el aire con la gracia del ánfora*

....

*la brisa me reclama, vieja amiga,
a la danza del vals sobre las olas...*

Retorno al mar

*Para seguir la derrota del aire
ven a verme subir por el árbol más alto,
por la escalera de los vientos*

....

ven a verme marchar por el aire

....

*para seguir la derrota del aire
ven a ver, que ha llegado el momento...*

Ascenso

*Me basta la delgada hoja del aire
temblada entre mis dedos nebulosos. . .*

Andante

*Por la ciudad el viento arrastra el día
sin pompa ni dolientes. . .*

Tedio

*Mi voluntad desnuda y pobre ahora
te cedió con su capa mi tesoro
y en los momentos que la azota el viento
al calor de tu bien vuelve los ojos. . .*

Respuesta

*Si acaso has de decirme algún día
—aire que pasas sin decirme nada—
. . . .
experta en ansiedad, docta en suspiros,
los da del aire en los revueltos giros
llamando lo que nunca ha de llegar. . .*

*. . . .
Pero es inútil recatar mis ansias
porque otra vez, enfermas de fragancias,
de nuevo al aire volveré a lanzar. . .*

Ruego

También *Escalera* tiene una buena dosis de reminiscencias aéreas que en seguida se citan:

*Certidumbre de éteres
entrevistos. Acaso
vistos con tacto puro.
Presagios, noche, viento. . .
Viento sin rumbo, solo,
aislado y sin instinto.
Se revuelve y se vuelve
igual, distinto y nuevo. . .*

Panorama

*Trazaré por la noche
los caminos del aire. . .*

....
a ceguera de riscos
enderezar los pasos
en las alas de todo
con el motor del viento...

Exploración

Como enantes el aire se solaza
y unta de olvido la anterior calzada...

Olvido

Para escapar a la vuelta del aire

....
la rama que sostiene su inaprendida música
guarda un dormido viento que ha plegado las alas
....

emulando al nadador preciso que en la piscina
une en arco los brazos con las manos en flecha
me arrojaré en un súbito ademán temerario
en elástico salto, a la fuga del aire...

Espera

El viento que hincha la blusa
me va empujando a la playa.
Ya sopla la brisa, sopla
para ayudarme a la carga...

....
La playa peina las olas
con el peine frío del viento...

Brisa

Tan pronto pongo pisada
como me la borra el viento...

....
dejad afianzar la mano
antes de que os lleve el viento...

....
y persiguiendo las dudas
saltan veloces los perros.
Pero les borra la pista
el paso raudo del viento...

Empeño

*Se va tumbando la noche
largamente entre las plumas
negras rizadas del viento...*

....

*La luna se sienta al piano
en los confines del monte
y va soltando la fuga
trenzada a ritmos del aire...*

Momento

*Y ella será precisa
hora feliz en que al tender la brisa
matinal escalera
blanda al azul y como tal ligera,
prendidos en el cable que se ofrece
y vertical en el zenit parece
invitación segura
a escapar a la inédita aventura
en un salto violento
dejar la tierra por seguir al viento...*

Salto

Las figuras que en *Paso a Nivel* al aire refiérense son, dado el clima funambulesco en que se produjo, de muy alambicada textura como se verá:

*Cangrejos del aire que se evaden por el filo de la angustia...
y un aire de silencio imponderable más delgado que el polvo de la ausencia...*

Paso a Nivel

*Oye bien cómo caen las hojas en una ribera descarnada,
donde el viento ensaya modulaciones y giros...*

Misterio en Sordina

*Vestido sin tacto apenas entre las tijeras del aire.
don aire cuya simple complejidad tiene la suave línea
de muchos siglos de rumiada historia con la voz blanca de Apolo...*

Donaire

*Se enrollaba en la rueda de Saturno
y en un instante se perdió en el aire...*

Fuga

Ahora el aire y la música se funden dulcemente...

Angel con una viola

*Como un mensaje esbelto
que va hendiendo los aires
profundamente quietos...*

Conmigo

Y de los brazos que no ciñen el aire que los circunda...

Posibilidad con paisajes

*Oh cielos, variedad de todas nubes
para rimar con vientos de inventadas medidas...*

Ras

Esta obsesión aérea que ha venido creciendo en todos los poemas prurumpe al fin como una explosión en el primero de *Senderillos a Ras*. No hay que ponderar en qué forma, pues basta oír *Cancioncilla en el aire*:

*Sale esta mañana el aire
con su caracol rosado.
Cuatro ángeles mosfetudos
los vientos están soplando.
Sale esta mañana el aire
enhiesto y empavesado.*

*Aire que vuela, que vuela,
aire del cielo.*

*Vuela y sopla el aire fresco
que va empujando, empujando
las largas velas, las largas
jarcias del velero barco.
Geográfico vientecillo
por mar y cielo azulados.*

*Aire que pasa, que pasa,
aire del mar.*

*Vamos de la mano
por el agro llano,*

*entre el aire vasto
del campo aromado.
a la negra sombra
que nos brinda el árbol.*

*Aire que rasa, que rasa,
aire del campo.*

*Aire, sólo aire,
sin tiempo ni espacio,
sin mar y sin cielo,
sin monte ni campo;
aire que atraviesa
para ningún lado;
aire puro, sólo,
por la tierra y alto,
tan fuera del mundo,
tan sencillo y llano,
que es el aire único
fino, lento, largo.
Aire, sólo aire.*

Y siguen a esta canción fresca y libre como la rosa de los vientos, imágenes tomadas de los de España, que parecen familiares, pues traen los olores y la sutileza de aquellos paisajes, que los ojos que los vieron y los que no los vieron añoran.

*Pasaba un aire de acero
rasando el Guadalquivir...*

Luna en Córdoba

*Atado al árbol del viento
está aquí San Sebastián...*

....

*¡Cual se revuelve entre las largas flechas
que el cantábrico viento en el Igueldo aguza!*

....

*Hasta el árbol del viento
ha descendido esta mañana el cielo...*

Auto

*con el flotante anhelo
al aire, y en la mano
un libro de sentido harto profano...*

Bañista mirando el Mar

*Viento del Sur, ágiles redes
y canciones entre el agua...*

....

*La canción del marinero
el viento la acompañaba...*

Plaza y Mar

Estas imágenes nos recuerdan las alígeras que usaban los poetas españoles del Siglo de Oro, aquellas "etéreas alas" de Calderón, o su

*hipogrifo violento
que corriste parejas con el viento;*

las gongorinas:

*frescas rosas que ambicioso el viento,
con pluma solícita lisonjera;*

"los diáfanos anales del viento", y mil otras más que pudieran citarse, porque el estro español ha añorado siempre el vuelo, como lo pueden probar los deliquios llenos de levitaciones de sus poetas místicos.

Es el viento para Estrada en primer lugar el medio perfectamente sensible en que se mueven todas las cosas. No se olvida de él por ser habitual, sino que en todo instante penetra su conciencia. Sus cinco sentidos lo perciben en todos los grados, desde que es aura o céfiro, hasta que revienta en vendabal o ciclón; inodoro o perfumado con los mil pomos de la naturaleza. A veces se le torna tangible y lo ase en la cuenca de las manos como al agua, o toma delicadamente entre los dedos una delgada hoja de él. Otras ocasiones le sirve como de vestidura, semejante a la que flamea en el cuerpo de la Victoria de Samotracia. Le sirve también de vehículo y motor para los vuelos que ensaya dormido o despierto. La rueda de los vientos es como un partirse de caminos que quisiera seguir: la ruta del aire es su ruta; quisiera lanzarse en flecha como el nadador al pleno aire. Es éste como una escalera de peldaños infinitos que quisiera trepar hasta un plano en que al fin tope lo estable, lo bello y lo bueno. Así el aire simboliza para Estrada la libertad, la última ciencia, la imaginación sin trabas,

el total desprendimiento de prejuicios y de preocupaciones para seguir una vida flotante y serena.

Mas igualmente toma el aire la contextura de sus estados de alma: negro y opresivo, si son éstos de melancolía; arrebatado y bronco si de impaciencia; dulce, aromático y lumínico, si de ensoñación y anhelo. Parece que ha estudiado la iconografía completa del padre Eolo y de sus súbditos Boreas, Noto, Euro y Céfiro, que por toda su obra aparecen con los carrillos hinchados con el esfuerzo del soplo. Ha puesto en su corazón la rosa estrellada que marca los puntos cardinales.

Esta afición a lo eólico deriva, en primer lugar, de haber habitado la Ciudad de México, de ambiente pelúcido y leve, a causa de su elevada altitud. Aquí el aire, que llega refrigerado por la nieve de nuestros volcanes, no se respira solamente por la nariz sino por todos los poros del cuerpo; se bebe a largos tragos como un néctar. No en vano los primeros pobladores de nuestro valle, hicieron dios máximo y benefactor insigne a Quetzalcóatl, trasuntado en emplumado oficio. Esta deidad simbolizó en aquella torva teogonía, el principio espiritual, el Redentor de los hombres esclavizados por la Necesidad y por el Dolor.

Estrada muestra una vez más con su poesía eólica la estirpe noble a que pertenecía. Su alma era de la condición del viento, sutil, inquieta, libre, y por eso quería buscar la evasión de todas las escorias sociales en ese elemento transparente y eternamente móvil. Para contrastar a las dos gravedades que lo anclaban en tierra, la de su propia carne exuberante, y la de este medio del tercero día de la creación, necesitaba de un plano que se hallara en cumbre y, así, en su interior erigió el del *Sentido*, el del Espíritu, simbolizado por el flúido que nos hace respirar, y que pinta también de azul lo que llamamos cielo.

Shelley le había mostrado el camino con este armonioso apóstrofe al viento del Oeste: "¡Oh, álzame como una ola, como una hoja, como una nube! Yazgo entre los abrojos de la vida. Sangro. La enorme pesadumbre de las horas ha encadenado y abatido a un ser igual a ti: manso, ligero y orgulloso. ¡Hazme tu lira, como lo es el bosque, aunque mis hojas caigan como las tuyas! El tumulto de tus enormes armonías suscitará en ambos un profundo eco otoñal, suave, a pesar de su tristeza. ¡Sé tú, altivo espíritu, mi alma! ¡Infúndete en mí, oh tú, el impetuoso! ¡Avienta mis muertos pensamientos sobre el universo, como marchitas hojas, para adelantar un nuevo renacer! Y por el encanto de estos versos, como surgen de una hoguera inextinguible cenizas y chispas, esparce mis palabras sobre la humanidad. ¡Sé a través de mis labios para la adormecida tierra, la trompeta de una profecía! ¡Oh, viento! si el Invierno llega, ¿puede la Primavera estar lejana?"

ELOGIO DE GAMBOA *

Por don ALBERTO MA. CARREÑO.

ES la vejez mensajera de dolores, porque es la precursora de la muerte; pero es también, para muchos, fuente inexhausta de alegrías, porque es la precursora de la gloria. Hoy tenemos de esto último prueba indiscutible, ya que nos reunimos para glorificar a un viejo por los largos años que ha vivido; aunque espiritualmente bien sepamos que su juventud persiste, al parecer, sin término, porque su mente sigue fresca, robusta y sana; su memoria, gallarda y poderosa, como en sus años mozos; y como en sus mejores días viriles, su ironía ágil y alada; su civismo, recto e incorruptible.

Nos congregamos, en efecto, a celebrar lo que pudiera llamarse el centenario de Federico Gamboa; puesto que en este mes se cumplen dos cincuentenarios importantes para el ágasajado, es cierto, pero también para el país, que con orgullo lo cuenta entre sus hijos predilectos. Cincuenta años de haber iniciado su vida diplomática; cincuenta años de haber principiado su labor de novelista.

Dirijamos nuestras curiosas miradas al desenvolvimiento de esta valiosa existencia, siquiera sea en forma brevísima; que quien desee conocerla en sus detalles puede dar contento a su deseo, examinando los cinco volúmenes en los cuales y en forma de *Diario*, Gamboa ha ido marcando los jalones más dignos de señalar el largo camino recorrido, así como lo ha hecho en sus *Impresiones y Recuerdos*.

Nació Federico en esta ciudad, en la calle que llevó el nombre de San Felipe Neri, hoy República del Salvador, el 22 de diciembre de 1864.

Su padre, el Gral. D. Manuel Gamboa, fue un hombre muy ameritado, que ocupó elevados puestos en los que creyó servir a su patria, no a facciones políticas determinadas; pero era un niño de tres años Federico, cuando se desplomó el efímero Imperio de Maximiliano; y el Gral. Gamboa, que es

* Discurso pronunciado el 26 de octubre de 1938.

un oficial técnico de artillería, a quien llegó a juzgarse muerto, cuando joven, porque al combatir en la Angostura al invasor norteamericano una granada le mató el caballo, y él rodó por una pendiente con la cabalgadura, sufre las consecuencias dolorosas que soportaron cuantos prefirieron someterse a un extranjero, que mostraba anhelos por salvar a México, y no a otros extranjeros también, que nos habían cercenado la mitad del territorio.

El Gral. Gamboa había tenido una alta posición en Sonora y Sinaloa; había sido, antes del Imperio, Gobernador de Jalisco; pero llevaba en sí el mismo gravísimo defecto —esto es, desgraciadamente, para muchos— que le heredó Federico: ser honrado a carta cabal; entender que los puestos públicos son lugares destinados a servir a la Nación y no fuente de vergonzosos enriquecimientos, como tantos ha visto nuestra infortunada Patria.

Y la rectitud de aquel probo funcionario había sido tal, que cuando volvía de Jalisco a la capital de la República, terminada su gobernación, la diligencia en que viajaba con su digna esposa, la Sra. Lugarda Iglesias, hermana del célebre político Don José María, fue asaltada por un grupo de hombres armados, pertenecientes a Rojas, el terrible guerrillero de aquellos días. Al dársele el “¿quién vive?”, que helaba de espanto los corazones, el General sacó tranquilamente la cabeza por la ventanilla y respondió: “Digan Uds. a Rojas, que han hecho una buena presa; que soy el último Gobernador de Jalisco, el Gral. Gamboa. Pero... vaya alguno a informarlo inmediatamente”.

Estupefactos aquellos hombres al darse cuenta de quién era el detenido, enviaron, en efecto, un emisario, mientras el resto quedó vigilando la diligencia; pero su sorpresa fue mayor, cuando después de cierto tiempo apareció un tropel de jinetes con el más singular de los mensajes. Rojas había mandado para que escoltaran al Gobernador enemigo hasta los límites del Estado. ¡Noble rasgo de aquél, pero testimonio irrefutable de que reconocía la rectitud del funcionario!

Esta rectitud, sin embargo, había impedido que el Gral. Gamboa como tantos lo han hecho en nuestra turbulenta vida de guerras civiles, hubiera acaparado indebidas riquezas, que sirvieran de blando colchón que evitara el dolor de la caída. Ello explica la interesantísima declaración de Gamboa: “Mi infancia fue testigo de las pobreza de mi familia”.

No hubo, pues, a su alrededor fausto, ni siquiera grandes comodidades; pero sí gallardos ejemplos, que él ha seguido fielmente en días para él también aciagos de su propio existir. Y en medio de una vida sencilla y pobre hizo sus primeros estudios en la *Amiga* que en el callejón de Betlemitas dirigía la Sra. Hortensia Seguí Vda. de Oviedo, casada más tarde en segundas nupcias con D. Claudio Limón.

Fue luego a la Escuela Nacional Preparatoria, antesala de nuestras "escuelas profesionales", como entonces se llamaban las presentes facultades universitarias; y allí ató con duraderos lazos su amistad con muchos de los hombres más prominentes que México ha tenido en los últimos cincuenta años en la Ciencia, en el Arte, en la Industria, en el Comercio.

Mas en tanto que así discurría la vida del joven "preparatoriano", un inesperado suceso le permitió asomarse, por la primera vez, a extranjeros horizontes. El Gral. Gamboa, que como técnico había tomado parte en la construcción del F. C. Mexicano, fue nombrado representante del Gobierno en la Junta Directiva que el F. C. de Tehuantepec tenía en Nueva York.

Y a Nueva York fue Federico con su padre, cuando sólo tenía dieciséis años; sin que ni aquél, ni éste pudieran imaginar que al correr del tiempo aquel mozo habría de contender, en representación de su país, con el Gobierno de los Estados Unidos.

Un año duró la ausencia, al cabo del cual, y después de haber logrado un amplio conocimiento de la lengua inglesa, reanudó en México sus estudios. Gamboa quería ser médico; mas la carrera resultaba larga y costosa; y, por ello, su padre prefirió que fuera a la Escuela de Jurisprudencia, donde podría estudiar para Notario, que era lo que exigía menor tiempo.

Tres años había estudiado, pero poco tiempo después de sus exámenes de Derecho, una catástrofe dio en tierra con todos sus planes: murió el Gral. Gamboa, dejando cuatro de los trece hijos que habían formado su sucesión, y de los cuales nueve habían fallecido en la infancia.

No había que pensar ya en carrera alguna; era indispensable ganarse la vida desde luego; y esto no resultaba cosa fácil.

¡Hecho singular! Iba a ser la pluma el instrumento de que para él habría de servirse; aunque no la pluma del escritor, sino la del escribiente.

Era su hermano el Lic. José María —mayor que Federico nueve años— Juez de lo Civil; y en su juzgado, como escribiente, como humilde covachuelista, comenzó a desarrollar la vida laboriosa que dura todavía.

Hay algo que con gran donaire recuerda Gamboa: lo empujó al periodismo el haber llegado hasta él "por la puerta de servicio", cuando obtuvo un nuevo empleo, no como redactor, sino como corrector de pruebas en *El Foro*, la revista jurídica que dirigían aquellos dos luminares, que se llamaron Emilio Pardo Jr. y Pablo Macedo.

¿Le bastaba este trabajo adicional a Federico? No, no le bastaba y por ello comenzó también a usar la pluma del escritor al lado del viejo periodista, que militó en las filas del Partido Liberal, y que muchos años, a veces en medio de bonanzas, en ocasiones en medio de miserias, publicó *El Diario del Hogar*: Don Filomeno Mata.

Y China, la China de la leyenda ayer, de la tragedia hoy, fue la respon-

sable de que el mozo se convirtiera definitivamente en periodista. Del Oriente vino una comisión; y no porque Gamboa hablara la lengua de Confucio, sino porque dominaba la de Shakespeare, Mata comisionó a Federico para entrevistar a los comisionados, suponiendo que alguno de ellos hablaría inglés; y para ello le dio el espaldarazo, convirtiéndolo en caballero redactor.

La vida del escritor había principiado; y tras de aquella comisión, vinieron las crónicas semanarias que, intituladas *Desde mi mesa*, firmaba con el seudónimo *La Coccardière*.

Escasos eran los productos pecuniarios, que ni siquiera resultaban regularmente pagados. En cambio, el joven cronista, por serlo, podía disfrutar de una facilidad no a todos los de su edad y mala condición pecuniaria permitida: andar libremente entre los bastidores y en los vestidores de los teatros. Podía acercarse a las artistas de moda, a las mujeres mimadas de la farándula; y si bien por aquellos días esto lo llevó a sentirse nuevo *Don Juan*, al correr de los años, en 1903, le haría escribir una de las más hermosas confesiones que un padre puede hacer a un hijo suyo:

—“... a los dieciocho años, quedé huérfano del todo, sin Rey ni Roque que obedecer, pero también ¡ay! sin canas amadas que respetar, sin dolorosa experiencia en que aprender y acurrucarme, sin sabios y desinteresados consejos que seguir... Nada eran la soledad de mi persona y de mi cuerpo, si a la interna de mi alma en formación, comparábalas. E imagina mis tristezas de sentir por compañeros únicos y por únicos guías, dentro de mí, recuerdos de recientes ternuras perdidas para siempre, amontonamiento de buenos y malos instintos, una voluntad pequeñina, tirando a enferma, balbuceante, torpe, y una ausencia total de dineros, de ropas, de casa, ¡teniendo que alimentar y que vestir a toda una juventud libre!

“En mis noches oía la descomunal pelea, que no duró mucho, no; pues al igual que en el mundo acontece, también dentro de mí vencieron los malos a los buenos. ¡Es la ley!...

...“Presas de los malos, me abandoné a todos los oleajes y probé de todas las espumas. Hanme doblegado muchos huracanes y sin piedad me han azotado no menos tempestades... Muy de cuando en cuando, los alisios buenos han oreado mi alma.

“Por mi ventura, te apareciste en mi vida; a partir de aquí, mi espíritu serénase y confía...” (*Mi Diario*, Vol. II, pp. 7-8).

Y convirtiendo a Miguel su hijo en su juez, concluye:

“Juzga tú de mí, solamente tú, y dentro de tu criterio de hombre —cuando lo seas— condéname si crees que lo merezco. Pero atiende esta súplica: ¡si el hombre me condena, que el hijo me absuelva!

“Después de que te hayas penetrado de mi fisonomía moral, anda a mi sepulcro, si, conforme a mis anhelos, duermo *el sueño de la paz* en nuestra

tierra de México; si no, anda a tu memoria —que calculo yo, la memoria de un hijo ha de ser el más dulce sepulcro de un padre— y en la manera como poses tus flores filiales sobre la tumba que encierre mis despojos, para casi todos olvidados, o en la manera como de mí pienses, lo que hay en mí de inmortal, adivinará tu fallo, y sea éste el que fuere, seguirá velando por ti y bendiciéndote ¡a pesar de la muerte!...” (Op. cit. p. 9).

Singular humildad del padre que así se rinde a su hijo; pero nosotros, que podemos juzgar los hechos buenos en que no hace hincapié, hemos de asombrarnos, por ejemplo, al ver el tesón, el afán con que aquel joven trabaja. No se limita, en efecto, al puesto de escribiente que tiene en el juzgado de su hermano; ni al de redactor en *El Diario del Hogar*; sino que multiplica sus esfuerzos para allegarse más recursos, para lograr su encumbramiento.

Ello explica que busque y obtenga la colaboración en otro periódico de caricaturas, que lleva el curioso nombre de *Rascatripas*, en el cual, por cierto, las penurias en que lo pone la falta de pago durante catorce decenas de sus sueldos de amanuense, lo impulsan a escribir sus primeros versos, intitulados *Hay Brujería*, parodia de Bécquer, con la que fustiga la dura condición en que la administración del Gral. Manuel González tiene a los empleados públicos.

Mientras tales cosas acontecen, cambia su puesto oficial; del juzgado civil pasa a un penal; y allí sufre, además de los horrores de estar dentro casi de lo que es o debiera ser crisol de criminales, tiene que soportar las constantes iras del Juez José Quirino Domínguez, hasta que por suerte suya se hace cargo del juzgado el distinguido abogado y caballero que se llamó Manuel de la Hoz.

Y en aquella astrosa oficina, entre la consignación de hechos reprobables que habían caído en las mallas de la Justicia; ante las caras patibularias de algunos delincuentes, y las atribuladas de los injustamente acusados, Federico puso las bases del edificio que nos permite en esta noche celebrar un doble cincuentenario.

Aquel joven que entre los *calaveras* de sus días era un *Pájaro* de cuenta —“Pájaro” fue el mote que le aplicaban sus amigos—, era también un luchador en verdad digno de nuestra admiración y de nuestro respeto; y esto explica que aprovechara los pequeños ocios que en el juzgado lograba tener, para preparar los exámenes que le permitieran ser admitido en el Cuerpo Diplomático; que los utilizara para escribir ya no simples crónicas o artículos, sino su primer libro: *Del Natural*.

Gamboa recuerda con afecto especial a dos personas que mucho lo sirvieron en aquellos días: “un olvidado que no figura en antología alguna, Aurelio Garay”, su primer censor, quien primero llamó su atención hacia los errores en que incurría, con el hondo interés con que los escritores en cuyo

pecho no se alberga la envidia, gustan de ayudar a los noveles. El otro fue su amigo muy cordial, Juan de Dios Peza, quien lo impulsó a que abandonara el seudónimo, y valientemente reconociera a los hijos de su imaginación y de su inteligencia.

Pero también recuerda con mucha gratitud a Gustavo Baz, que fue quien lo empujó a la carrera diplomática.

Habíase expedido la ley en virtud de la cual bastaría sustentar examen de ciertas materias, para ser declarado apto para seguir aquella carrera que tanto deslumbra; y cuando Federico, en medio del ajeteo del juzgado penal dio remate a su preparación para examinarse, en los días mismos en que llevaba a término su primer libro en el cual reprodujo hechos, circunstancias, personas, tomados en verdad *Del Natural*, solicitó y obtuvo su examen, cuyo jurado presidió el Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. Ignacio Mariscal. Fueron los otros sinodales el antiguo diplomático D. Mauricio Wollheim y D. Luis Medrano, jefe de la sección de Cancillería.

Una vacante de tercer secretario había en nuestra legación en Guatemala, y éste era el puesto que, por lo pronto, incitaba las ilusiones de Gamboa, aunque soñara para después vida regalada en Europa.

Un tropiezo surgió del todo inesperado, que pudo haber trocado en triste realidad aquellas ilusiones: el Gobernador de Oaxaca, Gral. Martín González, tenía un candidato para dicho puesto, y se apresuró a recomendarlo al Presidente Díaz.

En el primer acuerdo que el Ministro tuvo con éste, el General le indicó quién era el recomendado y quién lo recomendaba. Aquél entonces le informó cómo la reciente ley expedida había amparado a un joven que con brillo había sustentado el examen requerido; y sin titubeos, sin pensar un momento más en la recomendación del Gobernador de Oaxaca, el presidente se limitó a decir a su Ministro: “Que se cumpla la ley”, y en aquel punto, Federico Gamboa quedó nombrado tercer secretario en funciones de segundo, en nuestra legación en Guatemala.

Mariscal llamó en seguida al mozo; paternalmente le refirió cuanto había acontecido; cómo había sido nombrado ya miembro del Cuerpo Diplomático Mexicano, y le agregó: —“Arregle Ud. sus cosas para partir cuanto antes le sea posible”.

Federico Gamboa irguióse entonces, como lo haría un militar en la posición de “¡firmes!”; se abotonó la americana, y con actitud resuelta respondió: —“Señor Ministro, estoy listo para partir en este momento”.

Sonrió aquel hombre bondadoso, y dio en seguida órdenes para que sin dilación saliera de México el flamante diplomático. Era el mes de octubre de 1888.

De la Secretaría de Relaciones, Gamboa se dirigió presuroso a su juz-

gado; con el alma rebosante de alegría, dio cuenta a su jefe, del suceso, y tanto el juez de la Hoz, como los compañeros de Federico en aquel trabajo, propio de esclavos en romana galera, lo felicitaron: aquél con plena satisfacción; los otros, acaso, con un poco de envidia.

Gamboa comenzó luego a revisar lo que debería sacar de las gavetas de su escritorio, mientras con la mano izquierda oprimía contra su pecho voluminoso manuscrito; y en un arranque de emoción lo llevó hasta sus labios, como un amoroso padre besa tiernamente a su primogénito. Aquel primogénito libro de Federico Gamboa, *Del Natural*, cumple ahora cincuenta años.

Ya está en Guatemala. Su primer superior y jefe es el Gral. Platón Roa ¹ y el Presidente de la República vecina, el Gral. Manuel Lisandro Barillas, quien años más tarde sería cobardemente asesinado en México por esbirros políticos enviados al efecto desde aquel país.

Gamboa no encontró cenáculos literarios, pero sí trabó desde luego cordial amistad con D. Agustín Gómez Carrillo, acaso el más alto intelectual guatemalteco de aquellos días y padre del celebrado escritor Enrique de los mismos apellidos. Fueron sus otros dos amigos predilectos en el campo de las letras D. Salvador Falla y D. Antonio Batres Jáuregui. Y a estos tres intelectuales debió poco después la más alta distinción literaria, que por entonces pudiera esperar.

Si a *Del Natural* faltábale este o aquel detalle para estar completo y listo a fin de vestirse con las galas que da la imprenta, el prólogo estaba definitivamente acabado; lo leyó su autor a Gómez Carrillo, y de tal manera prendóse de él, que lo remitió a la Real Academia Española, postulando, en unión de Falla y de Batres Jáuregui, al novel diplomático y novelista para correspondiente extranjero de aquella ilustre Corporación.

Para muchos, que acaso en el fõndo de su corazón esconden el deseo de entrar en ella, la Academia es un instituto que ha de mirarse con desdén, con desprecio; pero para quien, el escalar el templo de la Fama principiaba a ser un nuevo anhelo, la sola idea de que se reconociera su empeño por escribir castizamente, constituía halago singular.

Bien puede imaginarse, en consecuencia, lo que significaría para Gamboa

¹ Se cuenta, que yendo de huída una fuerza de "conservadores" encabezados por Miramón, éste, que comprendió que el enemigo les daba alcance, quitóse el cinturón de cuero, convertido en depósito de flamantes onzas de oro y lo arrojó al suelo, para que entusiasmados los contrarios con el botín, le dieran mayor tiempo a fin de escapar. Roa, que sólo vio caer aquel tesoro de su jefe, sin temor a los enemigos paró brusca-mente su caballo, desmontó, recogió el cinturón, y aguijoneando ahora su cabalgadura para alcanzar a Miramón, le entregó aquella riqueza. Miramón mismo —se dice— le explicó la estratagemma que había ideado.

recibir de manos de D. Agustín Gómez Carrillo la comunicación del célebre dramaturgo y Secretario de la Academia, D. Manuel Tamayo y Baus, fechada el 15 de noviembre de 1889, en que le anunciaba: que la víspera y a propuesta de los insignes hombres de letras D. Manuel Silvela, el Conde Casa Valencia y D. Juan Valera, "a una voz" se le había admitido como académico, en calidad de correspondiente extranjero, según lo acredita aún el diploma firmado por el conde de Cheste, a la sazón Director del Instituto, y por el propio Tamayo y Baus.

Este hecho, por otra parte, significa que en unos cuantos meses más, Federico Gamboa, el decano de quienes en México nos honramos en ser miembros correspondientes de la Academia Española, celebrará otro cincuentenario: el de académico.

Guatemala ve partir a Gamboa algún tiempo más tarde, con rumbo a la República Argentina y al Brasil, ya en calidad de primer secretario, en unión del Ministro D. Juan Sánchez Azcona, padre del conocido periodista, político y temporalmente diplomático del mismo nombre, que murió ha poco.

Y en la Argentina, como es de esperarse, traba relaciones con lo más saliente de aquella gran República: Rafael Obligado y Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González y Ernesto Quesada, Martín Coronado y Calixto Oyuela, Eduardo Schiaffino y Juan J. García Velloso, Domingo D. Martinto y Adolfo Ibáñez, el pintor Eduardo Sívori, etc., etc.

La acogida que tiene el escritor mexicano es tal y tan grande, que establece una tertulia semanal, que tiene gran resonancia; y su permanencia en Buenos Aires resulta fecunda en obra suya. Escribe *Apariencias*, luego *Impresiones y Recuerdos*, y no pocos versos; versos que él condena ahora sin piedad a permanecer en las tinieblas, en perpetuo ostracismo.

Cuando el joven diplomático está más ilusionado, D. Matías Romero, el célebre representante de Juárez en los Estados Unidos durante la época de la intervención francesa, y, al correr de los años, Secretario de Hacienda en el gobierno del Gral. Díaz, suprimió del presupuesto federal nuestra legación en Sud América, y Federico hubo de volver a México en calidad de diplomático cesante.

No era éste, sin embargo, hombre a quien arredrara el trabajo, cualquiera que su naturaleza resultara, con tal que fuera honorable; y debido a la protección que le impartió el Gral. D. Andrés Garza Galán, obtuvo que le dieran el empleo de guarda almacén general y alcaide de la Aduana de Santiago. Había pasado, dice sonriente Federico, ¡del Cuerpo Diplomático al Cuerpo de Cargadores!...

Pero no era esto lo peor; sino que el barrio donde todavía se alza hoy la Aduana, era algo espantoso por el aislamiento en que se encontraba, y

por la calidad de los vecinos, gente maleante que lo mismo arrebatava los dineros, que la vida a quien por allí a deshoras se aventuraba.

Cuarenta días duró en el empleo, que logró permutar con un oficial segundo de aduanas en la Secretaría de Hacienda; pero antes de que el tal cambio se verificara, tuvo un momento de horror, que fue el que lo impulsó a buscar la permuta.

Refiere Gamboa a sus amigos, que una mañana, se le presentó un sargento, quien llevándose militarmente la mano a la visera del kepi, le dijo solemnemente: —“Mi jefe, con permiso de Ud. acaban de matar a un cargador”.

—“¡Qué bárbaros! —exclamó azorado el joven diplomático—. Yo no he dado permiso para que maten a persona alguna”.

—“No, mi jefe —explicó el sargento—, le pedía yo a Ud. permiso para darle cuenta del asesinato. . .”

Otro asesinato sería causa de que Gamboa volviera al Cuerpo Diplomático: el de su sinodal D. Luis Medrano, ocurrido en la ciudad de Oaxaca; pues para sustituirlo fue llamado a la Secretaría de Relaciones.

Mientras desempeñaba el nuevo puesto, contrajo matrimonio con la virtuosa señorita María Sagasetta, que habría de ser desde entonces su fiel compañera en alegrías y en tristezas; y la primera alegría de Federico fue reingresar a la vida diplomática, cuando volvió a Guatemala como Encargado de Negocios.

El cargo le permite recorrer triunfalmente Centro América, hasta que el Presidente D. Manuel Estrada Cabrera, que encuentra a Gamboa demasiado activo en la defensa de haciendas, libertades y vidas de mexicanos y guatemaltecos, urde una hábil maniobra para que México lo retire, ya que no hay razón alguna para pedir ese retiro.

La trama es burda en demasía; pero el Gobierno de México, prudente quizás en demasía también, llama a su Encargado de Negocios para que informe; Gamboa regresa; hace patente lo burdo de la urdimbre, y el Presidente y el Ministro de Relaciones quedan absolutamente satisfechos con la explicación. Sin embargo, adivinando lo que en verdad se esconde tras de aquella maniobra, prefieren que, por lo pronto, no vuelva Federico a Guatemala; ya irá más tarde con una categoría mayor.

Queda, pues, por breve tiempo en la Secretaría de Relaciones, y de allí parte a Washington, como primer secretario de nuestra Embajada.

Su estancia en México lo empujó de nuevo, literalmente, al teatro. *La Señorita Inocencia*, nombre que dio a su traducción de la opereta *Mamz'lle Nitouche*, le había proporcionado ya un resonante éxito; pero prefiere hacer ahora labor original, y brota de su pluma *La Ultima Campaña* que, como la anterior, lo colma de aplausos y halagos; bien que al hacer la liquidación en

la contaduría, la noche del estreno, en que el teatro había estado a reventar, sólo alcanza por su parte de utilidades, hechas las cuentas del Gran Capitán, ¡la fabulosa suma de cincuenta centavos!

Pero esto no quiere decir que su pluma hubiera estado antes ociosa; que en medio de su vida diplomática había producido otras dos novelas más: *Suprema Ley* y *Metamorfosis*.

En Washington labora con nuestro Embajador don Manuel Azpíroz, a quien atiende con cariño fraterno cuando llega para aquél la necesidad de emprender la última partida; y tras de permanecer durante breve tiempo al frente de aquella Embajada, vuelve a Guatemala, ascendido ya en su carrera: ya es Ministro Plenipotenciario.

Y Guatemala habría de ser testigo de sus mayores triunfos como diplomático y como hombre generoso y de corazón bien puesto, porque realiza allí obra humanitaria por excelencia, que debería ganarle, en mi concepto, el merecido título de “el Buen Samaritano en Centro América”.

Pero un acontecimiento no puede callarse. Gamboa juega su carrera, su porvenir, cuando en las conferencias para restablecer la paz entre Guatemala, Salvador y Honduras, que se celebran a bordo del buque de guerra norteamericano *Marblehead*, se opone a que en el tratado que ha de firmarse quede incluida “¡la facultad a los Ejecutivos de las partes contratantes, de entregar a los refugiados políticos a la primera demanda. . .!” (*Mi Diario*, Vol. IV, p. 124).

La cláusula es obra de Estrada Cabrera; pero quien la apoya es el ministro norteamericano Leslie Combs.

Gamboa, aunque no había visto de cerca las hecatombes que producen las pasiones políticas desbordadas, porque su vida se había desarrollado en medio de la paz de que México disfrutaba, tenía noticias ciertas de lo que había sido nuestro sangriento período de la Reforma; noticias ciertas de cuán fácilmente se teñía de sangre Centro América.

Comprendió, pues, de modo claro, el horrible alcance que aquella cláusula había de tener, y la rechazó resuelto y decidido. Combs, que no sabe que está tratando con un mexicano que en verdad lo es; con un hombre que se da cuenta de lo que significa el honor de representar a México cuando éste trata de economizar vidas de hermanos, ante la obstinada negativa de Gamboa, incurre en error gravísimo, cuando le argumenta que con su actitud va a desagradar al Presidente Theodore Roosevelt.

Gamboa, sereno y firme, le responde: —“Señor Ministro, olvida Ud. que yo sirvo al Presidente de México y no al de los Estados Unidos”.

Combs, que no está acostumbrado a encontrar en los países débiles de América resistencias a los deseos de la Casa Blanca, pierde el dominio sobre sí; a punto se halla de agredir al Ministro mexicano, que impasible dice al

Comandante R. F. Mulligan, del *Marblehead*, quien le estrecha la mano entre las suyas, admirando su conducta: —“Ruego a Ud., Sr. Comandante, que mañana a primera hora se sirva desembarcarme en San José”. (Loc. cit. p. 128).

Es decir, prefiere que no se firme el tratado, a consignar en él la entrega de indecibles inermes víctimas, que sin piedad serían sacrificadas.

Gamboa se ha retirado a su camarote, mientras viene el nuevo día; y el nuevo día le trae la recompensa: Combs se siente vencido; pide excusas por su destemplanza de la noche anterior, y acepta el tratado sin la terrible cláusula. Federico Gamboa había ganado una doble victoria: que se firmara el tratado de paz en Centro América sin más futuras víctimas; y había puesto muy alto el honor de nuestra Patria.

No en balde Guatemala, fuera del círculo político dominante por aquellos días, vió siempre en este leal patriota, lo que antes llevo dicho: el verdadero tipo del “Buen Samaritano” de que nos hablan los sagrados libros; ni es extraño tampoco, que cuando algún tiempo más tarde Federico abandonó el país, tras de prestar nuevos e incontables servicios a los guatemaltecos, el pueblo entero lo despidiera, dejando correr el llanto de sus ojos.

Gamboa es ya el Subsecretario de Relaciones Exteriores, después de haber sido encargado, de acuerdo con los usos protocolarios, de la representación de Colombia, primero, y de la Madre España después, ante el mismo Gobierno de Guatemala.

Y la Subsecretaría lo hace tomar activísima participación en dos sucesos de índole bien diversa: la muerte de su protector y amigo, el Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Ignacio Mariscal, y las fiestas del centenario de la proclamación de nuestra independencia.

El primero de tales acontecimientos le ensombrece el alma, al recordar aquella mañana en que el respetable hombre público le anunció que estaba incorporado al Cuerpo Diplomático. ¡Quién hubiérale dicho al famoso estadista, que aquel mozuelo, que con tanta seriedad le respondió que estaba listo para inmediatamente partir a su puesto, sería el llamado por la ley para sustituirlo en el Ministerio, aunque fuera temporalmente!

Las fiestas del Centenario, en cambio, le trajeron el contacto directo con las manifestaciones de cortesía del mundo entero hacia México; nuevas y preciadas condecoraciones¹ e infinito trabajo; pero ellas también le propor-

¹ Es Caballero Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica; Caballero Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII, de España; Gran Cruz, 2o. grado, 1a. clase de la Orden del Doble Dragón, de China; Gran Cordón de la Orden Imperial del Sol Levante, del Japón; 2a. clase con placa, de la Orden del Aguila Roja, de Alemania; Gran Oficial de la Corona de Italia; Encomienda, con placa de la Orden de San Olaf, de Noruega; Encomienda ordinaria de Carlos III, de España, y 3a. clase de la Orden del Busto del Libertador, de Venezuela.

cionaron el indecible placer de ir a España con la representación más alta que su país podía otorgarle: ser Embajador suyo, para testimoniar el agradecimiento de nuestra Patria por las muestras de consideración que aquélla diera a una de sus hijas predilectas: la que heredó su nombre.

Y no era, por cierto, Federico un extraño en aquellas lejanas tierras; su fama de escritor, acrecentada: con sus discutidas pero triunfadoras novelas *Santa y Reconquista* —a las que seguiría *La Llagu*—; con las primicias de *Mi Diario*, en que al dejar consignados los hechos de su vida, ha ido encerrando la vida de otros hombres, la vida de otros pueblos; con *La Venganza de la Gleba* y *A Buena Cuenta*; esa fama habíale conquistado, de mucho tiempo atrás, el afecto, la admiración de la más alta intelectualidad hispana, que acogió entusiasta al Embajador de México y lo llenó de tantas o mayores consideraciones que el mundo oficial, a pesar de ser éstas muy grandes.

Y todas ellas deben haber rebozado legítimo orgullo en el espíritu de quien en sus días juveniles penetraba en el mundo de las letras, según su decir, “por la puerta de servicio”, como sencillo corrector de pruebas; pero acaso más que todos los aplausos, más que todos los honores, debe haber saturado de regocijo su alma generosa el haber reconciliado a dos prohombres de la Villa y Corte, distanciados hacía largos años: D. Antonio Maura y D. José Canalejas.

Llevaba Federico, al mismo tiempo, el carácter de representante de México ante los gobiernos de Bélgica y de Holanda; y cuando en el primero de estos reinos se encontraba, un llamado de su propia Cancillería oblióalo a venir, a pesar de que su ausencia de nuestro país, le había permitido alejarse enteramente del mar de pasiones políticas que habían cambiado el régimen en que él se formó. Y Gamboa seguía en su puesto, a pesar de ese cambio, con la bien fundada idea de que servía no a éste o aquel mandatario; sino a su Patria, que estaba, está y estará siempre sobre toda bandera, sobre toda pasión bastarda de intereses, de ruindades políticas.

Con este mismo pensamiento llegó a México, cuando México se hallaba frente a un gravísimo conflicto internacional. El Presidente norteamericano Woodrow Wilson, que para algunos, los menos, es una especie de apóstol; que para otros, los más, es el causante de gravísimos males no sólo para México, sino para Europa y para los mismos Estados Unidos, que sacrificaron millones de vidas de sus nacionales, cuando lo habían reelegido únicamente por su promesa de que los apartaría de la guerra; el Presidente Wilson renovaba respecto de México la actitud del Ministro Leslie Combs a bordo del buque guerrero *Marblehead*.

Circunstancia singular: iba a ser Gamboa, de nuevo, quien se enfrentara a los Estados Unidos; quien viniera, al llamado del Gobierno Mexi-

cano, a defender no a éste o aquel gobernante; no ésta o aquella situación política; sino el decoro, la soberanía de la Nación.

No es apropiado en esta vez estudiar los acontecimientos políticos que se habían desarrollado aquí durante la bien larga ausencia de Gamboa; lo que hay que ver, lo que hay que analizar es: que en el instante en que llegó al país y se le pidió que se encargara de la Secretaría de Relaciones Exteriores, un enviado del Presidente Woodrow Wilson estaba exigiendo, ante la luz de un sereno criterio, que México prescindiera de su independencia y se sometiera, siendo nación libre y soberana, a los dictados del Presidente de los Estados Unidos.

Gamboa no puede, ni debe meterse a analizar en aquella situación gravísima, los bajos fondos de nuestra política; él es el mismo diplomático que años antes, con su carácter de Subsecretario, a una amenaza velada del Embajador norteamericano Henry Lane Wilson contra nuestro cañonero *Vicente Guerrero* que en una misión de misericordia en favor del Presidente de Nicaragua Santos Zelaya, se enfrenta a la escuadra de los Estados Unidos, que conculcaba la soberanía de aquel país, le hace ver que nuestro barquichuelo es más fuerte que la escuadra, porque el *Guerrero* es la representación de nuestro derecho para proteger a Zelaya.

Gamboa, pues, no vacila y va denodado a defender una vez más no solamente otro derecho; sino, ya se dijo antes, el decoro y la soberanía de México.

Por ello no importa el partido político en que se milite o que no se milite en partido alguno; quienquiera que tenga el corazón bien puesto, que ame de verdad a esta hermosa nación nuestra, y no importa que sea hoy o muchos siglos más tarde, después de leer las comunicaciones que en 16 y 26 de agosto de 1913 Federico Gamboa dirigió al agente John Lind, exclamará sin vacilar: ¡Gamboa, eres digno más que de admiración, de respeto sumo, porque con eficaz energía, con inmaculado patriotismo, defendiste el honor de la Patria Mexicana!

El país ha sido convocado a elecciones; el Partido Católico postula para Presidente de la República a quien tan gallardamente ha sabido y querido defenderle; y Gamboa, ahora con candidez de párvulo, o acaso como un medio decoroso para no ligarse políticamente con quienes se hallan en el poder, acepta la postulación, y renuncia el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores y toda liga con el Gobierno.

El Presidente le declara entonces: —“Si Ud. triunfa, yo dispararé el primer cañonazo contra Ud.”.

Pero no triunfa; bien sabemos, que el “sufragio efectivo” es la mayor de nuestras ficciones; y antes, como si fuera un criminal, tiene que salir

furtivamente del país; se embarca en un buque frutero, que ha recogido cuatro o cinco veces más refugiados, que los que le permite su capacidad para pasajeros; y en medio de privaciones sin cuento, carente de recursos pecuniarios, llega a Galveston, en Texas.

Allí comienza su calvario; tiene que ganarse la vida, y se la gana haciendo traducciones, copias; sirve de intérprete; realiza cuanto honrada y dignamente le dé siquiera un dólar diario con qué pagar su cuarto y su comida.

De allí va a San Antonio, donde encuentra que se ha formado una agrupación de mexicanos, que tiende a buscar los medios para devolver la paz a nuestro México; invitan a Federico a fin de que vaya a Washington y Nueva York, y en la primera ciudad el Arzobispo de Baltimore le presenta a William Jennings Bryan, el que fuera Secretario de Estado de Wilson.

El antiguo candidato a la presidencia de los Estados Unidos dice entonces al Arzobispo: —“El Sr. Gamboa y yo somos ya dos viejos amigos”.

Y Gamboa, que no puede olvidar la parte que aquél tomó en contra de la soberanía de México, responde cortés, pero en tono que no deja lugar a duda de que no quiere tener tales amigos: —“Señor, creo que bastará que diga Ud. que somos ya dos viejos”.

Entretanto, los que forman aquel grupo, gestionan un empréstito en Nueva York; y el Sr. Loeb, que es el banquero que trata aquel asunto, anuncia a Federico que si el empréstito se realiza, él, Gamboa, recibirá algunos millones de dólares.

El antiguo Secretario de Relaciones está viviendo con grandes escaseces; agradece aquel ofrecimiento, pero lo declina. Lo que se le ofrece debe darse, responde al Sr. Loeb, con el resto del empréstito a quienes buscan la paz de México.

Le faltaba una nueva amargura: porque el Presidente Wilson o sus adláteres se enteran de que el patriota Gamboa forma parte de aquel grupo pacifista, y un buen día el Sr. Dos Pasos anunció que nada podría seguirse haciendo, mientras Federico permaneciera en los Estados Unidos.

Este, entonces, no quiso ser estorbo a la paz de México, y se marchó a La Habana, en donde ya lo esperaban su esposa y su hijo. ¡Dos dólares y medio era el capital que llevaba consigo!

En cambio, era portador de una carta, que él estima todavía como un tesoro: se la había dado su amigo el Lic. Joaquín D. Casasús para el entonces poderoso cubano Orestes Ferrara; y aunque antes de entregarla, buscó trabajo dondequiera, lo más que llegaron a ofrecerle fue un *centén* —cinco dólares— por cada artículo. Un Ministro del Gabinete cubano le ofreció la subdirección de la biblioteca del Congreso; pero aceptarla era perder la nacionalidad mexicana, y prefirió a esto la miseria.

Llegóse entonces a Ferrara y Ferrara lo acogió con los brazos abiertos; lo nombró subdirector de su revista *La Reforma Social*, con cien dólares mensuales y, pronto, su problema quedó resuelto, para surgir de nuevo, cuando cuestiones de política local obligaron a Ferrara a establecerse en Nueva York.

Dos hechos resultan entonces significativos para Gamboa, según declara: encuentra nuevo acomodo en una compañía *contra accidentes del trabajo*; y la calle donde fue a vivir junto con su viejo amigo, y como él ilustre desterrado también, Antonio de la Peña y Reyes, tiene un sugestivo nombre: *Unión y Ahorro*.

Necesario es aquí poner un velo sobre las amarguras, sobre las privaciones que sufren su familia y él; sobre los inexplicables rencores de quienes violando las leyes del país, tratan de impedirle la entrada en México, a pesar de que en ello va la vida de su esposa moribunda; hasta que al fin vuelve a su Patria cuando puede hacerlo sin sujetarse a condiciones ominosas.

Ya está aquí; procura abrirse paso, trabajando honradamente, puesto que de nuevo las pasiones políticas le niegan la pensión a que, conforme a la ley vigente, tiene derecho.

Y cuando apenas comienza a sentir la paz que da el hogar en el propio terruño, aunque ese hogar esté ya trunco, una innoble calumnia se levanta en su contra: es un traidor a su Patria.

¡Traidor quien dentro y fuera de ella la ha defendido con tanto brío como tesón! ¡Traidor quien con látigo de fuego ha fustigado a quienes han querido ultrajarla y escarnecerla!

Gamboa, sereno, sin mirar siquiera la sierpe que quiere aniquilarlo, pide que los tribunales depuren su conducta; y los tribunales fallan que la acusación es torpe, infundada. Pero antes que los tribunales, toda la nación consciente, incluyendo muchos de los enemigos políticos del calumniado, rechaza airada la acusación y públicamente proclama que Federico Gamboa es un patriota, un gran patriota, ¡un excelso patriota!

Las marejadas de pasión se calman; las bajas envidias se esconden, para sólo de tarde en tarde, como ciertas cobras, escupir su veneno.

Federico va entonces al periódico y a la cátedra: escribe usualmente en *El Universal*, y enseña Derecho Internacional Público en la Escuela Libre de Derecho; Historia de la Literatura Mexicana en la Facultad de Filosofía; Literatura Mexicana en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Normal para Profesores, donde tuvo, además, la jefatura de las clases de Literatura; y entretanto, las instituciones científicas y literarias del mundo entero se manifiestan honradas con inscribirlo en las listas de sus miembros.

Muere en México el Director de la Academia Mexicana, el ilustre Lic.

José López Portillo y Rojas; y ésta, sin vacilar, escoge a Gamboa para sustituirlo.

Las obras literarias de éste, que han merecido ser traducidas al francés y al inglés; y algunas de ellas ser llevadas al cinematógrafo, ya no le dan solamente gloria; sino que lo ayudan a obtener el necesario sustento.

Y así va deslizándose la vida de este escritor diplomático: calladamente; olvidado quizá de los oropeles de la diplomacia; pero siendo siempre maestro de la verdad y expositor de la belleza, como él las ve, como él las comprende.

Nada extraño es, en consecuencia, que la Academia Mexicana que él preside y dirige haya querido celebrar el quincuagésimo aniversario del nacimiento del primer libro de Gamboa; nada extraño tampoco, que si yo había de pasar en revista lo que ha sido su vida, cuidara de poner de resalto el otro cincuentenario, que también se cumple en este mes: el de diplomático.

Señor Director y amigo nuestro: larga y fecunda ha sido vuestra vida de escritor; pero los académicos, que no solamente amamos con devoción sincera nuestra lengua, sino que veneramos con profundo amor a nuestra Patria, nos sentimos halagados por la intensidad de vuestra obra literaria, mas también orgullosos al saber con cuán intenso afán habéis querido honrar a nuestro México.

LAS BODAS DE ORO DE UN NOVELISTA *

Por don CARLOS GONZÁLEZ PEÑA.

I

Años de juventud.

TRABAJO es comenzar la vida cuando la vida se acaba; privilegio y gloria haberla vivido desde que se la empezó a vivir.

En la feria del mundo, unos gustan de ser contemplados; otros, de contemplar.

Contemos en esta última categoría al escritor; o, para más exactamente señalarlo, al novelista. El novelista no sólo contempla lo demás y a los demás; se contempla a sí mismo. Peregrino curioso, en su eterno soliloquio analiza y se analiza; pone un poco del alma suya en las almas ajenas, un poco de su propia existencia en las que mira al paso. Por donde resulta que al escribir, exteriorizándose, su drama es en cierto modo el drama circunstante; sintió, sufrió y gozó como si fuera el actor mismo, y en él se transfundiesen multiplicándose, los actores todos de la humana comedia. Lo que creía que fuera "el" espectáculo, tórnase, por milagro del Arte, en "su" espectáculo.

Novelista, o séase espectador apasionado, don Federico Gamboa ha cumplido medio siglo de esta contemplación maravillosa. Consagróse por entero. Inquieto, sagaz, lleno de finura espiritual, púsose a mirar cuando apenas trasponía los umbrales de la adolescencia; y he aquí que cincuenta años después sorpréndele la vida en la misma actitud y con idénticos afanes, sin que haya venido a menos su dedicación generosa, y sin que el correr del tiempo —para otros cruel— apagase, bajo las nieves, el fuego divino.

Insólito hecho éste que ahora justa y gozosamente celebra la Academia

* Discurso pronunciado el 26 de octubre de 1938.

Mexicana Correspondiente de la Española, en la persona de su ilustre Director. Insólito, por lo que revela de salud mental; pero, aún más, de consecuencia consigo mismo. Don Federico Gamboa nació escritor. Escritor fue a través de todas las situaciones en que el destino hubo de colocarle. Escritor sigue siendo. 1888: *Del Natural*; 1938: *Mi Diario*, tomo quinto.

¿Quién, ante suceso tan singular, y sintiéndose también un poco novelista, no se verá tentado de acercarse al extraordinario personaje, para trazar, aunque sea breve y premiosamente, la novela de su largo consorcio con las letras?

Retrocedamos.

Son los tiempos de las comidas en *La Concordia* y de las cenas en *La Bella Unión*; de los bailes nocturnos en el *Tivoli Central* y en *Capellanes*. Suenan, lánguidas y voluptuosas, las danzas de Teófilo Pomar. Pasa, provocativa, por la acera, Luisa Théo. Se habla de la Judic. Sonríe María Pirard. En su salón artístico, regala con té exquisito a sus invitados Fanny Catali de Testa. Allí mismo, arrancan del piano nuevas y raras armonías Gustavo E. Campa y Ricardo Castro; brotan aterciopeladas notas de la garganta de Chole Goyzueta; derrama lágrimas, despidiéndose de la ópera, Rosa Palacios; y —cosa inaudita— Adelina Patti ha cantado, para el grupo de íntimos, su famoso vals de *Il Bacio*. En las salas de la clase media el piso es de ladrillos rojos, y se estilan sillas de tule; cuelgan de la pared cuadros de caneavá con vidrio, como trofeo onomástico; y las muchachas, suspironas y románticas, junto al balcón, aprovechan para sus bordados la última claridad del crepúsculo. Instalándose ante la mesilla de mármol de rumbosa fonda, pide Sardin —hermano o primo hermano de aquel otro rapaz de la “Historia de un peso falso”— café con “brioche”. Modernísimo es el alumbrado eléctrico. Acechan los “lagartijos” en Plateros los ojos y la herencia de alguna guapa. Se baila el “Boston”. Darse mucho pisto es fumar un puro de *La Prueba*. La sala del Teatro Nacional, en noches carnavalescas, aderézase para báquicas fiestas. . .

En este ambiente bulle y se agita *La Coccardière*, como el pez en el agua.

La Coccardière es un muchacho delgado, finito, un poco pálido. Escribía crónicas en *El Diario del Hogar*, asociando esta vespertina tarea deleitosa con la matinal y pesadísima a que le obliga el ser escribiente de un juzgado de lo criminal. De chico estuvo, con papá y la hermana, en los Estados Unidos. Es sensible, extremadamente sensible. Volvió de allá, lacerada el alma, para ingresar en su nativa México a un internado. Siguió después la carrera de Derecho, que, huérfano, hubo de interrumpir ya a punto de terminarla. Es libre; es pobre; otea los caminos de la vida desde su solitario

cuarto del Hotel Iturbide. Pasea con los amigos; va a los teatros; brinda a las mujeres pedazos de su corazón.

Con lo que, sin que sea menester que yo os lo diga, ya advertiréis que *La Coccardière* es, por antonomasia, un amoroso.

Lo es por los cuatro costados. Pobrete y callejeando, en Nueva York, dilata la nariz “para hacer provisión —nos cuenta— de esas ráfagas de perfume que casi toda mujer despide a su paso”. Por desengaños del primer amor —una chiquilla cubana— y, naturalmente, a hurto de su austero padre el general, íbase con un español muy tuno a husmear por el Bowery o en Great Jones Street. “Los golpes y roturas que recibió su natural pudor de adolescente con los cuadros que presenciaba, hambriento de amor, con tendencias muy pronunciadas a codear e impregnarse del ‘eterno femenino’ explican en gran parte —son palabras de él— sus dramas posteriores y su escepticismo actual”. Ya a punto de tomar el barco, de regreso forzado, pide a la amada desdeñosa que le mire una sola vez, la última; y aquellos ojos “le premiaron en un minuto un año de pasión”, y “con esa limosna de amor salió capitalista”.

Tiene “idolatría innata por la mujer”. Primeras letras llama a la iniciación erótica, y afirma que, años después, yendo su corazón tan de prisa, puede decir “que es un sabio, que posee la mayor de las sabidurías: no sólo sabe leer, también ha aprendido a llorar”. Cuando, ya en su galana y gozosa México, dramáticamente se epilogan sus devaneos, “se receta campo, porque el campo lo ha curado de sus mayores dolencias morales”. En suma: amor quiere para siempre: “Yo he sido —nos confía en *Impresiones y Recuerdos*— siempre débil con las mujeres, a un grado extremo; y mi mayor deseo consiste en que nunca me abandone esta debilidad: que ilumine mi vejez, si es que la alcanzo, y me acompañe adondequiera que esté”.

¿Comprendéis por qué cumple afirmar que *La Coccardière* era amoroso por esencia?

Todavía no entra de lleno en las letras. Escribe artículos, sí; los ha escrito en *El Diario del Hogar* y en *El Lunes* con Juan de Dios Peza. Tradujo, arregló y estrenó en el teatro la *Mamz’lle Nitouche*, bautizándola con el nombre de *La Señorita Inocencia*. Pero su anhelo no es traducir ni arreglar. Quiere ser autor por cuenta propia; quiere escribir un libro.

Habiéndose ensayado en componer historietas o cuentos para los números literarios de los domingos en el periódico de don Filomeno Mata, le resultaron las tales historietas “una monstruosidad que por todas partes mostró su trama mentirosa y burda; quedó demostrado que carecía de inventiva, que nunca llenaría un folletín con maniqués sacados de su fantasía”.

Todavía él no ha leído a Stendhal, quien aseguraba “que no se puede pintar lo que jamás se ha visto”. Ha visto *La Coccardière* mucho; y ¿a tí-

tulo de qué han de ser maniqués sacados de su fantasía los que pinte, y no seres de carne y hueso? Coincidiendo con la del creador de *Rojo y Negro* el mozo escucha interna voz que le grita: "Pinta y habla acerca de lo que veas y de lo que hayas visto". Si, pues, ha visto, y no poco, no hay más que alargar la mano. . . y escoger para llenar el libro informe que trae dentro de la cabeza.

Para que *La Cocardière* llegue a ser en definitiva Federico Gamboa, será indispensable que la perspectiva se establezca por obra de la lejanía, y que a la loca y azarosa vida de los años de gorja suceda la disciplina que encadena al trabajo y le hace fecundo. Cuando *La Cocardière* parte para Guatemala, lanzado a la carrera diplomática, en la que se ha abierto paso por propios y honrosos merecimientos, del libro que con ímpetu ardiente le solicitaba tiene ya el título, las dos primeras cuartillas y —extraña particularidad— el prólogo; el prólogo que es por donde se acaba, y no por donde se comienza.

1888. Sale a la luz *Del Natural*. Muere *La Cocardière*. Ha aparecido ya Federico Gamboa, el novelista.

II

Al través de la creación romancesca.

Resalta en las cinco novelas breves que componen el volumen *Del Natural*, la intuición del verdadero artista. Sabe ver y pintar. Anima personajes y ambientes. La prosa no es, como pudiera creerse, desmañada ni balbuciente; sino, antes bien, bastante flexible y suelta.

Por instinto acaso, dado que no tiene preocupaciones de escuela, concede importancia singular al ambiente, y presumimos que lo reproduce con fidelidad. Procede a breves y reiteradas pinceladas. Páginas hay de grata elegancia. Pone de pie a sus personajes, y fija tipos, como el de Sardín, deliciosos. Se comprende que le preocupan mucho los conflictos morales que plantea, y los desarrolla, gradúa y resuelve con habilidad nada común en un principiante. Sobre todo, atrae. Atrae y conmueve al lector, que es principalmente lo que, quien escribe, debe proponerse.

Sentimos palpar en el pequeño libro la vida del México contemporáneo. En *El mechero de gas*, en *La excursionista*, en *El primer caso*, en *Uno de tantos* y en *¡Vendía cerillos!* —que tales son los nombres de dichas historias— preséntasenos la vida metropolitana en varios de sus aspectos.

Quien tan nutrido y lacerado venía de amor, explicable era que amor pusiese en aquellas primerizas narraciones. Amor y verdad. Surge la pareja

amorosa en el inicial relato del tomo: *El mechero de gas*, que tanto trabajo daría a su autor para justificar el título. Fórmanla Elisa y Javier. Han de seguirla en el futuro y propio mundo novelesco, Pedro y Elena, Julio y Clotilde, Rafael y Noelín, Salvador y Carolina, Eulalio y Nieves.

Afortunado fue don Federico Gamboa con la novela de estreno, más afortunado que ningún escritor novel. Le valió, ¡y eso que tan sólo por el prólogo!, gracias a la simpatía afectuosa —la corazonada diríamos hoy— de don Agustín Gómez Carrillo, la entrada en la Real Academia Española con el carácter de Correspondiente extranjero.

Había que justificar el inesperado honor. Había que justificarlo, y lucir también, por contera, el codiciado título. Así lo declara, con su leal y acostumbrada franqueza, el propio agasajado. “No bien terminó la publicación de *Del Natural* —consigna en *Impresiones y Recuerdos*—, cuando me propuse escribir otro libro, más por el pueril afán de ostentar en su frontispicio mi reciente título de académico que por el libro mismo, fue la avidez de ostentar título tan honroso, fue necia vanidad la que me puso la pluma en las manos”.

Convengamos en que se calumnia. Yo tengo para mí que no fue la avidez de ostentar título tan honroso, que no fue necia vanidad, sino su peculiar índole de novelista nato lo que le movió a escribir. No contento ya de historietas y cuentecillos, en los que distaba de sentirse a sus anchas, y deseoso de ampliar el cuadro, acometió su primera novela.

Tiempo hacía “que anhelaba ocuparse de la época de la intervención francesa, porque tenía la convicción de que ofrece una mina inagotable y apenas explotada de cuadros interesantes, desconocidos y artísticos”. En efecto, díganlo Altamirano, con su *Clemencia*, y hasta extranjeros como Gustavo Aimard. Fue un acierto la idea. Puso manos a la obra, y nació *Apariencias*: vasta composición —el novelista mismo reconoce que sobran páginas— en la que, destacándose del fondo de la tragedia guerrera, desarróllase un drama de amor. La novela es, en muchos de sus episodios, apasionante; y por primera y única vez don Federico Gamboa se sentía inclinado a cultivar, bien que no con sentido moderno, el género histórico-novelesco.

Ya se ha dicho que *La Cocardière*, siendo harto mundano y mujeriego, padecía la desgracia de verse encadenado como escribientillo a un juzgado de lo criminal. Allí tenía que vérselas con delincuentes “que examinaba a través de la reja de hierro, para escribir sus declaraciones pérfidas, engañosas, falseando sucesos y personas”; allí vió, sin duda, prostitutas, ladrones y viciosos de toda laya.

Era desolador. Figuraos al pobre chico escribiendo crónicas perfumadas y estrenando en el teatro, por un lado, y, por el otro, obligado a trabajar y

pasarse las horas en aquel ambiente pestífero. “Me hallaba —expresa— entre dos corrientes disímboles, espantosa la una, mostrándome úlceras incurables de la humanidad, lesiones, homicidios, robos; y la otra encantadora, mostrándome las galas del ingenio. . .” Pero no fue en vano. Del contacto con aquella hez, derivó el conocimiento que Gamboa de la misma tuvo; derivó algo más: el que la retina conservara, viva, la memoria de muchas horripilantes escenas, y que en el alma alentase conmiseración por los infelices que en ellas intervenían; ni más ni menos que como ha sucedido con otros novelistas: Dostoievsky, pongamos por ejemplo.

Así, de la fibra amorosa que caracterizó a *La Coccardière* y de su querida y habitual contemplación del ambiente criminal, se originaron dos tendencias que habrían de nutrir la obra del novelista mexicano.

Hállaselas patentes en *Suprema Ley*, la novela cuyo protagonista es precisamente un escribiente de juzgado, ardiendo en pasión por una reo de homicidio; pasión que, sobre destruir el hogar honesto, precipita al desdichado en la angustia y en la muerte. Libro vigoroso, *Suprema Ley* revela al novelista ya casi en pleno dominio de su arte.

Aún mayormente le tendría en *Metamorfosis*, la novela de la religiosa convertida al amor. Adviértese en *Metamorfosis* una macicez que da a este relato novelesco no sé qué de monumentalidad en la evocación humana. Resaltan, además, aquí, páginas admirables de la vida del campo —recuérdese la del “coleadero”—; de la vida del campo que el novelista-diplomático añoraba en sus largas ausencias.

Cierra, en fin, el ciclo que vengo examinando —y al cual podríamos buenamente llamar “del amor”— la más popular y amada de las novelas de don Federico, y en la que el novelista ostenta acabada maestría: *Santa*.

No necesito recordaros el asunto ni la estructura de ella. Todos la conocéis. Es la novela de la cortesana de lupanar.

Por las cortesanas mostró en sus tiempos *La Coccardière* —y ya debéis suponerlo— una noble simpatía. “¡Cosa singular! —expresaba él—, no obstante mi empeño en pasar por un gran empecatado, no obstante mis aires de vicioso precoz y empedernido, me acercaba yo a ellas y en sus caras risueñas o cínicas, en la acogida que me dispensaban, en sus palabras libres y multicolores, descubría un fondo de tristeza infinita, algo como el recuerdo esfuminado de días sin pan y noches sin abrigo, un secreto afán de que las trataran con cariño siquiera unos segundos. . .” Y de esta simpatía doliente de *La Coccardière*, nació *Santa*, la novela de la cortesana, que escribiría Gamboa.

Se ha hablado de que es inmoral. No lo considero así; tanto valdría declarar inmorales a *Madame Bovary* o a *Ana Karenin*. El horror que inspira espanto, libranos de caer en la culpa. En cuanto a lo que de infinito sentido

de la realidad puso el autor en su heroína, basta para comprobarlo el hecho de que el público tiene el concepto de que aquélla, con vestidura mortal, vivió y penó. En el lindo pueblecillo de Chimalistac se muestra la casa de Santa, el sepulcro de Santa. Y Santa sólo alentó en la mente y en el arte de su creador. Ya se comprenderá, por ende, cuál ha sido la popularidad de la novela. Ninguna entre las mexicanas alcanzó mayor tiraje —; sesenta y dos mil ejemplares hasta hoy!—, y con razón e ingenio pudo afirmar en ocasión memorable el novelista insigne, que “cree ser el único hombre decente que, a sus años, pueda confesar que en varias circunstancias difíciles ha vivido a costa de una mujer perdida”.

Momento suele llegar en la vida, aun para los más mundanos y empecatados de los hombres, en que el espíritu se recoge y reconcentra; en que vuelve sus ojos hacia la penumbra interior, como si en ella buscara una luz, una débil lucecita que, siendo susceptible de agrandarse y de despedir resplandores y claridades, ilumine del todo y hasta rebase la corpórea cárcel. Y tal sucedió o imaginó él que le sucediera, sin ser ya mundano ni empecatado, sino muy hombre de su casa, prendado de su mujer y de su hijo, con el autor de *Santa*. Se bocetó entonces en su ánimo, entrañando el antes aludido proceso, la novela religiosa: *Reconquista*.

Dos años después, y, como en el libro anterior, sin desasirse del amor terreno, sino antes por lo contrario, mirándole como elemento purificador y de elevación, el novelista habría de ampliar la perspectiva, con vistas al problema social, y entonces sale a la luz *La Lliga*, en 1910.

Ponía su postrer novela don Federico Gamboa en el regazo augusto de la patria.

III

Teatro y Memorias.

¿Novela tan sólo? ¿Sólo novelas compuso don Federico Gamboa? No, ciertamente, *La Coccardière*, según observamos, aspiró al teatro con *Nitouche*. Repitióse más tarde la aventura “vaudevillesca” con el arreglo de otra pieza de índole semejante: *El fiacre 117*, que recibió el nombre de *La moral eléctrica*, y, al revés de la primera, pasó sin pena ni gloria. Pero dueño ya de sus dones y afinado y rico en recursos su arte, don Federico Gamboa realizaría plenamente el anhelo de su antecesor.

De 1894 data *La última campaña*, comedia de índole social. Años después, en 1905, sube a la escena *La venganza de la gleba*. Es éste un drama hondo y pujante; un drama revolucionario aparecido en tiempos en qué no

se hablaba de revolución, aunque la revolución, por aquellas fechas, ya se incubara sordamente. *A buena cuenta*, comedia que armó revuelo, bien que no tuvo la resonancia de la obra inmediata anterior, salió a la luz en 1907. Largo paréntesis se abre entonces en la producción teatral del escritor: *Entre hermanos*, tragedia mexicana contemporánea, estrenase en 1928.

Salvo la última, todas estas creaciones escénicas encuéntrase situadas entre la producción novelesca. Y, en ellas —confesémoslo— no es el autor dramático el que se sobrepone al novelista; sino al revés. ¡Hasta en su teatro imprime su fisonomía de novelista don Federico Gamboa! Imprímela —¿cómo acertaría yo a expresarlo?— por el ritmo lento y pausado de la acción; por la pintura minuciosa del ambiente; por el reiterado afán del análisis psicológico.

Es que lo trae en la sangre. Es que nació novelista, y novelista será siempre por los cuatro costados.

Ya advertimos cómo, por esencia, actúa en él un contemplativo de propios y ajenos sucesos; cómo ve la novela en todos los momentos. Diríase que transmuta en novela la vida, y que en su retina la vida se fija con perfil novelesco. Tal es su condición de artista. Mas, como sería imposible abarcarlo todo en cuadros propiamente definidos como novelas, de aquí que el contemplativo dé paso al memorialista.

Mucho de su existencia y algo de la de los otros ha puesto don Federico Gamboa en sus memorias. Pórtico de ellas es el volumen de *Impresiones y Recuerdos*, publicado en 1893. Yo no sabría decir cuál sea el mejor libro de don Federico; no oculto, sin embargo, que para mí, pocos tendrían, como éste, tan íntimo hechizo. Encantador y delicioso parecen *Impresiones y Recuerdos*, donde, con risueña ternura, gracia ligera y poesía hondísima, nos cuenta de su niñez y de su adolescencia, de sus primeros aleteos en la literatura y en el mundo. Páginas hay ahí de antología como “Tristezas del boulevard”, como “La última armonía”; confesiones literarias de amable sensibilidad; pintorescos cuadros del medio social mexicano de entonces; escenas y paisajes de tierras extrañas en que el escritor errante trueca en oro puro de poesía la prosa del viaje. Y, en todo el libro, viviente y juvenil, y a modo de burbujeo de champaña, destella fina espiritualidad. . .

Mas para anotarlo y seleccionarlo todo, en la vasta corriente rumorosa del vivir, no bastan capítulos. Imposible sería encerrar en geométricos, concretos capítulos, de bien delineados contornos, semejante caudal.

¡Es tanto y tan vario! Una mueca insospechada y sorprendida; dramas que se entrevén; original frase que se captó en labios del amigo o del desconocido que pasa; melancolía de este amanecer o lujo de tintes de aquel crepúsculo; el saltapared agorero que turba a los moradores de la choza; silueta

prócer con la que nos cruzamos; callejera escena; un funeral; música distante que coloreó desvaído recuerdo; la crueldad del pajarillo que persigue a la mariposa; tal cual estado de ánimo; los rizos blondos del chicuelo; un abanico que ondula; murria que nos corroe; esta risa; aquel dolor; es otra gracia. . . pequeñas o grandes cosas son que reclaman el trazo pronto, la nota rauda que los retenga. Reclaman más: la observación y anotación cotidianas.

Semejante proceso fue el que dio origen a *Mi Diario*: lenta, paciente, prodigiosa elaboración en que el novelista, pasándola por el tamiz del arte nos transmite, en el tumultuoso correr de los días, su propia visión de la vida

Es para Gamboa tal *Diario*, como lo fue para los Goncourt el suyo, “el confidente de su pensamiento”. Escribió la primera nota el 7 de mayo de 1892; la más reciente y fresca será la que fijó ayer o esta misma noche trace; la última, ni él mismo sabe cuándo la escribirá. Los cinco volúmenes hasta hoy publicados abarcan diecinueve años hasta 1911.

“¡Vanidad, pueril vanidad —se murmurará—, mal disimulado egocentrismo este de ir apuntando día a día cuanto vemos, cuanto pensamos y oímos, o lo que de ello, particularmente, nos impresiona! ¡A quién le importa una neuralgia, así sea de Dante!” —Vanidad, ¿por qué? Consecuencia —afirmaría yo—, consecuencia, antes bien, con el propio modo de ser contemplativo; devoción y esclavitud —¡terrible, placentera esclavitud a un deber literario impuesto! Gracias a ello, y a la heroica persistencia de don Federico, contamos, en su *Diario*, con un documento psicológico único en lengua castellana; el cual es, además, tesoro inagotable de pormenores y noticias acerca del vivir literario y social mexicano en toda una época, por cierto no la menos interesante.

Si por el número, unidad y reciedumbre de su obra novelesca, podría considerarse que con don Federico Gamboa aparece, en la literatura nuestra, el primer gran novelista; por la persistencia de su consagración literaria —novela, teatro, memorias—, y, más que todo por la manera como la ejerce, sistemática, ardientemente, haciendo de su pluma el objeto de su existencia, harto se puede asegurar que él realiza en nuestro medio el acabado tipo del hombre de letras.

Dilatado sería examinar y dilucidar las influencias literarias extranjeras que en su arte se hayan hecho sentir; ya que de las nacionales y propias —si alguna preponderante y avasalladora existe— ninguna él ha recibido, y, por este concepto, fue desde el primer momento un “original”.

Se ha hablado del naturalismo de don Federico Gamboa. Evidentemente, y por el procedimiento, su novela muestra claro influjo francés; influjo naturalista. Pero su naturalismo, no va más allá de la técnica, de las exterioridades; se aparta de las doctrinas de tal escuela, —hoy, por lo demás, mandadas archivar por su puerilidad, y que mentira parece hayan provocado tantas bo-

rrascas. Ausente hállase en su obra el determinismo, y sus personajes —que por algo sentimos palpitanes— muévense conforme al libre albedrío. Ausente, la estrechez materialista que todo lo resuelve por procesos fisiológicos. No cortó las alas a la poesía ni al ensueño, y su mundo novelesco nímbase, hacia las postrimerías, con los resplandores de la fe.

A mayor abundamiento, ni siquiera podría señalarse cuál de los naturalistas franceses influyó directa o preponderantemente en él; si Zola, si los Goncourt, si Daudet. Hay de todos y no hay por manera rigurosa y exclusiva de ninguno. En realidad, no hay más que Gamboa. “Pinta y habla acerca de lo que veas y de lo que hayas visto” —díjose desde los comienzos el artista innato que en él había. “Sin sujeción a escuela determinada, he de ser sincero y he de decir la verdad” —diría más tarde, coincidiendo, don Federico, ya en plena elaboración de la obra que ahora cumple cincuenta años de iniciada.

Volvamos, pues, los ojos a ella, con el rendimiento, la simpatía y la admiración que inspiran todas las creaciones del espíritu. Recapacitemos en todo lo que ella encierra, no sólo de belleza y humanidad, de sinceridad y verdad, de emoción y de bien, sino de amor rendido a México, que la informa y condiciona, ya que el novelista errante supo estar siempre en la patria presente.

¡Ah, *La Cocardière, La Cocardière*, qué lejos y cuán cerca estás! No fueron en vano tus caprichosos revoloteos ni tus ensueños dorados. Las rosas se marchitan; pero queda en el ánima el perfume de las rosas. . .

Medio siglo ha transcurrido desde que apareció su primer libro, y todavía, tras de noble y laboriosa existencia, la pluma hállase, vivaz, presta, robusta, incansable, en manos del escritor. Entró el mozo en la vida ávido de sentirla y de sentirse vivir.

La vida le encuentra ahora —ya lo veis— poseído de la misma devoción por el Arte; atento a la voz interior y a las exteriores; aquietados los viejos, tumultuosos afanes, pero no exhausto el pecho de generosidad, ni de brío el ingenio; y en palabras, continente y sonrisa, el trasunto de una jugosa experiencia, que se resuelve en serenidad, cortesía y bondad.

¡Salud, Maestro; y años luminosos y fecundos todavía; para bien de las letras; para goce de las almas; para ejemplo nuestro!

DON FEDERICO Y LA ACADEMIA *

Por don ALFONSO JUNCO.

SERA menester, señoras y señores, jurar lo patente: que éste es día festivo, y que traemos el alma jubilosa y endomingada?

Pero no sólo la traemos quienes saludamos en don Federico Gamboa al director ilustre de nuestra Academia, no sólo los innúmeros amigos que su simpatía ha regado por el mundo, sino todos aquellos que sienten el estímulo de la cultura y pueden avalorar, o sospechar siquiera, la gloriosa pesadumbre de cincuenta años de tarea intelectual.

Rondaba los veinticuatro don Federico cuando en 1888 puso firma y fecha a la alegórica introducción de su primer libro, *Del Natural*, presentándolo como un chiquillo que va de visita a casa de cumplimiento. Y es sorprendente advertir, al repasar ese libro, cómo las calidades del novelista auténtico aparecen ya hechas y derechas en el mozo de entonces, y es cosquilleante notar cómo la Academia le hacía cosquillas. Porque en la casa a donde lleva de visita a su chico, vive el Público, el cual —son palabras del padre de la criatura—, “tiene gran amistad con dos señoronas de suposición, siempre a su mesa”, que “se llaman: la Prensa y la Academia”. Son duras, son volubles, son vengativas, y “aunque entre sí se detestan y se despedazan sin piedad, siempre se las encuentra de acuerdo para un auto de fe”.

Todas estas cosas le soltaba el juvenil don Federico, hace medio siglo, a la Academia; y miren ustedes cómo al año la Española lo nombró su correspondiente, y vino después al seno de la Mejicana, para convertirse al cabo en lo que es hoy —un hoy que empieza en 1923—: su director vitalicio, su representación ejemplar.

Son en su acogedora casa las sesiones —salvo las gastronómicas, que suelen correr por la opípara cuenta de Alejandro Quijano, de Rubén Romero, de Genaro Fernández Mac Gregor—, y es don Federico el eje, el

* Palabras pronunciadas el 26 de octubre de 1938.

alma, el centro de gravedad de la Academia. Y esto de gravedad no se dice por estiramiento: que huelga ponderar las ágiles travesuras de su charla, el fluir delicioso de su anecdotario, la anchura jovial de su cortesía.

Don Federico es la Academia. . . porque la Academia no es lo que se suele fantasear. "De las Academias, líbranos, Señor", clamaba en lírica humorada Rubén Darío, y muchos lo han tomado muy a lo serio y hasta no sé si se suponen genios por abominar de las Academias. Lo que yo sé es que ésta no es un conciliábulo de señores tiesos y cejijuntos, cerrados al aire exterior y desvelados en disparar lingüísticos anatemas. Es un recinto de escritores de la más varia fisonomía, que no se mutilan, ni se deterioran, ni se apergaminan al entrar. Claro que, dentro o fuera de la Academia, cada quien es lo que es, y nada más. Claro que aquí ni son todos los que están —y la prueba está hablando—, ni están todos los que son. Pero ciertamente fulge en nuestra Academia la mayoría de los nombres más preclaros de Méjico: Enrique González Martínez, Carlos Pereyra, Antonio Caso, Mariano Cuevas, Nemesio García Naranjo, Alfonso Reyes, Ezequiel Chávez, Artemio de Valle-Arizpe, José Elguero, Carlos González Peña. . . (Y no sigo —aunque debería seguir— para que no parezca que estoy pasando lista). Gente toda ella activa y en plenitud, generalmente no muy dada al melindre gramatical y filológico, porque sabe que el escritor de raza se mueve con holgura en el campo vivo del idioma, y conoce que el mensaje de los clásicos —singularmente de los clásicos españoles— no es un mensaje de acartonamiento, sino de audacia y personalidad. Gente que llega de todos los rumbos del pensamiento y de la vida, porque nuestra Academia es lección y espejo de tolerancia, semillero de civilizada concordia, en que amigablemente departen el antiguo y el moderno, el heterodoxo y el católico, vinculados por recíprocas normas de respeto y por afines móviles de cultura.

Y aquí don Federico es foco y suma natural de la Academia: porque en él se condensan todos los dones de gentileza, de hidalguía, de hospitalidad intelectual y cordial que hacen apetecible y apacible la humana convivencia. Muy viajado y muy aireado, hecho al trato con gentes y costumbres del más vario linaje, recto sin rigidez y flexible sin torcedura, de nada se azora ni se encrespa, y tiene sosegada y generosa la comprensión. Más aún: la tiene paternal. Porque la sonrisita maliciosa y el terciopelo diplomático no logran encubrir lo más hondo y mejor: el corazón del hombre bueno, la ternura profunda y pudorosa que el dolor acendró, venero coterrado que todo lo vivifica y satura allá adentro, y que a ratos furtivos rompe el recato y sale a flor de tierra. Por eso, cuando se conoce de cerca a don Federico, se hace mucho más que admirarlo: se le quiere.

Y, además, se le disfruta. Los que sólo han leído a don Federico lo conocen menos que a medias. A don Federico hay que oírlo.

Hay que oírlo en la charla amistosa, siempre urbano y compuesto, con el dardo melífico en los labios sin adarme de hiel en el corazón, con la flor y la réplica instantáneas, con aquel continente de quien no rompe un plato —; y sabe Dios cómo anda la vajilla!—, sin perder nunca el comedido paso en el encuentro de opiniones, y entreverando siempre sus palabras con aquel arte sumo del que sabe —cosa un tanto olvidada por muchos excelentes conversadores—, que la conversación es diálogo, no monólogo.

Y hay que oír a don Federico cuando en el banquete, en la sesión, en la coyuntura no buscada y sin exigencias de coturno, se ve obligado a hablar. Hay que verlo levantarse, apoyar levemente las yemas de los dedos en la mesa, inclinarse un poco hacia adelante, y entre veras y bromas y como quien no quiere la cosa, ir deslizando halagos e ironías, entretejiendo abrojos y pensamientos, subrayando frases con dedicatoria, salpicando puntos suspensivos. . . , y manteniendo en regocijo embobado a los que escuchan.

Y ustedes van a ser testigos, porque aquí está don Federico —que hoy no puede escaparse— y que no me dejará mentir. Testigos inmediatos, porque no quiero ya tener en ascuas ni la paciencia ni la impaciencia de ustedes, y pasa en estos momentos la palabra, del menor al mayor, del último al primero.

PALABRAS DE DON FEDERICO GAMBOA *

JAMAS imaginé, ilustres colegas y amigos míos, que cuando mi primer libro, que es casi un libro primero de lectura elemental, cumpliera 50 años, vale decir cuando ya peina canas, la Academia Mexicana, suprema autoridad en lingüística y otras disciplinas que a las letras se refieren, había de galardonarlo generosa e inmerecidamente con esta solemnidad suntuosa y magnífica, de la que sois vosotros, señoras y señores, su principal ornato.

Como el pobrecillo *Del Natural*, presa de emoción idéntica a la que a mí me embarga y confunde, no puede exteriorizar su hondo agradecimiento; y como los señores Carreño, González Peña y Junco, con sus palabras ya me encumbraron a cimas inaccesibles para mis fuerzas, palabras que nada ni nadie acertará a borrar de mi corazón y mi memoria, permítaseme al menos que, en nombre del festejado y en nombre propio, agradezca a todos el honor insigne que la noche de hoy a entrambos se nos ha dispensado, y que por añadidura nos pone en el grave riesgo de que, así halagadas su vanidad y la mía, de hoy más nos tengamos por lo que no somos ni habremos de ser nunca.

Nuestros sendos merecimientos, en el supuesto de que resulten dignos de tal nombre, apenas si llegan al hecho de que él ha vivido medio siglo y cuenta con tres ediciones, y al de que yo he vivido harto más, sin colgar de la espetera mi torpe pluma, sacando de prensas a sus hermanos, los que hijos legítimos de un mismo padre, heredaron la copia de imperfecciones de éste y sus poquísimas virtudes ¡concédanseme algunas en gracia de mi franqueza!, y así salieron ellos de tartamudos, mal vestidos y desmañados.

Confieso en su abono, que si de tal guisa fueron fabricados no obstante mis afanes y mis ansias, débese a imposibilidad mental de presentarlos en público con mejores ropas, mejores modales y habla más galana. Feos y todo, de hijos ejemplares he de diputarlos, pues durante las distintas épocas en que las circunstancias y los hombres me pusieron a un pan pedir, cada cual

* Respuesta a los discursos anteriores.

en su tanto y juntos todos me impidieron extender la mano o humillar la cerviz en demanda de auxilio, me dieron de comer ¡dulce comida!, y me pusieron a cubierto de borrascas y pedriscas, sin que el mundo, este mundo que ignora esas cosas esenciales, porque no tiene entrañas para los que tropiezan ni para los que caen, se enterara de mis angustias y mis penas. ¡Cómo, aunque su fealdad espiritual y material carezca de remedio, no he de acariciarlos, y de quererlos, y de mirarme en ellos!

De ahí que la extraordinaria manifestación de esta noche, supere con mucho a mis mayores ambiciones; que la considere, no como estímulo, pues con nosotros los viejos no hay estímulo que valga, sino como desproporcionada recompensa a una labor continua de porción de años, llevada a término aquí y lejos de aquí con los ojos clavados en mi México, más amado mientras más sin ventura; pintándolos a él y a algunos de sus hijos, mis semejantes y hermanos, conforme a mi observación y mi criterio de artista veraz, conforme los tengo vistos y sentidos.

Queden en pie los magnánimos discursos con que ahora se me enalteció, porque he de aceptárselos a la manera de las condecoraciones preciadísimas con que los grandes de la tierra —y en la nuestra la Academia y sus componentes son Grandes de México—, se dignan premiar los servicios resonantes o los servicios opacos pero no interrumpidos en mucho tiempo. Y este último título sí que lo reclamo, pues eso soy de años atrás: un servidor constante y opaco de las letras nacionales, no a la medida de lo que ellas merecen ¡ojalá!, sino únicamente a la de mis humildes y bienintencionadas dotes. ¡Válgame la feliz circunstancia de que ni ayer ni hoy escasearon compañeros del oficio, cuyas ofrendas sí se hallan al nivel de lo que nuestras letras tienen sobrado derecho a exigir de sus cultores y devotos!

Un deseo irresistible, además del de patentizar mi perdurable gratitud a la Academia, fue lo que me movió a contestar los tres discursos cuyo dejo estamos aún paladeando: el de rogaros, señoras y señores, que precisamente porque ya os dieron a conocer la entraña de mi obra y buena parte de lo íntimo de mi vida, así como mis ilustres colegas me indultaron ya con una fiesta para mí inolvidable, también vosotros me indultéis.

Descontad las alabanzas que escuchasteis, y que vosotros y yo sabemos que antes que la justicia sólo la amistad pudo dictarlas; y si vuestro fallo —cual fundadamente me lo temo—, me fuera adverso, por favor no lo manifestéis esta noche, al propósito de no malograr una fiesta toda espontaneidad, cordialidad y cariño. Absolvedme nada más por hoy de culpa y pena, magnificando las atenuantes que en mi beneficio se alegaron: un mexicanismo irreducible, un amor tesonero a las letras patrias y mis canas sin manilla.

Caritativamente, no me despertéis de mi sueño gratisimo, que soñando

estoy en estos momentos, y no es caridad interrumpir el sueño de los viejos, a quienes la pesadumbre de sus años y el rumiar de sus recuerdos, en insomnio lo cambian y a menudo lo cuelgan de crespones y saudades.

Mi obra y mi persona, se me antojan tal y como las dibujaron las palabras fraternas.

Y la solemne velada se me antoja, asimismo, apacible paisaje de atardecer, bella puesta de sol, que con los oros y nácares de sus rayos crepusculares, disipa las sombras caminantes de la noche que callada e irremisiblemente va aproximándose.

El día que se extingue, ¡mi propia vida!, sin mayor culpa ni mayor gloria supo de todo: de tempestades y de calmas, de triunfos y derrotas, de acíbares y dichas, de tinieblas y de luz. Pero igualmente sabe, por larga experiencia, que todos los días se acaban para dejar el sitio a los días nuevos. Se ha extasiado, sin embargo, ante la encantadora puesta de sol que lo calienta y hermosea a pesar de lacras y defectos, que ha de acompañarlo y de alumbrarlo hasta que para siempre no transponga el horizonte postrero en que al cabo zozobran los hombres y los astros.

¡Ah, señoras y señores, no me despertéis con vuestro fallo!

¡Dejadme que sueñe!..

UN GRAN SEÑOR DE LA EXISTENCIA *

Por don NEMESIO GARCÍA NARANJO.

YA Carlos González Peña hizo con todo lucimiento, el elogio de la obra literaria de Federico Gamboa; Alberto Ma. Carreño nos paseó por las escenas culminantes de su vida pública, y Alfonso Junco señaló la intensidad de su labor académica. Comentados con acierto los varios matices de este espíritu original, todo lo que yo agregara resultaría pleonástico y redundante. Me quitaron al literato, al diplomático y al académico, y aparentemente, casi no me queda paño que poder cortar. ¡Pero no! Me dejaron al hombre que ha sabido vivir integralmente y, por lo mismo, consagraré mi brindis a este aspecto de Federico que me parece el más interesante de su interesantísima personalidad.

Vida admirable que, con seguirla, paso a paso, se siente el deseo intenso de vivir, a diferencia de los héroes de Carlyle, que nos fascinan por sus proezas; pero que no tienen gran interés, desde el punto de vista de la vida misma. Porque así como algunos estetas proclaman la doctrina del Arte por el Arte, así también se pueden presentar algunas vidas con un alto valor intrínseco que no depende de la sublime tarea a que estuvieron consagradas. La vida de Benvenuto Cellini fue seductora, sin que el motivo principal de la seducción fuesen el admirable Perseo que se yergue en la célebre "Loggia" de Florencia, ni los milagros de orfebrería que cincelara en medio de borrascas. En cambio, la vida de Miguel Angel fue deforme y llena de mutilaciones, y si nadie lo ha superado en la gloria de golpear el mármol, cualquiera lo puede igualar en el trabajo de modelar una existencia. Bonaparte, que en un escenario de epopeyas, superaba a todos los héroes de la leyenda humana, en el seno de la vida íntima, casi resultaba digno de conmiseración. El semidiós de Austerlitz sabía vencer

* Brindis pronunciado en el banquete que la Academia ofreció al señor Gamboa, para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la publicación del primero de sus libros. Octubre 26 de 1938.

y dominar; pero nunca aprendió el arte supremo de vivir. El Libertador Bolívar sí lo aprendió y por eso cuando escalaba los Andes, sabía volar de cumbre en cumbre, como los cóndores; y cuando cruzaba un salón constelado por mujeres bellas, sabía volar de flor en flor, como las mariposas. . .

Para saber vivir se requiere una variedad admirable de vocaciones; Federico la ha tenido y por eso lo podemos proclamar como un gran señor de la existencia. Juventud borrascosa de placer, madurez constructora y fecunda, ancianidad tranquila y gloriosa; la vida lo encontró siempre en el lugar debido, sin que hiciera jamás el ridículo de ser puritano entre los epicúreos, ni epicúreo entre los puritanos. Pecó en la primavera y con sus extravíos juveniles preparó la santidad de su otoño. Al hacer el balance de su paso por el Mundo, no nos encontramos con una vida irreprochable; pero sí con una vida completa.

Recuerdo que, hace un cuarto de siglo, iba yo en automóvil por la Avenida del 16 de Septiembre, cuando divisé a media cuadra de distancia, la silueta inconfundible del gran José María Lozano. Llevaba sombrero de copa y un gabán negro, lo que me hizo sospechar algo que vosotros podéis adivinar fácilmente, pues un abrigo a mediodía, en nuestro espléndido clima, siempre resulta extraño. Al aproximarme, mis sospechas se confirmaron, pues advertí que llevaba corbata de lino y chaleco blanco. No queriendo mortificarlo con aquel descubrimiento, desvié los ojos y fingí no haberlo visto; pero todo fue inútil, porque él me reconoció y le hizo señas al chofer para que se detuviera. Inmediatamente, abrí la portezuela del coche, lo invité para que subiera y le ofrecí llevarlo a donde quisiese ir; pero él, sin hacer caso de mi ofrecimiento, me dijo:

—Bájese, vatecito, y vamos a tomarnos una copa.

Comprendiendo que toda resistencia era inútil, le contesté:

—Sí, Chema, nos tomaremos todas las copas que usted guste; pero sin escándalo.

—¡No! —protestó inmediatamente—, las vamos a tomar con escándalo, con mucho escándalo, pues de otra manera el vino pierde todo su sabor.

A medida que transcurren los años y la juventud se acaba de perder en el olvido, he ido comprendiendo que Lozano tenía razón: la alegría no está en una copa, sino en la fiesta que la envuelve. Federico Gamboa tampoco fue prudente en los delirios de su juventud; cuando se dedicó a gozar, lo hizo con escándalo, con un escándalo tan sonado y monumental, que tenía medroso y suspenso a Manuel Gutiérrez Nájera, que casi no se asustaba de nada.

“Lo estoy viendo —dice el *Duque Job* en una crónica deliciosa que se publicó hace medio siglo—, con su paletó color de avellana clara; las manos en los bolsillos y en la boca el puro que le nació con el periodismo; gacha la cabeza, saliendo de sus ojazos miradas trepadoras que recorrían el

cuerpo de las actrices desde la punta del pie hasta la cresta de los rizos; pálido y descolorido por frecuentes trasnochadas que no tenían pizca de vigiliias; tristón el sombrero de copa, no así el semblante, ni el humor retozón, ni la palabra saltarina. Lo veo pasar en *victoria* con Manuel Garrido, camino de la Reforma; le hallo de nuevo agazapado junto a un *kiosko* del Tívoli en acecho de aventuras o sentado al piano moviendo la cabeza que también bailaba danza, entrecerrando los ojos y abriendo mucho los labios ávidos de flamantes voluptuosidades. ¡Y si supiera el miedo que me hizo pasar el muy tunante! Mucho y largo temí que se perdiera, que se acabara, yéndosele el talento y la salud como se va estéril, derretida, la estearina de vela expuesta al aire; que se apagara como, lamiendo la arandela con el pábilo, se apagaban las bujías del triste piano que tocaba Pomar en los bailes de trueno”.

¡Qué bien hiciste, maestro de literatura y de vida, en gozar plenamente tu gloriosa juventud! ¿Falta de seriedad? ¡No! Anacreonte es tan grave como Esquilo, y no hay ningún inconveniente en pasar por los salones de Aspasia, para ver a Pericles. Federico nos enseñó, con el ejemplo, que, antes de venerar el bronce que perdura, hay que ser devotos del cristal que se rompe, de la arcilla que se desmorona, del pétalo que se marchita, del rocío que se evapora. . . Eça de Queiroz decía que en la formación de todo espíritu, para que sea completa, deben entrar tanto los cuentos de hadas, como los problemas de Euclides. En la vida de Federico no entraron precisamente los cuentos celestiales de Perrault, sino los muy pecaminosos de Bocaccio.

Sus compañeros de bohemia lo llamaban el *Pájaro*, un pájaro que se solazaba en volar no sólo con libertad, sino con libertinaje, y que se solazaba todavía más en que una bella lo encerrase dentro de su jaula dorada. ¡Eso fue vivir! Lo demás —como dijo Amado Nervo— es limosna de la vida.

Antes de que se enamorara de la *Yvette* de Maupassant, Gutiérrez Nájera temía que el talento de Federico se evaporase como la esencia en manos de mujer descuidada que no cierra el frasco del perfume; pero ese temor resultó infundado, porque Federico tuvo el tino, el rarísimo tino de cerrar el frasco a tiempo. Fue joven en la juventud; pero antes de que ésta acabara de pasar, comprendió que la flor de su existencia, en vez de diluirse perennemente en vaguísimos perfumes, tenía la obligación de sacrificar su corola por el fruto que debía producir. Se desgajaron los últimos pétalos y Federico se consagró simultáneamente a depurarse como diplomático y como escritor. Ya Carlos González Peña nos habló de su labor literaria y yo me limitaré a agregar que el naturalismo de nuestro gran novelista fue más espontáneo que el de los grandes maestros franceses, entonces en boga. Zola visitaba los antros de vicio con el objeto exclusivo de documentarse y presentar en seguida sus pavorosos inventarios de patología social. Federico no

fue nunca a un centro de placer, en calidad de tenedor de libros, sino con el propósito de divertirse. Luego, naturalmente, aprovechó lo que había aprendido, en sus novelas, especialmente en *Santa*, que no fue el producto de un análisis científico, sino la consecuencia de una vida tempestuosa. Tal vez por eso, la mayoría de los tipos de Zola causan horror y repulsión, mientras que la desdichada pecadora que emergió de la fantasía de Gamboa es amada por todo el mundo. Ni la *Clemencia*, de Altamirano, ni *Rosario*, la de Acuña, han entrado como *Santa* en las profundidades del alma nacional.

Mientras el novelista creaba un tipo inmortal, el diplomático se había envuelto en el decoro necesario, para representar a nuestra patria con toda dignidad en el extranjero. No obstante sus orígenes frívolos, Federico Gamboa paseó por el Mundo, el nombre de México, envuelto siempre en una aureola de honor.

En el año de 1913, lo llamó el general Huerta a desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores y ni los más apasionados adversarios de aquel régimen pueden negar que Gamboa aprovechó su paso transitorio por el Gobierno, para escribir uno de los capítulos más brillantes de la historia diplomática de nuestro país. Contestó dos notas arrogantes de los Estados Unidos, en términos irrefutables que exhibieron la ignorancia y la estulticia de Mr. William Jennings Bryan, entonces Secretario de Estado, y de Mr. John Lind, comisionado personal del Presidente Wilson.

Seis años después fue el Jefe de Estado norteamericano al Viejo Mundo y colaboró en el inmenso disparate de Versalles, cuyas funestas consecuencias está resintiendo Europa todavía. Allí enseñó Wilson el cobre; pero ya Gamboa lo había clavado en la picota del ridículo con sus notas inmortales. Eso prueba que el *Pájaro*, que en su adolescencia había volado con alas ligeras de alondra, podía también volar con alas de águila, y proyectar su sombra gigantesca sobre todo el Continente.

Por eso digo que la vida de Gamboa es una vida completa. Apto para la ligereza y al mismo tiempo para la austeridad; alegre o solemne, según las circunstancias lo requieran; alocado en la juventud y ecuánime y sereno en la madurez, ha seguido el ejemplo del sol que es risueño en la aurora, intenso en el zenit y grave y melancólico en el ocaso. Vida multiforme, en la que han entrado por igual, cada una en su tiempo, la alegría desatada de la castañuela y la majestad imponente del órgano; que por vía de los ritos paganos de Afrodita y de Dyonisos, fue a dar a los altares de Jesucristo; que bebió el vino de Anacreonte, sin que el dejó delicioso que le quedó en los labios, le impidiera saborear después la miel de las parábolas evangélicas: que recorrió como Tanhausser todos los senderos del pecado; pero que, como

Tanhausser también, vio pasmado, al fin de la ruta, que su báculo florecía con los nardos divinos de la redención.

Esta fiesta es la consagración, no solamente de una obra noble y fecunda, sino de una vida universal que está reclamando un biógrafo tan grande como Boswell, y un poeta tan inspirado como Rostand. Federico recogió del mundo, todo lo que el mundo podía dar, y llega a su ocaso luminoso pudiendo decir con más razón todavía que Amado Nervo: "Vida, estamos en paz". Hombre del Renacimiento que cruzó todos los incendios, sin ser carbonizado por ninguno; que se aventuró por todas las barrancas, sin despeñarse en ningún precipicio; que fue amigo del diablo y le conoció todas sus mañas y cuando el príncipe de las tinieblas, lo creía tener aprisionado, se le escapó de las garras en forma definitiva. El diablo lo miró alejarse y no lo fue a visitar en el mediodía de la existencia, como a Savignan, el héroe de Paul Bourget, ni tampoco en la vejez, como al doctor Fausto, porque el diablo es muy inteligente y sabe que resultaría inútil cualquier tentativa.

Con este pasado repleto de recuerdos, la vida de Federico Gamboa es un compendio de humanidad, mucho más instructivo que las vidas ejemplares de Romain Rolland. Por eso, si el autor de *Los Tres Mosqueteros* se vanagloriaba de que la mejor de sus obras, era su hijo, Federico Gamboa tiene todos los títulos para sentir un orgullo mayor: el de haber burilado una existencia excepcional.

AL MARGEN DE UN JUBILEO *

Por don FRANCISCO MONTERDE.

Un paisaje y un libro.

ARRIBA, dominadora de las siluetas de altos árboles, la luna llena. Su reflejo en el agua. Fino encaje de hierbas, en la orilla, y en segundo término una imprecisa franja de tierra. Este es el paisaje que conserva —claramente contrastado: blanco, negro y azul— la memoria de quien esto escribe. Lo recuerda como aparecía ante él, cada vez que lo buscaba a través de los cristales, en los escaparates de las librerías.

Es el paisaje que decora el primer libro de don Federico Gamboa. Al llegar a la tercera edición, en 1915, salía ejemplarmente al paso de un escritor novel que, por entonces, preparaba su primer libro. De aquél recibió una lección difícil de aprender, con sus trescientas y tantas páginas de nutrida prosa *Del Natural*. Y el subtítulo: *Esbozos Contemporáneos*.

¿Qué eran estos *Esbozos Contemporáneos*? Para quien había pasado de la adolescencia trunca a la juventud precipitada por la zozobra, a través de la experiencia de un lustro de revolución, *Del Natural* era un amable museo que en cinco vitrinas, sus cinco novelas cortas, brindaba aspectos fielmente observados, acuarelas y miniaturas de un mundo casi desaparecido, entre disparos de cañón y nubes de pólvora: el de un México “fin de siglo” que se prolongó hasta la “apoteosis” del Centenario.

En lectura o relectura de hoy, *Del Natural* ofrece cuadros bien vistos, de un México que sigue siendo semejante a sí mismo. ¿No son de nuestros días —y de siempre— ese enamorado que habla de “su artista” y ese ministro que, descubierta la aventura galante, se niega a batirse; esos turistas que en tropel vienen del Norte a visitar el Museo, cada verano; esa Rosita, fruto de amores adúlteros, “primer caso” de mujer a quien seducen; ese empleado

* Palabras pronunciadas el 26 de octubre de 1938.

modesto, Carlos, que hace locuras por una diva; y esos Dafnis y Cloe fracasados, que confirman la indiferencia de la ciudad ante los chicos del arroyo?

Un autor y una fecha.

Don Federico Gamboa —lo saben quienes han tenido el placer de oírlo de sus labios, en alguna de esas charlas tan amenas como sus comentarios en la cátedra— se levanta a buena hora; consagra las primeras del día al arreglo de su persona; las que siguen, al de cartas y libros, y después de escribir, suele permitirse, al mediodía, el lujo de un paseo de la Colonia Roma, al centro, en un tranvía —con escala en la redacción de *El Universal*, cuando tiene que entregar un artículo.

Por la tarde se encamina a la Facultad de Filosofía —que ahora se aloja, de nuevo, en el antiguo colegio de Mascarones— y en ella, un día sí y otro no, recrea a sus oyentes, con amenos comentarios sobre libros y autores mexicanos. En la noche, asiste a tertulias —la de la Academia, entre ellas—, conferencias y, una que otra vez, al teatro. Tal es la distribución de sus días.

Dice, acerca de su primer libro, durante el reposo que precede a una de sus clases:

“Lo escribí en México, antes de ingresar, previo el examen de rigor, a la carrera diplomática y antes, también, de emprender el viaje a Centroamérica. Ya comprenderá con cuánto entusiasmo lo escribí: puse en él todo el brío de mi juventud... El prólogo está fechado, aquí, en 1888”.

(Mientras don Federico habla, recordamos que tenía 24 años en 1888; año fecundo, en el cual Rubén Darío publica *Azul...*; el Maestro Sierra, su “Epístola al autor de *Murmurios de la Selva*”, y Gutiérrez Nájera escribe *La Serenata de Schubert*).

“Al llegar a Guatemala, como segundo secretario de la Legación en Centro América, me lo imprimieron en la tipografía ‘La Unión’...”

(Don Federico aparece, en los retratos de aquella época, con breve bigote, que aún no formaba, a cada lado, un aro perfecto. Ahora, sin guías, el bigote ha vuelto a ser breve).

“Y aquí me tiene, muy tranquilo, en vísperas de este cincuentenario”...

Mientras don Federico Gamboa se dirige sonriente hacia la cátedra, al despedirnos del maestro que preside la Academia Mexicana, que ha triunfado como novelista y como dramaturgo y que sigue cosechando lauros como periodista, vienen a nuestra memoria las palabras con que cierra el prólogo de su primer libro:

—“¡La Academia y la Prensa le sean leves!”

Con ellas queremos concluir, ahora que van a iniciarse los homenajes de este jubileo.

ORACION FUNEBRE *

VENGO, en representación de la Academia Mexicana, con el alma transida de pena, a despedir a nuestro ilustre Director. . .

Estas palabras son mera voz de emoción, trémula, humedecida. Más tarde, pasados estos momentos de íntima pesadumbre, se hará la valuación ponderada y serena de esta vida y de esta obra insignes.

Cuando, hace unos días, el 2 de este mes, celebrábamos sesión, en su casa, y le oíamos, a pesar de su ya grave extenuación, hablarnos lleno de su característico vigor espiritual, no podíamos imaginar que la muerte, que empezó a rondarlo hace tres o cuatro meses, estuviese tan cerca. Habíamos estado con él, hacía diez o doce días no más, en Cuernavaca. Allá habíamos ido sus colegas, a visitarlo en su retiro, a pasar con él unas horas, casi ¡ay!, las últimas en que habríamos de disfrutar de su compañía siempre grata, oyendo su palabra sabia e inteligente al par que amena, salpicada en todo instante de la más clara sonrisa espiritual.

Llevámosle entonces, después de nuestro almuerzo, de su almuerzo frugalísimo, a Tepoztlán, maravilloso rincón en que lucen al par la naturaleza y la obra del hombre; aquélla en la riscosa montaña, ésta en el viejo, magnífico monasterio. Allí, en el convento, entráronse los más, que o lo desconocían o querían gozarlo de nuevo. Afuera, en la antigua plazoleta, cercada con bancas de fábrica, coloniales aún, y cerca de unos florecidos laureles, quedábamos él, su hijo, el académico Fernández Mac Gregor y yo. Y fue tal vez en esos momentos, en que Fernández Mac Gregor tomaba una fotografía a nuestro ilustre amigo, a su hijo Miguel y a mí, cuando realmente, viéndole a la luz de un sol occiduo casi, vestido con leve indumento tropical, en completo desamparo físico, enflaquecido hasta el límite, amarillento y pardo el color del rostro, exangües y enjutiéssimas las manos, cuando, digo, imaginé que le perderíamos pronto; sin pensar, sin embargo, que la muerte viniese

* Pronunciada en el sepelio del señor Gamboa, por D. Alejandro Quijano, en representación de la Academia Mexicana, el 16 de agosto de 1939.

tan rápida a halar de él, a traer su pobre carne a esta fosa en donde estamos dejándolo, contristados hondamente, y permitiendo a su alma volar a campos de seguro mejores, más puros, horros de esta podredumbre que nos envuelve y nos ahoga.

Venimos, pues, sus colegas, sus amigos, los que le admirábamos en su talento, en su cultura, en su reciedumbre espiritual derecha y firme, sin titubeos; los que le queríamos con el querer mejor, el querer de amigos; los que gozábamos de su simpatía única, del florecer de su palabra llena de saber y de gracia; venimos, los que hemos tenido la dicha, trocada hoy en dolor acerbo, de tratarlo a menudo en su florida vejez, pobre y dignísima, preterida por quienes debieron haberlo amparado como a un mexicano ilustre, que vivió penetrado siempre de un claro patriotismo, del cual dio pruebas palmarias en los puestos públicos y diplomáticos que desempeñó; pero, en cambio, admirada y calentada en el amor de los buenos, a dejar sus huesos, su pobre carne mortal en esta fosa, en tanto que su alma, llena de los privilegios de la bondad, de la amistad, hasta del dolor que lo acendra todo, va hacia lo eterno.

Quiero recordar en estos momentos cómo, en medio de nuestra dicha sesión última, hace hoy dos semanas, abriendo un paréntesis para recibir a otro colega y varón insigne, que no ha andado tampoco en salud cabal, decía don Federico, incidentalmente, con su voz clara y precisa, cómo a él, para su dicha, y a pesar de haberse, en algunos momentos ya distantes de su vida, apartado levemente de las prácticas religiosas, su fe no lo abandonó nunca, ni un solo instante, habiéndolo acompañado, así, como apoyo dulce y supremo, desde su nacimiento hasta su fin.

Su fe lo llevará, por sobre sus alas, a clima más noble y más benigno, en estos propios instantes en que le decimos nuestra despedida empapándola en llanto material, de hombres de pobre arcilla. Con nuestras lágrimas espontáneas, e incontenibles por eso, venimos a decir adiós, el adiós tan precario de la tierra, a nuestro Director, que supo guiar a su Academia, durante largos años, con suavidad, con amistad, y con decoro irreducible también, a travéz de no pocas vicisitudes, y a veces aun de adversas voluntades. Gracias a él, a la señal de su índice amigo, todos íbamos gratos, llenos de buen espíritu, a oír las palabras doctrinadoras de él y de otros claros ingenios.

La muerte se ha ensañado terriblemente con nuestra corporación. Quizás nunca, en sus largos años de vida, se han ido definitivamente, en un breve período, más académicos. En tres o cuatro años hemos asistido al tránsito de siete u ocho colegas. Parecería que se desea, por un ánimo superior e incontrastable, demostrar que el adjetivo "inmortales" con que, tal vez, la malicia califica a sus miembros, a los miembros de todas las asociaciones congéneres, es sólo una leve ironía. . . Porque, es claro, a la muerte ineludible, a ese mar

a donde van a dar los ríos que son nuestras vidas, según las gloriosas coplas del poeta medieval, vamos todos; pero cuando, digo, parece que una fuerza superior se nos enfosca, es como para entristecernos y dolernos. Mas no nos dolamos demasiado. Venga ella cuando Dios lo quiera; pero venga como ha venido a nuestro Director, hallándolo firme en su virtud, tranquilo porque supo hacer una vida buena y fecunda, rodeado de amores puros y de pura amistad.

Descanse, querido señor Director, en santa paz. Nosotros sus colegas, los que nos quedamos huérfanos de su afecto, de su compañía, de su constante lección caballeresca y culta; los que, arrogándonos la representación de todos los mexicanos que deben honrar su nombre, que no sólo brilló, como brilló, grandemente en nuestra novela, sino también en la diplomacia, en la cátedra, en el periodismo; nosotros, quebrantados por la emoción, venimos a depositar sus restos en tierra amiga, en esta tierra mexicana que tanto necesita del abono de sus nobles y buenos hijos, para seguir produciendo hijos buenos y nobles, hijos, como usted, dignos de la más íntima loa, de la más profunda estimación, del afecto más cordial, del respeto y del amor más altos.

PALABRAS ANTE EL FERETRO
DE DON FEDERICO GAMBOA

Por don ALFONSO JUNCO.

ME pide el alma una palabra de ternura para despedir al hombre bueno; una palabra de fe, para despedir al creyente.

Quienes tuvimos el privilegio de conocer de cerca a don Federico, supimos de su hidalguía generosa, de su ingenio urbanísimo y travieso, de los dones exquisitos de su plática; pero supimos, sobre todo, de algo menos aparente: de su ternura. Ternura más conmovedora por escondida y como pudorosa. Aquel vocativo de "hijo" que tanto prodigaba, tenía mayor hondura y verdad de lo que parecía. Corazón de padre era, sustancialmente, don Federico. La paternidad fue su flaqueza y su gloria.

Hombre bueno, varón de innata rectitud, no le costaba mucho ser cristiano. Y ennobleció la tarde de su vida con un tono discreto de religiosidad. Discreto siempre, nunca cobarde. Sabía que llegaba con retraso a la viña, y —buen operario— sentíasele el propósito de devengar el salario entero. Quería hacer el bien, no ocultar la luz bajo el celemín. Su palabra, insinuante y diplomática, intervenía siempre que era justo —aun en el medio menos propicio—, para rectificar y dar testimonio. Su infalible presencia en ejercicios espirituales y comuniones colectivas, daba, sin ostentación pero sin tapujos, claridad de ejemplo.

Hombre bueno, se hacía amar. Y hoy por eso su ausencia remueve en lo más hondo el callado tumulto de las lágrimas; y aquí venimos todos cuantos lo conocimos, a dejarle un homenaje de ternura, más dulce para él que los murmullos y los estrépitos de la fama.

Y venimos, también, a pronunciar el santo y seña del cristiano. Del cristiano, que no conoce, ante la tragedia de la muerte, ni el desenfreno de la desesperación ni el embotamiento de la nada, porque sabe que el hombre es algo más que el despojo mezquino que devora la tierra; porque sabe que todos nuestros instintos de supervivencia y de eternidad, todas nuestras divi-

nas certidumbres, todas nuestras urgencias imperiosas de excelsitud y de justicia, no se estrellan en el vacío; y puede erguir, seguro, frente al hoyo de sombra que parece tragárselo todo, el grito victorioso del Maestro: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, aunque muera, vivirá”.

DON FEDERICO GAMBOA Y EL DON DE GENTES *

Por don CARLOS GONZÁLEZ PEÑA.

SUPONED la escena en cualquier casa y cualquier día.

Un caballero llega. Deja sombrero y bastón. Sonríe y saluda; que siempre en él la sonrisa, perfume del espíritu, acompaña al saludo. Es este caballero de mediana estatura; de andar más bien vivo que parsimonioso; delgado, con una delgadez que emparenta con el enflaquecimiento, y que acentuadamente se denuncia en lo visible, o sea rostro, cuello y manos.

Las manos —si adrede las examináis— veréis que son finas, pequeñas, alongadas, con venas azules; que transparenta el marchito cutis. Emerge el cuello de la acartonada blancura que lo rodea, y en ella, desahogado, se mueve. El rostro es buído y marfileño; recta y de anchas ventanas la nariz; color de avellana los ojos, de mirar inquisitivo y cordial. No ha ahondado todavía, en las mejillas flácidas, el surco de los años; espiritualidad, más que dejo y barruntos de ímpetu sensual, nótase en los labios que blanco, grueso y caído bigote sombrea; la frente, que en edad moza aparecería bien proporcionada, ahora huye a toda medida, por lo mismo que se confunde con la testa limpia, lustrosa y monda. Un cerquillo mercedario, níveo y leve, la rodea; y, en suma, las orejas, signo y seña de toda cara, son inequívocamente en este sujeto, de las que tanto se muestran diligentes en el percibir como fieles en el escuchar.

Viste invariablemente de negro, y sin que haya en su pergeño y traza nada de arcaizante, se adivina, al considerarlos, secreto apego a usos y modas del pasado. Gasta sombrero de fieltro porque, sin riesgo de grave desentonar, ya no se lleva el bombín; mas, en aquello que no se ve de buenas a primeras —las botas, por ejemplo, antecesoras inmediatas del borceguí— él persiste. Por lo demás, ninguna presunción ni vistosidad. Sencillez y modestia.

Avanza hacia el estrado. Con los amigos, muéstrase efusivo y fiestero;

* Estudio leído en sesión solemne de la Academia el 22 de noviembre de 1939.

con los extraños, grave y cortés, mediando un puntito, no ya de ironía, sino de alborozo bromista más bien, que presagia —si procede— la amistad a punto de anudarse. Si hay damas, se inclina, reverente —a la vista está siempre el diplomático—, y, por lo común, les besa ceremoniosamente la diestra, a la europea.

Se conoce —piensa quien por primera vez le mira— que este señor ha corrido mucho mundo, ha visto y tratado a muchas gentes, de arriba a abajo, y de abajo a arriba, en la escala social. No pierde el ritmo ni se inmuta. Sencilla, gentilmente, al que encuentra a su paso, le reconoce lo que es suyo.

Toma asiento; cruza la flaca pierna; se frota, sabrosamente, las manos. Esto último, a tiempo que sus labios musitan, desleída, alguna interjección: “¡Vaya! ¡Vaya!”, o “¡Bueno! ¡Bueno!”, seguida de un “¿Qué hay por ahí?”, o cosa semejante; modo de ensartar la hebra como otro cualquiera, bien que de todos o los más difiera por el arte y galanura en dar las puntadas.

La voz es grave; a ratos sorda, aunque animada por cálida vibración. La pausa, sabia y elocuente. La risa, calmosa, acompáñase de ademanes llenos de simpatía. Y todo es que el recién venido tome la palabra, para que el auditorio quede pendiente de sus labios.

Escúchasele con atención y embeleso.

Tenía don Federico Gamboa como cualidad distintiva el don de gentes; era, fundamentalmente, y tanto como escritor, un hombre sociable.

Con haber vivido mucho, recorriendo desde su juventud hasta años maduros tierras nuevas y diversas, familiarizándose con personas y tipos de varia índole, poniéndose en contacto con ambientes y costumbres disímboles; sumergiéndose, por así decirlo, en humanidad; todavía estaba intacta en él, en las postrimerías de su existencia, y se mantenía despierta, su curiosidad humana.

Entre quienes han navegado largamente por el mar de la vida, lo más común, sea por cansancio o por colmada experiencia, es encerrarse en sí mismos, como el molusco en su concha; rehuir al prójimo; excusar lo nuevo, y honda y reiteradamente amar más y más lo ya amado y conocido. En don Federico —caso curioso— juntamente con esta tendencia, había la otra. En el arte, pero sobre todo en la vida, hallábase él siempre deseoso de conocer y amar. De conocer y amar, no ya para olvidar ni menospreciar lo que de tiempo atrás señoreaba su corazón y su mente; antes bien para allegarse nuevos datos, nuevas emociones, y —si procedía— nuevos cariños.

Lejos de encerrarse en sí con amargo desengaño —y vaya si razón tuvo para tenerlos!—, fiel a sus opiniones y creencias se inclinaba, deferente y curioso, hacia las de los demás; y, sobre todo y muy particularmente, y fuera de toda opinión o creencia, hacia el colmenar del mundo.

A fuer de novelista, era un observador del espectáculo humano. Mas no le bastaba contemplar; no se constituía en espectador impasible: por lo contrario, apasionadamente se mezclaba en aquel mismo espectáculo, ansioso de compartirlo y figurar en él.

Del brazo del novelista iba el hombre sociable. Era un hombre entre los hombres. Se codeaba con ellos, convivía con ellos. Gustábale —¡harto lo recordarán!— visitar y ser visitado. En su rincón íntimo, cada sábado, invariable y religiosamente cada sábado, reunía a los amigos viejos, viejos de cuarenta o más años de amistad, jactándose, al sumar con la suya las edades de todos, de que representaban, juntos, siglos suficientes para llegar hasta los albores del virreinato. Pero, de igual suerte —¡y cuántas veces sucedió!— tenía la heroicidad de suspender su propio trabajo, el periodístico, que le daba el pan, cuando un desconocido, un principiante de las letras, llamaba a su puerta.

Simpatía. Simpatía humana: he aquí lo que esto revela. Y aún algo mejor: peregrino dominio del medio adecuado para aproximarse a los demás, para comunicarse con ellos, y elocuentemente hacerles notar que los comprendía y era comprendido. Refiérome al delicioso arte de la conversación.

Tomaba asiento el caballero. Y todo era que empezase a hablar, para que le escucharan con atención y embeleso.

Fue don Federico Gamboa un gran conversador.

No de los que a sí mismos se titulan y aun doctoran de tales, y artificiosa cuanto atrabiliariamente restan o impiden a los demás el uso de la palabra; no de los que traen aprendida la lección, a riesgo de desilusionar cuando por segunda, tercera o enésima vez la recitan; sino espontáneo, tan natural en el narrar, como oportuno en la réplica. Conversaba, haciendo que los demás interviniesen. A cada quien —espiritualmente— le hablaba en su lengua: a la mujer, al anciano, al niño, al joven. Lejos de ejercer monopolio, provocaba el recíproco uso de la palabra. Con lo que la plática era general, por más que, irreprimiblemente, refluiera hacia él, que la estimulaba y dirigía, aun sin proponérselo, como el que lleva la batuta de bien concertada orquesta.

Pintoresco en la expresión; acertado en la pausa; incisivo, bien que no hiriente ni despiadado en la crítica, que fluía de sus labios con elegantes matices de ironía; cortés para con los contradictorios; generoso y hasta lleno de indulgencia para todos, y sabiendo, a cada quien, darle por su cuerda, nada de extraño tiene que, cuando el caballero se retiraba de la casa donde había encantado su visita, o despedía al amigo o al extraño que había traspuesto el umbral de la suya, dejase, con bien ganada simpatía, inclinado el ánimo a abogar por un pronto retorno.

Si para los que se le acercaban, y sin excepción, su palabra tenía hondo influjo, por ser él varón prudente, y de consejo, tanto como de larga experiencia y sutil mundología; en especial le escucharon siempre con notorio, elocuente, y hasta en ocasiones estrepitoso agrado, las mujeres. Ejercía sobre ellas invencible hechizo, ya fuesen señoras machuchas de las que alternaron con el remoto *La Cocardière* y supieron de sus lances y aventuras; o bien jóvenes damas, floridos pimpollos y aun simples chicuelas, que admiraban la donosura y malicia de aquel decir, el chisporrotear del ingenio al través de comentarios a sucesos, muchas veces, sin relieve y del vivir corriente; el vestirse de nuevo de tal o cual tema que en otra boca sería viejo; la anécdota oportuna y la alusión o el cuento felices. . . —“Yo he sido siempre —anotaba aquel frágil y mariposeante de *La Cocardière*, en una bella página de *Impresiones y Recuerdos*— yo he sido siempre débil con las mujeres, a un grado extremo; y mi mayor deseo consiste en que nunca me abandone esta debilidad, que ilumine mi vejez, si es que la alcanzo, y me acompañe adondequiera que esté”. —Pues bien: se cumplió el anhelo de *La Cocardière*; y se cumplió con creces. No sólo de viejo, y paternalmente, siguió él amando a la mujer: obtuvo también el galardón de que la mujer le amase, si amor lo traducimos por espiritual y graciosa simpatía.

Mas el hombre social y sociable no lo fue todo en don Federico. Quedaba, y predominaba —como es obvio que predomine en la existencia de todo hombre de pensamiento— el silencio, la soledad, el coloquio interior. Y en ellos se engolfaba.

Pero no es ello materia en la que yo, a mi vez, deba abstraerme.

Quiere la Academia Mexicana honrar esta noche la memoria del que fue su ilustre Director. Un año hace apenas que, en este lugar mismo, festejábamos su cincuentenario como cultivador de las letras. Desde su sillón directorial, él —recordadlo bien—, un poco curioso, un más alarmado, veía cómo, a la manera del que revuelve en el baúl ajeno, nosotros nos aventurábamos en su propio pasado, escudriñando su vida y hechos.

Mucho a la sazón se dijo, y más, después, se ha dicho, de lo que éstos fueron. Se ha hablado del escritor, del artista, del diplomático. Y consideré que sería amable hablaros ahora simplemente del hombre, sacándolo de la misteriosa sombra para reintegrarlo a nuestra compañía; o, más sencillamente, evocándolo tal y como él fue en el comercio humano al declinar su vida. . .

Yo bien sé que esto tendría la virtud de agradarlo —si agrado puede haber más allá del tránsito, y si posible es que nos escuchen los hombres que se van.

DON FEDERICO GAMBOA COMO DIPLOMATICO *

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR.

UN hombre escribe sus memorias, ha dicho Maurois, por la misma razón por la que se ejecuta una obra de arte: por un impulso de evasión. La vida no tiene significado ninguno por sí misma, fuera del espíritu que la considera. Este desea desentrañar de ella la verdad, mirarla una y bella; y así, le presta esas cualidades por medio del relato del propio existir, podado, arreglado, dirigido a un fin completamente personal e interno.

Quien lleva un diario no abriga intenciones diversas. La anotación cotidiana es sólo la cosa sólida de que se ase el recuerdo, para luego recrear el momento ido inevitablemente, perdido del todo si no resucita en la palabra.

Y en el diario, como en las memorias, ejercita su obra estética el olvido, sumergiendo aquello que consciente o inconscientemente estorba al autor, o le impide ver su trayectoria en el tiempo con

*esa unidad espléndida y bruñida,
que constituye el mérito más alto,
de un libro, de un diamante, y de una vida...*

¿Por qué, pues, si se lee el *Diario* de don Federico Gamboa, no se alcanza a colegir ese embellecimiento, esa poetización de su existencia? Problema interesante, y que tendría que examinarse largamente, pero cuya resolución puede señalarse aquí en breve. Desde luego, a ese naturalista de la escuela de los Goncourt y de Zola, le faltaba lo que aquéllos apellidaban "historia íntima". Era poco dado a la introspección; de hecho era un extraverso. Sus notas son sobre los sucesos externos de su vida: sus diversas ocupaciones, sus amores, sus viajes, sus simpatías, sus descarríos; pero sobre su aspecto únicamente histórico, más bien cronológico, apuntando simplemente que tal

* Estudio leído en sesión solemne de la Academia el 22 de noviembre de 1939.

cosa acaeció, sin revelar estados de alma, vivencias, como si observara a otra persona desde afuera.

Ni cuando se verifica en su espíritu metamorfosis tan importante como la que supone una conversión, ahonda en sus causas ni pinta sus titubeos. En su juventud, fue su estado, respecto a religión, uno de despego de las prácticas católicas, de resfrío en la devoción, nada más, sin duda filosófica de ninguna especie. Cuando vuelve a practicar, lo consigna; eso es todo.

Lo mismo sucede con sus amoríos o con sus disipaciones: rinde cuenta de ellas. Si sus maestros los hermanos Goncourt se hubieran hallado en situaciones semejantes a las suyas, por ejemplo, la de la época de su matrimonio, o la de la enfermedad de su hijo, ¡cuántas páginas patéticas, exactas y sutiles no hubieran salido de su pluma al analizar esos conflictos! Tenía 33 años en 1897, en cuyo 2 de octubre *reanuda* relaciones con una rubia estatuaría; el día 11 del mismo mes, después de un deliquio de nueve días, se despide de la amada, que parte, sin retorno, para San Francisco. Escribe: “Cuando el tren se hundió en el glorioso horizonte de la mañana que sonreía, palpé que había yo perdido algo muy grande y muy hermoso que no se recobra nunca: mi juventud”. ¡Y en la página siguiente!: “8 de diciembre. A la vuelta de muchas reflexiones, *asesto a mi juventud el tiro de gracia. Hoy me presenté en el Registro Civil para contraer matrimonio, y el mes entrante seré hombre casado*”.

Otra muestra de su mutismo o de su atonía emocional la dan los asientos que hace en abril de 1901. Su hijo, “el rey de su alma”, como él lo apellidaba, estaba gravísimo de pulmonía: “16 de abril. No cede el mal. . . A cierta hora no hay poder humano que me estorbe el ir y sentarme al bacará del casino. . .” Luego, en breves frases, asegura que sintió remordimiento por su debilidad. Nada de honduras, de traducción viva de sus sentimientos.

¿No dejan mucho qué desear, sobre tales dramas, sobre los motivos de esos tumultos internos, las citadas escuetas notas? Pudieran ser hijas del pudor; no importa, demuestran que el Diario es superficial, referente tan sólo al haz de sus acciones.

Ni siquiera hace conocer al literato, pues parco es también en descubrir sus ideas o la génesis y el desarrollo de sus libros. Muy pocas veces trata de las primeras; y en cuanto a los segundos, marca las fechas en que aparecen en su espíritu, cuándo los va escribiendo y cuándo los termina; el día que salen de la imprenta, y lo que sobre ellos dice la crítica; pero sería imposible, usando los solos datos del Diario, saber las intenciones que tuvo al engendrarlas, y el proceso de su formación.

Idéntica cosa puede predicarse de sus simpatías o antipatías. Con una leve referencia las señala, y pasa a otra cosa. Así lo hace al describir sus visitas a Edmundo de Goncourt y á Zola; así cuando declara sus gustos: tiene

en más a Pérez Galdós que a Valera o a Pereda; el segundo le es insoportable y el tercero le cansa; Goethe no le es simpático tampoco; apenas si aprecia la figura de su *Mignon*. . . no sufre la frialdad con que abandona a mujeres que lo amaron; la *Salomé* de Wilde es una obra *vesánica*; *Boward* y *Pecuchet* le parece un libro estafalario; Nietzsche y Bjornson, locos lúcidos; una obra mancada, *Vanity Fair*, de Thackeray; desacierto los versos de Díaz Mirón *Al Buen Cura*; José Joaquín Gamboa, su sobrino, es un talento ibseniano. . .

Por lo demás, el estilo que emplea en sus notas está muy lejos de "l'écriture artiste" del famoso *Journal* de los Goncourt, que no sólo en esto difiere del de Gamboa, pues tanto el fondo como el método los separan. Los dos novelistas franceses eran dos almas hiperestesiadas, enfermas, introversas, que pretendían trasladar al papel todas sus vibraciones, aun las más delicadas y tenues, valiéndose de una prosa plástica y trabajada, propia, por su ductilidad, por su ritmo y por su vividez, para traducir todos los matices de sus estados espirituales.

Gamboa, ya se ha dicho, se arropa herméticamente en su pudor o se atiene a la falta de imaginación (que él se reconoce, atribuyendo a ella haber escogido el naturalismo para crear su obra literaria), y, así, no libra nada de sí mismo. Sus efemérides están redactadas sin apresto, en una lengua que quiere ser llana, pero que a ratos antójase vulgar. Parece su estilo el de un buen burgués, el de un comerciante que asentara por las noches las ventas efectuadas durante el día. Lo salpica de lugares comunes y de frases hechas, y ni siquiera de los que se usan en México, sino de los que corren por España. Por ejemplo: casi siempre que se refiere a su esposa, la llama la parienta; a los negros, morenos; usa el "quia", que por aquí es excepcional, etc.; empleando también infinidad de modismos en idiomas extranjeros.

Todo lo anterior, que es rigurosamente exacto de los cuatro primeros tomos del Diario, lo es sólo relativamente respecto al quinto, y respecto, asimismo, al tomo de *Impresiones y Recuerdos* que su mismo autor dice se debe tomar como precedente o introito del Diario propiamente dicho.

En *Impresiones y Recuerdos* hay, sin embargo, diferencia de fondo y forma. Allí Gamboa descubre más su intimidad; cuenta su infancia y sus prístinas emociones: sus primeros amoríos platónicos y los ya pecaminosos de sus años adolescentes; sus andanzas por periódicos y teatros; su primer viaje. . . Todo ello con cierto tinte de poesía, con atisbos psicológicos apreciables.

¿A qué se debe ello? Parece que el mago que obra el prodigio es el tiempo: *Impresiones y Recuerdos* no es, como el Diario, una anotación, hecha día a día, de los sucesos. El autor concibió ese libro en Buenos Aires, cuando el tiempo y el espacio mediaban entre el acto de escribir y aquellos años mozos. Ambas dimensiones son de por sí favorables al arte; las dos de-

puran y embellecen, valiéndose de la flaca memoria, que deja en la sombra lo prosaico. Siempre aparecerá más artística una vida contemplada, en conjunto, retrospectivamente, que a medida que se desarrolla. Al hombre le place remodelarla para hacerla significar algo. Así Gamboa, mira con ojos de artífice sus primeros cuatro lustros y los presenta como un todo armónico.

Escribe ese libro en una prosa más pulida, más equilibrada, más sonora. ¿Por qué la abandonó en su *Diario*? ¿Sería para seguir los consejos que le daba aquel su amigo, Alfredo Garay, gacetillero del *Diario del Hogar*, que creía (sin razón, seguramente), que debe escribirse como se habla?

La diferencia que tiene el quinto tomo del *Diario* respecto a sus predecesores es que se acusa más amañado que ellos. Parece que tiene sus notas, interpolaciones y desarrollos "ex post facto", cosa que es fácil descubrir. En efecto, hace el autor, a propósito de los acontecimientos, reflexiones que no le podían venir sino conocidos los resultados; al visitar sitios, agrega disquisiciones históricas, y citas sacadas de obras aparecidas después de tales visitas.

De lo anterior se sigue que quien sólo lea el *Diario* mal podrá conocer a su autor, como hombre y como literato, si no leyere sus libros propiamente novelescos, y si, sobre todo, no lo hubiese tratado directamente, gozando de su acogedora urbanidad, de su campechana franqueza, de su simpatía, de su hidalga conversación, interesante y colorida.

Por contraste, un aspecto de su personalidad sí está muy patente en el mismo *Diario*, tanto que parece escrito solamente para darle realce: el aspecto diplomático. Como que comienza casi coetáneamente con sus viajes en servicio de México.

Examinado para ser admitido en la diplomacia, "la Carrière", como él suele llamarla, sale por primera vez para Guatemala en 1888, como Segundo Secretario, a los veinticuatro años, y cuando ya había residido en Estados Unidos; sepultado a sus padres; deshecho su inocencia en las primeras lides del sexo; roto el estudio del notariado y paseándose despreocupadamente por redacciones, escenarios, casas de juego y otras decididamente más mal afamadas, sitios todos en donde se graduara, como el Periquillo Sarniento, de doctor en debilidades humanas.

Preocupado con la creación de su primer libro, *Del Natural*, y por la salud de la parte de corazón que le dejó una arteria de mujer, apenas se dio cuenta entonces del estado social de Guatemala, que acababa de salir de la férula de J. Rufino Barrios, a quien califica de "equivocación de la humanidad". Gobernaba Barillas, y estaba próxima la época en que dicha humanidad había de reincidir en el mismo error, entronizando a Estrada Cabrera, de amarga memoria para Gamboa, como se verá después.

Poco duró en la vieja ciudad del quetzal, y partió para Buenos Aires,

como Primer Secretario en Argentina y Brasil. El viaje le dio ocasión de echar la primera ojeada a Europa. Después, vida suave y de soltería en la bella capital del Plata. Intimidación con los literatos porteños, especialmente con Obligado; martes literarios, escribir, amar, soñar. . . En salones privados y en recepciones oficiales aprende la parte externa del "oficio", "la tenue": vestir bien, ser amable, ocultar sus sentimientos bajo una eterna sonrisa. Lo ponen en disponibilidad, por supresión de la Legación, y abandona las tierras del sur, acompañando a su jefe Sánchez Azcona, que viene, casi agonizante, a morir a su patria. Nada notable en la actuación del flamante diplomático, porque entonces no asomaban ningunos intereses entre las repúblicas hispanoamericanas.

Años de estancia maleante en la capital mexicana, con sus intervalos de ergástula —aquellos en que sirvió como Guarda-Almacén en la Aduana y como Oficial Segundo en Hacienda— para, al cabo, ser nombrado Jefe Interino de la Sección de Cancillería, en Relaciones. Durante todo ese tiempo hizo vida de bohemio, lanzando libros y obras teatrales, y poniendo, sin duda, los pelos de punta a su morigerado jefe y protector don Ignacio Mariscal, con sus malandanzas nocherniegas. De este viejo lobo diplomático aprendió muchas cosas que se incrustaron en su personalidad y que le sirvieron en la diplomacia: la medida, la discreción, el acato a los de arriba, principalmente al Caudillo, la cachaza. . . "De lo que cuesta poco, hay que dar mucho", decía el jefe de nuestra Cancillería; y Gamboa practicó siempre ese consejo, prodigando zalemas, que le abrieron puertas y le atrajeron voluntades.

Por fin, un puesto de responsabilidad. En 1898 parte para Guatemala, como Encargado de Negocios "ad interim". Difícil cargo, dadas las condiciones de aquel país, que se insurgía bajo el despotismo de Estrada Cabrera, y en donde México era visto con recelo, por considerársele un vecino poderoso y con miras de hegemonía. Más difícil aún, porque había que contrarrestar, minuto a minuto, con sutiles manejos, la enorme preponderancia de Estados Unidos, que apoyaban al tiranuelo a cambio de pingües concesiones para sus propios ciudadanos.

Estrada Cabrera lo recibió bien. Al principio las relaciones entre ambos fueron cordiales; pero las circunstancias produjeron lentamente un cambio. El representante mexicano tuvo que contrariar muchas veces la política del dictador, ora haciendo reclamaciones en favor de compatriotas, como en el caso de los condenados a muerte García, López, Paniagua y Castañeda —cuya rehabilitación consigue—, ora asilando a perseguidos políticos guatemaltecos, como en el caso de Llerena, Ponciano y Sánchez, para quienes logra salida libre, después de entrevistar a Estrada Cabrera, jovial y sereno en apariencia.

Por orden del Gobierno Mexicano y para afianzar la amistad con las otras Repúblicas de Centro América, Gamboa hace un molesto y difícil re-

corrido por todas ellas, a fines del año de 1900, cosechando para su patria y para sí honores y distinciones. Conoce a Regalado, a Zelaya, a Iglesias, los mandatarios de las otras repúblicas centroamericanas, y aunque simpatiza personalmente con ellos, no puede menos que juzgar que sus ínsulas son “verdaderas cafrerías”.

Va tomando el pliegue del oficio, no obstante que a los 29 años prefería ser literato que ministro o embajador; ya desde aquella época se muestra descontento de esa carrera que acostumbra a sus servidores a vivir como seres privilegiados, para anegarlos en el olvido cuando gobiernos inconsultos tienen a bien ponerlos en disponibilidad. A pesar de todo, dice al describir los honores que le hicieron en Acajutla: “Hallé muy en su lugar honores tales, me erguí y avancé tranquilamente, penetrado de que al representante de una nación le son debidas cualesquiera consideraciones. Es también muy de notar que tan en seguida pueda uno acostumbrarse a corresponder —en la actitud cuando menos— a los honores”. Y después de observar que hasta hombres burdos tienen cierta majestad cuando poseen una investidura, que los torna, por decirlo así, en símbolos, agrega: “Encerrado yo dentro de mi doble y nobilísima coraza, ¡la representación diplomática!, también me olvido de mis defectos e imperfecciones y me creo merecedor y digno de ella. . .” Cándida confesión que acusa una característica de su personalidad, pues de allí en más se creyó representativo por la costumbre adquirida, y por ingénito señorío, aun caído de los altos puestos que sirvió.

Es tan cierto lo anterior, que tal creencia a veces le hizo perder hasta cierto sentido de “humor”. He aquí dos muestras: Gamboa, en Nicaragua, pasea en la noche con unos amigos. Un centinela les marca el alto, y les apunta con el fusil. —¿Quién vive?— . . . —¡Nicaragua!— responden. El soldado, satisfecho, tercia. Comentario: “Ardo en deseo de narrar mañana la ocurrencia al Ministro de Relaciones, para ver cómo me la explica y *en qué términos la excusa*”. Excusa, ¿de qué? ¿No fue la imprudencia del señor Ministro de México? ¿O creía que su investidura diplomática lo rodeaba de un halo que lo hacía reconocer de cualquiera a primera vista, como si fuera un ángel?

Otro incidente, más significativo: “¡Inaudito! ¡Hinvrosímil! ¡Hhhe-norme!”, así, con bastardilla y con esta ortografía, encabeza su nota el señor Ministro. Iba al Palacio de Gobierno de Nicaragua, y un militar, al verlo de “chistera y redingota” (sic) le interroga si él mismo es milite. Al oír su respuesta negativa, un capitán le prohíbe hablar con el centinela, y andar por aquella vereda: —¡Bájese en seguida!— Nuestro diplomático se encoleriza de veras, cuenta, e inicia un diálogo cómico, en vez de sonreír y exponer simplemente su categoría.

“El Capitán: —Lo voy a mandar a Ud. preso.

—Y yo voy a mandar que me lo fusilen dentro de una hora. . .”

Cuando el oficial supo que se las había con un Ministro de México, insistió ya solamente en que no debía andar por aquella vereda; y, desarmado por el recalcado *señor* que el Capitán le dijo, Gamboa se apresuró a *transigir*, como él dice, tragándose el incidente, y echando el enojo a gajes del oficio. Habrá aprendido, sin duda, que los diplomáticos deben indagar las leyes y costumbres del país a que van, pues no están exentos de la observancia de todas ellas.

Con licencia, pasa breve tiempo en México, y don Porfirio Díaz premia su labor, en entrevista que le concede, diciéndole: “El Gobierno está satisfecho con el manejo de usted en Centro América”.

Intermedio pecaminoso en la Ciudad de los Palacios, y vuelta a Guatemala, en donde soplan vientos de tempestad, por la tirantez de sus relaciones con El Salvador.

Un día Estrada Cabrera manda aprehender a Mejía Bárcenas, Agregado de la Legación Salvadoreña, pasando sobre su inmunidad diplomática. Reyes, el jefe del aprehendido, pide ayuda tan urgente a Gamboa, que a las dos de la madrugada solicitan y obtienen que los reciba Estrada Cabrera. Este accede a liberar a Mejía, y les brinda una copa de champaña. . . ¿Fue este hecho el que originó la calumnia de que Gamboa provocó magno escándalo, haciéndose recibir, no muy en sus cabales, a las altas horas de la noche, por el Presidente de Guatemala, con el grave propósito internacional de que le ofreciera la última copa? En México fue muy válido el rumor, y hasta se envió a Gamboa orden de inmediato retorno, que, temporalmente, fue contramandada.

Salió, al fin, de Guatemala, aparentemente en buena amistad con su Presidente, al que aún sacó consentimiento para que D. Enrique Martínez Sobral, joven abogado guatemalteco, abandonase esas tierras. En México supo que el mismo Estrada Cabrera pidió su retiro, por conducto de su representante.

Está en desgracia ante la sociedad mexicana por aquel chisme y por la próxima publicación de *Santa*; pero el Caudillo, ante quien logra sincerarse, se le muestra propicio: no saldrá del servicio diplomático; le oírá personalmente si otra vez lo calumnian. La entrevista es curiosa por las consideraciones que Gamboa hizo al Presidente, para demostrarle que la fama de una persona ante la opinión pública dependía de lo que él pensara de ella.

A Washington de Primer Secretario. Desde este momento es necesario prestar mucha atención a todos los contactos de Gamboa con los Estados Unidos, pues ellos engendran su actitud hacia ese país. Tal actitud es de radical incompatibilidad con ciertas especies deshonorosas que, cuando caído, hicieron correr contra él sus enemigos.

No le cogía de nuevo aquel pueblo, en el que había estado de adolescente y en el que había hecho sus pinitos de varón y de mexicano. La iniciación sexual la describe en el capítulo "En primeras letras" de *Impresiones y Recuerdos*, y la patriótica, que es la que aquí interesa, en "La Conquista de New York", del mismo libro. Escribe que experimentó, entonces, como era natural, azoro por las costumbres y las gentes estadounidenses: le atraían y le repugnaban. En la escuela, un día se exaltó su patriotismo porque en un certamen entre los alumnos alguien pidió al orador, que hacía el panegírico del libertador Washington, que hablara de la guerra con México. "Me levanté —dice—, y pedí la palabra, vibrante de emoción, en medio de americanos, decidido a impedirlo; a muchas leguas de mi patria y a muchos años del 47. . ." El maestro, con prudencia, sorteó el incidente, y Gamboa lo abraza, en medio de unánime vitor a México, lanzado por sus condiscípulos; vitor que le hizo quererlos a todos, pensando que había realizado una conquista inesperada.

Siempre experimentó este sentimiento de defensa ante la agresividad yanqui, comprobada por nuestra historia, y por su roce temprano con aquel pueblo. Ya a su vuelta de Argentina, sorprendido por la invasión de las modas yanquis, anotaba: "¡Con qué conformidad incuriosa, y para mí exasperante, tolera México la lenta invasión yanqui! ¡Rótulos comerciales, hábitos, etc., vanse infiltrando e infiltrando en nuestro organismo nacional. . .!"

Predisposición tal habría de confirmarse en su espíritu cuando, ya en plena madurez, en la Legación de México en Washington, encabezada entonces por el severo D. Manuel Azpíroz, pudo estudiar no sólo al pueblo yanqui sino a su gobierno, en su íntimo funcionamiento. Hay que tener en cuenta que entonces lo dirigía nada menos que Roosevelt, el primero, el "rough-rider", el del "big-stick", el detentador de istmos, el Nemrod espectacular de las selvas africanas.

Las notas del Diario, en aquella época, abundan en reflexiones deprimentes para la Nación de las barras y las estrellas: en Kentucky, el deudor insolvente puede ser vendido por un año; los negros son tratados, a pesar de lo que las leyes dicen y de lo que simboliza la Estatua de la Libertad de Bartholdi, como parias; abundan los linchamientos; crece la hipocresía para las cosas sexuales; cunde la barbarie del boxeo; el vicio del juego está extendidísimo; priva la inverecundia ruidosa de la prensa, y el imperialismo agresor se manifiesta, sobre todo, en la nación colombiana, que sufre el cercenamiento de Panamá por medio de la más audaz y cínica maniobra político-diplomática que conoce la historia.

Anota: "Es tal el cúmulo de salvajismos que los yanquis perpetran a millaradas. . . que desisto de trasladarlos uno a uno a *Mi Diario*". Piensa, con Taine, que la alta civilización no puede coincidir con un cuerpo atlético. . .

Tiene la completa convicción de que los atropellos del imperialismo de Estados Unidos no han de limitarse a Texas, Hawai, Puerto Rico, Filipinas y Panamá, sino que en la última página del tomo relativo, está escrito un amenazante "continuará".

Sin embargo, su clarividente opinión sobre ese pueblo no le impide ver sus virtudes, haciéndoles justicia. Ama en particular a sus grandes hombres, ya sean políticos o literatos. Hace preparadas excursiones a Mount-Vernon, para honrar a Washington; a Baltimore, para recordar a Poe; a Camden, N. J., para buscar vestigios de Walt Whitman.

Mas su señorío se rebela contra todo lo que es abuso, ya se trate de la descortesía de un encargado de oficina policíaca, contra quien estuvo a punto de elevar una queja diplomática, ora esté en causa un Primer Subsecretario de Estado, Mr. Francis B. Loomis, que quiso circunvenir su libertad de votar, en la Unión Panamericana, y a quien vence, a pesar de que el funcionario esgrime, en favor de su candidato, el nombre de la señora de Roosevelt. Teddy lo sabe todo, y la primera vez que recibe a Gamboa le espeta un ambiguo "¿How do you do, revolutionist?". . . , seguido de la promesa de que lo ocurrido no volverá a repetirse. Roosevelt lo trató siempre bien, y se captó su simpatía personal, pues, como todos los grandes caracteres, poseía un innegable magnetismo.

Con la muerte de Azpíroz terminó la estancia de Gamboa en Washington. Fue ascendido a Ministro Plenipotenciario en Guatemala; pero antes de salir resume su posición con respecto a Estados Unidos de la siguiente manera: "Ya en vísperas de abandonar este *convento*, no quisiera continuar en la ingrata tarea de echarle en cara los varios defectos gordos que se la afean. Válgame la atenuante de que no lo hago por maldad ni por complacencia morbosa, que no tendría perdón, sino para que ellos no nos traten a los hispanoamericanos con el desprecio y humillante protección con que nos tratan por nuestras muchas lacras. Ni quien niegue que su civilización es con mucho superior a la nuestra; pero que de ahí no se siga que a nosotros nos tengan por enfermos incurables, y ellos se supongan, gratuitamente, de lo bueno lo mejor. Que antes atiendan a sus propias llagas, y una vez que se las hayan curado, se vuelvan a nosotros y nos indiquen los remedios eficaces, y aun nos faciliten, para nuestro alivio, lo que de tales buenamente les sobre".

Toda una política, que se aclara y completa con otra reflexión que escribe en 1909, a propósito de una reminiscencia de la entrada de las fuerzas de Scott a nuestra capital en 1847:

"Ni es que yo odie sistemáticamente a los Estados Unidos, pero sí desearía que en nuestro inevitable comercio con ellos, hasta por razones físicas trasmutado en comercio de todos los órdenes que nunca ha de acabarse, siempre tuviésemos presente por instinto de mera conservación y dignidad,

lo que ayer nos hicieron y pueden repetir mañana con rapacidad mayor y mayores consecuencias imprevisibles de pronto; y que ni hoy ni mañana estemos abriéndoles de par en par las puertas de la casa, y no demos paso sin solicitar su venia altanera, con nuestras miradas cuando menos. Bien visto, no son ellos los únicos culpables de lo que por causa suya nos ocurre y ocurriéndonos sigue y seguirá en lo futuro, a cada vez con más ominosas exigencias y coacciones de su parte: están dentro de su papel de vecinos poderosos que no se cansan de pedir y sacar para su Santo. Los principales culpables somos nosotros, que si pudiésemos, los imitaríamos y aun los superaríamos: es la ley. Para la perpetración de los grandes crímenes nacionidias ¡viejos como el mundo! y en esto idénticos a los pecados de la carne, se ha menester indispensablemente, de la conjunción de dos voluntades: la del que pide, con un derecho perfecto aunque inmoral, y la del que da, con mengua de su pudor y de su honra. Y ellos, los yanquis, siempre que nos pidieron, salvo contadísimas excepciones, siempre han tropezado con malos mexicanos que principalmente por conservarse en el poder, les dieron aun mucho más de lo que ellos nos pedían”.

Estas opiniones encierran la sabiduría misma y deben ser el obligatorio programa de cualquier gobernante mexicano, verdaderamente consciente, respecto a los Estados Unidos. El lo puso en práctica más adelante, cuando los azares de la política (que hasta entonces no lo había atraído), lo elevaron a los altos puestos de nuestra cancillería.

Entre tanto, el nuevo plenipotenciario se trasladaba por tercera vez a la república del quetzal, donde iba a encontrar sucesos más graves que los que atendiera antes. Se hablaba allí de levantamientos. El gobierno reprimía duramente, y los despotizados veían en la representación de México un elemento tutelar. Gamboa no era, seguramente, bienquisto del viejo dictador guatemalteco, desde el incidente de su retiro, y México complicaba la situación nombrándolo para tal puesto, sabiendo lo que sabía.

La revolución estalla a fines de mayo de 1909, y la Legación Mexicana se torna incontinenti en sagrado, al que se acogen los perseguidos. A diario hay en su recinto escenas patéticas: madres, esposas e hijas que ocurren desoladas a ver a sus deudos en peligro o que parten al destierro. El ministro mexicano se gana el mote de “hostelero”, y lo tiene a mucha honra. Luego, El Salvador se levanta en armas contra Guatemala, bajo el pendón del valiente general Regalado, que a poco cae herido por las balas de los sicarios de Estrada Cabrera, siendo su cadáver llevado a la capital, en forma indigna. Pide a Gamboa, el Gobierno guatemalteco, que dé fe del cadáver, porque la gente se niega a creer en la muerte de tan alto enemigo, y Gamboa altivamente se niega a tal faena, que no tiene empacho en ejecutar el Secretario de la Legación de Estados Unidos. México ordena a su representante

que obtenga la entrega del ilustre muerto a sus deudos, y, así, acude a Estrada Cabrera, quien con aire santurrón niega pretender apoderarse de tan fúnebres despojos, y lo devuelve, a condición de que se les haga modesto y privado entierro.

Se conciertan a poco los preliminares de paz, y se invita a Gamboa a asistir a las conferencias que se han de llevar a cabo a bordo de un acorazado yanqui. Autorizado por México, se traslada al *Marblehead*. En este buque se desarrolla una escena interesante, en la que se pone de manifiesto el patriotismo, la entereza y la humanidad de Gamboa. Asistía también, como actor muy principal, el Ministro de Estados Unidos, Mr. Leslie Combs, tal vez envidioso de las simpatías que envolvían a su colega de México. Aquél llevaba sobre sí el sambenito de la política de su país, que apoyaba a la dictadura guatemalteca en pro de los inversionistas norteamericanos; además, todos los pro-cónsules de esta nacionalidad estaban tildados de venales.

El proyecto de tratado guatemalteco contenía la estipulación de que los contratantes habían de entregarse mutuamente, a la primera demanda, los refugiados políticos. Era la pena de muerte para todos ellos. Gamboa la juzga inaceptable, y Combs lo rebate duramente; el primero declara al fin que él nunca la suscribiría, por México. Combs, muy irascible, hace mención de esta su característica, y lo amenaza. . . ¡con el disgusto de Roosevelt! El mexicano se yergue y responde que él sirve únicamente al Presidente de México. El yanqui no se contiene, y golpea con furia la mesa. . . Gamboa, sin saber si su Gobierno lo apoyará, juega, sin embargo, el todo por el todo, y rompe la conferencia pidiendo al comandante del *Marblehead* que lo desembarque. Pasa a bordo una noche de zozobra mortal; mas en la mañana Combs presenta sus excusas, diciendo que la reflexión le ha hecho ver que Gamboa está en lo justo. La paz se firma, precariamente. . .

El desenlace de la representación diplomática de Gamboa en Guatemala, se precipita. En México es asesinado el ex Presidente Barillas, y nuestro país pide a su vecino del sur que entregue al autor intelectual del nefando crimen, el General José María Lima. Al día siguiente una bomba estalla, sin resultados, bajo el carruaje de Estrada Cabrera, y su Ministro de Relaciones pide a Gamboa que entregue a los presuntos dinamiteros, que, asegura, están asilados en la Legación. Gamboa monta en cólera y decide obrar sin instrucciones, impulsado, dice, por "las voces interiores, que, como Juana de Arco, todos llevamos dentro" (cosa dudosa, pues a no serlo todos seríamos santos). ¿México o su representante, receladores de delinquentes? El asilo que había concedido en otras ocasiones a políticos, no autorizaba al Gobierno guatemalteco a inferir tamaña ofensa a una nación amiga. Y para probar

su aserto, permite una pesquisa en su casa. Prepara, empero, las maletas, por lo que pueda suceder. Guatemala da satisfacciones.

Pero no cesan las tribulaciones del Ministro mexicano. Por su puerta éntrase los sobrinos de los responsables del atentado, y la madre de ellos, sollozante, le pide que se los salve. Admite a los que ya son hombres, y devuelve a un niño, para que acompañe a la madre, creyendo que su edad lo pondría a salvo de la persecución. Error: Como el Arzobispo Ruggiero con los hijos de Ugolino, Estrada Cabrera no mira edad ni condición de sus enemigos, y el niño queda lisiado a manos de los verdugos.

Y sigue a este acto tremendo, otro todavía más trágico: se informa a Gamboa que los responsables prófugos están en una casa vecina —a donde dos heroicas piedades femeninas les han dado amparo—, y que desean verlo. Acude, para oír sus confidencias y para prometerles cumplir sus últimas voluntades, pues están decididos a suicidarse al mismo tiempo, antes que caer en las garras de la policía. El mismo pormenorizado relato de Gamboa es pálido ante la trágica situación. Los cuatro coautores del atentado se esconden por algunos días, como bestias acosadas. Gamboa, anhelante, sigue con la mente esa caza del hombre y, al fin, sabe su desenlace: acorralados en una casuca de las orillas de la ciudad, ya con la esperanza del campo libre por delante, los cuatro se forman en círculo, y colocando, cada uno, el cañón de su revólver en la sien del amigo que tiene al lado, disparan al mismo tiempo.

México no podía sostener ya sus relaciones con Guatemala, y envió un barco de guerra para recoger a su Ministro. Todavía antes de salir hubo de ver a Estrada Cabrera, para pedirle, en nombre de las familias de los infelices complotistas, la entrega de los cadáveres, que habían sido impiadosamente arrojados a la fosa común. Estrada Cabrera se despidió de su viejo conocido y repetidas veces antagonista, con la sonrisa en los labios, no obstante que comprendía la significación de su retiro. El pueblo de Guatemala creía que era nuncio de la guerra con México.

Al llegar Gamboa a su patria, después de dos meses de enervante espera en El Salvador, el Gobierno, por boca de don José Algara, le dijo: “Vengo a dar a usted la bienvenida en nombre del señor Presidente de la República, del señor Ministro de Relaciones y de la nación entera, *que ve en usted a uno de sus más fieles servidores*”.

Y este juicio tienen que ratificarlo todos los tiempos y todas las gentes de México, porque la conducta diplomática de Gamboa fue intachable y puso muy alto el nombre de nuestra patria.

Se había ganado una promoción, que le llegó, primero como Subsecretario Interino de Relaciones, luego como definitivo. Tocóle preparar, con don Ignacio Mariscal, la magna apoteosis del Centenario de la Independencia,

que el viejo titular de Relaciones no había de ver. El perpetuo y endeble neurasténico que era el Subsecretario reciente, hubo de hacer un viaje a Hamburgo, para una cura de aguas y de reposo. Se repatrió a tiempo para manejar los sucesos de Nicaragua. Su Presidente Zelaya había mandado ajusticiar a los yanquis Cannon y Groce, que revolucionaban contra él con las armas en la mano, y ello provocaba una actitud insolente e imperialista del Secretario de Estado, Knox, quien pidió indemnización por la muerte de los filibusteros, y que los tribunales de Estados Unidos fueran los que juzgaran a Zelaya. ¡Cómo indignó a Gamboa esta actitud prepotente y pueril a la vez!

Para salvar a Nicaragua, en peligro de desaparecer ante la agresión yanqui, que apuntaba a sus puertos con los cañones de sus acorazados, México ordena a su *Guerrero* que vaya por Zelaya. Entonces aparece en toda su brutalidad la figura antipática y aciaga de Lane Wilson: en una conferencia con Gamboa, intenta indagar cuál es la misión del cañonero mexicano, e insinúa que si los buques americanos se opusieran a ella por la fuerza, lo pasaría sin duda muy mal. Gamboa responde, enhestándose, que reconoce la superioridad de la artillería yanqui, pero que el *Guerrero* lleva a su bordo algo con que no cuenta el señor Wilson. —¿Qué? —replica éste—, ¿llevará explosivos secretos, bombas milagrosas?... —No, Mr. Wilson. El *Guerrero* lleva a su bordo el Derecho, y los acorazados de ustedes la fuerza nada más... Romanticismo latino llamó a esa actitud el procónsul de la Casa Blanca.

Todos sabemos que el *Guerrero* cumplió su cometido, trayendo a Zelaya. Pero lo que entonces no se supo, y Gamboa revela, es que su Comandante llevaba la orden de hundirse, sin disparar un tiro, si la armada yanqui lo atacaba.

¡Bella página de nuestra historia internacional, que da honra inmarcesible a los que la vivieron!

Toca a Gamboa, más tarde, rendir el último tributo a toda una época diplomática, en la persona de don Ignacio Mariscal, amigo del Caudillo, constituyente de 1856, liberal, antimperialista, cuyo empeño fue que México figurara honorablemente en el concierto de las naciones civilizadas, cooperando en un régimen de pacificación, de unificación, de trabajo, de seguridad, que son bases necesarias para que se arraigue la cultura, única salvadora de los hombres. Mariscal no pudo ver la glorificación deslumbrante de su patria en el Centenario. El había administrado la política internacional de acercamiento a Europa, y de “desorbitación” respecto a Estados Unidos; a los que hay que distribuir siempre justicia estricta y cortés. Antes y después de él se ha invertido esta fórmula, con cuán funestas consecuencias, todos lo sabemos.

Gamboa cumplió admirablemente su papel cancilleresco, entre los componentes de las ilustres misiones enviadas a México por todo el mundo; le salía a discurso, a banquete, a recepción diarios, y su salud raquítica apenas

podía conllevar esa vida. Tenía, además, una espina clavada: la de no entenderse muy bien con su nuevo jefe, don Enrique C. Creel, contra cuya candidatura para Canciller votara cuando el general Díaz le preguntó su opinión respecto a ella. El motivo de su objeción no podía ser más serio: la filiación norteamericana del señor Creel.

Pasado el período del Centenario, el señor Creel le ofreció una Legación en Europa, la de Suecia y Noruega, cosa que parecía una "capitis diminutio", y él la rehusó. Por fin, se le designó para Bélgica, nombrándosele igualmente Embajador Especial para dar las gracias al Gobierno de España, por sus atenciones.

Sufriendo su incurable neurastenia, dejó las playas mexicanas y, con ellas, un estado de cosas que nunca volvería a ver. En España su Embajada fue un éxito. A porfía le rindieron honores el Gobierno y el pueblo, los políticos y los literatos peninsulares. Los conquistó con su llaneza de prócer, con su viveza de réplica, con su don de gentes, con su renombre de escritor. Allí le comenzaron a llegar las noticias del huracán revolucionario que asolaba a México.

Pasó a Bélgica y se hizo recibir por el Rey Alberto, no teniendo, de allí en adelante, otra ocupación que escribir, conocer todos los sitios históricos y artísticos de aquel país, y exacerbar su dolencia nerviosa con los negros presagios de lo que sucedía en su patria. Supo el triunfo de Madero; la renuncia del general Díaz y su partida rumbo al destierro. Fue a recibirlo, al desembarcar en tierra francesa. El caído anciano, en agobio por la pena, con su juicio obnubilado, lo recibió con un desconcertante: "no esperaba verlo a usted aquí". Sin embargo, allí estaba, él que se había ganado a pulso su elevación, cuando brillaban por su ausencia favoritos del Dictador, que sólo a su placer debían todo lo que fueron.

Ni el tomo V del Diario ni el que se va publicando ahora comentan satisfactoriamente las relaciones que estableció con los gobiernos que sucedieron al de Díaz. Es regular que no le fuera difícil sostenerse durante el del Lic. De la Barra, que era un colega y amigo suyo. Durante el del señor Madero siguió actuando, debido tal vez a la rectitud de ese Jefe de la Revolución que reconocía los méritos adquiridos, y a que al frente de la Secretaría de Relaciones estuvieron personajes del antiguo régimen, los Lics. Calero y Lascaráin. Sin embargo, no estuvo conforme con el nuevo cariz de la política, como no lo estaba entonces el grupo verdaderamente culto.

Y no es que no tuviera éste los mismos ideales que movieron a la Revolución a derrocar al general Díaz: un Gobierno fuerte, basado únicamente en la voluntad popular; la no reelección; el respeto a la ley; ante todo, la redención económica, espiritual y social de las clases proletarias; sino que sustentados con la verdad científica, producto del siglo XIX, sabían las plagas inherentes a las revoluciones: la ruina, hasta un punto que no imaginan

los mismos promotores del movimiento, que se sale siempre de sus manos; la elevación al poder de infinidad de individuos indeseables que no tienen otro fin que su medro personal; el acostumbrar al pueblo al "arrivismo", a la prepotencia, a la injusticia, a la crueldad; el crear un despotismo mil veces más insufrible que el del mayor tirano, porque la masa es uno infinitamente peor, ya que cuenta con millones de voracidades, y doble cantidad de manos con qué satisfacerlas. Los hombres de 1910 alcanzaron el caos que antecedió al régimen de Díaz, y prácticamente aprendieron a valorizar, con Taine, aun a la Revolución Francesa. ¡Qué! ¿Los hombres nunca podrán progresar sin derramar sangre?

¡Ah! Desgraciadamente la humanidad recurrirá siempre a la fuerza. Difícil es construir porque se necesita preparación técnica y plan definido, y ambas cosas suponen tiempo largo, pues él es menester para adquirir la primera y para desarrollar el segundo, etapa por etapa. Revolucionar es fácil enarbolando como banderas ideales utópicos, y reclutando, con ese pretexto, a las bajas pasiones, a los instintos primitivos del hombre. Es patente hoy, después de los estudios sobre la psicología de las masas y sobre lo subconsciente, que cualquier audaz, sin ser genio ni mártir, puede engendrar un movimiento social. Hace sonreír pensar que alguno que tuvo lugar en el trescientos fue suscitado por agente tan insignificante como el viejo caballo del no menos viejo caballero florentino Rinuccio di Nello, protagonista del relato del buen Franco Sacchetti, contemporáneo de Boccaccio.

El General Díaz y sus hombres, concibieron en grande el porvenir de México; pero sabían que este pueblo étnicamente heterogéneo, cuyo mayor componente se halla aún en una edad cercana a la de piedra, necesita largos años para asimilar la cultura. Es injusto declararlos traidores a la patria porque no hicieron esa magna obra, en sólo seis lustros.

Evidentemente que reflexiones semejantes pudo hacer Gamboa en aquella época, y es posible estén consignadas en lo que queda inédito de su Diario ¹. Lo que se conoce de él no llega a su llamamiento de Bélgica por el General Huerta, para ocupar la cartera de Relaciones Exteriores, y por eso aquí debería terminar este estudio. Pero los hechos posteriores los ha recogido ya la Historia y se pueden puntualizar.

Asumió el cargo, mezclándose por primera vez en la política; y en qué política! ¿Qué lo impulsó a hacerlo? Tal vez que aquel Gobierno fue reconocido por todos los del mundo, excepto por el de los Estados Unidos. Quizá lo creyó capaz de encauzar a México hacia la paz. Inaugurábase con las manos tintas en la sangre del señor Madero; mas, ¿no era aquel crimen seme-

¹ Se está publicando el tomo VI de *Mi Diario* en un diario capitalino; pero la parte relativa a su gestión en Relaciones, se dice perdida.

jante a los muchos que a través de la Historia Universal y Patria, han cometido otros gobernantes, sin que ello, sin embargo, les haya impedido a veces hacer la grandeza de sus países, ya que, desgraciadamente, tratándose del régimen de los pueblos, el Exito no corre paralelo a la Moral? Además, aunque tal idea parezca una blasfemia, ello es que muchos pensaron que puesto que en política todo se paga, la cruentación de don Francisco Madero, fue el precio que pagó por haber resucitado en México el proceso endémico revolucionario, y por la sangre de los miles de mexicanos que cayeron por su causa, inútilmente. . . hasta ahora.

Sea de ello lo que fuere, Gamboa, ya como Canciller de aquel efímero y torvo Gobierno, se enfrentó con una situación internacional difícilísima: los Estados Unidos, siempre monroístas, se habían arrogado la facultad de decidir de los destinos interiores de nuestra patria, y, con inconsistencia patente, si antes habían ayudado al derrocamiento del régimen maderista, por medio de las maquinaciones de Lane Wilson, ahora intentaban derrocar al general Huerta, quien efectuó la eversión de ayer.

Un mexicano —pensaría Gamboa— no debe distinguir si por lo que el yanqui interviene es para aplacar una guerra civil. Intervención es, de todos modos, sojuzgamiento, insulto a la soberanía patria, que no reside en un bando o en otro, sino en la nación entera, como entidad. Así, contestó a las gestiones de Mr. John Lind, enviado confidencial del Presidente Wilson, en dos notas que ponen muy alto el honor mexicano, ante las exigencias del vecino poderoso.

Cuatro cosas exigía el Gobierno de Wilson: cese de las hostilidades entre el Gobierno de Huerta y la Revolución; seguridades de una pronta y libre elección presidencial; que el general Huerta no fuera candidato en esas elecciones; y, por último, compromiso del mismo de someterse al resultado de éstas.

Gamboa, con fina dialéctica diplomática, ase firmemente todos aquellos puntos favorables a que da lugar la ambigüedad yanqui, y rebate sus contenciones, con argumentos muy fuertes. Marca, desde luego, que su gobierno tiene en cuenta para oír al Agente Confidencial, ante todo, la ininuación de los gobiernos extranjeros amigos, que para ello interpusieron sus buenos oficios; ítem más, el deseo de exponer la verdadera situación de México, rectificando la aseveración de que su gobierno no domina en casi todo su territorio.

Respecto a los buenos deseos de Estados Unidos en pro de la cesación de la contienda, retuércelos el argumento, alegando que ella habría cesado ya, si el poderoso vecino hubiera observado la estricta neutralidad a que la ley de gentes lo obligaba. Luego, agrega: “Adrede no contesto la alusión que se refiere al propósito de los Estados Unidos de América de rendir los más escrupulosos miramientos a la soberanía e independencia de México, porque

hay asuntos, señor Agente Confidencial, que no consienten ni en el terreno de la idea pura, que se contesten por escrito”.

Pasa a demostrar que es grave error decir que México no puede cumplir con sus deberes internacionales, por lo que no puede ni por un momento, tomar en consideración las cuatro condiciones que propone Mr. Wilson, y de paso hace hincapié en que el mero hecho de pedir al general Huerta que asegure la función electoral, es reconocerle como gobierno perfectamente capacitado.

Termina reiterando que sólo una inclinación amistosa induce a México a contestar gestión que implica tales condiciones, que “por lo deprimentes e inusitadas, apenas admisibles en un tratado de paz después de una victoria, habríalas rechazado de plano, según, en su caso, lo haría cualquiera nación que en algo se respete”.

Lind respondió a tal nota insistiendo ya solamente en la celebración de las elecciones y en el compromiso de Huerta de considerarse fuera de ellas; pero agregó este párrafo, que es altamente significativo: “El Presidente (Wilson) me autoriza, además, a decir que si el gobierno de facto obra inmediatamente y conforme a las indicaciones mencionadas, entonces el Presidente asegurará a los banqueros americanos y a sus socios, que el Gobierno de los Estados Unidos vería con agrado la contratación de un préstamo inmediato, en cantidad suficiente para cubrir las necesidades del momento del Gobierno de facto de México”.

Y después de esa insinuante promesa, añadió que volvía a proponer las condiciones primordiales, pero en forma *más restringida* (es decir, haciendo punto omiso de la cesación de hostilidades, por medio de un armisticio), “con el objeto de que el gobierno de facto pueda obrar con relación a ellas, *sin necesidad de la cooperación o ayuda*, en las actuales circunstancias, de *ningún factor extraño a la situación*”. Lo cual significa, leyendo entre líneas, que si Huerta se hubiese allanado a hacer las elecciones, sin ser él candidato, *los Estados Unidos se hubiesen desentendido de los intereses representados por la Revolución*.

¡Risueño futuro para Huerta si hubiera bajado la cerviz ante las horcas caudinas del monroísmo! Pero cualesquiera que fuesen sus crímenes y su oculto intento para el futuro, su Secretario de Relaciones le hizo adoptar la sana y digna actitud de la insumisión al extranjero, y su gobierno perdió conscientemente la ocasión de prolongarse, aunque fuera por medio de un testafarro, dominando la Revolución con la ayuda yanqui. Gamboa respondió, en sustancia, lo anterior, pero en más elevados conceptos. Respecto a las famosas *condiciones restringidas*, escribió que eran más inadmisibles todavía: “Precisamente porque comprendemos el inmenso valor que tiene el principio de soberanía que con tanta oportunidad invoca el Gobierno de los Estados Uni-

dos para reconocernos o no, nos hizo creer que nunca se atrevería a proponernos el que nosotros vulneráramos la nuestra, admitiendo que un gobierno extranjero modifique la línea de conducta que hayamos de seguir en nuestra vida pública e independiente. Si en principio siquiera fuéramos a admitir los conceptos y advertencias (llamémosles así) de los Estados Unidos de América, no sólo vulneraríamos, como digo arriba, nuestra soberanía, sino que comprometeríamos para un porvenir indefinido nuestros destinos de entidad soberana, y todas las futuras elecciones de Presidente quedarían sometidas al veto de cualquier Presidente de los Estados Unidos de América. *Y enormidad tamaña, señor Agente Confidencial, yo le aseguro a usted que a menos de no registrarse un cataclismo monstruoso y casi imposible en la conciencia mexicana, ningún gobierno se atreverá nunca a perpetrarlo*".

Luego rechaza la oferta de crédito diciendo: "Permítame usted, señor Agente Confidencial, que a la significativa oferta que el Gobierno de los Estados Unidos de América se sirve insinuarnos de que recomendará cerca de los banqueros americanos y sus asociados la contratación de un empréstito inmediato que nos permita hacer frente, entre otras atenciones, a los innúmeros gastos urgentísimos que demanda la progresiva pacificación del país, no le dé respuesta por ahora; pues en los términos en que se halla concebida, parece más bien una halagüeña propuesta previa, al efecto de que movidos por un interés mezquino renunciemos a sostener el derecho que incontrovertiblemente nos asiste. *Cuando la dignidad nacional va de por medio, entiendo yo que no hay empréstitos suficientes para que con pleno conocimiento de ello, los encargados por la ley de mantenerla incólume, la menoscaben*".

Huelga cualquier comentario a estos conceptos. Son los de un gran mexicano, y este dictado es el mayor elogio que se puede hacer a un jefe de nuestra Cancillería.

Ese fue el canto del cisne del breve ministerio de Gamboa. Hubo de separarse, para tomar parte en una aventura en terrenos para él totalmente desconocidos: los de la política electoral. Con una buena fe increíble, que prueba la entera que él tenía a lo que sentara en sus notas, aceptó ser candidato del Partido Católico en las elecciones mañosamente convocadas por el general Huerta, con fines personales. Tal actitud de sinceridad y candor de parte de Gamboa, se corrobora con la siguiente anécdota obtenida de un testigo presencial irrecusable ².

Aceptada su postulación, Gamboa citó inmediatamente al Presidente Huerta y a sus colegas de gabinete, para una comunicación urgente. Reunidos todos, les anunció la aceptación de su candidatura presidencial, pidién-

² El Sr. Lic. Nemesio García Naraño.

doles opinión sobre lo que debía hacer. Dos caminos se le presentaban: o renunciar a su cartera, para dedicarse a los trabajos electorales, o únicamente pedir licencia temporal, para reasumir su cargo una vez electo (cosa de que él no dudaba, atendiendo a la fuerza del partido que lo postulaba), y esperar a que el general Huerta le transmitiera el poder.

No es para descrita la estupefacción de todos sus colegas, que ellos sí se daban perfecta cuenta de que Huerta deseaba todo, menos abandonar la silla presidencial. Huerta interrumpió el silencio en que se refugiaron, diciendo que él creía mejor que el señor Secretario de Relaciones renunciara.

Más tarde, el mismo general Huerta reunió a los diferentes candidatos (forzados muchos de ellos), que habían de contender en las próximas elecciones, para que hicieran pacto de acatar sus resultados; pero dirigiéndose a Gamboa, le dijo: —Eso no reza, por mi parte, respecto a usted; yo soy liberal, y no sufriré que el gobierno caiga en manos de los católicos—. ¡Bien sabía el taimado indio que esa posibilidad no existía, y así su acción era puro deseo de demostrar a Gamboa el alto concepto que le inspiraba su buena fe!

La vida pública del hombre había concluido. Cuando la Revolución triunfó por completo, consideró enemigos suyos a cuantos no habían militado en sus filas, y Gamboa hubo de marchar al destierro. Seguramente que él anotó en su Diario sus malandanzas y pobreza en aquel duro período.

Cuando ya más humanizados nuestros prohombres, hicieron distinción entre quienes se les opusieron con las manos manchadas de sangre o de oro, y los que no les fueron adeptos por razones de conciencia, Gamboa fue reintegrado a los patrios lares. Mas no cesaron por ello sus tribulaciones y sufrió todavía otro ataque en lo que él estimara más que su propia vida: en su honor de patriota.

Gentes equivocadas, algunas de ellas de plena buena fe, publicaron en la prensa, carta atribuida a Gamboa, en que éste pedía al Gobierno de los Estados Unidos, que interviniera en México. Tamaña acusación, que lo marcaba indeleblemente como traidor, no era compatible con sus ideas y con su conducta anteriores. ¿Era posible que quien rechazó ofendido la ayuda ofrecida por el vecino poderoso, cuando un solo paso lo separaba del poder, se humillara ante aquél, ahora que nada tenía que ganar?

Pero no hay que rebatir lo absurdo. Baste decir que Gamboa llevó el asunto a los tribunales creados por la misma Revolución, y que éstos no pudieron menos que reconocer que la carta de marras era sólo un truco fotográfico, y que la firma estampada en ella no era de Gamboa. Más resonante rehabilitación no puede pedirse.

A pesar de ella, el Gobierno de México no quiso reconocerle los derechos que le daba la Ley del Cuerpo Diplomático, a una pensión, perfectamente ganada por sus largos servicios, y que hubiera hecho menos angustiosos los

años últimos de su vejez. Tampoco cuando murió movió un dedo siquiera para honrar ante su tumba a quien dio lo mejor de su vida para defender el honor de la República.

Así es esta trágica nación nuestra que, heredera de Castilla, como ella “hace a los hombres y los gasta”, imperturbable. A sus hijos, del temple de don Federico Gamboa, eso no les arredra. Saben que las patrias se forjan con los dolores abnegados de quienes las aman y sirven, y arrostran con ánimo estoico hasta el injusto olvido de las generaciones futuras.

La curva de la vida del hombre, del cual acaba de estudiarse una fase, fue armónica en totalidad. Poseyó el sagrado impulso de progreso espiritual, que es generador de moral y de arte. Cuando joven, las sirenas y las harpías lo perturbaron con sus voces; mas pronto supo esquivar su llamamiento, atado al mástil robusto de su fe y de su hidalguía.

El arte le prestó su ayuda y su prestigio. El servicio de su patria elevó su tono y su carácter, y la adversidad lo templó hasta hacerlo firme, dúctil y brillante como una hoja toledana.

Fue mexicano desde la médula hasta la piel. Su obra literaria es de las más representativas de nuestro país, por los problemas que mueve, por los tipos que crea, por los paisajes que retrata. No menos mexicano es su abo-lengo diplomático, de representante de una nación débil, que sólo esgrime, para defenderse, el Derecho.

En tanto que México le tributa los honores que le debe, nosotros mantengamos encendido su fuego funerario.

D. JUAN RUIZ DE ALARCON *

Por don ALBERTO MA. CARREÑO

CORRÍA el tercer lustro del siglo XVII. De Veracruz parte en recia y pesada nave, tan pesada y recia como lenta, un hombrecillo todavía no entrado en años, mas de extraño aspecto corporal: se llama Juan Ruiz de Alarcón.

Algo hondamente debe preocuparlo, puesto que su mirada se pierde en el anchuroso mar, cuyas olas surgen y desaparecen deshaciéndose en espumas. ¿Pero qué ideas agitan su mente? ¿Qué sensaciones mueven su corazón? Son dos polos de su vida los que así lo abstraen: ¡ayer: mañana!

El ayer comienza para su familia en la capital de la Nueva España, así como en un pueblecillo, enclavado en medio de abruptas montañas, que al correr de los siglos será célebre por los tesoros que de codiciados metales encierra; célebre por las maravillas artísticas que con orgullo mostrará a sus visitantes: Taxco.

El ayer continúa para el futuro comediógrafo en la Real y Pontificia Universidad, semillero de ciencias, modeladora de sabios y de hombres de letras; y en la Universidad continúa en dos formas: primero, de ilusión; después, de repetidos desengaños.

La ilusión nació cuando año por año se fueron venciendo los obstáculos que oponen los estudios. Ya el joven era bachiller; lo estudiado en México le había permitido que Salamanca, la Universidad sin par en aquel siglo, le otorgara el 3 de diciembre de 1602, "el grado de bachilleramiento en Leyes", después de presentarle Ruiz de Alarcón las debidas certificaciones de la Real de México.

Vuelto a esta su patria, había avanzado un paso más en su carrera, al obtener en 21 de febrero de 1609 y con toda la impresionante ceremonia acostumbrada en la Catedral de esta Metrópoli el grado de Licenciado en

* Discurso pronunciado el 4 de agosto de 1939.

ambos Derechos, después de haber sido aprobado por los doctores que lo examinaron, "Nemine discrepante". Ya podía recibir, cuando quisiera, el nuevo grado de Doctor en la facultad de Leyes, aunque como Licenciado podía aspirar a los puestos públicos, y en efecto logró el de Teniente de Regidor, que sin embargo, no llenaría sus aspiraciones.

Pero surgió el primer desengaño, cuando entre el Licenciado y la ambicionada borla doctoral se interpuso como fatídico fantasma la pobreza.

El Claustro de la Universidad está reunido y encabezado por el Rector Alonso de Villanueva Alarcón en 12 de marzo de 1609; se trata de resolver una solicitud del joven, la cual indica "que él trataba de recibir el grado de doctor en la Facultad de Leyes y era tan pobre como constaba a Su Señoría" y que pedía, por tanto, que se le dispensara de la "pompa" acostumbrada en el otorgamiento de grados¹.

Sin duda la pobreza de Ruiz de Alarcón era notoria, puesto que "Nemine discrepante" también, la petición se acordó favorablemente; pero ya lo hizo observar con justicia Nicolás Rangel, descubridor de los valiosísimos documentos relativos al paso del poeta por la Real y Pontificia Universidad: aun sin los gastos de la *pompa*, las erogaciones, para la obtención del grado eran muy elevadas, y el Licenciado Juan Ruiz de Alarcón no pudo realizar su deseo de doctorarse.

Y no sería este el último desengaño; que al oponerse a varias cátedras en la Universidad no las logró, por las intrigas que en los expedientes se descubren; y entonces el Licenciado ha de haber pensado con dolor en su pobreza; su pobreza que fue sin duda la que más tarde le dictó esta dura reflexión al escribir su comedia *La industria y la Suerte*:

*...te certifico
que en la tierra donde estás
es el linaje del rico
el que a todo deja atrás...
que si he de decir verdad,
dineros son calidad...
Y la pobreza es vileza.*

Mas la de Ruiz de Alarcón no era tan sólo de dinero, sino de porte; dos corcovas "que una traigo en el pecho y otra en la espalda", como se escribiría más tarde en España al hacer chacota del escritor, sin duda fueron demasiado estorbo para ganar la seriedad y el respeto en una cátedra.

La otra abstracción del viajero en aquella flota hispana tenía que cau-

¹ *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, Vol. XI No. 1.

sarla el pensamiento puesto en el porvenir: ¿qué le reservaría España, que fuera mejor que lo que hasta allí había podido darle su propia patria?

A la verdad las respuestas no han de haber sido del todo gratas. Como que llevaba en sí las inseparables alforjas de su miseria física; y como temible y pesado aditamento su pobreza tal vez menor que antes, puesto que podía transportarse a la Metrópoli; pero que había de cerrarle muchas puertas, sin duda alguna.

Acaso, acaso, sin embargo, más que su pobreza de dinero ha de haberlo atenuado la de su cuerpo desgarbado y contrahecho.

La navegación del primer día va llegando a su término: el mar parece un inmenso crisol en que Natura quisiera limpiar todas las manchas del sol poniente; las tenues nubecillas que bogan aquí y allá en el firmamento, semejan a su vez, por su color de fuego, chispas gigantescas proyectadas por aquel gran crisol. Después, poco a poco, esas chispas se apagan; el crisol deja de mostrar su fantástico aspecto de incendio; la luz se amortigua y se deslía en sombras, y una honda tristeza se apodera del alma soñadora de aquel joven corcovado, que, a través de las oscuridades de su espíritu, mayores todavía que las que cubren el mar, quisiera descubrir lo que le traerá el incierto mañana, el sombrío porvenir.

Se encuentra ya por fin de regreso en España que está en sus días de mayor gloria literaria; en sus días del más alto encumbramiento político; y la suerte quizá no sea favorable al joven Licenciado para un fácil desarrollo material; pero su inteligencia poderosa y su profundo sentimiento filosófico le abrirán camino en el medio en que algunos de los más grandes ingenios de la Literatura hispana son ya luminares.

En aquellos días, en efecto, brilla intensamente Lope de Vega; notables son sus éxitos materiales y artísticos, y en mayor o menor escala los comparten Cervantes, Quevedo, Góngora, Fr. Gabriel de Téllez (Tirso de Molina), Calderón de la Barca, Mira de Amezcua, Pérez de Montalván... con ellos va a competir el poeta filósofo en el mundo literario.

¿Cuál fue el éxito de Ruiz de Alarcón? Nos lo dicen los comentarios que provoca; aun los venenosos dardos que se le dirigen; pues sólo quien se abre paso ante la pública opinión y sobre ella se impone por su valer, es capaz de atraer los elogios y aun la sátira; y para esto último ¿qué cosa puede ayudar mejor a sus émulos, que los defectos físicos del comediógrafo?

Grande hubo de ser la celebridad que gozaban en Madrid las jorobas de Alarcón —afirma don Juan Eugenio Hartzenbuch— pues en una sátira al licenciado Pedro de la Torre Ranila, se le lanza esta maldición: “¡Mala corcova de Alarcón te nazca!”².

² *Biblioteca de Rivadeneyra*, Vol. 20. *Comedias de Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*.

Pero esta celebridad se muestra a veces en forma hiriente, no sólo a propósito de las corcovas; sino de toda la personalidad física de Ruiz de Alarcón. He aquí algunas seguidillas al propósito:

*Entre cumbre y cumbre
mi cara asoma
por el horizonte
de mis corcovas
¡Jesús! ¿qué tengo?
que parezco tortuga
con el manteo...
Seguidillas las piernas,
cuarteto el cuerpo;
digo que (yo) soy molde
de bodoquero.
¡Jesús! ¿qué tengo?
Dos bacías propias
con que me afeito...
Nadador famoso
soy en el agua
porque traigo conmigo
dos calabazas...
...¡Jesús! ¿qué tengo?
que es mi cara de buho
de rana el cuerpo.*

D. Francisco de Quevedo, el escritor inteligentísimo, el más original de aquellos tiempos, toda vez que junto a una composición de carácter moral y aun místico nos presenta otras y otras de carácter vulgar en gran manera, se ensaña, —no es posible decir menos— contra el comediógrafo mexicano, como podrá verse en su Letrilla contra Ruiz de Alarcón, algunas de cuyas estrofas se reproducen.

*¿Quién es poeta juanetes,
siendo por lo desigual
piña de cirio pascual
hormilla para bonetes?
¿Quién enseña a los cohetes
a buscar ruido en la villa?
Corcovilla
...¿Quién tiene espaldas con moño
de jibas, y, bien mirado,*

*tiene el pecho levantado
 como falso testimonio?
 ¿Quién para el primer demonio
 es coco, con su carilla?
 Corcovilla.
 ¿Quién es muñeca de andrajos
 y tiene en forma de zote
 las pechugas con cogote,
 las costillas con zancajos?
 ¿Quién siendo cabeza de ajos,
 tiene bullicio de ardilla?
 Corcovilla.*

Y empleando las formas sucias que solían, al parecer, causar mucho contento a Quevedo, como lo demuestra una de sus más vulgares sátiras contra Góngora, tras de insultar aun al Padre del poeta, cuando asienta que éste

*“es hijo de un sabañón
 barbado... y que su padre fue picador
 pues en él hizo corvetas”*

todavía escribe:

*¿Quién parece con sotana
 empanada de ternera?
 ¿Quién, si dos dedos creciera,
 pudiera llegar a rana?
 ¿Quién puede ser almorrana
 de cualquiera rabadilla?
 Corcovilla.*

Tales son unas cuantas muestras de la composición en que empleó Quevedo 140 versos para hacer mofa del mexicano.

Pero si todas estas chungas o todos estos insultos han de haber hecho mella en el espíritu del famoso corcovado, aunque algunos hayan sido lanzados en “vejámenes” en que una amistosa burla presidía, Ruiz de Alarcón en su comedia *Los pechos privilegiados* quiso sin duda responder las afrentas que se le dirigían, haciendo el retrato moral de sus detractores, de sus envidiosos. Si los pudiéramos tener a la vista, bien retratados los encontraríamos en esta enumeración que hace el gracioso Cuaresma.

*Culpa a un bravo bigotudo
rostriamargo y hombrituerto,
que en sacando la de juanes
toma las de Villadiego;
culpa a un viejo avellanado
tan verde, que al mismo tiempo
que está aforrado de martas
anda haciendo madalenos;
culpa al que de sus vecinos
se querella, no advirtiendo
que nunca los tiene malos
el que los merece buenos:
culpa a un rüin con oficio,
que con el poder soberbio,
es un gigantón de Corpus,
que lleva un pícaro dentro;
culpa al que siempre se queja
de que es envidiado, siendo
envidioso universal
de los aplausos ajenos;
culpa a un avariento rico,
pobre con mucho dinero,
pues es tenerlo y no usarlo
lo mismo que no tenerlo;
culpa a aquel que, de su alma
olvidando los defetos,
graceja con apodar
los que otro tiene en el cuerpo...*

Y para que no pueda quedarnos duda de que quiso referirse a quienes hacían burla de sus defectos físicos, agrega estas interesantísimas reflexiones:

*Dios no lo da todo a uno;
que piadoso y justiciero,
con divina providencia
dispone el repartimiento.*

Al que le plugo de dar
mal cuerpo, dio sufrimiento
para llevar cuerdamente
los apodos de los necios.

Y en seguida continúa:

*Al que le dio cuerpo grande,
le dio corto entendimiento;
hace malquisto al dichoso,
hace al rico majadero.
Próvida naturaleza
nubes congela en el viento
y repartiendo sus lluvias,
riega el árbol más pequeño.
Ni en un solo oriente nace
el sol; que en giros diversos
su luz comunica a todos;
y según están dispuestos
los terrenos, así engendra
perlas en Oriente, incienso
en Arabia, en Libia sierpes,
en las Canarias camellos;
da seda a los granadinos,
a los vizcaínos hierro,
a los valencianos fruta,
y nabos a los gallegos.
Así reparte sus dones
por su proporción el cielo;
que a los demás agraviara,
dándolo todo a uno mesmo...*

Y por lo que a él respecta concluye con esta sencilla declaración:

*¡Sólo ingenio me dio a mí!
pues en las cosas de ingenio
te sirve de mí; y de otros
en la que piden esfuerzo.*

Es tan admirable el retrato que hace Ruiz de Alarcón de Don Francisco de Quevedo en cinco palabras: “¡bravo bigotudo, rostriamargo y hombrituerto!”; es tan clara la alusión a Lope y a Góngora, al llamarlos: “Viejo verde” al primero; “quejoso de que es envidiado”, al segundo, que es imposible dudar de que hizo la enumeración de todos los críticos de sus defectos y aun de su obra intelectual.

Pero el mismo poeta se burla de su fealdad y hace resaltar su pobreza,

sin duda, en la comedia *Las paredes oyen*, donde quiso retratarse. ¿Se recuerda el hecho?

El personaje está enamorado de doña Ana; quisiera a toda costa ganar su voluntad, y con su voluntad su amor; mas lo amarga pensar en la disparidad suya con el objeto de sus sentimientos, y exclama:

*Tiéneme desesperado,
Beltrán, mi desigualdad,
si no de mi calidad,
de mis partes y mi estado.
La hermosura de doña Ana,
el cuerpo airoso y gentil,
bella emulación de abril,
dulce envidia de Diana,
mira tú, ¡cómo podrán
dar esperanza al deseo
de un hombre tan pobre y feo
y de mal talle, Beltrán!*

Ana, por su parte, asegura a su confidente:

*¡Ay, Celia, y qué mala cara
y mal talle de Don Juan!*

.....
*¿Cómo puedo yo querer
hombre cuya cara y talle
me enfada sólo en miralle?*

.....
*¡Celia, si Don Juan tuviera
mejor talle y mejor cara. . .!*

Mas aquí viene ahora la honda filosofía del poeta; porque, en efecto: Celia, al escuchar la exclamación de doña Ana acerca de la fealdad de don Juan, le replica:

*Pues ¡cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver
la hermosura y gentileza.
Su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.*

*Lo visible es el tesoro
de mozas faltas de seso.
Y las más veces por eso
topan con un asno de oro.
Por eso no tiene el moro
ventanas, y es cosa clara
que aunque al principio repara
la vista, con la costumbre
pierde el gusto o pesadumbre
de la buena o mala cara.*

¿Cuál fue la actitud de Lope para con Ruiz de Alarcón? Diversa de la de los otros escritores, a juzgar por su comentario en el *Laurel de Apolo*.

Es verdad que en el vejamen o burla literaria en que tomaron parte varios de los más grandes ingenios de aquellos días, y con motivo de algunos versos escritos entre diversos poetas para formar un poema descriptivo de unas fiestas de toros y cañas, pedido a Ruiz de Alarcón, también Lope contribuyó con una décima que dice:

*¡Pedirme en tal relación
parecer! Cosa excusada;
porque a mí todo me agrada,
si no es Don Juan de Alarcón.
Versos de tirela son;
Y así no hay que hacer espantos,
si son centones o cantos;
que es también cosa cruel
ponelle la culpa a él
de lo que la tienen tantos.*

Nótese, sin embargo, que a pesar de las diferencias que pudo haber habido entre los dos comediógrafos, si Lope declara que no le agrada Ruiz de Alarcón, sale en defensa de éste, cuando todos los demás habían satirizado cruelmente al hombre y los versos.

¿Diferencias entre los dos comediógrafos, a pesar de las alturas a que Lope había llegado?

No puede dudarse. El poeta corcovado criticó en *Las paredes oyen* el que Lope hubiera hecho aparecer en su comedia *Los donaires de Matico* a una infanta de León disfrazándose de hombre para seguir a su amante; y lo criticó en éste diálogo:

Celia

*Bien parece que no ves
lo que en las comedias hacen
las infantas de León.*

Doña Ana

¿Cómo?

Celia

*Con tal condición
o con tal desdicha nacen,
que en viendo un hombre, al momento,
le ruegan, y mudan traje,
y sirviéndole de paje,
van con las piernas al viento*³.

Ya se ha mencionado la referencia que sin duda hace Alarcón a propósito de las tendencias amorosas de Lope; y todo ello seguramente debe haber desagradado a éste. Mas había otra circunstancia, que ha de haberle causado preocupaciones no desde el punto de vista material, sino del intelectual.

Lope era un genio; pero siéndolo no había realizado lo que el *indiano*: elevar el teatro de simple exposición de frivolidades a escuela de moralización, y medio de pública censura de las caídas, de las pasiones de los seres humanos.

Ruiz de Alarcón no podía ya arrebatarse su puesto en la corte, ni su popularidad de comediógrafo por excelencia, ni su fama de fecundísimo e inspirado poeta; sin embargo le había arrebatado para siempre una gloria que ya no podía jamás alcanzar: haber sido él, Lope, quien dignificara el teatro; el teatro que había sido la base de su glorificación.

Pero Lope, por más que haya deplorado, hombre al fin, que Ruiz de Alarcón le hubiera llevado esa porción de gloria que pudo ser también suya, comprendió el verdadero valer de éste y por ello en su *Laurel de Apolo*, dijo en la silva segunda:

*En México la fama,
que, como el sol, descubre cuanto mira,*

³ Esta última observación la hizo Don Juan Eugenio Hartzsenbuch.

*a Don Juan de Alarcón halló, que aspira
con dulce ingenio a la divina rama,
la máxima cumplida
de lo que puede la virtud unida.*

Y era cierto: Ruiz de Alarcón aspiraba a “la divina rama”, esto es: a los laureles que son emblema de la fama y de la gloria. Pero ¿qué quiso decir Lope de Vega al afirmar que el comediógrafo aspiraba a la gloria “la máxima cumplida, de lo que puede la virtud unida”? El ilustre Hartzsenbuch supone que Lope aludió a que el ingenio de Ruiz de Alarcón, iba unido a su virtud; y esta suposición se confirma cuando se estudia la obra del comediógrafo mexicano.

A la verdad, debe uno sentirse inclinado a pensar que estuvo dotado de un alma generosa y noble por su virtud, si se piensa en las tendencias moralizadoras de sus comedias; si se recuerda, que al tratar de vencer las intrigas que en la Universidad de México le impidieron obtener las cátedras a que aspiró, lejos de emplear términos agrios y violentos sólo expuso con absoluta sencillez los hechos:

“A mi noticia ha llegado —escribe a la Universidad— que a muchos de los votos que han de ser en esta cátedra de *instituta*, a que estoy opuesto, se les hacen amenazas sobre que no voten por algunos de los opositores, y los dichos votos aunque se vota secretamente, votan con miedo, y la causa es que como hay poco número de votos, son muchos de ellos conocidos en el número de cursos y calidades. . .”⁴.

Y sugiere el medio de remediar el mal, pero sin comentarios que acusen una baja pasión, que, por otra parte, sería muy explicable.

En ocasión diversa, comprueba que en una de las oposiciones en que toma parte, “de los autos fechos. . . consta haber (sus) opositores todos haber incurrido en inhabilidad para obtener esta cátedra”⁵.

Pide, en consecuencia, que se le ponga en posesión de ella; pero, igualmente, sin comentario alguno para atacar a sus contrarios.

Todo esto ya es indicio del carácter que sin duda quiso pintar Lope de Vega. Pero ese carácter puede adivinarse también a través de sus comedias.

Es inútil insistir en lo que ya es perfectamente sabido y aceptado: que fue el poeta corcovado el primero que convirtió el teatro español en medio para moralizar las costumbres, y bastaría este hecho para pensar con fundamento sólido que cualesquiera que fueran las faltas y los errores cometidos

⁴ *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Vol. XI, No. 1.

⁵ *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Vol. XI, No. 2.

por el comediógrafo, hombre, ser humano al fin —parece que a pesar de su cuerpo contrahecho fue muy enamorado si el Don Juan de *La Cueva de Salamanca* lo retrata—, indiscutiblemente había en él un hondo sentimiento moral.

Como antes se ha dicho, Quevedo, por ejemplo, tiene también una obra moralizadora indiscutible; pero cae con gran frecuencia en el extremo opuesto, que es su terrible mordacidad. Esta no existe en Ruiz de Alarcón, quien acaso muestra su mayor picardihuela en la llamada al juicio final en la comedia *El Semejante a sí mismo*.

Todavía en Lope, en Cervantes, se notan ciertas desigualdades en sus obras de moralización y de picardía, en forma que no se hallará en el poeta giboso; todo ello, en consecuencia debe llevarnos a la estimación de la persona moral del dramaturgo mexicano.

Conviene, pues, asomarnos luego a sus pensamientos dispersos en sus comedias; y lo primero que saltará a la vista es la apreciación que hace de sí mismo en *Las paredes oyen*, si es que desde el teatro quiso hacer la defensa de sus defectos físicos, de su pobreza, exponiendo en cambio lo que de bueno había en él.

He aquí el comentario que pone en labios de Doña Ana en presencia de Don Mendo:

*Para entre los dos, Don Juan
es un buen hombre, y si digo
que tiene poco de sabio,
puedo hacerlo sin agravio.*

Es decir que en el retrato que de sí presenta en diversas partes de aquella comedia nos da un hombre de limpio linaje, pobre, que no es sabio, pero que sí es bueno. Y nada de cuanto hasta hoy se conoce de él nos muestra lo contrario.

Mas hay en sus comedias, versificadas algunas con verdadera maestría, pensamientos que no sólo revelan ingenio, sino profunda experiencia de las miserias de la vida. Recordemos algunos de ellos.

Comienza por exponer con valor y con entereza, cómo los caprichos de quienes tienen la autoridad en sus manos suelen ser su única ley, y afirma que:

*...las leyes
en las manos de los reyes
que las hacen, son de cera;
y que puede un rey que intenta
que valga por ley su gusto,*

*hacer lícito lo injusto
y hacer honrosa la afrenta.*

Piénsese ahora que este justo reproche lo lanzó en el reino más poderoso de la tierra, por aquellos días.

Expone también la mala idea que tiene de los cortesanos, quienes le parecen falsos en ocasiones, pero siempre interesados por el dinero.

*Bien sé que apunta al dinero
toda aguja cortesana,*

nos dice en *Los favores del mundo*; y testigo de cuantos daños suele causar la ambición por el dinero, la exhibe con gran frecuencia en su obra.

Así en *El Semejante a sí mismo* nos dice:

*¿A quién no dobla un doblón?
¿Qué fuerza hay contra el dinero?
¿Qué escudo contra un escudo?
Hará el oro hablar a un mudo,
hará callar a un barbero.*

Y como consecuencia del amor al dinero, de la necesidad del dinero, hace ver que todos en la vida van tras de él. He aquí sus propios pensamientos:

*(Dime) ¿dónde encontrarás
hombre, mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
diciendo “¡Lienzo!” a un lencero,
te dice: “Dame dinero,
si de mi lienzo quisieres”.
El mercader claramente
diciendo está sin hablar:
“Dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente”.
Todos, según imagino,
piden, que para vivir
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino:
con la cruz el sacristán;
con los responsos el cura;
el monstruo con la figura;*

*con su cuerpo el ganapán;
el alguacil con la vara;
con la pluma el escribano;
el oficial con la mano;
y la mujer con la cara.*

Pero si en éstos halla justificación para el buscar y pedir, le irrita que el interés sin pudor mueva al hombre, y exclama:

*Mal haya el vil interés
por quien ni honor ni opinión
podemos asegurar.
(Las paredes oyen)*

Lo irrita igualmente la murmuración, puesto que:

*Ni hay más inútil pecado
ni salsa más peligrosa.
Después que uno ha dicho mal,
¿saca de hacerlo algún bien?
Los que lo escuchan más bien,
esos lo quieren más mal;
que cada cual entre sí
dice oyendo al maldiciente:
“Este, cuando yo me ausente,
lo mismo dirá de mí”.
Pues si aquel de quien murmura
lo sabe, que es fácil cosa,
¿qué mesa tiene gustosa?
¿qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos
que no aborrece la gente;
y sólo del maldiciente
huyen con cuidado todos.
Del malo más pertinaz
lastima la desventura;
solamente al que murmura
lleva el diablo en haz y paz.
(Las paredes oyen)*

En *El Duelo de las Estrellas* fustiga rudamente uno de los más feos vicios del hombre, cuando pone en labios de Licurgo estas verdades:

*...Nadie ignora
que es de los vicios autora,
gran señor, la ociosidad.
Principio de la pobreza
del reino, y lo que destruye
los miembros, le disminuye
el poder a la cabeza.*

En *Los favores del mundo* pone de resalto cómo más se ennoblece quien sabe refrenar sus pasiones, que quien se deja arrebatar por ellas; que el que realiza una venganza. García está a punto de vengarse, dándole muerte a Don Juan, quien al reñir con el primero, cae en los momentos en que éste va a clavarle su daga. La angustiada exclamación que deja salir del pecho: “¡Válgame la Virgen!” hace que García contenga el brazo y le salve la vida, asegurando:

*Valga;
que a tan alta intercesión
no puedo ser descortés...
...que refrenar mi furor
pudiera su solo nombre.*

Es, en verdad, un sentimiento piadoso el que ha detenido el brazo vengador; pero García afirma que su mayor victoria ha consistido en vencerse a sí mismo; y por ello Ruiz de Alarcón le hace decir:

*Más queda de esta manera
satisfecha la honra mía:
que si yo pude mataros,
más he hecho en perdonaros
que en daros la muerte haría.
Matar pude, vencedor
de vos solo; más así
he vencido a vos y a mí,
que es la victoria mayor.*

La obra entera de don Juan Ruiz de Alarcón está salpicada de reflexiones profundas, de pensamientos elevados, de enseñanzas moralizadoras; pues aun en algunas comedias en que un malicioso quisiera llevar a mala parte ésta o aquella frase, éste o aquel diálogo, ésta o aquella escena, tendría que convenir en definitiva, que el intento del comediógrafo fue precisamente exhibir la fealdad de una lacra, lo torcido de un propósito, lo maligno de una acción.

La Verdad sospechosa, que permitió al gran Corneille escribir su *Le Menteur*, y que hizo al no menos grande Molière declarar que en aquella había conocido la verdadera comedia, sea el remate de esta recordación del célebre escritor muerto en Madrid el 4 de Agosto de 1639.

No puede don García dejar de mentir, que es la mentira parte ya de su propia existencia, de su propio ser. Ruiz de Alarcón exhibe paso a paso tan grave defecto, y al echarlo en cara a don García, don Beltrán su padre sienta una serie de principios, de verdades que por igual atañen al mentiroso, que al que juzga que un título nobiliario puede dar la verdadera nobleza.

Pero el ilustre corcovado muestra al mismo tiempo y a través de don Beltrán su profundo conocimiento de la vida y la razón de muchas de las flaquezas de los seres humanos. He aquí el admirable diálogo:

Don Beltrán.

¿Sois caballero, García?

Don García.

Téngome por hijo vuestro.

Don Beltrán.

*¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?*

Don García.

Yo pienso, señor, que sí.

Don Beltrán.

*¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dio principio a las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
está el ser malo o ser bueno.
¿Es así?*

Don García.

*Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.*

Don Beltrán.

*Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede,
quien con él nació, perdello?*

Don García.

Es verdad.

Don Beltrán.

*Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es la fama
diga a mis oídos mismos
que a Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente.
Decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene a los lascivos presos;
obliga a los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares*

*al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
a los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto;
todos los vicios, al fin,
o dan gusto o dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?*

No puede haber duda: el mexicano, relator del Consejo de Indias, que supo vencer en tierra extraña... aunque en rigor fuera propia; que llevó tras de sí las burlas de muchos de sus contemporáneos, pero también los aplausos de otros muchos; que vivió solo y murió solo, acaso porque nunca dejó de ser pobre, o porque las alforjas de su miseria física le hicieron comprender que el matrimonio se le convertiría en fuente de celos, de sinsabores y de amarguras fue un alto espíritu moralizador.

Tal vez a causa de ello resultó incomprendido y desestimado por una multitud; pero ese mismo espíritu, al dar una nueva y trascendental orientación para el teatro, convirtiéndolo en fustigador de vicios y de malas acciones, le conquistó la inmortalidad, no sólo entre quienes son o pretenden ser virtuosos, sino entre cuantos son capaces de admirar junto con su ingenio y con su arte que fueron grandiosos, lo que vale su alma noble, sin que para ello importe el mísero y perecedero estuche que la guardó a su paso por el mundo hace ya trescientos años.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON *

Por don FRANCISCO MONTERDE.

SATISFECHO y cohibido a la vez, hablo en nombre de la Academia Mexicana, a la que me honro en pertenecer como Individuo Correspondiente, en esta ceremonia organizada por la misma corporación y por la Universidad Nacional de México, para descubrir el medallón que tiene el busto del ilustre dramaturgo mexicano don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Su efigie desde hoy figura en este Paraninfo, al lado de los relieves y esculturas que representan a otros hombres, eminentes por sus hechos en los campos de la ciencia y de las letras.

Satisfecho, tanto por la calidad de quienes presiden este acto como por la de quienes asisten a él, y al hacerlo me conceden, por el hecho de escucharme con benevolencia, una atención que no merezco: distinción tan innmerecida como la que me hizo, al designarme para hablar aquí, la misma Academia que hace unos cuantos meses me abrió con generosidad sus puertas.

Al cumplir este gran deber —como escritor que se ha ocupado, preferentemente, en asuntos de teatro y como maestro de literatura que procura destacar en sus clases cuanto lo merece, dentro de la producción española e hispanoamericana—, me cohibe desde luego el temor de fatigar la bondadosa atención de los presentes. Me desagradaría repetir, ante ellos, aunque fuese con otras palabras, lo que algunos señores académicos han publicado o dicho, y lo que todos los oyentes saben hace tiempo y han leído o escuchado, recientemente, en los diarios y las revistas, en las conferencias y los discursos pronunciados con motivo de la conmemoración que ahora nos reúne: la del tricentenario de la muerte de aquel a quien unánimemente se considera como el más grande de los escritores nacidos en nuestra patria.

Venir a acumular aquí fechas y datos biográficos de don Juan Ruiz

* Discurso pronunciado el 14 de octubre de 1939.

de Alarcón, sin esclarecer con ellos su vida ni dar nuevas luces, fruto de eruditas investigaciones; venir a extractar algunos de los juicios definitivos pronunciados antes, acerca de sus obras, equivaldría a ofender, con reiteraciones inútiles, la ilustración de quienes conocen bien aquélla y éstos.

Descartados dichos temas, quedaría el recurso de enumerar las principales publicaciones relativas a Ruiz de Alarcón hechas en estos días, mencionar los actos celebrados y reseñar las contadas representaciones de sus comedias, registradas en México durante las últimas semanas; pero ese resumen se ha hecho ya, en parte, y lo que hoy se dijera quedaría incompleto, pues se hallan aún en prensa libros anunciados para la actual conmemoración. Además, no será éste —debemos esperarlo así— el último de los actos que, para honrar la memoria de Ruiz de Alarcón, se efectúen en el año actual, a los trescientos de su muerte.

Eliminados esos temas, que me sería casi imposible desarrollar sin repeticiones o redundancias, quedo voluntariamente limitado a situarme de nuevo ante el hombre, ante el dramaturgo. Trataré de relacionar su vida y su obra, con el momento presente.

Un centenario como el que celebran juntas la Academia Mexicana Correspondiente de la Española y la Universidad Nacional de México, nos aproxima a aquel ser de excepción a quien tal homenaje se rinde. Más cercanos a él cada día, gracias al conocimiento de su valor humano, debemos adoptar una actitud que, al honrarlo, nos honre.

Si reconocemos la deuda contraída por todos con Ruiz de Alarcón y estamos convencidos de que esa deuda no ha sido saldada por completo, la actitud más digna será la de una modesta lealtad, basada en la mejor comprensión de lo que México le debía y de la parte que algunos escritores contemporáneos han podido cubrir, de ese adeudo.

Para marchar en viaje hacia el pasado, al partir del presente, conviene saber en qué estado se encuentran hoy las comunicaciones con ese pasado. ¿Cómo se ve a Ruiz de Alarcón, en la actualidad?, nos preguntamos.

Es significativa la importancia que desde hace tiempo se concede a la mexicanidad de Ruiz de Alarcón. En el último cuarto de siglo se ha hablado mucho de ella; unos la afirman y otros, con razones bien fundadas, la discuten.

No se trata únicamente de descubrir, a través de las obras del gran dramaturgo, la huella que en su espíritu haya dejado la tierra en la cual nació y pasó la juventud; se pretende, más bien, hallar aquellos tenues puntos de contacto por los cuales podamos, ya que no aproximarlos aventuradamente a nosotros, al menos acercarnos a él cuanto sea posible.

En tal empeño, ¿nos interesa más encontrar aquello en que Ruiz de Alarcón pueda parecerse a los mexicanos de ahora, que aquello en que éstos pudieran asemejarsele? Es fácil formular la anterior pregunta —y aun concebir una respuesta adecuada—, después de leer importantes estudios de crítica alarcóniana, publicados en nuestros días, en los cuales se examinan algunos de los aspectos que ofrece la obra del mismo dramaturgo; aportaciones valiosas que, sin saldar del todo la deuda colectiva, reducen considerablemente su monto.

Críticos mexicanos o extranjeros han contribuido a definir y explicar esa vaga “extrañeza” de que se hablaba en otras épocas, cuando Alarcón era sencillamente, para sus coetáneos, un escritor nacido en México, famoso después en España, que al serlo, cortó los lazos que lo unían con el lugar de su nacimiento.

Era casi inexplicable —y por inexplicable parecía sorprendente— que un mexicano hubiera podido brillar por su ingenio en la corte española, cuando en la cabeza del virreinato había pasado poco menos que inadvertido. El gentilicio —mexicano—, en el caso de Ruiz Alarcón, adquiere mayor importancia, cuando se piensa en lo portentoso que resulta un *mexicano* autor de una comedia digna de que la calcara un clásico francés y otro viese en ella el norte para escribir algunas de sus mejores obras.

Por esto se comprende que el programa del Gran Teatro de Santa-Anna, al inaugurarse la temporada cómica, el 7 de abril de 1844, dijera: “Se ejecutará por primera vez la comedia en tres actos, composición de un *mexicano*, intitulada: *Las Paredes Oyen*”. El nombre del autor de esa comedia, Juan Ruiz de Alarcón, no tenía importancia alguna para la empresa y para el público; bastaba ese dato importante: era obra de un *mexicano*.

El testimonio de Guillermo Prieto revela que tal obra no agradó al público, a pesar de que era composición de un *mexicano*. ¿Cómo podía apreciar el público de entonces la lección contra la maledicencia que esa obra contiene? La época y el nombre del teatro en que se representó, nos explican el por qué de su fracaso. Cinco años antes había pasado, naturalmente, inadvertido para la semicultura local —ya Heredia, el revelador, había muerto—, el segundo centenario de Ruiz Alarcón.

Como éste alienta en sus obras con la vitalidad inagotable de un clásico, en vez de tratar de acercarlo a nosotros, merced a un forzado patriotismo, imaginemos que convivimos en su época, aquí y en España, con él, desde sus años de estudiante.

La pobreza intelectual y económica del medio obligó a este joven covado a marcharse, en busca de mejores armas, a la corte española. Si regresa a la Nueva España para concluir en ella sus estudios, es porque la misma pobreza lo reduce a ello.

Lucha, se examina. Licenciado en leyes, solicita que la Universidad le dispense de toda pompa —¡siempre la pobreza!—, para alcanzar el grado de doctor, y ni así puede obtenerlo. Aspira sucesivamente, sin éxito, a varias cátedras universitarias: el defecto, muy aparente, impide que se reconozca su capacidad, su inteligencia.

Decidido a vencer en la vida, acepta un puesto mezquino. ¿Qué pensaría el joven abogado con legítimas aspiraciones, a quien se ofreciera hoy, después de recibir el título profesional, un empleo de Inspector de Alcoholes? Si lo aceptaba, como Ruiz de Alarcón aceptó uno equivalente a éste, sería con el propósito de abandonarlo pronto.

Para librarse de enojosas investigaciones y molestas disputas, piensa en emigrar: ante él se abre de nuevo, tentador, el camino de España. Allá, empeñado en destacarse, elige el escenario como una cátedra en la que va a seguir, más fielmente que sus predecesores, la frase latina según la cual el teatro corrige, riendo, las costumbres. El no acudirá a ejemplos divinos ni aplazará el castigo de las culpas: las sancionará con apoyo en la moral y en las normas humanas del derecho.

Ya en competencia con rivales de gran talla, herido por saetas de ironía —que son quizás, por francas, menos crueles que las burlas solapadas y la encubierta oposición de algunos de sus conterráneos—, Ruiz de Alarcón evoca aún, de cuando en cuando, sucesos y cosas de la Nueva España. Y alguna vez, entre los caracteres de sus comedias españolas —más destacados los varones, porque la mujer ocupa en ellas tan poco sitio como el que le otorgaban las leyes—, aparece un personaje muy mexicano, para nosotros: Don Domingo de Don Blas.

A pesar de que no deseaba escribir para la muchedumbre, Ruiz de Alarcón ha tenido fortuna. Gana amigos. Su cortesía, de la que se mofan los españoles, seducirá a los cortesanos franceses.

Ya es funcionario. Atareadamente hojea papeles oficiales, opina sobre ellos, y se le escucha con respeto. Su labor literaria está cumplida. Agrupa en dos tomos sus obras; al hacerlo, se encara con el público, “bestia fiera”, que lo torturó en ocasiones.

Vive plácidamente: al llegar la muerte, lo encuentra en paz con Dios y con los hombres, que si le perdonaron su ingenio y sus lecciones de moral, impartidas con agudo, fino arte, no le perdonaron sus corcovas. No obstante, hubo una mujer que pudo amarlo; le dio una hija: Lorenza de Alarcón.

Así vemos hoy, humanamente, a don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española, al rendirle el debido homenaje, en este Centenario, ha querido honrar la memoria del dramaturgo y contribuir a que su obra se recuerde no sólo en esta ocasión

—propicia como cualquier centenario en que es posible remediar el olvido de los años precedentes.

Se ha unido, para ello, a la Universidad Nacional. En el Paraninfo universitario deja, tallado por manos hábiles, el retrato con el relieve de don Juan Ruiz de Alarcón —retrato seguramente convencional: ¿quién le conoció, quién supo en realidad cómo era?—; las fechas indispensables, y unas palabras que expresan el propósito de la corporación que dedica este recuerdo a la memoria de nuestro primer dramaturgo.

Queda al lado de la efigie de otro mexicano, el crítico y poeta don Francisco A. de Icaza. Tres tableros, como tres siglos, los separan. Le precede aquél en el espacio, dentro de este recinto, como le precedió en el tiempo.

Esa vecindad trae a mi memoria la afirmación que el crítico mexicano hacía, ante sus oyentes, al inaugurarse la Biblioteca "Cervantes": Si Miguel de Cervantes Saavedra hubiese logrado obtener ayuda, para venir a América, según sus deseos, quizás no habría llegado a escribir el *Quijote*.

Cabe preguntar, en el caso de Ruiz de Alarcón, si éste hubiese obtenido en la Real y Pontificia Universidad de México la cátedra a que aspiraba, ¿habría ido alguna vez a Madrid, para escribir sus obras y brillar con ellas al lado de Lope, de Calderón, de Tirso?

Tardía y comprensivamente, con una leve sonrisa aprobatoria, debemos absolver a quienes se opusieron a que en la Real y Pontificia Universidad de México, fuera sólo catedrático el escritor a quien sirvió eso de estímulo para elevarse hasta una cátedra más alta, donde su voz creció en volumen y desde la cual aún sigue —y seguirá— difundiendo sus enseñanzas ejemplares, con versos en que armonizan la gracia y la prudencia.

INDICE ALFABETICO

— A —

Abad, José Diego, 11
 Acosta, José de, 154
 Acuña, Manuel, 12, 204, 287
 Agüeros, Victoriano, 9, 10, 35
 Aguilar y Marocho, Ignacio, 205
 Aguirre, Rodrigo de, 124
 Agustín I (véase Iturbide, Agustín)
 Aimard, Gustavo, 272
 Alamán, Lucas, 53, 70, 71, 72, 73, 74, 75,
 84 85
 Alarcón, Lorenza de, 341
 Alba, Francisco de: 158
 Alba, Rafael de, 158
 Alberti, 241
 Alberto de Bélgica, 313
 Albornoz, Rodrigo de, 133, 158 159
 Alegre, Francisco Javier, 11, 155
 Alemán, Mateo, 127
 Alembert, Juan, 112
 Alfonso VIII: 60
 Alfonso X, Rey Sabio, 36, 132
 Alfonso XII, 262
 Algara, José, 311
 Altamirano (Ignacio Manuel), 11, 205,
 272, 287
 Anacreonte, 286, 287
 Andris, Domingo, 88
 Aragón, Fernando de, 37
 Archiduque Carlos, 95
 Argüelles Bringas, Roberto, 20
 Ariosto, Luis, 189
 Aristóteles, 106, 136
 Arredondo, 86

Astolfo de Nerval (véase Valle-Arizpe,
 Artemio)
 Astrana Marín, 220
 Austria, Don Juan de, 202
 Avellaneda, Alonso, 173
 Avila, Juan de, 190
 Azcárate, Melesio, 114
 Azorín (véase Martínez Ruiz, José)
 Azpíroz, Manuel, 261, 307, 308

— B —

Báez Treviño, Juan Bautista, 44, 45
 Balzac, Honorato de, 34
 Banville, Teodoro de, 15, 16, 31
 Barbier, Enrique Augusto, 29
 Barrios, J. Rufino, 303
 Bartholdi, Federico Augusto, 307
 Bataller, Miguel, 104
 Batres Jáuregui, Antonio, 258
 Baudelaire, Carlos, 15, 30, 31, 212
 Bazaine, Aquiles, 189
 Baz, Gustavo, 257
 Beaumarchais, Pedro Agustín Caron de,
 201
 Bécquer, Gustavo Adolfo, 29, 256
 Bell, 189
 Béranger, Juan Pedro, 29
 Beristain y Souza, José Mariano, 155
 Beyle, Enrique, 270
 Bjoerson (Bjoernstjerne), 302
 Blake, Joaquín, 82
 Blanco, José María, 84-85
 Boccaccio, Juan, 286, 314
 Bolívar, Simón, 68, 86, 231, 285
 Bonaparte, José, 216

Bonaparte, Napoleón, 74, 75, 284
 Borbones, los, 70
 Borunda, Ignacio, 39, 54, 55, 57, 97
 Boscán, Almogáver, Juan, 18
 Boswell, 288
 Botticelli, Alejandro, 121
 Bourget, Paul, 288
 Bravo, Nicolás, 115, 116, 117
 Brocar, Juan, 143
 Bulnes, Francisco, 218
 Burgos, Jerónima, 221
 Burgos, Juan de, 148, 149
 Bustamante, Carlos María, 84, 108
 Bustillos, José María, 158, 212
 Byron, Jorge Noel Gordon, lord, 14, 15,
 237

— C —

Cabrera, Alonso de, 190
 Cadalso, José, 67
 Calderón de la Barca, Pedro, 222, 227,
 322, 342
 Calero, Manuel, 313
 Calleja del Rey, Félix María, 83
 Camarillo, María Enriqueta, 212
 Campa, Gustavo E., 269
 Campanella, Tomás, 56
 Campo, Angel de, 158
 Canale, Francisco C., 203, 204
 Canalejas, José, 263
 Cannon, 312
 Cañas, Alejandro, 104
 Carlyle, Tomás, 284
 Carlo Magno, 101
 Carlos III, 262
 Carlos IV, 62, 76
 Carlos V, 113, 132, 133, 137, 139, 159
 Carpio, Bernardo del, 223
 Carpio, Manuel, 11
 Carranza, Venustiano, 121
 Carrasco y Enciso, Fray Luis, 99
 Carreño, Alberto María; A.M.C., 8, 252,
 281, 284, 320
 Carreón, Antonio, 117, 118
 Carrière, Eugenio, 25
 Carter Brown, John, 162
 Casal, Julián del, 16

Casasús, Joaquín D., 213, 265
 Caso, Antonio, 279
 Castañeda, 304
 Castellanos Quinto, Erasmo, 158
 Castro, Américo, 173, 180
 Castro, Ricardo, 269
 Cauchic, Alfredo, 161
 Cellini, Benvenuto, 284
 Cerda, Francisco, 63
 Cervantes de Salazar, Francisco, 142, 143,
 144, 145
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 37, 51,
 124, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176,
 178, 180, 181, 183, 189, 215, 224, 322,
 331, 342
 César, Francisco de P., 35
 Cevallos, 90, 91
 Cicerón, 40, 136, 151
 Cid Campeador, 101
 Cisneros, Magistral de Guadalupe, 91
 Clavijero, Francisco Javier, 154, 155
 Clemente XIV, 155
 Coca, Alonso de, 37
 Cocteau, 237
 Colcone Bartolomeo, 122
 Colón, Cristóbal, 55
 Combs, Lisle, 261, 262, 263, 310
 Comte, Augusto, 168
 Conde Casa Valencia, 259
 Conde de Cheste, 259
 Conde del Perú, 84
 Constant, Benjamín, 70, 71, 73
 Coppée, Francisco, 31
 Corneille, Pedro, 335
 Coronado, Martín, 259
 Correas. Gonzalo de, 180, 181
 Cortés, Hernán; Don Hernando, 53, 127
 133, 137, 143, 146, 163, 217
 Cortés, Martín; Marqués del Valle, 146
 Coruña, Fray Agustín de la, 146
 Couto, Bernardo, 104
 Covarrubias, 179, 180
 Creel, Enrique C., 313
 Cruz, Fray Francisco de la, 138
 Cruz, San Juan de la, 25, 190
 Cuenca, Agustín F., 12
 Cuevas, Francisco de, 47, 49
 Cuevas, José de Jesús, 160

Cuevas, José María, 159
Cuevas, Juan de, 158, 159
Cuevas, Luis Gonzaga, 160
Cuevas, S. J. Mariano, 129, 156, 157,
158, 279
Cuevas y Dávalos, Alonso de, 159

— CH —

Chafaldín, 66
Chateaubriand, M. de, 69, 71, 73
Chavero, Alfredo, 204
Chávez, Ezequiel A., 131, 156, 279
Chocano, José Santos, 19

— D —

Dante, Alighieri, 276
Darío, Rubén, 15, 16, 17, 18, 19, 25, 205,
209, 211, 212, 279
Dasa, 140
Daudet, Alfonso, 277
Dávalos, Balbino, 158, 210, 211
Dávila, José, 95, 98
Dávila Padilla, Fray Agustín, 154
De la Barra, Francisco León, 313
Delgadillo, 133
Delgado, Juan B., 212
Demóstenes, 151
Díaz del Castillo, Bernal, 126
Díaz Dufoo, Carlos, 203, 215, 216, 217,
218
Díaz Mirón, Salvador, 13, 14, 15, 26, 208,
209, 217, 218, 302
Díaz Pedro, 147
Díaz Porfirio, 121, 189, 257, 259, 306,
313, 314
Dickens, Carlos, 34
Diderot (Dionisio), 112
Díez-Canedo, Enrique, 31
Domínguez, José Quirino, 256
Dos Pasos, 265
Dostoievsky, 273
Duque Job, 16, 17, 19, 20
Duque de Montmorency, 71, 74
Duque de Rivas, 11
Duque de Sessas, 194, 195, 196
Duque de Wellington, 81
Duques de Altamira, 43

Duques de Granada, 43
Duques del Infantado, 138, 143
Durán, Diego, 154

— E —

Eça de Queiroz, José María de, 286
Ecolampadio, Juan Hausschein, 140
Eguiara y Eguren, Juan José, 155
Erasmus, Desiderio, 140, 244
Erlhe, Cardenal, 161
Escobar y Llamas, Cristóbal, 150
Espronceda, José de, 11
Esquilo, 286
Esquivel Obregón, Toribio, 158
Esteva, Adalberto A., 212
Estrada Cabrera, Manuel, 260, 261, 303,
306, 309, 310, 311
Estrada, Genaro, 208, 212, 213, 228, 230,
232, 233, 234, 235, 236, 237, 239, 240,
242, 250, 251
Euclides, 286

— F —

Falla, Salvador, 258
Felipe II, 145, 146, 224, 227
Felipe IV, 225
Fernández de Córdoba, Diego, 137
Fernández de Rumayor, José Paulino, 49
Fernández de San Salvador, Agustín Pom-
poso, 90, 91, 116
Fernández, Félix (véase Victoria, Guada-
lupe)
Fernández Granados, Enrique, 212
Fernández Mac Gregor, Genaro, 228, 278,
291, 300
Fernando, Rey Católico, 109, 129
Fernando VII, 83, 85, 88, 95, 109, 110
Ferrara, Orestes, 265, 266
Figueroa, Lope de, 227
Flores, Manuel M., 12, 218
Flores, Doctor Manuel, 157
Freud, 232
Frías, Bachiller, 145

— G —

Gamboa, Federico, 8, 28, 35, 215, 252,
253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260,

- 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268,
269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276,
277, 278, 279, 280, 281, 282, 284, 285,
286, 287, 288, 289, 290, 291, 294, 296,
297, 298, 299, 300, 302, 303, 304, 305,
306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 314,
315, 316, 317, 318, 319
- Gamboa, José Joaquín, 302
Gamboa, José María, 254
Gamboa, Manuel, 252, 253, 254
Gamboa, Miguel, 255, 291
Gandarrias, Domingo de, 58
Garay, Alfredo, 303
Garay, Aurelio, 256
Garcés, Fray Julián, 135, 136, 137, 156,
159
- García, 304
García Calderón, Francisco, 205
García Calderón, Ventura, 17
García de Letona, 124
García de Lóayza, 38, 143
García del Pilar, 134
García, Francisco Pascual, 158
García, Genaro, 228
García Gutiérrez, Antonio, 11
García Lorca, 239, 241
García Naranjo, Nemesio, 279, 284, 317
García Velloso, Juan J., 259
Garcilaso, 190
Garrido, Manuel, 286
Garza Galán, Andrés, 259
Gasset y Artime, Eduardo, 173
Gautier, Théophile, 31
Godoy, Alvarez de Faria, Manuel, 62
Goethe, Juan Volfang, 27, 70, 302
Gómez Carrillo, Agustín, 17, 258, 259,
272
Gómez de Castro, Leonor, 49
Goncourt, Edmundo de, 301
Goncourt, los, 276, 277, 300, 301, 302
Góngora, y Argote, Luis de, 10, 18, 47
189, 221, 238, 324, 326
González de Amezúa, Agustín, 173
González, Joaquín, 259
González, Manuel, 256
González, Martín, 257
González Martínez, Enrique, 9, 28, 29,
30, 31, 32, 208, 209, 210, 279
- González Obregón, Luis, 124, 125, 157,
158
González Peña, Carlos, 120, 125, 213,
268, 281, 284, 286, 296
Goyzueta, Soledad, 269
Gracián, Baltasar, 36, 224, 225
Granada, Fray Luis de, 40, 59, 151, 190
Greco (véase Theotocopuli, Domingo)
Grégoire, Henry B., 71
Grijalva, Juan de, 141
Groce, 312
Guardo, Juana de, 192, 221
Guerra, Antonia, 42, 43, 44, 45, 46
Guerra, José (véase Mier, Noriega y Gue-
rra, Fray Servando Teresa de)
Guevara, Antonio de, 190
Guicciardini, Francisco, 209
Guridi y Alcocer, Ignacio, 61, 91
Gutiérrez, Alonso (véase Veracruz, Fray
Alonso de la)
Gutiérrez Nájera, Manuel, 10, 13, 15, 16,
17, 18, 19, 20, 26, 131, 203, 204, 205,
206, 207, 208, 210, 212, 213, 218, 285,
286, 290
Guzmán, Joaquín, 88

— H —

- Halz, Franz, 121
Haro, 78
Haro y Peralta (véase Núñez de Haro y
Peralta).
Hartzenbusch, Juan Eugenio, 322, 329,
330
Heine, Enrique, 219
Henríquez Ureña, Pedro, 166
Heredia, José María de, 30, 31, 340
Herrera, Francisco, 139
Hidalgo y Costilla, Miguel, 82, 94, 116,
165
Hoffman, Ernesto Teodoro Guillermo,
211
Homero, 136, 151, 152, 211
Horacio, 11, 40, 151, 212, 213, 219
Hoz, Manuel de la, 256, 258
Huerta, Victoriano, 287, 314, 315, 316,
317, 318
Hugo, Víctor, 14, 15, 201, 209, 219

Humboldt, Alejandro de, 71, 73, 74, 75
Hurtado de Mendoza, Diego de, 127
Hurtel, Juan F., 95

— I —

Ibáñez, Adolfo, 259
Icaza, Francisco A. de, 29, 121, 208, 210,
211, 342
Iglesias y Castro, Rafael, 305
Iglesias, José María, 253
Iglesias, Lugarda, 253
Inclán, Luis, 204
Infante, 86
Infante don Carlos, 95
Isabel de Castilla, 37, 129
Isócrates, 181
Ituarte, Alberto, 213
Iturbide, Agustín de, 83, 95, 98, 99, 100,
103, 104, 105, 106, 127
Iturbide, María Huarte de, 123
Iturrigaray, José de: 83
Iturriaga, 155

— J —

Jaimes Freyre, 19
Jennings Bryan, William, 265, 287
Jiménez, Juan Ramón, 19
Jiménez Rueda, Julio, 220
Jovellanos, Melchor Gaspar de, 62
Juana de Arco, 310
Juan Diego, 55, 56, 97
Junco, Alfonso, 186, 278, 281, 284, 294
Junot, Andoche, 81
Juvenal, 40

— K —

Keyserling, 230, 231, 232
Knox (?), 312

— L —

Labastida, Francisco de P., 157, 158
La Cocardièrre (véase Gamboa, Federico)
Laguna, Gregorio, 81
Lamartine, Alfonso de, 15, 29, 237

Landívar, Rafael, 155
Lane Wilson, Henry, 264, 312, 315
Lanuza, Juan de, 227
Larra, Mariano José de: 219
Larrañaga, Manuel, 212
Lascuráin, Pedro, 313
Lecôte de Lisle, Carlos, 29, 31
Ledesma, Bartolomé de, 154
Leiva, Francisco de, 177
León 52, 190
León XII, Papa, 109, 110, 131
León, Francisco Antonio, 59, 60, 62, 63,
64, 78, 79
León, Fray Luis de, 18, 94, 140
Lerdo de Tejada, Sebastián, 157, 158
Lerma, 133
Lima, José María, 310
Limantour, José Ives, 35, 218
Limón, Claudio, 253
Lind, John, 264, 287, 315, 316
Lisandro Barillas, Manuel, 258, 303, 310
Lobo, José León, 88
Loeb, 265
Loomis, Francis B., 308
López, 304
López, Carlos, 213
López de Hoyos, Juan, 124
López de Mendoza, Iñigo, 180
López de Santa-Anna, Antonio, 34, 103,
104, 105
López de Ubeda, Francisco, 127
López, Jerónimo, 134
López Portillo y Rojas, José, 35, 267
López, Rafael, 20
López Velarde, Ramón, 20, 236
Loyola, Ignacio de, 146, 150
Lozano, José María, 285
Lozano, Salvador, 43, 44, 45
Lucrecio, 40
Luchichí, Ignacio M., 212
Lugones, Leopoldo, 19
Luis XVI, 71
Luján, Micaela de, 195, 221
Lutero, Martín, 140

— LL —

Llerena (?), 304

— M —

Macedo, Pablo, 254
 Machados, los, 19
 Madariaga, Salvador de, 173
 Madero, Francisco I., 313, 314, 315
 Maeterlinck, Mauricio, 30, 211
 Manero, Juan Luis, 155
 Mangino, Rafael, 104
 Manrique, Jorge, 151
 Marco Tulio, 137
 María Nicolasa, 103
 Mariana, Juan de, 175
 Mariscal, Ignacio, 257, 262, 304, 311, 312
 Marqués de Salinas, 148
 Marqués de Santillana (véase López de Mendoza, Iñigo)
 Marquesa de Aguayo, 91
 Marquesa del Valle, 143
 Marquina, 19, 78
 Marroqui, José María, 157, 158
 Martí, José, 16
 Martín V, Papa, 161
 Martínez, Antonio, 49
 Martínez, Enrique, 148, 149
 Martínez Ruiz, José; Azorín, 173, 220
 Martínez Sobral, Enrique. 306
 Martinto, Domingo D., 259
 Mata, Filomeno, 254, 255, 270
 Matienzo, 133
 Maupassant, Enrique Renato Alberto Guido de, 286
 Maura, Antonio, 263
 Maximiliano, Fernando José, 127, 252
 Medrano, Luis, 257, 260
 Mejía Bárcenas, 306
 Meléndez, 11
 Mena, Juan de, 81
 Méndez, Catulle, 31
 Mendoza, Antonio de, 139
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 34, 155, 220
 Mexía, Antonio, 139
 Michelena, Mariano, 35
 Mier Noriega y Guerra, Adriana, 43
 Mier Noriega y Guerra, Antonio, 43
 Mier Noriega y Guerra, Froylán, 43
 Mier Noriega y Guerra, Joaquín, 43
 Mier Noriegá y Guerra, Josefa, 43

Mier Noriega y Guerra, Fray Servando Teresa de, 33, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 48, 49, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 72, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 107, 108, 110, 111, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 127
 Mier Noriega y Guerra, Vicente, 43
 Mier y Noriega, Joaquín, 42, 43, 44, 45, 46, 52
 Miguel Angel, 224, 284
 Miller, Juan Francisco, 210
 Mina, Francisco Javier, 85, 86, 90, 128
 Mira de Amezcuea, Antonio, 322
 Miramón, Miguel, 258
 Mir, Miguel, 180
 Moctezuma, 43, 143
 Molière, Juan Bautista Poquelín, 201, 222, 335
 Monterde, Francisco, 289, 338
 Molano, Bartolomé, 45
 Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 13
 Montesquieu, Carlos de Secondat, barón de, 106, 112
 Montilla, 86
 Morales, Pedro de, 148
 Moreas, 30
 Morelos y Pavón, José María, 165
 Moro, Tomás, 56
 Mulligan, R. F., 262
 Muñoz, Juan Bautista, 61, 62, 63, 64, 92
 Murillo, Bartolomé Esteban, 189
 Musset, Alfredo de, 12, 15, 211

— N —

Navarrete, Manuel de, 11, 29
 Navarro, Miguel, 133, 134
 Nebrija, Antonio de, 136
 Nelson, Horacio, 81
 Nepote, Cornelio, 155
 Nervo, Amado, 19, 22, 23, 24, 25, 26, 158, 207, 208, 286, 288
 Nevaes Santoyo, Marta de, 195, 196, 221, 222
 Nietzsche, Federico, 36, 108, 232, 302
 Noailles, Condesa de, 30

Núñez de Haro y Peralta, Alonso, 56, 58,
59, 62, 63, 64
Núñez, Rafael, 26
Núñez y Domínguez, José de J., 20
Nuño de Guzmán, 133
Nuttall, Celia, 145

— O —

Obligado, Rafael, 259, 304
Olaguibel, Francisco M. de, 28, 212
Ormaechea y Ernáiz, Juan Bautista, 158
Ortega y Gasset, José, 173
Ortigosa (Padre?), 149
Othón, Manuel José, 13, 14, 19, 208, 209
Ovidio, 40, 86, 211
Oviedo, Hortensia Seguí Vda. de, 253
Oyuela, Calixto, 259

— P —

Pacca, Cardenal, 89
Pagaza, Joaquín Arcadio, 13, 131, 210,
212
Palacios, Rosa, 269
Palafox y Mendoza, Juan de, 165
Palma, Ricardo, 125
Paniagua, 304
Pardo Jr., Emilio, 254
Parra, Manuel de la, 20
Parra, Porfirio, 158
Parreño, Florencio Luis, 155
Paso y Troncoso, Francisco del, 145
Patti, Adelina, 269
Paula, Francisco de, 95
Paulo III, 136, 156, 157
Paulsen, Federico, 166
Payno, Manuel, 204
Peñalosa y Mondragón, Fray Benito de
225
Peña, Rafael Angel de la, 130, 158
Peña y Reyes, Antonio de la, 130, 131,
158, 266
Peón del Valle, José, 212
Peón y Contreras, José, 204
Pérez de Montalván, Juan, 322
Pereda, José María de, 302
Pereyra, Carlos, 279

Pérez Galdós, Benito, 34, 37, 302
Pericles, 286
Perrault, Carlos, 286
Pesado, José Joaquín, 11
Peza, Juan de Dios, 14, 29, 204, 206, 257,
270
Picasso, Pablo, 228, 236, 237
Pichardo, José, 91
Pinelo, León, 202
Pío Marcha, 95, 99
Pío VII, 78, 81
Pirandello, Luis, 219
Pirard, María, 269
Plaza, Antonio, 12
Plinio, 49
Poe, Edgar, 308
Pomar, Teófilo, 269, 286
Ponciano, 304
Preste, Juan de las Indias, 101
Prieto, Guillermo, 11, 29, 204, 340
Primo, Francisco, 112
Prudhomme, Sully, 31
Puga y Acal, Manuel, 129, 210, 211
Pulgar, Hernando del, 88

— Q —

Quesada, Ernesto, 259
Quevedo y Villegas, Francisco de, 118,
188, 189, 202, 225, 322, 323, 324, 326,
331
Quijano Alejandro, 119, 170, 204, 278,
291
Quintana, Manuel Joseph, 124

— R —

Rabasa, Emilio, 108
Ramírez, Ignacio; El Nigromante, 11,
205
Ramos Arizpe, Miguel, 40, 108, 109, 110,
115, 116
Rangel, Nicolás, 321
Rebollo, Efrén, 20
Recamier, Juana Francisca Bernard, 72
Regalado, Tomás, 305, 309
Remesal, Antonio de, 154
Renán, Francisco, 204
Renard, Jules, 239
Revillagigedo, 53, 56

Revilla, Manuel G., 10
 Rey Don Juan II, 175
 Reyes, 306
 Reyes, Alfonso, 279
 Ricard, Roberto 163
 Risco, 64
 Rivadencira, Pedro de, 102
 Riva Palacio, Vicente, 204
 Rivera, José P., 158
 Rivero y Azcárate, 91
 Roa Bárcena, José María, 127, 131
 Roa, Platón, 258
 Robinson, Samuel (véase Rodríguez Simón)
 Ródenas, 69
 Rodenbach, 30
 Rodríguez de Quesada, Antonio, 139
 Rodríguez Galván, Ignacio, 11
 Rodríguez Marín, Francisco, 173, 178, 183
 Rodríguez Morquecho, 111, 112, 113
 Rodríguez, Simón, 68, 69
 Rodín, Augusto, 25
 Rojas, 253
 Rojas y Zorrilla, Francisco de, 227
 Rolland, Romain, 288
 Romero, Matías, 259
 Romero, Rubén, 278
 Roosevelt, Theodore, 261, 307
 Roosevelt, Mrs. Theodore, 308
 Rostand, Edmundo, 288
 Rousseau, Juan Jacobo, 106, 107, 111
 Ruiz de Alarcón y Mendoza, Juan, 10, 320, 321, 322, 323, 326, 328, 329, 330, 331, 334, 335, 338, 339, 340, 341, 342
 Ruiz de Apodaca, Juan, 90
 Ruiz, Juan; Arcipreste de Hita, 82
 Runth, Conde, 86

— S —

Sacchetti, Franco, 314
 Sagaseta, María, 260
 Salado Alvarez, Victoriano, 33, 34, 35, 36, 37, 123, 126, 129, 130
 Salazar, Gonzalo de, 133
 Salcedo, Lucía de, 221
 Sánchez, 304

Sánchez Anorbe, Eugenio, 113
 Sánchez Azcona, Juan, 259, 304
 Sánchez de Muñón, Sancho, 144
 Sánchez, Pedro, 146
 Sánchez Vaquero, Juan, 146, 147, 148, 149, 153
 San José, Iñigo de, 89
 Santa Anna (véase López de Santa Anna, Antonio)
 Santa María, Pascual, 87
 Santa María, Miguel, 103
 Santos Zelaya, José, 264, 305, 312
 Sarea, José, Conde de Gijón, 68
 Sbarbi y Osuna, José María, 177, 180, 181, 182, 183, 184
 Schiaffino, Eduardo, 259
 Schubert, Francisco Pedro, 290
 Serra y Causa, Nicolás, 35
 Seigné, Mme. de, 36
 Shakespeare, William, 222, 255
 Shelley, Percy Bysshe, 251
 Siegfried, Andrés, 166
 Sierra, Justo, 12-13, 157, 158, 204, 206, 290
 Sigüenza, José de, 190
 Sigüenza y Góngora, Carlos de, 125
 Silva, 16
 Silvela, Manuel, 259
 Simón el Mago, 65
 Sivori, Eduardo, 259
 Smith, Daniel, 85, 90
 Sófocles, 222
 Sor Juana Inés de la Cruz, 10, 11, 125, 160
 Sor Marcela, 225
 Staël-Holstein, Ana Luisa Germana Nécker, 72
 Stendhal (véase Beyle, Enrique)
 Sterne, Lorenzo, 219
 Suárez de la Concha, Juan, 148
 Subastegui, 91
 Swift, Jonatán, 219

— T —

Tablada, José Juan, 19, 210, 212
 Tácito, 33
 Taine, Hipólito Adolfo, 230, 307, 314
 Talamantes, Melchor de, 91

Tamayo y Baus, Manuel, 259
Tasso, Torcuato, 189
Téllez, Fr. Gabriel de, 322
Téllez Girón, Ana de, 158
Teresa de Jesús, Sta., 190
Testa, Fanny Catali de, 269
Thackeray, Guillermo, 302
Théo, Luisa, 269
Theotocopuli, Domingo, 122, 183, 227
Tibulo, 213
Tirado, 92
Tirso de Molina, 10, 342
Toro y Gisbert, Miguel de: 178
Torquemada, Antonio de, 154
Torre Ranila, Pedro de la, 322
Tosta de Santa Anna, Dolores, 123
Treviño, Alejandro, 91
Traggia, 64
Trillo, Antonia, 221
Tulane, Pablo, 162

— U —

Unamuno, Miguel de, 172, 173
Urbina, Luis G., 19, 20, 21, 22, 26, 31,
203, 204, 206, 208, 212
Urbina y Alderete, Isabel de, 221

— V —

Valencia, Manuel María, 19
Valenzuela, Jesús E., 19, 213
Valera, Juan, 259, 302
Valois, Isabel de, 124
Valle-Arizpe, Artemio, 33, 119, 120, 121,
122, 124, 125, 126, 127, 128, 279
Valle Inclán, Ramón del, 19, 125, 211
Vasco de Quiroga, 146
Vázquez, Francisco Pablo, 109
Vega Belgrano, Carlos, 259
Vega Carpio, Antonia Clara, 196, 197,
222
Vega y Carpio, Lope Félix de, 10, 186,
187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194,
195, 196, 197, 199, 200, 201, 202, 220,
221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 322,
326, 328, 329, 330, 331, 342
Velasco, Luis de, 133, 139

Velázquez de Silva, Diego, 121
Venegas, Francisco Javier, 83
Veracruz, Fray Alonso de la (véase Gu-
tiérrez, Alonso), 138, 139, 140, 141,
142, 143, 146, 160
Verdad y Ramos, Primo, 112
Verhaeren, Emilio, 30
Valéry, Paul, 187, 231
Verlaine, Pablo, 15, 25, 30, 31, 197, 212
Verrocchio, Andrés del, 122
Victoria, Guadalupe, 39, 103, 110, 115,
116
Vigil, José María, 201, 220
Vigny, Alfredo Víctor, Conde de, 15
Villanueva Alarcón, Alonso de, 321
Virgilio, 136, 151, 213
Vives, Juan Luis, 67, 143
Volney, Constantino, Conde de, 70
Voltaire, Francisco María Aronet de,
11, 112
Vossler, 220, 225

— W —

Walton, 69
Washington, George, 307, 308
White (véase Blanco, José María)
Whitman, Walt, 308
Wuart, Cartón de, 168
Wilde, Oscar, 302
Wilson, Woodrow, 263, 264, 265, 287,
312, 315, 316
Wollhein, Mauricio, 257

— Y —

Young, 86

— Z —

Zaragoza, Antonio, 213
Zavala, Lorenzo de, 35
Zola, Emilio, 277, 286, 287, 300, 301
Zorita, Alfonso de, 134
Zorrilla, José, 11, 152
Zumárraga, Fray Juan de, 97, 132, 134,
137, 138, 139, 142

INDICE GENERAL

NOTA PRELIMINAR	7
<i>Algunos aspectos de la lírica mexicana</i> , por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	9
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por FEDERICO GAMBOA	28
<i>Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra</i> , por ARTEMIO DE VALLE ARIZPE	33
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por ALEJANDRO QUIJANO	119
<i>Orígenes del humanismo en México</i> , por MARIANO CUEVAS, S. J.	129
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por EZEQUIEL A. CHÁVEZ	156
<i>Cervantes y el Quijote en la Academia</i> , por ALEJANDRO QUIJANO	170
<i>Lope ecuménico</i> , por ALFONSO JUNCO	186
<i>De Manuel Gutiérrez Nájera a Luis G. Urbina</i> , por CARLOS DÍAZ DUFOO	203
<i>Viaje del Parnaso. Contestación al anterior discurso</i> , por FEDERICO GAMBOA	215
<i>Lope de Vega. Ensayo de interpretación</i> , por JULIO JIMÉNEZ RUEDA ...	220
<i>Genaro Estrada</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MAC GRÉGOR	228
<i>Elogio de Gamboa</i> , por ALBERTO MA. CARREÑO	252
<i>Las bodas de oro de un novelista</i> , por CARLOS GONZÁLEZ PEÑA	268
<i>Don Federico y la Academia</i> , por ALFONSO JUNCO	278
<i>Palabras de DON FEDERICO GAMBOA</i>	281
<i>Un gran señor de la existencia</i> , por NEMESIO GARCÍA NARANJO	284
<i>Al margen de un jubileo</i> , por FRANCISCO MONTERDE	289
<i>Oración fúnebre</i> por ALEJANDRO QUIJANO	291
<i>Palabras ante el féretro de Don Federico Gamboa</i> , por ALFONSO JUNCO	294
<i>Don Federico Gamboa y el don de gentes</i> , por CARLOS GONZÁLEZ PEÑA	296
<i>Don Federico Gamboa como diplomático</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MAC GRÉGOR	300
<i>D. Juan Ruiz de Alarcón</i> , por ALBERTO MA. CARREÑO	320
<i>Don Juan Ruiz de Alarcón</i> , por FRANCISCO MONTERDE	338
INDICE ALFABÉTICO	343

*Acabóse de imprimir esta obra el
día 8 de marzo de 1955, en los
talleres de la Editorial Jus, S. A.
—Plaza de Abasolo 14, Col. Gue-
rrero— México 3, D. F.*